

José Luis Castillo-Puche

JEREMÍAS

EL ANARQUISTA



Sorprende y arrebatada esta historia desesperada y patética de "Jeremías el anarquista", personaje en quien se debate y patentiza, a lo largo de esta apretada novela, todo un proceso de resentimiento y la frustración del protagonismo caduco e imposible de un combatiente de la guerra civil española, metido por imperativo del exilio y de la pasión revolucionaria a "pirata del aire", en una alucinante y esperpéntica aventura que termina –como casi toda aventura humana en Castillo-Puche– en fiasco y decepción.

La novela avanza en forma de desgarrada y liberadora confesión de un fracaso de tipo íntimo, abriéndose y cerrándose en obsesivos círculos concéntricos en los que se va desenrollando la implacable revelación de una conciencia torturada entre la dispersión interna que produce la pasividad impotente y el vértigo de la acción entrevista y soñada.

Un lenguaje extraordinariamente rico, suelto y sin trabas, de una espontaneidad que acerca la expresión al puro lenguaje hablado, hace de esta obra, más que narración, auténtico alarde expresivo, borbotón inagotable, delirante e iconoclasta hecho palabras, en el que no se salvan personajes, dignidades ni instituciones.

J. L. Castillo-Puche



Jeremías, el anarquista



José Luis Castillo-Puche

JEREMÍAS EL ANARQUISTA

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

*A mis hijas Tana y Julia
ahora que pisan estupefactas y gozosas
las aulas universitarias.*

ÍNDICE DE CONTENIDO

AVISO A LOS VIANDANTES LECTORES

JEREMÍAS EL ANARQUISTA

NOTA DEL ABOGADO SPONDE A SUSAN

CARTA DE SUSAN ROBERTS AL EDITOR

ACERCA DEL AUTOR

AVISO A LOS VIANDANTES LECTORES

Debería comenzar este aviso con aquello de que «cualquier parecido con personas o hechos reales es mera casualidad», etc., y ya está dicho, pero quisiera matizar más, diciendo que se equivoca quien pueda creer o sospechar que los personajes que desfilan por esta caótica novela –sean militares, obispos, ex-claustrados, monjas o prostitutas– pueden ser identificables o están calcados o inspirados en alguno determinado de la vida real, ya que, como es sabido, todo personaje de ficción, si acaso, está hecho de retazos de muchos y, más que nada, de retazos de posibles personajes encarnados, agitados y reconcomidos dentro de uno mismo. Y me interesa remachar esto porque ya con ocasión de una visita mía a una universidad de Canadá, como yo expusiera el contenido de esta obra ante un auditorio de profesores de español, hubo uno que se sintió aludido y creyó reconocerse en la figura de un ex clérigo que anda por estas páginas, moviéndome un follón que no me merecía, puesto que acababa de conocerle y mal podía haberle utilizado para la creación de mi personaje; pero, ¡ay!, lo que sucede es que, para bien o para mal –y pido al lector que lo tenga en cuenta– abundan en estos momentos los ex clérigos de toda clase y condición, entre

los cuales los hay muy respetables y algunos son amigos míos. El mismo hecho en sí, y estando yo comprometido en la revisión a fondo del catolicismo español principalmente en la conducta de sus ministros, me obliga en cierto modo a recoger aquí este fenómeno de la fuga en masa de clérigos, fuga que para una vez que es valiente y sincera liberación del espíritu, tantas otras es claudicante y vergonzoso oportunismo.

También sería erróneo creer que toda la retahíla de improperios que Jeremías dedica a las Naciones Unidas brotan de mi propia estimación. Lo sensato, querido lector, será pensar que un autor se enamora de un personaje, éste cobra vida propia e independiente, a veces lamentable vida –como cuando le sale a uno un hijo tonto–, y entonces el autor sólo puede seguirle y plegarse a su torbellino de rencores y resentimientos imaginarios, solamente reales para la iconoclasta condición de Jeremías que es mi hijo retorcido, pero no para mí que cuento también con admirables y estupendos amigos dentro de las Naciones Unidas.

Y ahora, ya advertidos, vengan olas, como lágrimas vinieron sobre Jeremías, porque siempre es saludable y liberador quitarse un muerto de encima.

Nueva York, 1972.

J. L. Castillo–Puche.

JEREMÍAS EL ANARQUISTA

Escribo todo esto, todo lo que vaya a escribir, todo lo que ya he escrito y roto, desde esta fría jaula de hierro. Es una pena que no hayan puesto una algunzaera o trapecio para que, como los pájaros enjaulados, pudiéramos ir desde los barrotes a la comida o a la mierdecita, claro que entonces tendríamos que cantar y aquí el que canta, llora, aunque yo, en vez de lo uno y de lo otro, escribo.

Voy a intentar escribir, por lo menos.

Algunos vecinos cantan o medio canturrean una modorra que al cabo de un rato concluye en un grito loco, que no es siempre tampoco de desesperación, otros roncan y hasta es posible que sueñen que son animales de circo, trasladados de pueblo en pueblo y sin contacto más que remoto con la gente, el caso es que aquí la batuta es la vara, y a bailar tocan.

Lo tengo merecido, por cabrito, para que a otra vez, lo que se dice siempre, aprendas. No te han matado, a ti no te han matado nunca todavía.

En la segunda sesión le pregunté al abogado, que tiene algo de clérigo pasado por whisky:

–¿Pudieran echarme del país?

–Si lo dice por eso de la repatriación, estese tranquilo.

–Yo antes, debe saberlo, me mataría, fijo, antes de que me lleven a España me mataría.

–Eso no sucederá.

–Pero que conste. Quiero que lo sepa.

Con las uñas y la lengua y echando saliva–puta y maricona, la salivita santa de la adolescencia, la salivita bruja de la vejez, una vez más acabo de tratar de dibujar en el meado y cagado muro de cemento, en un cemento inmundo, la siempre presente silueta y escorzo de Susan. A veces trato de saltar hasta el liso techo como una codorniz loca para también allí después de mucho escupir, poder retratar esa imagen que me sé de memoria, su naricilla, el hueso de su cuello, su nunca virgen pero también inocente boquita, capaz de todo sin asco y con amor, lengua de mimosa con un veneno extraño –paloma, víbora, sacavidas– y su cola de caballo para ángeles pecadores y sus senos, oh y ay sus senos, que yo podría dibujar impecablemente entre cientos y miles de senos de mujeres... pero si comienzo por Susan la historia, puesto que en cierto modo en ella concluye, al menos por ahora, es porque sin ella sería incompleta e imposible, y si salgo de aquí será por ella.

La primera vez que se presentó con su abogado tuvimos un amago de bronca porque ella no cesaba de repetir: «Te lo dije, te lo dije, bien sabes que te lo avisé...». «Cierra el pico de una vez» le largué enfurruñado, hasta que el abogado intervino diciendo: «Dejemos el pasado, vamos al futuro...». Se dice fácil eso de dejar el pasado, pero, ¿qué futuro puedo imaginarme yo

que no esté hecho con astillas del pasado?

Es curioso, pero Susan conocía a los curas mejor que yo y eso que más que atea es agnóstica y tampoco era tan anticlerical como yo, puede ser que además algún fondo religioso tuviera, cualquiera sabe, y su conducta lo prueba, porque con los curas nunca quiso nada, ni con sotanas, ni con pantalones, ni con camisas color ceniza, ni con camisa azul, ni siquiera con camisas rojas, como Justo, y esto la hacía y la sigue haciendo más apetecible para mí.

En cambio, me desagrada y me fastidia que no comprenda ni quiera comprender los ideales políticos que cuestan sangre, positivamente le enfadan las armas, la pólvora, el cuchillo, hasta el veneno, ella era y es indiferente hasta con el escepticismo. Joder sí, hasta morir.

No tenía ni tiene amor al dinero, lo único que ama es el amor, aunque ella lo camuflara en un principio de simpatía o amistad y luego en su orgullo mandón impusiera lo de «querido», que para ella el «querido» era un signo de posesión total. (No he conocido nada de su matrimonio más que ese producto de feto que mal rayo lo mate –como así fue– para su bien.)

El hecho de que yo esté en esta jaula de hierro con este hatajo de criminales, confidentes, drogadictos, maricones, gentuza... me va a hacer difícil, muy difícil, que escriba cabalmente lo que me he propuesto escribir –conste que por consejo insistente de Susan y recomendación expresa del abogado, no sé bien para qué– que escriba, digo, sin romperlo nada más comenzar y con cierto orden para que me entiendan. Siento ganas más que de

escribir de morder, de dar puñetazos, por eso me saldrá todo en un estilo más bien grosero y airado, pero están equivocados hasta la propia Susan y el abogado si se figuran que yo no sé expresarme por lo fino, pero está claro que tendría que ser de algo que no fuera como remover las podridas charcas de un tiempo traidor y encanallado.

Al principio, como estaba en un pasillo de celdas donde pateaban indeseables de la peor especie –así discriminan en este país de las cacareadas indiscriminaciones– ni coger el bolígrafo, para bolígrafo estaba uno, el bolígrafo si sirve de puñalito, como ellos dicen, y si se aviene al uso de metérselo por detrás, a falta de otra cosa, pues sí, pero escribir, eso es cosa de locos, «Anda, pinta unos huevos mustios del sifilazo», «seguro que le está escribiendo una carta a Jane Fonda», «es uno de esos bobos de Gene McCarthy», «anda, a ver si consigues sacarle la firma a Rockefeller», y demás sandeces.

Ahora he ascendido en todos los sentidos, también de piso, porque estoy de intérprete de los jefazos para que se entiendan con los puertorriqueños, cubanos y demás morralla hispánica, que hay que ver la representación que tenemos en esta jaula de hierro y hay que ver o habrá que haber visto lo que sería de la hispanidad si la hubiéramos tomado con preservativo, sin embargo, ahora ya es muy distinto para mí, ya es otra cosa y ya no me roban las bolsas que me envía Susan, que cuando protesté las primeras veces al jefe de celadores, me dijo algo así como «Son los gajes del oficio» pero no sólo los gajes, sino los *gafes* del oficio, estos malasangres y malasombras, carne efectiva de presidio, material de desecho de la sociedad opu-

lenta, piltrafa de gentes, que lo han perdido todo, desde el instinto de rebelión a los cojones, turba embrutecida a la que es inútil hablarle de la ira anarquista y del incendio purificador, tiempo perdido, pero, como digo, ahora al menos puedo retirarme a un rincón casi humano, sobre todo por las tardes, cuando ellos pasean en círculo por el gran patio o hacen pantomimas de gimnasia, la mayoría condenados, y aun sin condenar, todos chusma, porque se les ha pasado un poco incluso la curiosidad de por qué me metieron aquí, a fuerza de hacerme más duro de lo que era antes, pero lo que no resisten es sobre todo que reciba latas, pastas, cigarrillos, libros.

(Bueno, lo principal ahora es saber cuándo llegará la fianza si es que llega, y por fin, si es aceptada. Veremos.)

En realidad, no podré contar la historia total, primero, por pura conveniencia que me va a obligar a mezclar la verdad con ciertas ficciones o disimulos, pero tan reales como la propia verdad y, segundo, porque, a veces, cuando yo mismo cavilando sobre lo pasado empiezo a reconstruir los hechos, es como si sufriera un sueño extrañamente confuso y eso demuestra la voluntad que tengo adentrada de que las cosas hubieran venido por otro cauce del que vinieron, que es como, si en cierto modo también yo me hubiera alegrado en cierta manera de que todo sucediera como fatalmente vino a suceder, hasta tal punto yo odié desde el principio al fin a este cura disfrazado de revolucionario.

Todavía hay personas que vivieron lo que cuento y no es que abuse de la historia, y los muertos, bien muertos quedan, aunque no es el final que yo hubiera querido darles de haber podido, a cada cual lo suyo, pero a lo que no me resigno es a haber quedado de mero espectador.

Nadie, pues, puede ni debe darse por aludido –sigo el consejo del abogado– pero de esta historia contada por días, por horas, tal como lo pienso, si la memoria no me falla, si alguien dice que es un folletín, que lo digan, porque yo no puedo ni voy a dar explicaciones, lo que sí puedo decir es que esta crónica negra de curas españoles metidos a conspiradores en Nueva York, engatusando a líderes de treinta años de resistencia, no la escribo para justificarme de nada, pero si para alguien se contiene aquí una pieza de acusación, allá él; esta jaula podrá servirme de freno de impotencia y de rabia contra todos, pero no de remordimiento, en cualquier caso, una vez más yo cumplí y estoy en lo firme al decir que hice sencillamente lo que tenía que hacer, la lástima es que no lo hiciera antes y por mi propia mano. Ahora es cuando me doy cuenta de lo inadmisiblemente confiado y hasta inocentón que pudo resultar un perro viejo como yo, una y no más, santo Tomás, aunque, a mí, personalmente, a santo Tomás ya le pueden dar por donde amargan los pepinos, y ¿quién dice que todavía no habrá un desquite y que las cuentas quedarán saldadas?

Lo que en este tiempo más me tortura en este jaulón inmisericorde, aparte del ridículo de *la operación* en sí, es que estos gandules mamíferos y ovíparos que a sí mismos se llaman ungidos y que hacen que los llamen poco menos que los mimados predilectos del Altísimo de las barbas blancas, se arrastren

como cerdos y se comporten como monstruosas serpientes devoradoras, verdaderos engendros de hipocresía, codicia y vanagloria –menudo discípulo amado le salió al tal Fulgencio con este Justo de la mierda– este Justo injusto, sacerdote del diablo, buey que se hacía pasar por manso cordero, pero que despuntó siempre los cuernos más traidores, sí, sí, escúchame tú, si puedes, donde estés, ciertamente en tu vacía eternidad, ni siquiera eso, en tu maloliente infierno, pero tampoco, tú, Justo puñetero, masoquista de tu propia deserción, gran cabronazo de la viuda iglesia española, mañoso manejador del pijo tanto como del odio teológico a su propia teología, fantasmón consagrado al altar de tus sacrilegios o engañifas, fabricante de desprecios contra el valor de ser hombre, oportunista de la revolución que el hombre se hace y se deshace por amor al hombre, tanto coñazo después de hablar de caridad, sobre todo por pasiva, cobardón de todas las horas, pero sobre todo de la última, caiga quien caiga, tú, miserable Justo de las misas más que negras amarillas, verdes, rojas, el arco iris de las misas, no sé por qué antes de colgar las sotanas lo primero que debió ocurrírsete fue colgarte tú mismo de la percha de un hotel o de la cuerda del campanario más próximo, ése es el único ejemplo que se te exigía a ti, y ojalá te hubieras tirado a tiempo desde el límpido ventanal de tu puesto de burócrata corrupto de las Naciones Unidas, buen nido para hijos de puta de todo el mundo, uníos, y ahora ya has dejado de engañar a los bobos a los que remuerde la conciencia y a los que no les remuerde, sacerdote amamantador del miedo de la gente ignorante, oficiante aguafiestas en la alegría de vivir, convocador perpetuo para todas las penas y negruras de la vida, menos mal que, según me cuentan, tuviste tu merecido y lo que pudiera sentir es que no haya sido por mis manos, que eran y son más limpias que las

tuyas aunque no estuvieran restregadas con el llamado óleo santo.

Comprenderás que era lo justo para un Justo falsario, escurridizo simulador, fante reformista, que bien supo tender muy habilidosas trampas a los demás y ahí tienes que tú también caíste en tu propia trampa, y que siga llorando la frágil e inconsolable Berta, madre de tus hijos sacrílegos la muy inocente también, aquella melindrosa coquetuela, mimosa tiranilla, tímida matriarca, celosa madrévora, bruja estupefaciente, puta redomada además.

Ahora, que el incontaminado Fulgencio siga celebrando misas por tu alma, misas cantadas o rezadas, por el edificante, ejemplar y virtuoso sacerdote... la porra más gorda.

Al principio, los compañeros de andanada se lo pasaban en grande entre risotadas, bromas y hasta insultos cuando me veían hablando solo en voz alta, o cuando me amodorraba horas enteras diciendo cosas entre labios: «¡Sí, hombre, sácale las mantecas, cómetelo todo entero!», «date, y no seas tonto, coscorrónes contra las rejas o la pared más dura que tu cabeza», «es un pardillo ingenuo...», hasta que cambiaron un poco las cosas para mí y los nuevos cofrades del crimen y los cazados del hampa neoyorquina, sin capacidad para comprender otros motivos y razones, murmuraban de mí, lo sé, y muchos, lo sé, pensaron que yo era un espía y que poco menos que estaba aquí dentro pero cobrando.

Ellos no pueden conocer mi destino, lo que ya hice y lo que todavía puedo hacer que yo no he renunciado a nada y que estoy satisfecho de que en mi lucha todo haya sido siempre montar un pie más arriba del otro, que no ha habido pasos atrás y cuando tantos han desertado –incluso aquellos gringos que vinieron a luchar junto a nosotros en las trincheras de Madrid– yo no me he tirado a la cuneta, y en este asunto tampoco tengo remordimientos porque aunque no saliera la cosa demasiado bien, pero salió, algo falló y la prueba es que algunos ya no pueden contarlo, y ahora es cuando me toca hacer formalmente mi declaración más cierta y es que nunca se trató en esta *operación* de suprimir vidas humanas por muy repugnantes que fueran y alguna de ellas todavía lo sigue siendo aunque sobreviva, que los que cayeron, cayeron pero no por nuestra intención, al menos por la mía. Se trataba –y lo he repetido ya más de cien veces– de un acto psicológico con su aspecto de propaganda y su parte de proclamación de principios, para que el mundo se percate de una vez de que naturalmente la violencia del poder no engendra más que violencia, pero está claro que uno no es un vulgar asesino aunque el mondongo del representante del Vaticano en las Naciones Unidas parece ser, según el juez, que era nuestro objetivo, pues nada de eso, se trataba de ponerlo en la picota mundial pero de otro modo y para que reaccionara la conciencia de los que aún tienen conciencia.

Yo, Jeremías –no voy a renunciar a mi nombre por la baba bromística de Justo que se pasó la vida jeremizando, él sí, yo no– todavía no estoy del todo compensado, conmigo en cierta manera se ha hecho una justicia injusta, que es lo que siempre pasó conmigo como una carga del destino, y por eso yo alzo mi voz y protesto y lanzo mi repudio absoluto contra esta forma de

zanjar las cuestiones.

Probablemente para los jueces de acá y de allá Justo era un hombre probo y Fulgencio es un clérigo digno de admiración y elogio. Yo no lo creo ni lo puedo creer así. Para el juez de aquí y para los bestias carniceros de allá, yo, por exiliado, soy un criminal por haber colaborado en el desvío de un avión y en el rapto de un personaje con faldas, y ni mucho menos esta es la verdad. Tampoco Justo era un vividor, con mezcla de mercader del Evangelio y de lameculos de revolucionarios fracasados, y Fulgencio con su aire dulce de soñador es un inquisidor de espíritus, un pisoteador de las pobrecillas almas... y no me apuro nada en decir que el tal representante de la llamada Santa Sede con su gordura mollar, su voz que se rompe en gallos sensibleros, por lo que yo puedo intuir, y pocas veces me engaño, tiene mucho de maricón, de esos que soban y se restriegan con los niños como aquel coronel de España, tan artillero él, aunque es posible que fuera de caballería o quién sabe, con tantas ínfulas aristocráticas y presidente de tantos consejos de administración y que hasta daba conferencias sobre la ética, el honor militar y demás garambainas y luego resultaría un picaflor, obligando a los niños a meter la mano por su bragueta o apretándolos contra el muro o la biblioteca o una mesa, haciéndoles sentir su gran carácter y su moral heroica y donde naturalmente se puso las botas fue en su época de director de la Academia o cuando era algo así como inspector de deportes y era lógico, porque eso de ver a los cadetes haciendo gimnasia o la instrucción casi en cueros debe emocionar y el deporte excita mucho y quienes pagarían después el pato serían los niños, dejad que los niños se acerquen a mí, y muchas comuniones en fila y con cara de pena, siempre muy vestido a lo lord inglés

porque en su isla habían estado antes los ingleses o los mormones o mamones o a lo mejor era de Cádiz y decía lo de las islas por disimular, cualquiera sabe, y mucha pulcritud y finura por fuera, pero por dentro un delincuente sexual, un psicópata estudiado, algo raro, decían todos sin encontrar el nervio de tan perversa persona ilustre, lleno de complejos, sobre todo el complejo de no ser marqués o duque o algo así, vamos, un loco, y acabo aquí, por ahora que se me ha ido el carro y yo lo que quería decir es que Jeremías está que trina –no como los ruseñores que los dejamos para el coronel– y Jeremías está que vomita –no como las embarazadas, caramba, como Berta–, que Jeremías escupe y silba –no como los ofidios y las serpientes, al estilo Justo– pero tampoco como los carreteros y los pastores sino como lo que es y lo han hecho, como lo que soy, un derrotado, claro, pero no un vencido...

Grito porque estoy deseando salir y no para olvidar precisamente sino para empezar desde el principio a poner las cosas en su sitio, no sea que al final nos presenten una biografía tan conmovedora y bella del lamentable Justo como la de Ramiro, que para eso todos esos de la pluma bien cortada se las pintan solos, pero digamos que hay muchos detalles que aclarar y sobre todo que debe quedar en claro todo lo que pasó, porque lo peor siempre es andarse con mentiras y rodeos, por ejemplo, si el coronel en cuestión ya está chocho o muerto y ha escrito sus memorias, pues que le hagan un monumento en su pueblo vestido de caballero de Alcántara, para ejemplo de las futuras generaciones de niños que tuvieron que aguantar siendo niños o soldados sus revolcones a espada desnuda.

Menos mal que ahora ya, en esta galería de «delitos políticos»,

donde dicen que hay agentes revolucionarios muy peligrosos –a cualquier cosa llaman chocolate las patronas– es un sitio no ideal pero pasable al menos para pensar despacio y no como antes, en la celda anterior, con el sol de día y el parpadeo intermitente del reflector de noche, despidiéndose y saludando a cada minuto, que era una tortura de enloquecer.

A veces, esta pupila vigilante y agónica en una especie de burla acechante, se paraba un rato justamente cuando a uno se le ocurría besar con rabia a la incongruente imagen de Susan dibujada por mí con uñas y saliva en el indecente muro de cemento que mientras tenga por lo menos su imagen, su sombra, su acuerdo, no estoy solo en este Nueva York disparatado...

A los guardianes, ni rubios ni negros, ni leche ni carbón, no se les ocurría siquiera al pasar por la puerta enrejada pensar cuál pudiera ser el delito de uno, ni siquiera calculaban, ni podían calcular, dada su mentalidad, cuánto tiempo le tendrían a uno todavía en esta marrana jaula, que lo de hacer mis necesidades tal como hay que hacerlo es para mí una de las peores afrentas y sufrimientos, y muchos de estos guardianes se sentirán luego liberales y hasta demócratas y hasta sabiéndome español de España echarán pestes del modo con que nos deshacemos en nuestro país de los toros, pero ellos, a su pitanza y cobro, a sus mujercitas rubias insaciables y a su espumeante cerveza –quien pillara una jarra, que me tiemblan los labios al pensarlo y escribirlo– ellos no saben nada, no quieren saber nada de nada, más que dar con el palo o con la culata si las cosas se ponen feas, y suben, bajan, desfilan, se paran, giran, reciben órdenes, las transmiten, vuelven a subir y a bajar, y cuando se trata de uno marcado como de cuidado, aunque sea para llevarlo al locutorio

o tribunal, u a otra prisión, se cercioran muy bien de las esposas, y en vez de bajarlo por la escalerilla de hierro, lo bajan en la caja fuerte del ascensor de chapa donde hay manchas de sangre, una caja que para algunos ha servido seguramente de ataúd macabro, al menos al decir adiós a la libertad y a la vida.

Otra cosa loca de estos locos es que, quieras o no quieras, tienes que escuchar música y la música que ellos quieren, que no es «guantanamera» ni el «vals de las olas», sino música ratonera o perruna de las peores películas y muchas marchas, interminables marchas para los que están atados, marchas para los que tienen esposas en las muñecas, marchas para los que no pueden moverse más que en dos palmos, estos locos hasta en los cementerios son partidarios de poner música de marchas.

Con todo, hasta esto sería envidiable si Narciso, el caporal funesto que nos llevó al desastre, estuviera ocupando o fuera a ocupar algún día esa celda 103 que yo ocupé antes, el muy mamarracho que consumó su ineptitud para dirigir un proyecto de operación tan redondo que lo cagó, aunque a lo mejor hasta lo había planeado como una obra de arte, el muy majadero, los ineptos para la acción, los zoquetes teóricos, los que no tienen dentro la espoleta anarquista, así les luce el pelo, y ahora probablemente estará en Méjico contando la gran hazaña de su mierda, la gran mierda de su hazaña.

Ya sé que yo no cumplí como debí de cumplir –si bien lo tuve clavado en la sesera fijamente y hasta estuve a punto de hacerlo por mi cuenta y riesgo saltándome la redicha disciplina a la torera– pero Narciso, este vaina de jefe, este cagado que resultó que no era ni lanza ni caña, ni chicha ni limoná, ni carne ni

pescado, ni gallo ni gallina sino esa media tinta, esa indecisión, ese canguelo que ni es miedo completo ni es prudencia razonada. En realidad, tú, Narciso de la comodidad y de la deshonra, avestruz envidioso, que mascas suficiencia para ocultar una clara debilidad, siempre diste el pego, el gran timo, la gran farsa montada sobre «los piratas del aire», un sueño trabado sobre lo que se lee en los periódicos, y así no se puede ir a ninguna parte, y es que hay cierta clase de revolucionarios no ya fríos sino enfriadores, estos calentaculos sin ballesta ni dardo en su sitio, que son cien veces peores que los tomados por meramente ilusos y soñadores, los cuales acumulando furia son capaces, algunas veces al menos, de cargarse a su propia madre que se les pusiera delante, pero los tipejos como Narciso, al carajo.

En este sentido, con su tirante compostura de timorato, Crístides fue estupendo, aunque tuviera mala suerte en la cosa final y que de poco me lleva a mí por delante, pero por parte de él no quedó y es que la culpa fue de Narciso, porque estos calculadores de la computadora revolucionaria que ni han entendido matemáticamente a Marx –yo comprendo que es pesado y nada fácil– pero que ni siquiera han entendido a Bakunin en su vertiente suicida y liberadora, estos domésticos dirigentes que desconfían de la mujer y que no resisten un cuarto desordenado aunque esté lleno de propaganda desordenada para ser repartida con todo desorden, estos planificadores tecnócratas que se explican los textos más corajudos de un

modo frío y con muchos cuadros sinópticos, que se asfixian en el *subway*, y que cuando dictan una orden tienen al lado al confidente con el magnetófono, estos líderes que cobran según las fichas perforadas y unos actos valerosos que a sí mismos fantásticamente se atribuyen, estos anarquistas de camelo, a mí me rascan el ano con pluma de urogallo, que debe de ser placer de burgueses semidioses.

Con todo, Narciso no ha terminado su carrera y es un traidor más culpable mil veces que Justo, y repito que Crístides que las pagó todas juntas me merece todo respeto y nada me importa su pasado, que una cosa es que se le pueda tachar de impaciencia, arrebató y algo de ofuscación y otra cosa no declarar que se portó como los de pura cepa, y es un dolor que su gesto y su cometido hayan sido hasta hoy tan ignorados como estériles, pero ya que precipitó la acción y puesto que estaba en las consignas de la policía, seguramente, liquidarlo, ¿por qué no arrastrar por delante al cómico *monsignore* que, para colmo, se desmayó como una vieja? Crístides no habría buscado directamente tal cosa y de todos modos, lo habría hecho ya en el último trance dejando el asunto resuelto. En estos barullos hay que saber conservar la serenidad pero peor hubiera sido que le hubieran hecho cantar, pues aquí también saben de procedimientos persuasivos para hacer hablar como si los hubieran copiado de allá. En cierto modo, yo puedo decir que me hubiera gustado estar en su piel, porque no me hubiera ido tan de vacío, y el insensato a última hora cargó la pistola. Si estaba dispuesto a todo, ya en la escalera del avión, lo más convincente hubiera sido una buena bomba de mano. Yo le pedí a Narciso no una ni dos veces ser yo el expedicionario y estoy seguro de que mi máquina hubiera funcionado de distinto

modo. Mi máquina funcional tiene otros dispositivos, pero Narciso no quería darme ninguna oportunidad y, si ahora mismo estaba criando malvas, ¿qué más podía darme a estas alturas?

Pobre Crístides, huído del comulgatorio y del ágape nixoniano, que siempre fue, al parecer, un huído de sí mismo, de su teología y de su rubia, espantado de su propio cisma, ahuyentado de la familia hipócrita, disparado al disparatorio por despecho, catapultado a la proeza anónima, aunque quién sabe si Crístides era ya un aburrido por haber vivido mucho o picado mortalmente por la vanidad matadora, el caso es que se lo ha tragado la tierra –creo que nadie recogió su cadáver– pero también yo estoy aquí hundido como un escarabajo moñiguero, controlado al minuto por estos pelmas de guardias, bien criados, mejor dicho bien nutridos, que lo que debían estar haciendo ahora mismo es quitando zurullos de tanto perro –de dos y cuatro patas– como circula olisqueando a sus anchas por este corrompido Manhattan.

Hace cinco meses y seis días exactos que estoy aquí sin sentir el sol y sin ver las nubes más que a una distancia mortificante, viendo además cómo las palomas vuelan por encima de este patio infernal, húmedo, cerrado a una altura increíble, con olor a podrido, con charcos que deberían ser de saladas y amargas lágrimas más que de la lluvia.

El día que me llevaron por primera vez a declarar, no en un tribunal sino en una especie de sala corrida como una oficina de seguros y que me urgían a declarar lo no declarable –puesto que

se habían engañado totalmente en que esto tuviera nada que ver con judíos y palestinos– me dieron un empujón y una bofetada, por contestar mal, según ellos, tan fascistas o más que los de mi tierra, y luego me puse enfermo de veras, con colitis líquida, nada extraño con esta bazofia de rancho y me llevaron a la enfermería con pocas contemplaciones, y yo haciéndome el loco y saliendo por peteneras: «por favor, un poco de arroz en la dieta» –dijeron–, y yo, «no, por favor, más arroz no», porque ya las almorranas apuntaban como tomates canarios, menudos, duros y picudos, ellos comentaban, «es muy delicado el camarada», «a lo mejor es que quiere arroz de Mao», «¿le duele en este sitio?», y rieron, «¿cuál sería su régimen ideal», preguntaron, «¿mi régimen?» –y entonces reí yo–, pero para acabar la fiesta en paz, añadí: «nada de fascismo, algo de carne, aunque sea de jabalí o cerdo, no le sienta mal ni siquiera a un cristiano», «¿no le parece discriminar demasiado?», «bueno, un poco de pescado de vez en cuando, aunque sea del Hudson y esté contaminado» dije, «no le parece un poco de sibaritismo?», «natural, natural, porque si no hay leche fresca, por lo menos un pollito al mes y si no, pues ratas fritas...», «¿ratas para su delicado paladar?», «están buenas, sólo que un poco dulces», «es usted un huésped muy contradictorio», «no lo saben ustedes bien», «pues háganos su menú», «un poco de vino español aunque sea introducido por los italianos no estaría de más, al menos el día del cumpleaños del Presidente», «nada, nada, que nos ha salido un declamador y que tenemos un convidado muy exigente al que no hemos tratado, por inadvertencia, como debiéramos», y aquel día me tuvieron en ayunas completo.

Nadie, nadie, ninguno dio la cara para la fianza y si no la

consigo por medio de Susan es que nadie me sacará de aquí, pero yo ahora más que nunca confío en ella y mientras tanto hay media docena de miedosos conejos huyendo, acomodándose, mejor, queridos compadres, meteros en los agujeros del metro si podéis, pero nadie ha dicho «aquí estoy yo», ninguno ha hecho acto de presencia ni desde lejos, más o menos disimuladamente, porque no querrán que los relacionen y los fichen y ya alguno, como un choto, con toda seguridad, andará buscando una nueva teta y prometiendo valiosos servicios. Al diablo con ellos.

Solamente me ligan al mundo y a la calle los paquetitos de Susan, que hasta por el modo de prepararlos son una delicia y es que a mí me gusta que las mujeres le echen valor a la cosa y Susan es un portento, nada la arredra ni nadie es capaz de detenerla y cuando se propone algo parece mentira que una personita tan insignificante tenga tal potencia invencible, los paquetes de Susan llegan puntualmente y muy cuidados, como quien hace una obra de arte y siempre con alguna sorpresa: un día desodorante, ella sabe; otro, vitaminas, jabón, chocolate, unas manzanas hermosas, todo un símbolo, y luego papel de escribir, para que no me aburra, y también siempre es novedad el libro o los libros de la semana –que no escoge nada mal, porque de repente se ha dejado caer con las obras de Arthur Koestler– y siempre cigarrillos, la mantequilla, pastas, leche en polvo –para redondear el símbolo de la ausencia–, polvos de talco –más polvo o más símbolo–, otra libreta de oficina, lápices y bolígrafos permitidos, y por último, cuando cobra la pobrecita, un pequeño transistor que estuvo tres semanas en Dirección, si pasaba o no pasaba, total que a veces me trata a mí, que tan poco he hecho por ella, como a un señorito de Cádiz, o sea que

Susan no está dispuesta a romper el cable y no quemará las naves y eso siempre me trae esperanza, oh encanto de criatura, y lo que más me da ánimos, «resistir es vencer», y pienso noche y día en el instante en que la tomé en mis brazos; Susan querida, tú evidentemente no estás hecha para oscilar culeando, para culear oscilante y giratoriamente en tu silla de secretaria sino para culear en la cama y conmigo, tú has sido la única humana, generosa, y aunque hayas sido puta, reputa, putísima, tienes algo dentro, algo de eso que dicen de las santas, algo que no ha sido violado todavía y ¿quién lealmente podrá preguntarte de tu pasado?

A mí me alegra no poco que Justo no pudiera contigo, los torcedores de conciencia creen que todo es fácil, pero tú fuiste la descubridora de su farsa y es que tú, Justo, cabroncete refinado, seco llorón, disecador de tu propia lacrimogenia, verdugo de tu propia insensibilidad, tú que la tuviste tan cerca, no eres capaz de entender esa cabecita rubianca que tiene varias pelucas sustitutivas –se va a enfadar– y cuyos ojos cambian también según se los mire, tú no has sabido, no has podido acariciar su pelo fino de medusa, con un aroma inconfundible, tú viviste a su lado y la ordenabas y te obedecía, pero no entraste, no podías entrar en la maravillosa desazón de su sexo, porque tú eras lo que eras, un tarado de pueblo saturado de teología en la capital, repleto después de sociología barata en tu paso esquivo por la universidad, pero llevando camuflada la menopausia clerical pululante de rencor y perfidia por tardía, y menos mal que el poludo y leonino castrado pelotudo se acabó, enhorabuena...

He vivido ya tantos años fuera de España (cada siglo España lanza por la borda a sus verdaderos redentores, aquellos que quieren desamordazarla y hacerla vivir de acuerdo con la naturaleza del hombre y sus sueños de emancipación), pero España es eso que se llama mi patria y sería muy cruel que yo contara todo lo que padecí, primero haciendo la revolución y la guerra a un mismo tiempo y, segundo, ya en el exilio, conservando al menos la lengua ya que pasaporte no tenía y he sido a la par ciudadano del mundo, apátrida y nacionalizado en tres repúblicas de Latinoamérica y digo nacionalizado que es un decir... La última intentona que hicimos en la frontera –nunca debí de fiarme de Juan Antonio, un burro de carga que nunca entendió más que de dinamita y es lógico que hay otras cosas– nos alejó definitivamente de un posible y natural reintegro a nuestro ser y hacer, que nosotros tenemos más derecho que ellos, los usurpadores, a vivir con nuestro pueblo

Ahora, cuando me veo aquí sepultado en esta ratonera de sombras tangibles –mi cuerpo es sombra de la inalcanzable bombilla eléctrica y hasta el cuerpo de Susan es sombra también, más sombra si la tapo con el mío– comprendo que todo lo que hicimos y se hace en la vida es por conservar la luz suelta de las esquinas, el respirar profundo en el altozano, el bullir alegre de la plaza y sus gentes, el redondo globo solar botando en los jardines, la esfera sideral danzando en el mar e, incluso, la turbia sombra anhelante en las sombras de los parques, el salto siempre infantil al llegar a la orilla del río, el paso reflexivo sobre las espumas de la playa, todo por ser libre, y sólo por tener libertad cuando todos vemos que es y quiere ser

espacio libre, tiempo al libre albedrío en el mundo, uno lucha y se deja encerrar en esta sombra de sombras de hierros cruzados, y por andar libre uno no sólo muere, sino que deja a Dios a un lado y termina cayendo en el infierno de esta negrura numerada de los obligados a vivir como vencidos y como alimañas a las que se les da por alimento odio reseco y por refresco una siniestra sed de sangre que no acaba. A todos ellos les gustan las tinieblas, los pájaros sin vuelo y los peces en el cieno, todo lo que sea oscuro y sin luz y sin sol y sin vida, como la superstición, el ciego amor, el ciego rencor, la ciega sangre que se pudre en el encenagado pozo, y por eso aquí todo es negro, menos las manchas de los orines, los sellos de los escupitajos, las huellas del esperma, los dientes que ríen y el brillo de las llaves de los guardianes que vigilan, hablan y ríen.

Después me tocó rodar, como era de esperar, pero rodar más de lo imaginable, y siempre de un sitio para otro como un pato mareado o como un follonero al que echan de todas las barras, al que no dejan aguar las escopetas ni en el más mísero charco, y tuve que hacer sucesivamente de todo: maestro, jardinero, publicidad barata, periodismo de sociedad en la etapa brillante –todo un escarnio– y hasta locutor de radio, que por eso tengo la voz cascada y aguardientosa, la voz como una nuez hueca y fullía y el alma hecha un pingajo al servicio de los pingos más fusilables, y el último, Narciso, «no fumes, deja el tabaco», «¿y vas a salir esta noche con la humedad que hace?», «tú estarías mejor casándote», y todo esto me lo decía Petra Ramírez, una licenciada puertorriqueña marimacho, que se pirraba por todo lo enrevesado, y ya después me tocó ser vendedor de libros a domicilio, incluida la Santa Biblia, amén, hasta que después vino todo lo que vino, y lo que viene, vuelta a empezar, la llamada del

sentimiento anárquico más exacerbado que nunca, desengañado de los grandes figurones, nuevas epopeyas tan ignoradas, tan incomprendidas, porque de todo lo que pasó después, de tanto y tanto, se sabe bien poco, no se sabe prácticamente nada, sobre todo en España donde creo que hasta suele decirse que nos hemos inflado con toda clase de negocios, principalmente dando clases, dirigiendo editoriales, publicando libros, como si con esto alguien pudiera hacerse rico, teniendo en cuenta que nos agarramos a lo único que podíamos hacer con dignidad, aparte de que eso ha demostrado que la defensa de la República una vez más la hicieron en España las clases cultas aunque no las acomodadas, los intelectuales, no los aristócratas ni los financieros, ni los prebendados eclesiásticos, que esos siempre van a la teta de turno y cuando se les vacíe la del régimen, ya buscarán salida para la manducancia y los postres de mañana, para que luego vengan con amor al pueblo, el pueblo que nunca ha existido para ellos porque entre Dios y el pueblo ellos siempre han puesto el sable, el poder, la guardia civil, la policía.

Ni poco ni mucho quiero referirme, nada más que lo preciso, en esta historia –no del todo inventada como puede suponerse, tampoco del todo sacada de la realidad, como interesa aclarar– a nuestra pasada guerra civil, porque ahora mismo desde aquí todo aquello que me parece una pantomima innoble y nosotros en realidad se puede decir que fuimos engañados por turno y por todos, incluida Rusia, fuimos burlados como tordos en primavera, y está claro que entre tanta farsa el gran sacrificio no dio, ni podía dar, los resultados que merecía, pero siempre que empiezo a escribir de esto me entra más rabia que congoja y tengo que dejarlo, aunque luego vuelvo a ello inevitablemente...

Otra cosa de la que voy a tener que hablar, mejor dicho escribir, por necesidad impuesta de los hechos, es de esa historia bellísima, pero con toda seguridad truncada, de Ramiro, en la que se nota palpablemente la maña del transcriptor y cocinero de leyendas, el tal Fulgencio –entre sotanas anda el juego– dejándonos la semblanza de un cura soñador, inexperto y propuesto para la corona del martirio en la llamada Cruzada, mártir de la fe o de su noviazgo con una cándida novicia, una estafa como otra cualquiera, porque probablemente el propósito deliberado del cura Fulgencio, gran devorador de almas en conflicto, era y es elevar nada menos que a Ramiro, el hijo del doctor masón y amigo de la República, doctor M. Jiménez Zamora, a la peana sublime del altar, cuando yo creo que o todo fue una estúpida injerencia de un infeliz envalentonado con el prestigio de su padre –que quiso nada menos que adoctrinar a las milicias populares en un instante de justificada ira y excitación– o en todo ello, lo que es más que probable, hay mucha trastienda y martirologio amañado.

Siempre hay una historia sublime para cándidos, que es la misma para los muy espabilados, y los ya curtidos seríamos tan culpables como ellos si aceptáramos sin más todos los cuentos que ahora quieran colarnos; sí, el curita joven Ramiro pudo ir paternalmente, infantilmente, como un manso cordero hacia la salvación o la vida en peligro de la neurótica o chiflada Sor María de la Santísima Trinidad –átame estas cuatro moscas por el rabo– y acaso se dirigió a la torre de su nido porque no se atrevió

el muy tímido a ir a donde le llevaba el subconsciente, es decir, al otro convento vecino, donde, es lo más seguro, suspiraba amores místicos y quién sabe si de la carne también, aunque arrebolada por las transfiguraciones, la adorada Margarita, su novia de antes, después sor Ángeles; y uno, tan profano como hartado de evasiones y subterfugios, quiere creer honestamente que el fervoroso Ramiro fue adonde el corazón le llevaba y no creo que haya que entender su intervención en el incendio del convento y lo que viniera después como una llamada del Espíritu Santo sino más bien como una metedura de pata, y hasta me atrevería a decir que el doctor Jiménez Zamora –le oí una vez una conferencia sobre iniciación sexual que nunca habría aprobado su hijo– tan autorizado en psiquiatría, muy bien debió colegir que en esta peligrosa y temeraria salida de Ramiro hacia la seguridad de las esposas del Señor hubo un confuso y amagado doble–objetivo, pero, aparte de este medio pueril, medio elaborado invento, hubo también como motivación la martingala de la apologética en manos del habilidoso, suave y atosigante cura Fulgencio, un anzuelo para rescatar almas titubeantes, una espoleta para la santidad deseada de los seminaristas, que ojalá dejaran su cuerpo en paz y atendieran un poco más a las matemáticas y a las ciencias, que son de una incultura pasmosa, y ni siquiera el truco podía tener un efecto para la conversión del desengañado y cínico Justo, tan impío como traidor, de cuyas «misas negras» a mí me da asco hablar y escribir; con esas tragaderas para tragar hostias o lo que sea, todo es fácil para elementos como el perdido preboste Justo, el comediante, el tragediante, el cómico Justo.

Diré lo primero que a mí me ha dejado un recuerdo imborrable, lo que fue la reacción instintiva, viva, auténtica del pueblo español con su llamada Iglesia cuando la guerra civil, y voy a contar brevemente algo muy revelador o sintomático, como dicen los médicos, y lo contaré tal como lo vi: estando yo entre Villaverde y el barrio de Usera, en los primeros días de agosto –no puedo precisar ahora mismo si sería en los últimos de julio del 36– actuando como enlace de los cuarteles generales improvisados para ordenar el reclutamiento voluntario para nuestros frentes de Madrid –conste que estuve en los primeros combates de Guadarrama y Somosierra, no sólo luchando sino animando a todos– porque, aunque la gente quería morir por la causa, había muchos emboscados en nuestras filas desde la primera hora, de repente, se presentó en la ruta un extraño e increíble convoy procedente de Jaén –¿voluntarios para la República?–, ni pensarlo, sino una buena redada de facciosos del sur, la tierra más explotada por los señorones, los caciques y los señoritos, como es sabido universalmente, donde es seguro que el gobernador civil, queriendo hacer méritos o queriendo quitarse de encima el mochuelo, muy probable, nos enviaba una gran caterva de presos enemigos, los más enemigos, largándonos un paquete de regalo, porque todos ellos ciertamente estaban implicados y complicados en la insurrección militar–fascista; es posible que al gobernador le faltara valor o que no quisiera que se los escabecharan fresquitos en la cárcel de Jaén, y así es que los envió con una escolta y un salvoconducto especial a Madrid, para que el gobierno decidiera –¡para eso estaba el gobierno, rodeado de traidores, de cobardes y de espías!–, y era cosa de risa, porque

se trataba, como digo, de una compacta y selecta representación de militares, que si no se habían sublevado era porque no habían podido, de pistoleros falangistas que habían asesinado a alguno de los nuestros, de duques de horca y cuchillo, también con derecho a pernada, como allí era de ley, terratenientes que habían costado el levantamiento, e incluso alguna brava y fanática mujer, alguna loca suelta, de esas que querían que todos los niños del barrio se bautizaran o comulgaran a la fuerza, que se tomaran las hostias después de haber confesado en ayunas y teniendo que permanecer todo el día con un trozo de pan o un puñado de bellotas de los cerdos, pero lo más sorprendente y genial es que la carquísima y reaccionaria caravana la presidía el obispo de la diócesis, un tío soberbio, negociante, una especie de rajá que vivía en su palacio como enemigo del pueblo y dando dinero a los falangistas, y este obispo orondo y satisfecho presidía como pastor la grey de los conjurados insurrectos, pero, luego, como siempre, se ha dicho que el tal obispo murió como un mártir y un santo, y yo lo vi llorar y cagarse en los pantalones, que por cierto no le cubrían bien la barriga enorme, y es que para ellos, naturalmente, el mundo está lleno de santos, pero nosotros no los vemos por ninguna parte, será porque son invisibles como los espíritus puros, y es que los demás somos unos infieles réprobos, unos pecadores empedernidos, unos viciosos incurables, pero también de aquel obispo los que venían de Jaén dijeron alguna cosa, demostrando que era un poco suelto de bragueta, y claro, ante aquella presencia tan inoportuna como molesta y ofensiva, la gente del Madrid barriobajero pero sano, que estaba irritada por la traición del Cuartel de la Montaña –donde habían muerto muchos compañeros– y espantada por lo que se iba sabiendo de otras guarniciones y capitales, ante aquella representación, reaccionó

muy a lo vivo, como es natural, porque le dolía la agresión, le dolía la burla y el abandono de tantísimos años y para nosotros incluso era muy difícil contener la cólera del pueblo, era como una idea del demonio traernos a las narices a aquella odiosa turba de farsantes, usurpadores, mangoneadores, militaristas y asesinos, ¿qué habíamos de hacer, tenerlos en un hotel, tratados a lo gentil caballero, comiendo a la sopa boba mientras los hijos de los trabajadores eran tiroteados desde los campanarios y las azoteas por los señoritos, y mientras en el frente caían los camaradas como moscas?, tampoco a los nuestros en la zona que ellos llamaban nacional, azul o blanca, como se quiera, se les daba pan ni sal sino tan sólo una ración abundante y nocturna de plomo, en los cementerios, en los desmontes, en los patios de las cárceles, en las carreteras, aunque, eso sí, con el cura al lado dispuesto a dar generosamente la absolución, lo que se ha demostrado en la guerra civil es que, si bien ellos tenían al lado a la Iglesia, tampoco creían en Dios ni en nada que se le parezca, pero la Iglesia española tiene que pagar bien caro todavía su venta a los fariseos y verdugos de los pobres, de los desheredados, de los injustamente preteridos y abandonados.

Pues allí estaban aquellos centenares de fascistas de Jaén poco menos que reclamando al ministro de Justicia y protestando de su inocencia. No se había decidido nada aún, pero en menos que canta un gallo, los hicieron bajar a todos con las debidas precauciones, pues había elementos peligrosos entre ellos, aunque venían no sólo custodiados por guardias de asalto o de la nacional republicana, más algunos responsables de milicias, que los habían tratado muy bien en todo el viaje, no como a enemigos prisioneros que eran, y por todo esto creyeron

seguramente que se trataba de alojarlos mullidamente y a todo confort, si bien, los más culpables cuando sintieron los gritos del pueblo airado, ya comenzaron a temer algo, y lo que pedían –es tan chocante como indignante– era que se aclarara su detención y lo pedían con toda seriedad, y pedían también ser juzgados por un tribunal imparcial, o sea, que pedían un juicio con abogados defensores puestos de toga y toda la pepa, acaso con un libro de reclamaciones al lado como en los hoteles de primera, y mientras tanto nosotros, nuestros camaradas estaban siendo barridos en algo más de media geografía española, con los santos óleos a la vera para que pudieran irse derechitos al cielo; pues ellos pedían justicia, pues tenían que tenerla, está claro, pero el pueblo tiene su instinto infalible y el pueblo también se cansa, y fue el pueblo el que de modo correcto pero firme fue separando a los más culpables, el primero el obispo, por lo que representaba y por lo que era, y a su lado toda la tanda de terratenientes abusadores del hambre campesina y también los militarotes que habían sido sorprendidos mientras conspiraban, y por supuesto en el primer montón entraron los políticos venales y chanchulleros que eran los vendevidas de la clase obrera, y yo soy testigo de que la decisión fue tomada de modo unánime y rápida, sin cachondeo ni burlas ni nada parecido, sino con gran respeto y dignidad como cuando el pueblo hace las cosas importantes, casi diríamos como en Fuente Ovejuna, cosa que es de admirar dado el grado de abusos y atropellos que le ha tocado siempre encajar, y el pelotón se formó en seguida y no era un pelotón sino muchos pelotones juntos, una masa de fusiles, pistolas y hasta escopetas, pero allí estaba congregado todo lo genuino del Frente Popular, que entonces no pecaba de palabrería, ni de inútiles discursos, sino que todos acordes en la resolución ocupaban su puesto para

cumplir la justicia del pueblo, y allí estaban, a lo largo de una tapia medio derruida de la carretera, que era el paredón de una fábrica en ruinas, allí estaban todos los reos, porque todos eran reos de lo mismo, pero el pueblo los tenía delante sin mofas ni escarnios y con el ánimo de acabar lo más pronto posible, primero con los mandamases, y segundo con toda aquella muralla de traidores, y si hubo algún abucheo sería debido a la falta de moral y valor de alguno de ellos, porque por uno, un loco, que gritaba cosas sobre España, los demás prácticamente se sentían como asesinos pillados con las manos en la masa, y algunos seguían pidiendo y tenían la desfachatez de pedir clemencia y un tribunal legal, ellos que se habían alzado contra el Gobierno constituido de manera alevosa y traidora, y hasta hubo un militar que dijo que estaba dispuesto a luchar por la República, cosa, de veras, difícil de aceptar y por eso no hubo ni pudo haber clemencia ni piedad y era bobo suponer que íbamos a caer en más trampas, y se había terminado el tiempo de pedir porque si lo que pedían era tiempo, que se les dejara explicarse, pedían la misma cosa que a nosotros nos estaban robando por la espalda cada minuto que pasaba, quitándonos trozos de geografía española y vidas afectas a la República, y menos mal que en seguida fueron comprendiendo, y cuando se dieron cuenta de que les había llegado la hora irrevocable, comenzó la pantomima de rodear al obispo pidiendo confesión, como si fuera tiempo de confesiones y el obispo, con más canguelo que nadie, hacía como que bendecía con unos garabatos en el aire, y todo lo que tenían que hacer era estarse quietos en el sitio aunque fuera sentados y no aquel tropel como rebaño disperso, y el obispo en un momento quiso sentirse un poco solemne, como si fuéramos a impresionarnos y a los altibajos de la absolución añadió algunas palabras muy bajas –ya digo que estaba

cagadito– sobre España, y todo él era puro temblor y el rebaño culpable y su pastor vieron perfectamente cómo nos preparábamos para liquidarlos cuanto antes, y como todas sus vidas no habían sido más que el imperio de la hipocresía, del egoísmo, de la injusticia, del desamor, miraban espantados al pueblo que habían engañado y corrompido y el obispo más, hasta que ya por fin alguno quiso hablar y nuestra gente estaba harta y habló algo pero sin que pudiera escucharse ni pío, y allí iban como escondiéndose en el desmonte de al lado de la carretera y cerca de las vías del tren y no hizo falta piquete, ni voz de mando, porque la voz conjunta de *fuego* salió de todos los pechos a la vez, voz que no pertenecía a nadie y pertenecía a todos, y del primer *fuego* yo calculo que salieron cerca de doscientos disparos, porque los ejecutores de la venganza popular se habían ido colocando con perfecto orden de todas las maneras posibles, de pie, de rodillas, encima de los coches, subidos en sillas, sentados, desde las ventanas de enfrente y había familias enteras disparando, porque todos querían participar en aquello que era un acto más sagrado que ninguno, y todos tiraron a dar, naturalmente, y nadie se echó atrás a la hora de la verdad, pero ¿qué es lo que pasó?, el primer sorprendido fui yo, y casi todos, porque después de aquella descarga compacta, cerrada, tan furiosa, tan disciplinada, tan improvisada también, el resultado fue más apabullante que eso que ahora llaman un *plebiscito*, porque a pesar de tanta bala y del montón apretujado de tiradores que se juntaron, el único cuerpo que recibió todas las balas, el único cuerpo que cayó machacado, porque en su sentencia se verificaba un castigo simbólico y real al mismo tiempo, fue el cuerpo del obispo, así, sin ponerse de acuerdo, sin consigna alguna, sin mítines, como algo que sale de la conciencia, porque todos le dispararon *a él*, como respondiendo

a un compromiso secreto y público a la vez, y si todos los tiros cayeron de primera instancia sobre el mismo objetivo, y sobre él cayeron, yo pienso y he pensado más de una vez que esta coincidencia tenía que tener un *porqué*, y la interrogante que se la contesten los obispos actuales y que se respondan con el mismo asombro y sorpresa que los presos cuando vieron que ninguno de ellos había caído, sólo y exclusivamente el obispo, qué misión divina sería aquella que había hecho del obispo la cabeza visible y representante de los déspotas, frente a la justicia del pueblo, y repito que los mismos presos no lo creían y se quedaron en pie estupefactos, tocándose el cuerpo y temblando, y pudieron creer que todo era una broma, pero fue sólo un instante, porque cuando vieron la sangre del obispo que los había salpicado a todos, vieron que no había solución, y nosotros mismos estábamos como desconcertados al ver que todos los tiros habían ido al mismo sitio, a la misma persona, sin que nadie lo conociera ni tuviera nada contra él, y los milicianos al ver el efecto que sobre aquel hatajo de hombres había hecho lo del obispo, sintieron un gran alivio del alma y una vez hecho lo capital y primero, todos se pusieron de acuerdo para repartirse a los demás por grupos y entonces fue llenado el corro con más gente aún, y el fuego que cayó ya fue suelto y graneado, y todos iban cayendo repletos de plomo, y algunos corrían como conejos y como conejos tuvieron que ser cazados, menos la mujer histérica aquella, que se subió a una piedra gritando «Viva Cristo Rey» como una condenada y ya no se oyeron más voces que de liberación y castigo: «cobardes», «asesinos», «traidores», y no sé que más, y podían tanto las voces como las balas, y así fue cómo una pena de muerte colectiva fue ejecutada con toda gravedad y seriedad, porque una vez ejecutada la primera muerte, la del obispo, todo lo demás era consecuencia y conclusión de lo

mismo, y es de maravillar que hasta que el obispo no cayó no hubiera otra tanda de tiros, y es que el obispo era para el pueblo como la bandera con que se habían cubierto y se seguían cubriendo los ricos explotadores de la clase trabajadora –el mismo obispo se dijo después que era un potentado que guardaba el dinero en palacio y que nunca había tenido ni una palabra para los que no tienen nada– y ahora yo recojo la interrogante y me pregunto o que se lo pregunten y respondan ellos, como puedan, ¿por qué fue así, por qué tuvo que ser así? La Iglesia es muy amiga de echar sermones, sobre todo a los demás, pero ha perdido el hábito de meditar sobre sí misma y son los hechos los que la llevan a rastras, unas veces vendida al poder que se subleva, y otras queriendo derribar, o haciendo como que quiere derribar –para quedar bien– al mismo poder entronizado y de nuevo sigue viendo que los obispos han perdido la confianza del pueblo e incluso la confianza en sí mismos, y es un justo castigo, porque si la Iglesia española tuviera la sabiduría y la prudencia que dicen que dan los siglos de historia, debiera darse y dar alguna explicación de por qué en una hora de selección libre y espontánea, a la hora de llevarse por delante una víctima que valiera por todas, se eligió al obispo sobre todo teniendo en cuenta que el pueblo más bien tenía como una disposición previa para considerar intocable al obispo y era el mismo pueblo el que estaba salvando en sus cuarteles a algunos curas que eran considerados amigos del pueblo, pero aquel obispo no podía ser aceptado como inocente, porque sólo verlo entre aquella reunión de culpables, él era la máxima culpabilidad, y por eso yo digo que se pregunten y se respondan, aunque nunca se preguntarán ni se responderán, porque con los ricos capisayos y las antojeras puestas, presidiendo principescamente en las catedrales sus extrañas melopeas en latín –que

ni siquiera ellos entienden— pero que sirve para adormecer y confundir al pueblo, sobre todo entre las nubes de incienso, pues bien, para mí que sigan cantando en el coro, porque si así fue, así puede volver a ser, si no han aprendido la lección como se está comprobando que no la han aprendido, porque ya es tarde después de tantos años de servicio a un Estado que ha hecho de la Iglesia su fámula, y no es fácil soltarse a última hora del carro de los del fagín, los falangistas de la nómina cubierta, los magnates de los negocios sucios, los poderosos cuentacorrientistas, los explotadores y robadores de la bicoca del turismo, de todos aquellos que desde antiguo comercian con el hambre del pueblo, los encanallados matones, los pérfidos cuidadores del ñamado orden público, y ya lo digo de una vez, que sigan cantando sus tedeums y más tedeums de la Victoria, mientras les quede mecha, pero luego que no se pasmen si de vez en cuando les toca también cantar el miserere o el *gori-gori* ese de los entierros de primerísima, que después no pidan clemencia como mujerzuelas y se caguen en los pantalones, si es que los llevan, ni recurran en la última hora a la bondad sencilla de los maltratados de siempre que les toca presidir el pelotón innumerable, que se vayan haciendo duros y fuertes, para que en esa ocasión ejemplar no resulten tan verdaderamente miedosos y cobardes ante las balas como el de Jaén, porque son los hombres, con sus iras justificadas y sus castigos implacables, los que tienen que dar una respuesta a tanta pregunta de siglos, porque será el pueblo una vez más quien tenga que hacer que la justicia quede en su sitio, que aunque, en algún caso pudiera resultar una justicia precipitada y sin aparato, aquí —mejor dicho allí—, en nuestra tierra, se llega siempre muy cansado y desesperado a ese reino de paz que ellos predicán desde los solemnes pulpitos, pero cuyos sermones llegan tarde y

maleados totalmente, pues que mediten si es que se les ha olvidado el ejercicio de hacer cuentas y balances de lo que no sean los millones del tesoro de los pobres y que no envíen luego mensajeros tardíos de una revolución imposible en la que no creen, espías que yo he tenido la desgracia de conocer y tratar, como Justo, el ensotanado de paisano por el que estoy aquí y por el que ha muerto Crístides vilmente delatado... ¿y para qué seguir?...

Porque quizá ha llegado el turno ya de contar algo de la historia de otro cura de carne y hueso, un soñador iluso –que a lo mejor hubiera sido otra cosa al llegar a obispo– ese murciano hablador sin convicción profunda de nada –el guerrillero Alfredo, al cual alude despectivamente Fulgencio–, pues a Alfredo lo tenían atravesado y quién sabe por qué lo habían encerrado en un manicomio porque las alusiones a él en el sofisticado y recompuesto relato del cura Fulgencio con decir que estaba loco se sale del paso, pero con lo pequeño que es el mundo resulta que también yo tengo algo que decir y que, evidentemente, no va a impresionar a las muchachas de Acción Católica y acaso les resulte desagradable a los planchados tipos del llamado Opus Dei y no digamos nada a las Hijas de María o a los Congregantes Marianos, pero a mí el caso Alfredo me parece conmovedor y si no es una historia bella, es porque tampoco su existencia lo fue.

Da la pijotera casualidad de que este ejemplar al que llamaban

todos el «cura guerrillero» durante la guerra, fue conocido por este menda, no a fondo, pero lo suficiente para estar en desacuerdo con la estampa de él pintada por Fulgencio.

En primer lugar, yo no creo que fuera cura, sino que estudió para cura y de los cuales tenemos en nuestras filas, militantes de primera, porque hicieron el rechazo a tiempo porque repudiaron la venta del alma. Puede haber algún ex cura por excepción con el que se pueda convivir, pero aun siendo renegados como sucedió con Justo, siempre terminan dando el chasco. Alfredo debió de estudiar en algún convento o seminario, como tantos miles de españoles, que las familias llevan a sus hijos al claustro para quitarse bocas y recibir luego el plato de sopa inconvencible, pero el tal Alfredo; combatiente leal de la República en el frente de Madrid, era harina de otro costal, del honrado costal del pueblo.

Fulgencio lo llama con furia más satánica que angélica poco menos que chiflado, loco, desertor, prevaricador, apóstata vicioso, renegado por el poder de la carne, ¡qué palabras!, es decir, que lo llama lo convenido para su casta, y seguramente lo llama así despechado, porque habiendo convivido con ellos, por imposición familiar, por el clásico acuerdo entre el cura, la madre y alguna señora rica, después se las piró. Yo lo único que puedo decir es lo que vi con mis propios ojos y es que me pareció un tipo sanote, muy gritador, pero también muy macho, que se veía que no era un señorito sino que procedía de gente humilde, y por supuesto, lo que sí es cierto es que supo estar sin recular en primera línea desde el primer momento, eso sí que me consta.

¿Vio de repente claro y se puso al lado de los explotados, luchando como una fiera?, era como un jefe nato y sin miedo y los milicianos estaban locos con él, y eso de que era cura más bien era un chiste que él afrontaba con todo humor echando bendiciones y haciendo de vez en cuando un buen corte de mangas, y yo le oí hablar alguna vez en el frente a la tropa y era imposible que en él hubiera otra pasión y otra locura que la de luchar hasta la muerte por la defensa de Madrid. El miliciano Alfredo, para mí –y no porque llegara a oficial, que muy bien que se ganó las barras– estaba muy por encima de esta panda de curas comilones, mamones, sibaritas, pederastas, *trabucaires* y desde luego, por encima del taimado Fulgencio, que es de los que dan los golpes y esconden la mano, por encima del soplón de Justo, por supuesto, por encima de todos ellos en valor humano, vulgo cojones, en sinceridad vital, en campechanía con todos, desde los comisarios al último miliciano, y si se hizo famoso fue por lo que hacía, primero en Somosierra, después en la Cuesta de la Reina y en Brunete, y por fin donde cayó que fue en el Ebro, hasta los periódicos del frente hablaron mucho de él y si le llamaban «el cura guerrillero» o «el loco de Dios», pienso que no era porque hubiera sido cura ni hubiera estado atado en un manicomio sino porque cuando atacaba y mandaba a sus hombres lo mismo les mezclaba párrafos de Pablo Iglesias que de la Biblia, se conoce que se sabía de memoria a Carlos Marx y el Evangelio, y así era él, con un coraje no de este mundo, porque con las bombas de mano ante los tanques italianos o debajo de los aviones alemanes, amarrado casi a la ametralladora, encima del parapeto, sobre todo perorando en el altavoz para los requetés, que les decía cosas increíbles que arrebatan a los nuestros y tenía por fuerza que dejarlos estupefactos, porque es verdad que de religión entendía mucho,

y se decía que era un espectáculo verlo repartir el rancho, o el tabaco, o el coñac a su brigada, es más, se decía que todos querían luchar a su lado, porque les traía suerte, pero a lo último, en el paso del Ebro, precisamente por quedarse para los últimos, cayó en el bombardeo de alguno de aquellos puentecillos, y yo oí hablar de ello en la retirada de Lérida, y todos los que sabíamos cómo era, lo sentimos y más de una vez los periódicos de Méjico han escrito de él, de cómo cayó luchando y cómo era su ideal explosivo, contagioso, eufórico, y es tonto decir que tenía algo que ver con las sotanas porque tengo entendido que tampoco era un pánfilo con las mozas de los pueblos.

Físicamente era un tipo alto, desgarbado, con algunos granos en la cara, o más que granos era como el sarpullido de la adolescencia, vestía de un modo raro, un poco estafalario y él solo se había ideado su uniforme, y en la expresión, aunque hablaba con mucho ímpetu, tenía algo de niño grande y triste, con los ojos algo saltones y una fila grande de dientes muy blancos; yo lo vi un día en el Cuartel General del Centro, discutiendo de una manera rabiosa pero sin perder nunca el humor, un humor algo macabro pero de hombre realista, movía mucho las manos al accionar y todos decían que era extraordinario y no conocía el miedo, y digo yo que acaso con muchos, con unos cuantos millares nada más como él, la guerra no se hubiera perdido tan bobamente, porque ésa es otra, que él estaba también por encima de las luchas de los partidos.

Yo creo que en la prensa del Madrid sitiado y no sólo en la de Madrid sino en la de Barcelona, debe de haber referencias muy directas del capitán Alfredo, pero de lo que estoy seguro es de

que provenía de Murcia y que en su brigada se habían juntado muchos murcianos, alicantinos, valencianos y alguno de Albacete, Almería y Málaga, que por eso se distinguía su unidad.

Y no puede ser otro ése que el cura cabrón de Fulgencio tacha de todo lo peor, y no sólo porque era muy *bragao* y *echao palante*, sino porque no sabía luchar, es cierto, sin meter la religión e incluso a Dios por medio, pero él no hablaba ni decía las cosas de los curas sino muy distintas, y así habrá sido cómo de la misma moneda de Alfredo, el déspota inquisitorial de Fulgencio buscó un rostro falso, una imagen al antojo de su odio, un pretexto, seguramente un pretexto, para impresionar a Justo, que es obvio que no era impresionable por nada, y así es como ellos se portan, que con llamar a Alfredo «sacrílego» y «loco» se quedan tan anchos, pero yo no sé, ni creo que nadie sepa, que Alfredo haya dicho misas como no sean las «misas rojas» del frente, el entrar a cuerpo limpio en combate, y si citaba a Cristo era para desmentir a los que lo invocan y no lo han entendido, o a los que le cuelgan otras intenciones y nunca le conocieron, los que se visten con palabras de Cristo distantes siempre de sus hechos, los que siempre se valieron de Cristo para el abuso, el engaño, la doblez, porque yo me río de las misas de Justo, que eran auténticas «misas negras» mientras la bruja de Berta le esperaba seguramente perfumándose en el hotel, o como deben ser las «misas rosa» de Fulgencio, meloso silabeo, dulces contoneos, que él sigue diciendo y seguirá diciendo misas nefandas para atraer a otros al rebaño, mientras que las misas de Alfredo fueron su delirio y su muerte, su sacrificio total al lado de los que iban a perder y a cuyos supervivientes se les obligaría a asistir a infinidad de misas formados

y con el brazo en alto, igual que las misas de Justo eran una consolación y una engañifa para que su madre no muriera de pena, misas mentirosas para que el pueblo no se escandalice, misas pensando en el polvete inminente, misas para seguir viviendo en la trampa y hacer caer en la trampa a todos los demás, esos que se despepitan cuando piensan que puede haber otra vida, todos los que con su trabajo mal pagado, su cárcel, su hambre, sus hijos sin escuela, hacen su misa diaria.

Seguro, qué pena no poder comprobarlo, que Fulgencio durante la guerra se nos enquistó bien enquistado en la retaguardia, en un bonito puesto de intendencia –la tripa siempre lo primero, lo primero y lo último–, y es posible que tiró de Justo y de otros traidores para enquistarlos también en el llamado socorro blanco y la llamada quinta columna, un hatajo de vividores, que robaban al pueblo, jugaban con el hambre del pueblo, se mofaban del valor de los combatientes del pueblo, la mayor vergüenza de nuestra historia, y es probable que mientras ellos decían sus misas a escondidas, sacando la harina y el vino de donde fuera, los mejores hijos del pueblo caían como moscas, con el estómago lleno de plomo, y qué bien se gana una guerra y se tuerce una revolución desde el santísimo limbo donde pululan los marrulleros, los falsarios, los cancerberos, prisa zapatona por ser vencedores para irse derechos al altar y del altar a la mesa opípara, y de la mesa otra vez al altar, y venga a administrar a los condenados los últimos sacramentos, y luego un rato de confesionario, a correrse de gusto con los inefables escrúpulos de las beatitas impúberes, que meten la lengua por la reja, si entró del todo o sólo un poco, y luego saliva santa y puros como los ángeles.

Al menos Alfredo tenía sus atributos masculinos muy bien puestos y vuelvo, aunque no quisiera, a lo de antes, que ojalá hubiéramos tenido unas docenas como él, incluso unos cientos habrían bastado, porque en Alfredo no había trampa ni cartón, que yo sé oler a la gente, igual que me bastó ver a Justo para descubrirlo, y otro gallo nos cantaría cada amanecer con que el machote de Alfredo hubiera parido muchos como él, que no tenía miedo, ni siquiera miedo a sí mismo, que era como un hambriento de justicia, y yo tengo muy grabada su cara de desesperado inocente, sus ojos de ensueño loco, sí loco, por algo mejor, que era lo que todos soñábamos, yo sólo sé decir que si había sido cura muy bien que había sabido enmendar la plana y escribió con sangre la negación absoluta de la mansedumbre que aborrega, de la pacificación que domestica y se portó siempre, como digo, desde que le conocí, como un jabato total.

Por eso está el juego de esta huida que ahora fingen a medias los ensotanados sin atenerse a ninguna consecuencia, ni las que les ataron al régimen ni las que se inventan para desengancharse, pero la verdad es que la Iglesia española y sus pastores siguen embriagados de incienso y mirra, también del oro, porque todos sabemos que están saturados de nóminas, negocios y regalos, molidos y encorvados de llevar los palos del palio, cansados de levantar la mano en saludo fascista, a hitos de bendiciones, colmados de banquetes, tartamudos de confesar los propios pecados de toda índole, hechos caretas de tanto disimulo, envilecidos por las ataduras, satisfechos por las prebendas, dolidos también por los desprecios, extraviados en la propia misión, allá ellos, digo yo, que sigan discutiendo si han perdido la brújula o no, que sigan polemizando sobre si es mejor casarse o

quedarse en la soltería, que da partido a todo, y a ver si de una vez los hijos naturales saben quién es su padre, hijos no del espíritu sino de la carne, y sobre todo que hagan lo que quieran de una vez pero que dejen, por favor, de dirigirnos y aconsejarnos, que no nos envíen más emisarios capados, que ya con Justo tuve bastante, y que por lo que más quieran, si presienten que puedo salir de aquí todavía hombre, que no me culpen a mí de lo que pasó, porque eso sería ya lo último y que si salgo todavía, así lo digo, podría nivelar la verdad confundida, aunque culparme a mí de todo, hasta de la muerte de Justo, sería demasiado injusto, porque Justo terminó como debía terminar, aunque si hubiera sido de mi deseo habría sido de otra manera, y es para volverse loco que yo me encuentre tan rodeado de curas al final.

Estas memorias –o lo que sean–, no hay manera de que yo tenga orden, porque todo se me agolpa tumultuariamente y me temo que dado mi carácter no puedan servir para mi defensa, que es la idea de Susan y de su abogado, o mejor dicho, de mi abogado –del que empiezo a sentir celos–, que quieren que con lo que escriba a toda marcha pueda pagarme la fianza y todo lo demás. A veces comparo esta horrorosa jaula con la gran pecera de las Naciones Unidas, donde no debí de volver a entrar, pero a pesar de todo, yo cambiaría este podrido cuchitril por aquel cuadrilátero de cristal y aluminio, porque esto es insoportable, por mucho que piense que hasta ahora es lo menos que me ha podido ocurrir, menudo tinglado el de las Naciones Unidas, el

gran tablado para el gran guiñol, allí tuve que ir a parar en esta absurda operación, digno habitáculo aquél para un Justo sin justificación posible.

Todo lo que cuento aquí –o voy a contar– no es tan sólo que suene a verdad sino que en cierto modo es la verdad, aunque sea natural también que trate de envolver algunos hechos con cierto camuflaje y no por la repercusión que podría tener sobre mí sino sobre otros, porque mucho tiene que ver todo esto con la realidad y con personas reales, y tan reales, aunque a veces pudiera parecer que estoy escribiendo desde la cárcel una novela para entretenerme, y es que en realidad todo sucedió un poco como en las novelas, sólo que aquí el autor, por un mínimo instinto de conservación –la vida a mí no se me ha acabado todavía– trate de salvar lo salvable, porque uno podrá ser crédulo hasta cierto punto y hasta algo confiado, como se desprenderá de todo lo sucedido, pero por eso mismo yo tengo que escribir para demostrar que no soy un canalla y que moriré con las mismas botas que me puse un día para defender Madrid. Por aquí, de vez en cuando, los falsos emisarios dicen que en España están de los curas hasta el gollete, pues que lean, si pueden leer, lo que producen y provocan cuando salen, como dicen ellos, de evangelización a países tan infieles como USA, y a mí me parece que en España, bajo distintos disfraces, siguen mangoneando más que nunca, sobre todo porque el régimen no puede subsistir sin sus hisopos e incensarios.

En realidad, cada hombre ha nacido para una cosa y no sé por qué mi destino tenía que estar ligado al de este falso lobo estepario, este fraudulento compinche revolucionario, inquisidor de oficio, hereje aprovechadete, que no puedo pronunciar el

nombre de Justo sin sentir asco y rabia, como cuando alguna vez me enseñó cartas mandando al diablo al arzobispo de Sevilla o culpando al de Madrid de la pérdida de su fe, de su total apostasía, y ellos le pedían paz y paciencia, un momento de crisis y de tinieblas, todo pasará, y él, palabrero hasta el fin, apostrofando de la Iglesia española, llamándola la ramera de la Cristiandad, y ellos diciendo que no cesaban en sus oraciones, que se trataba de una tentación transitoria y que confiaban en el milagro de su retorno, adornado de más gracias y bendiciones, porque quién sabe el destino que todavía le tenía asignado Cristo en su Iglesia y demás componendas, pero Justo muy orgulloso y muy pedante, remachaba que había perdido totalmente la fe y la confianza en la jerarquía del país y que su adhesión a Roma carecía de toda clase de seguridad, que la institución había periclitado, y todas aquellas cartas llenas de rencor y amargura, de desprecio y falsa sinceridad, a mí instintivamente me daban náuseas y él las leía aquellas cartas con ira, con resentimiento, y a pesar de todo, mirad al final con lo que salió, con ese miedo invencible que dan brujerilmente los óleos y los crismas esos...

Y ya está bien de Justo, que vomito.

Hoy que llueve tanto y que no hay patio y los demás están viendo el cine, continúo:

Al principio pensé que el sistema consistiría en ir entregando estos cuadernos o libretas a Susan, pero después de mucho meditar –y discutir– hemos llegado a un acuerdo. Efectivamente, si

no tengo a estas alturas confianza en Susan no la puedo tener en nadie, es tanto lo que la añoro, la deseo, la necesito, que puedo decir que es lo único grande que he encontrado en este continente con tan poco contenido, o al menos con un contenido espurio, falsificado, comprado, vendido, y yo lo que quisiera ahora mismo es ver la cara de Susan cuando vaya leyendo todo esto y lo que viene, sobre todo lo que viene, que ya al menos lo tengo escrito en la cabeza, y que de noche, en las noches largas larguísimas de pupila loca de los faros carcelarios, lo veo muy claro, como veo claro que no hay que escaparse –conste que he meditado y he visto más que posible tentar la ocasión–, porque lo importante es juntarme con Susan.

En una de sus últimas visitas con el abogado ella me ha repetido:

–Tú escríbelo todo, pero no rompas nada.

–Sabes que mi fuerte no es escribir.

–De todos modos, tú escribe y no mires atrás.

–Es que se me agolpa todo y no sé por dónde empezar.

–Un poco de tranquilidad, querido, y escribe empezando por donde sea, como se hace el amor –y lo dice con una frescura que a mí me deja hecho un hielo, y con sólo escuchar esta palabra en sus labios me entra la furia.

Lo peor para mí va a ser corregir, porque yo no sé, no quiero, no puedo corregir, y sobre todo si tengo que ir despistando cosas, ya que por lo escrito se verá que esto de despistar tampoco

me sale bien, porque soy de los que tienen que ir como los toros, derechos al trapo rojo. Susan tan práctica, tan mandona, tan incansable en todo, dice que a lo mejor con esto saco los primeros dólares para recomenzar una vida que ya ha sido comenzada varias veces y siempre bajo el mismo signo de la inutilidad.

Vivir en la cárcel es como vivir dentro de una nebulosa, se dan vueltas y más vueltas y de dentro se sabe algo, pero de fuera solamente llegan ciertos destellos de luz mezclados con oscuridades y mucho rumor vago y acuciante de deseos, pero lo que se sabe de dentro, aunque siempre es lo mismo, cuando varía no varía más que para empeorar, que si «fulano se quiso abrir las venas pero no tuvo reñones o lo que sea», que «a zutano le dieron por el trasero entre tres y ya le llaman “mi adorada” y otras lindezas», y frases de envidia, que si «el gánster de la esquina ya ha salido, tenía un buen padrino que es lo que siempre hay que tener», «me dieron fuerte pero sigo pez», «en ampollas claro que no, pero en polvo no mucho pero algo tendrás, supuesto que pagando», «tienes mala cara, a lo mejor es que se te ha indigestado el rancho, haz lo que yo, que llevo tres días sin probarlo», «te alimentarás de hostias», «yo cualquier día hago una tira con el pijama y os enseño la lengua a todos», «a la próxima van a saber quién soy yo», «la próxima a mí no me cazan», «así todavía se puede, pero anda que los que están en el pasillo del irás y no saldrás»...

La vida en esta prisión me enloquece por el embrutecimiento y abyección que supone –los presos políticos deberíamos tener otro trato y no es verdad que el terrorismo sea cosa de asesinos puesto que lo que tratamos de imponer es la meditación de una verdad–, pero esta vida por lo que más me subleva la sangre es porque dándome tanto tiempo para pensar y hasta para poder pensar con cierta claridad, todo esto que sucede alrededor, me desquicia y a veces miro el muro como los locos deben de mirar el friso de la vida y uno no está para nada, por eso arranco hojas y hojas con unas cuantas palabras a veces ininteligibles para mí mismo; aquí estamos y seguimos como pajaritos, como periquitos locos en una jaula, periquitos también inocentes, que no hacen más que gritar lo absurdo y esperando por esperar sin esperar nada más que la libertad... y ahora es cuando uno comprende y sabe en qué consiste el actuar sin miedo y el reírse de las circunstancias, y lo que menos comprendo es por qué pudiendo haberse hecho todo bien, se hizo mal, un desastre, una mierda de *operación*, y da rabia que estando todo tan claro se tuviese que hacer tan embrollado, pero ya el arrepentirse no sirve de nada y menos todavía reprocharse lo torpe que uno mismo estuvo, porque si mientras daba vueltas por el aeropuerto yo me hubiera decidido a tomar la iniciativa, aún en contra de las instrucciones, el resultado hubiera sido muy otro, y después cargarme a Justo mientras decía su misa, que hay que terminar de una vez con estas pantomimas.

A veces, de noche, desde este metálico y colgado agujero no

veo más que los focos amodorrantes del pasillo con los pasos inexorables de los guardianes, y mi pensamiento se centra estúpidamente y recae una y otra vez en la gran tramoya de las Naciones Unidas, el laberinto padre, la feria madre, y sobre todo al atardecer recaigo recordando aquel impávido trasiego, aquel lento desfilarse, aquel bullicioso diálogo, todo incongruente, falso, sobornado, ficticio, mientras Justo miraba como un príncipe desde sus amplios ventanales encristalados, y hasta aquellos paseos divagatorios por las terrazas mientras las absurdas barcazas cargadas de cemento, de maderas, de vigas de hierro –y quién sabe si de heroína o de mierda diplomática– pasaban tocando casi al Consejo de Seguridad, y pasan y repasan el telón de la distante naturaleza urbana o ilusamente metaurbana como góndolas teatrales, con macabros marineros, que van comiendo, bebiendo, durmiendo indiferentes y ajenos, y aquellas constantes barcazas más bien parecen de carnaval y que van como jugando con las luces rojas y verdes del río y sus contornos y todo parece obedecer a señales invisibles; aquellas barcazas que a veces se ven a través del amarillento y rojizo esplendor de un fuego voraz, balcones flotantes y miradores oscuros que desfilan ante el corrido ventanal de Consejos y Comisiones en donde la gente más tonta de cada país se pasa las horas ventilando –mejor dicho discutiendo– algo en lo que les está yendo la vida y la muerte a miles de personas, principalmente a mujeres y niños, aunque uno ya sepa muy bien lo que hay en esto de cuento ruso, porque el humor ruso en cuando toca sangre es delirante, y luego, allí mismo en la paz de la paz que era la guerra de la guerra, el alarido de las sirenas, la policía, las ambulancias –serán los «panteras negras», acaso los «young lords»– y nada, algún disparo lejano, otro incendio, más policía, y allí en el centro del huevo alargado de Nueva York como en un

nido empollando, oh la gran comedia bufa, esperpéntica, risible, de las Naciones Unidas, aquellas horas últimas en los solemnes salones vacíos y encendidos, cuando ya en la cafetería se iban colocando las sillas encima de las mesas esperando el paso de las fregonas negras mientras los guardias con sus uniformes azul azafata se pasan las horas muertas fumando y mascando chicle o persiguiendo con los ojos a las últimas secretarías que salen con sus notas recién tomadas y sus píldoras en el bolso, las píldoras que permitirán a las rubias delicadas cohabitar con negros de inaudita potencia sexual impunemente.

Todo parecía no sólo propicio sino venturoso para nuestro proyecto de *operación «Z»*, que hay que aclarar una vez más que no era un plan vandálico del llamado terrorismo sino algo más sutil –la letra impresa y los comentarios radiofónicos son odiosos– porque lo que se pretendía al menos desde mi concepto de las cosas era una simbólica llamada a la conciencia mundial. Un secuestro, una bomba, incluso un suicidio, puede ser una infamia pero también una sublimidad, un acto de valor extremo, según quiénes lo hagan y por qué lo hagan, y no había, declaro, ni chantaje de dinero por medio ni venta de ideales a una facción, ni nos planteamos el problema de una ejecución a sangre fría ni nada parecido –lo ocurrido no nos pertenece sino más bien a la policía con su terror y su miedo– no pensábamos en drama y si lo ha habido no ha sido por culpa nuestra y efectivamente, si se examinan despacio los hechos se verá que lo que sucedió es algo ajeno a nuestro programa, un aborto, y el desenlace trágico no estaba previsto siquiera y la prueba total es que a Crístides se le exigió que llevara la pistola descargada (¿fue el sobreaviso de que Justo era un delatador lo que le hizo cargarla?), y viendo de cerca a la llamada «víctima elegida»,

como yo la vi tantas veces en las Naciones Unidas, cualquier persona sensata hubiera apoyado nuestra causa. Lo estoy viendo ahora mismo roncando, eructando, tirándose pedos disimuladamente, recostado mayestáticamente en alguno de aquellos sillones de los pasillos lánguidos y durmientes del segundo piso, mientras pasaban secretarias con carpetas muy llenas y los guardias moviendo las llaves, y él seguía permaneciendo como un gran angelote de barro, dormitando, estirándose, encogiéndose o alargándose como un gato mimado, y cuando alguien se acercaba entonces el muy farsante ponía cara grave de estar meditando sobre algún problema del bien común y hasta sacaba algún papelito en el que escribía extrañas palabras, acaso la cuenta en dólares del banco...

Nadie piensa que un acto así también exige no sólo espíritu revolucionario sino sacrificio, un sacrificio puro y mucha gente no ha entendido todavía en qué consiste el anarquismo. Naturalmente los tremendistas ante un acto así son unos hipócritas redomados, porque, de algún modo, deberían participar del grito colectivo.

Como un trasatlántico varado en las arenas, como un barco de lujo detenido junto a las rocas, las Naciones Unidas eran la gran tentación, pero no el melifluo U Thant como se ha dicho. Allí, en el gran templete de cristal se podía hacer pesca y pesca abundante: estos brujuleantes y veleidosos embajadores árabes que

están llenos de fanatismo; esta soberbia, descarada y altiva misión israelita; estos embajadores sudamericanos que a veces lavan su sangre con torrentes de whisky, con el dinero del pueblo naturalmente; estos cosacos orientales que todo lo echan en sonrisa y que luego resultan impotentes para las resoluciones radicales; tanto tipo presumiendo de hembra por acá y cuando llega la legítima, ya sin gafas oscuras, muchos dólares y a compras; consejeros guapos, o cojos, o mancos, pero siempre con aire de estar en el secreto de todo; secretarios irritados contra el jefe de misión pero sonriendo y arrastrándose, lamiendo el suelo y el culo, con carteras repletas de cuestiones debajo del brazo, diciendo siempre que las Naciones Unidas son la gran experiencia, la gran experiencia, digo yo, para no volver a tener fe en la vida ni en nada ni en nadie; aquel delegado de color, que levantaba su túnica azul celeste con adornos dorados y se rascaba atrocemente pero sin dejar nunca de enseñar su dentadura de oro; el otro retaco de la calva colorada y brillante, como si se echara aceite de coco, donde las lámparas se reflejaban como en un espejo, y que iba por todos los corrillos contando el último parte médico de la enfermedad del Secretario General; el maniático de los informes secretos escritos en pequeños papeles de colores, que a veces se los comía como si fueran pipas y que cuando menos se podía esperar se ponía a cantar llevando el compás con la mano; aquel optimista gordo con las melenas hasta el hombro que no fumaba más que habanos, pero al que nunca pudiste ver fumar, porque jamás llevaba el cigarro encendido y huía cuando le ofrecían fuego; el inglés zanquilargo del eterno clavel en la solapa, tan pálido siempre y cuya flor parecía un esputo sanguinolento; el gimnasta africano que en medio de las sesiones se levantaba y hacía un mutis grotesco; el enano

sonriente y alborotador que se tiraba sobre los sillones como en un salto simiesco; el muchachito escurridizo que siempre iba corriendo con las piernas muy prietas como si temiera que le entrara algo por detrás; la secretaria loca aquella, que todo lo explicaba por vibraciones y que yo creo positivamente que se drogaba; el gallito portugués hablando solo en voz alta por los pasillos; el funcionario sonriente que se paseaba frente a las señoras sentadas en el bar o en los pasillos mirándolas fijamente y que se inventaba fogosas conquistas cuando la verdad era que siempre había sido un pobre hombre en su país de origen; todos aquellos Talleyrand de gestos y palabras, espectros de vanidad y cursilería, todos aquellos Rodolfos Valentinos en ruinas, Curritos de la Cruz de las efemérides hispánicas, zalameros funcionarios, secretarias lesbianas, psicópatas de la propaganda, vendepatrias, compramercenarios, altisonantes y rimbombantes embajadores que no hablaban de otra cosa que del tenis, del póquer, de casas de citas, de enfermedades de la próstata, de condecoraciones, de herencias fabulosas, de barquitos de recreo, de ascensos, y siempre de lo mismo, y así se movía o se paraba la gran verbena de las Naciones Unidas, ese barco atracado en el East River, donde el dinero corría sorda y sórdidamente entre músicos, tocantas, invitados, alcahuetes, divorciadas, diosas del placer y viejos zorros diplomáticos que se las sabían todas menos lo que importaba, tiernos secretarios que ponían los ojos en blanco cuando aparecía el Secretario General, y los que se iban con el *monsignore* romano a su palatino apartamento donde dicen que tenía una gran discoteca de canto gregoriano, pero donde es presumible que se hiciera algo más que oír música litúrgica.

En los pasillos y en el bar, en las secretarías de las delegaciones

y hasta en el templo, el voto era la prenda, el voto en el aire, el voto prestado, el voto vendido, el voto comprado aunque sea en especie, el yo te voto y hasta te condecoro, pero tú me prestas algo importante que no ha de ser necesariamente el culo, y la cosa pasará como la seda o sobre seda y no hay que preocuparse de más, ni siquiera de ponerse vaselina, y luego unas vacaciones a todo plan en la costa más tibia del país, vamos a votarnos y sea lo que Dios quiera, hoy por ti, mañana por mí y que amanezca el sol a gusto de todos, votémonos mutuamente y que siga el festejo.

Parece imposible, parece mentira, pero a todo se acostumbra uno, a todo llegará uno a aclimatarse, y allí estaba yo, que sin misión concreta, –lo de recoger datos comenzó por una estrategia de la *operación*– llegué a aficionarme o al menos no me aburría, porque aquello es como la sarna elegante, y casi me sentía a veces un tanto feliz subiendo y bajando, bajando y subiendo, lo mismo que un paisano en la feria, lo mismo que un pilluelo en la romería, con la misma tranquilidad que un sepulturero entre ilustres o plebeyas calaveras, con el mismo cinismo con que el espía hace la corte a quien le interesa, grandes figurones por aquí y por allá, escupitajos, sonrisas, caricias, por amor del oficio y ansia de llevar la causa adelante, aguantando frases de los picos de oro, de los uñas de águila, olfatos de chacal, rabitos de cerdo, pieles de caimán, que todos parecían iguales, y acaso entre ellos pudiera haber alguno con un ideal humanitario y próximo a los afanes de los hombres, pero lo dudo, y si no lo dudo, es porque no quiero admitirlo, y llega uno a contaminarse del susurro de los blandos, y del olisqueo de los astutos, y así transcurrieron en la sede de los sedentarios unos meses en la espera del desespero, en la trama

sin apoyatura, en el trapecio de la muerte, porque es obvio que por muchas ilusiones que uno se hiciera alguien tenía que morir, alguno terminaría por romperse enteramente el alma y la vida, jugando a una epopeya que habría de tener al final su heroicidad anónima –ahí está el caso de Crístides, taciturno, sereno, valeroso Crístides– pero mientras se enredaba la madeja algunos debían de tener cara de espectadores de circo, presintiendo el gran batacazo, porque hay que ver las cosas que pasan cuando manda gente sin imaginación, ya que evidentemente hasta poner un gran petardo de TNT en la Asamblea General hubiera sido más fácil que aquello de entrar cotidianamente muy correcto y formal, «buenos días», «¿mal tiempo, eh?», ir derecho al lavabo, hacer pis y lavarse las manos y secárselas como un sumo sacerdote, olfateando por los pasillos alfombrados el perfume de las secretarias que no estaban en días de menstruación, y luego verse el propio rostro en el espejo, cara de asombro de uno mismo, y de nuevo otra mano de peine sacándose una línea recta en medio de la pelambrera, y de nuevo pisando fuerte en el entarimado y tosiendo débilmente, saludando a los vigilantes, con ese miedo sutil de las putas que entran al raspado; como entran los soldados del Vietnam en la jungla; tanteando cansinamente el encuentro de la escalerilla mecánica, tanteando con tino como los ciegos de los pueblos llegan a encontrar el hueco del propio nicho preparado; y luego el sinfín de apretones de manos, de ojos, de boca, de cejas, los encuentros de pies sin pisarse, de manos rubricados con la palabra «gracias» simplemente, el pedir disculpas con mayestática humildad, el congraciarse, el saludarse, el envidiarse, el sonreírse, y todo aquello que era el esperar, sobre todo el esperar, aquel cerco de acecho cuando ya el olor a víctima lo llevábamos encima, no sabiendo si por nosotros mismos o por otro, y

hablando de las Naciones Unidas y del sacrificio de Crístides, de nuevo la sombra de Justo, sus labios colorados como de ratón constipado, los ojos cambiantes como de gato en celo.

Los diplomáticos son muy partidarios de repetir que aquel escenario flotante es único, y que allí se está modelando y hasta moderando el mundo del futuro o el futuro del mundo, mientras las mujeres de los diplomáticos solamente acuden a las sesiones sonadas y a lucir modelos, y ellas, con menos horas de bar y más de tiendas o de subastas, con tiempo para correrías mientras los maridos leen textos y más textos de resoluciones, o toquetean a las aficionadas de todo el mundo, ellas, con su tiempo libre y su dinero, lo que buscan son gangas, gangas lo mismo en alfombras persas, que en porcelanas chinas, en oro, o en plata, las pobrecitas tienen que consolarse y se consuelan como pueden, y hasta a veces compadecen muy seriamente a sus maridos, tan preocupados, tan ocupados, en ese asunto de arreglar el mundo.

A veces parecía como si en las Naciones Unidas a cada quisqui le entregaran por la mañana el papel que tenía que representar durante el día y, de rato en rato, hasta se les pedía o parece que se les pedía cuenta de cómo se iban adaptando y ambientando a la escena. La palabra más corriente en las Naciones Unidas, lo mismo en el despacho ostentoso que en el rincón del bar, lo mismo en los pasillos que en la cabina del apuntador, era: *-Congratulations.*

Unos felicitaban a otros, algunos se felicitaban a sí mismos, los otros felicitaban incluso a los que habían perdido la partida inventando razones de autosuficiencia, pero en medio de tanta

felicitación, siempre había algunos despellejados, preteridos, jodidos, en una palabra, lo peor del caso es que la simpatía de algún embajador, por esta sola condición podía traer suerte a su país en cualquier problema, del mismo modo que la aversión a cualquiera de estos fatuos prohombres, traía inevitablemente desgracia sobre un país que para nada había intervenido en su nombramiento, pero en todo caso, lo que se me ha quedado grabado para el resto de mi vida es la cara de parto que ponían los ministros y embajadores ante cualquier telegrama de su país (en realidad los diplomáticos, viniera o no viniera a cuento, organizaban unas timbas al póquer en que se dejaban las pestañas o se cepillaban la barba del vecino), pues dicho sea en honor de la verdad, los delegados pasaban las horas yendo y viniendo, saliendo y entrando, soplando, tragando, la fila de los coches siempre a punto en la puerta y era frecuente que dijeran «que se iban a la misión a descifrar un cable muy urgente» y lo que hacían era meterse en un hotel que se dedicaba sigilosamente a eso y los embajadores descifraban allí tranquilamente la complicada clave de una putona internacional.

Yo me veo sentado en el rincón de aquel amplio ventanal, pasando hojas de los libros como si fueran almanaques, aquellos días, mejor dicho aquellas horas en que las gaviotas feroces de Nueva York se sentían cándidas palomas y casi se acercaban al cristal y chillaban como condenadas, y el río bajaba infecto, y entre sus revueltas olas se veían cajas de cartón, latas o botes de plástico, botellas, gomas de coche, fardos de papel, maderos, animales muertos, y la bibliotecaria más cursi que una hortensia de convento, ante aquella hecatombe de desperdicios que daban vueltas en círculos, solía decir:

-Un día habrá una peste en Manhattan.

Ojalá la hubiera habido a tiempo, pero no era una peste al estilo bíblico lo que nosotros íbamos buscando.

Lo más indignante y vergonzoso, lo más desdichado de todo, es que lo nuestro pudo salir bien, pudo salir casi a la perfección, sólo faltó un detalle, un detalle que más bien sobró y fue la mediación de Justo en la presentación de Crístides. Narciso nunca debió aceptar el consejo, pero todo era inútil, porque Justo le había sorbido el seso y Narciso era de los inocentes que creen que de los curas fugados puede venir algo bueno. Nunca. Justo está claro que además de cura era un gafe siniestro y me parece a veces percibir su olor, ese olor de limpio manchado, de tufillo de cadaverina perfumada, ese viscoso unte que corrompió a Narciso hasta hacerle perder el equilibrio del mando.

Yo de líderes tengo experiencia, pero lo de Narciso no tiene nombre. Fueron los camaradas de Moscú, aquello de que «más vale morir de pie que vivir de rodillas», los que a la postre, a los postres, se quedaron tan panchos. Naturalmente que nuestra Dolores de los dolores la que repitiendo la frase se creyó -cualquiera la convence de lo contrario- que era suya, y repitiéndola sigue allá entre la nieve, echando grasas de elefanta sagrada y dando consejos sobre cómo hay que combinar estrategia y acción, acción y táctica, táctica y disciplina.

Todos estamos al cabo de la calle de que si el Comité Central del Partido se lo hubiera propuesto seriamente o no le hubieran propuesto otra cosa, lo de España no se hubiera perdido, pero alguien tuvo la culpa de aquello y no el pueblo español, ni siquiera fueron los generales rebeldes los autores del milagro, porque todo se les dio hecho, y es que Rusia es única a la hora del pasteleo, la combinación y el enjuague, y luego dicen que cuando en Moscú se habla de lo nuestro todavía corren a raudales las lágrimas, lágrimas gordas y lentas de cocodrilo, ahora que precisamente están repitiendo la jornada en el Nilo, cuando hace treinta años fue en el Manzanares.

Hoy más que nunca –y más desde aquí– uno no tiene más remedio que estar por la revolución libertaria, sin tanta consigna salida de la máquina computadora, pues al menos a nosotros nos va mejor el instinto hecho acción, el hecho arrebatado, la inspiración, la ingenuidad hecha cerebro, el cerebro elemental fabricando desesperación, la confianza total en la fuerza de la revolución, una revolución no programada por profesores y relojería, esa revolución que se levanta a pulso de coraje y de emoción popular, esa revolución que para que pueda ser premio antes tiene que ser castigo, apartados de los cíclicos organizadores del fracaso, lejos de los fríos técnicos del suicidio colectivo, alejados por adivinación de los experimentadores ideológicos, mandando al diablo esas evolucionadas mentes que no saben lo que es la ira improvisando hazañas, al infierno y más abajo aún la didáctica monserga hecha para catecúmenos vestidos de impoluta blancura después del tibio baño de rosas –mejor el baño purificador de la sangre envenenada–, y que es definitivo que para lavar las cosas podridas de tantos años siempre es necesario al final sumergirse en la corriente loca de

los hechos geniales, sangrientamente geniales. En fin, quizá todo esto sea un error porque me estoy liando en confesiones antes de empezar a contar todo lo que pasó, y puedo decir que ya me salió un callo en el dedo con este odioso bolígrafo que necesita más recambios que una prostituta legal, sin embargo, esta picazón o prurito en el dedo me recuerda el tira-tira del gatillo en Somosierra, en Brunete, en la Cuesta de la Reina, en la Ciudad Universitaria, incluso aquellos últimos tiros en retirada de Lérida, la despedida, el adiós, cuando nos íbamos, nos echaban, para no más combatir, y pensando ya que no volveríamos, pero no, yo fui uno de trinchera, no de retaguardia, y ni estoy cansado ni arrepentido del uso del gatillo en aquella formidable ocasión; pensándolo bien, todavía uno se quedó corto, bien corto, y no me remuerde la conciencia de nada delictivo, y en esto fui tan honrado como el llamado «cura loco» que nunca miró para atrás, que nunca presencié ejecuciones más que cuando tuvo que hacerlas con toda dignidad y responsabilidad, que como luchador buscó el campo abierto, no los tribunales, ni los pisos, ni las alcobas, ni los comentarios; y que cuando no pudo más es posible que se defendiera con piedras o tirando las botas contra los que venían detrás como perros hambrientos, y recuerdo ahora que cruzando casi los Pirineos tirábamos grandes piedras desde arriba porque se nos habían acabado las bombas de mano y lo que llevábamos delante y detrás era indescriptible: un niño epiléptico que venía detrás con su perro, él y su perro eran una misma cosa y si el niño ladraba, el perro hacía los mismos gritos que el niño, pues bien, en el último trance el niño enloqueció de veras hasta el punto de que primero tiró el perro al precipicio y después se arrojó él, así, como lo cuento, y luego hablan de Numancia.

No pierdo la esperanza de salir muy pronto de aquí porque así me lo promete Susan y me fío más de Susan que de las promesas halagadoras y esponjosas del abogado, Mr. Sponde, que no sé si a resultas de su oficio, no sólo estará trabajando arduamente mi expediente sino intentando trajinarse a su modo a Susan, que evidentemente parece una viudita cuando aparece por aquí, pero, bueno, si es así, aunque no debería pensar esto de Susan, pues que le aproveche, ¿no somos de los del amor libre?, y digo yo que de alguna manera habrá que pagar esto que se llaman cargas abogaciles, puesto que por muy demócrata y liberal que se presente Mr. Sponde está visto que gratis no hará nada, claro que si yo fuera judío y hubiera puesto una bomba en el avión en que viajaba la querida de Sadat, el egipcio, es seguro que ya estaría rodando por la calle.

¿Qué es lo que me espera al salir? No quisiera saber que Fulgencio, el cura superviviente, vive en Nueva York, aunque las últimas noticias de Susan dicen que ha aparecido alguna vez por aquí y que ahora se relaciona con esos curas del llamado Opus o lo que sea, pero no quisiera yo tenérmelo que encontrar de frente otra vez en la vida, aunque de frente es muy difícil toparse con un tipo así; no es que vaya a ir a matarlo como a perro apeestado, pero ciertamente será mejor que no lo vea, que no vuelva a verlo, pues en él está acumulado y multiplicado el odio que tenía –y muy merecido como se puede demostrar– al cura náufrago Justo, el vendealmas más grande de la patria y patraña ibérica.

Aquí los presos suelen repetir chistosamente que la silla eléctrica esa ya no funciona por falta de corriente de alto voltaje, parece ser que desconectaron el cable y ni matando a un senador o al presidente o al director incluso del FBI, sería ya fácil hacer funcionar la silla eléctrica o la cámara de gas en este país.

Nunca me sentí tan vencido, pero nunca tampoco tan hombre; yo hice una vez más lo que tenía que hacer.

Ahora no me queda más que resistir y amolarme, resistir como decíamos en los días de bellísima memoria cuando el pueblo se impuso a la traición. Me aguantaré todo el tiempo que me toque y esperaré. Tengo que esperar. Susan es lo que siempre me repite: yo te espero.

JEREMÍAS

La orden era tan escueta como perentoria: «Por fin se pone en marcha el proyecto Z. Esté en contacto con J.».

Después de tantos meses y años de inactividad, ya era hora de hacer algo, aunque fuera de acuerdo con J. que no era santo de mi devoción como dicen en mi tierra, pero Narciso, cuando daba una orden, no tenía otro método para hacerla cumplir que hacerse el distante y el inexorable.

Así fue que me dirigí a las Naciones Unidas, la gran pecera de todos los colores, y caminando hacia la gran pecera, me decía:

«pobre Justo, incauto, sagacísimo pez, de un cristiano pasado a la paganía de los derechos humanos por vía de la revolución», y me lo figuré corriendo y un tanto sudoroso, diciéndome: «espérame sólo unos minutos», pero demasiado habíamos esperado ya.

El día estaba hosco, esquinado como el pitón de un toro bizco.

Por cálculo y hasta por inercia siempre que iba a las Naciones Unidas –era el sector asignado para la *operación*– solía entrar por la puerta de delegados, los policías ya me conocían muy bien de vista y como me veían charlando con tantos personajes distintos hasta me consideraban un poco, al menos ya me decían adiós con un gesto.

El bar de las Naciones Unidas no era mi centro de operaciones, pero era mi sala de espera muchas veces, como quien va al médico buscando la palabra milagrosa, y una vez en el bar todo se hacía fácil, o bien venía el meloso Justo cuando –según él– estaba saturado, o lo que también era frecuente, yo me esfumaba hacia las secretarías y pasillos de los pisos altos donde pulula la jauría loca y suelta de los traductores y las bandas no menos sueltas de los intérpretes y el rebaño no menos loco y suelto de los asesores, mundo que traslada consejos, presenta textos, interpreta conversaciones, pero todo de un modo maquinal y convenido, como estando dentro del secreto, y hasta a veces uno pudiera pensar que alguno de aquellos seres tiene ideas personales o conciencia de algo renovador de la sucia enfermedad de nuestra sociedad.

De tarde en tarde y para demostrar al menos curiosidad e interés por los temas que padece el mundo, solía colarme por subcomisiones o comités especializados y mientras ellos, los expertos de tantas cosas y desastres, discurseaban galanamente, yo pensaba en vago o echaba mi siestecilla... y de tanto pensar en los futuribles del mundo, fue cómo a Justo le había tocado la china y yo me había alegrado de que, por fin, descubriera la careta y tuviera que arrimar el hombro.

No había sido yo –tengo que aclarar– el que había elegido las Naciones Unidas, o Desunidas, como campo de operaciones, pero una vez aceptado el compromiso y sellada la misión, no cabían remilgos, no debían caber, a fin de cuentas tuve que decirme que las Naciones Unidas ofrecen más atractivo que el puerto de Nueva York o la catedral de San Patricio y acaso incluso que el Barrio Chino o el Village, unas Naciones Unidas a su modo.

Para mí el problema de estas situaciones siempre consiste en actuar con la indetenible marcha de una manecilla de reloj que se da cuerda a sí misma, y todo lo demás son cuestiones accesorias, pero lo que importa es saber actuar, y ésta fue siempre mi moral –para que conste– en esta empresa y en otras que tanto dolor me produce recordar.

Concretamente ahora, a quien correspondía demostrar su talento y eficacia era a Justo, el justísimo Justo, el cabroncísimo Justo, este sujeto entre sacral y demoníaco con quien nunca debí de aceptar participación alguna en operaciones de este calibre.

Buscando, pues, a Justo para la esperada y ansiada cita llegué a la ONU a la hora en que las secretarias, como gacelas pensativas o como enfermas gaviotas, salían a hacer el *lunch*.

¿Cómo no me había dado cuenta de que aquel ambiente era enajenador, claudicante, mixtificado, degradante? Me daba cuenta tarde, y ya nada tenía arreglo.

Las Naciones Unidas, montadas en forma de casi futurista tienda de campaña de piedra reluciente y cristaleras corridas –de nuevo se sigue hablando de que la ONU debería tener un ejército regular en forma– son un mundo que hierve con el furor y la apatía de una olla exprés en la que dentro no hay cocido ni potaje que guisar, sólo los sustitutivos, los sucedáneos del caso.

La palabra paz es la clave, una clave embriagadora que de tanto pronunciarse ha hecho de las Naciones Unidas un cementerio de vivos ambulantes y cuanto más vivo es el hedor de los muertos y el cólera en cualquier parte del mundo, más vivamente estos vivos muertos, sin resurrección posible, hablan de paz universal, qué bonito, viva la paz universal a costa de todos los muertos malolientes de todos los países indefensos, humillados, burlados. Los españoles de allá están esperando que aquí les den Gibraltar en bandeja, pues que esperen muchos años, al menos los suficientes para que estemos allí los que por estar muy dentro de España estamos fuera.

Uno va por un pasillo muy bien alfombrado, coquetea con

estatuas o con guías de todo color, asoma la cresta o las orejas por un salón sepulcral y los maduros y los jóvenes, unos roncan y otros se citan para sus juergas, mientras la palabra paz suena y resuena; uno sube por las escalerillas rodantes, saluda, se asoma a las oficinas técnicas o a los controles y la palabra que están escribiendo interminablemente las máquinas eléctricas es siempre *paz*; se le ocurre a uno asomarse a los teletipos de la prensa, donde cuelgan las tiras de papel perforado blanco o amarillo, y aún allí la palabra que gotea es paz, mucha paz, paz perforada, repetida...

Ascensores, pasarelas, terrazas, jardines, salas, salones, salitas, bares, todo linda entre el oro, el azul y el verde, purísima inocencia, ideal prometedor, cabronada pura, perfidia consumada y convenida.

En las cafeterías y comedores, en las tiendas y hasta en el banco, la aglomeración no cesa, pero a mayor tumulto mayor soledad, a mayor número de comensales e invitados mayor tristeza, mayor sensación de frustración total.

Las Naciones Unidas –los españoles son más partidarios de decir la ONU– son, pues, un entretenimiento asombroso, costosísimo, carísimo, pero dicen que pedagógico, y tampoco la cosa es para irritarse, pues más que un instrumento peligroso la ONU es un instrumento discursivo, retórico, inútil, por eso, ante su ya requetefotografiado fórum se inclinan, reverencian, enmudecen, tartamudean y se rinden confusos, tocados, maravillados los turistas de todo el mundo, principalmente los viajeros absortos de los Estados Unidos que al decir del inefable doctor Justo –algunos le llaman doctor y a él le gusta– son legión

borreguil y casi tan fanáticos como los que acuden a la Meca o los ilusos que acuden a ver al Papa en Roma.

Justo, viciado en su raíz de *catolicitis*, vuelve a su dolor que fue su gozo y es su tortura, me decía yo cada vez que al sonar la palabra Vaticano o Romano Pontífice –y tenía que sonar muchas veces– lo veía crispado, tenso, colérico, accionar y sudar, y hay que decir que el sudor de Justo era uno de los espectáculos más penosos y desmoralizantes que me ha tocado presenciar en las NU y fuera de las NU y eso que uno ha visto muchos sudores en toda clase de discursos y de interrogatorios.

Yo creo que no me equivoqué desde todos los puntos de vista cuando dije en los comienzos a Narciso:

–Convéncete, estos tipos no son de fiar.

Y sentí rabia, verdadera rabia, cuando Narciso, apelando a su autoridad de jefe me dijo:

–Yo sé muy bien lo que me hago.

Narciso sólo me señaló un tope de fechas, pero Justo miraba las fechas con fría compostura, añadiendo siempre la palabra serenidad, aunque él la pronunciaba frotándose las manos como si se tratara de un encuentro deportivo inminente o de una gran comilona o de un suceso que había que celebrar con especial fruición.

Pero había llegado el momento de hablar del proyecto en serio. ¿Por qué le habían puesto «Z» a nuestra *operación*? Todavía yo no lo sé.

Esperando, logré que el cuadro me resultara ya familiar en los comienzos, los viejos representantes sesteaban en escondidos y plácidos sillones soñando acaso con el esquinazo que había que dar para que tal resolución se quedara en punto muerto, a veces no estaban dormidos y mantenían tan sólo dormida o medio dormida la mano sobre los muslos o el coseno de sus amigas o querindongas, a veces también sobre los sitios más honestos de sus recatadas y legítimas esposas.

Siempre había algunos delegados jóvenes o novatos que muy excitados, ensayando párrafos de tribuna internacional, discutían sobre posibles actitudes y posiciones que hicieran del organismo un cuerpo resucitado de sus propias cenizas, cosa que realmente apelaba al milagro, y en cualquier caso, lo que más importaba era tener bien informados –bien engañados quiero decir– a los respectivos Gobiernos.

Pero no sólo en todas partes sino a todas horas –principalmente después del almuerzo– lo que privaba en la solemnísimas ágora eran las discretas palmaditas en la espalda, los apretones de mano, los gestos prudentes de irritación, un gesto engañosamente airado, incluso a veces las privadísimas convocatorias para hacer la cusca o la puñeta a aquel mismo embajador a quien se le estaban dando parabienes.

El cabildeo, el recadito secreto por intermediario, los estratégicos mensajes –a veces simples boberías o

ingenuidades– eran el pan y la sal de pactos sin sello y conspiraciones sin garra de los diplomáticos de afición, ya que muchos se veía que habían sido nombrados a dedo omnipotente.

Saludos en un rincón, prudentes recomendaciones, displicentes distanciamientos, votaciones simuladas, forman el engranaje de esta máquina de acuerdos inicuos y de rancios pasteles.

A mí me reventaba todo aquello, y mucho más el fervor iluso de los recién llegados que contrastaba con la ya carcomida moral de los viejos en el cargo. A veces yo me decía que no valía la pena poner en el sagrado recinto una bomba de TNT sino más bien hacer estallar en plena asamblea general una gran bomba de mierda. Muchos aún creen que sin la ONU habría muchas más guerras cuando en realidad lo que las NU hacen es programarlas y administrarlas siempre en beneficio de los poderosos.

A veces, lo que se debate en este grotesco circo de pedantería y vanidad es el drama de todo un pueblo, pero aun entonces la discusión por turno es una simulación descarada o ingeniosa más que una verdadera toma de conciencia y así sale siempre una resolución convencional, intermedia, engañabobos, sin que haya condena sincera, ni aplauso merecido ni razón entronizada ni moral rehabilitada. Lo que principalmente resalta es el grado de cinismo e hipocresía a que los fracasados en política en sus países respectivos, pero expertos leguleyos en pleitos internacionales, llegan después de una pérdida progresiva de la decencia pública, aunque eso sí, hablando mucho y fuerte del bien común, que es el menos comunal de los bienes.

Viéndolos sentados, viéndolos pasar en desfile de ostentación, viéndolos dormir, viéndolos perorar, yo sonreía pero sin que la sonrisa asomara a los labios sino a la frente, que hay un modo de sonreír y hasta de odiar de cejas para arriba.

De vez en cuando, suenan, sonaban, los altavoces insistentemente y comunican que tal sesión está comenzando, alguien se mueve de mala gana, los hay también nerviosos y apresurados con aire de protagonismo que se dirigen funcionalmente al salón, a veces también, las simpáticas y cargantes telefonistas vocean con carácter de urgencia el nombre de un embajador al que llaman con prisas desde su país y cuando vuelve del teléfono es otro hombre distinto, o ha cambiado el Gobierno o está destituido; preparar la maleta con el informe adecuado es menos preocupante que poner en valija las carísimas chucherías acumuladas en unos años: alfombras persas para decorar cien palacios, cuadros de dudosa procedencia, plata inglesa de dudoso gusto.

Casi todo en las Naciones Unidas es papel y queda en papel, toneladas de papel que nunca podrá ser papel higiénico porque es papel fuerte, duro, como papel que tiende a la inmortalidad de las efemérides, como los peces necesitan cristal para no romperse los cuernos –algunos peces gordos los tienen– los diplomáticos precisan además de las alfombras un grado medido de calefacción, ni muy caliente, ni muy fría, y luego,

porque las paredes oyen, corcho, mucho corcho y una gran cantidad de secretarias, una como aperitivo, otra como postre, la del plato fuerte y la de los días de ayuno o dieta para conservar la línea y es que los diplomáticos, como los peces, huyen de la soledad y buscan siempre aunque sea por arriba, por debajo y por detrás, como los peces, al menos como algunos peces, los contactos clasificadores, las claves, los avisos, sean de reproche o de felicitación, aunque parece que siempre que abren la boca es para decir linduras, censuras moderadas o loas contenidas; rara vez los embajadores enseñan los dientes, no ya por estética sino por falta de pasión, y también rara vez los embajadores se lanzan a las guías o azafatas de las NU y menos sobre las periodistas circulantes, porque a ellos les corresponde hacerlo todo con insinuación, como por olvido, como por distracción, pero aún así había embajadores, y tiene que haberlos todavía, que se iban al bulto y surgían viajes imprevistos a los países subdesarrollados del hemisferio, viajes que se decía que eran de consulta y que concluían en pura jodienda en Miami o en Puerto Rico, el deseado edén de los embajadores incontinentes, igual que los viejos embajadores resistían a base de pastillas a granel, de algún viajecito a Rumania, y sobre todo muchos masajes, aunque a veces por los masajes también sobrevenían los ardores sodomitas...

En los diplomáticos jóvenes a veces había más sinceridad y hasta más salud mental y de la otra, pero también ellos con una seriedad terrible, puntuales, llevados por el carro de la

recalcitrancia o la adulación, acababan siguiendo el cencerro comedido de los mansurroneos, y muy pronto, hasta los más íntegros y llenos de ideal, alguno que otro podía descubrirse, apenas si daban abasto entre las exigencias de sus recién casadas esposas y las rachas fogueadoras del pendonismo internacional, es natural, tienen buen sueldo, franquicia, son guapos o feos –no importa– y pisan rosas hasta troncharlas en el primer tramo de su carrera en esta corte de la democracia mundial, pero será justo decir que los jóvenes se alteran más que los diplomáticos viejos por el aciago curso de los acontecimientos que ellos, los viejos, lo ven todo como nubes que pasan, y la verdad es que escuchan los premiosos debates, tan correctos, con sus chocantes cuestiones de orden y procedimiento, como quien oye nevar que es más delicado que oír llover, naturalmente.

Los diplomáticos jóvenes a veces hasta compran libros preocupantes de sociología y política, pero de ningún modo esto puede marcarles ningún derrotero para la acción –tienen que ser prácticamente inhibidos–, y a lo más que llegan es al comentario cáustico, pero nada más, de ahí no pasan, porque los diplomáticos jóvenes en gran parte son adictos a lo revolucionario o al menos a lo evolucionado, pero sólo como un modo de tranquilizar la conciencia que lucha entre lo quimérico y las satisfacciones de una vida muelle y esterilizante. Los diplomáticos creen que todo el mundo está pendiente de ellos y que de ellos depende el sueño y la felicidad de todos los humanos, y para que todo sea más celestialmente aborrecible, para que nadie pierda la azul ilusión, para que todo el mundo se dé cuenta de que ellos están para eliminar los imperios de la esclavitud y el orbe cerrado de los campos de concentración,

ellos mismos se han enclaustrado en esta azulencia jaula para los pájaros más variados en azulinas o azulosas transparencias, nostalgia del aristocratismo y sueños de paraíso, cortesías, plácemes, felicitaciones, congratulaciones, invitaciones estrictas, juergas en común, condecoraciones en la pechera, humo azul de las palabras más halagadoras forman el aura y el clima de esta fauna y esta flora, la más «blue» del universo mundo.

Lógicamente, también los policías de las NU tienen uniforme azul y sus tropas beneméritas son los pacificadores cascos azules.

En las Naciones Unidas se come y se bebe, sobre todo se bebe, y esto según el país que invita y el país invitado, pero mi experiencia es que los países más pobres son y deben seguir siendo los que gastan más dólares en francachelas. A la hora de comer, y sobre todo a la hora de beber desaparecen las palabras de condena y nadie recuerda las censuras que se han formulado de palabra.

A mí me maravillaba en mis primeras incursiones el tono verbal de este mundo, mezcla de serenidad y extralimitación, de frialdad y estímulo, de cautela y familiaridad, de redomada hipocresía, en una palabra, hablan todos como quienes aconsejan, como quienes previenen y se curan a sí mismos, como quienes resuelven la enfermedad de la humanidad, y oyéndolos uno podría muy bien cantar la armonía de las esferas y dormir tranquilo pensando que los pueblos, como rebaños obedientes y

agradecidos, están inaugurando una era de Arcadia feliz.

Pues bien, Justo era personaje ideal para las Naciones Unidas, con su propensión al dogmatismo convenido y su liviandad ritual, no tenía más remedio que hacerse figura importante allí, rápidamente, y lo malo fue que, como tantos otros de su misma condición, en seguida se olvidó de que para llegar a donde había llegado había recibido también ciertas indirectas ayudas, porque hay que decir que no todo fue mérito suyo cuando dio el gran salto.

Para él todo fue fácil, a él las NU le caían como una gran sacristía, la gran sacristía laica, siempre con papelitos misteriosos, extendidos o dobladitos, con el invisible incensario, con la rotunda hostia de su carota sacrílega haciendo comulgar a todos con su indulgente sonrisa.

Mirando hacia el final del amplísimo corredor ya me lo estaba figurando, llegaría disculpándose y con prisas, muy concentrado y midiendo por igual la reserva y la lucidez, terco como un toro encajonado y aéreo como los helicópteros que dan la vuelta al impenetrable y transparente edificio.

Sabía lo que haría, lo que diría el sudante y melifluo Justo, acaso deportivamente falso, soltaría: «¿es eso todo?; al toro, que es una mona»; o falsamente revolucionario, «la idea está bien, pero hay que perfilarla, no está del todo mal, pero peinemos la idea, debemos tomarnos un poco de tiempo para pensar», algo por el estilo; él era capaz de reír llorando y de llorar riendo, hipócrita en la quinta esencia, lo estaba viendo,

rascándose brevemente a compás la barriga y la calva con actitud que quería ser el summum de la diplomacia.

Pero viendo que tardaba ya demasiado, descendí a la entrada, donde seguían mi paraguas y mi gabardina como banderas simbólicas de una misión de audacia y de credulidad suma en el mismo corazón de la ONU.

Volví a comenzar por el principio, como si acabara de llegar, además, me venía bien porque había que hacerse el visto, el oído, el olfateado y hasta mi corbata amarilla tenía que quedar bien grabada en el turno de guardia.

Los murales de Portinari desplegaban los morados, los grises, los rojos, los violetas, los negros en el lado de la guerra mientras por el lado de la paz campeaban los amarillos, los rosas, los verdes, los azules, sobre todo los azules, y también hasta cierto olor a mierda, que es uno de los colores y olores más pacíficos en la gama de los colores pacifistas.

Al subir de nuevo por las escalerillas me encontré con el joven embajador de Cuba junto con alguno de sus colaboradores, que formaban más que una representación diplomática algo así como un equipo de fútbol, y reían a carcajadas bajo esa escena de falsa mitología de tapiz belga colgado en el vestíbulo de arriba. Detrás venían los de Tanzania riendo también, y tenían razón para reírse los cubanos y los de Tanzania porque el último

*hijacking*¹ había sido un éxito completo, sobre todo en materia propagandística, y ya podían reunirse los pilotos civiles y estudiar medidas contra los secuestradores, que cuando en un revolucionario puro se da coraje, romanticismo sano y un poco de imaginación, el secuestro adquiere por sí mismo un valor simbólico altamente contagioso y educador, y seguir tratándolos de delincuentes, de terroristas desalmados –algún caso suelto y loco pudo darse, y esto me interesa puntualizarlo– es una necedad y un disparate.

La teoría de Narciso era «la susodicha piratería convertida y transformada en épica por la libertad y en un problema concreto de ideal, éste era el objetivo», pero Narciso era tan aburrido, tan machacón que hasta los conceptos nobles perdían sustancia y valor en él, y también porque Narciso era incapaz para la hazaña como no fuera la hazaña mental, pero él era entonces el jefe.

Desde allí podía ver a los que entraban y salían, al mismo tiempo que aprendía a tener los teléfonos a mano, de rato en rato me cambiaba de posición como si le buscara nuevos ángulos al mural romano que me servía de animador almohadón y esperaba, seguía esperando a que Justo, el bienaventurado, el canallesco Justo, con su ya estudiada tardanza, no me diera tiempo a contar cuántas minúsculas piezas de mosaico componían el seno de la pétrea dama.

El reloj, a mi izquierda, me decía que Justo se estaba retrasando ya más del cuarto de hora de rigor de nuestros primeros encuentros en la Junta, pero yo en aquellos momentos deseaba que se retrasara más, porque así, algún día, yo tendría motivos

1 Secuestro. [N. e. d.]

también para hacerle esperar a él, que ya era escarnio que un excombatiente y combatiente en activo tuviera que esperar a un cura, o excusa en ejercicio de impostor.

Justo llegaría, consecuentemente, dando la impresión de ser puntual, hablando rápido, queriendo dar la impresión de que algo siempre se guarda dentro, además añadiendo cínicamente «aquí estoy, como un clavo», sí, como un clavo torcido desde el vientre de su madre, uno está ya harto de farsantes que engañaron antes hasta lo que ellos llaman el Evangelio y ahora nos meten el camelo de la liberación, refinados espías del Vaticano que se mueren pensando en el mañana.

Estos suaves tozudos como Justo para mí que han sido siempre lo peor de la condición humana, prefiero un sanguinario que hay que defenestrar, a uno de estos untuosos maquinadores, y mejor resultaría siempre aliarse con un apocado que hasta puede resultar un cobarde que tener que mojar en la misma fuente de estos gomosos, elásticos, flexibles, deslizantes como culebras, sedosos como peces, duros como el pedernal en el centro de su espina, cobardes, flojos como poros de la debilidad moral, mejor no tienen moral, lo cual quiere decir que no la tuvieron nunca.

Lo estaba viendo venir, mejor dicho, descender de su cielo, un cielo paternal y fraternalmente falso, porque Justo, a pesar de sus músicas celestiales y de sus combinaciones demoníacas, era sólo un impostor, un impostor sublimado y deteriorado a fuerza de alardes de rebeldía y proclamas de humanismo.

«Hay que ser topo para no darse cuenta de las torceduras de

este bicho», me decía a mí mismo mientras extendía los ojos hacia el rojo corredor.

Escuálido, pero con tendencia a la hinchazón en la barriga, demacrado excepto el rojo de los labios, con una sonrisa de conejo de la cual son culpables sus dientes en punta medio rotos, y el chispeo redondeado de sus ojos a través de los lentes, Justo representaba el cinismo en persona, y aunque su mirada quisiera ser cogitante, de intelectual absorto, el abultado vientre y el trajín de sus manos, descubrían al sensual que se las da de místico, al regalón que juega a revolucionario.

No hay quien me lo quite de la cabeza, Justo desde un principio fue capaz de todo, no como empresa vital, emocionada, apasionante, sino para darse gusto y realce a sí mismo, para imponerse, triunfar y mandar. Narciso solía decir que yo le tenía manía, pero Narciso era bastante bruto, de esos que no se apean del burro si no son descornados. Para mí era como si lo oliera, y ya sabía que ahora sí, de un momento a otro, llegaría tarareando una música delatadora, ese canto primitivo de las arcaicas abadías europeas y que Justo sofisticaba pasando del gregoriano a lo pop, era como un fluido incontenible de su doble vida, de su vida truncada, de su vida ambigua, de su incierta personalidad, de su escondido misterio y yo no sé cómo los demás no se daban cuenta de ello, pues lo llevaba escrito en la cara.

Su primera frase sería siempre algo así como «a la orden», «espero que no hayas perdido el tiempo viendo pasar el ganado», «te encuentro mejor que nunca», y entonces miraría embobado hacia las secretarias o me daría noticia de algún visitante ilustre, cucando el ojo maliciosamente, dándose golpecitos en la frente, haciendo como si fuera a darme un golpe de boxeo. En el aspecto exterior aparecía siempre como servidor, arrastrado, pero por dentro se notaba que permanecía rígido, después de esta efusión se mostraría contraído, como dolido de pisar las alfombras, pero no por eso dejarían de irradiar de sus gafas destellos de estudiada intriga.

Darían, una vez más, ganas de decirle, «deja de sufrir y de disimular, quédate con tu oscuro y siniestro secreto consacatorio, di –si puedes– la verdad de lo que pasa por dentro de ti, confiesa de una vez, tú que ahora te ríes hasta de esa confesión que te hacía sentarte a escuchar pecados y relamerte... pero de nuevo se quedaría uno parado y anonadado ante el contraste de la blancura de sus manos y el negro tizne de su alma, entre la hirsuta dureza de sus cejas y la engañosa cadencia de su voz.

Y una vez más yo me preguntaría a mí mismo, cómo este hombre ha podido ganarse la confianza de Narciso, e incluso de los de más arriba, qué ha hecho él de positivo por nuestra causa, y, sobre todo, qué es lo que creían que podía hacer. Era desconcertante y desmoralizador, pero alguna vez yo había fallado en el juicio de algún compañero de operaciones y ahora todo se volvía contra mí, es más, tenía precisamente que hacer méritos colaborando con este judas.

Dar consejos congelados, perorar agriamente sobre criterios logísticos en tal o cual arriesgada coyuntura, empollar bendiciones, sacudir condenas, suscitar reservas, era toda la función que se arrogaba, y lo que es peor, que nadie le discutía, y por eso, cuando Narciso me dijo totalmente resuelto, «éste es el hombre ideal que necesitamos concretamente para este asunto», yo me quedé pegado, y aunque no terminaba de ver claro, me callé como un puto, pensando que quizá lo mejor fuera dejarlo que se estrellara de una vez, y ya no quería discusiones, porque estaba harto de hurgar en los servicios prestados. Como una bola de pez a todos nos pringaba en la pendiente de su carácter atormentado, ya que su sufrimiento interior al desbordarse hacia fuera parecía inundar a todos de un costoso triunfo; no sabía calificarlo, pero poco a poco notaba que en Justo había algo así como un desvarío mental, un tipo de enajenación contagioso, cuando él pronunciaba la palabra liberación, uno se sentía lanzado a un vértigo tortuoso y el sentimiento de seguirlo era necesario, como si fuera imprescindible acompañar el curso de la experiencia. Tenía un poder satánico, un influjo sádico para enredarnos en la aventura, y aún despreciándolo, se imponía, por eso siempre fue para mí un enigma su drama personal, donde se adivinaban insoportables remordimientos o culpas, pero de todo aquel túnel o cárcel que lo envolvía, lo que quedaba flotando era ese aire enajenado que, como digo, estaba repleto de reflexiones, contenciones, madureces, ¿cuál era la verdad total de aquel espíritu que todo lo recubría de risas dominadas y de un sentido de audacia loca?

Por fin llegó, ya lo tenía al lado, inalterable, concentrado, reprimiendo acaso algún disgusto, sofocando alguna alegría quizá, prometiéndose por entero como un redentor o pocos menos –cómo le odiaba entonces– y mientras hablaba conmigo dirigió, el muy cerdo, una mirada pegajosa a la secretaria de la misión de Israel, una hembra fenomenal, una judía inquieta y arrebatada como una yegua en celo, creo que se llamaba Judith, pero aunque no lo crea, se llamará Judith, y ojalá el cura renegado, pensaba yo, entrara en este recinto de Jericó y la judía pudiera presentar su cabeza en una bandeja de plata, o en un cuenco de barro, comida por las moscas, que no hay realmente cosa más ofensiva y molesta que un cura rijoso, pero Justo quería sobresalir en todo.

Yo no podía ni quería mostrar, así de entrada, mi repugnancia por aquel coqueteo inmundo, y comenzaba a gozar en la rabia que me producía su seguridad. No me preguntó por Narciso sino que con mucho aplomo dijo:

–Perdona la tardanza, pero es que hay veces que allá arriba las cosas se complican.

«Allá arriba» era el piso 8, en las fronteras de U Thant.²

–Bueno, aquí abajo se pasa bien –le contesté.

–¿Verdad que es entretenido?

–Es fantástico.

² U Thant fue un diplomático birmano que desde 1961 hasta 1971 ejerció como Secretario General de la ONU. [N. e. d.]

-Mejor que no te hayas aburrido. -Y entrando en materia, dijo-: Conque, ¿manos a la obra?

-Eso parece.

-Pero no hay derecho.

-¿A qué no hay derecho?

-Las cosas que ocurren -comentó mustiamente. Y en seguida afloró-: pues para celebrarlo tomaremos una copa -y me arrastró hacia el bar, yendo delante y yo detrás como un perrillo. De repente se paró y dando una vuelta en redondo, dijo:

-Este bar me saca de quicio, ¿verdad? Será mejor que nos vayamos a un sitio más tranquilo. Sí, hay que irse con viento fresco a otra parte.

Al ir a salir al gran vestíbulo, me apretó el brazo muy significativamente. Con su cartera negra, pasaba solemnemente el *monsignore*.

Noté que no quiso salir por la puerta de los delegados, sino que metiéndose en el frondoso vestíbulo, donde la única gracia visible es la sincopada estatua de La Nigeriana, me conducía hacia los dominios de la prensa.

–Este mundo estúpido, requeteestúpido... –repetía. La palabra *estúpido* o su prolongación de *estupideces*, la decía con gran énfasis cuando estaba enfadado.

En el gran salón algunos embajadores dormitaban como caimanes, mientras otros leían largos informes, quién sabe si sobre la plaga de los *hijackings*. Algunas delegaciones habían reclamado a toda prisa asesores en cuestiones internacionales, especialistas que citaran al padre Vitoria o al padre Ripalda, daba lo mismo, porque se buscaban fuentes para legitimar condenas y extradiciones, poniendo mucho énfasis en la palabra piratería aérea, enemigos del bien común, terrorismo, sin tener en cuenta que cuando se acude a estos actos extremos desde el alma anarquista es por algo, y ya nos estábamos viendo llegar filas de dominicos y jesuitas, con Suárez por delante, y menos mal que los argentinos invocarían a Sarmiento y los marroquíes, argelinos y demás al moro Muza, como si en la Biblia de todos no se leyeran secuestros y raptos y violaciones de todo orden, claro que defendiendo al pueblo de Dios.

Menos mal que mientras uno contemplaba el espectáculo de los embajadores amodorrados o discutidores, había una compensación placentera en ver algunas parejas en principio inarmonizables pero que en seguida se veía claro que se sobaban y se metían mano con descaro internacional, primero el costillar y el cuello, después los solomillos y después el jugueteo ceremonioso de las partes duras, y las blandas, una mano que se metía en Honduras o en el Canal de Panamá o en Punta del Fuego, vulgo clítoris, era emocionante, y cada polvo frustrado de aquéllos le estaba costando a cada país una millonada.

-No somos nadie -dije y Justo me palmeó en el hombro.

Justo iba siempre delante de mí, y entonces yo no veía su frente abombada y reluciente sino su cuello, un cuello como el de los bueyes del Antiguo Testamento, un cuello hinchado en el que se podían ver señales viejas y recientes de granos o forúnculos, en cuyos prolongados rodales el pelo comenzaba a nacer canoso, suelto y ralo, pero Justo en compensación se ponía impecables camisas blancas y era muy parco en las corbatas, siempre a rayas o puntos en tonos muy discretos.

Una vez más me fijé porfiadamente en su espalda y en sus hombros, que a pesar de su corpulencia parecía como si alguna vez hubiese sido vaciado o torcido por dentro y después rellenado fraudulentamente.

Aún tratando de elegantizar su facha de gilorio, como suelen hacer los intérpretes, los traductores, los asesores especializados, los jefes de relaciones públicas y hasta los policías del FBI, se descubría en él ostensiblemente al pueblerino desconfiado que progresa pero que no puede remontarse a sí mismo, al clérigo hipócrita que es capaz de alzarse sobre los demás sólo a fuerza de astucia.

Yo nunca le negué talento, pero era el suyo un talento que dejaría frío al perezoso de la maceta y al níquel de las escalerillas metálicas, porque hay talentos que tiran hacia atrás como la nariz de ciertos chatos.

Seguían subiendo y bajando las lindas guías como colegialas aburridas, como novicias próximas a la fuga, pero también traficaban por allí prostitutas sin carnet que llevaban el volcán de un sexo africano, hispánico o asiático, hasta la gran camada de la ONU, porque está visto que eso de la paz internacional no se puede conseguir sólo con fórmulas diplomáticas del año catapún sino con abundantes pérdidas de semen.

–Ya ves –dijo Justo muy sentencioso –aquí todo son *tninis*. No lo dirás por U Thant.

–Cierto que no es un De Gaulle de talla pero U Thant es un prohombre –prosiguió en su racha, y aclaró–: quizás es el signo de los tiempos, hasta en Europa todos los prohombres son...

–Yes, yes –le dije como convencido y dándole a entender que yo también sabía manejar la inercia.

La grisácea neblina combinada con la sutilísima lluvia hacían del jardín de entrada un decorado para representar «el Gran Teatro del Mundo» o algo parecido, arquitectura parlamentaria, una especie de monóculo para gigantes en el centro, un chorro de agua leve para que nunca falten algunas gotas en que bañar los pies de los peregrinos de la paz ya que las manos de los diplomáticos suelen lavarse con esencias orientales, pero lo que había que lavar aquí no son las manos ni los pies sino las cabezas, aunque a los embajadores y delegados extraordinarios, el casco invisible que llevan, con frecuencia adornado de cuernos, no

deja que les penetre el agua, y las carpetas, los ficheros, las memorias, las nóminas, los mensajes cifrados, el humo de los puros, el vapor de los cocktails no les deja ver el bosque de la humanidad.

Justo me irritaba particularmente porque una vocación tan enrevesada de reformista y hábitos de libertino, con una personalidad dulcemente, macabramente violentada por el hambre de la familia y las imposiciones del tío catedrático, un carácter suplantado por el egoísmo y la licencia, contrahecho acaso por otras aberraciones, siendo fundamentalmente un ex –personaje nunca de fiar– resultaba personaje clave al lado de otros, e incluso para nosotros, según venía rodando la bola, resultaba poco menos que un puntal, fiándonos en que otros ex curas habían dado mucho juego, pero yo, no ahora que estoy aquí purgando la candidez de todos sino desde un principio, bien pensé que hay cosas que no se curan fácilmente, o mejor aún, que no se curan nunca, y para mí siempre operaba el instinto –en vano trataron de convencerme de lo contrario– de que quien tira el copón por lo alto y se arremanga las sotanas para joder y quiere justificarlo con posiciones de conciencia, difícilmente puede ser un camarada leal en la batalla revolucionaria y es estúpido que habiéndose hartado de teología pueda nunca entender la razón de nuestra ideología y es más, que es de tontos dejarse acompañar de alguno de estos fariseos en una operación como era la nuestra, pero una simple conferencia sobre Marcuse, un artículo sobre el centenario de Lenin –no dije ni digo que ambas cosas fueran malas, pero es otra cosa predicar a dar trigo– dos donativos, de fondo ignoto, todo esto le habían hecho a Justo poco menos que convertirse en árbitro de la situación, lo cual es una barbaridad manifiesta.

En la puerta misma del gran ataúd de las NU. Justo se paró y habló aparte con los guardias con gran confianza, y aunque me guiñó un ojo, ya aquello fue para mí, a regañadientes, una señal de su habilidad, porque si bien se trataba de irme introduciendo en aquel caótico escenario –ya antes había hecho algo positivamente válido en este sentido– de todos modos, yo me olía otros aires no del todo convincentes.

Era evidente que Justo sentía un desprecio total por la mujer y yo creo que hasta por la propia, su adorada Berta, una figura a veces de alabastro, a veces de porcelana fina, a veces también de barro o de lija, barro muy pintado o lija gastada.

Justo era el producto tipo de una mentalidad o cosecha de siglos que está descomponiéndose por sí misma aunque para esto haya sido francamente decisivo el contacto con los fermentos marxistas, ya que el cristianismo al hacerse salvador del mundo y quedarse a mitad de camino, ha querido conocer de cerca a ese otro redentor sin milagros –que no sean los del hombre– que es el marxismo, y para algunos clérigos ambiciosos y soñadores, también para los escamoteadores y falsarios, el contagio ha sido fatal para ellos personalmente pero mucho más fatal para la comodidad usufructuadora de un evangelio predicado siempre con todas las ventajas, y por eso Justo era típico, y había querido destruir el arraigado fanatismo religioso para salvar su orgullo y su vanidad en un acto de ruptura casi clamoroso, pero no había podido eliminar el pasado del todo y

ni Berta ni las niñas habían sido un puente lo suficientemente sólido para romper con las ataduras pretéritas sino más bien lo contrario, pero Justo contaba con el poder demoledor, ofuscador, tergiversador de su talento, pero nadie, ni él, sabía lo que iba entronizando desde el fondo de su acratismo ateo, y digo esto porque a mí me costaba ver claro en el enigma de Justo, el profanador, el iconoclasta, que gozaba hablando de la rebeldía del catolicismo holandés, que intentaba sacar nuevas consecuencias a los manuscritos del Mar Muerto, que se recreaba pensando que el papa Paulo VI se iba a retirar como el gran fracasado, y a mí me enrabietaba, digo, aquello que debía de haberme gustado en él, su disolución, su anticlericalismo, su desacato a todo lo que nos llegara del país, y no podía resistirme a ver en ello una tentativa intelectual que concluiría en cero, porque esa fanfarria crítica de ciertos intelectuales siempre termina en cobardía.

Para que todo fuera más contraproducente latía en Justo una avaricia enfermiza, repulsiva, y es que el fracaso teológico quería coronarlo con disfrute sensorial a todo pasto, y en este sentido era como un alucinado, pues podría hasta suponerse que por tener la bolsa llena era capaz de todo, hasta de matar o por lo menos de hacer que mataran, una rabiosa superstición no sólo por los puestos de honor sino concretamente por el dinero y el dinero avariciosamente juntado, una adoración por el dólar como yo he visto pocas, y luego el fingimiento extremo del culto a Berta –la chilena insaciable y acaso un pretexto para él– porque yo me temo y me huelo algo repulsivo de maricón refinado en Justo, es decir, me lo presentí siempre y ahora casi me confirmo en que Justo era el voluptuoso amanerado que disimula algún vicio oculto. Un día, mirando a Berta a distancia,

el muy cabrón, me dijo, «nunca creí que fuera tan malo acostarse con el demonio» y se rió dándose golpes en el pecho, y añadió: «Lo malo es que he comenzado un poco tarde».

Oh tú, Justo miserable, Justo desmoralizador, execrable, inmisericorde con Crístides, asesino mío en potencia, verdugo de tu propia culpa, cura infame, de tal modo que los llamados a recoger a los huérfanos, amparar a las viudas, consolar a los tristes, defender a los explotados, proteger a los burlados por la justicia, se han erigido en los aprovechados que se tiran a las mozas en el huerto y a las mecanógrafas en el metro, que se benefician a las viudas, y mandan de reparación a los huérfanos a instituciones benéficas o delincuentes menores, y poniéndose el mono del *trabajo* denuncian, si viene el caso como si no viene, a los acosados obreros mártires de siempre, y ya se sabe ellos están siempre sobre la presa, usurpando puestos de trabajo, reclamando pagas extras, dándose la gran vida y todavía de vez en cuando, para tranquilizar sus conciencias, dicen que es la Iglesia la que los separó del camino, cuando es evidente que ellos y la Iglesia juntos no han hecho más que hipotecar espíritus, vender almas, comprar conciencias, camuflar verdades, haciéndose y dejándose hacer competidor desleal y al mismo tiempo, quién sabe, si servidor del poder más corrompido, escalador sin escrúpulos –caiga quien caiga– saboteador de la esperanza del cielo simple y puro, qué felicidad, abusador de la confianza de los hombres que sufren los pavores de la eternidad, qué miedo, chupadores de sangre

ilusionada, aunque lo sea por el sólo sueño de libertad, y además hombre que suda, que eructa, que disimula mal los pedos, que se las da de alcurnia cuando es un jornalero de relojes de iglesia o martilleador de jofainas para putas, y todo eso, tu vanagloria y tu miedo –ahora lo sé– lo llevabas en el rostro, pícaro eclesiástico de esta deserción impúdica, doctorado truhan, lamentable iscarote, pérfido espión, relamido narcisista, engallado soplapitos.

Pero menos mal que pagaste sobre el terreno el montón sacramental de tus abominaciones, tú contrito, tú desafiador, tú que eras un vaporoso tapón de botella, un flamante tapón en un caldo agriado y corrupto, tú sibarita de eso que llamáis la gracia...

Viendo yo su fallida tonsura de doctor en dos o tres disciplinas eclesiásticas –pasma de Alcalá y Salamanca juntas –viéndolo muy bien bajo la lluvia en la explanada de las Naciones Unidas, pensaba y había llegado al final de todo esto pero sin formular concretamente el engaño, todo lo más viéndolo a él, me abstraía recordando los dedos afilados de Berta, rascando mimosamente aquella fulgurante tonsura inicial y ya indeleble, y diciendo, muy meretrizmente, «con el buen papel que mi obispito particular podría haber hecho en el Vaticano Tercero», no faltaba sino que una paloma santa se le posara en su calvicie y que ella le diera de comer miguitas de pan celestial, y ojalá este tipo adverso, este espantajo entre cura y recadero del diablo se hubiera

quedado entre las famosas lluvias de Santiago de Compostela y se hubiese hecho piedra con la piedra de San Pedro en Roma o le hubiera dado por viajar al corazón de la selva o al pulmón reseco del desierto y nunca hubiera aparecido por este Nueva York, que era una ciudad de vida y de sueños, hasta que apareció su sombra torva, gomosa y petulante.

Con todo esto quiero decir que, aunque Justo iba a ser mi aliado en el proyecto «Z», continuaba siendo para mí un misterio, y probablemente lo que más me fastidiaba era que se llamara Justo, la confirmación plena de la mentira total de su existencia. Era muy de él, como haciendo gracia, decir: «hay que estar en lo justo», «actuar en el momento justo», «justamente eso es lo que no hay que intentar hacer por ahora», «ajústate a la realidad», «en justicia te digo que no tiene razón», a la mierda, requetemierda, el justo predicador de lo justo en lenguas vivas y en lenguas muertas, el asimilado de Yale con sus tintes de Harvard, pedestal y camastro de tragicomediante, camisa, corbata y pantalones muy planchados, uniforme de la ONU, olorcillo de rata sabía que todo lo que sabía lo había aprendido en libros raros y en la rejilla del confesonario, lengua rasposa y dulce a la vez como la de los gatos, señorito hecho a la fuerza, traficante de papeles reservados en la Secretaría General.

No llegaba ningún taxi, y más allá de los palos desnudos de las banderas –los trapos simbolizando patrias y embajadas habían sido quitados en menos de media hora– se adivinaban grises y

marrones ventanales en aritmética escalación y a pesar de ser mediodía parpadeaban fiebre de vigilia impasibles las lámparas o tubos de neón. Por las inmundas cornisas iban y venían las blancas palomas de la paz, que no eran blancas, que no eran de la paz y que más bien parecían pájaros de plástico hinchado decorando una triste verbena, es curioso, por otra parte, comprobar cómo las palomas de Manhattan dan vueltas y más vueltas alrededor de las NU, pero allí ni se posan de modo gozoso ni anidan siquiera por accidente, como si temieran que los gavilanes de dentro, los cuervos con pajarita, los halcones prepotentes, los monstruos condecorados, los aguiluchos, los camaleones, los tigres, los sapos, los mirlos negros o blancos, pudieran comérselas con pluma y todo. Las palomas que lo saben o lo presienten se acercan un poco a la ONU y rápidamente se escapan a la orilla del río o a los tiznados edificios de las cercanías.

Agarramos al primer taxista que llegó casi por las solapas y Justo, con su melifluo mandonismo, le dijo:

–Vamos pronto que perdemos el avión.

Pero cuando ya rebasábamos a los guardias de la puerta, le dijo de un modo muy zalamero y en español:

–Seguro que usted sabe de algún restaurante donde haya buen pescado, pero no por aquí cerca.

–¿Pescado, ha dicho pescado? –y el taxista puertorriqueño o cubano puso cara de sorpresa como si no hubiera oído bien.

–Pescados y mariscos, don Armando. Que no se diga nunca que un Salinas en Nueva York no sabe orientar a unos hispánicos hambrientos en materia de langosta viva, truchas en estanque o gambas como mujeres holandesas.

–Procuraremos cumplir lo mejor que sepamos –dijo el taxista entre satisfecho y dubitativo.

–No, de otro modo se lo agradeceremos nosotros, ¿verdad, compadre? –y me puso la mano en el hombro.

El taxista cogió hacia la calle treinta y tantos el River Drive y se encaminó en dirección al Downtown y nosotros pensamos naturalmente que nos llevaba a la zona del puerto.

Justo, contento con su iniciativa, aleccionador–aburridor como siempre, despótico como tantas veces, insoportable como nunca, sabiendo a ciencia cierta la rabia que me da que él me llame Jeremías, dijo:

–Jeremías, en este país no hay más remedio que imponerse. O te impones o se te imponen.

–Oh, sí, claro, en este país... –le respondí dándole carrete y buscando distancia.

Volvería a su ser natural, el consejo, una filosofía de humanismo barato adaptada a las circunstancias en las que él siempre se reservaba la imagen del calculador prudente, y prosiguió: –Yo

cada vez me convenzo más de que un poco de cinismo siempre viene bien.

–¿Un poco nada más? –pregunté como alarmado.

–Todo el que honradamente se sea capaz de manejar.

–Yo te hacía a ti –dije como lamentándome– un poco más romántico.

–No es esa la palabra –dijo poniéndose serio. Yo tengo algo de reformista, pero el reformismo siempre exige un poco de romanticismo.

–¿Y hasta qué punto resistes las reformas? –le encañoné, pero no me dejó terminar casi y sacando el registro de la confidencia irritable, se escabulló diciendo:

–Las reformas, las reformas... ¿qué quieres que te diga? Las reformas, ¡estupideces, estupideces! –y el parabrisas del coche parecía repetir su estribillo.

Por dentro yo estaba eufórico e impaciente. Ya veríamos cómo reaccionaba cuando le hiciera la proposición en concreto, aunque Narciso en parte me había engañado porque me había dicho que solamente le había comunicado que se trataba esta vez de algo del mayor interés para la causa.

Yo concibo que para hombres como Narciso, Justo, visto desde fuera podía ser el hombre ideal para esta clase de empresa, pero todavía no había dado ninguna prueba rotunda de su eficacia en este terreno, de boquilla y presentando o relacionando gente, sí que había hecho algunos servicios de consideración, por tanto, ardía yo en deseos de comunicarle nuestra misión pero no lo haría hasta que no estuviéramos sentados en un rincón –sin posibilidad de micrófono– y a ver, entonces, cómo su estilo deslizante, caliente o frío, como las serpientes, duro y moldeable como el pulpo, simulador y cobarde como una daga envainada, respondía.

Cuando nos dimos cuenta estábamos cruzando el puente de Brooklyn y en las cejas del taxista, puertorriqueño ya con toda seguridad, se posaban pájaros grises con cresta mientras los surcos y los barrotes metálicos hacían temblar el taxi como una tetera recién destetada.

La calva de Justo, calva de prelado doméstico y de improvisado diplomático sin domesticar, relucía con un esplendor de torta de manteca con tropezones, y al verlo sudar, a pesar de lo friolento del día, yo me decía para mis adentros que no era para tanto, ya que Justo sudaba goteando como el embutido colgado.

Seguramente ya sospechaba algo arriesgado para él, y no se había equivocado el muy ladino, sin embargo, quizá para desorientarme, sonreía levemente con esa insinuación de tipo mefistofélico que era siempre su norma.

Se desabrochó el cuello de la camisa y se aflojó la corbata fingiendo descuido. Luego dijo:

–Esto de que en las Naciones Unidas todos los días tengamos que estar como invitados de boda o como niños que hacen la primera comunión es una estupidez.

–A ver si algún día, al menos estáis como viudas, y que sea pronto...

Él no recogió o no quiso recoger el matiz y se puso a silbar por lo bajo.

Del tinglado del puente ativo y del juego de los colgantes senderos humanos –por donde pasaba algún loco neoyorquino aspirante a suicida, dos característicos personajes de la energúmena ciudad– habíamos pasado a una paleta plana de terrazas, chimeneas y rampas de almacenes, lindero sin linde del Brooklyn de urdimbre medio aldeana, medio factoría, con campanarios y cementerios a gusto, y sin embargo, los ojos podían enredarse aún en los mástiles de los barcos que se adivinaban ni muertos ni vivos entre el brillante zinc y el espejo del asfalto.

Entre nubes y humos, miré hacia atrás para ver si en la fachenda multiloca de Manhattan, resaltaba todavía la vertical pecera de la ONU, queso cortado y puesto de pie con gusanos de vidrio de todos los colores, paredón donde se sacrifica a diario algún pueblo infeliz cuanto más pequeño mejor, pared de frontón donde se escalfan como huevos duros o crudos todas las pelotas de los grandes peloteos del mundo dirigidos por los más desvergonzados pelotudos de la diplomacia universal.

–¿Qué se dice de los vascos en las Naciones Unidas? –le pregunté.

–Ni se dice –respondió con sequedad.

Allí estaba refulgente y estática el ara del altar donde Justo había venido a oficiar su misa negra o roja con azafatas rubias o morenas como diaconisas y un coro de castrados expertos que son campeones en beber whisky o vodka sin respirar en los ratos de relajó que lo son casi todos. Representantes de los países alineados o no alineados se encharcan a diario como cubas.

Mirando a Justo en el espejito del retrovisor, cobrando fuerzas para el achuchamiento previo, le dije:

–De veras que encuentro muy pensativa a su Ilustrísima...

–No jeringues, Jeremías –contestó recalcando las jotas.

–La que te espera ahora, inefable cordero del celestial aprisco.

–No jodas, Jeremías –soltó tensando las venas de las manos y de la frente.

–Es cierto, camarada ungido, que te espera una buena.

–Empiezas a jeremizarme ya con tanta cita presbiterial, con tanto merodeo litúrgico, con tanta puñeta sacramental –y se notaba ya su ira sacra, aquel desbordamiento apasionado cuando le tocaban la llaga, y el acento de su voz hizo que el taxista, seguramente ponceño, nos mirara un poco espantado desde la lente del retrovisor.

–No se excite, por Jehová, el lectoral penitenciario de las Naciones Unidas.

–Mierda, mierda jodida, mierda por no decir miércoles ni jueves que también es jota como Jeremías –y ahora ya era seguro que tenía algún nervio a flor de carne y que seguiría exagerando la cólera con el humor, pero de pronto mirándome como un inquisidor, agregó calmoso–: está visto que Jeremías hoy ha venido con ganas de joder y seguramente porque está jodido.

–No se ponga grosera su Excelencia Reverendísima, con mayúscula, por lo que más quiera, por la Divina Pastora, con mayúscula también –y Justo me cortó dejando caer sobre mí todo el negro betún de su odio escolástico, pero recobrando en seguida serenidad, salió por los improperios verbales:

–No se ponga encabronado el llorón airado Jeremías, profeta al que se las dieron todas en el mismo sitio, hasta el punto de que en la cuenca de los ojos le nacieron ranas y cocodrilos.

–Me gusta, me gusta –asentí– porque hoy su Paternidad está bastante brava –y di una palmada de contento en el aire.

–Y yo me estoy corriendo de gusto con tus escocidas lamentaciones que es como restregarse en los propios orines, pero puesto que hemos de laborar juntos, yo hago las paces –y me tendió la mano y de repente fue como si destilara miel de las orejas de cuyos lóbulos le colgaban unos pelos largos y rizados. El taxista seguía serpenteando a su aire.

Hubo un brusco frenazo y el taxista se contagió de palabrotas, pero seguía casi más atento a nosotros que al volante, porque acaso viéndonos tan colados de verborrea que medio no entendía, seguramente más dueño de su apetito que del nuestro, nos traía y nos llevaba de esquinas macabras a plácidos rincones,

con un vértigo que podía considerarse siniestro si no fuera porque de vez en cuando en alguna desangelada plazoleta sin árboles se quedaba como pensativo hasta que encontraba el respiro de algún puentecillo salvador. Al cabo de un rato Justo le dijo:

–Maestro, que el pescado se debe estar pudriendo o al menos enfriando.

–No pasen cuidado, en seguida estamos –agregó sintiéndose seguro.

A Justo se le había cuajado una espumilla venenosa en la comisura de los labios y en la rotunda calva las gotas de sudor parecían cuentas del rosario del sufrimiento más atroz, cuentas que podían reventar de golpe en leves cuajarones de pus, pues esta idea de una naturaleza putrefacta me taponaba la imaginación siempre que me encontraba en algún instante crítico al lado de Justo, sensación que nunca pude evitar.

Pero así como yo aguantaba a Justo no por capricho ni placer, tampoco él disimulaba ni mucho menos su contrariedad y resistencia conmigo, algo más fuerte que nosotros mismos nos había uncido al carro de la aventura que era algo más que una aventura, un mandato que había que cumplir por algo superior a los votos –que ya estaba visto que se rompían–, algo superior a nosotros mismos. El embarcador a calzón seco había sido Narciso y yo en aquel momento, y en muchos otros, lo odiaba por proporcionarme, sin méritos para ello, estos abominables ayuntamientos, ¿por qué contar con Justo como pieza clave si podía haber otro?, ¿por qué ir detrás de las sotanas plegadas

unos tíos que habíamos hecho ya una guerra?, ¿no se podía hacer nada serio en las Naciones Unidas sin contar con Justo?, ¿hasta qué punto él se iba a jugar el todo por el todo?

El taxista dijo, tranquilizándonos:

–Ya estamos llegando.

Buscando un pretexto para continuar el diálogo, le pregunté:

–Oye, ¿qué tal está de salud el pequeño Míster U Thant?

–Bien por cierto, es algo aprensivo, pero se conserva bien.

–¿Hace yoga?

–No estoy en eso.

–¿Le ha alterado mucho lo de los palestinos? –seguí preguntando.

–Esto de los secuestros aéreos ciertamente le ha afectado bastante, pero yo creo que su filosofía particular se parece totalmente a la china, y aún en los grandes disgustos no suele perder la serenidad.

–Mejor, mejor para él. Da la impresión de un hombre que viva de pastillas.

–Que va, tiene un gran dominio de las circunstancias.

–Parece que se va a desmayar de un momento a otro.

-Aunque pequeñajo, como tú dices, es un gran tipo. Es duro de pelar.

-¿De pelar o de pelear?

-De guerrero, nada.

-¿De veras que los secuestros no le perturban?

-U Thant es bastante impasible.

Y pasando a otro tema de porcelana, solté:

-Y las noticias de la madre patria, ¿qué tal?

-Allá ellos -respondió con frialdad-. Pero queriendo congratarse, añadió-: Cuando esté todo resuelto o liquidado que avisen.

El tranquilo ponceño, un taxista moderado -seguro que era de Ponce- conducía como en barcarola, acaso oliendo la brisa del mar, quién sabe si porque se acordaba de su isla.

Por muy advertido, desconfiado y seguro que fuera Justo -a mí a veces su seguridad, su desprecio de todo, llegaron a contagiarme, menos mal que pasajera- estaba claro que no se había percatado de la gran tostada que se preparaba. También al galano faisán, al abnegado pelícano, al manso buey y hasta al lustroso cerdo le llega su gran día y su hora justísima

de sopetón. Hay un instante en que el plomo, el cuchillo, la maza y hasta el pico y la cuerda semisuicidas, están muy ajenos de la suerte final y más bien el faisán, el cerdo, el buey, el pelícano y hasta el cordero sacramental podrían creer que se trataba de objetos o figuras de mero adorno, de una liturgia decorativa.

Yo gozaba reservándome, y algo excitadillo sí que estaba esta vez, ya que por lo visto se iba a meter en el foso de los leones, este Daniel rebelde, este Tobías que vendía ojos y boca parlanchina, este incauto José que se las daba de corrido, aun cuando llevaba sotanas, y que no había hecho más que caer en una miel quizá muy toqueteada, porque su enamoramiento de Berta a mí me daba muy mala espina.

Estaba feliz el tío y hasta una vez me dio, el muy insensato, una palmada en la rodilla. Lo que faltaba.

Delante del pescadito frito, con tinto o rosado delante, le abriría la espita reveladora, y sería muy ilustrador para mí comprobar la reacción del animal-teólogo-internacionalista-sociólogo de masas, pedagogo-de-minorías, consejero-del-desarme, asesor en secuestros aéreos-pacíficos, confesor-eclesiástico-laico-espiritual de la Secretaría de las Naciones Unidas, anatematizador de la Iglesia española, etc. Era imposible olvidar su especie de salmo místico cuando consiguió el puesto relevante y bien pagado de las NU, el cántico de la paloma inmachita o impoluta o inviolada o inaccesible o putona, la paloma de la paz, aquella que volvió al arca con el

ramito de olivo en el pico la muy lista, y como yo le dijera al buen tuntún «menudo chollito» o algo sobre la «gran bicoca», Justo, muy en su punto serio, dijo que había que tener tanto valor para volverse atrás o recular desde las mismas gradas del altar y cuando ya el pueblo estaba esperando la bendición y dejándolo con cuatro palmos de narices como para pedir permiso al despacho de U Thant y saber que el informe que uno llevaba en la carpeta era deficiente, falto de valor categórico para la universidad de pueblos, un informe privado, a conciencia, de equidad, carente de sentido humanitario a pesar de su palabrería confraterna, ayuno de hermandad no obstante estar inspirado en los mensajes de las religiones más positivas, y Justo se enrolló como un respetable orate, un balance intermedio entre la urraca y el tordo, provocación y humildad, luto de célibe-casado y gozo de viudo metafísico capador de capullos tiernos, un Justo entre pardillo y milano, catador genuino de perversiones hasta en las palabras.

¿Por dónde saldría? Seguramente, comenzaría disertando sobre lo que era justo y no justo, que no era lo mismo, probablemente, que lo que podría ser injusto, un tratado entero de verborrea al claroscuro, y cierto que tanta justicia en Justo era asqueante, pero nadie podía dudar de que a Narciso y a otros se los había metido en el bolsillo.

Con todo, al fin, estaba en mis manos o en algo decisivo dependía en parte de mí, o lo que es lo mismo, estábamos uncidos al mismo carro.

De pronto, el taxista se paró en una esquina titubeando. Yo pensé que estaba hecho un lío, pero miré el edificio en cuestión

y vi que allí había un rótulo destartalado y cochambroso que ponía: *La Cuidadosa, Restaurante de confianza*, pero estaba visto que había dejado de estar en servicio, sin embargo, el taxista no se achantó lo más mínimo y enfiló por una cuestecilla hasta que dimos con una explanada donde había muchos coches parados con una tremenda sensación de manducancia, y probablemente tanto como de comer, un sitio de beber a espuestas. Se olfateaba.

–Oh, milagro –dijo Justo al taxista –parece que hemos llegado.

–Quedarán bien servidos los señores. –Y añadió para halagar y granjearse la propina–: Lo que mucho vale mucho cuesta.

Se trataba de una taberna de no mal aspecto en cuya fachada se leían las palabras: *La perla del Caribe*. La tal *Perla* estaba en solitario y prometía.

–Vamos a ver esta «perla» –dije tirándome al asfalto cansado de taxi.

Justo no había puesto buena cara ante el tabernucho, probablemente había sido su miedo feroz a la pobreza, su huida ante la soportada y huida pobreza, allá en su pueblo –a pesar de lo del tío canónigo– junto al resentimiento que tenía por no doblegarse ni obedecer a nada ni a nadie más que a sí mismo, lo que le había llevado a colgar los hábitos, y eso era también lo que había generado aquella brutal tenacidad en triunfar por encima de todo, el caso es que el tabernucho llamado «La Perla» –que a mí me pareció bien– a él la pareció acaso cosa poco digna de su persona y por eso seguía refunfuñando, pero menos mal que al llegar a la puerta los olores que venían de la cocina

tuvieron la virtud de hacerlo cambiar de semblante.

–Me parece –comentó– que el taxista puertorriqueño no se anda con pamplinas y sabe lo que se hace.

En la barra había una mujerona que debió de ser guapa en sus tiempos, quién sabe si en los años de la gran depresión, aunque sus magras eran más recientes al parecer.

–Si esta es la perla –dijo Justo– ya está un poco gastada.

Las pinturas murales del interior, hechas a brochazos ingenuos, es posible que por manos de unos estómagos agradecidos o de unos aficionados hambrientos, tenían para mí cierta gracia. En un rincón había un mapa de España como una gran empanada, pero alrededor se sucedían las estampas rústicas de Galicia y Portugal.

Nos tomamos en la barra un *coctelito de la casa* algo tan fuerte como un brebaje para atontar ajusticiados, y allí mismo, la soberbia mujerona, que evidentemente era La Perla, nos ofreció la carta que era breve pero enjundiosa y convincente.

Mirando al rincón y pensando en mi cometido con Justo, quizá un poco excitado por el dichoso *coctelito*, que me había caído en ayunas, me decía a mí mismo que cualquier sitio era bueno para emplumar a un gallo pedantón y luctuoso, teologal y perjuro.

-Comienza a desembuchar -dijo mandón.

-Entre plato y plato -repliqué.

-Muy misterioso y trascendental estás esta vez.

-No tiene importancia la cosa, pero nos ha tocado, mejor dicho, te ha tocado la china.

-La china, o la piedra de moler.

-Según como se tome.

-Será mejor que nos sentemos y al grano.

-Oye, tú no querrás paella... -y enseguida me soltó en vez de *estupideces, estupideces*, una fila de *gaitas, gaitas, gaitas* que era el *slogan* sucedáneo cuando las cosas no iban del todo bien.

Y siguiendo la indicación de su dedo nos fuimos al rincón, un rincón confortable y discreto a la vez. Como hombre que trabajaba en la ONU, antes de sentarse dio una mirada a todo, posiblemente temiendo micrófonos espías o algo parecido.

La Perla o su hermana o su prima, nos ponían manteles, pan y hasta nos mostró una lista de vinillos para pasar, algunos españoles. No andaban del todo mal las cosas en la vaina aquella de La Perla.

Saqué del bolsillo un sobre con recortes y lo puse encima de la mesa, pero Justo reprimió en un acto de frialdad sus ansias de saber por dónde venían los tiros y se puso a hablar de su mucho trabajo, de que estaba abrumado, aplastado por una pila de informes, y si al menos los informes fueran leídos e informados a su vez por gente competente, pero había mucho enchufado en las NU, y yo entretanto me preguntaba a mí mismo cómo le entraría al tiburón.

Y fue la radio –un tanto jaleosa– de la barra la que vino a darme la pauta mágica, porque allí se estaba informando de un modo agitado y preocupante de las consecuencias diplomáticas que podría alcanzar el proceso creciente de los secuestros aéreos, ya que el planteamiento terrorista obligaría muy pronto a no se sabe qué represalias y ya entre los Gobiernos cundían las palabras de *boicot* y condena como las más oportunas y convenientes, y entonces embalado yo como un peluquero entra de repente a explicar a su cliente «la teoría de la relatividad», me encontré explanando lo que podían ser los *hijackings*, ciertos *hijackings* al menos, si en vez de usar los nervios y la pasión se empleara la cabeza; podría ser un modo único de sensibilizar en una cuestión que mereciera la pena al hombre de la calle, siempre que a la audacia se añadiera una intención significativa, una intencionalidad que pudiera convertirse en sugestivo símbolo universalmente educador, descartando naturalmente el derramamiento de sangre. Seguía hablando yo del tema como de algo remoto y lejano, casi como de un esquema abstracto de posibilidades, y Justo creo que hacía un gran esfuerzo por escucharme igualmente distante y distraído, ¿por qué no pensar que lo que los judíos habían hecho odioso y los árabes torpe y anti-pático podía convertirse, bien administrado, en un instrumento

de captación política de resultados francamente positivos?, yo hablaba en vago y Justo me escuchaba distraído con el humo de su cigarro, mirando al techo con una ociosidad irritante, mostrándome coquetamente la limpieza de sus uñas.

La cosa le interesaba, pero le importaba mucho hacerse el indiferente, él siempre tenía en reserva planes superiores para todo, y yo seguí insistiendo en la hipotética posibilidad de concertar un plan en el que, por el valor del hecho en sí, se mataran muchos pájaros de un tiro desde el punto de vista del envío de un mensaje al mundo que fuera como un gran respiro de dignidad cósmica. Justo empezó a tomar las ostras mojándolas en salsa picante y haciendo mucho alarde de chuparse los dedos. De vez en cuando libaba y me servía del Cianti y respiraba con avidez y fruición.

–¿Y qué más, qué más...? –preguntaba con aire altanero.

–Nada más, que se trata de hacer de una vez algo sonado, según han decretado los de arriba.

–¿Pero por el lado de los *hijackings*?

–Por el lado de los *hijackings* pero de un modo más rentable y serio, precisamente hay que romper la rutina de los castristas y la barbarie de los palestinos y hacer algo cerebral, limpio, bonito... y barato.

–No comprendo o es que no acabas de explicarte...

–Ya me explicaré, no te preocupes... –y ceñí el gesto.

Entonces fue cuando entrando, en el lenguaje de la ONU, en

el orden del día, le planteé la cuestión al revés con gran candor para que su talento maquiavélico fuera dando con el proyecto elaborado por Narciso y su estado mayor.

–Vamos a ver –le dije– ¿qué cosa nueva, un poco fascinante y de resonancia mundial se te ocurriría a ti desde tu puesto de las Naciones Unidas?

–¿Desde el punto de vista de los secuestros aéreos?

–Tú lo has dicho.

–Si te he de decir la verdad –comenzó con toda cautela– hasta ahora no he visto romanticismo ni seducción ideológica que valga la pena en esta competencia de bandidaje; es más, te diría que la mayoría de los secuestros aéreos, producidos por afán de propaganda ideológica y hasta por un intento de ejemplaridad (puede haber casos pero no resaltan), lo único que han dejado al final es vulgaridad delincuente, trapacería sin heroísmo alguno y lo que es peor, falta de instinto revolucionario sano que se traduce a la postre en derrotismo psicológico. –Esperaba más o menos oírtelo decir.

–Entonces, ¿por qué me has preguntado mi opinión?

–Puedes suponer que no te pregunto en nombre propio sino en nombre de los que están por encima de nosotros.

–¿Narciso?

–Narciso y los que están más arriba.

–¿Y estás seguro de que no lo han hecho para tomarte el pelo?

–En absoluto.

Algo debió de ver en mi talante que lo hizo cambiar inmediatamente de tono y dijo muy comedido:

–Calma, calma, Jeremías, que yo creo que no acabo de entenderte.

–Ya me haré entender, no te preocupes. Simplemente no he hecho más que esbozarte una idea, pero todavía no te he propuesto ningún plan concreto.

La Perla, o su tía, vino con la langosta que realmente era un portento de fuente. Justo me la pasó diciendo con su empalagosa cortesía:

–Sírvete todo lo que quieras y el resto para mí...

Naturalmente que él no quería caer en la cuenta del encargo que le había tocado esta vez en su lote y se resistía a comprenderlo el muy cabrón, pero también es posible que en los comienzos no sospechara, a pesar de su inteligencia, el alcance total del proyecto «Z», y por eso mismo mezclando lo elocuente con lo chistoso siguió perorando sobre los *hijackings* como tentación fácil desde la frustración y la impotencia.

–Pero, si una vez se diera en el clavo, pero bien...

Él seguía ajeno y siguió escabullido, diciendo que en su criterio los secuestros aéreos tenían un grave peligro, porque rozando el drama casi siempre, lo que podían producir eran resultados adversos a lo planeado, un secuestro aéreo ideal sólo existía en la imaginación de las mentes propicias a la emoción momentánea, pero a la larga podían producir –como se había demostrado recientemente con las dos o tres meteduras de pata de los árabes– efectos muy contrarios.

Acudir a los *hijackings* demostraba pobreza de visión, inmadurez, atolondramiento juvenil.

Era como si estuviera en el limbo, mejor dicho, como si preconcebida y deliberadamente quisiera estarlo, y estaba visto que su voz podía ser persuasiva o sinuosa, encendida o irónica, vibrante, despótica o humilde, según quisiera, pero toda su oratoria pulpitesca pasada por el calorcillo funcional del transparente y confortable palacio de las NU, reminiscencia quizá del modo de tratar a los seminaristas en los llamados retiros espirituales, o de insuflar prudencia a los intérpretes y traductores, era a la vez implacable, indulgente, despectiva y cuando las palabras no lo eran, lo era el gesto, y cuando el gesto no lo era, lo eran las intenciones, las ocultas intenciones de Justo que eran la otra cara de su existencia.

Por dentro, yo pensaba que Narciso estaba en la higuera cuando creía, aunque no lo dijera, que mi aversión y repugnancia contra Justo nacían de celos o envidia de su personalidad; para Narciso era posible aceptar que yo había fracasado previamente

en las NU y que el odio era mi desquite, pero no era del todo así, mi desconfianza nacía de algo más profundo, de que yo creía y sigo creyendo que un hombre que ha llegado hasta el altar, que ha estado metido en el misterio de la gran mentira y que ha confesado, y hasta se ha dejado besar las manos viviendo hipócritamente del tabú eucarístico, no puede ser un hombre auténticamente revolucionario, aunque se llame Justo o precisamente por llamarse así, un hombre que ha renunciado al sacrificio de un sacerdocio que debía de ser para el pueblo, difícilmente, imposiblemente puede ser luego un libertador de ese pueblo al cual en el fondo aborrece y del cual acaso se avergüenza, y lo peor es que todo esto probablemente Justo lo veía en mis ojos en aquellos momentos. Pero volviendo al chantaje y refiriéndose a las langostas, dijo:

–No me negarás que son de indulgencia plenaria.

–Yo no creo en eso –contesté.

–Pero creerás en la langosta, vamos, que es lo que interesa. Parecerá mentira, pero viéndolo comer se me quitaron las ganas y eso que yo no soy ningún finolis.

De repente fue como si la langosta estuviera envenenada, porque con una contundente expresividad verbal comenzó a discernir entre lo que era gansterismo político descabellado y lo que podía ser una acción de cierto alcance representativo. Por dónde iba a salir no se podía saber bien, pero Justo seguía

hablando agriamente (yo estaba más tranquilo), del abominable sadismo social, que nada tendría nunca de paralelismo con las maniobras y conspiraciones basadas en un alto valor moral y educador, y por eso le daban miedo los soñadores sin imaginación tan peligrosos como los criminales sin pálpito ante la sangre, total, que ya en plena perorata (lo que tuve que aguantar) se enfureció inimaginablemente –nunca lo había visto así– contra la funesta canalla, comprada o vendida, que podía ser la ruina de cualquier causa que se estimara en algo.

–Por eso mismo se acude a ti, para ver qué es lo que se te ocurre más original y productivo dentro de tu mundo y de tu filosofía... –le corté.

–No me gusta la idea –dijo con toda claridad y muy lentamente y se veía que en su soberbia reticencia había dado ya con el filón que le ofrecíamos.

Pero no daría su brazo a torcer fácilmente. La nota más dominante de Justo es su orgullo, un orgullo cuanto más suave más poseído de su huido pero aceptado liderazgo, que siempre habría de fluir entre el experto y el alcahuete, entre el chulo mental y el cagado de miedo. Miedo a perder la gran comodidad que le otorgaba la canonjía de las NU, claro.

–¿Es que se ha pensado –preguntó con aire inocente– en alguien del círculo presidencial de las Naciones Unidas?

–Algo de eso.

–¿Y quién?

-Eso te compete a ti de una manera especial.

-No se habrá caído en la burrada de señalar a U Thant?

-¿Y por qué no?

-Porque sería la suma ingenuidad.

-Pero no negarás que sería un golpe fuerte ante el mundo.

-Pero, ¿por qué U Thant?

-Eso que lo explique él luego, él se ha enfrascado bien en la cuestión con motivo de argelinos, israelitas, ingleses, alemanes, suizos y toda la pesca.

-No te entiendo. Eso es ya desbarrar.

-Pero no negarás que sería un buen número.

-Impracticable. U Thant no viaja al albur, como puedes suponer.

-No viajará en aviones militares.

-Casi, casi.

-¿Tanto como el doctor Jarring?

-Son cosas distintas pero muy parecidas.

Se quedó Justo un rato caviloso y después dijo:

–Y esa machada, si se puede saber, ¿a quién se le ha ocurrido?

–Yo sólo transmito el mensaje para que lo estudies y luego Narciso ya lo verá con los de arriba, y creo que se podrá discutir.

–Bien, bien –dijo más complaciente y se aplicó despreocupadamente al helado dando una leve palmada para que acudiera La Perla o quien fuera. Cuando la tuvo al lado, le dijo:

–Café, pero no americano. Tú también, ¿no?

Volvió a recobrar el dominio y a prescindir de la proposición concreta que le había transmitido, creía sobre todas las cosas en su poder de convencimiento, y como una música de fondo ahora él charlataneaba con gran ponderación sobre lo que es lo oportuno, lo conveniente, lo útil, lo positivo, lo eficaz, lo justo, sobre todo lo justo, y sus palabras tenían matices celosos de cosechero que superestima sus artículos en cultivo o en conserva y era incansable, casi diría que en algunos momentos hasta subyugante, hablando del verdadero y del falso heroísmo, para él la mayoría de los secuestradores de aviones eran unos desdichados, hambrientos de notoriedad, sedientos de gloria, pero inútiles y perjudiciales para empresas sólidas y serias, casi siempre se trataba de seres patológicos o locos del todo cuando se examinaba cada caso. Al terminar algunos de sus párrafos, decía:

–¿No estamos conformes?

Pero al ver mi sonrisa helada y un asomo de burla, decía, como revelándome un medio secreto:

-Acaso yo termine encontrando un plan más lógico, más viable, más...

-Pero ya no será ése concretamente.

-Quizá mejor que ése -remató.

-Ojalá -dije con toda solemnidad.

El bastardo angelicalismo de Justo se licuaba en sudor, un sudor que caía hasta el mantel, y, sin embargo, al mismo tiempo su piel daba la sensación de que estuviera erizada de frío, quién sabe si la delicadísima Berta no es una enferma y al pobre Justo, tan dominador, lo tenía como un limón estrujado.

-Y Berta, ¿cómo está? -le pregunté.

-Estupendamente -contestó- sólo que vive aquí como obsesionada, siempre como oliendo catástrofes y miedos; ahora se preocupa mucho de la *pollution*.

-Vuestra zona es muy agradable.

-Sí, pero ella está aterrada, a veces me llama varias veces seguidas y quiere saber a la hora que salgo y que volveré, dónde voy y dónde estoy en todo momento, y cuando no la llamo me la encuentro desencajada.

-¿No serán celos?

–Celos, ¿de quién?

–Huy, de las azafatas de las Naciones Unidas, de las secretarias de las corresponsales extranjeras, de las embajadoras...

–Novelería –dijo y estiró los brazos como un gorila. Luego añadió–: Creo que las niñas, en vez de hacerle compañía, lo que hacen es perturbarla y acusar más la soledad de ese piso treinta, al cual odia; está acostumbrada a vivir en un chalet con jardín.

–Pero vuestro barrio es muy tranquilo.

–Sí, pero Berta preferiría que no existiera la ONU, que no existiera U Thant...

–Como cualquier persona normal.

–Pero sobre todo yo creo que Berta preferiría incluso que no existiera Nueva York.

–¿No será que la mimas demasiado?

–¡Es tan ingenua la pobrecilla!

–Oh, sí, probablemente esto no está hecho para ella –y puse cara de higienista protector.

A pesar del café y del puro habano (regalo de los de la misión de Fidel, según me dijo), Justo no despreció ni la fruta ni el

helado, es más, repitió helado y el comer parecía enajenarlo. Volviendo al tema obsesivo –lo de los *hijackings* estaba visto que le hacía el efecto de un vomitivo–, le pregunté:

–Vamos, ¿tú crees que robar aviones o personas, sin más daño, y haciéndolo por *una causa digna* –y recalqué las palabras– es un acto condenable y no puede ser un acto bueno y hasta meritorio?

–Un acto bueno y meritorio en ese sentido es sólo aquel que ayuda a hacer libre no sólo a un individuo o un grupo sino a todo un pueblo.

–Exacto, exacto, a todo un pueblo, y por eso un secuestro aéreo que sea un aldabonazo universal puede ser meritorio para esa liberación.

–Podrían ser hasta actos santos (perdona la palabra muy propia de mi deformación) –comentó por lo bajo– siempre que se hagan con verdadero espíritu de entrega y de sacrificio por la causa del pueblo –y al decir la palabra sacrificio puso los ojos en blanco como un místico.

–Precisamente porque se trata de la liberación de nuestro pueblo yo diría que se trata de un acto santísimo, si es que los hay. –Y le hice una señal grave con la mano, advirtiéndole que tenía que decir todavía algo importante, y continué–: Tú no me dejaste decirte toda la parte del mensaje y si quieres prosigo.

–Cuando quieras.

–El proyecto no es raptar a U Thant y llevárselo a Fidel, como

un boniato; la cosa es más complicada pero también más simple.

–Continúa.

–Se trata de desviar la ruta esta vez. No a Cuba...

–No entiendo o soy muy tonto; supongo que no se trata de llevárselo al Papa.

–Pero podía obligársele a que pusiera el pie en Chile y así todo el mundo tomaría conciencia del ataque a la libertad y a la conciencia democrática que allí se está consumando, tanto como si llegara a efectuarse la contrarrevolución, como si ésta progresara (como inevitablemente va a suceder, según creo), su aterrizaje forzoso sería un modo de fijar la atención del mundo sobre el triunfo amenazado y la posible traición ya en marcha seguramente...

–Todo eso está muy bien –dijo como irresponsabilizándose–. ¿Y en qué aspecto se pide mi intervención en esto?

–No para consejos ni planes sino simplemente para que nos tengas al tanto (que tú lo sabes siempre muy bien) de cuándo viaja y cómo y para dónde, y que nos lo digas con algún tiempo y con detalles, tan pronto estés enterado, que ya sabemos que tú te enteras bien de todo si quieres...

–Muy pocas veces U Thant hace un viaje solo y además de estar acompañado sus viajes son normales.

–Eso ya son detalles que les toca resolver a Narciso y los de arriba, y alguna vez, que yo sepa, U Thant ha viajado en aviones

comerciales corrientes...

-Algunas.

-¿Lo ves?

-Pero se toman muchas precauciones como comprenderás.

-También queremos conocer todas las precauciones que se toman en caso de una salida suya.

-La verdad, no confío nada en este asunto, es más, me molesta.

-Lo comprendo, pero no negarás que con que haya una posibilidad, la ocasión hay que aprovecharla al máximo y está claro que puede rendir su fruto.

-Lo que no comprendo es por qué ha de ser U Thant.

-¿No es cómo un árbitro de la conciencia internacional? Pues a él precisamente se le hace testigo excepcional.

-Te digo que no veo la cosa clara.

-Ni es necesario tampoco.

-¿Por qué se ha de elegir a U Thant?

-Díselo a ellos.

-U Thant más bien despertará simpatía en todo el mundo.

–Ellos están conformes en que se trata de un plan ideal; además a ti ni te va ni te viene, no vas a ser tú el raptador tampoco..., se trata simplemente de trasladarnos a tiempo unos cuantos datos reales y las circunstancias del caso, lo más pronto posible, y al mismo tiempo de introducirme a mí de cierta manera con tus compañeros de Secretaría, cosa que no creo que consideres tan peligrosa, yo tampoco lo soy y no voy a hacer ninguna barrabasada a estas alturas, y que nos veamos un poco estos días en el bar, en el restaurante, en el pasillo de la prensa y en la capilla incluso... –y solté la carcajada pero me detuve porque noté que estaba profundamente contrariado.

Más que contrariado estaba irritado, mordía, y acaso porque en todo aquello quería ver seguramente el triunfo de una maniobra mía personal, algo así como un reto o desafío, y sin embargo, su egotismo, por otra parte, se diría que estaba colmado de satisfacción, se reconocía que él no sólo era importante sino imprescindible y esto le hacía hinchar el cuello como las avestruces en celo.

Las uñas de sus dedos –más limpias que las mías– se afilaban sobre la mesa y estaba a punto, con todo, de estallar.

–No me irás a decir –le dije– que, ante una cosa tan bien planificada, te daré cuantos detalles quieras, una cosa que es, al mismo tiempo, tan poco comprometedora, sientes miedo y te vas a echar para atrás.

–¿He dicho acaso algo, te he dicho que no? Lo que he dicho es que no termino de ver clara la cosa.

–Es cosa, querido Justo –me puse un poco teatral– de que

medites, así en general, lo que te he dicho y lo dejes en frío un poco, no mucho tiempo, y yo estoy seguro de que verás la cosa tan fácil como nosotros. No olvides que las cosas más difíciles son a veces las más fáciles.

Mucho hubiera yo dado en aquel instante porque se rindiera a la debilidad y descartara su participación en el proyecto «Z», pero más bien se notaba que conforme se sumergía en la operación imaginada, parecía irse animando interiormente. Al cabo de un rato de paladear despacio la copa de coñac, que aspiraba como un perfume, dijo:

–Bien, bien, yo estudiaré la cosa como se merece y te iré teniendo al corriente.

–Entonces, ¿percatado de todo? –y le tendí la mano como si quisiera sellar un pacto... pero su mano, blanda y floja, se movió lentamente y sin nervio hacia la mía.

Todo parecía ya consumado en el plano de las intenciones al menos pero yo no salía de mi desconcierto. Hasta el último momento había esperado su espantada y, por tanto, el principio de un despegue de la causa con todas sus consecuencias. Yo seguía pensando que un ser que ha sido consagrado sacerdote, que probablemente en un momento de peligro todavía reacciona repartiendo absoluciones a boleo, no es posible que pueda ser un revolucionario auténtico; la magia ritual, las grandes mentiras, la justicia divina, el destino eterno, han dejado en él huellas difícilísimas de borrar, aun cuando como en el caso de Justo se trate de rebeliones contra la Iglesia con todo lo que esto supone, pero para mí, repito, que estos tipos repugnantes

siempre habrán de llevar dentro, muy dentro, todo eso de cielo, infierno, purgatorio, juicio, salvación del alma, y tendrán de la redención esa idea egoísta de que ya ha habido un redentor para todos y que no hacen falta más.

Ya no discutía ni ironizaba. Tampoco reflejaba temor ni debilidad, seguía siendo el corcho flotante, permanecía abstraído, concentrado, sonriendo flojamente mientras miraba al vacío, y daba la impresión a ratos de que todo su ser se estuviera deshilachando en un extraño y tortuoso rapto de felicidad.

Acaso yo me había equivocado de medio a medio sobre el temple de su personalidad, Justo tenía indudablemente una clave secreta, pero clave psiquiátrica, creo.

Fue cuando sacó la billetera para pagar (todavía La Perla, o su madre, no había traído la nota), cuando de repente Justo, balbuceando no sé qué palabras extrañas, se cayó casi hasta el suelo quedando primero doblado y después estirado y rígido mientras soltaba espumarajos por la boca.

En el suelo estaban sus gafas, que no se habían roto, la billetera con un talonario de cheques abierto, su carnet de las NU y una foto de Berta.

La Perla y un cocinero que salió de improviso como en el teatro, me ayudaban a sujetarlo en sus tirones y coceos, unos espasmos que yo temía que le hicieran echar la comida, pero la

langosta se resistía a salir.

–Esto no es la digestión –decía el cocinero y agregó muy clínico, tratando de salvar, sobre todo la respetabilidad de su cocina–. Es uno de esos ataques...

–Epilépticos –concluyó La Perla, nada afectada por el trastorno físico de su cliente y sólo algo escamada por la mala impresión que podía producir en los demás comensales.

Bobamente, como si a mí me correspondiera dar alguna explicación, maquinalmente, como disculpándome, solté:

–Envenenado no es, porque yo estoy y me siento muy bien... Justo se estiraba y se contraía como un gusano mientras le corría un río de sudor y entre sacudidas y crujir de dientes, se le escapaba, correctísimo:

–Gracias, gracias, muchas gracias...

Aquello se le pasó más rápido de lo que yo esperaba.

–Ya se me pasa, ya se me está pasando –susurraba entrecortado.

Ahora, de hecho, quien estaba más azaroso y revuelto era yo, y como todo aquello y el propio Justo, estaban más cerca de la posesión del demonio que de la divinidad, porque hay que ver

cómo estarán las tripas del alma en un clérigo renegado, yo asistía al revuelco aquel con la misma confusión y vergüenza con que se puede presenciar esa gran pantomima que, por lo visto, se llaman los cursillos de cristiandad y que dicen que hacen furor en nuestro país, y a punto estuve de pedir que llamaran urgentemente a una ambulancia y dejarlo solo con aquella escena lamentable, pero no podía hacerme el desentendido porque yo formaba parte esencial del coro.

El caso es que el avisado salteador de las órdenes sagradas, ambición inconfesable, el canonista de la castidad vilipendiada, el romanticismo exitoso que había concluido buscando refugio en los clubs internacionales, todo daba igual en sus tragaderas, lo mismo que fueran judíos, masones o comunistas notorios, era, a la postre, un torturado y tortuoso epiléptico al que traicionaba algún rescoldo mínimo de conciencia, oh, cuánto habría dado yo entonces por conocer su pasado, su familia, su trampa, su cartón, sus confesiones, sus entradas –como si fuera su doble– en casas de putas, su sacerdocio fulgurante, su matrimonio arrebatado y en secreto y sin esperar la licencia de Roma, su vida íntima sobre todo, aquel juntar las manitas con Berta, «¿no ves cuánto nos queremos?», su furioso desvío y hasta apotegma de varias profesiones: los médicos, los periodistas, los abogados: «son unos vividores descarados, todo lo hacen por dinero o por una fama ridícula», sus concomitancias no se sabe cómo ni por qué con Narciso, que parecían uno enamorado del otro y los dos enamorados de un tercero que podía ser, ¿quién podía ser?, nuestro Padre Jesús, que yo no he visto nunca ni creo que lo vean los revolucionarios de esta calaña.

Yo iba a preguntarle, al verlo volver en sí: «¿nunca te ha

pasado nada de esto en las Naciones Unidas, con tu corte de secretarías delante?», pero me contuve y lo único que le dije fue:

–Ya parece que te vas sintiendo bien.

–Sí, ya me siento mejor –dijo.

Se fue recuperando y volvió tan completamente de sus convulsiones y espasmos, quedando tan dulcificado, dueño de sí y entero, que más bien los que estábamos en ridículo éramos La Perla, el cocinero y yo, vaya cuadro; de todos modos, los salivazos, con algún resto de comida, acaso el helado, le habían manchado la corbata y las solapas de la chaqueta, y con serena paciencia, ahora ya muy distante e imperturbable, él mismo se limpiaba, tan olímpico, y daba a la operación la mayor elegancia y exquisitez del mundo y casi nosotros éramos allí los humillados. La Perla, cogiéndolo del brazo, le dijo:

–¿Quiere que llamemos a un médico del barrio, muy buen doctor español?

Justo negó terminantemente y con desagrado dando unos cabezazos.

El cocinero decía:

–Un poco de aire ahí en la calle le vendrá bien.

Justo lo miró con profundo desprecio, y con el pulso tembloroso, que hacía esfuerzos por dominar, se puso en los labios lí-

vidos un vaso de agua y bebió delicadamente a pequeños sorbos. El semblante emblanquecido se diría que se le había afilado y parecía un artista de teatro que acabara de concluir apoteósicamente su papel de protagonista.

Sin perder la compostura sacó la billetera que le habíamos metido en el bolsillo y se dispuso a pagar ceremoniosamente mirando por encima la nota. Aunque traté de resistirme, no pude convencerlo, Justo era tozudo como un toro ciego, y de nuevo volvía a ser el Justo inexplicablemente poseedor de una viveza y una energía impositivas.

–Perdonad este tropiezo –dijo y era como si realmente hubiera tropezado con una silla y se hubiera caído con el helado encima.

Pero estaba demostrado que era un epiléptico repulsivo y desde este instante su frialdad y sus ardores fueron mucho más aborrecibles. Justo, efectivamente, había perdido para mí algo de su arrogancia y de su superioridad, y sin embargo, seguía teniendo todavía una sugestión inabordable, aquella explosión súbita de su personalidad con la consiguiente caída, demostraba evidentemente cierta traición no sólo de su naturaleza, y quién sabe si en todo aquello no andaba enredado el vuelo de un espíritu enfermo, ávido de desasirse de alguna manera de todo lo que le rodeaba. Era como si de repente hubiera adivinado su capacidad o potencia de suicida o algo peor todavía; por lo pronto, la noticia sería incluso novedad para Narciso (¿o lo sabía?) y habría que ver la cara que pondría al ver a su dios rebelde derribado. Cuando aquel templete de carne que era La Perla se retiró unos instantes, como gastándole una broma, le

dije al oído:

–Acaso una buena dosis de testoterón o testovirón te vendría de rechupete.

–Jeremías, ya estás jodiendo de nuevo –dijo como en broma.
–¿De qué quieres que te hable? ¿De la Santísima Trinidad?
–Háblame de los *hijacking*, que ello seguro me pondrá como nuevo –y soltó a reír como un lunático.

Justo recobró pronto el talante y hasta su solidez mental, en varios minutos había desaparecido de su rostro el aspecto de desgracia mientras esperamos el taxi que nos había solicitado La Perla, o su comadre o su hijastra.

Yo, ciertamente, me consolaba pensando que por fuerza Justo tenía que resultar desconcertante, tanto por vía de la comedia como de la tragedia; para mí, que he partido siempre de cero en materia de creencias, no hay más siembra que la de una anarquía sabiamente destructora, porque es el único método para cimentar algo nuevo de veras, solamente desde la nada se puede edificar algo constructivo desde el punto de vista de la revolución, y un revolucionario sano no puede ser nunca ni un educador consciente de su función ni mucho menos un demolidor caprichoso, inconscientemente didáctico también.

Vuelvo a lo dicho, y es que los oídos que han escuchado alguna vez y hasta han temblado con la palabra eternidad, difícilmente

se sitúan aquí abajo para resolver las cosas de aquí abajo, prescindiendo de todos esos morbosos, adormecedores y tranquilizantes sueños del más allá, lo cual es sumamente cómodo y sólo como adorno o lujo metafísico para ociosos puede permitirse que los espíritus que han probado la droga de la trascendencia y todos esos cuentos, no entienden ni podrán entender nunca la mecánica fatal de esto que llamamos vida y que para algunos suena muy bien.

Por fin, llegó el taxi y Justo al despedirse estuvo muy locuaz y hasta generoso con La Perla, o vaya usted a saber cómo se llamaba, pero a la que dio cinco dólares de propina, diciéndole hecho mieles:

–Hasta otro día.

De regreso hicimos el viaje en silencio. El taxista hubo momentos en que no sabíamos si era hombre o mujer, y no sólo por las melenas.

Al llegar al East River Drive, después de cruzar de nuevo el puente de Brooklyn, le dije:

–¿Te dejo en las Naciones Unidas?

–Bien, te lo agradeceré –respondió muy cordial.

–Si quieres, te llevo a casa.

–No, no, todavía tengo algo que hacer en mi jaula.

–Yo la llamo pecera.

-Lo mismo da, que da lo mismo.

Cuando ya nos acercábamos a la caja de zapatos puesta de pie, el gran centro experimental de la paz del mundo, le recomendé:

-Irás pensando en lo dicho, ¿no?

-Se irá pensando.

-Ya sabes que algunas órdenes son a veces sugerencias y que otras son nada más ni nada menos que órdenes.

-Conozco a Narciso.

Yo pensaba si Justo, inocentemente, había comprometido algo grave al excederse en sus contactos con nosotros, sobre todo prometiéndolo. En mi primera misión junto a él había sido claro: yo le había preguntado exactamente el nombre de cada uno de los asesores militares españoles que habían permanecido o permanecían desde algún tiempo junto a las tropas USA en el Vietnam, y la segunda petición fue despachada también con bastante tino y diligencia, aunque ya era algo más difícil, se trataba de saber con la mayor exactitud posible los pasos que España dio, en Nueva York, Washington y sobre todo en Madrid, cuando el embajador ruso avisó al delegado español en las Naciones Unidas sobre la entrada de las tropas rusas en Checoslovaquia; también informó con relativa prontitud y pormenores sobre las actividades económicas y financieras del Opus en USA, sin embargo, nunca Justo había dado el más mínimo detalle de cómo había logrado la información y los datos que se le pedían, y había cobrado naturalmente su parte, pero cuantas veces yo había intentado sondearle sobre cómo había

funcionado, siempre salió frío y despegado diciéndome: «Eso pertenece al secreto del sumario».

Viendo lo preocupado que se quedaba, a pesar de su chispa siempre jocosa, en lo más profundo de mí deseé siempre que diera la espantada, que reculara y que a la postre resultara un petardo.

En realidad temía que en el comité, dónde ya a veces se creía en exceso de suficiencia, una inteligencia y una voluntad muy del gusto del cobardón de Narciso, dos herramientas que yo consideraba un tanto estropeadas por aquello de haber manejado tanto las Bienaventuranzas y alguna vez hasta los giros jinnovadores del Concilio, como si eso pudiera aprovecharnos a nosotros en nada, que sólo debíamos solazarnos de su justa decadencia, porque es un reino, y segundo porque la violencia que pueda sentir no está en armonía con los deseos y anhelos de los humanos terrígenos.

Cuando yo alguna vez le había insinuado a Narciso la huella o marca indeleble que queda en aquellos que han penetrado en el altar, un signo que los graba y los inclina para toda la vida –en la guerra nuestra yo lo había podido comprobar–, Narciso se reía diciendo: «Cosas mayores veredes», y yo destapaba mis recelos. Aunque tenga mujer y críos, aunque se acueste con el demonio, aunque se ría de las misas y hasta nos contara determinados secretos de confesión, principalmente de compañeros curas, aunque una vez incluso un tanto beodo llegaba a decirme que si tuviera un accidente que jamás llamaran a un sacerdote, aunque fuera budista, yo no quería, no sabía tenerlas todas conmigo, sentía repulsión y asco, especialmente cuando contaba cómo

metía mano sin distinción a las jovencitas guías o secretarias de las NU, pero ahora esta sensación de incomodidad y fastidio había aumentado desde que lo vi retorcerse como un lagarto –me hubiera gustado verlo morir, y qué dijo, si es que dijo algo– cuando le clavan una caña, cosa que no creo que supiera nadie, excepto la dulce Berta y su trágica madre, allá en un pueblo de España, quién sabe si también los compañeros de la ONU, aunque no creo, suerte que yo había tenido.

A Berta la escondía, y nadie sabrá si había sido alumna en su etapa de profesor, porque de esto no hablaba ni palabra, o si habría sido en el confesonario, que todo es posible y lo creo capaz, el caso es que tampoco era «contigo pan y cebolla», sino que era hija única y heredera y acaso todo fue a clavo pasado, sin claros de luna ni epístolas entre almas gemelas y otras músicas celestiales, un buen piso, tirando al rumbo social, y esa suficiencia y tono que da un puesto de asesor–técnico en las NU, total, lo que los americanos consideran un matrimonio próspero y feliz, una carrera brillante, el gran braguetazo.

Lo vi mirar a su jaula con pesadez y desaliento, pero al mismo tiempo como dándome envidia, y cómo odiaba yo en aquel momento a este pequeño traficante de almas un día, informador rutinario de la burocracia mundial hoy, vanidoso semidiós de sí mismo, epiléptico torturado, y éste era el que iba a ser instrumento imprescindible de una peligrosa operación combinada, el mismo que había hecho su fama con informes sobre colonialismo, él que llevaba algo de explotador y que se acercaba a este espionaje oliendo a contrata y que llevaba encima la traición y la cobardía, sus dos armas favoritas.

Y allí estaba yo parado junto a este moscón, porque él retrasaba la despedida por algo y estaba como deseando que el camino hubiera sido esta vez más largo, pero no hablaba, y es que no podía ignorar –y se notaba– el disgusto que le producía que yo lo hubiera visto babeando y pataleando como un borrego en el matadero, pero como quería seguir seduciéndome con su poder taumatúrgico de sacerdote sin Dios y sin altar, profeta despechado, desvergonzado utilitario, versátil inquisidor, dijo: –Tú no seas desconfiado porque de un modo o de otro habrá *hijacking* sonado.

–Mucho se alegrará Narciso cuando lo oiga.

–Pero no le digas que se me ha atragantado la langosta.

Justo elevó los ojos como un santo de altar hacia su ventanal y vio que la cortinita de la persiana estaba seguramente como la había dejado y se reía mirando hacia arriba, hacia aquel cubil ratonil con un armario metálico lleno de carpetas con el sello de «reservado», y la diligente secretaria preparándole un *tesecito*, aquella rubia prieta como una envainadora, seguro que con una matriz ya estrenada, y aquellos guardias del pasillo como angelotes, y sonando levemente el micrófono que recogía con toda fidelidad lo que estaba sucediendo en el Consejo de Seguridad, y unas flores en la maceta del ventanal, agradeciendo la sonrisa del cabestro cauteloso que allí miraba beatíficamente desde abajo.

Seguramente, Justo, se subió derecho a su despacho y se tumbó, después de mirar y cerrar la puerta, en el butacón de su biblioteca, donde tenía de todo un poco, para que picaran los incautos, que de nada le gustaba tanto presumir como de sus libros, los ensayos sociológicos más epatantes, el ultimísimo libro de memorias o biografías –preferentemente políticas– y a veces también los más desesperados versos, de los que se sabía siempre el comienzo del poema, también como para dar la cara y al mismo tiempo ocultar su paisaje interior, tenía libros modernísimos de teología, los textos más revolucionarios, aunque yo me pregunto si, escondidos, no seguiría teniendo los del seminario.

Era casi seguro que ya se habría incorporado y estaría mirando la neblina gris y vaporosa del río, que a ratos parecía parado como una gran lámina, el paso de los coches por el Queensborough Bridge que daba a todo aquello tan quieto una idea loca de movimiento, y Justo, como dormido, estaría acaso pensando ya en el encargo que le habíamos soltado, como que era muy posible que el solo anuncio fuera lo que le provocó la absurda pataleta.

Más allá de la plancha inalterable del río se detendría su mirada en las destartaladas y borrosas plantas industriales, algunas sin humo en sus chimeneas, alguna también soltando un chorro de fuego y hasta de agua.

De tarde en tarde desfilaba por el río alguna gabarra sucia, con tintes rojos como si arrastrara las entrañas revueltas de algún cachalote urbano entre las mohosas plataformas, y todo, como otras veces, parecía un escenario en movimiento.

Siempre el verde de las Naciones Unidas, y también su azul, parecían recién pintados, pero el otoño ponía ya sus dedos melancólicos incluso sobre el mármol de las balaustradas.

Es posible que Justo se acercara poco a poco hasta su ventanal y pensando hacia adentro, como cuando ponía los ojos en vago, pasaría los dedos por el vaho de los cristales y más allá de las aguas, de las chimeneas y de los distantes edificios, soñaría un horizonte más halagador, justamente por donde estaban empiñándose y hundiéndose de manera loca y al mismo tiempo precisa, los aviones de todas las compañías aéreas del mundo, y de una manera impaciente, tensa y nerviosa, estaría tamborileando con los dedos sobre el cristal, y pensando concretamente en mí, quizá pensando también con rabia en Narciso y hasta en U Thant, y éste sería el comienzo del gran delirio del epiléptico insospechado, un nuevo camino abierto de repente para el hombre que había elegido el suyo en disputa –como diría un apologista cristiano– con el mismo Dios.

Allí estaría ensayando la mentira que pudiera valer para todos los bandos, ¿por qué, me pregunto, una vez sabido el principio del secreto, no se tiró desde arriba dejándonos el campo libre, o por qué no lo tiramos accidentalmente desde su pulcro cubículo de la ONU, desde donde amasó todas las guarrerías imaginables?

Pero Narciso era capaz de todo, hasta de dejarnos a todos con la boca abierta haciendo que el proyecto «Z» saliera a flote de la manera más carambólica, hasta era capaz de buscarse no sólo una acción heroica sino hasta una muerte honrosa para un revolucionario, porque a pesar de los ataques este hombre tenía

algo de acero.

Recuerdo que aburrido y despechado decidí entrar en un cine. Alguna vez habría que romper la distancia, su distancia, la turbiedad y rara transparencia de Justo, aquel modo moderado de hablar de las cosas y de reír y no sólo de reír sino de mover las manos, y también aquella manera de estar a nuestro lado y quedarse lejano, distante, inaprensible.

Era un cerebro en actividad contra sí mismo seguramente, pero de la lucha sacaba gozo y complacencia con toda probabilidad, un morboso que reía por no llorar es lo que era, y habrá que probar si llorando era el mismo y lo mismo, puede ser que puesta una pistola en el pecho desapareciera tanta ironía, ese eclecticismo frío que tanto parece encantar a Narciso, que está por lo visto seducido o encoñado con él y que llegara, por fin, la hora en que tuviera que decidir algo fuera del juego teatralero de la indecisión, que sí, que no, que vaya usted a saber...

La cola del cine avanzaba lentamente.

¿No habrá algo de inconfesado homosexualismo, algún tipo de mariconería intelectual en esta postura tan equívoca, tan equidistante, o no será otro tipo de impotencia, la de no saber o no poder sentir la acción, la necesidad de hablar de la vida como si fuera un leñador y luego evadirse con la misma displicencia suave de los diplomáticos?

Y también creo yo que el latín –siempre he creído que el mucho hablar latín y griego y arameo y caldeo y hasta egipcio, si es que no metía camelo, que algo de camelo ya metería– lo hace inabordable, enigmático, como abstracto más que abstraído, porque aunque habla inglés, sí, inglés también, y es que bromea en distintas lenguas, pero en él las palabras tienen poco sentido porque tampoco suelta las palabras, las palabras se convierten en otra cosa, y no hay manera de agarrarse en serio a nada de lo que dice, aunque a veces produce mucho asombro en los novatos.

¿Desconfía, ha aceptado la responsabilidad, tiene un plan astuto del que no quiere hacerme partícipe, es incrédulo rematado de nuestro plan?; todo podría pensarse, por ejemplo: ¿qué podía yo atrapar como cierto, evidente, real, de la desdichada conversación de aquel día?, estrujémoslo y a ver qué gotea, ¿gotea algo?, ¿no te parece, ahora mismo, que hasta el ataque de epilepsia o lo que fuera, era falso, fabricado al minuto? Con hombres así debería estar justificado el cuchillo, rajar y a ver lo que sale, decir sí o no, como dicen que dijo Cristo, aunque no sé muy bien dónde y por qué lo dijo, si es que lo dijo.

Por fin, en la pantalla aparecieron una mano y un cuchillo expectantes, con una conexión implacable con lo nuestro, porque era lo que a mí me estaba haciendo falta o me haría falta algún día o todavía me hará falta, y me fui estirando todo lo que pude complacidamente hasta que me dormí como un ceporro.

A veces cuando llega la hora de dormir, que llega siempre muy tarde, y cuando no hay más remedio que cerrar los ojos, aunque no se duerma, sufro unas tensiones extrañas y es que me entra obsesivamente no ya la idea de morir sino su inminente realización. El pulso se pone absurdo y siento cierta sensación de asfixia, y entonces me digo: mañana al mirar por la rejilla hacia dentro me encontrarán tieso como un palo o arrugado como un gato mimoso, y todo se habrá quemado a medias, ni a medias siquiera, intento leer memorísticamente lo que llevo escrito y pienso que es una fatalidad no haber podido llegar hasta el final, porque es muy doloroso morirse a mitad del proyecto de una vida, después ya todo dará igual, a quien le dé, que a mí no. Son unas horas, a lo mejor son sólo unos minutos, pero llego a pensarlo todo, lo que harán de mi cadáver, da lo mismo en realidad lo que hagan, y cuál será mi último pensamiento aunque sea fugaz, y me concentro en mi cuerpo y en mi alma como un pajarillo al que se le acerca una mano enorme en la jaula y sufro unos sudores penosos, como si fueran los finales; quién me habría de decir que habría de morir en una cárcel neoyorquina y pendiente de un juicio tan absurdo, y entonces me levanto, bebo agua, miro por la reja hacia la luna de pandero o hacia las lunas falsas que pueden esconderse detrás de las rojizas nubes, y desearía dejar alguna memoria de mí mismo, algo que no sea tan sólo esta confesión estúpida de lo que estoy escribiendo, y entonces pienso si no sería mejor que escribiera unas líneas, muy pocas, explicando lo que no tiene explicación, y mientras tanto acaso haya una sesión extraordinaria del Consejo de Seguridad o del Comité de Descolonización y allá estén todos tomando café o bebiendo whisky y algún policía se estará tirando a una secretaria en un rincón y el nuevo enviado pontificio estará chupando algún caramelo de menta y quién

sabe lo que estará haciendo Susan, quién sabe si haciéndose una pajita de aire, quién sabe si teniendo delante mi fotografía, ésa que le regalé y donde estamos tomando un helado en bañador.

No es que me serene poco a poco sino que sin saber cómo ni cuándo me rindo y, aceptando la muerte como un hecho posible, demostrable y concluyente, entro en la penumbra del sueño (¿por qué no ahora?) y lo que sueño a continuación es lo mismo que estaba viviendo despierto y sigo sin poder dormir, y todo es agonía, tragarme un sable agudo hasta las entrañas, intentar pasar sin que pase una hostia como una piedra de molino, andar por una cornisa de fuego con unas zapatillas de pólvora, auto-inyectarme oro líquido que brota en pelotas menudas por los ojos y por los oídos, sobre todo el estar ya frío y estirado pero sonriendo levemente, imperceptiblemente, y que pudieran darse por enterados pero no se dan los tontos de los guardianes, como no se enteran de que de vez en cuando muevo rápidamente el dedo con el que se maneja el gatillo, aunque procuro ponerme de lado un poco para que se convenzan, pero no se enteran y el ver la caja preparada, muy humilde, demasiado creo yo, y no muerto del todo me entierran, aunque estoy muerto porque es imposible ya retornar a la vida, y ya todo puede darme igual en la lucha de mi vida, rey que Roque, caudillo que príncipe, iglesia que infierno, pero algo se me queda sin hacer, algo importante y Susan está de luto y me toca las pestañas con sus dedos y me espanta fielmente una mosca pesada y noto que la barba me crece y me crecen también las uñas y así estaré impresentable y aunque yo diga que todo da igual no es lo mismo, porque yo quiero mantener siempre una imagen, un pobre hombre engañado pero digno y valiente, que sólo ha llorado en silencio o que si no ha llorado es

porque no ha podido y es verdad que uno se despide con una lágrima cristalizada en los ojos y que cuando te ponen lo que sea por mortaja uno lo siente y advierte que deberían tratarlo con más respeto ya que no con más cuidado, y es fatal morir en la cárcel porque te llevas puesto el número que te ponen y eso no tiene sentido y menos este número que yo no he elegido y lo peor es que, en un instante, descubro una ráfaga brillante de luz y un camino verde florecido en donde brilla el sol y uno está cansado de desengaños y recibe eso con gran alegría aunque sea otro engaño más y el nudo del pecho es como un motor que no arranca y uno suelta chispas aunque los guardias no se percaten y ojalá alguien dé un grito, ya que yo no puedo y Susan ni lo intenta, oh desgracia, haber nacido en España sólo para esto...

Ojalá no hubiera hablado palabra con Narciso, que cree en Justo casi como en Lenin, maldita sea, pero yo insisto, sigo insistiendo en que él no es de los de la bomba, y que hayan ido juntos hasta de putas o de maricones no me aclara nada.

Narciso estaba como borracho, y me contó, limpiándose el sudor, entre estertores de risa, y yo diría que de frío, todo lo de aquella noche, muy confuso o muy brujeril, porque yo estoy terminando por creer en las brujas y no es la primera vez que estando con Justo, después se quieren recordar las palabras de todo lo que se habló y no se puede, todo es humo, humo y ruidos leves, es como si sus palabras se metieran en un tubo de plomo y su palabra, chispeante mientras toma la sopa, el café o la copa, y es como si te echara unos polvos o una droga, o una música extraña, y todo comienza a resbalar, a diluirse, a esfumarse, como la lluvia sobre la piedra oscura y resistente, como las gotas del rocío en el cristal viscoso de la ventanilla del tren, como los

patos sobre el bosque helado de la marisma, es un arte especial para distanciarse, evaporarse, hacerse sombra, recuerdo, sí, su frente y la mano propia sobre esa frente combada, paliduzca, pegajosa, también a veces que al reír contrae los labios y es como si un hacha los hubiera intentado partir por la mitad y lo que se insinúa es una mueca de dolor, pero luego sonrío como involuntariamente achinando los ojos maliciosos, y sus palabras, aunque sean agresivas, insolentes, de la salivilla de la boca pasan al aire, pasan al aire y no quedan en ningún sitio, no quedan más que conceptos como telones engañosos, «claro, claro, las Naciones Unidas son un lujo necesario en manos de los poderosos», «¿cómo?», «bueno, en manos de USA, la anfitriona, claro está, que carga con todo, hasta con los gastos», «y si carga, habrá algún beneficio, digo yo», y raudamente comienza otra vez el globo de la niebla imprecisa, la serpiente de las mil colas, y luego una calma de espejo que nunca descubrió a nadie y concluyó que era justo, justísimo, que el árbitro de tanta arbitrariedad –al reír levemente te sacudía las rodillas con las suyas, qué desagradable– de tanta arbitrariedad, repito, como se producía en el mundo, experimentara por justicia alguna contrariedad o golpe seco que pusiera en evidencia y ridículo el uso y el abuso del derecho internacional por parte de la inventora de los desafueros, pero siempre será así y alguien tendrá el turno de la chulería, y seguíamos... «pero, oye ¿tú crees que hay patrocinio y defensa de alguna clase?», «patrocinio, ¡qué palabra más absurda!, me recuerdas a sor Patrocinio, so cachondo», y luego más nube, mientras se metía un palillo con la punta del pañuelo doblada hasta dentro de la oreja como si le hubiera entrado un abejorro; los fraudes y engaños ciertamente descubrían la necesidad de una sanción contusionadora, mejor dicho, de un castigo ejemplar, pero era

muy importante tener en cuenta en esta balanza, para producir el efecto deseado justamente, operar con cierta norma de balanza, y acaso la reparación más imprescindible fuera la de la ausencia de la China Popular, «un desequilibrio del que se aprovecha hasta el Papa, que siempre tiene algo que subsanar» –y la palabra subsanar goteaba perlas de cera por las puntas de su bigotillo–, «porque a prueba de sostener la infalibilidad sobre temporalidades y contingencias pierde su sello» –y Justo, con la uña delicada se rascaba encima de la oreja, en el único rimero de pelos que la calva iba respetando por los lados–, y seguía hablando como las olas del mar contra las rocas, subiendo y bajando, su marea de mentiras, y yo callaba, siempre tenía interés en hablar y que yo callase, y gozaba haciéndome callar, aunque tuviera bien pensado lo que tenía que decirle para taparle la boca, pero era como si con todo aquel aluvión de palabras una vez más quisiera destruir los honores y aplausos que en Roma, siendo teólogo, había dedicado al Papado, con aquel trabajo sobre el primer concilio de Jerusalén, que le había valido una medalla de plata y la promesa casi segura de un obispado, dejando la «ciencia eclesiástica española por las nubes», como dice que había dicho el caracunda *Osservatore Romano*, y vuelta al rollo.

–¿Y cómo llegaste a perder la fe en Roma? –le pregunté en un respiro.

–Probablemente no la había tenido nunca.

–¿Y no lloraste en tu ordenación sacerdotal?

–No me acuerdo.

–¿Y no temblaste al dar la última hostia a tu madre, engañada?

–No sabes nada de lo que pasa dentro del espíritu.

–¿Y cómo pudiste aguantar engañando a los muchachos del seminario y dando comuniones a tus sobrinos y hablando a las parejas en los ejercicios prematrimoniales?

–Aguanté hasta que tuve motivos serios para romper totalmente con la Iglesia española, no ya depositaria de verdades sino madrastra despiadada, desfasada con razón por el pueblo, orillada por los intelectuales, vencida por su propia estólida vanidad –y una vez más condescendiente, bostezando, mientras se arreglaba el nudo de la corbata perifrásticamente– porque había muchos otros que no tenían valor, ni dignidad, ni cojones –eso le sonaba muy convincente– para colgar las sotanas y él, aún así, no se creía fracasado ni mucho menos, ni frustrado en nada, y se había venido al ideal humanitario de las NU, como si creyera que aquí, en ese pudridero de momias diplomáticas, creyera que se podía hacer algo más que cobrar y preparar informes de experto en asuntos internacionales, y unos años más, con algún informe con suerte y me jubilo y a vivir de las rentas, aunque sea en la Isla de Pascua, ya que Mallorca se ha puesto imposible y se han congregado allí todos los piratas del Mediterráneo y el que no se aprovecha es porque no puede, porque la ocasión la pintan con pelos de punta –y Justo resoplaba desde la nariz hacia fuera un vientecillo feliz– y de golpe seremos alguien y se callaba... y como si pasara de un mundo real a un mundo fantástico e ilusorio, seguía recreándose y hablando muy despacio de otras cosas, con los ojos perdidos en las nubes o en el humo de su cigarrillo

sutilmente chupado, fijos los ojos en las lámparas o en los opacos reflejos de las cristaleras, y disertaba sobre lo que sería la vida del pueblo, no decía qué pueblo, a veces parecía un pueblo español, a veces como un rancho de Texas, a veces una estancia dichosa allá en el sur de Chile, un Chile sin angosturas ni problemas, quién sabe si en los Llanos de Colombia o una hacienda en Brasil, y allí mantendría un rebaño de buenas terneras que dieran buena leche y pondría colmenas para que Berta pudiera vivir como una reina pasando temporaditas en la capital, por supuesto con abrigo de visón y joyas relumbrantes, naturalmente, aunque quién sabe si el dinerete no fuera mejor tenerlo bien colocado en un banco –y Justo entonces aspiraba fuertemente el humo del tabaco que te había lanzado casi despóticamente sobre la cara y al respirarlo o aspirarlo de nuevo era como si encontrara un nuevo placer y sonreía malicioso, dominador, sarcástico– pero a ratos se olvidaba de que estaba fumando y tiraba el cigarro de golpe como si más que los dedos estuviera quemándose el alma, y para colmo escupía una salivilla blanca como granizado de nieve podrida y se te quedaba mirando fijamente y yo lo veía intensamente pálido como si se fuera a desmayar de un momento a otro, pero de repente soltaba una carcajada, la carcajada del diablo que tenía dentro.

Al salir del cine –¿de qué trataba todo aquel lío de pijamas?– me fui derecho a casa en vez de tratar de entrevistarme con Narciso que es lo que por dentro pensaba, «otro día», me dije, y otro día no sería porque Narciso era una mierda seca.

Al día siguiente, sonó muy temprano el teléfono y lo que menos podía esperarme, el propio Justo que decía:

–La cosa se pondrá en marcha, no te preocupes. ¿Vale?

–Vale –respondí un poco sugestionado, y sobre todo porque una vez más Justo me había sabido encontrar y se había sabido encontrar en un momento de vaciedad y suspense.

Los que no llevan dentro la rabia de la acción, el imperativo de las resoluciones categóricas, el íntimo mandato de la subversión total, son así, tipos ambivalentes, ambiguos, dilatadores, y también era una tentación verlo llegar hasta el instante crítico de las decisiones absolutas, porque a ello llegaría, quisiera o no quisiera.

Me daba asco que fuera capaz de algún acto desinteresado e impregnado de sacrificio. Ya veríamos cómo actuaba cuando llegara el minuto irreversible de la actuación indetenible. Me moría por decirle: «No eres más que un oportunista, un comediante, un jugador con ventaja, un renegado tramposo» y cosas por el estilo, cuando él quién sabe si disponía de una máquina demoledora en la acción más fértil que la de su pensamiento triturador y estéril, y quizá yo, si no lo echaba todo a perder, podría ser la pieza imprescindible que lo sacaría de su cobijo de hombre reservado, amañado, aquella estela de revolucionario hipercrítico, de suicida frustrado, ¿quién es capaz de humanizar a un cura renegado?, le faltaba humanidad o la tenía muy escondida, sí, no era más que un cura cuyo pacto con el demonio o con el pecado o con el castigo no hubiera llegado a sus últimas consecuencias y ardía en deseos, digo, de que en la hora justa el

Justo del diablo fracasara, y fracasara de una vez por todas. Entre masturbarse, joder con una un poco espabilada, buscarse idilios misticorrománticos con una novicia, había ocurrido solamente lo de Berta, y siendo un intransigente, un fanático, un satánico orgulloso no había querido doblegarse y había mantenido erecto el dominio de sí mismo como erecta debería permanecer su rijosidad, por mucho que cuando uno mirara un poco de más a sus secretarias, dijera: «Déjalas, hombre, pobres muchachas, en realidad son unas infelices...».

Pero, qué verdad es que cada uno saca de la vida lo que se merece, aquello que uno mismo ha tramado y urdido para sí mismo.

–No comentes el asunto –había dicho– ni con el cuello de tu camisa.

–¿Por quién me tomas?

–Ya sé, ya sé, es sólo un decir.

A él le gustaba decir siempre –tocándose la frente, dándose golpes en la concha reluciente de la frente– que lo suyo había sido cosa de la cabeza y no del corazón (por no decir del pito)– y ponía el dedo en alto y lo paseaba sobre la frente dando una vuelta en redondo como marcando una coronilla sobre el cerebro, pero su dedo no era un dedo sarmentoso y seco sino carnoso y húmedo, un dedo pegajoso, lo contrario de un dedo ontológico, el mismo dedo que se metía ferozmente en el oído o en la nariz y quién sabe dónde más, un dedo siempre en alto que, como un pararrayos absurdo, había pasado de las citas bíblicas a las cifras y estadísticas del secretariado de las Naciones

Unidas o Naciones jodidas que también de este modo debería decirse.

A mediodía hablé con Narciso, el tío más lamentable y desconcertante de mi vida, el revolucionario híbrido, mezcla de mercantil corredor y de burócrata adocenado, ese increíble Narciso que si bien es capaz, me consta, de aplicar el gatillo, cuando perora suelta a montón las palabras, como un valenciano de feria, palabras duras, palabras coloreadas, palabras carnosas, lucientes, modeladas, pulposas, como esos jugos de uvas, de ciruelas, peras, fresas, lo que sea, y que sólo cuando ordena usa palabras pulidas en roca brillante, como esos tiestos de barro que se ponen en la mesa como adorno queriendo aparentar una dureza marmórea o alabastrina, entonces Narciso es muy escueto, es redondo, es puntiagudo, es la leche, y sólo me dijo cuando le llamé, tonto de mí, sin darme tiempo ni a respirar: –Hay que darle el tiempo que necesite.

–No le he dicho ni palabra de tiempo.

–Habrá que esperar a que él destape el asunto, eso es todo –y las palabras tajantes brillaron como bolas de ébano.

Esperar. Ya hacía más de un mes que le había transmitido el mensaje y seguía esperando, habría que haber visto si a mí se me hubiera dado la orden de algo parecido, entonces todo hubiera sido achuchar, sin más concesiones, las llamadas hubieran sido terminantes, lo sabía y lo sé, en cambio Mr. Justo, por obra

y gracia de su situación privilegiada, seguía trabajando impertérrito en su informe sobre la población del mundo –partiendo del estudio de McNamara al Banco Mundial– o de la teología de la castración, o algo similar.

A los dos o tres días, estando yo todavía roncando como un pepe, Narciso me mandó un recado porque teníamos que hablar.

¿Sería capaz Justo de llevar su misión hasta el final? ¿Estábamos en vísperas de algo importante para la organización? Ya era hora de que nos apuntáramos algún tanto gprdo, todo el mundo estaba produciendo impactos en este sentido y nosotros ni golpe.

Me vestí corriendo y salí pitando en un taxi.

–Chico, pareces un preso –le dije al verlo tan circunspecto.

–Todavía no –dijo limpiándose el sudor. Luego sacó una botella y dos vasitos y me preguntó:

–¿Un vodka, te hace?

–Sirve un culín.

Desdeñoso y sintiéndose importante, añadió:

–Te voy a proponer un trabajito que probablemente no te va a gustar.

–¿Es que se abandona la idea...?

–Calla, hombre, y déjame hablar –y sorbió él su vasito de un golpe, relamiéndose, para agregar luego–: Me gustaría que le echaras de vez en cuando un vistazo a Justo.

–¿Que lo vigile, quieres decir? –y disimulé mi gozo todo lo que pude, ya que aunque lo estaba habiendo, deseaba que ellos, los mandones, cayeran del nido.

–Nada extraordinario –prosiguió– simplemente que te dejaras caer de vez en cuando por las Naciones Unidas como cosa de paso, buscando algún pretexto.

–¿Y si se da cuenta?

–Tú puedes darle a entender que se trata de otros asuntos complementarios y hasta le puedes pedir que te eche una mano para introducirte.

–Bien, no hace falta más.

Narciso, muy complaciente, quiso servirme un poco más de vodka, pero yo puse la palma de la mano sobre el vasito, y él se sirvió de nuevo.

Me fui tarareando.

Me habían entrado las prisas. Por medio de los corresponsales

de la United Press y sobre todo de los de la Agencia Latinoamericana, ya podía yo entrar y salir como Perico por su casa.

Pero al llegar a casa, me encontré con unas letras de Justo –cosa rara porque él no escribía creo que ni a su familia –y me decía que me invitaba a una memorable sesión pugilística en el Madison Square, que había querido invitarme el día anterior a un concierto del famoso Raphael pero no había podido dar conmigo, bueno, pues muy agradecido, el programa de boxeo le había servido para trazarme unas letras precipitadas y me unía la entrada pegada con un clip; lo que textualmente había escrito al borde del programa era: «Espero que no te aburras. Yo estaré a las nueve en punto en la puerta principal».

Sin embargo, yo decidí adelantar aquel mismo día el cerco de mi vigilancia, ya que el duelo de los célebres boxeadores sería justamente tres días después.

Una alegría extraña se apoderó de mí, y comencé a dar vueltas por mi habitación con el puño apretado, lanzando puñetazos al vacío y soltando palabrotas.

El por qué este cura orejón y cabrito me había citado en el Madison Square es un misterio como el sexo de los ángeles, y mientras paseaba por la puerta dando la cara a la llovizna, me decía: ex claustrado, ex comulgado, excura, exprofeso, ex Justo, esto, ex Justo.... Por fin, rápido, escurridizo, bocazas, tembloroso, perdonador, me puso la mano encima, mano

blanca, gordezuela, mano con pelos que se rizan, lechón en vinagre, manos de monja viuda.

–Perdona, chico –dijo y tirando de mí era como si me arrastrara hasta el ring, maldito Justo. Luego comenzamos a subir y a trepar, sube que sube, trepa que trepa, hasta que llegamos sin resuello a un mostrador y pidió:

–Una coca –dirigiéndose hacia mí–: ¿Te vale?

–No me vale.

–Toma entonces lo que quieras.

–Quisiera una horchata.

–¿De chufas?

–De ningún modo, una horchata de leche de burra.

–Estás enfadado, seguro.

–¿Yo enfadado, por qué tengo que estar enfadado?

–Pues toma algo, hombre, ni que fueras tú, con la cara que pones, el que va a salir a recibir sopapos.

–Hostias querrás decir.

–Lo que sea. –Y Justo encendió un pitillo y se puso a hacer caracolillos como si tal cosa.

Tomé una cerveza y Justo comenzó al instante a hablar muy

eufórico tratando de vencer los gritos de alrededor y las llamadas de los altavoces, que a veces parecía que lo que nos había congregado allí era para presenciar un concierto de música pop. –¿Te gusta el boxeo, que no te lo he preguntado?

–Me gustan los puñetazos pero de otro modo.

Justo recorría el soberbio coso o lo que sea bailoteando de gusto y miraba hacia todas partes, sobre todo hacia el ring iluminado, y era como si estuviera buscando algo o a alguien en aquel inmenso fondo negro donde las voces y las caras se hacían trapo y nieve, hongo y mondongo, gallinero y ratonera, sala de autopsia y pandemónium, carnaval y rito, y él no soltaba trapo, se fijaba en gente rara, los que leían algún papel y se lo pasaban, los que tiraban papeles al aire, y de vez en cuando se ponía tan cerca de mí que me volcaba todo su aliento cocaquinado, y me ponía el cigarrillo casi junto a la nariz y pronunciaba un inglés muy correcto, y yo decía que sí a todo, sin saber muy bien lo que decía ni se podía saber, y hubo un momento en que no sé a qué se refería, pero todo le parecía bien, requetebién, definitivamente bien, y de vez en cuando hacía alusión a las NU y también decía algo de aviones, formidable, y no sé por qué también insistía mucho en que lo mejor eran los barcos, que los barcos podían constituir una gran novedad. Era como si estuviera drogado.

Yo reía y lo dejaba hablar.

El ring, con las idas y venidas de gente de ese mundo, y fotógrafos, con sus luces que se apagaban de repente, con sus acólitos, su coro, su humareda, tenía algo de altar profano, y Justo

estaba pendiente del altar, o ring, como un loco y a mí me dejaba a mi arbitrio y hubo momentos en que no sé si me hablaba en latín o en griego o en ruso, o quién sabe si en esos idiomas bíblicos, del arameo, caldeo o egipcio –estaba como tronado– y su voz era muy convincente y jubilosa y decía que sí a todo con la cabeza y pataleaba de impaciencia mientras yo por dentro seguía echando maldiciones, es lo que le faltaba, la chifladura por el boxeo.

Se hizo por fin la penumbra un poco de silencio, y entonces le dio por hablar muy bajo, y dijo:

–*La cosa*, para que lo sepas, ha entrado en el mundo de los posibles. Digo que *la cosa* marcha.

–Enhorabuena.

–Sí, pero para pasar de la potencia al acto (como decíamos en la otra vida) hará falta algo más.

–¿Una fuerza externa, no?

–Algo así.

–No será el visto bueno de la Providencia divina –murmuré.

–No jodas, Jeremías –y me dio un exultante manotazo en la espalda, luego ordenó muy mandón–: Vamos a sentarnos de una vez.

–Pero, ¿es qué nos vamos a tragar entera toda esta *hostiada*?

–Ven, hombre, ven –y me empujó hacia los canalillos de los asientos.

¿Por qué protestaba la gente?, ¿a qué venía aquel ronco alarido general?; de pronto se hizo un silencio largo, tenso, penoso, dilatado, oscuro y el obsesionante cuadrilátero se convirtió en soledad de cepo absurdo donde los animalejos se buscaban en gresca feroz que a intervalos se convertía en algo como una danza primaria; nunca yo he podido con el boxeo, en cambio, Justo, mamando de la botella de coca-cola, algo así como la leche negra, la mala leche de la era de la tecnología, permanecía echado hacia adelante, como electrizado, moviendo el cuerpo como achuchando o evitando los puñetazos. Y el muy cabrón habría hablado desde el púlpito de los lirios del campo y de los pajarillos que el Padre Celestial mantiene con alpiste y mosquitos y gusanillos.

–Esta gentuza –se me escapó, ya irritado.

–No es para tanto, hombre.

–Luego no tendrán ni para buenos bistecs–, y como él no me hacía caso del todo, comenté–: Si por lo menos salieran ahí a romperse las narices quienes yo me sé...

–Ya me supongo los *rounds* que tú organizarías.

–Creo que no te lo imaginas del todo.

Seguía sin hablar de lo nuestro, excepto las vaguedades antedichas, y yo lo seguía dejando charrar, como dicen por mi tierra, pero si me había llamado sería para algo, o acaso estaba,

una vez más, fomentando mi exasperación, era como si intentara demostrarme que a él no sólo no le faltaba previsión sino que era muy dueño de sus nervios.

–No conocía yo en ti esta violencia –le dije.

–Huy, tú se ve que no me conoces –y apretó el puño como yo lo había apretado tantas veces pensando en él.

A alguien seguramente, con toda certeza, le estaban dando una buena tunda, y con toda probabilidad todas en el mismo sitio, de las mandíbulas o las cejas a las costillas.

De repente, se hizo el silencio, un instante nada menos ni nada más, y Justo abortó, quiero decir que soltó alguna prenda al menos.

–Oye, Justo, supongo que lo de U Thant está claro.

–¿Qué es lo que está claro?

–Ya se lo dije anoche a Narciso.

–¿Hablaste anoche con él?

–Claro que sí, ¿no te ha dicho nada?; te lo diré.

–¿Qué me diré?

–Con toda seguridad te lo explicará Narciso, punto por punto, porque él lo comprendió perfectamente.

De nuevo, el mar de las iras y de los desesperados delirios

chocó contra el acantilado de cemento o de corcho, de madera o de hierro y era seguro que algún cuerpo estaba recibiendo la pleamar de los exactos y tumbadores puñetazos, un calor de plexo batido taponaba las narices cada vez que algún vecino, negro o rubio, levantaba los brazos o movía el cuerpo, la jauría estaba azuzándose a sí misma, mientras abajo, en el cuadrilátero una toalla se movía como la bandera de un naufrago, y Justo, inalterable, seguía chupando de la pajita rosada, sacándole blancuras al hielo.

–¿Qué dices que te dijo Narciso? Supongo que te habló del cambio. Él supo entender maravillosamente las razones y hasta diríamos que se alegró.

–Cambio, ¿de qué?

–¡De qué va a ser! De pieza.

–¿Qué estás diciendo?

–Simplemente, que se ha cambiado el punto de mira y la persona, aunque no el objetivo.

–No entiendo.

–Sí, muchacho, que se ha cambiado de víctima.

–¿Y por qué no ha de ser el birmano?

-Está muy enfermo y a punto de cesar.

-Por eso mismo.

-No, hombre, no, se ha elegido una pieza mejor.

-¿Mejor que U Thant?

-Es posible que sí.

-No entiendo.

-Ya digo que te lo explicará Narciso.

-¿Y por qué coño se ha de cambiar el proyecto?

-Se cambia sólo de figura.

-No lo comprendo.

-Narciso tiene también sus ideas.

-¿Narciso, o tú?

-¿Yo?

-Siempre temí que el plan te hiciera fallar... -y lo miré fijamente para demostrarle que sólo él era el culpable.

-Te repito que cambiaré el enfoque pero no el tiro.

-Sigo sin entenderlo.

-Sí, hombre, está muy claro: U Thant quedará en la reserva

mientras se coloca en primera fila a otro elegido.

–¿Quién?

–Narciso te lo explicará todo detalladamente, él es el responsable total del plan.

–Narciso está en el limbo, en el limbooo –y remaché la palabra en sus oídos.

–Tú menos que ninguno puedes ser injusto con el jefe.

–Bien sabes tú que no es solamente con el jefe.

–Tampoco conmigo tienes derecho a ser injusto, pero cuando Narciso te hable estoy seguro de que tú aplaudirás la idea.

–Pero, ¿qué idea?

Un cuerpo cayó en medio del foso de la linterna de nuevo y después del griterío sordo del principio se espesó el silencio, y se veía una mano que subía y bajaba mientras la muchedumbre embrutecida chillaba uno, dos, tres, cuatro, cinco... y un cuerpo comenzaba a querer incorporarse.

–Ah ya, ahora caigo –se me ocurrió tantear y dije–: Probablemente habéis puesto en la lista al bizarro embajador de España.

–Frío, frío.

–A lo mejor se trata de la negra esa que es ahora presidente de la Asamblea General.

–Presidente, presidente... Pero tampoco. Estoy seguro de que si te dejara tú mismo llegarías al hallazgo del sujeto en cuestión, pero prefiero que te lo diga todo Narciso.

–Será el embajador de la dulce Francia.

–Ya te lo dirá él.

–O de la rubia y pérfida Albión, como dicen en España.

–¿Para qué seguir? Narciso te lo puntualizará todo.

Seguía la lucha en el ring. Podía tratarse de otra pareja de boxeadores o de los mismos, porque yo seguía ajeno sin querer mirar hacia el fondo como si fuera un niño, ahora parecían bailar desplazándose en círculos o en trayectorias alargadas, como un pasodoble, pero allí no había orquesta, solamente gritos de fiera humana.

Ahora me daba cuenta de que los boxeadores bailarines eran negros, parecían moscas el litigio dentro de un gran tarro de miel o bajo el fanal del queso.

Me dediqué a observar a Justo atentamente, pero callado, sin disimular mi enfado.

O no se había afeitado la barba o le estaba creciendo por

momentos, y a pesar de su talante de dejadez y humor, se podría decir que estaba enfermo, endolorido, viudo, sí, eso era, aún teniendo una mujercita rubia a mano, o precisamente por eso, Justo no sólo era un atormentado sino que seguía siendo un viudo, un viudo litúrgico que a falta de ornamentos tenía todo lo fúnebre en las manos y en los ojos, también en los labios, y acaso su viudez iba desde la barba al sexo pasando por el corazón.

Justo acostumbraba a decir, por lo menos al principio, que lo suyo no fue cosa del sexto ni del sexo, que la mujer no había formado arte ni parte en su liberación, sólo los fanáticos podían seguir llamándola deserción, que lo suyo había sido crisis, una auténtica crisis liberadora, crisis de fe y de pensamiento, una súbita rebeldía o un arrebató de luz verdadera en el cogollo del intelecto, algo así como si al levantarse una mañana de repente todo el articulado de los concilios desde los Toledanos hasta los Vaticanos se le hubieran caído encima como un armario viejo con la pata coja, había sido como una conversión al revés, pero el muy cerdo había tenido que esperar a consagrar hostias a capazos y no se había dado cuenta, por lo visto, hasta que una noche al acostarse, en vez de acordarse de la Virgen dudó si no sería mejor invocar a Buda, y luego en vez de acordarse del Evangelio llegó a la conclusión de que lo mejor era alternar la lectura de los teóricos marxistas con el desvirgamiento de las secretarías internacionales de las NU, y ahora probablemente era cuando había descubierto que existe el infierno, el infierno

de no tener más remedio que trabajar a destajo para recobrar el tiempo perdido y crearse una nueva identidad y así andaba entre Nietzsche y Proust, o sea entre un loco vital y un maricón desgastado por el onanismo.

Las dudas contra la fe de Justo y los suyos, es raro que los lleven a la plena herejía ni al marxismo activo y extremo, o sea, que siguen siendo conservacionistas para decirlo de una vez, siguen siendo los ventajistas aprovechados de siempre, un día con la llamada rigidez y otro con el relajo presente, lo cual demuestra que en realidad sus vidas siempre estuvieron urdidas por una apariencia de verdad pero en el fondo mentira descarada y pura, pura mentira.

Siempre la roca, lo impenetrable, el orgullo y el masoquismo, siempre el carbón de su sotana invisible entre su persona y la mía, siempre el mismo muro luctuoso y espantable y su sonrisa de conejo, siempre también la antena avisada de mi desconfianza puesta en alto como los cuernos de los insectos que advierten que podrán ser atrapados simplemente por pararse un segundo fatal.

–Cuídate –le dije para tratar de preocuparle.

–Ya me cuido lo que puedo, no más –dijo muy suficiente y en seguida repeliendo toda alarma–: Gracias, Jeremías, no podía esperar menos de ti, pero, ¿tú crees que estoy en peligro?

–En peligro yo creo que estamos todos.

–Tienes razón, pero no hay tampoco que exagerar, yo ya he tranquilizado a Narciso a este respecto.

-¿Y él qué ha dicho?

-Él tiene mucha confianza en mí. Tú, también, ¿no?

-Claro que sí.

-Él te lo explicará todo, en eso quedamos.

-Pero deberías adelantarme tú algo.

-Prefiero que lo haga él y así lo convinimos.

-¿Ah, sí?

¿No notaba mi cólera? ¿O es que siempre le gustó exacerbarla con su pretensión de liderazgo? Pero luego, a todos les pasa igual y todos terminan de la misma manera.

De una vez para siempre le diría cuatro cosas a Narciso, por si se dormía en la palmera de las complacencias.

De repugnancia o de celos no me atrevía a mirar a Justo de frente, cada vez lo entendía menos y no valía la pena esforzarse en ello. Además de cínico probablemente era también un traidor miserable, y los dos, él y Narciso, jugaban conmigo. Estaba yo encendido de rabia por dentro.

Había terminado la sesión boxística de triste recuerdo pero continuaban los gritos, los silbidos, los pitidos, las aclamaciones, las protestas, los insultos.

Me dio a mí por meterme con los americanos y Justo, muy en su punto equidistante, aclaró:

-No todo es derrotismo, descomposición, desintegración, explotación a nivel de la opulencia, capitalismo chupador como tú dices.

-¿No todo es eso?

-No, tienen también cierta disciplina cívica que a muchos pueblos les haría falta.

-Puro borreguismo, masa gregaria...

-Y qué me dices del sentido de organización en el trabajo, del espíritu de crítica sin desesperación...

-No capto.

-Será un imperio que se hunde, pero ellos se hundan al mismo tiempo que los demás...

-¿Por solidaridad?, a la fuerza y acaso por eso rocían con napalm a sangre fría los poblados de allá.

-Todos los imperios han tenido siempre algo de monstruosos.

-Esto ya lo entiendo más.

-Y las guerras siempre han sido las guerras.

-Y los americanos siempre serán los americanos.

-Eso sí...

-Total, que son casi los salvadores del mundo.

-No tanto.

-Pues lo parecen.

-Aunque si hubiera una fórmula para unir a rusos y americanos podría salir, yo pienso, algo más habitable, el místico Solzenitschin y el sibarita Capote fusionados, juntos el cristianismo de Berdiaeff y el ímpetu humano de Hemingway, ¿qué te parece?

-Quijoterías.

-Nada de eso, más bien realismo.

-Yo el realismo lo veo un poco más en China o no lo veo en ninguna parte, pero aparte de esto hasta que no quede títere con cabeza el mundo no comenzará a arreglarse.

Estábamos ya llegando a la salida del comfortable coso y de todas partes recibíamos empujones, codazos, pisotones...

Justo se paró con un negrón alto, esbelto y joven, con el pelo rizado, vestido con un jersey negro de cuello alto sobre cuyo pecho oscilaba una cadena con unos símbolos extraños.

Me despedí irritado; quién sabe, a lo mejor era otro prófugo del clero congolés o etíope o un perseguido de Mozambique.

Al día siguiente fui a ver a Narciso y lo encontré encerrado en

sus trece, seco, mascando un puro y casi me escupió tajante:

–Yo sé muy bien lo que me hago y por qué me lo hago.

–Los demás también tenemos derecho al menos a opinar –dije escocido. A lo que él replicó:

–Primero la disciplina y después opina todo lo que quieras. Era para mandarlo a la eme, mierda quiero decir, las medias tintas del pragmatismo consentido por el partido, su flexible adecuación a las circunstancias, me tenían decepcionado, era cosa ya de enrolarse en algo más expuesto, más difícil, más peligroso, jugárselo todo a una carta y que fuera una carta a todo evento, o deshacer de un manotazo aquella cuadrilla de miedosos engatusados por un impostor adormecido por los salmos, que habría dejado la Iglesia pero no el espíritu semítico de orgullo y de utilitarismo vicioso, y mientras tanto la organización dejaba pasar los meses entre infatuosas ilusiones e ineficacia, digamos que donde no hay riesgo no puede haber éxito, habría acaso que coger de nuevo el camino costoso de la aventura personal, exclusiva, subjetiva, más romántica, aunque estuviera dentro del anarquismo más desatado, porque ya estaba bien de compromisos diluidos y de planes esterilizantes, y todo por un cacicón cura o ex cura que a los treinta años había dejado de creer en la Iglesia, pero que seguía creyendo en sí mismo y en su filosofía del oportunismo.

Debería tener cara de inconformista, por cuanto Narciso dijo:

–¿Tú has perdido acaso la confianza en mí?

–En ti, todavía no... –y lo que iba a añadir que era, «no del

todo», me lo tragué.

–Entonces, de Justo sí que desconfías.

–Habla demasiado, palabras y palabras y además no termina de convencerme.

–¿Sólo eso? Ya te he dicho que lo ates corto, que lo tengas en remojo... tú sabes muy bien que cuando me convengo de algo, caiga quien caiga, la cosa queda donde debe quedar. ¿Sí o no?

–Sí, algunas veces fue así.

–A ti lo que te pasa, lo sé yo muy bien, es que tienes prisa, lo comprendo, pero respecto a Justo te diré algo que no sabes y es que alguna vez, muy callando, ha prestado algún servicio valioso que ha merecido aprobación de los de arriba. Algún día lo sabrás.

–¿No lo puedo saber ahora? Siempre andáis con secretos.

–Y no es una cosa, son varias ya las que ha hecho por la causa, y alguna ha tenido su repercusión y propaganda incluso allá lejos, en España.

–Pero lo que no sé es cómo ha podido cargarse la iniciativa del proyecto de secuestro de U Thant...

–Se ha cambiado el plan, y no todo por indicación suya ni mucho menos.

–Vosotros veréis –dije aburrido y contrariado– y sabréis lo que

os traéis entre manos, pero lo del rapto del Secretario General siempre se tuvo, no lo negarás, por un golpe maestro.

–Pero pudiera ser que no lo fuera.

–¿Por dificultades técnicas?

–No. Por otra clase de consideraciones, y tú eres el primero que debes saber que el birmano siempre viaja en aviones especiales.

–No siempre.

–Ya sé, ya sé, el Secretario General pudiera rentarnos otra clase de beneficios.

–¿Se descarta entonces de la operación «Z»?

–No se descarta del todo.

–Pero se deja para el año de la pera.

–Se ha antepuesto otro proyecto, eso es todo.

–¿Y cuál, si no es mucho preguntar?

–Siéntate cómodamente.

Y me senté frente a él en un sillón de cuero viejo que siempre me da ganas de dormir. Lo llamaron por teléfono y durante unos segundos pensé que fuera Justo, pero no era, era una conferencia desde Miami.

–Bueno es que lo sepas –prosiguió Narciso y ahora sonriéndome –la víctima elegida es el representante observador del Vaticano en las Naciones Unidas.

–Eso es idea suya, seguro.

–Te equivocas, Jeremías.

–¿Y por qué hemos de estar siempre descornándonos con la Iglesia? Dejemos que la Iglesia se hunda con todos sus filisteos, que ya bastante hundida está.

–No me dirás que no puede ser un golpe de efecto.

–¿Y se ha comprometido a eso?

–Está en ello totalmente.

–¿Y cuándo?

–Muy pronto.

–Lo que me fastidia –dije levantándome– es estar siempre en el terreno de los toros malos.

–Cuidado, no olvides que nosotros no somos el toro sino los toreros y elegimos, contando con la suerte, el lote y el terreno.

Comenzó a ponerse como en éxtasis triunfalista y se levantó hasta venir cerca de mí para echarme de nuevo el humo de un puro infecto, aunque no fuera esa su intención, pero Narciso expulsa el odio y concentra su felicidad a base del humo de sus grandes cigarros, luego entorna los ojos, achinándolos un poco,

tuerce el cuello indolentemente y se pone como a soñar.

–Te lo noto –dijo– y sé que ibas a decir algo. Dilo tranquilamente.

–Sí, que me gustaría dejar a los ensotados con chaqueta aparte y que hay diplomáticos, militares incluso, para dar golpes de efecto también.

–Nada, nada, pues aplícate a ver si das con una buena joya y entonces tuya será la gestión y tuyo el mérito también.

–Y mientras tanto resignadamente con los curas, ¿no?

–Mientras tanto tú sigue de cerca a la pieza que se te ha señalado y no te enrabies como un niño, que la revolución en cualquiera de sus formas es cosa de hombres.

Hice ademán de irme hasta la puerta y Narciso vino hasta mí y me puso la mano en el hombro. Luego me dijo:

–¿Ves? ¿Ves lo que pasa? No terminas de enterarte de que en mí tienes algo más que el... jefe.

–Tengo un camarada.

–Tú lo has dicho. –Y dulcificándome la purga me dio dos o tres pescozones amables.

Siempre tuve la prevención de que los curas son como la peste bubónica, pero de ahora en adelante en cuanto los huelo los escupiré, algo de eso ha adivinado el que viene a la cárcel, que

siempre pasa de largo cuando viene por aquí y tiene que rozarse conmigo, posiblemente ellos también huelen la tirria que yo siento, pero lo peor es que los curas se pegan como las lapas, le persiguen a uno como gatas en celo, y lo que es peor aún, que uno desearía que te arañaran cruelmente en vez de esas lamidas rasposas y untuosas al mismo tiempo que son como los erizos, como las ladillas, como las abejas bordes, que van a su roca, a los pliegues más íntimos, a sus rincones más buscados, a la teja preferida para el panal, así van ellos, así son ellos, sólo que en vez de dejarse la vida, como dicen, se llevan la sangre, sorbiendo hasta el líquido cefalorraquídeo de los demás, absorbiendo toda posibilidad de vida jugosa y auténtica.

Yo me salí medio contento porque hasta cierto punto había estado serio y desabrido con Narciso y no le había hecho ninguna nueva promesa de nada, además tenía su permiso explícito para olfatear en las Naciones Unidas donde quién sabe lo que se podía pescar, ahora me adhería a aquel muro brillante de las NU como una salamandra a la que no le fallan las ventosas y a ver, de nuevo, lo que surgía. Con Justo o sin Justo.

Las NU están montadas como el gran teatro del mundo, pero sin teología y en vez de la teología sacramental y de los mitos de la trascendencia aquí impera la teología de la seguridad ficticia del orden internacional, de los peligros de la contaminación, de la emancipación soberana de los pueblos, de la salvaguardia atómica, la teología del miedo, de la burla ordenada de la pobreza y de la infeliz educación de las clases siempre oprimidas.

Más que representación mística por un mundo mejor –la de

las NU es borrachera perpetua de retórica– aquí todo es ensayo, perenne y fugitivo ensayo, a veces ensayo general, a veces ensayo por partes de un Auto sin movimiento, allí, en realidad, todo tiende a congelar el mundo, a dejarlo como un fósil de caracola donde sólo se escuchan los brindis y las ovaciones de los Padres de la Patria Internacional.

Allí, en esa tramoya de insulsa didascalia, cada *quisque* cumple el papel que le asignan y responde automáticamente a su papel con los cables cifrados que le envían desde sus respectivos Ministerios, y el teatro sigue funcionando como un retablo mágico:

Vote «yes».

Absténgase.

Invite a comer tres días seguidos a Mr. J y a Mr. H.

No tome ni una copa con Mr. X.

Diga que NO sin más explicaciones.

Póngase enfermo durante una semana.

A veces hay otras consignas:

Improvisé un viaje.

Está dimitido y vuelva inmediatamente.

Diga que está esperando instrucciones de su Gobierno que está estudiando el asunto con todo interés.

Haga lo que crea más oportuno y conveniente, pero no se equivoque como en la sesión anterior.

Urgente: Vote lo que vote I.

Muy urgente: No vote lo que vote E.

Siga en todo a U.

Salimos próximo avión, urgentísimo.

*Véngase inmediatamente o deje que le envenenen
o muérase de una vez.*

Creemos que se está excediendo en gastos.

Ofrezca medallas y condecoraciones hasta diez.

Y otras muchas recomendaciones, pero lo de beber a caño suelto, joder a calzón quitado o puesto, rondar subastas orientales hasta esperar que caiga la ganga, frivolear por el Nueva York nocturno buscando la experiencia acaso inconfesable, excursionarse por los inefables suburbios o salir de relax o lo que fuera a las Bahamas o a las islas Hawái, todo eso no solía llegar en las instrucciones cifradas de los respectivos gobiernos, todo esto era más bien iniciativa propia y personal.

Las misiones diplomáticas establecen sus turnos o guardias para que nunca al embajador le pille en calzoncillos cualquier inesperado cambio, de todos modos, algún cable, un telefonazo, una intempestiva visita pueden alterar sustancialmente el guión trazado y se terminaron las visitas retozonas de media tarde, las noches de póquer, los viajes-relámpago a Chicago o Nueva Orleans y se terminaron, sobre todo, las cenas opíparas con un final de exhibiciones y numeritos *ad hoc*.

En realidad, si una embajadora elegante se acuesta con el chófer, si un canciller africano cuando viene a la Asamblea General se trae hasta su harén ocupando todo un piso de hotel multitudinario, si algunos oficiales del prestigioso organismo internacional parece como si cobraran derecho de pernada, si algún embajador hispánico monta una timba, y si todo el espionaje posible termina por donde comienza, esto es, en la cama, si las inefables *guías* llevaran un diario y si uno pudiera,

hoja a hoja, terminar con la alcachofa de las NU, todo eso pertenece al secreto íntimo y reservado de la vida de este inmenso tinglado que acaso para lo único que sirve es para que los pequeños parezcan grandes en los pasillos y en el bar, y para que los grandes, de vez en cuando, tengan que aguantar alguna impertinencia de «chúpate esa» con la más inalterable y diplomática serenidad.

Las NU son casi una delicia a nivel angélico y ya se sabe que todos los demonios que andan sueltos por las ídem o son rojos o de países dominados por los rojos, mientras que la infeliz USA –que tan poco agradecimiento encuentra últimamente en tantos países–, y todo lo que depende de la infortunada USA, bien se sabe que es azul o casi azul como azul es la bandera de la ONU, y el manto de la Santísima Virgen.

Los distinguidos delegados se pasean por las tablas o alfombras antes de comenzar la función dándose palmaditas, trasladando recados, atentos a la voz de los traspuntes de Secretaría, leyendo cada cual en silencio su papel, monologando, recitando el previo discurso a los demás y recitando por lo bajo en el teléfono o ante la cinta lo que luego será trueno o pedo oratorio.

En el centro del indescriptible foro, como si estuviera en alto el túmulo invisible de algún cadáver universal, se alza este soberbio altar laico, y los incontables pero ya conocidos oficiantes van y vienen entre dolientes y joviales, según sea la nacionalidad de los que se encuentran a tiro, y también el tema que se va a exhumar en la zarza misteriosa del semicírculo, debajo de cuyo suelo hay que imaginarse el intocable panteón

de los mártires de la paz, yo quiero la paz, tú quieres la paz, él quiere la paz, nosotros queremos la paz, vosotros queréis la paz, ellos quieren la paz, y es posible que en una delicada ánfora se conserve la lengua embalsamada de los apóstoles de la paz, el pico de oro de los misioneros de la paz, las innumerables, las mudas, las elocuentes, las sufridas víctimas de la paz.

Informes, textos de discursos, notas, comunicaciones, extractos, cartas, declaraciones, contestaciones, réplicas, felicitaciones, propuestas, más propuestas, resoluciones, más resoluciones, censuras, citas, testimonios, y los personajes–autores leen, se sientan, callan, cuchichean, se levantan de nuevo, salen, vuelven a entrar porque los llaman, sonrían ante las cámaras, se vuelven de espaldas, hacen como que están contentos, hacen como que están enfadados, murmuran por lo bajo con los secretarios, accionan como si estuvieran canturreando un ejercicio elemental de solfeo, envían recados, los devuelven, rebuscan afanosamente en las grandes carteras, no encuentran lo que buscan, siguen rebuscando entre carpetas, reciben telegramas, discuten, bostezan, se aburren, se impacientan, dormitan, roncan, piden la palabra... La verdad es que cada cual hace su papel lo mejor que puede: el polémico discute con su sombra y el aburrido aburre a su círculo en tres metros a la redonda, y como la reunión se retarda, se sigue demorando, los delegados se beben poco a poco el agua de sus jarras o hacen dibujos en las impecables cuartillas que tienen delante.

Las palabras sacrosantas: descolonización, seguridad, violación, tutela, peligro, pueblos libres, pueblos oprimidos, pueblos hambrientos, explotación, soberanía, integridad

territorial, libertad aérea y marítima, materias primas, economía mundial, derechos de la mujer, derechos de la juventud, derechos de la naturaleza, uso pacífico, energía atómica, polución, medio ambiente, refugiados, frontera, piratería aérea, secuestros, vida en el fondo del mar, incontaminación de la Luna, energía nuclear, los cuatro, los grandes, los veinticuatro, los ciento veintisiete, el control de natalidad, China, las dos, la mortalidad infantil, Jerusalén, el problema de la alimentación, las drogas, Gibraltar cada año, libertad de cultos y libertad de culo –puesto que también a las NU acuden los homosexuales y las lesbianas buscando protección para sus derechos–, arbitraje, ejército de la ONU, el desarrollo, viva el desarrollo, la India, Chipre, el Ulster, planificación, mucha planificación, cooperación técnica, derechos humanos, derecho al pataleo, derecho de veto y de voto, tercer mundo, territorios no autónomos, administración fiduciaria, fideicomiso, Corte Internacional de Justicia, aranceles aduaneros y comerciales, reconstrucción y fomento, la educación, la ciencia y la cultura, la agricultura de los países subdesarrollados, fondo monetario internacional, el hambre, algo sobre la infancia, un poco sobre la prostitución, presupuestos, (sí, señores, aquí por lo visto nadie paga, porque raro es el día en que no hay una comunicación sobre presupuestos), *apartheid* en inglés, que es peor, agresión y desarme, desarme y agresión, declaración de los aliados, declaración de los no alineados, Punta del Este, Premio Nobel de la Paz, elección de miembros, la apatridia, qué cosa, la cuestión del eterno Berlín, las enmiendas a la Carta –esto es muy importante–, la salud del Secretario General, importantísima, reclamaciones, quejas, denuncias, incidentes condenables, siempre la cuestión del procedimiento en medio, convención sobre la pesca en alta mar, naciones neutrales,

armisticio, los estatutos, el derecho de asilo o último asilo del derecho, la lucha revolucionaria, el mediador Gunnar Jarring, las Islas Viti, violación del espacio aéreo, protocolo adicional, la cuestión del Canal de Suez, guerra atómica evitable, más cuotas, Convenio para la represión y abolición de la trata de personas y de la explotación de la prostitución ajena, ingreso de Zambia, muchas estadísticas, cartografía, el Yemen, el Semen, el Sinaí, Sahara español, Cruz Roja Internacional, Privilegios e Inmunidades, Conferencia de San Francisco, siempre, Preámbulo de la Carta, Fuerzas de Emergencia de la ONU, Grupo y Viajes de Expertos, el Golfo de Tonkín, la Bahía de Cochinos, Islas Malvinas, la difícil situación en Angola y Mozambique, Determinación de todas las formas de discriminación racial, el Reglamento una y otra vez, Islas Caimán, Armas Bacteriológicas, Organización de la Aviación Civil y sus relaciones con la OIEA y la OMM (aquí estaba la madre del cordero), Fidel Castro como refugio de los secuestradores del espacio, la palabra «seguridad aérea» es el gran tabú y no deja de ser chusco que el Convenio Panamericano sobre Aviación Civil se elaborara en La Habana cuando a Fidel lo estaban destetando, y atención al gran pez gordo, grasiento, repelente, algo dicharachero del Observador Permanente de la Santa Sede en las Naciones Unidas...

Una tremenda borrachera de palabras, una borrachera hasta echar sobre el mármol del pavimento las propias entrañas y las ajenas...

Parece ser que el truco de la policía de USA es meter ahora agentes en los aviones, claro que disfrazados de lo que sea, incluso de sacerdotes católicos, protestantes, budistas.

Sería bueno un diálogo entre el epicúreo *monsignore* de las NU y los polizontes de servicio, «de vacaciones», «claro, de vacaciones», «hay que descansar de vez en cuando», «efectivamente, el arco no siempre puede estar tirante», «hace bien en soltar amarras», «vamos a la Navidad romana, que es una bendición», «sí que lo será», «oh, la bella Roma», «saludos al Papa», «se darán, se darán, terminarán dándose», y el cura pimpante y barrigudo se metería en el avión como un bólido de tocino goteando pringue, y repartiendo bendiciones como un mecano, él es así, muy campechano, locuaz, concesivo, tolerante y hasta gracioso y es que las sotanas o el talar ensotinado es lo que a 'mí más me friega, bueno, no estará mal que este cerdo lustroso se lleve el gran susto, un buen susto nada más, y que al pedir clemencia por él se pueda pedir a su vez que el Papa se dedique a sus concilios, sus encíclicas, sus homilias y pontificales y que se deje de peregrinar y de hacer la competencia a la Jacqueline de Onassis y que deje cerradas un rato ya las puertas del Vaticano a tanto personajillo que viene pidiendo la bendición u otra cosa, porque algo reparten allí, evidentemente, bulas para permanecer en los cargos, privilegios para no morir ante un tribunal del pueblo, una gracia especial para que las balas reboten milagrosamente sobre la gran pechera de los grandes dirigentes y allá van los que creen algo y los que creen menos y los que nada creen y todos a darnos luego el timo de la gran estampita, un pergamino con la bendición de Su Santidad y venga a seguir jodiendo al prójimo en nombre de San Pedro.

El odio de Justo a Roma me va pareciendo a mí algo fundado, algo de lo único que en él podía ser productivo, y es que estaba harto de mentiras y como estaba harto se dedicaba a urdir las más nuevas, pero todo eso habrá que verlo a la hora de la verdad o en la suerte de entrar a matar, como dicen los taurófilos o taurómacos.

Coincide con que no es una etapa de debates en las NU y aquello es como un gran casino, pero sin mesas de juego ni ventanillas de cambio. Me parece estar viendo todo aquello: al secretario congolés haciéndose una pajita en la cabina del teléfono, las telefonistas con el dedo loco cuando ven al negro tunecino, al que le cuelgan imaginativamente sus durezas de carámbano de cuero, los latosos e interminables periodistas sudamericanos anunciando por el cable el cambio de pareja, la esposa occidental que llega comida por los celos, los infinitos delegados dándose la mano de goma, apretando mucho y sin soltar y dejando una sensación extraña como de goma pegadiza, untuosa y compacta, y todos yendo y viniendo con sus grandes carteras repletas de papeles y facturas, los rutinarios funcionarios avanzando con la inercia indolente de la última comunicación llena de citas de resoluciones inválidas, los apáticos y convencionales policías arrastrando las llaves como alguacilillos amodorrados, los embajadores supervivientes de tantas crisis como si de su sonrisa dependiera la felicidad del mundo, y el barco sigue empotrado en el cemento y el cemento los ha hecho a todos duros como la piedra y el gran templo sigue

brillando a la orilla del río, entre montones de palabras vacuas, viendo como por las aguas arrastran hasta el mar un cementerio de cacharros inservibles como los buenos propósitos de los buenísimos comediantes y venga a llegar, también en peregrinación, toda la juventud de USA, a ver de cerca cómo se salva al planeta de sus guerras y sus plagas, y el circo sigue funcionando por la mañana, por la tarde y a veces sesiones extraordinarias de noche.

Mientras tanto, dentro de las llamadas misiones, todo es tertulia distraída, lectura del informe, corrección del informe, envío de los misteriosos despachos y para terminar una comida de trabajo, sin brindis, pero con nota de pago en varios idiomas. Cada misión es un delegado, casi siempre un experto en dialéctica, o un orador altisonante que pregona su fama de internacionalista después de estrujar la mano de varios secretarios introducidos como talentudos, incluso alguna vez, o muchas, una misión es una figura que podía ser eminente en la política de su nación si en tal nación dejaran hacer alguna clase de política, y que aquí se convierte en una figura que se duerme y se aburre por los pasillos ante la farfolla de tanta norma prohibitiva al pensamiento, y a la misión van llegando por turno los recomendados por el propio *currículum* o por la gracia impositiva del canciller de origen, muchachos que llegan con ilusión a veces y que volverán como gatos castrados, porque a menudo se da el caso de algún joven soñador, idealista, reformista en potencia, que llegan con cierto ímpetu de fabricantes de esquemas verdaderamente transformadores del mundo, pero que poco a poco se autoeliminan, dimiten de todo proyecto renovador hasta que, después de una etapa un poco solitaria y extraña, caen en la frivolidad del ambiente o son

devueltos como en secreto a su país de origen, unas veces convencidos de su impotencia, otras hasta medio locos.

No siempre llegan a la misión los premiados de cada país, sino los temidos estorbos u obstáculos que los gobiernos se van quitando de encima o de en medio, coronando de paso la vanidad o mermando la peligrosa influencia de sujetos que resultarían incómodos, dado el ascenso de sus talentos, y estos desplazados hacen tareas menudas y no se les asigna función de responsabilidad, y cuando se juntan varios de éstos y son fichados, rápidamente cada uno sale para otro destino ignoto, algún país raro y lejano.

Sin quererlo o queriéndolo, unos espían a otros y todos se espían despiadadamente, por eso es tan frecuente esa sonrisa como alelada y distante, una vez que pasaron los primeros furros y entusiasmos, una vez que calmaron entre todos las primeras impacencias nobles y generosas, y ya de una vez para siempre habrán perdido la ilusión en alguna empresa generosa y humana y ya de ahora en adelante divagarán por esos ámbitos dúctiles y maleables como figuras quebradizas, premeditadamente inofensivas, elegantes y displicentes.

Las NU producen mucha prensa y con unas cuantas veces que aparezca un nombre en los periódicos, aunque sólo sea retrasados, ya está consagrado el prohombre. Por lo general, las grandes figuras se muestran cansadas, de vuelta ya de todo propósito grande, sin fe ni confianza si no es en la nómina

segura, en las obligadas menciones de los grandes debates, todo lo que queda del brillo apagado de la mundología y una moral resistente a darse por saturados en los innumerables *cocktails*. Muy de tarde en tarde algún enfrentamiento personal, alguna rencilla nacionalista, algún compromiso en litigio, les afila un poco las uñas, pero de enseñarse los dientes no pasan a más explicaciones; ya no muerden, ya ni se quitan los zapatos para golpear la mesa, ya no gritan ni escupen abominaciones, todo lo más patalean un poco, tragan saliva con elegancia, ponen cara un tanto fiera a sus subordinados, se desahogan en largos informes a los Ministerios de Asuntos Exteriores, inventando sin invención el giro de una maniobra internacional que en realidad no existe, porque todos participan por igual del mismo aburrimiento, de la misma sosez, de la misma costumbre a la mentira amable y al deshonor honorificado.

En fin, los jóvenes mimados secretarios, las bien vestidas y llamativas secretarias, seguirán merodeando por tribunas y ángulos, escribiendo notas, llamando por teléfono, bebiendo un trago, mientras los grandes del foro seguirán recostados en los mullidos butacones aspirando el perfume de la gloria, de vez en cuando pasan los honrados y gentiles embajadores recién llegados y los otros harán como que van a levantarse, inclinando levemente la cabeza, lanzando la mano al aire como para apresar un pájaro, pero seguirán conmovedoramente ladeados para no descomponer la raya del pantalón mientras, enfrente mismo, verán cómo la embajadora recién acabada de desembarcar enseña el muslamen hasta justamente donde se hace el misterio nada fortuito.

El drama auténtico de los pueblos es una función más y aunque pongan cara de circunstancias por lo del Este y el Oeste, en realidad por lo que están afanados es por el camuflaje de intereses, lo que importa es la bolsa de las importaciones y las exportaciones, el confundido discreto de la valija, las querindongas o queritricas, el invento de invitaciones a las zonas más estremecidas que estremecedoras, la glorificación pedantesca del personaje de turno, y ya se sabe de antemano que todas las disputas, tensiones, violencias, terminarán en el ancho bar con los fraudulentos abrazos, las engañosas sonrisas y los consentimientos a todo.

Luego, pastillas para dormir, pastillas para poder joder o rezar, pastillas para recobrar la memoria o para perderla cautamente, pastillas para producir chistes intelectuales, pastillas para sentirse solo con toda naturalidad cuando por dentro se agitan ideas que serían anárquicas y explosivas si fueran descubiertas, pastillas para todo, para estar en forma a la hora de los enconos o las felicitaciones, pastillas para soportar el ostracismo con dignidad, y si no hay pastillas, brebajes sofisticados, para todo pastillas o alcohol, también para urdir una trama como la nuestra, pastillas o alcohol de por medio para todo, para solicitar un permiso, recomendar una condecoración, pedir una asignación extraordinaria, pastillas para extirparse un cuerno sin dolor, para sacarse una muela, para castrar a un hijo de puta, pastillas siempre con alcohol por delante o por detrás, para evitar el sueño o para traerlo, este sueño de Nueva York que es como montar un gran artilugio con los párpados cerrados.

Cuando los delegados van a intervenir en alguna sesión más vistosa que memorable, hacen acudir en tropel a sus esposas,

hermanas, hijos, hasta a los criados y a las doncellas, porque hay que llenar la sala de público, y en medio de la gran comilona final también abundarán los fotógrafos y hasta los *cameramen* que darán testimonio en el futuro de la trascendencia del acto, y el fotógrafo oficial incita a mirar de frente una y otra vez mientras una felicidad boba se derrama por los manteles.

El llamado público de la calle también puede asistir a los debates más reñidos y clamorosos, el gran *show* de las NU, pero es un público seleccionado dentro de lo confuso que resulta siempre seleccionar: jovencitas, monjas, viejos rabinos, pederastas, meritorios de universidades, policía secreta, ácratas reprimidos, viejas teósofas, gente de paso por Nueva York que es tanta y tan variopinta, y en medio de las butacas, con el trasero hacia el prodigioso escenario de los actuantes, están los guardias de vigilancia, dormidos de pie, remirando al más inocente, dispuestos a saltar como guardianes de sanatorio psiquiátrico sobre el primero que grite o alborote.

Hasta estos policías van con mucha ilusión creyendo que van a ver algo así como la lucha libre y se encuentran con una velada almibarada, donde la espada y el florete están recubiertos de goma o esparadrapo y cuando van a ver cómo triunfa la democracia en el mundo se encuentran con fieras enjauladas que se pisotean y se escupen, que allí todo es posible, la adulación, y el bocado en la oreja, la lisonja y el puñetazo en la bolsa del hígado, el guante perfumado, la insulsez, la crema, la mermelada, el temblequeante flan, la temblequeante mierda, el temblequeante helado. El público, ingenuo o cruel, espera el salmo o la sangre y por un lado o por el otro se desespera, abre la boca, y termina yéndose, entendiendo que no ha entendido

nada, sólo los muy pueblerinos dentro de la ingente USA pueden creer que en las más conflictivas ocasiones pueda ocurrir algo, pero no sucederá nunca nada, sólo un río de palabras, palabras que responden a palabras, palabras que preguntan a palabras, palabras que se muerden la cola.

Ahora, en esta temporada lo que está de moda y se agudiza en el gran coso es la cuestión del Oriente Medio, dominada por la inoperancia y por una histeria de belicismo, pacifismo, agresividad y conllevancia, todo calculado por los grandes pacifistas, los hipócritas pacifistas de turno, y por eso, enfrente de las NU siempre existirá –ahora mismo es posible que estén circulando en cuadrado los únicos que han conseguido la cuadratura del círculo– el círculo de los protestadores, que dan vueltas como toros amansados, mientras los guardias se mantienen en las esquinas sacudiendo el cencerro de los altavoces o afilando el huevo loco de las sirenas.

Ah, los guardias, estos pacientes guardias de las NU, ellos no entienden de dramas nacionales y la porra suena escuetamente igual en la espalda del judío que en la del árabe –para mí hay un momento en que judíos y árabes son casi la misma mierda, y acaso salvaría a los palestinos– y es que las porras de los guardias neoyorquinos ya están muy dobladas, porque han probado de todo, nazis, seminazis, homosexuales, curas de todas las religiones, lesbianas, mañosos, odiosos comunistas enemigos de la verdadera libertad, maestros, anticastristas, antifranquistas –a buenas horas, mangas verdes–, puertorriqueños de esto o de lo otro, sepultureros, que son los únicos que podían enterrar la podredumbre que nos come, estudiantes, militares retirados, actrices que se niegan a

aparecer desnudas, bomberos, vegetarianos, azafatas, maridos cornudos, seminaristas castrados, obreros de la construcción, empleados de la electricidad, porteros, antipolucionistas, desnudistas, carceleros incluso, liberales, demócratas, conservadores, cuando en este país lo que harían falta serían anarquistas, puros anarquistas, anarquistas generosos, soñadores de la anarquía total por un mundo emancipado universalmente, el caso es que en el chaflán de la ONU rebota, se contorsiona, es pisoteado, se levanta, sucumbe, como en una plataforma de protesta y de exhibición, toda la tozuda tontez del país más prepotente del globo, este país hecho para la lentitud, manías de mascar, inframundo que se muere sin decir ni pío, simplona perseverancia en pasear carteles, en dar vueltas como borricos en la noria, en preparar barrios de moridera o pudridero, esos hoteles continuados que los americanos visitan la víspera de estirar la pata, y otra vez los guardias de las NU, y los demás guardias en actitud de autorrespeto y humillación, que ya tienen necesidad de llamar a matones para que les sacudan las pulgas y les ayuden a dar golpes a nativos y extraños, pero sobre todo a los que vinieron de otras partes buscando el paraíso a la sombra de la antorcha de la libertad.

Sin embargo, aunque yo me irrito tanto, no me puedo quejar del todo, porque todavía canto y sobre todo escribo esto que estoy escribiendo, aunque no soy tan educado como ellos ni tengo siempre una salchicha de felicidad en la boca...

Pero me estoy perdiendo un poco, porque yo no estoy allí, ni estoy de vacaciones, sino que sigo aquí como un canario chiflado, canturreando lo mío que es lo de Narciso, lo de Justo y hasta lo de Fulgencio juntos.

Y sigo.

Justo, tan pronto notó mi presencia en seguida parece que olfateó mi cometido, pero no pareció inmutarse, quizá por dentro no estaba tan tranquilo como parecía, y yo recuerdo que una vez en la biblioteca, siempre tan solitaria, acercándose levemente como los pájaros nocturnos, me dijo:

–¿No ves lo miserablemente que perdemos el tiempo aquí?

–Espero que tú no lo pierdas del todo.

–Creo que no.

–No te veo muy dispuesto a renunciar a esto, que te parece tan malo.

–No creas, no sé si sabes que he tenido otras oportunidades mejores y podía estar en la UNESCO, en París.

–Eso te iría bien, pero tú no lo has querido.

–Esto ya lo conozco...

Seguíamos lo mismo, ni de manera indirecta se refería a su misión, pero yo he estado en todo momento firme en no soltar prenda, seguro que él lo esperaba, seguro que seguía esperando

alguna palabra mía sobre nuestro plan, pero como yo ya iba aprendiendo, permanecí seco como un cardo cambronero. Cuando ya se despedía le dije muy tranquilo:

–Acaso a Berta le fuera bien en París.

–Las mujeres nunca saben lo que quieren.

–Acaso en España... –dejé caer y el rostro de Justo se ensombreció hoscamente, pero en seguida reaccionó para decir: –Eso, lo último...

Entonces, yo muy amical, le dije adiós con la mano repetidas veces, y de nuevo se perdió meneando la cabeza con el gesto de quien entra en la sacristía sabiendo que algo importante le ha fallado ante los candelabros del altar.

Seguí bebiendo cerveza japonesa, haciéndome el inalterable, y por dentro me reía, aunque era como si tuviera una mariposa grande sobre los párpados.

En la vida para la gente del mundo podrá haber brutalidad y hasta crueldad, porque la vida es lucha y tiene que ser lucha y el mundo no entiende más que el principio del zarpazo, el que llega antes y es más fuerte se hace el dueño y en paz, pero esta gente como los curas que fueron y ya no lo son, pongo el caso de Justo, dan miedo, estremece pensar de lo que es capaz un tipo así que sonrío, pregunta candoroso y da palmaditas, horroriza

imaginarse todo lo tortuoso que puede resultar un personaje así de caliente y de frío a la vez, como los ofidios, blando y duro a la par como el pulpo.

Estos tipos ponen todo el celo que ponían antes en eso de la salvación de las almas, en saltar ahora de puesto en puesto a costa de quien sea, de lo que sea y como sea. Llegan tarde y quieren ganar el tiempo perdido.

Ahora andan en las NU enredados en la cuestión de Jerusalén, que si los judíos están haciendo un trasvase de religión y cultura y que si donde estaban los llamados santísimos lugares, parece que los israelitas van a poner piscinas, campos de deportes, casa idóneas de citas, sinagogas y museos judaicos con buenas bibliotecas y archivos.

Uno de los mandamases de la misión española conversaba un tanto sofocado con el cuitado observador de la Santa Sede y decía:

–Pues la nota del Gobierno español será enérgica, dura y contundente.

–Natural, natural –murmura el monseñor–. ¿Ha leído lo que ha publicado el *Osservatore Romano* sobre el tema?

–Claro que sí, pero España, como en otros casos de defensa de la justicia, se encuentra muy sola.

–Lo sé, lo sé muy bien.

Se acercaba al grupo un embajador árabe muy ingenioso, que siempre ha tratado inútilmente de seguir las reglas del humor inglés, pero adivinando la cuestión, sólo ha dicho:

–Pero si en España hay judíos desde la cabeza hasta los pies...
–Judíos *conversos* –ha replicado el monseñor.

–Y a medio convertir –agregó el árabe haciendo una extraña finta y acercándose a la barra.

El monseñor comentó: «Verdaderamente a estos árabes se les va toda la fuerza por la boca».

–Sí, efectivamente, mejor sería que supieran coger el fusil llegado el caso.

–Ahí le duele, ahí le duele...

A ver si ya de una vez entre judíos y árabes, limpian aquello de los santos lugares y quitan tantos vestigios de superstición y leyenda, eso sí que justificaría esta guerra santa entre las santísimas guerras a través de los siglos y no faltaba otra cosa sino que los judíos sigan excavando y den con los mismísimos huesos de Cristo, que ahora los japoneses creo que dicen que murió en una isla del Japón, rodeado de familia, de todos modos, los judíos tendrán que darse prisa en traernos a su esperado «mesías», ahora o nunca, porque ya está bien de profetas, y se les pasará el cordero que llevan asando durante siglos.

Y claro, en las Naciones Unidas, como en USA, quien manda es quien paga –y la que cobra– y los Estados Unidos son los que equilibran el presupuesto y sería de muy mal gusto plantear el tema del Vietnam o de Camboya o de Laos en su pura desnudez, y tampoco se vería con buenos ojos que se hablara del Pakistán o de la descarnada limpieza que los portugueses hacían en sus territorios de Mozambique y Angola, donde siguen existiendo seres tan absurdos como para pensar en la independencia y la libertad, «libertad para matar», claro que sí eso ha existido siempre, y en este tinglado de compromisos y bagatelas, los dramas de los pueblos y las miserias de las minorías lo único que producen es verbalismo y altos montones de folios escritos, y después de todo el pataleo, acusaciones, condenas, disculpas, torturas, escisiones, todo se remansa en dialéctica discursiva con muchas citas e interminables informes, y de ahí la contrata de votos, las dilaciones a las convocatorias, los viajes de los observadores, las llamadas reuniones secretas, textos estudiados partícula tras partícula, forman la gelatinosa *magma* de este volcán en apariencia caliente, pero en realidad frío como el espinazo del Polo.

Todo como un terremoto de comunicaciones al día, a la hora, prensa a todo pasto, sí, para que este alambicado cotarro de las NU sea más ameno, espectacular y delirante, funcionan agencias y corresponsales de todo el mundo, prensa especializada y no tan especializada, repartidores no siempre exultantes de la llamada convivencia internacional, agentes del peligro inminente que se cierne sobre la paz del mundo, honestos funcionarios que quieren que todo siga como va, que a nadie le amarga

recibir un sueldo a cambio de noticias casi siempre iguales, hasta el punto de que pueden repetirse sin que nadie se dé cuenta. Los periodistas, como es natural, tienen paso libre a las NU pero a las sesiones controversiales e importantes tienen que acudir con su *ticket* azul numerado y poniendo cara de circunstancias, la mayoría de ellos disponen de despachos funcionales –algo tristes para mi gusto–, con telex, tele y una pequeña biblioteca de boletines e informes, algún que otro libro más bien utilitario, sea *pomo* o no, diccionario de términos, y para que estén bien informados, todos los días hay conferencias de prensa, a veces más de una, en las que se dice todo lo que pende del tablero, que es prácticamente nada, pero siempre de las naderías como de las cerezas colgando se puede tirar y sacar acaso una nadería o una cereza más importante, a veces, también, para hacer las conferencias de prensa más interesantes se suele dar un cocktail, al que se acude por rutina, con poca curiosidad y mucha maledicencia.

Como ya dije, las Naciones Unidas son un catafalco y el muerto siempre es el mismo, o casi el mismo. Para mí todo consistía en ser visto y hacerme el visto y hacerlo todo con normalidad de consueto funcionario, pero en realidad, nadie sabía cuál era mi papel en las NU, aparte de verme siempre de la biblioteca al bar o a los servicios de prensa con papeles bajo el brazo. Ahora se habrán llevado el gran chasco y ya pueden seguir esperándome por allí.

Desde luego, conociendo de cerca al Secretario General de las NU, cuando contempla mustio y dobladito –desde su sillón al lado del Presidente– las sesiones más borrascosas, uno le pierde toda manía a este ser que lo mismo puede ser un místico extraño que un extraño cínico, pero lo que es cierto es que siempre permanece ensimismado, como adormilado, casi como disfrutando de sueños raros en una región paradisíaca, calladito como si tuviera conciencia pública del ridículo, y cualquiera al verlo podría decir que es un hombrecito santo con eterno sueño, enfermo de no dormir, doliente por el hambre del mundo, atravesado por todas las balas perdidas de todas las guerrillas tontas sueltas por la geografía del globo, y pudiera ser que el Secretario General estuviera enfermo de muchas cosas, comido por algún dolor extraño y a lo mejor un día se hace un harakiri o quién sabe si con su aspecto de monje budista exclaustro –también– a lo mejor no nos está dando el timo a todos y quién sabe si no va a todo, a pluma y a paja, y si no tiene un coro de efebos y sacerdotisas en sus ritos recónditos, el caso es que yo a veces, mirándolo en las sesiones, le perdía toda la manía, y aun ahora me acuerdo de él con un poco de piedad, porque a lo mejor estaba enfermo de no joder y de ayunar como un santo eremita.

Mi odio más bien se ha ido concentrando en el llamado representante de Su Santidad, al que nunca pude ver sin repugnancia y acaso Justo no estuvo desacertado en elegirlo aunque estuvo criminal en el resto, porque tipos gordezuelos como él, que saben mezclar en todo lo rimbombante y lo humilde, lo taciturno y lo afable, lo ingenioso y lo campechano, éstos sí que me dan cien patadas en cierto sitio, porque es una desvergüenza notoria y yo me río de la diplomacia vaticana que siempre elige personajes así, que parece que se afligen del dolor

ajeno y están muy lejos de los conflictos de su tiempo, y era obvio que lo que Roma había enviado para irrisión era un arcipreste de aldea, a lo mejor sobrino de un cardenal, gente resabiada, de estampa grandilocuente y de mucha dulzura, y acaso él se creyera un tipazo descomunal, con su gordura y su culo y sus tintes rubiales, pero con más astucia seguramente que los zorros del desierto, y nada daba más asco que verlo besar las manos de las señoras de los diplomáticos. Yo lo observaba fielmente y cuando se ponía a hablar daba a entender que iba a decir algo importante y luego salía con la clásica patochada romanesca, y de corro en corro iba repartiendo bromas, camuflando su indiferencia y cansancio de todo, prometiendo mundos mejores en cada pasillo. De todos los diplomáticos el que más usa la llamada Carta es él, se la sabía de memoria, y sólo en los preámbulos de la Carta se podía pasar un día entero, metiendo de vez en cuando, para asustar, lo de la revisión de la Carta, pero otras veces como chistoso que se creía, después de mucho hablar de esta enmienda o de la otra, de la autoridad y el poder, muy moderno, cuando todos estaban creyendo que iba a salir con algo revolucionario para la Carta, se chuleaba diciendo que él se estaba refiriendo a la Carta de San Pedro o a la de San Pablo a los de Éfeso, o a los Tesalonicenses, cualquier virguería de esas, y entonces todos en vez de mandarlo al carajo, se inclinaban respetuosamente y se rendían a su sapiencia bufonesca diciendo:

–¡Qué cosas tiene *monsignore!*

Justo tampoco lo podía tragar, seguramente porque proceden de la misma camada y se conocen a fondo, y en realidad Justo colgó la viuda sotana, yo creo, porque no se veía ascender en la

carrera clerical tanto como él soñaba.

–Terminará de nuncio en algún buen sitio –me decía Justo de vez en cuando.

–¿Te da envidia? –le preguntaba yo.

–Yo también hubiera llegado a obispo, por lo menos.

–¿Y estás arrepentido?

–Su doctorado es Derecho Canónico y esos cursos brillantes de Misionología, en el *Propaganda Fide*...

–¿Pero lo tuyo es más importante, no?

–No creas que licenciarse en Sagrada Escritura, doctorarse en Teología y Filosofía en la Gregoriana es grano de anís.

–Y todo eso para terminar no creyendo...

–Tú lo has dicho, pero acaso solamente estudiando todo eso a fondo se puede llegar a dudar de todo.

–Hasta de uno mismo, ya lo creo.

–No tanto.

–O sea que tú has desertado por raciocinio total y con conocimiento de causa.

–Yo no emplearía la palabra desertado. Yo lo único que he hecho es liberarme. Y soy feliz. ¿No ves que soy feliz?

-Eso parece. Pero, cómo esperaste al final, cuando ya estabas harto de tragar hostias.

-Sabes poco, como tantos, de lo que es tener valor humano y decisión, porque para hacer lo que yo he hecho hay que tener gran energía.

-Ya me figuro que metido dentro de las sotanas no debe de ser fácil salir y mucho menos dar el salto que tú has dado.

-Hay que tener muchos cojones, te lo digo yo. Y muchos me han seguido.

-No niego su mérito a la cosa.

-Si yo te digo que mi madre casi se murió del disgusto, y que el rector del seminario me maldijo o poco menos, y que el obispo me dijo que me esperaba algún tiempo y cuando yo le escribí definitivamente mandándolo al diablo dijo que sentía tentaciones de rasparme las manos...

-Todo eso debe de ser muy doloroso o muy cómico, no sé.

-No es cosa de bromas, Jeremías, y vamos a hablar de otra cosa.

-Hablemos de putas si quieres.

Una vez más el juego peligroso de tentar al propio diablo, el retorcer y estrujar un esqueleto y siempre con la tirantez que finge suavidades, pero con él era imposible de otro modo.

–Esa obsesión por lo sexual me fastidia, te lo digo en serio. No todo en una historia de éstas es cuestión de pito.

–Pero algo de pito tiene que haber siempre por medio.

–Eres un obseso por no decir un poseso del tema.

–Sí señor, yo soy y he sido siempre muy dueño de mi pito, lo que pasa es que no creo que lo use todo lo que debiera y uno también en esto ha cometido errores, tú como has empezado más tarde a lo mejor vas más derecho al asunto... –Calla, Jeremías, que ya está bien lo que está bien.

Siempre que se hablara más o menos de este tema, involuntariamente, Justo, aun intentando escaparse por los bordes, terminaba acudiendo al pito de alguna manera, para rascarse o para convencerse de que seguía en su sitio. Pienso que Justo en pleno Renacimiento hubiera sido un obispo acaso guerrero, politicón, con dos o tres amantes, hijos naturales y hasta hubiera publicado al final de su vida algún libro ejemplar sobre los estragos de la vida licenciosa de la Corte, quizás también hubiera concluido después de dejar a mucha gente en la calle haciendo la fundación de un hospital o asilo para recoger a las muchachas violadas, para que dieran a luz dentro del seno de la Iglesia...

De todos modos, yo intentaba achuchar el furor de Justo contra el *monsignore*, y al llamar al prelado romano tan refinado como hipócrita, sibarita, mangante, caradura, él se excitaba, pero había sido él quien lo había elegido como víctima y mi único deseo era que se produjera el escandaloso raptó. Y pronto, y si no cejaba en mostrarle siempre al alto eclesiástico en sus fases más teatrales, era para acelerar la acción, para que lo que

tuviera que suceder con el barrigudo mensajero del Vaticano, sucediera cuanto antes y de manera notoria e irreversible.

Todo no va a ser mala estrella en la vida y por eso yo tuve la suerte de encontrarme en aquel cementerio de vivos y vivales de la ONU con Susan.

Desde el primer momento vi que aquella muchacha podía dar juego, sobre todo para lo que a mí me interesaba más que nada en la vida, traviesa, menudilla, preguntona y silenciosa, desde el primer instante conmigo, repito, fue un hallazgo, y por ella, en medio de los desastres pasados desde hace unos meses, uno se mantiene en pie. Aunque la vi desde el primer momento dispuesta a sincerarse, yo no la apreté a ninguna clase de confesiones, simplemente coincidió conmigo en la antipatía y desprecio contra Justo, lo cual era muy importante, dado que estaba siempre muy cerca de él, pero yo supe disimular mi interés e incluso en los primeros encuentros con ella supe mostrarme indiferente y despreocupado.

A veces, todavía aquí dentro, me he preguntado en instantes de infelicidad y locura si debería fiarme de ella del todo, pero al amanecer siempre me respondo que ojalá me hubiera franqueado con ella un poco antes, y la verdad es que yo lo pasaba mal, porque el excura, con su untuosa zalamería, ese modo rijoso de mirarla, de protegerla, de sonreír, daba la impresión de que la tuviera metida en el bote, y entonces yo me aislaba estúpidamente.

Tardé en darme cuenta de que Susan podría ser no sólo mi salvación sino parte del éxito del proyecto «Z», ella lleva dentro el germen de ese sueño que nos hará siempre ser los renovadores de un mundo corrompido, Susan es áspera y suave como la sal, ligera y circulatoria como una nube, delicada y rotunda como la roca que sobresale entre las olas del mar, certera y eficaz como la pulpa de los dedos de los ciegos.

Nos atamos fieramente desde el primer beso. Por ella la cárcel es más cárcel y menos cárcel.

Hay que ver lo que debe de costar mantener este engorroso ejército de funcionarios y secretarias de las NU, miles de abejas y hasta de abejorros que han hecho colmena rumorosa y excitante, devoradora enloquecida en este edificio que parece por fuera la suma transparencia y que es por dentro una jaula de locos, expertos que nacieron con su coqueto maletín bajo el brazo, pulsadoras de letras multiparlantes de todo color y moral, livianos mariquitas que van y vienen cogiditos del brazo por los rincones, estólidos operadores de los *telex*, exóticas e impúberes guías o azafatas que dan al complejo llamado sede del pacifismo un aura de babélica algarabía, y también el perspicaz agente de la CIA, cómo no, a la caza de agentes o al descubrimiento de otros, va siempre de sala en sala dando apretones de manos rotundos, en las escaleras o en los pasillos, y todos los días igual, y así es cómo el caos se hace azul y las poltronas se van diluyendo en rosa, y todo es funcionalismo

híbrido, hasta que los chupamáquinas se reúnen en una comida extraordinaria y hacen un repaso de mandamases, pero todos contestos con el chequecito, y yo creo que no son gente menos capaz de entender, sean de los de arriba o de los de abajo, nuestra técnica de la violencia, esta propaganda por la acción, sea quien sea el interfecto, pero, lo repito, sin necesidad de llegar al crimen total, si puede evitarse, pero hay que hacer de vez en cuando cosas al menos para que la multitud de idiotas se familiaricen con la idea de la subversión total.

–Yo creo que tú serás de los que justifican los medios por el fin
–recuerdo haberle dicho a Justo por entonces.

–Según y cómo se aplique.

–No me salgas casuista como un teólogo de confesonario.

–Yo creo en la acción personal que nace de una conciencia común.

–Pero para eso aplicarás también vuestro famoso probabilismo. –Siempre estás dando en hierro y tú, por lo que veo, me entiendes muy poco...

Mi idea sí que era fija y clara, terminante, a toda aquella muchedumbre de burócratas ociosos de todo el mundo congregada en la ONU, pero a todos los seres comodones de la humanidad que no reaccionan ante nada, había que imantados por el terror, y cuanto más sagrada e intocable la víctima, mucho más contundente sería el golpe de propaganda y ya sabía yo que a muchos el tal raptó les parecería una insensatez, pero aun así no había otro remedio, y ellos mismos a la larga se convertirían en

cantores de la nueva épica revolucionaria, porque, que yo sepa, no hay otro método.

Las NU podrían ser para mí un centro odioso, a pesar de que hablaban tanto de su inquietud por el Tercer Mundo, pero para nosotros podía ser el sitio ideal para un impacto gigante, no había más que recorrer la diversidad de despachos y proclamas, para darse cuenta de la onda expansiva que habría de tener nuestra acción. En las paredes de las oficinas, entre exóticas macetas y chucherías–recordatorios de todo el mundo, junto a los peregrinos almanaques, casi siempre se funden, según las tendencias, las fotos más contradictorias; Paulo VI, Lenin, John F. Kennedy, Gandhi, Lumumba, Fidel Castro, algún que otro Nixon grotesco con sus narizotas, muchos Mao, Bernardote con su cara de tonto, Hammarskjöld, con su cara de listo –o al revés–, Golda Meir en abundancia, Luther King, incontables Che Guevara, tendido y recién cazado, con su cara de Cristo, fumándose un habano fenomenal, disparando un rifle; Ho Chi Ming, Juan XXIII, Kruschev, De Gaulle, la reina Isabel, Nasser entre masas, Trudeau entre muchachitas y muchachitos, Churchill, Cassius Clay largando un derechazo, Armstrong –el de la Luna–, Armstrong –el de la trompeta– Brigitte Bardot, Truman en pijama, Pelé, el loco pacífico de Wallace, Frank Sinatra, Raquel Welch, Robert F. Kennedy, tendido en el suelo con el balazo en la cabeza, jugando con su perrito en la espuma de la playa, de rodillas en la tumba de su hermano; Roosevelt en su carrito, Picasso en bañador retocando un muslo joven en vivo, Charlot, el de siempre; Dayan con su ojo fúnebre; pero no son sólo fotografías sino composiciones más o menos burlescas que satirizan como pueden la Organización, porque también abunda la mezcla de fotos con monumentos a los sucesos más

caprichosos, lo que da idea de que en la ONU como aquí, hay mucho tiempo libre y así veíamos Hiroshima desolada y arrasada, la derrota de Pearl Harbour, el corte de la zafra en Cuba, jóvenes húngaros ante los tanques rusos, los encierros de San Fermín, el Canal de Suez paralizado, concentración de *hippies* en San Francisco, el árbol de Guernica, la masacre de Milay, el parlamento inglés en ceremonia solemne, Manson y sus «satánicas» muchachas, una fábrica de Panetones en Milán, el Tribunal de Nuremberg, el Canal de Panamá y al fondo la bandera de las estrellas, desfile de grandes misiles en la Plaza Roja de Moscú, pasajeros de aviones americanos raptados en pleno desierto y aviones convertidos en ceniza y chatarra, campos de refugiados palestinos, el pintor Mendoza con el cuchillo en alto tratando de cargarse al Papa en Manila, U Thant y Paulo VI en las Naciones Unidas en el abrazo de la paz universal, grandiosa manifestación de chilenos celebrando la victoria de Allende, el Águila Calva de los Estados Unidos, Sirhan anunciando en la cárcel de los Ángeles la huelga de hambre, Ángela Davis entre una escolta de policías, el jesuita Berrigan y otros católicos conspiradores contra la seguridad del asesorísimo Kissinger, el mago de la paz, el coche del senador Edward Kennedy bajo el puente de Chappa-quiddick con una foto orlada de la supersecretaria Mary Jo Kopechne, Rod Laver devolviendo una pelota inverosímilmente difícil, Frazier, abollando la mandíbula de Mohameh Ali, el teniente Calley sepultado entre telegramas de felicitación, Paulo VI de nuevo entre las masas campesinas y famélicas de Colombia, Hemingway encima de un león muerto en África o cualquier otro sitio, el presidente Nixon metiéndose un dedo en la nariz, el presidente Nixon apretando los puños en un discurso de paz, el presidente Nixon sonriendo dulcemente a Patricia, el presidente

Nixon cayéndose en la escalerilla de un avión, Goldberg con la boca llena en un banquete, el vicepresidente Agnew metiendo delicadamente la pelotita en el agujero, Gunnar Jarring dormido plácidamente en una sesión del Consejo de Seguridad, el reverendo Abibernaty otra vez en la cárcel, los vecinos de Harlem matando ratas, la catedral de Burgos y los retratos de los vascos condenados a muerte, la marcha de los pobres del Sur hacia Washington con sus carros tirados por mulas llegando al Potomac, una escena pretendidamente erótica de «Calcuta» con montones de carne no se sabe si de hombres o mujeres, nubes de *pollution* rodeando el brillante edificio de las Naciones Unidas, el primer trasplante de corazón a lo vivo, encapuchados del Ku-Klux-Klan alrededor de una cruz ardiente, un grupo de monjas que se unen al Movimiento de Liberación de la Mujer, la silla eléctrica con todo detalle, victoria de los Mets, ejecución de un vietcong por el jefe de la policía de Saigón, Wall Street en un día de furia por la indecisa suerte del dólar, hambre en Biafra, sacerdotes jóvenes americanos que piden la abolición del celibato, un barrio de prostitución en Chicago, Chou en Lay en oración o durmiendo la siesta, el Cordobés arrodillado en el suelo intentando descabellar un toro, Eugene McCarthy recitando una poesía, el embajador judío Tekoah fumando en pipa, el embajador USA en las Naciones Unidas jugando al ping-pong con Jack Howard, miembro del equipo que jugó en Pekín con los chinos con un rendimiento político verdaderamente lamentable aunque la diplomacia del ping-pong haya sido ya contabilizable para los americanos, etcétera, y entre este etcétera muchas fotos de la Conferencia de San Francisco.

Algún día, cansado y aburrido de llenar fichas, me subía al comedor y me gustaba coger mi plato de *tripas* –en España los llamamos callos– y un vaso de vino californiano y me ponía de cara al East River para ver cómo desfilaban las cargadas gabarras entre las brumas desflecadas.

Costaba trabajo distinguir al otro lado del río turbio y plumizo las coloreadas chimeneas –azules, rojas, redondas o cuadradas– de las fábricas, las fundiciones y los almacenes de enfrente. Era difícil también divisar edificios habitables e incluso algo de arboleda en la orilla, todo se hacía brumoso, incierto. Cerca de nuestra orilla las gaviotas iban y venían entre grúas y chimeneas, a ratos un rayo de sol o más bien de luz extraña dejaba ver la línea fantasmagórica de los puentes a uno y otro lado y alguna casa cobraba una viveza extraña de pronto en el conjunto gris.

Seguían pasando gabarras con carbón, con cemento, con arena, maderos, o barras de hierro, y seguía desfilando la gran riada de objetos flotantes que algunas veces hasta parecían seres ahogados.

A mi lado comían secretarias, guardias, maniáticos funcionarios que leían algo y hablaban o se reían solos, inmóviles empleadas con aire fúnebre, cansado, aburrido.

Sin poderlo evitar seguía una y otra vez pensando en Justo, mi compañero de empresa por mueca del destino, y cada vez lo veía menos idealista, menos revolucionario, este tipo entrometido que rechazaba pero hasta cierto punto me dominaba, y me decía a mí mismo de modo insistente: «No hay más remedio

que cogerlo en alguna mentira, tendré que pillarlo en alguna traición o engaño, esto tiene que ser fácil, tiene que ser posible», y fue esta curiosidad –quién me lo iba a decir– la que me llevó hasta Susan.

Uno de aquellos días hice por encontrármela en el ascensor y de súbito le dije:

–Te encuentro algo alicaída.

–Será el viento del otoño –respondió irónica.

–Es que Justo debe de ser muy tirano como jefe.

–No creas, a ratos es divertido.

–¿Ah, sí?

–Se ve que le conoces poco.

–A mí me parece un poco raro.

–Está siempre muy ocupado, aparte de las cosas que tiene le echan encima muchas más cargas –y fue como el destello mínimo pero suficiente que pudiera indicarme que ella estaba en el secreto, no en el nuestro, pero de un secreto en el que yo entraba de alguna manera.

Aquello me perturbó, y de nuevo decidí que no era cosa de confiarse, pero cuando al despedirme le puse la mano en la nuca y le hice una imprudente caricia, ella no se rebeló, al menos no se zafó violentamente ni me miró con rabia, y entonces como

condolido, le dije:

–Perdona, criatura, tú no perteneces al mundo real.

–¿Te parezco un espíritu aparecido?

Hubiera querido ya besarla fuertemente.

La negra del ascensor nos creía locos amigos juguetones, y se reía como una loca más, con esa bondad vergonzante que tienen siempre los negros.

De todos modos, lo importante era poder ir a la oficina y hasta al despacho de Justo cuando supiera positivamente que Justo no estaba, con el pretexto de verla a ella. La primera visita fue rápida pero orientadora; la señora del fondo, con su sombrero de florecitas puesto hasta para escribir a máquina, y levantándose a cada rato para coger el teléfono o cuidar sus macetas, no me miró como a un extraño sino más bien con cierta confianza, notó que mi inglés no era perfecto y supo celebrarlo sin herirme; al otro extremo, un tipo pelado al cero escribía como un autómatas sin conceder la mínima importancia a mi presencia.

Susan tenía papeles, demasiados papeles sobre su mesa.

Sin embargo, había que cuidarse de varios tipos.

Aquella especie de mensajero de cabeza gorda del despacho del observador del Vaticano, era para preocupar a cualquiera, parecía un infeliz, pero era algo más, tenía algo de confidente, policía a medias, servidor semimarica, alguien al que no le funcionaban bien evidentemente los cojones, como a Susan le

funcionaban bien los ovarios de todas todas.

Aquel tipo rapado, nervioso, preguntón, de ojos afilados, que parecía un corredor de mercancías secretas, que lo mismo hablaba con los camareros que con las guías como si llevara un mensaje especial para todos y que por ausencias ultrarrápidas yo presumí que padecía de colitis intermitente, siempre de carreras y de carrerillas, me preocupaba.

–Pero a ése, ¿qué le pasa? –pregunté a Susan.

–No sé –dijo y como si agregara alguna explicación suficientemente aclaratoria, añadió–; es italiano.

Probablemente el ser más normal de esta especie de vagón corrido de lujo, era la vieja del rincón, un frutero, un floripondio, un racimo de flores y de frutos siempre en montera, abeja quieta que no levantaba la cabecita del panal de sus papelorios, gusanillo inquieto que, aun hablando por teléfono, sonreía, se doblaba, hasta que cumplida su pasajera y volante misión se quedaba quieta frente al ancho ventanal, inefablemente, dulcemente feliz. Alguna vez en el ascensor o en la escalerilla al verme, decía:

–Su amigo le llamaba por teléfono.

–Gracias, gracias –respondía yo.

¿Qué hacía, en qué se ocupaba esta vieja siempre emperifollada que a ratos metía la cabeza debajo de la mesa y mascaba o escupía algo? Un día le dije a Justo, hablando de ella: «Parece un hada; pobrecilla –me respondió–, está totalmente loquita, pero

es completamente inofensiva».

Yo creo que la viejecita coronada de flores vivía sólo de pastelitos y zumos y debía de comer menos que un pájaro.

A veces, las cartas de Justo, seguramente para estar segura de que salían, en vez de tirarlas como Susan y los demás por la misteriosa trampilla de cristal, las bajaba ella misma hasta el sótano donde estaba correos y las dejaba personalmente en la mano del funcionario.

Un día quise congraciarme con ella y le llevé una pequeña maceta con un cacto extraño y ella me lo agradeció con lágrimas en los ojos, pero no la tenía nunca a la vista, a veces cuando yo asomaba la cabeza por el despacho, la viejecita loca abría un armario metálico y me levantaba en alto la macetita como una ofrenda.

Durante aquella temporada de idas y venidas entre trabajo metódico y ocio funcional, mi expectación iba creciendo pero disimulaba cuanto podía hasta que un día, oh feliz entre los felices días de mi existencia, Susan me invitó a su departamento.

–¿Irá el jefe? –le pregunté.

–Ni hablar –respondió con cierta cómplice sequedad.

Aquella reunión, aunque fue para mí algo todavía no resuelto

del todo, me inundó de dicha, a pesar de que en realidad no logré enterarme realmente de nada o de casi nada de lo que allí ocurría o podía ocurrir; era como si, de entrada, me hubieran dado un bebedizo trastornador, me había presentado con una botella de vodka como contribución a la *party* o lo que fuera, y el primer susto me lo dio el italiano de las carrerillas imparables al *lavatory*, primero, porque me lo encontré disfrazado con un kimono japonés de colores malvas y amarillos y segundo porque tenía a su lado a otro maricón, más grande de cuerpo, que casi lo estaba besuqueando en un rincón mientras le hablaba de libros, y no se sabía si no había comenzado todavía la función o estaban ya un poco fatigados de efusión cariñosa, porque el que yo llamo italiano –a lo mejor era griego– estaba defendiendo el derecho al sacramento entre los seres que se quisieran, fueran hombres entre sí o mujeres, o mezclados. A Susan la vi cruzar un instante mientras preparaba cosas y me sonrió malévolamente. Al principio me pareció todo aquello una broma combinada para sorprender a incautos, y sentí cierta tensión y deseo de sacudirme todo aquello de mala manera y rápido, pero cuando estaba pensando todo esto la cosa cambió de tono, mientras yo examinaba distraídamente los dibujos y extraños cartones que Susan tiene en su apartamento, cosas de mucho gusto por cierto, al menos para mí, y como me vio nervioso y a punto de irme, ella vino en seguida y me indicó un gran sillón y me hizo sentarme y ella se colocó arrodillada al lado con su vaporoso vestido semiabierto, una especie de esterilla entre lechosa y plateada, que talmente parecía una mariposa, y luego tan campante se sentó en mis rodillas, fue algo impensado para mí y mi reacción fue abrirme de piernas (perdón), con lo cual ella cayó al suelo con delirio total de la concurrencia, y digo

concurrentia, porque aunque yo no me había enterado, allí habían entrado o salían desde cualquier sitio, mucha más gente, medio disfrazada o disfrazada del todo, y yo seguía creyendo que ya en el primer trago me habían puesto una buena dosis de algo indefinible, pero con sustancia óptima para un drogadicto incipiente, algo raro pasaba allí, y cuando Susan se levantó del suelo yo la besé a lo bestia y atronaron las risas y después siguió un susurreo leve, como si fuera convencional, pero que a mí me molestó un poco, porque yo no estaba, no estoy ya, para fiestas de burgueses internacionalizados por la memez.

Mi intención era tener algún rato aparte con Susan, pero esto no podía ser, porque ella se escapaba, se perdía, se desvanecía, mientras quien me seguía a todo gas era un gordinflón rojizo, con el pelo cortado al rape, que llevaba un conejito al hombro, al que le daba unas hojitas de no sé qué y el bicho las trituraba con una prisa, una alegría y un lengüeteo suave que estremecía con sofocado regocijo a las *females* de la reunión, pero hablar de *females* quizás no sea lo adecuado, lo que sí es adecuado es aclarar que los que se estaban volviendo locos eran los *males*, de los que no se podía estar seguro, de esto sí que me di cuenta desde el primer momento.

¿Y por qué yo estoy aquí?, me preguntaba, pero me lo he preguntado ya tantas veces en la vida y, ahora mismo, me lo tengo que preguntar: por qué estoy aquí, por qué estaré aquí, y hasta cuándo.

Por descontado que allí había que andarse con pies de plomo, y lo más importante era que en un momento determinado las manos pudieran ser de acero, en algún cuarto vecino se oían

cuchicheos y risas y vi que alguien envuelto en una colcha o mantel verde se paseaba por el pasillo con un extraño farol en la mano. Susan no era la misma, andaba como sonámbula, como no enterándose de lo que le decían, diciendo que sí a todo con la cabeza, sentándose en el suelo, levantándose al instante, y una vez que desapareció por un largo rato, fui por el pasillo y la descubrí tumbada en su cama, hablando por teléfono. Sólo pude oír. –Sí, sí, te digo que está aquí.

Podía no tratarse de mí, pero a mí me entró cierto recelo, la esperé dando vueltas entre las botellas y viandas de la cocina con mi vaso en la mano; cuando se me agotaba el líquido, me servía yo mismo en la mesa donde estaban las botellas, fumaba en solitario mientras algunas parejas bailoteaban sin moverse de un palmo de suelo, y seguí esperando a Susan.

Cuando volvió la besé, la besé el pelo, la oreja, el cuello, ella esperaba más, pero yo supe contenerme, no sentía por ella ni pasión ni tampoco rabia sino una mezcla de ambas cosas, más bien curiosidad y el deseo de que ella se confiara a mí por lo menos un poco, pero como había presentido, era una mujercita con mucha recámara, y con más astucia de la que expresaba su carita de inocencia.

Una de las muchachas de la tertulia era una catalana mandona y desabrida que llevaba un trocito de esparadrapo en la nariz y muy pronto supe que era producto del zarpazo de su novio, más bien su chulo, un colombiano borrachín y pendenciero, aunque debería decir *pendejo*, que parece ser que es el término nacional y que dos o tres veces se me acercó para decirme: –Nos aburrimos, ¿eh?

–No crea –replicaba yo.

–No diga que no –insistía–; su aburridera es grande.

Y el tonto del colombiano no se daba cuenta de que la catalana, muy puta, me estaba clavando las uñas en la palma de la mano de un modo más lascivo que fiero.

De vez en cuando alguien se perdía por los cuartos próximos. También Susan se me acercó, como preocupada, diciéndome: –Te estás aburriendo.

–Te digo que no –le respondí mientras la seguía.

Ahora estaba mirándose en el espejo de su habitación y yo la abracé por detrás brutalmente, hasta casi traspasarla, ella respiraba anhelosamente y no se resistió.

Llegó más gente, más disfrazados y medio disfrazados, y ella se fue a hacer los cumplidos, pero me dejó puesto en la boca su cigarrillo de marihuana y para aislarme más me tumbé como un señor en su cama; al rato vino, y me puso un vaso en la mano diciendo:

–Ya te veo más animado.

Algo fuertemente obsceno comenzaba a suceder por todos los rincones, pero yo seguía tumbado mirando el farolito absurdo que ahora colgaba en el pasillo, y aquel pequeño monstruo iluminaba la alcoba de soltera, casada o viuda de Susan con una lengua de luz que hacía todo más voluptuoso, y todo daba igual, y en cierto modo me sentía feliz, el paso dado podía conducirme

a algo más que al *relajo*, como diría el colombiano, había dejado de sentir miedo, el miedo raro del principio, y estaba preparado para todo hasta para encontrarme con Justo con una capucha encima, todo era para mí ya lo mismo, dejar pasar el tiempo, seguir fumando y bebiendo, lo que me diera ella era mi decisión, una decisión que me hacía sonreír y hablar conmigo mismo con palabras de bienandanza, mientras continuaba por todos lados la lúbrica mezcla; mejor, que se mordieran, que hicieran lo que quisiera ellos o ellas, yo era una isla flotante, un astro que se escapa de su órbita, un silencioso trueno de luz que desciende lentamente a lo profundo de la tierra o del espacio, un blandísimo globo ascendiendo o descendiendo, no podía saberse.

¿Cuánto tiempo pasó desde el cigarrillo inicial, a los últimos brebajes aquellos? Al principio me había preocupado hasta de mi ropa y mis papeles, pero después todo lo fui dando por cosa volatilizada y superflua, aunque no había perdido ni mucho menos mi olfato, por no decir la conciencia y a intervalos pude ver los libros de Susan, preferencia por lo erótico, incluido el tema lesbianas, y hasta una colección de fotos, no postales, inmostrables supongo, pero en ninguna estaba ella.

–Tienes que comer algo –dijo Susan y me ordenó–: Levántate.

–Estoy bien aquí –contestaba yo.

Al rato vino y me fue poniendo unas cosas increíbles en la boca y yo las tragaba dócilmente y de vez en cuando, como si yo fuera una parturienta, entraba alguien, una voz de mujer, de marica o de hombre, y preguntaban muy interesados: –¿Cómo está?

¿Cómo se anda? ¿Qué tal?

En uno de aquellos paréntesis recuerdo que abrí como un ladronzuelo el cajón de la mesilla de Susan y dentro de un sobre recio de «NACIONES UNIDAS» vi que había algo, y la gran sorpresa de las sorpresas, era el pasaporte de Justo y su aborrecible familia, la cursi de Berta y las tres niñitas en fila con tirabuzones rubios.

Aquello me puso en pie de un tirón, fue como un latigazo que me hizo volver a la realidad, pero cuando me estaba incorporando apareció Susan y me puso suavemente la mano en la frente mientras con la otra me iba acariciando cuerpo abajo..., el silencio se fue haciendo denso en la casa mientras por las rejillas de la persiana iba viendo esclarecerse levemente el cortinón del cielo.

Cuando me desperté Susan no estaba allí, pero en la misma cama, mirándome fijamente, había un niño blanco y cabezote, un niño con pinta de anormal o por lo menos de enfermo, un niño gordote que parecía gotear leche y miel, y en seguida tuve que convencerme de que era caca, y yo delicadamente le puse la sabanilla ante los ojos y él se quedó quieto como un queso.

«Jeremías, Jeremías, que no sabes dónde te has metido» me dije y no sabía si continuar mi siesta o tirar aquel bulto pegajoso y atrofiado sobre el césped del edificio.

El tema de los *hijacking*, después de una temporada breve de enfriamiento, volvió a tener algunos golpes tan descaradamente significativos y cómicos que ya en las Naciones Unidas llegaron a ser preocupación capital y también en la Organización de Estados Americanos, esa organización estólida y retórica que comenzaba a dar, como siempre, palos de ciego. Era, al menos para mí, el momento deseado, pero yo por aquellos días me mantenía firme en no preguntar nada a Justo, ni mucho menos en acudir a Narciso en busca de noticias, yo continuaba yendo puntualmente a la biblioteca de las NU y de vez en cuando hacía alguna que otra consulta a alguna que otra secretaria despistada y sólo por despistar, y en todas partes me daban papeles, muchos papeles y promesas de más papeles, sobre España en todas partes tenían un lenguaje en privado y otro en público, un lenguaje sobre la guerra y otro para el momento actual, y causaba risa más que irritación ver lo que quedaba de un pretendido heroísmo que se había ido camuflando en funcionalismo aséptico y crematístico.

Era natural que Justo tuviera la mosca en la oreja, y hasta en la punta de la nariz; o yo me equivocaba mucho o él no sabía nada de mis accesos a Susan o disimulaba como una fiera del desierto, pero decidí hacerme el loco como si yo mismo hubiera perdido todo interés en el proyectado secuestro.

Mucho se hablaba de acciones unificadas sobre la piratería aérea en los periódicos, pero sin concretar, y no era nada fácil que se pusieran de acuerdo para la pretendida extradición, todavía no estaba maduro ni mucho menos Fidel Castro para devolver a los secuestradores y mucho menos para glorificar a los llamados rehenes, y si algunas veces los secuestros aéreos terminaban en

catástrofe la culpa casi siempre caía sobre las autoridades que habían decidido intervenir; evidentemente, el acto terrorista cambiaba de calificación según la calidad o representación del rehén, de modo que el *monsignore* iba a resultar ciertamente una víctima vulnerable, es más, compensaría, pero yo, claro, externamente había perdido todo entusiasmo.

Una vez que Justo me llamó como para decirme algo o no decirme nada, yo lo paré diciendo:

–Tú verás, está visto que yo no soy más que un intermediario aburrido.

También un día, Narciso quiso sonsacarme algo y me preguntó: –¿Qué tal por aquel antro?

–Aquello es un mundo aparte, funciona solo.

–¿No hay problemas?

–Ningún problema.

–¿Ves mucho a Justo?

–Cuando él hace por verme solamente.

–Eso no es lo convenido.

–Hay que dejarle que siga madurando la cosa.

Y estábamos ya en el túnel brumoso del otoño neoyorquino, penetrante resplandor rojo azul que llega colándose por las

vidrieras cuando el sol empuja todas las escorias como queriendo ocultarlas y la muchedumbre de los edificios picudos destacan en la densa noche como fantasmas en procesión.

En los despachos de las NU se seguía tecleando, pero sobre todo se hacían labores de punto, se seguían leyendo novelas «sexy» a todo pasto, a veces también se discutía, se flirteaba, se bebía leche o coca-cola, se tomaban discretamente contabilizadas dosis de drogas, se ejercitaban imbécilmente en defender lo indefendible para progresar, se aburrían como ostras muertas, se despachaban cientos de cartas, infinidad de cartas tontas, y aquello era y es como el gran foso de la frivolidad y la estupidez. No hay remedio.

A medida que aquello se estancaba y se pudría, inverosímilmente aumentaban los visitantes, a dólar por barba o por coño, con el sandwich en el bolso, filas de autómatas fascinados detrás de las lindas y cansadas «azafatas», hasta concluir en los bazares del «tercer mundo», artesanía y baratija de los mil pueblos que sirven aquí, como está previsto, de fondo de feria.

Los más ilustrados compraban libros, a veces sólo folletos, documentación inútil, mientras los no comprometidos más que con su estupidez, se limitaban a escribir postales a otros tantos parientes o amigos acaso menos comprometidos y repartidos por todas las partes del planeta.

Luego, en los jardines, en los días soleados y cuando la policía lo permitía, se hacían fotos mientras los autobuses de los abigarrados *tours* esperaban en fila, y era una suerte enorme, al menos para mí, que los guardianes de las NU, por lo general,

fueran siempre los mismos, aunque variaran de puestos, con sus uniformes de guardias del turismo internacional; el momento más solemne es cuando colocan las banderas, cosa que sólo hacen si el tiempo está bueno, que es pocas veces, y todo para que el viento hosco del río, que las sacude como grímpolas de barco, no las raje, para que la negra lluvia de Manhattan no las tizne, pobrecillas, con sus verdes de pradera inmarchita, sus azules de cielo impoluto, sus rojos de sangre evidentemente derramada, y también las hay con amarillos y hasta con blanco, como la del Vaticano, pero ésta no se exhibe, porque trabaja por dentro como las termitas, como los lagartos, como los sueños que fabrica la brujería, como el negro que tiñe las negras sotanas.

Los que más temen las sesiones de noche son los guardias, aunque a veces les compense alguna paga extraordinaria, pero las sesiones extraordinarias de noche, adiós Gibraltar, de nuevo al abrigo del chaleco floreado de los lores, adiós Cuba, dispuesta a invadir Florida o poco menos, adiós Madrid que te quedas sin los recién descubiertos fosfatos por reclamo truculento de los amigos marroquíes, adiós Chan Kai Chek que te quedas en Formosa para vestir santos, adiós Paulo VI, que te quedas sin curas y hasta sin cera como esto siga así, adiós adiós Rusia que te están dando por detrás, adiós Portugal que te cuesta mucho despedirte de África, a la que has pisoteado, adiós Grecia, adiós Hispanoamérica de la saliva amarga, hasta pronto Fidel, Fidelón, Fidelete que te estás volviendo un poco burguesón y habrá que tirarte pronto de las barbas, pues las sesiones nocturnas eran aburridoras, monótonas, letales, viciosas como joder sin ganas, como cascar pipas, como canturrear letanías, como hacer gárgaras con Licor del Polo, menos mal que los delegados tienen

el bar abierto y buenos sillones para roncar, y menos mal que lo mismo en la cafetería que en el piso de la prensa se improvisa cierto movimiento desvelado que da una falsa sensación de ansiedad, y mientras tanto en los pisos de la Secretaría General, en el despacho de Justo, todo era correr con fingido histerismo, buscando carpetas, referencias, telegramas, citas, papeles, y contra papeles más papeles, otros papeles, otros telegramas, y en todas y por todas partes, las palabras mágicas UN, el anagrama salvador cósmico, en los membretes, en las carteleras, en las pizarras, en los tablones, en los puños incluso de las camisas de los delegados, en los gemelos de oro, platino, o latón, según la categoría del país, gustan de poner UN, las dos letras milagrosas, milagrosamente muertas, dos palabras que en vez de suscitar fe y esperanza, son como un símbolo de frustración, hasta tal punto la retórica, la arbitrariedad y el vacío llenan este teatro de fantasmas donde estaba haciendo falta la bomba, una bomba de mil kilos de TNT en forma de paralelepípedo.

No obstante la absurdidad de tales reuniones, yo mismo llegué a aficionarme a ellas, como se aficiona uno a una droga, al principio con respeto y miedo, a lo último con ligereza, inconsciencia y hasta desprecio, y sentado con mi block de notas escuchaba impávido la sarta de aspavientos, sobre todo cuando en una de aquellas comisiones se tocó como de pasada el tema de los secuestros aéreos, que era para mí muy importante conocer la doctrina de un tema tan apasionante, quiero decir, la falta de doctrina, y en lo que más fervor ponía yo, un fervor casi morboso, era en descubrir o traducir en los textos o contextos que se leían dónde podía haber una palabrita, una vibración, un hálito imperceptible del cogitante Justo, que siempre era tan

ducho en eso de cambiar el sentido de un verbo o de añadir determinado adverbio para que todo dijera lo mismo pero de otra manera.

-¿Piensas tanto lo de las conjunciones copulativas? -le decía yo.

-Cállate, Jeremías, que no piensas en otra cosa.

-Tú no piensas en cosas tan inferiores, ¿verdad?

-Desde luego como tú, no.

Explotaba ya a cualquier cosa y yo iba conociendo su mecanismo, aunque no del todo, por su parte, después de una de estas exposiciones, continuaban las peroratas inquietantes, apaciguadoras, las peroratas imaginables, y más aún las inimaginables, pero siempre dentro de su esquema, un modo de entretener y de confundir; había veces en que yo hacía el propósito firme de quedarme con algo de lo que dijera, pero no lo conseguía, y una vez que había terminado quería estrujar algo y no sacaba nada, probablemente esta ciencia era no sólo un secreto de su pasado teológico sino una consecuencia de su trato con los altos funcionarios de la Secretaría General, donde se podían escuchar los diálogos más incongruentes: «¿Tú no peroras esta noche?», «No, yo no peroro, ya peroré la noche anterior», «Ah, sí, no recordaba, tú peroraste esta madrugada», «Es el momento de que peroren otros», «Yo estoy pensando perorar de nuevo pero no sé si será el momento», «Acaso te aconseje mañana, de comienzo, antes de que estén cansados», «Tienes razón, a lo mejor peroro mañana», «Hay que saber siempre elegir el momento para perorar, convendrás conmigo

en que hay horas fatales», «Gracias, gracias por el consejo, a lo mejor peroro pasado mañana a primera hora», «Y como estarán un poco agotados podrás poner en circulación un nuevo término que ayude a enfriar el conflicto...».

Como era de esperar, recibí una nueva llamada de Narciso y esta vez, como la cita era en su oficina–despacho, cosa excepcional, porque aquel despacho en una gran mansión bancaria le daba así como cierto pudor, sobre todo ante mí porque le llamaba siempre «el templo del dinero», y tan pronto nos encontramos, vi que no quería hablar, quería que yo soltara hilo, pero ya no pudo resistir más y me largó arrogantemente un informe de Justo –para leerlo allí tan solo, a pesar de que constaba de cinco folios y medio–, y me dijo: –Lee y dime con toda franqueza lo que te parece.

–¿Es de Justo? Veo que no está firmado.

–No hace falta; en seguida verás que no puede ser más que suyo.

Lo leí dos veces y me quedé pensativo.

–¿Qué te parece? –preguntaba.

–Tengo que pensarlo –respondí–. ¿Me permites que te conteste el lunes?

–Haz lo que quieras.

Y me dejó solo, hasta que viendo yo que había logrado congelar su bravata, me fui a la calle con una serenidad que me

costó trabajo mantener.

En realidad, me había quedado de una pieza, porque el tal informe era la cosa más fina y más diabólica del mundo. La persona encargada de embarcar, y sobre todo de acompañar al *monsignore* Observador Permanente de la Santa Sede en las Naciones Unidas, no era yo como podía haberse presupuesto, sino un nuevo personaje, antiguo rebotado seminarista, ex teólogo del Seminario de Nueva York, que había sido protegido del cardenal Spellman, un tipo extraño que se puede decir que había contraído matrimonio casi al mismo tiempo que recibía las órdenes sagradas y cuyo caso había preocupado grandemente a la jerarquía eclesiástica por los derroteros mentalmente peligrosos que había iniciado y entre los puentes que la archidiócesis le había tendido se contaba precisamente el Observador de la Santa Sede ante las Naciones Unidas, con quien había tenido alguna entrevista.

Se presuponían en este tipo determinadas condiciones que le hacían el sujeto idóneo para poner en práctica el proyecto «Z», se le describía como indómito, contestatario, elemento de acción arriesgado, enemigo de todo convencionalismo y capaz de todo; prácticamente, Justo lo presentaba como una fuerza de la naturaleza, una fuerza ciega, airada, pero capaz de ser tele-dirigida.

Éramos pocos y parió la burra, o sea que la tela de araña de la clerecía rampante, en vez de romperse, se cernía sobre mí más

implacable y absorbente que nunca, dejándome poco menos que pendiente de un cabello, lo cual yo sabía muy bien lo que quería significar, pero yo, se ha demostrado ya más de una vez, me crezco con estas intrigas.

Al pecoso Crístides –este nuevo Justo, de padre judío y madre griega– posiblemente le hubiera esperado también un brillante destino sacerdotal, y aún después de su gran campanazo, seguía publicando artículos furibundos sobre «la teología de la revolución», y últimamente había tronado con un comentario exacerbado sobre el Libro de Job, se conoce que el muelle había saltado porque antes de romperse se destapó con «la teología de la esperanza», hasta que sus puntos de vista se habían hecho para hombres como Justo tan alarmantes, que casi lo creyeron un catecúmeno aventajado del anarquismo en acción. Al parecer, los católicos más progresivos le ofrecían el oro y el moro, pero él no se había rendido, y cuando le fallaron las revistas católicas consideradas revolucionarias en USA –que por cierto son tan tradicionalistas, reaccionarias y cancerberas como las de España– se pasó a revistas protestantes y últimamente estaba armando el lío en las judías. Se decía que su formación era tan rigurosa que en dos o tres polémicas había materialmente arrollado a obispos y apologetas, pero que *monsignore* había querido protegerlo, había salido en su defensa y hasta le había dado la razón en algunas de sus proclamas revolucionarias sacadas de los Evangelios, es más, había corrido el rumor de que el doméstico prelado sin domesticar, le había arreglado en cierto modo su situación marital o lo que fuera, aunque últimamente las relaciones entre ellos parecían haberse cortado agriamente.

¿Y qué auxilio podía prestar el tal Crístides al golpe que se pensaba dar en la cabeza del *monsignore*? Justo no sólo lo veía fácil sino ideal para el caso; Crístides sería el brazo de la venganza o poco menos, aunque yo no he creído nunca demasiado en los *redentores* que salen de los panfletos y las cuartillas, porque a cierto tipo de pseudointelectuales se les ablanda al final la asadura.

Crístides los había puesto en vilo a todos, tenía ya preparado incluso una especie de manifiesto que desvirtuaría cualquier reacción clerical al acto terrorista en sí, provocando una especie de controversia a escala mundial, y la cosa así no quedaría en el mero rapto sin significado, la cosa podía tener sus consecuencias incluso más que publicitarias, ya que su intención era dialéctica, espectacularmente dialéctica contra lo que él consideraba «una vergüenza conciliar, un disimulo, una vuelta de espaldas al hombre».

Para mí todo esto eran monsergas de la sacristía de las NU, pero tuve mucho cuidado en no dar mi parecer y retardar un poco más mi juicio; el informe de Justo estaba hecho pensando en Crístides y en su utilización como instrumento para una acción de descubierta en la conciencia religiosa de los pueblos, se secuestraría simbólicamente al hombre que representaba el poder espiritual en las NU para denunciar la deserción de Roma de su verdadera misión de paz, no se trataba de un chantaje –no se pediría nada a cambio sino que Crístides se sometería, si así lo querían, a un tribunal eclesiástico pero no sólo romano– y él podría entonces exponer ante la prensa mundial la cobarde sumisión del Papado a las conveniencias políticas y a los negocios que incluso protegían y hacían la guerra.

Yo era más directo en mi programa, lo había sido desde el principio y lo sería hasta el final, y fingí seguir la corriente del hecho tal como lo perfilaban; hasta cierto punto Crístides teóricamente estaba bien elegido y hasta se podía alabar el talento maquiavélico de Justo, el tal Crístides era un soñador de las revoluciones en Latinoamérica y podía dar juego, pero yo tenía que conocer y tratar a Crístides y me fui reservando para este encuentro, adoptando un aire resignado y como si lo único que se ventilara en mi enfado fuera el amor propio herido.

Mi conocimiento con Crístides fue rápido y después de pinchar por dos o tres frentes, me quedé pegado; me precio de conocer a la gente y pinché a fondo, y la personalidad de Crístides no es que me hechizara pero me dejó helado; desconcertaba su capacidad de odio y de enajenación.

Sí, podía dar juego Crístides pero había que mantenerlo a raya, y me propuse someterlo a observación y vigilancia. No bastaban los alardes de Justo, de quien seguía desconfiando, aunque a veces me tapara la boca.

Crístides era un ser desbaratado, con mucho de insolencia, y al que la cabeza le funcionaba como una máquina eléctrica, no del todo ajustada, que despide chispas alucinantes, no era precisamente un pensador sino más bien un motor de energía rompiente.

–¿Cuándo nos vemos un rato despacio? –le dije.

–Cuando quieras.

–¿Aquí mismo?

–Aquí, en mi casa, en la tuya, donde quieras.

Lo cual me pareció una prueba grande de confianza, ya que Justo no me había permitido todavía penetrar normalmente en su santuario y todo lo que me decía siempre eran frases sueltas y vagas. A esta conducta, yo había respondido igualmente y por supuesto nada le había dicho de mi intromisión, mejor sería introducción, en el mundo y hasta en la cama de Susan y también había evitado ni por asomo mencionar el detalle de sus pasaportes, pero no lo había olvidado ni mucho menos.

Crístides era uno de esos tipos más bien pequeños, nerviosos, que juntan la chanza y la gravedad de manera sugestionante. Evidentemente llevaba dentro una carga explosiva y todo dependería de cómo se utilizara, era uno de esos personajes que por fuerza han tenido que tener algún contacto con el psiquiatra –todo se andaría–. Al principio me había parecido huidizo, huraño, un tanto soñador y hasta infeliz, pero en pocos minutos comprendí que se trataba de un temperamento con una gran espoleta, pasaba en un instante del gesto infantil a lo taciturno, y a veces su misma figura moviéndose era como una contradicción.

No entramos en discusión, pero en seguida me di cuenta de que Crístides era violento e incluso temible cuando se reconcentraba y aislaba aun delante de uno mismo, todo debía de ser cosa de su educación y acaso el seminario, como para tantos, había sido una cadena de fracasos, precisamente cuando en

frente le colocaban toda una promesa de triunfos, algún desequilibrio profundo se había producido entre sus sueños y la realidad, pero en este estado de cosas me parecía mucho más sincero y auténtico que Justo, ya que Crístides había olvidado no sin dolor probablemente la ciencia del disimulo y el arte de la hipocresía.

Con sus muchas dioptrías, sus pecas amontonadas, sus manos como clavos retorcidos, sus dientecillos en punta, sus orejas de liebre alertada, sus pocas y elusivas palabras pero irrefutablemente destructivas cuando salían, como borbotones que herían por todos los ángulos, le temblaba un poco el labio cuando se ponía excitado, pero luego adoptaba una rigidez de cuello que parecía que pudiera romperse y separarse del cuerpo; así era Crístides y a mí me produjo una honda impresión en nuestro primer encuentro.

–Hasta pronto –le dije.

–Cuando quieras –respondió como queriendo mostrarse camarada de verdad.

Después me llamó Justo y me preguntó con su jugueteo habitual qué me había parecido el pez y le dije que era pronto para opinar y que habría que probarlo de todos modos.

–No te pases, que es desconfiado –me argumentó.

«Ojalá fueras tú como él», me dije para mí mismo.

Para tranquilizarlo, y seguir mi plan secreto personal, lo felicité y le prometí que no daría ningún paso sin hablar con él, pero

desde aquel momento los encuentros en las NU quedarían prácticamente suprimidos, había que encontrar otro sitio bien elegido y para obligarme a la cautela, añadió: –Te estoy llamando desde una cabina de la calle.

Según el informe de Justo, el secuestro del *monsignore* romano sería un rapto momentáneo que funcionaría solamente el tiempo necesario para dar la gran campanada y conseguir los objetivos previstos; cuanto mayor fuera el escándalo mejor se habría cumplido el propósito provocador y políticamente no habría problema, puesto que Fidel en este caso reaccionaría galantemente como ni siquiera eran capaces de imaginárselo los propios católicos, no sólo se respetaría íntegramente la persona física del eclesiástico sino que se le darían toda clase de explicaciones, satisfacciones y hasta comodidad para que pudiera llegar a Roma.

Había que aprovechar convenientemente este momento, porque motivaría una llamada de atención seria sobre la Iglesia católica en una hora oportunísima, las Iglesias todas podrían movilizarse, fuera con simpatía o con criticismo, y había que estar dispuestos a recibir todas las condenas y censuras imaginables, protesta de U Thant, «esto es intolerable», «esta vez se ha ido demasiado lejos», «¿hasta dónde vamos a llegar?», etcétera, posiblemente también reunión de diplomáticos del mundo entero, gran follón en fin, pero de todo ello algo quedaría, las iglesias de América, del Norte y del Sur, reaccionarían

por lo tremendo, pero la polémica podría muy bien ser desviada hacia una campaña de revisión, crítica, excepticismo total y para muchos al menos quedaría sobre el tapete el hecho notorio y público de una traición consentida del mundo de las creencias contra el mundo de las necesidades y de las injusticias, un rompimiento entre los credos y las ideologías, entre la predicación y la conducta ante los hechos del desamparo, de la infamia y de la ignorancia.

Desde luego, este rehén traería cola y aunque su éxodo fuese corto, con el hecho en sí ya había material propagandístico rentable para rato; en cierto modo, este secuestro sería más productivo que el de un diplomático –yo, de todas maneras, seguía creyendo que el rapto de U That podía ser el primero en calidad y resonancia y en este sentido insistí porque no había comparación posible– pero también terminé casi a la fuerza aceptando que la propuesta de Justo estaba por encima de la de un financiero, político o militar.

Puestas así las cosas, el plan parece ser que iba a comenzar a funcionar de una vez y sería algo nuevo y que repercutiría en nuestra organización, que no dejaría de saberse que era netamente española y de matiz anarquista.

Crístides no me pareció, repito, hombre muy preocupado por lo que pudiera ocurrirle, hasta tal punto juntaba idealismo, vanidad enfurecida y afán de revancha moral a nivel universal, que es lo propio de nuestras acciones.

Si Fidel Castro lo devolvía nunca sería, era obvio pensar, a USA, siempre sería a Méjico, más lío y confusión, o a Argelia, seguía

el escándalo, a Chile, igual de lo mismo, o quién sabe si a España, lo cual sería el summum, y a mí me había hecho mucha impresión lo que me había dicho Crístides, tratando casi de oscurecer con su hazaña a la propia víctima, que pediría sólo una cosa: que lo dejaran ir a combatir por la independencia de las colonias de Portugal o que incluso estaba dispuesto a trasladarse a Vietnam del Norte. Crístides, no había más que verlo, tenía vocación de redentor y quería serlo a su manera.

De vez en cuando me entraba la tentación de echarle un vistazo al observador del Vaticano en las NU, lo cual dicen o decían que es como un portillo secreto para nombrarle con el tiempo algo así como nuncio o delegado de S.S. en los Estados Unidos, y con mucha prudencia, y puesto que Narciso en persona no había dicho nada en contrario –probablemente Justo era el único que quería alejarme de su guarida–, hice todo lo posible por tenerlo cerca en alguna ocasión.

En vez de un obispo joven exquisito, sonriente, ceremonioso, protocolario, que hubiera sido lo propio, se trataba de un ensotanado –aunque vestía a lo clergyman– tirando a barrigudo, culón, afable como un capellán de monjas, campechano como un cura de aldea, pero de todos modos con la impronta de la diplomacia del Vaticano, porque cuando menos se esperaba ante el grupo que le escuchaba soltaba frase ilustrada o ingeniosa, algún latinajo, demostrando su gran comprensión, su vuelta de todo, su tolerancia total y una humildad carcomida

que no carecía de esa astucia propia de los campesinos encumbrados. Estaba visto que el humor era su fortaleza, su refugio y su debilidad.

«Vete preparando –me dije– que te vas a divertir y nos vas a divertir a todos» y me escabullí discretamente de aquella rueda donde peroraba sobre concordatos, concretamente del solicitado concordato español, y en un tono que quería ser un tanto jocoso, poco más o menos, había dicho:

–Con los españoles no hay que gastar bromas, porque los españoles, iluminados por la Providencia, en seguida se inventan un Papa o un antipapa, hay que tener mucho cuidado con los pueblos que se creen la Cristiandad, ejemplo y guía –y el coro de hispanoamericanos rió.

Fumaba solemne y lento como un paisano, exagerando con flema su nativa vulgaridad, reía un poco con el vientre y a mí toda su afectada unción diplomática me parecía una morcilla detrás de otra, no había más que verlo para odiarlo.

Aquella misma tarde me lo encontré en la entrada del bar y me soltó a boca jarro, dándoselas de llaneza:

–¿Usted pertenece a la sede?

–Ni a la sede ni a la santa sede –le contesté, y él sin esperar a más, rompió en una estruendosa carcajada, diciendo: –Óptimo, superóptimo.

Y el grasiento rubiales o medio pelirrojo, acercando su pescuezo doblado y dándose con la palma de la mano en la barriga

seguía riendo. Pero esperaba algo de mí, y le dije:

–Soy tan sólo un mediano profesor que está enjaretando un trabajo de sociología.

–Excelente, magnífico, estupendo, –y siguió soltando mieles el italiano, que también podría parecer irlandés, o belga u holandés, recriado en la curia romana, rescatado por su docilidad para la secretaría de estado; en todo caso respiraba salud, aunque es muy posible que fuera candidato al infarto porque respiraba con cierta dificultad, pero de repente, más cordial que un médico de cabecera, me puso su mano en el brazo y con toda untuosidad, haciéndome un visaje de afecto, dijo como en secreto:

–Un momentín nada más, que voy a echar una meadita –y se fue al lugar como un toro huido desabrochándose por el camino la bragueta.

Al regresar, muy serio, como si fuera ya otro, me puso la mano, esta vez en la espalda, era un poco tocón, y me dijo:

–Si en algo puedo serle útil... –pero no renunciando a la curiosidad clerical, preguntó–: ¿de qué se trata?

–Es algo sobre la prensa y las revoluciones.

–¿Es usted mejicano?

–Yo soy de Castilla la Plana –y entonces el *monsignore*, dando un salto como una pelota, jovial, dijo:

–Bravo, bravísimo –y me dio un fuerte apretón con su mano húmeda y pegajosa.

Era suficiente. Lo vi alejarse, no tenía aire de sentir desfallecimientos místicos, ni temores de novísimos, su tez sanguínea y rojiza, sus labios carnosos, sus ojos semiadormecidos como de cordero en trance, su nariz en curva, denotaban al monseñor, al obispo o canónigo renacentista, con una religión sin conflictos, propincuo a lo mundano, algo que se alía fabulosamente con la pompa litúrgica, probablemente era un experto en Historia de la Iglesia, saturado de Derecho Canónico, pero lo cierto es que la ascética no había hecho una mella muy profunda en su persona, se le podía suponer gran conocedor de los vinos franceses y aun españoles, saboreador de las buenas cocinas e incluso adorador de la pechuga de una abadesa.

Tan pronto había recibido el tufo de su respiración lo aborrecí mucho más, pero tuve que sobreponerme para no vomitar la complacencia que irradiaba, su seguridad de humorista fácil, y mentalmente hice todo lo que pude para aumentar los furores contra su persona, sabiendo de antemano, anticipadamente, que lo que en él se trataba de castigar no era ni siquiera su ingenio clericalesco, ni su burda estampa de gordo que quiere pasar por fino, sino que para mí seguía siendo, sobre todo, una presa ideal, hasta cierto punto, el elegido borrego, la víctima propiciatoria, como dicen las gentes de sacristía.

Cuando me dejó y lo vi alejarse me quedé pensando en alguna despedida en reticencia, como «que usted lo pase como hipotéticamente se merece...», pero di media vuelta porque ya estaba con su chachara celestial, despachando bromas con un

periodista italiano, chulillo y agitanado, que se las daba de esbelto, pero que no era marica reconocido, sino que más bien de lo que presumía era de su éxito con las señoras, y aunque de apariencia cansina y desganada cuando se trataba de cercar a una muchacha se ponía como un potro salvaje y le desaparecían hasta las ojeras y las languideces, aunque luego naturalmente se dormía de pie y le entraban unas soñarreras que le duraban varios días; con todo, tenía suerte y como periodista no perdía la ocasión incluso de inventarse las noticias y lo más curioso es que a veces le salían clavadas sus anticipaciones.

Se unió en seguida al grupo otro periodista español, medio funcionario de la misión, de esos que viven enviando mensajes y confidencias de todas las tonterías que escuchan, esperando siempre encontrar al espía, esa clase de delatores que son capaces de cargarse a su hermano con tal de prestar un servicio al que manda.

Seguían con el tostón del concordato y el español inquistorial, poniendo acento calderoniano, decía:

–¿Por qué España, el país católico por antonomasia, la nación que más servicios ha prestado a la Cristiandad, ha de renunciar a los privilegios otorgados precisamente por su fidelidad preeminente a Roma? –y era como si el currinche de las páginas más beatas hubiera puesto en un aprieto al eclesiástico encumbrado, quien, palmeando entre amenazador y jubiloso, contestaba:

–Por eso mismo, por eso mismo...

–¿Por qué renunciar –seguía el militante meritorio– a lo que

se ha ganado en premio a sus servicios?

–Si yo fuera nuncio en Madrid, lo cual es un decir –aclaró con cierto énfasis–, creo que las cosas irían de otro modo.

–A usted –agregó el periodista italiano, al que le tentaba siempre perturbar– lo deberían de nombrar nuncio en La Habana.

–No me disgustaría nada –respondió tajante el *monsignore*.

La coincidencia era para reír a espuestas, pero también era para llorar, tanta palabrería harta como la fabada, y me retiré hacia la biblioteca, pensando si no era una carambola divina que la víctima pudiera presentir el derrotero de su sacrificio. Seguro que al *monsignore* no se le olvidaría fácilmente Cuba en el resto de sus días.

Podía haberle contado el chiste a Justo pero tuve mucho cuidado en abstenerme, y ya en la biblioteca, atento al equívoco de mis fichas, gozaba adivinando el sudor de la gran papada del *monsignore* al verse llegar a la Cuba purgadora, a la Cuba que algo tenía por lo menos de bandera en alto contra las cobardías, injusticias y deshonras del llamado mundo libre.

Veríamos entonces sus chispas de ingenio al tener que hacer declaraciones, a ver si lo nombraban nuncio de una vez. Se fue la luz momentáneamente en la biblioteca y aproveché para subir a la cafetería y hacerme limpiar los zapatos como un marqués entre la baraúnda de secretarias y funcionarios que se ponían en cola para el condumio.

El tema de los «secuestros aéreos» estaba cada día más en el aire como quien dice y cuando pasaba una semana que ya parecía dormida la actividad de los *skyjackers* de nuevo surgieron casos radiantes, a veces casos contraproducentes de los que no se nos podía hacer autores ni mucho menos, porque eran mundos nuevos en litigio, no ya el de los árabes y judíos sino el de los pueblos asiáticos que habían comenzado a inflamarse con esta pasión, chinos, japoneses, pakistaníes, ceilandeses, estaban entrando en el tajo. El *hijacking* era ya una droga. Mejor.

A toda prisa se estudiaban y ensayaban aparatos *detectores*, pero cuando hay una voluntad resuelta a todo no hay «detector» que valga, se anunciaban a diario medidas extremas contra los posibles *piratas* –da risa la seriedad con que llaman *piratas* a los que no raptan ni se apoderan de un avión para robar nada sino sencillamente para defender románticamente una idea, para denunciar un hecho inmoral e injusto –y últimamente USA prepara una policía armada especial, y se les llama *sky marshals*, algo así como misteriosos mariscales del aire, pero aún así, si alguien se lo propone arduamente, no hay dispositivos de alarma ni aparatos detectores que valgan.

Por eso también nosotros operábamos en cierto modo contra reloj.

En las Naciones Unidas seguía hablándose interminablemente de un tribunal especial –radicado no se sabe dónde– para juzgar los delitos de los secuestros, pero, quién podía detener la acción

violenta de una Leisla Khaled, y si interviene la Cruz Roja Internacional, tanto mejor, en este nuevo caso que se iba a plantear cuantas más voces de socorro y de protesta se levantasen, mejor, éste era mi punto de vista, si ponían a coro el grito en el cielo, servidos estábamos por lo grande.

Si el *Osservatore Romano*, a propósito del elocuentísimo *monsignore*, armaba la gran trifulca, mejor también para nosotros, según mis deducciones o reflexiones sobre el hecho en sí, ya que si la empresa no era genial, tenía grandes ventajas publicitarias; sin embargo, yo creo que lo que me iba animando a participar en ella porfiadamente era el que estuviera de por medio la entereza a probar del Justo inclasificable, del Justo indefinible, del farsante Justo, el cual, querría acaso contabilizar para sí todo el éxito de la operación simplemente porque, a bragas enjuntas, hubiera presentado a Crístides, al que ya consideraba su héroe particular.

Cada día que pasaba Justo estaba más intratable, más endiosado, más sutilmente repulsivo, más retorcidamente meloso, melifluo y melindrón, y lo más notable de todo era que la tonsura le seguía existiendo, reluciente, perlada de gotitas de sudor, por mucho que jugara con sus cuatro pelos sedosos, retorcidos, perfumados, greña de un cura cojuelo, hiciera lo que hiciera, aunque se hubiera decidido a poner una bomba en San Patricio.

Seguían desnudándose los árboles de las NU y hasta los

arbustos ya eran casi esqueleto ante la furia loca del otoño neoyorquino, ventoleras, lluvias, nieblas.

Justo y yo nos veíamos poco. Sin querer y queriendo yo lo evitaba todo lo que podía, por otra parte, toda alusión que le hiciera a Susan sobre Justo resbalaba como el agua por una canalera rota, pero algo había y en eso tampoco me engañaba.

Ahora ya no era yo el que iba a su apartamento a hacer el amor de pie en la cocina, en el baño, luchando en el pasillo, sentados y como fuera, tirados de cualquier modo y yendo a todo, por todos los conductos y procedimientos imaginables, y ella, incansable, inagotable, indomable, como una furia picada por las mil serpientes de los millones de paraísos perdidos, se multiplicaba en las tentaciones, se crecía en los orgasmos, se potenciaba besando, sorbiendo, y cuando la esperaba o no la esperaba, cuando huía de ella y hasta me escondía, como cuando la buscaba con un anhelo enfermizo, siempre ella, como la sierpe y la madrívora sabía llegar hasta mí y yo creo que casi con rabia. Un día lo hicimos pasando desde su terraza a un tejado de una iglesia vieja y no sé cómo no nos matamos.

¿Empezaba a odiarla?, por lo menos la temía, pero no sabía, no podría saber el procedimiento para escurrirme y cuando ya comenzaba a retirarme, volvía a ella en una fiebre de destrucción total. Todo lo pensaba: ¿habría sido tan cándido que había caído en una celada vengativa del propio Justo?, a él seguro que le daba rabia que evitara verlo y llamarlo, pero yo seguía impertérrito como si me hubiera olvidado de todo, y el proyecto «Z» no me quitaba el sueño, pero me lo robaba noches enteras la fiera de Susan, que además luego se arreglaba, y se marchaba

más fresca y lozana que una lechuga a las Naciones Unidas.

Sin embargo, sabía muy bien que algo tenía que ocurrir, que algo iba a ocurrir, y en la espera, masacraba y me dejaba masacrar por Susan al día y a la noche, delante ya del niño con cara de queso, el bobito que miraba sin comprender, pero al que a veces había que taparle la cara porque parecía comprender demasiado, a veces, también, porque era inoportuno, aquel montón de carne, daban ganas de liarlo en una almohada y dejarlo en un solar o tirarlo por el incinerador.

Tenía tan perdida la brújula que jugaba a la lotería con ella, como si fuéramos novios, y cuando veíamos las Naciones Unidas a lo lejos, brillando como un fanal sin santo, nos reíamos como niños.

Y yo las ganas de preguntar que tenía, me las aguantaba, hasta que un día en el centro mismo de la Grand Station cuando nosotros asomábamos pude ver al trío Narciso, Justo, Crístides, la trinidad de la iniquidad organizada, aunque yo no tenía motivos de repulsa contra Crístides.

Susan notó algo raro en mí, pero yo pude disimular y nos deslizamos por un largo pasillo.

Había llegado el momento ansiado de descornarse de una vez, y si a Narciso había que hacerle un afeitado que se lo hicieran, que ya le estaba haciendo falta; si algo me molestó siempre en la

lucha revolucionaria, fueron los metódicos, los tácticos, los dialécticos del proceso, los funcionarios del organigrama –de los que Narciso es emblema– esos déspotas de la consigna programada y camelante.

Nunca yo debía de haber caído en este grupo sino más bien buscar otros procedimientos de la revolución como tabla rasa, borrón y cuenta nueva, liquidación impuesta, una inspiración más ardiente, más individual, más soñadora, con cierta autocrítica si cabe pero con más riesgo, algo que por espontáneo y humano tuviera más valor.

Estoy aquí y sigo creyendo en el individuo, en la responsabilidad creadora, en la fe humana, he escrito *humana*. Pero ellos desprecian lo temperamental y es porque son fríos como el techo que hiela la sangre incluso de los osos polares, ellos, hablando siempre de disciplina y control, son las amas secas de la revolución, ellos, estaban acostándose con la momia de la gran utopía sin el compromiso y el riesgo de las utopías que podían ser redentoras, y no vivían sobre la marcha sino pegados al sillón, al teléfono, a la ventanilla, a las misteriosas valijas, como los curas al confesonario.

Entre ellos y yo estaba visto que se había abierto un abismo; ni yo contaba para ellos ni contaban ya conmigo, sólo a medias.

Susan que parecía que vivía en la luna del placer, viéndome tan preocupado, me había dicho una cosa muy misteriosa, cuando medio nos escapamos –ella notó algo o vio a Justo tanto como yo– de la Grand Station.

–Con precaución deberías darte alguna vuelta por aquí de vez

en cuando –dijo.

Justo estaba en el centro de la gran galería como si esperara a alguien, dándole más pliegues a su ya doblado *New York Times*, y a los quince minutos o así apareció otro nuevo ser, aquel invitado que no parecía ni pastor reformista ni teólogo rebelde, sino un pacificador de cojones en discordia, un amansador de la ley.

Desde el primer instante se movió muy humilde, con aire protector, esos tipos solícitos que pueden terminar en inquisidores, y se volcaba sobre el reverendo Justo –nunca mejor dicho– susurrándole no sé qué instrucciones o amonestaciones que no deberían ser simplemente místicas, pero a todo esto yo veía que Justo se estiraba, se engallaba, respondía, discrepaba.

El visitante que tenía Justo no era un visitante cualquiera y permanecía en Nueva York para insistir en algo y aunque Justo se negaba a lo que fuera, alguna fuerza tenía sobre él.

Era para mandarlos al osario del cementerio o al horno crematorio, pero en vivo.

Todo estaba preparado para poder seguirlos, y de hecho los seguí bastante bien, pero en la Tercera Avenida se cruzó la sirena, el ejército jaranero de los bomberos y los perdí irremisiblemente.

Me llamé bruto, tonto, absurdo, pero la cosa no tenía remedio, sin embargo, había dado con un filón y dejaría de dormir la siesta tranquilamente los finales de semana para seguir a Justo como un perro pachón de ahora en adelante. Aquel tipo no me daba buena espina y no se trataba ni de una visita ocasional ni de un encuentro meramente convencional, ¿a qué venía aquel nuevo tipejo?, olía a cera como una procesión de Viernes santo.

Una vez más mi instinto había dado en el clavo, aunque por medio de Susan, y la guardia que monté en la casa de Justo fue inexorable, pero tan pronto me coloqué allí, tuve suerte además, comencé a entrar en el río revuelto de las sorpresas, sorpresas que saltaban como truchas ante el paredón del río, qué sosaina e imbécil me había estado portando pero si yo estaba en lo alto del pino, abriendo piñas de carne con Susan y Narciso, nuestro mariscal de chaqueta a cuadros, estaba en lo más alto de la higuera, mientras con toda seguridad, algo amañado se estaba cocinando en nuestras propias narices, y me frotaba las manos viendo venir los acontecimientos.

Hay casualidades que producen vértigo, como ver entrar en el luciente *building* de Justo a un *clergyman* podía no tener ninguna importancia, entran y salen a docenas en ése y en tantos otros, como las cucarachas cuando se rompe una cañería, pero aquel pastor reconocido no podía ser protector de los cabritos neoyorquinos, era él mismo, con sus pausas, su doblegamiento

de cuello, con aquella mezcla de aldeanismo y de intrepidez turística, mezcla de cura de pueblo y de oficinista curialesco, y todo él daba muy mala espina, porque a estos curas que se les empina el morrillo como a los toros, estos curas que de paisano se cuidan de disimular la barriga, se les ve el celtibérico o el carpetovetónico, según se quiera, en seguida, podía ser español o era por lo menos hispánico calé, aunque llevara colgada una buena cámara fotográfica.

Pero el gran susto para mí no había llegado todavía. Con su largo abrigo de ante un poco sucio, la que hizo su aparición fue Susan en persona, vivita y coleando, la Susan de las pastillas, descubridora de nuevos mundos, la Susan del hijo parado en su camita como un pan antes de meter en el horno.

«A mí tenía que pasarme esto», me dije, y no fue la sangre la que se me encendió sino la leche, toda la buena o mala leche que había almacenado, a pesar del drenaje de Susan, durante meses, pero una alegría loca, salvaje, furibunda, se apoderó de mí acto seguido.

Lógicamente no podía tratarse de una visita de cumplido, porque aquel ballenato de cura, viniera de donde viniera y a lo que viniera, era algo más que una complicación momentánea, aquel personaje siniestro se colocaba, por lo que fuera, en el centro mismo de la vida de Justo, a distancia se notaba que aquella presencia resultaba contradictoria y, sobre todo, intrigante, «soy un pardillo» me decía a mí mismo desde mi

punto de observación, hasta que al cabo de hora y media salió Justo acompañado de su extraño huésped y directamente se dirigieron a las NU, más preocupante todavía, ya que Susan no había salido con ellos, y en las NU estuvieron hasta las once de la noche y volvieron a salir juntos hasta la Grand Station donde se despidieron. El intruso visitante debía de vivir con toda seguridad en las afueras de Nueva York.

Justo se quedó sólo y volvió muy pensativo y como malhumorado a las NU.

A eso de las doce de la noche llamé a Susan, pero había que hacerse el sueco.

–Y el jefazo, ¿qué tal? –le pregunté.

–Está imposible.

–¿Qué le pasa? ¿Es que va a tener un nuevo *baby*?

–No, no le caerá esa breva a Berta, como decís vosotros, pero por ahora debe de haber otros recursos más efectivos que la píldora, acaso el yoga, pero en vez de venirle un *baby*, le ha venido un *papy* –y se rió de su juego de palabras.

Aquello me tranquilizó, porque por primera vez la impenetrable Susan dejaba pasar algo transparente al menos.

-Será un tunante que busca redención por vía del útero, que es por donde siempre ha venido toda redención...

-En seguida vas a tu manía.

-Mujer, es que yo creo que Justo es un gran precursor en esto de tirar las sotanas por la borda y quién sabe si crea escuela...

-Tú, ten cuidado, que ellos son maestros en disimular.

-¿Qué es lo que me estás diciendo?

-Nada, que no todos los bueyes son de la misma casta...

-Misteriosa estás, hija mía.

Ella rió, pero como no pensaba insistir, ni pregunté ni dije nada más, con lo sabido era suficiente por ahora, y como no dándole importancia a nada, y queriendo pasar a otra cosa, le dije:

-¡Allá ellos! Nosotros a lo nuestro.

No había llegado el momento de sincerarme del todo con Susan, acaso más adelante, si ella abría la espita; todavía, a pesar de nuestra rabiosa entrega, no la consideraba lo suficientemente domada para que no fuera capaz de traicionarme ante una fuerza mayor, y quizás era esto lo que me hacía atravesarla, penetrarla, poseerla con fruición sañuda y en silencio. Y ella decía:

-Pero di algo.

-¿Qué quieres que diga?

¿Querría ella hablar?, no había que precipitarse, lo mío con Susan se había hecho ya casi costumbre, y yo quería poner empeño en que no trascendiera a más, era una costumbre basada en la necesidad, acaso era más, pero no quería saberlo, yo podía irritarme si me llamaba a cualquier hora, pero lo cierto es que cuando dejaba de llamarme un día, tenía que terminar llamándola yo, ésta es la verdad, y siempre terminábamos igual. Ella me había regalado un muñequito diminuto, azteca, de plata maciza, y de vez en cuando me decía:

-A ver dónde está el

Le llamaba su *Jemi* y cuando lo veía lo besaba, decía que estaba segura de que me traería suerte en la vida, suerte la mía, metido en Nueva York entre curas, como los muchachos de Pamplona se meten entre los toros. El muñequito adorado lo tengo aquí en mi depósito de la cárcel, lo llevaba encima cuando me cazaron, y es difícil que me vaya a traer suerte, ya me trajo indudablemente otras cosas, pero suerte... la suerte que yo había buscado en el empeño de nuestro plan es muy difícil que me llegue ya.

Susan ha llegado a decirme que mientras tenga el idolillo escribiré y que escribir para mí es bueno, y que me traerá suerte, aparte de que no lo hago mal, y esto por algunas cartas burras, de las que me avergonzaría si volviera a leerlas, pero algo hay que hacer, aquí hay tiempo para todo, hasta para meneársela.

Hoy estuvo aquí, en la Dirección, un funcionario de las NU –creo que de mediana categoría– y estuvo preguntándome algunos datos y me ha hecho llenar una ficha que creo completamente estúpida. Debía de haber reclamado que estuviera presente mi abogado, pero la cosa parecía de puro trámite y no ofrecía la mayor trascendencia.

A mí las NU que se vayan al carajo, que ya se están yendo por inacción, convencionalismo, hipertrofia, atrofia y elefantiasis.

Ahora reconozco con toda lucidez que fue un error mayúsculo de nuestra organización –incipiente, mal llevada, casi inofensiva– poner los ojos en esa caja de música grandilocuente, de hipocresías amaestradas, de duelos convenidos, de cinismos brindados, de aburrimiento universal, qué manera de reírse del mundo, señores.

No volveré, no podré volver por allí, y esto no me duele nada, y si entrara de nuevo entraría a escupir y salirme a la calle: asco, repugnancia, indignación me producía su falsa cortesía, su decoración estúpida, su comida insulsa, sus tribunas de feria, eso está bien para africanos recién llegados de la selva o sudamericanos de los que hablan en verso oyéndose a sí mismos, pero ya hasta los asiáticos cuando entran al gran santuario de la falacia universal, ponen cara de conejo y sonrían despreciativamente. Hacen bien.

Allí todos terminan castrados, el birmano flaco y soñador como un profeta que hasta dice cosas malsonantes, se fue haciendo gordito y complaciente a diestra y a siniestra, casi como un Dios–padre en miniatura; los secretarios, achuchados

por el azogue de las prisas, se inflan, estiran los espolones, cacarean engallados, se envidian, se comen a picotazos por este puesto o este ascenso, se birlan las mujeres, comen como canasteros; las secretarias –seguimos con lo mismo– suben, bajan, se acuestan entre ellas como haciendo una experiencia, a veces también encuentran a tiempo un ayudante o un guardia, y mientras tanto los embajadores, oh los divinos y áureos embajadores, siempre soñando paces y encomiendas de reparto, atentos, cuando ya se han desbravado, a algún negocio y a mofarse de cualquier país, hasta del propio, lejos de los tiros o de las rencillas políticas, hombres que lo ven pasar todo y que están dispuestos a verlo venir de nuevo, y verlo pasar, y seguir lo mismo, viendo llegar servilmente nuevos ministros, vendiendo caro el almuerzo de homenaje y el regalito para la señora, o los magníficos, astutos y listísimos embajadores del toma y saca y del beber y del invitar, y del invitar, y del escape furtivo con una periodista aventurera, mientras la embajadora organiza una reunión caritativa para el tercer mundo, que terminará con partida de póquer con puesta inicial de *pavos* de los grandes, y, luego, más delgados, los incorruptos, los tediosos, los sinvergonzones, los que van de paso o simplemente vienen de compras, los que quieren robustecer su posición ante el propio país y se improvisan o les improvisan visitas de ganga, una foto al pie de la estatua ciega del East River, cosa que viste mucho, sobre todo si se ha llegado hasta el piso 38, aunque se haya salido por la otra puerta con el rabo entre las piernas o más de vacío que puta en cuaresma, el caso es dar el timo y subsistir.

Estaba harto de tanta oratoria pedestre, de tanta rutina para bobos, de tanto cinismo escamoteante, de tantísimo verbalismo adocenado y vacuo.

Mi venganza personal contra el simulacro de decoro de las NU solamente podía cumplir por el nudo que me ataba a aquella burla macabra y mis venganzas eran todo lo grotescas y risibles que se quiera, pero la única que podía quejarse de mi insolencia era Susan, y ella lo único que podía hacer era lo que hacía.

Recuerdo que una noche cuando el Consejo estaba en lo más enrevesado de un debate sobre el Oriente Medio, Susan tuvo que ir al Archivo General a recoger unos pliegos de antecedentes o lo que fuera, y yo que la estaba espiando y la veía moverse coquetonamente entre expertos y no expertos, me fui tras ella y me metí como un bólido, llegando incluso a cerrar la puerta, aunque ella la entornó inmediatamente, pidiéndome por Dios que me saliera y yo sin hacerle caso, peleando con esta dulce fiera de Susan y allí la achuché, más apremiante y loco que nunca, y aquello parecía una batalla campal, porque yo la estrechaba fuertemente contra las estanterías y por todas partes se caían carpetas y montones de folios y a veces casi caíamos al suelo rodando, y aunque lejos se escuchaban timbres y teléfonos y llegaba incluso el ruido de ascensores, yo no hacía caso y allí mismo, levantándola en alto con toda mi fuerza, llegué hasta el final como deben hacerse las cosas, y recuerdo que ella estaba tan excitada y rabiosa que me dio un gran mordisco, ojalá pudiera repetirlo ahora mismo y cien veces, porque Susan es como una gata en celo y una pantera, a pesar de su aspecto más

bien lánguido, o por lo menos frágil, y yo creo que ella fue feliz y toda aquella noche, como si no hubiera pasado nada, se seguía moviendo indiferente y altiva entre secretarios, maricas y tíos barrigudos, y yo, sentado de nuevo, me reía como dueño del mundo.

Porque hay que saber que Justo y los suyos seguían semanas y semanas de citas y dilaciones, diciéndome que no me preocupara, que todo iba muy bien, que ya se me avisaría en el momento oportuno.

A mí no se me puede venir con gaitas templadas, porque cuando a mí me tocó actuar, no lo dudé ni un segundo, y una vez que tomé la resolución nunca se me ocurrió volver los ojos atrás.

Por eso antes de seguir adelante contaré algo de lo que fue nuestra guerra, o mi guerra, aun cuando aquello parece ser que fue también la guerra de todos.

Cuando ya vencido, después de una etapa de balneario, entiéndase campo de concentración, de donde me escapé, volví a entrar en nuestra tierra por los Pirineos, yo sabía muy bien a lo que me exponía, porque dentro estaban no sé ya en que Año Triunfal, si el cuarto o quinto –fue el quinto– que sonaba por todas partes como una cantinela, y no se me encogió el ombligo y si Justo, por ejemplo, hubiera estado enterado, es muy posible que me hubiera tomado más en serio.

Decidimos desplumar a don Sixto como si fuera el Banco del Espíritu Santo, y no era hombre ni para bancos ni para cheques sino que era un viejo ahorrador, un cura, que según se supo después había guardado unos miles de duros en plata durante la guerra, para entregárselos a los vencedores, y nunca los tontos del comité del pueblo se habían oído que estaba escondido en una cuadra, entre los cerdos, como se merecía, pero después pudo salir victorioso, repartiendo avales, «éste no es bueno», «éste puede pasar», «éste no sé lo que habrá hecho», «éste dicen que iba de noche con los del camión de los *paseos*» y, según él dijera, unos iban al paredón o al campo de concentración, o a la plaza del pueblo a levantar el brazo, porque el cura hasta era el encargado de abrir el correo del pueblo y censurar las cartas que salían y las que entraban, una miseria de hombre sin conciencia, por el que habían caído varios de los mejores.

Se trataba de saldar una cuenta, y bajamos del monte el trío que llamábamos «de las liquidaciones», y pillamos al cura en calzoncillos largos de punto y con un gorrito, y cuando nos vio tembló como un gusano, lloró como una vieja, se cagó como un crío, y lo dejamos sin plumas y cacareando, porque el padrecito tenía hasta el dinero del Auxilio Social de la puñeta, seguro que creyó que íbamos a que nos hiciera un «préstamo» de urgencia, pues él se dedicaba de siempre a estos actos de caridad. Debimos que haberlo matado aquella noche, pero con aquel arrastrarse dándonos hasta el reloj, ¿para qué queremos su reloj de cura delator? –le dijo Rafael–; era una vergüenza de ser humano, y sin embargo él era el que había administrado la paz en el pueblo.

Pero al día siguiente ya supimos –y se lo habíamos advertido– que don Sixto y el sargento de la Guardia Civil habían tenido una entrevista misteriosa en la sacristía y, por quien lo supimos no podía fallar, y esto daba ya náuseas, que él estuviera forrado de dinero mientras medio pueblo se moría de hambre, y los tres de mutuo acuerdo dijimos que no hacía falta más.

No esperamos mucho, el sábado siguiente, Pancho y yo solos nos acercamos de noche al ventanillo del farmacéutico, por la parte de atrás, donde todo son malezas, cambroneras y pedruscos, después de cruzar la corriente helada del río y un prado en el que nos hundimos hasta los tobillos, y allí estaban a cuatro palmos de nuestras narices los cuatro prohombres de Candalia, don Sixto con sus lentes de vieja, don Ricardo, con sus orejas grandes, coloradas y caídas, un matasanos bien forrado, don Perico, con su boina hasta el cogote y que no debía quitársela ni para dormir, una boina que ya de parda tiraba a verde y rojo, y también Paco el de las mulas –éste no era don, ni tan rico– con sus ojos de cocodrilo, el Paco miedoso de siempre, y los cuatro tenían entre las manos de roñosos cacicones las sobadas y mugrientas cartas, y seguro que la partida estaba en su fase más interesante, por la cara de los cuatro, que también de vez en cuando echaban un sorbito de licor.

–Déjame a mí, esto es cosa mía –le dije a Pancho.

Apoyé la pistola (Model Pólice), en la madera de la ventana y como don Sixto estaba enfrente, justamente con todo el resplandor de la lámpara sobre su gorrito negro y redondo, no tuve que hacer otra cosa más que apretar.

Cayó el cura delator, es una pena que no le contara el caso a Justo en algunas de aquellas primeras comidas en que me sonreía meloso y me daba palmaditas en la espalda, así hubiera sabido a qué atenerse, lo vimos caer con el tiro infalible, pero a nosotros la explosión nos pareció que hacía retumbar las colinas vecinas, y pronto se hizo el silencio y los gritos y las carreras ya ni los oímos.

Así digo yo que hay que hacer las cosas cuando llega la hora, fue una pena no poderle dejar un cartel que dijera: «Por chivato, por romper el secreto de confesión, por negociar con el hambre del pueblo», ¿no nos había prometido callar?, ¿no habíamos quedado entre hombres que lo mejor era cerrar el pico?, pero él tenía a su «sargento» amaestrado y se creía Dios vivo, allí se hacía lo que él mandaba y sus avales eran vida en deuda permanente o sentencia de ejecución, pues ya estaba ejecutado.

En el mundo tiene que haber justicia, pero no la justicia que dicen ellos.

¿Qué podía saber Justo de lo que es luchar, caer prisionero y escaparse, volar un tanque con los piojosos italianos dentro, renunciar a todo, salir exiliado, volver con las armas al país, fugarse en un barco de carga hasta Méjico, de Méjico a Puerto Rico, llevando la documentación de un muerto siempre encima, vivir años y años en la zozobra de un ideal que en mí no ha sido vencido a pesar de las desvergüenzas de tantos, estar dispuesto

siempre a comenzar por el principio, para que a última hora nos salgan estos soplapollas de guerrillas urbanas, estrategias de ficción, doctrinarios sin historia?

Y además con curas como consejeros por medio.

A mí nadie me iba a sacar de mi norma, ni siquiera Narciso con su olfato de supertécnico en golpes de efecto –porque le había salido bien una cosa en la República Dominicana–, pero todo era cosa de esperar, esperar un poco más como un manso cordero, diciendo que sí a todo, no dándose por enterado de los desplantes, repartiendo si es menester enhorabuenas, pero manteniéndome fijo en mi decisión como el hacha que cae.

Había que convencerse de una vez, y era Justo el que ahora estaba necesitando la lección en vivo, y cada vez mi determinación iba tomando más cuerpo y peso, un peso que ya me hacía caminar con las espaldas un poco curvadas, o al menos así me veía yo a mí mismo mientras aguantaba, callaba, resistía, digería el nuevo programa redentor, porque era irrisorio haber tenido que llegar como llegué a este país de la gran coña –a lo mejor, lo más seguro, me expulsan, aunque el abogado dice que no– para que un cura renegado, traidorzuelo, tan cura como don Sixto o más, tratara de montarse sobre mí, haciendo burla de mis ideas, «con locuras no vamos a ninguna parte, hay que emplear la cabeza y dejarse de emociones temperamentales», y llega un momento en que el vaso se desborda, y también a él le llegaría –le estaba llegando ya– su momento. De esto no había duda.

Justo y su empalagoso cura, con un aire entre resignado y protector, seguían tan amigastos, se veían, conversaban, comían, discutían, se miraban de frente los dos lagartones y sonreían, y los dos eran de la misma pasta falsificada, el uno tan refinado que cree que da lecciones en las NU, el otro oscilante, viscoso, aunque dicen que había hecho tanto por los separatistas vascos, y los dos se traían algo blando entre las manos.

Otro dato: un día, en un rincón del pasillo de la prensa, por donde están las agencias de información mundial en las NU, el preste visitante le leía un documento con gran calor a Justo, y Justo negaba con la cabeza, pero el otro seguía leyendo, y yo desde la cabina telefónica los vi un rato mientras hacía llamadas inútiles y falsas, pero cerciorado ya de la concomitancia, cualquiera sabe, a lo mejor hasta se trataba de una reconciliación de Justo con Roma o con su obispo, que lo habían hecho cardenal, seguramente por méritos de guerra, y fue una pena no poder fotografiarlos y enviársela a Narciso, el Narciso incrédulo de todo lo que no sea su idea sobre el trabajo en equipo, éste de aquí, el otro de allá, el retrasado mental de Narciso que seguía creyendo en Justo como los zulús creen en el hechicero.

Al día siguiente o al otro, todo fueron emociones, sorpresas y carreras, porque se había batido el récord de los *hijackings*, tres en un día, casi se diría que el contagio se había hecho universal y ya hasta lo de la ida a Cuba quedaba marginado como algo episódico, porque las gentes más distintas, griegos, turcos,

árabes, judíos, hasta un español, se habían metido en faena de modo un tanto incontrolado, pero al menos efectivo en algunos casos, y sólo la calidad del secuestrado podría dar una dimensión ancha a lo que ya para el «ejército del pueblo» o los *tupamaros* o los canadienses, era coser y cantar, aunque los secuestros en tierra, si bien resultan a veces más dramáticos no son tan rentables desde el punto de vista de la propaganda y el impacto moral sobre la conciencia abotargada del mundo.

Había llegado a convencerme por aquel tiempo de que un rapto como el del *monsignore*, aunque de entrada nos produjera rechazos y críticas, también produciría, aun dentro de los mismos católicos, cierta propensión hacia la autoacusación y el sentido de culpa por todo lo que no han hecho ni hacen ni harán nunca y que debía de entrar dentro de su mandato, un abrumador peso de conciencia mundial por el papel meramente decorativo que la Iglesia católica juega ante todos los países y sus conflictos quedarían al descubierto.

Para mí tengo y tendré siempre que los católicos en concreto tienen mucha culpa, casi toda la culpa, de lo que sucedió en España, ese baño de sangre del que están tan horrorizados, pero que no han hecho nunca nada por evitar, y es más, que están dispuestos a precipitar de nuevo con su sucio compromiso con el poder.

Aquel clamoroso día de secuestros en el aire, seguramente Justo esperó que yo tuviera alguna expansión, aun cuando fuera

por teléfono o metafórica, con él, pero yo no quise picar el anzuelo, y por eso mismo él me llamó casi a las doce de la noche, cuando yo ya estaba en la cama.

–¿Te he despertado? –dijo.

–¿Pasa algo? –le pregunté alarmado.

–Siento haberte despertado.

–Qué va, estaba leyendo.

–Alguna novela erótica, de esas que te gustan.

–No, estaba entretenido en un documento –recalqué– de la «santa mafia» en España.

–También tienes ganas.

–No creas, me parece muy interesante. –Y para picarle, agregué–: He buscado tu nombre en esa lista.

–Qué mala persona eres.

–Huy, no soy ni la mitad de lo malo que debiera, pero tampoco soy un mirlo blanco.

–Bueno, solamente quería decirte algo concreto.

–Tú dirás.

–Viaje a Méjico en perspectiva.

-¿El de las faldas o yo?

-Quien tú ya sabes.

-No iré a arreglar las relaciones diplomáticas.

-Va de vacaciones a Cuernavaca.

-Un fin de semana con alguna dama.

-Eres incorregible, siempre en lo mismo.

-Con algún muchacho, entonces.

-Hay un cenáculo de herejía por allá, iré a echar un vistazo.

-¿Y por qué no me lleva a mí? -quería agotar su paciencia.

-Con lo que te he dicho, basta.

-¿Yo tengo que hacer algo?

-Tú a dormir o a seguir con la novela.

-¿Y tú?

-Yo estoy con un informe sobre el Canal de Suez.

-Joé, qué choyo.

-Ya te llamaré muy pronto y nos veremos.

-Espero que llames.

–Eso mismo.

–¿Y yo tengo que hacer algo?

–Por ahora, quieto.

–Como un muerto –y él dijo así como «buenas noches, amigo» muy efusivo y yo abrí la boca en un gran bostezo.

Una vez más, se descolocaba como un mandarín chino.

Me quedé pensando en mi papel, Justo seguía siendo el diletante de la revolución, un contemplativo metido a agitador prudente, para mí la voluntad es lo principal en la tragedia de la anarquía, y para mí un hombre se mide por su energía de cara a la acción, todo lo demás son latosos cursis que se mezclan siempre en la empresa revolucionaria por motivos de vanidad o de utilidad, mordaces hasta de su propia irresponsabilidad, simplemente engañosos y mientras existan prejuicios de casta, de estructura, de fines, no existe frenesí revolucionario.

Tienen capacidad de hastío pero no de cólera, con ellos no hay romanticismo posible, porque son el alma de la hipocresía y no tienen potencia de sacrificio. Justo me había hablado como si estuviera dando noticias de un informe convencional a la Secretaria de las NU.

Uno podrá ser un desquiciado, pero nunca en mí imperó la

moral del egoísmo, yo soy partidario de la energía vital como base de todo, porque todo se hace por voluntad y hacer las cosas es querer hacerlas, y por eso nunca estaré con los programadores dialécticos de la revolución, vengan por el camino que vengan, y repito que estoy decididamente con los sacrificados que hacen todo aquello que se pueda hacer, incluso lo imposible, sin tener en cuenta tanta antropología, tanta sociología, y tanto cálculo entre las conveniencias y el miedo, entre los intereses y los pactos, y no hay más pacto revolucionario que la acción revolucionaria en sí hasta sus últimas consecuencias, acción a caño suelto, libremente, espontáneamente, naturalmente.

Me dormí odiando más que nunca a Justo.

Muy temprano recibí otra llamada y me dijo: «Esto va más rápido de lo que creía», y era Narciso, muy contenido en su radiante felicidad, algo enigmático pero más prometedor que nunca, y diciéndome, «para que veas» y acaso también para detener cualquier impulso espontáneo mío, para encerrarme en el calcetín y recalcar me dos cosas: que Justo lo tenía en el bolsillo y que no había posibilidad de otra acción que la que partiera de él.

Fui más pronto que de ordinario a las NU y en la cafetería, entrando y saliendo, procuré coincidir con Susan, pero ella estaba de un humor negrísimo, y me dijo:

–Estás perdido.

–Estoy donde siempre.

-Pero no se te ve.

-Tampoco tú llamas.

-Estoy muy ocupada.

-También yo, porque ahora estoy en un punto interesante, porque estoy demostrando cómo los legionarios y los moros avanzaron exactamente por Extremadura con la moral de los verdaderos «cruzados» cuando se acercaban a la Jerusalén celestial, es más, creo que voy a poder demostrar que los obispos españoles desde el Primado, ya antes de la guerra, para ir creando conciencia previsoría en los católicos, los profetas del ayer, ya recomendaban un poco veladamente la lectura de Carlos Marx e incluso en los seminarios se discutía abiertamente que la Iglesia no había estado con los pobres prácticamente nunca...

-Parece que te han dado cuerda -dijo.

Por debajo de la mesa toqué su rodilla y se estremeció.

-Estás salido de madre -murmuró.

-Más bien salido de padre -repuse y ella permaneció en silencio hacia el fulgor del río, que brillaba como un ascua. Al cabo de un rato, le dije-: ¿Sigue el extraño visitante dando la lata?

-Irse no se ha ido, pero ha pasado un poco la tensión de los primeros días.

-¿Y de qué hablan?

-Muchas veces cierran la puerta y deben hablar de algo de antes, de la vida pasada, pero también les he oído hablar como de algo preocupante del acercamiento de Rusia a España.

-¿Ah, sí?

-Y del ingreso de la China de Mao en las United Nations.

-¿También?

-Es un tío muy insistente y pesado -comentó, y como si temiera una presencia extraña en la cafetería, acaso la presencia de Justo, se levantó algo nerviosa.

Intenté acompañarla sabiendo que la contrariaba y al lado del ascensor, me dijo:

-Es mejor que no vengas arriba.

-Pero si no iba a subir.

-Es mejor también que no nos vean en el ascensor.

-Pero, ¿por qué estás tan rara?

-Tú también estás algo raro.

-No te entiendo.

Pero cuando ya se iba, se volvió para decirme:

-Luego, si quieres, vienes a casa.

-¿Tienes algo nuevo que yo no conozca que quieras enseñarme?

-¿No ves cómo es verdad que estás hecho un cínico?

-Yo estoy actuando en la orquesta según el pito que me tocan.

Ella hizo un gesto de enfado y se fue, pero cuando se cerraba la puerta del ascensor se arrepintió, quiso decirme algo, pero desapareció.

Quizás este arranque estudiado debí de tenerlo yo mucho antes, porque ahora me convencía de que era el único método para que ella fuera tomando partido en el instante crítico, y aunque todavía no había llegado el momento de preguntar era muy bueno que ella, espontáneamente, adivinando que podía tener una misión muy concreta en sus relaciones conmigo, hubiera comenzado a desembuchar.

Susan iría soltando prenda, aun cuando yo no había dicho esta boca es mía, pero había un punto que para mí seguía siendo obsesivo y era la presencia del pasaporte de Justo y los suyos en su mesilla de noche, además de la visita que ella le había hecho en su propio domicilio, ¿por qué ella no me había dicho nada de todo esto?, pero ella cantaría y el sistema que había comenzado a emplear estaba seguro de que daría juego.

Aquella tarde lógicamente no fui a su casa, pero la llamé para

decirle que al día siguiente probablemente lo tendría libre, es más, previniéndole que era sábado, le dije:

–¿Por qué no salimos fuera?

–Fuera, ¿dónde?

–Donde sea, donde tú quieras.

–Pero es que tú sabes muy bien... –y la imagen del niño aquel como congelado en anormalidad se interpuso entre nosotros. Por eso le susurré con tono de arrepentimiento:

–Perdona, ya sé, no te debía de haber pedido esto.

El niño, que yo no terminaba de aceptar como suyo, aquel queso inerte y fofo mirando fijamente desde un redondel de carne excesivamente blanca, excesivamente también blanda por lo que parecía, que yo ni lo había tocado, era como un muro de carne entre los dos, tan pequeño y tan obsesionante, tan insensible y tan acusador, tan quieto y tan intranquilizante, y así no había manera ni de copular ni de nada, porque aunque encerrado en el rincón tras el biombo y la pequeña biblioteca, el crío miraba o parecía mirar, aun escondido en un rincón del otro cuarto vecino, entre la cama y la coqueta como parapeto, el niño era como un globo volador cuyos ojos ignorantes, inexpresivos, quietos, daban una sensación aguda de testigo mudo pero sabio, callado pero acechante, ¿por qué y para qué existía aquel trozo de carne no sé si sin alma pero ciertamente con una vida de gran ameba, de polluelo monstruoso? Susan jamás había hecho mención de aquel dolor testimoniante de algo, ni yo me había atrevido a preguntarle, y todas las frases que se nos escapaban

sobre él eran como ajenas a sus leves balbuceos cuando babeaba.

Era natural que yo evitara cada vez más aquellos fugitivos: «Aquí no, ahora no», «espera que lo cambie y lo lleve al otro rincón», y sobre todo aquellos «es tan bueno», que eran una tortura física más que moral, y ya en más de una ocasión, como enloquecido, había hecho de tripas corazón o mejor del corazón tripas y le decía apretándola: «Qué más da», y efectivamente, tantas veces había dado igual que estuviera el niño o no estuviera.

El sábado muy temprano me llevé otro chasco, porque al sonar el teléfono creía ciertamente que se trataba de un nuevo golpe de efecto de Justo, pero no, era Susan para decir que todo estaba arreglado, y sin esperar a más explicaciones, me citó en la Grand Station a las cuatro en punto de la tarde, dándome, así por las buenas, el andén y número de tren en que deberíamos salir. ¿Es que la acompañaba alguien a la estación?, bueno, era igual, ella no iba a faltar y ya nos encontraríamos; ella además llevaba los billetes.

Susan siempre salía por donde menos se la esperaba y yo me hice a la idea de que alguna revelación tenía que hacerme. Aun hoy mismo no sé del todo cómo es Susan y cómo reaccionará, me ha dado ya demasiadas sorpresas, al principio parecía que todo era cuestión de cama, pero hay más, ¿por qué la seguí y la sigo todavía?

Acudí a la estación con cierta emoción por la aventura y sus posibles consecuencias, pero tuve que maldecirla más de cien veces: las cuatro menos diez, menos cinco, menos un minuto, menos nada y el tren que arrancó y yo no sabía si montar o bajarme del estribo cuando decidí seguir la suerte del tren que me llevaría a cualquier sitio desde el cual podría de todos modos volver a Nueva York, pero con ello le demostraría que yo era un hombre cabal, y me iba diciendo: «En la primera estación me bajo» y empecé a cruzar vagones, iba a encontrarme de un momento a otro a los revisores y todo iba a ser un pequeño lío, pero yo quería convencerme de que Susan no fallaba, o acaso también deseaba que fallara, y cuando ya me había jurado dejarla para siempre, no hacer caso ni de sus llamadas ni de sus lloros ni de sus deliquios, apareció rápida, algo excitadilla, con cierto asombro en los ojos. Mi cara debió de indicarle algo raro porque muy mimosa me besó y me pasó la mano por el cuello dulcemente.

–¿Has llegado a creer que no venía?

–No sé qué podía creer –le dije con cierta sequedad.

–Pero, ¿ves como he venido?

–¿Y dónde vamos, si se puede saber?

–Secreto, secreto, ya lo sabrás.

Y empezó a preocuparse de su maletín y de su bolso, porque ella iba preparada como para una excursión en toda regla, mientras yo iba a pelo. De repente quise y me contuve, preguntarle qué había hecho con el crío, esa torta de carne que es como la

expresión del dolor sin sentido ni explicación, pero ella huía por ahora de darme detalles y estaba sólo atenta al viaje, como si fuera un viaje de bodas.

Siempre me ha producido tristeza el tránsito macabro de las casas y las pistas cruzadas de los alrededores de Nueva York, por esa parte donde se amontona la chatarra, trozos de ríos o de lagunas fangosas y donde se suceden los puentes absurdos y las callejas sucias, naves con los cristales rotos, alguna que otra fábrica espantable, hasta que poco a poco van apareciendo viviendas más residenciales. No hay nada hecho, todo está al montón, y la procesión de escombros, trozos de vegetación salvaje y vallas misteriosas dan idea de un mundo inabarcable. Susan se apretaba a mí como las olas a la quilla de una barca y es que iba emocionada y yo procuraba calmarla, aunque yo también notaba cierto desasosiego, ¿adónde íbamos?, ¿y sólo para el machaqueo sabido, sólo a la cama?, de algo más habría que hablar y entre lo que se podría hablar estaba el nudo casi insoluble entre mis ganas de acabar con aquello y con los recelos, un escurridizo nudo entre el deseo y la desconfianza, que ya era hora de que se acabaran las dudas, y las dudas sólo se acaban con alguna violencia radical.

Susan se había hecho niña y jugueteaba con todo, con su sortija de soltera con hijo tarado, con su pelo de panterilla locuela, con su collar que enrollaba en un dedo produciendo cierta música con las cuentas, con sus tacones que sacudían el madero del suelo como castañuelas, con sus senos que me herían fugitivamente en un azotamiento como de pieza que invita a la caza, experta en su intromisión y en su fuga.

Para perturbarla un poco le dije:

–Oye, sabrás que yo no traigo mucho *money*.

–Llevarás el talonario.

–Qué va, a mí no sé si me aceptarán la firma y yo no tengo tarjetas de esas que todo lo resuelven.

–No te preocupes, mi niño... yo soy rica por mí misma y tengo crédito.

–Tú estás rica, que no es lo mismo.

–Eso lo dices tú, no sé si muy convencido. Le apreté la mano y ella me clavó las uñas.

El tren no iba muy lleno, pero iba mucha gente estafalaria, negros elegantes, soldados del Vietnam, que iban o venían, tipos solitarios que hacían muecas y hablaban desde dentro de su inmensa soledad, viejecitas con increíbles trajes de flores y sombreritos locos, tristes muchachos que se las querían dar de divertidos.

Vino el revisor y entregó los billetes.

–¿Adónde vamos? –volví a preguntar.

–¿Tú crees que yo lo sé? Cuando nos cansemos nos bajamos y lo que salga.

–No serás tan insensata.

–No seré tan insensata –y abriendo el bolso sacó un manojito de llaves que movía como un trofeo.

–Eres una buena mujercita –dije acariciándola–, una buena mujercita que está en todo, o casi en todo.

–¿Tienes alguna queja?

–Ninguna, eres maravillosa –y me quedé mirando el paisaje que había cambiado un poco y de los desmontes y las construcciones caóticas se iba pasando a pequeños núcleos urbanos, muy medidos y enjardinados, que de vez en cuando concluían en torres residenciales.

Sin embargo, más que los chalets y los pequeños parques, lo que me seguía atrayendo eran aquellas mansiones agujereadas, en pleno abandono, de las que brotaba una sensación de albergue posible para maleantes, escondite propicio para cualquier acción revolucionaria bien dirigida.

Y seguimos cruzando puentes sobre puentes, puentes sobre el agua quieta y putrefacta, puentes sobre el agua que corría hecha espuma, puentes sobre carreteras, puentes sobre coches y trenes, puentes sobre iglesias, cementerios y fábricas interminables, puentes que daban a esquinas sin esquinas y a fachadas con ventanas ciegas, y de nuevo los lagos sucios de cuyas aguas grises salían volando gaviotas o pajarracos que sólo en el cielo azul se hacían blancos, y de vez en cuando avionetas que se remontaban sobre las copas de los árboles o que caían sobre un espejo de asfalto.

Ella de vez en cuando miraba el paisaje, pero sin extrañarse de

nada, como si todo le resultara familiar.

Y seguíamos en el tren, sin que ella hiciera ademán de preocuparse de estaciones ni lugares. A veces cerraba los ojos lánguidamente.

Seguro que llegáramos donde llegáramos, lo primero que se le ocurriría sería un baño en la misma bañera –tiene manías de éstas y lo escribiré aunque se enfade– y desde luego sería muy raro que en el extraño y pesado maletín no portara alguna botella para el brindis inicial; Susan sin alcohol era imposible, aunque creo que cuando la conocí no había llegado nunca a emborracharse, ahora no es que se emborrache pero aguanta más que un carabinero.

Empezaba a preocuparme un poco, porque Susan se enrollaba en el butacón como una gata, pero no mostraba ninguna inquietud por el paso del tiempo, y por unos instantes llegué a pensar si no estaría yo siendo secuestrado, pero me reí porque en realidad sí que estaba siendo secuestrado, pero en otro sentido.

–Oye –le dije–, no dejarás que se nos haga de noche –y le pedí los billetes, pero ella los escondió en el bolso diciendo: –Tienes miedo de mí, confíesalo.

–No seas tonta, miedo ¿de qué?

–Miedo de ti mismo.

Me callé un rato como enfadado y, al cabo de unos minutos, dijo:

–Pues yo a veces tengo miedo de mí misma.

Seguían desfilando cintas o cuadros de paisajes siempre rotos, paisajes ciegos, paisajes que no eran paisajes porque por algún lado estaban truncos, mancos, despedazados por la misma naturaleza, paisajes sin paisaje, paisaje uno y múltiple, igual a su propia monotonía, un paisaje que era el mismo y ninguno, todos y nada, pero aún así, aquellas vías muertas, la chatarra amontonada, los barcos fantasmas, los coches en parques como verbenas sin gente, las estaciones que despedían un olor pútrido, páramos enormes sólo iluminados por la lengua alzada de una llama que brillaba entre tubos y humos, más industrias, y de rato en rato de nuevo alguna caprichosa serpentina de casitas sin ninguna clase de animación urbana, algún solitario chalet cuajado de enredaderas salvajes y con un perro a la puerta. Ahora yo pensaba que debería haberme traído algún libro, al menos algunas revistas, para enajenarme a mi modo, para escaparme de algún modo del acoso que me aguardaba, el rapto del *monsignore* iba a ser gloria bendita comparado con el mío que debería ser exprimido como un limón para enferma grave, ojalá me hubiera bajado al no verla en la estación y hubiera tenido disculpa y salvación, todo junto.

Viéndome tan caviloso ella me dijo:

–Te traigo algo para leer –y la miré con ojos estupefactos porque siempre he creído que tiene algo de bruja.

–No será tu preferido Truman Capote –le dije.

--No, es otra clase de literatura –respondió muy enigmática.

–Ya sabes que la literatura que a mí me hace efecto es la destructora.

–Vamos, la anarquista.

–Si tú entiendes por anarquista la del propio sacrificio hasta el suicidio, si es menester colectivo, digamos que la anarquista.

–Pero, ¿crees de veras que hay literatura anarquista?

–La ha habido siempre y la habrá.

–¿Toda literatura de renuncia y exterminio es para ti anarquista?

–Si es sincera, sí.

–¿Aunque suponga la propia inmolación?

–Siempre que no haya por medio más que la mística de la propia voluntad, una voluntad personalísima, exclusiva, inalienable, auténticamente destructora del mundo que pisamos.

–Pues a lo mejor –dijo sonriendo enigmática –es casi literatura anarquista la que se me ha ocurrido traerte.

–Pero, ¿qué es?

–No seas impaciente, ya lo verás.

Hice además de agarrar su maletín, pero ella me dio cariñosamente unos golpes en las manos.

–Te he dicho que luego, mi hijito.

La comparación con su hijito me puso sombrío y desmoralizado y ella lo notó, no sabía cómo salir del apuro y yo le di la mano, la alusión a aquel hijo mermado que parecía una pera en dulce, no volvería a repetirla, aunque entre nosotros el foso de aquella carne al parecer impasible siguió y sigue existiendo. Pasamos un túnel y al salir de él me puse a pasear por el vagón, parándome de vez en cuando en aquellas ventanillas donde no había nadie. Ella fumaba nerviosamente.

«No preguntaré nada de ahora en adelante», me dije, no sabía por dónde íbamos ni adonde, y todo me daba igual, ya habíamos dejado muy atrás una extensa zona de chimeneas, de tendidos de luz, de charcas inmensas, de puertos en recovecos, y sólo teníamos ante los ojos los aleros locos de los locos puentes, filas de camiones de todos los colores y tamaños por las carreteras a ambos lados y a veces entre el humo y el agua siniestros pajarracos revoloteando sobre los hoyos descomunales que abrían las excavadoras.

De improviso, pero como si lo tuviera muy estudiado, Susan se levantó y dijo:

–Vamos.

–¿Hemos llegado?

–Está claro.

–Pero, ¿dónde hemos llegado?

–Baja, desconfiado, y lo verás.

Bajamos y yo no vi nada, más que un cuadrilátero de tapias hoscas, un poco más allá un puesto de gasolina y un revuelto bazar de coches usados.

Susan miró anhelosamente hacia todas partes hasta que, por fin, como por encanto, apareció un Mustang blanco, y el señor que lo conducía descendió y le ofreció las llaves a Susan. –¿Quieres llevarlo tú? –me preguntó.

–No, no, tú; yo no sé adónde vamos y ya sabes que me dejo llevar muy bien.

–En seguida sabrás dónde vamos...

Y Susan, puesta al volante y con su pitillo encendido, puso la radio y como saliera la música de *Hair*, se puso a cantar como una loca.

–Parece que estás contenta –le dije.

–¿Y tú no? ¿Es que estás arrepentido de haber venido?

–¿Sabes que tengo como la vaga idea de haber estado aquí antes?

–¡Qué cosas más raras dices!

–Más raras serán las cosas que hago –respondí.

Ahora nos movíamos ya por pleno campo pero un campo que juntaba lo agreste y lo cuidado a trechos; en curvas y pendientes suaves íbamos dejando atrás, no siempre al lado del camino, casitas de recreo o casas grandes de campo o granjas, enteramente dedicadas a faenas agrícolas, algunas veces algún caballo suelto, los perros que ladraban, algún ciclista o motorista nada deportivos, algún tipo parado junto a la caja de correos que saludaba como por obligación, los coches viejos llenos de barro, todo ello me iba dando la impresión de que nos internábamos en caminitos vecinales. De repente paró, abrió el bolso, sacó una especie de mapa y después de consultarlo, exclamó:

–Estamos en la ruta cierta.

–Esto parece un secuestro en toda regla –solté la carcajada. –Y lo es, un verdadero secuestro y ahora –me puso la mano en el cuello tensamente, pasándomela después por la mejilla y las orejas –vas a pagar todo lo que me has hecho sufrir.

Estaba en manos de una loca, eso ya lo sabía desde el principio, pero no la creía de todos modos tan osada, dos o tres veces le dije que dejara de poner la mano arriba y abajo y que no descuidara el volante, pero ella reía, reía y seguía cantando. –Estás como una chiva.

–Tú lo has dicho, como una chivita estoy.

Otra vez se detuvo y de nuevo consultó su mapa, y, después de mucho pensarlo, se metió por un camino tortuoso y empinado, y yo calculaba que por lo menos estábamos a cincuenta millas de Nueva York, metidos, sin más, en el corazón de New Jersey. –Pero aquí debe de haber hasta lobos y zorros

-dije.

-Lo que sí hay son muchos jabalíes.

-Lástima de escopeta.

-Es posible que la haya allí.

-¿Dónde?

-Pues donde vamos.

-No sé adónde vamos.

-¿No quedamos en que vas *secuestrado*? Los *secuestrados* no preguntan tanto.

Por fin, cruzamos difícilmente un puentecillo que ella saludó diciendo:

-Ajajá.

A un lado quedaba una granja, y al otro dos o tres casitas repartidas entre arbolado copioso, ahora los pájaros eran finos cantadores y se podían notar terrenos acotados por cualquier parte, el paisaje era como una estampa bucólica, aunque por los bordes descubría lo montaraz y lo no dominado todavía por los columpios, las pistas de tenis, e incluso pequeñas barcas que daban idea de que muy próximo debía de quedar algún río o lago, el verdor en cascada efectivamente hacía pensar en corrientes silenciosas de agua, el sitio se imaginaba envidiable en verano, pero aquello estaba entre dos vidas, entre la zona

residencial y el bosque, entre rebaños de casas y puro descampado, molinos abandonados y casas viejas o destruidas, muy cercanas a espléndidas fincas de recreo; por supuesto, como escondite no tenía igual.

Seguimos dando bandazos, Susan giró a la izquierda y se metió por un túnel frondoso que iba trepando hacia una especie de colina, y al dar una vuelta en redondo casi dimos con una casita de madera pintada de colores verde y rosa, algo que resultaba un tanto cursi y ridículo en la agresividad del paisaje. –Aquí es –dijo Susan muy segura de sí misma y más mandona que nunca.

Me dio su bolso y el maletín mientras investigaba en un manojito de llaves. Luego me ordenó:

–Vamos, vamos.

Ya estábamos en tierra y el coche lo había dejado apartado a un lado diciendo:

–Ya veremos cómo funciona el garaje, si no están dentro todas las máquinas del campo –y mirando alrededor, agregó–: Pero mira qué maravilla de vegetación, de luz, de soledad, la pura naturaleza a nuestro servicio como si fuéramos millonarios...

A este optimismo radiante, yo más vencido por los colores otoñales que reinaban por todas partes, respondí:

–Aquí nos da un dolor de barriga y nos quedamos tiesos.

–No seas pesimista, anda.

–Aquí, viene alguien, nos pela y no se entera nadie.

–No irás a tener miedo ahora, porque todo está previsto –y abriendo el bolso, sacó una pistola que era una monería, lo cual me dejó estupefacto.

–¿Y cómo tienes tú esa chuchería de juguete?

–¿Crees que es de juguete?

La tal mansión más bien parecía un nido para incubar, pues Susan fue probando una tras otra todas las llavecitas de su monedero, descartando las usuales suyas, y ninguna daba con el quid de la cerradura.

–Esta será... –decía ella– ¿A qué me ha dado las llaves que no son?

–Total, me veo durmiendo en un motel.

–No es posible, no es posible –y volvía a comenzar con las llaves desde la primera a la última.

Ninguna abría y Susan sudaba y decía palabrotas.

Era preferible irse, porque si alguien al pasar por alguno de aquellos caminos o desde cualquiera de aquellas casas más o menos cercanas, nos veía podría creer que éramos gente de poco fiar; entonces yo cogí el llavero, probé una y otra vez, y

tampoco; era desesperadamente ridículo todo aquello.

Si no llego a mirar al suelo todo hubiera sido mucho más estúpido y delirante, porque en el suelo había una llave y aquella fue la única que abrió la puerta, con lo cual se acabaron las maldiciones de Susan.

–Serénate, querida –le decía yo, pero quien más necesitado estaba de calma era yo mismo.

Aquello olía no sólo a cerrado. Antes de abrir ventanas y de curiosear un poco el tal albergue –con su tocadiscos, pequeña biblioteca, simulación de bodega– ya había ocurrido lo que tenía que ocurrir y que era preciso adelantar cuanto antes para relajar toda tensión.

Susan con su aire romántico y sus ojos endoloridos porque es un poco miope, no tiene espera, y he de aclarar que, aunque yo era ya o comenzaba a serlo un poco convencional con mi entrega a Susan, puesto en faena, tenía que hacerle hincar la cabeza, y dejarla muda y desfallecida, sobre todo, para que me dejara en paz a mí.

Queriendo cerciorarme de dónde estaba y cuál era la situación de la casa, di una vuelta por el terreno colindante y desde luego, en plena primavera o en verano, con su pequeño laguito cercano, aquello era un buen rincón, si acaso demasiado solitario,

lo que ocurría es que el largo otoño lo colmaba todo de pesadumbre y tristeza, y casi todo resultaba irreal, el oro de las hojas de los árboles, el silencio de la muralla de bosque, el rumor imperceptible del agua en el inminente riachuelo, pero más irreal era mi estado de ánimo que, en vísperas de una jornada de acción violenta, diera por bueno un sosiego que tenía ciertamente como un sello de cobardía.

Ella se había vestido –y desnudado– como una ama de casa americana y si he de decir la verdad estaba furioso contra su frivolidad y contra mi inconsciencia, aunque las dos cosas pudiera decirse que eran sólo aparentes.

Al regresar, se sentó a mi lado y me dijo:

–Tengo algo que puede interesarte.

–¿Ah, sí?

–Se trata de Justo.

–¿Sabe qué has venido conmigo?

–No creo que pueda ni sospecharlo.

–¿Y has pedido permiso?

–No hacía falta, pero dejé dicho que a lo mejor el lunes no iba a las Naciones Unidas.

–¿Y qué es lo que sabes de Justo?

–Algunas cosas.

-Pero, ¿se pueden saber?

-Claro que sí, por ejemplo, que el cura que va y viene con él esta temporada es español.

-Me lo figuraba.

-Pero, ¿sabes algo de él?

-¿Crees que vale la pena?

-El cura es de un pueblo de Murcia, por Alicante, y ellos dos se conocieron en Roma después de la guerra civil.

-¿Y qué más?

-Pues que se pasan los días como el perro y el gato.

-¿Tanto?

-Han discutido y fuerte.

-Eso no es decir nada.

-Yo no me acuesto con ninguno de los dos y menos con los dos juntos, como puedes suponer -y Susan tuvo un acento de irritación por mi falta de confianza.

-¿Qué edad tiene Justo?

-Acaba de cumplir los cincuenta.

No me engañaba, porque yo me había quedado muy bien con

los datos del pasaporte, pero había que seguir sacando todo lo posible y seguí preguntando:

-¿Y el cura ése?

-Es mayor, por lo menos tres o cuatro años.

-¿Y dices qué se conocieron en Roma?

-Durante la guerra europea, ellos estudiaban allí, y tienen una especie de *asociación* o algo así que los liga uno con otro...

--Lo importante sería saber qué es lo que busca aquí concretamente el cura.

-No es fácil saberlo todo, pero ha venido especialmente a ver a Justo.

-¿De dónde viene el forastero ahora?

-Me da la impresión de que viene recorriendo varios países de América del Sur y viene visitando seminarios y antiguos compañeros y es como si fuera un *inspector* de ellos.

-Vamos, un espía.

-Algo parecido.

-¿Y se dedica también a los que han colgado las sotanas, como Justo?

-Yo creo que se dedica a todo y es incansable y a veces parece un santo, pero también hay ratos que tiene algo de demonio.

-No existen los demonios.

-Pero existen los hombres que se le parecen y éste tiene tanta paciencia, tanta dulzura, tanta pegajosidad que da miedo. -Daré asco.

-También.

-Pero, lo que yo me digo es: ¿qué busca con Justo, qué quiere de él?

-Parece ser que lo que quiere es que legalice su situación ante la Iglesia.

-O sea, que vuelva a ser cura total.

-O que no vuelva, pero que quede bien con Roma, con los compañeros, consigo mismo incluso.

-¿Lo amenaza?

-No entiendes, él es muy suave y muy comprensivo y admite todo y todo lo perdona y disculpa y hasta le besa la mano humildemente a la mujer de Justo y besa a los niños como si fueran ángeles caídos del cielo.

-Todo esto es una mariconada apabullante. ¿Qué dicen ellos de la Iglesia de España?

-Pues cosas indecibles.

-A ver, a ver, que se digan.

-Son ingeniosos, sarcásticos, discuten interminablemente.

-Pero, ¿cree o no cree el cura ése que ha venido?

-Es muy difícil saberlo.

-¿Y qué responde Justo a las ideas del mensajero?

-Que no vale la pena, que es ya tarde, que él no tiene nada que ver con todo *aquello*, que ya pertenece al pasado, que él es *otro* o que no es el *mismo*, que nada le vincula ni a Roma ni al Papa, ni a España siquiera.

-¿Así mismo?

-Como lo oyes.

-Son todos igual de cínicos, de sinvergüenzas, de vividores... Venga a llevar almas al cielo y la propia en el infierno.

-¿Tú crees en el infierno?

-Al lado de uno de estos curas latosos, tercos, que hablan de la *santa* rebeldía y del tiranicidio en abstracto, el infierno lo tenemos en vida.

-¿Qué harías tú con ellos?

-Barrerlos hasta la raíz, que no quedara ni posibilidad de siembra.

-No te pongas de mal humor -dijo ella muy cariñosa.

Nos quedamos callados y yo encendía un pitillo tras otro. Nada me ha dado nunca en la vida más repugnancia que la presencia de estos malabaristas de las ideas, pastores sin escrúpulos que no tienen inconveniente en hablar de libertad y de reforma cuando por dentro son la gusanera más servil y aborrecible del mundo.

Al cabo de un rato, como profundizando en la confianza, Susan me dijo:

–Tengo para ti la copia de un documento muy raro que le trajo el cura ése a Justo.

–¿Sabes cómo se llama?

–Se llama Fulgencio Clavel.

–¿Y de qué va?

–Es algo de la guerra civil, pero creo que te vas a aburrir soberanamente, si te atreves a leerlo, o a lo mejor te diviertes.

–Eres más grande que el Guerra.

–¿Quién era el Guerra?

–Un torero.

–Yo no soy un torero.

–Pero eres una torera –y me abalancé sobre ella lleno de furia y la doblé sobre la hamaca, dispuesto casi a lo imposible, pero ella, muy celosa administradora de todo, dijo con mucha

suavidad:

–Luego, cariño, luego.

Abrió el maletín y me entregó una carpeta de las NU con un montón de folios, que iban precedidos de una carta.

–¿Tú lo has leído? –le pregunté.

–Es casi una novela por entregas, y no creo que tú puedas con ello.

–Total, una porquería.

–Tú léelo, si puedes.

Al frente del manuscrito había una carta de Fulgencio a Justo de fecha bastante reciente, firmada en Nueva York. La letra del tal Fulgencio era insinuante y ondulosa.

Comenzaba así:

Al muy querido Justo de siempre:

Recuerdo que en Roma, dos o tres veces me preguntaste con insistencia sobre cómo fue el final del siempre recordado y admirado Ramiro Jiménez, tanto por ti como por mi y tantos otros. Yo, como compañero de Ramiro (era de un curso posterior al suyo), pude reconstruir los hechos y ambientarme en lo que

fueron prácticamente los últimos días de su vida y puedo jurar sobre los Santos Evangelios que lo que he escrito aquí es lo que tengo por verdad histórica y verdad íntima.

No es cierto que la monja que murió en el asalto al convento (en cuyo acto intervino tan temeraria como inoportunamente Ramiro, lo que le costó la vida) tuviera nada que ver con la Margarita que había sido su novia en el siglo, antes de decidir entregarse en cuerpo y alma al sacerdocio.

La presencia de Ramiro en tal sangrienta y bárbara efemérides sólo se explica confiando mucho en la gran influencia de su padre en la ciudad de Murcia, esto, unido a su bondad manifiesta y al ciego y sacrílego arrebató de los revolucionarios, fueron la causa de su martirio. Perdimos en Ramiro una gran promesa para nuestra diócesis y acaso una robusta columna para la Iglesia española, pero es que aquella guerra llevaba dentro no sólo el fermento de la anarquía que desquició a muchos sino un depósito de santidad que cada día nos obliga más...

El tal maestro de catequistas concluía su carta con una larga y aburrida exaltación apologética, una mezcla de rabia y dulzura extraña, pero a mí todo aquello me dio risa, por su absurdidad, y me preguntaba: ¿Será posible que Justo se haya tragado este paquetón?

Miraba los folios con más rabia que otra cosa, la literatura de santoral nunca la he podido resistir, no sólo por el tema sino por ser siempre una recopilación de invenciones y falsedades para espíritus atormentados o débiles.

Comencé a leer el folletón odioso después de servirme un

buen whisky que Susan me había preparado después de quedarse con la menor ropa posible. Se encontraba en su gloria arreglando la cama y curioseándolo todo.

Me salté varias páginas de invocaciones y ñoñeces hasta que llegué a un punto que podía ser más interesante.

A Ramiro no le gustó la decisión del obispo. Su primera visita a las Anas fue un suplicio. Aquello le molestaba y le desmoralizaba en cierto modo y no comprendía que tuviera que doblegarse a tal decisión de su pastor.

Ramiro había pedido lo que creía que era mejor para su entrega al sacerdocio y aquello fue poco menos que ponerlo de carcelero de una monja chiflada. Significaba incluso un abuso de los dones del espíritu pero tenía que obedecer al juramento que le hiciera al prelado.

En su misma casa notaron en Ramiro cierta contrariedad y, aunque fingiera algo, no era aquél el camino para llegar a la realización de su ideal sacerdotal.

–Creo que el whisky se me ha subido a la azotea, no entiendo ni jota de todo esto. Vaya galimatías.

Loca o visionaria, Ramiro no tenía más remedio que hacerle caso, por mandato del obispo y por sentido sacerdotal, aunque creyera que no eran estos sus derroteros apostólicos. Aquello de la voz, la voz... «Pero, ¿qué decía la voz?», repetía yo una y otra vez, y él lo único que reveló es que «la voz» decía: «Espérame, espérame...» pero a él, tan cercano a las chifladuras que tenía que tratar a diario su padre, agregaba: «Buena me ha caído

encima».

Algún día, yo le pregunté más curioso que impresionado: «Pero cuando dice, espérame, espérame... no añade, ¿dónde, dónde?». Y Ramiro respondía: «Sólo dice espérame, espérame obsesivamente». «¿Y la superiora?» «La reverenda madre superiora, como ella misma se llama, es una mandona tremenda y varias veces le he tenido que decir en el locutorio: «Usted ahora se calla, se lo ordeno...» y ella, respondiendo con lágrimas en los ojos, muy tajante, añadía: «Pero no basta, tendría que ordenármelo Dios». «O sea, otra loca.» «Otra loca pero más peligrosa, si cabe», comentaba Ramiro.

–Pero, ¿qué clase de pastel o tomadura de pelo es ésta? –le grité a Susan y ella me respondió sobre la marcha:

–Tú sigue y verás.

Días más tarde, Ramiro estaba preocupado. Porque ya no era sólo «la voz», sino «la luz», una luz que cambiaba de luz, de forma, de color, y hasta de sitio, una luz redonda o alargada que, de repente, se convertía en un torbellino de luces hasta quedar convertida en una lengua de fuego. «¿Y por qué no se lo dices a tu padre?», le decía yo. «Para eso está mi padre», respondía, si bien yo creo que Ramiro a lo que tenía más respeto es a que su padre tomara a broma todo lo del convento, dada su fama de libre pensador y con razón, pues en una conferencia más o menos había venido a decir que no creía en los milagros.

Ramiro se estaba hartando por días. A aquella monja había que pararle no solamente la lengua sino la imaginación, sobre

todo. Ramiro me describió repetidas veces, aquella vocecita suave, insistente, que terminaba siendo agresiva, que del titubeo pasaba a la solemnidad, una vocecita mortecina que hablaba primero quedo y después casi a gritos sobre la otra «voz»... Pero el obispo no quiso hacer caso a Ramiro cuando le dijo seriamente que él creía que no servía para aquel ministerio, y lo único que sacó en claro fue que nuestro prelado le dijo que se fuera preparando para el curso próximo encargarse de la dirección espiritual del seminario diocesano. Ramiro no se atrevía a decir que el obispo también podía estar un poco «tocado», pero casi lo pensaba. Todo esto desmoralizó mucho a Ramiro.

–¿Te gusta el folletón? –me preguntaba Susan desde el baño. Y cuando la vi salir tan arreglada, le dije:

–Pero, ¿para qué te has puesto así ahora?

–Es que voy a salir un momento a hacer una compra en los alrededores.

–Pero sí no hace falta nada.

–¿Cómo que no hace falta nada? Tú qué sabes.

–Me voy contigo –y salté dejando el cartapacio encima del descolorido y ajado butacón.

Todo fue muy agradable en la búsqueda del bebercio y el comercio, dando vueltas por solitarias carreteras, siguiendo las indicaciones de la gente que nos salía al paso, y al regresar, mientras ella se ponía el delantal y se disponía a cocinar como un ama de casa, seguí leyendo por inercia, aunque saltándome

de vez en cuando algunas páginas.

Ramiro tenía muy buen humor y más de una vez, me dijo: «A quien Dios no le da esposas e hijos, le larga sobrinas, primas, o monjas de las de atar». Y añadía que sor María de la Santísima Trinidad era de lo más raro y contradictorio que se había encontrado en la vida. Dado su carácter y sus ocurrencias tenía el convento en vilo. «No hay quién la entienda», repetía.

Un día, sin darle emoción ni trascendencia ninguna, como quien refiere una operación de apendicitis, me contó de su noviazgo, que no llegó a ser noviazgo siquiera, con Margarita, sor Ángeles en el convento de las Adoratrices. Un día, al salir de la catedral, porque habían bajado la Virgen, Ramiro, sin más preámbulos ni requisitos le dijo a Margarita: «¿Tú te querías casar conmigo?». Pero ella se quedó fija mirándole, soltó una sonrisita heladora y dijo como único comentario: «No bromees». Ramiro insistió en que lo dijo en serio, aunque nunca más volvió a repetírselo, mientras ella se aislaba cada vez más, le miraba de un modo impenetrable y hasta un tanto irónico. Hubo una corta temporada en que ella siempre estaba dispuesta a salir con él y a conversar de lo que fuera, pero sus mundos no coincidían, dado que Ramiro más bien por entonces era un universitario tímido, algo enfermizo y al que acomplejaba bastante la celebridad republicana de su padre. Él había pasado una crisis religiosa profunda muy bien llevada por el padre Zamora.

Ramiro me dijo de pasada que nunca la tuvo por una mística, sino por una mujer fría, cerebral, y casi «masculinoide» y ni por asomo quiso faltar a la caridad cuando lo dijo. Por eso, cuando se separó definitivamente de él, sin hablarle con sinceridad, en

una despedida de ceño endurecido, fría, ajena, Ramiro se quedó muy dolido. Pero si le hemos de hacer caso a él mismo, tampoco esto fue para él una tragedia y yo soy testigo de que él todo aquello lo veía como cosa pasada entre sueños inocentes y por lo mismo sor Ángeles sólo existía para él como una gratitud del cielo, algo que no había dejado ni obsesión ni fracaso, sino un sendero iluminado para llegar más resueltamente a Dios...

–Oye, tú te estás riendo de mí.

–¿Por qué?

–Esto no hay quién lo digiera, me lo has dejado para que reviente.

–A ver por dónde vas –y echó mano a los folios y al comprobar por donde iba leyendo, dijo muy persuasiva:

–Todavía no has entrado en materia. –Pero esto es pura confitura mística.

–Sigue, hombre, sigue, yo te serviré otro trago –y efectivamente me lo puso en la mano.

Sin embargo, del mismo modo que Ramiro pedía piedad y agradecimiento al cielo por la simple existencia de sor Ángeles, sentía desazón y hasta como un afán de castigo sobre aquella alucinada sor María de la Santísima Trinidad por todo aquel revuelo de las voces y de las visiones, que, de alguna manera, iba ya saliendo del claustro. Quería terminar con aquel asunto incluso sin que llegara a oídos de su padre.

Pero como no sabía moverse en este mundo de delirios con llamadas y respuestas del cielo, de vez en cuando me decía que lo mejor sería que su padre la tratara como loca o como neurótica, aun cuando todavía no fuera peligrosa, y quizá de este modo su padre soltaría algo de lo que tenía dentro, porque siempre los caminos del Señor son tan misteriosos...

–Y venga música celestial, qué farsantes son.

Susan estaba preparando unos aperitivos. Y no respondió.

Ramiro, pues, entre tantas perplejidades, decidió intervenir enérgicamente enfrentándose con las abnegaciones y conversaciones místicas de sor María de la Santísima Trinidad.

«Aunque se llamara sor María del Divino Consejo» me dijo que tenía que actuar, estaba en peligro la paz del convento, un convento además que ya en el siglo pasado había dado mucho que hablar con las sublimes revelaciones de una monja visionaria que había predicho cataclismos sin fin y a la que tuvo que callar el obispo duramente, pero cuando ya se había creado una leyenda nada oportuna ni conveniente. Ramiro sólo decía por aquellas fechas: «Esto me tenía que pasar a mí, que además le pedí al obispo que me enviara a una barriada obrera».

Se enfrentaría, si era menester, con la priora y la comunidad entera, porque en la comunidad la monja de las medio apariciones o visiones ya iba teniendo un eco que él consideraba perjudicial. «Esto hay que cortarlo de raíz», me dijo muy decidido.

Una mañana, después del retiro mensual de julio, se presentó en el convento. Quería hablar con la priora y con la monja

iluminada, pero ellas tardaban en presentarse. A ratos escuchaba quedos susurros allá al fondo de la puerta donde Ramiro presentía un largo pasillo que debía de concluir en el claustro, acaso en el jardín o quién sabe si en las escaleras. Sabía que al final del claustro tenían un jardincillo con un Vía-Crucis y que la enfermería estaba en un rincón de ese jardincillo y al lado de las sepulturas.

Probablemente, Ramiro casi pateaba ya de rabia. Estaba claro como para todos nosotros que Dios recibe todo lo que sale del corazón humano, pero también es verdad que sólo en un exceso de misericordia pueden valorarse las melancólicas músicas del coro, ese canturreo que por rutinario a veces llega a hacerse insípido pero dónde el divino esposo llega a encontrar sus complacencias, aunque no sepan ni el latín que cantan y aunque canten con la voz gangosa las oraciones por los pecadores que ciertamente se elevan al cielo.

–Este tío me da cien patadas en la barriga y se advierte, además, que es un cínico.

–Menudo a pecho te lo has tomado. Yo creía que lo tomarías a risa y que te ibas a divertir –dijo Susan dándoselas de consejera.

Ramiro tenía la idea de que éstas y otras monjas deberían hacer jerseys, bufandas, calcetines, cosas prácticas para los niños pobres, para los ancianos. No se trataba de desterrar la oración ni la vida contemplativa ni el canto del coro, sino de dar al convento cierto aire de taller y de fábrica de caridad y misericordia. Así se terminarían las gorduras, las neurastenias, los

celos y las manías propias de gente ociosa, aunque repito que Ramiro valoraba en lo que valía el poder de la oración. El estaba seguro de que las reglas de la orden eran incambiables, pero algo que fuera más humano y fraternal habría que hacer para que la posible santidad encerrada tras las rejas de la clausura tuviera un sentido de quehacer para nuestros hermanos los hombres. Así me consta que pensaba Ramiro. Los conventos como meras cárceles de expiación y redención personal, le daban un poco de miedo. Y así se explica que las monjas tuvieran tal terror por el mundo. La clausura no debería seguir siendo (de estar en sus manos) una colmena de envidias, fantasías de la piedad y candorosas condenas. Ya en la meditación del día de retiro Ramiro les había insistido en que había que desterrar del convento las mieles prefabricadas, las nubes del misticismo insano, aquella atmósfera de enajenación colectiva, paraíso que Dios no había decretado para nadie en este mundo en que vivimos.

Y si las monjas, después de lo dicho, protestaban al obispo, que protestaran. Mejor y así antes le quitaban esta carga que no terminaba de comprender. ¡Cuánto tiempo inútil empleado entre el inefable cotilleo, las lecturas estériles, las murmuraciones, las blanduras y las mieles!

Ramiro tenía conciencia de que se acababa de ordenar sacerdote para otra cosa. Si decían que era demasiado moderno, que lo dijeran. A él a aquellas alturas le hubiera gustado haber podido tener alguna conversación sincera con los dirigentes de algún sindicato, con los obreros de la construcción que gritaban en los andamios, con los ferroviarios que amenazaban con huelgas, simplemente con los enfermeros de su padre.

Las monjas tardaban en aparecer. Ramiro daba vueltas por el locutorio queriendo adivinar a través de la reja y de vez en cuando se sentaba en el sillón de su martirio. Sacó un cigarro y lo encendió, procurando que el humo se escapara pronto por el también enrejado ventanuco. Ni siquiera se detenía en examinar los cuadros ennegrecidos pero seguramente valiosos que estaban colocados al buen tuntún por la sala. Desde la ventana se veía una plaza con árboles que medio tapaban la fachada de otro convento de clausura. Los ruidos de la calle, los gritos de los niños llegaban de muy lejos, como de otro mundo. Y era verdad, para él el mundo de fuera también tenía otras inaplazables urgencias y necesidades.

Se acercaron, por fin, y Ramiro tiró el cigarro. Llegaban la abadesa y Sor María de la Santísima Trinidad. Tan pronto hubieron aparecido, otra monja en penumbra cerró el ventanillo interior. Las dos dijeron a coro: «Ave María durísima». Antes de contestar el «Sin pecado...», Ramiro se dirigió a la superiora, diciéndole: «¿Por qué no deja el ventanal abierto?», y en seguida la muy reverenda madre, contestó con toda su seca autoridad monjil: «Siempre recibimos así, es parte de la regla...», «Yo le ruego, reverendísima madre, que abra un poco esa ventana de dentro», «Un palmo de abertura es lo ordenado siempre en este convento», «Yo le ruego que deje la ventana lo más abierta posible», «Nunca, ni en los tiempos de mis predecesoras se abrió nunca más». «Pruebe a abrirla más», «Comprenderá, padre, que para hablar de las cosas santas que aquí nos tienen, por obediencia, no hace falta esa luz.» «Pero tampoco estorba», «En el silencio, la soledad y la oscuridad se siente mejor la presencia de Dios», «Y en la luz también, porque Dios esencialmente es luz.» Por supuesto, Sor María tenía la toca tapándole los ojos.

Cansado Ramiro (así me lo contó) increpó a la abadesa diciendo: «Le ordeno, en nombre de la obediencia que ha invocado, que deje entrar por ahí dentro cuánta más luz mejor». «Pero, ¿por qué...», se atrevió a replicar la temible superiora. «Es que yo padezco claustrofobia» agregó Ramiro como queriendo hacer un chiste...

–Oye, Susan, esto es un rollo imbécil.

–Déjalo, que vamos a picar un poco. Verás qué cosas tan ricas.

Y después, si quieres, continúas.

–¿Yo? Tú estás loca, cualquiera podía creer que se trataba de un documento más apetitoso. A ellos los ponía yo a cavar y vocación resuelta y a ellas, las monjas, lo que hemos dicho siempre, pues hacerlas madres, por las buenas o por las malas.

Puse la televisión, que funcionaba afortunadamente. Al cabo de un rato le dije a Susan:

–Lo que yo no entiendo es con qué fin este cura forastero le larga la mostrenca historia ésta a Justo.

–Habrá querido impresionarlo.

–Pero eso lo que causa es risa.

–Ya verás más adelante.

–Cuéntamelo y acabamos antes.

-Como a ti siempre te ha interesado todo eso de vuestra guerra civil, más tarde le echas un vistazo.

Nos pusimos a cenar, llenos de complicidad y tensión, no era lo mismo estar en el campo solitario, en una casita como de recién casados, que verse con premura y prisas en mi hotel o en su casa.

Fue todo mucho más doloroso, rabioso, enardecido que nunca.

Y la comida siguió allí, enfriando la espera, durante un largo rato.

Luego, aliviado y escocado, comí como una fiera. Ya tumbado en una turca, con la lamparilla casi encima, seguí leyendo. Mas que rabia todo aquello me daba risa:

La superiora, no muy convencida ni dispuesta, musitando jaculatorias, abrió la ventana, pero como creyera que era demasiada luz, en seguida la entornó un poco más. Inmediatamente habló al oído de sor María de la Santísima Trinidad, que salió obediente y dócil hacia el largo pasillo. Ramiro hizo como que no se había dado cuenta de esta desaparición y dijo: «¿Sabe, reverenda madre, por qué estoy aquí?», «Porque le hemos llamado», respondió. «No exactamente, estoy aquí por obediencia al prelado», «El tener entornado el locutorio es una norma de modestia que hemos heredado», «Dejemos eso que no tiene más que una importancia relativa, lo que sí quiero decirle es que si usted, reverenda madre, está a esa parte de la reja como yo estoy en ésta, es por un mandato superior a nosotros mismos y yo quisiera que hiciera un

esfuerzo para darse una idea de lo que ahora mismo represento», «Yo estoy aquí tan solamente, dijo ella, por el servicio que debo a las hermanas de la comunidad», «Puede reclamar al obispo otro padre espiritual en bien de la comunidad, si así lo cree conveniente», «No ha pasado tal cosa por mi imaginación, porque nuestra vida es obediencia», «Pues si es obediencia hágame caso a mí y vea cómo no pasa nada si entra un poco más de luz. Por cierto, veo que no está aquí ahora mismo la interfecta», «No entiendo, don Ramiro, esa palabra», «Quiero decir: la víctima», «Ella es víctima tan sólo de su dicha que es su vocación», «Sor María de la Santísima Trinidad debería estar aquí junto a su reverencia», «La volveré a llamar, si quiere» y ella misma entre diligente y humilde, pero afectada, tocó una campanilla diciendo: «Hágase la voluntad de Dios», «Eso es lo que debe hacerse siempre», contestó Ramiro tomando asiento mientras añadía: «La voluntad de Dios es lo único que importa y es lo que decimos en la sencilla oración del Padrenuestro con el Fiat voluntas tua...», «Sicut in cáelo et in taerra», respondió la superior a sin descender mucho de su actitud. «Muy bien, muy bien», dijo Ramiro queriendo suavizarse y entrar en materia. Pero sor María de la Santísima Trinidad no aparecía y dándose cuenta la madre de la impaciencia del sacerdote, agregó: «He querido estar a solas con su paternidad porque quería aclararle algunas cosas», «Diga, diga, lo que quiera, aunque es ella lo que interesa», «Yo me creía en el deber de decirle con toda sumisión y devoción, como lo que representa, que sor María es un espíritu muy sensible», «¿No ve lo bien que se habla con un poco de luz? Siga diciendo lo que quiera, pero antes contésteme una cosa: ¿sor María de la Santísima Trinidad es puntual en el exacto cumplimiento del reglamento?», «Es observante», «¿Hora por hora, minuto por minuto?», «Ella es fiel cumplidora y así me lo

dijo siempre hasta la madre de novicias». La madre superiora comenzaba a poner un ceño de paciente contradicción y en su misma dulzura ponía un acento de autoridad intocable: «¿Cuál es la principal virtud de sor María?», «Yo diría que la obediencia», «¿Cómo definiría esa obediencia» «Pues, sor María (bien lo sabe Dios que nos está escuchando), es una sierva que ha maravillado hasta a la madre vicaria misma, que ha sido, y puede creerme enteramente, muy dura y exigente con ella desde un principio», «¿En qué sentido?», «Pues sometiéndola a las pruebas más costosas y casi heroicas, que nos marcan las reglas», «¿Cómo puede decir “casi heroicas”?», «Quiero decir que ha sido y es ejemplar», «Otra pregunta, ¿sor María es de carácter suave o duro?», «Ella es muy delicada, tierna y sensible (ya se lo he dicho antes), pero yo entiendo que su paternidad la tiene que conocer y ya debe de tener su juicio formado sobre ella, y está más que nosotras dentro de su alma...» «Cállese, por favor, que yo no estoy dentro del alma de nadie y bastante tengo con intentar conocer la mía...», «Su paternidad puede saber qué es lo que Dios quiere de ella puesto que le exige tanto», «Como a todos», «Pero ella es una criatura del Señor bastante singular», «¿Por qué dice eso?», «Siendo su confesor, como es, nadie como su paternidad está en el misterio de su alma», «Le ruego no nombre ni siquiera la palabra confesión, estamos viendo si sor María es feliz o está desencajada en la vida de la comunidad, esto tan sólo...», «Ella aviva la presencia de Dios entre nosotras», «Yo querría saber de la vida externa de sor María, los datos externos y visibles de su conducta, y, por tanto, prescindir de los demás», «Sor María es la ternura de la comunidad», «¿Por que ha dicho esa palabra?», «¿Qué palabra?», «Ternura», «Pues le diré con toda sinceridad, porque no pregunta ni responde nada si no es con palabras del Evangelio, esa es tu ternura», «¿Y las

demás hermanas, qué piensan, qué dicen?», «Ella es la emoción del espíritu entre nosotras», «¿Por qué precisamente emoción?», «Porque es nuestra inquietud y nuestro gozo».

Ramiro se resistía ante la energía de una monja madura, celosa de su función, incansable en las respuestas, acorazada en su autoridad. Y queriendo romper aquella situación, de un modo casi malhumorado le dijo: «¿Tengo que esperar mucho tiempo más para que sor María esté al lado de su reverencia, no parece que la campanilla sea la voz de Dios...», «Algo intranquila estaba yo en estos instantes, pues a lo mejor se ha indispuerto...», «A ver si puede venir de una vez», «Oh, en seguida, si su paternidad lo quiere así, yo también lo quiero y ella estará aquí en seguida», y de nuevo tocó la campanilla, pero esta vez con fuertes campanillazos. Pero todavía la superiora tuvo tiempo para una expansión calculada: «Yo sólo quería avisarle con todo espíritu de obediencia de una cosa, Dios sabrá lo que hay encerrado en todo esto que a ella le está costando una enfermedad», «¿Está realmente enferma?», «No enferma de cuidado, pero ahora vemos que es muy frágil», «¿Qué quiere decir eso de muy frágil?», «Que es un alma muy delicada», «Por eso mismo yo necesito verla, he venido a eso», «¿Y ahora mismo la va a someter a preguntas...?», «Claro que sí», «¿Y no podría ser cuando estuviera un poco más repuesta?», «¿No estuvo ya antes aquí?», «Pero me temo que haya sufrido algún choque», «¿Hay, reverendísima madre, algún inconveniente en que la vea ahora mismo?, el tiempo también es cosa de Dios», «¡Está tan postrada la pobrecilla!».

–Ya sé donde va esto a parar: el cura joven se harta y lo que hace es liberar de la clausura a la antigua novia... –le dije a Susan

para que me anticipara algo de aquel fastidioso y nauseabundo relato.

Pero ella se calló, porque ahora, como si tal cosa, estaba lavándose el pelo. Ya se había arreglado las uñas de las manos y de los pies.

¿Qué habría dicho Justo ante tal sarta de majaderías celestiales? Con lo mordaz e irónico que era, hubiera sido cosa de comentarlo con él. Pero volviéndome a Susan, le dije:

–Pero el cura, ¿se la tira o no se la tira con consentimiento de la reverendísima madre puñetera?

–Suspenso en psicología –dijo ella.

–¿Qué dices?

–Que eres un pésimo detective.

Me serví otro whisky y seguí leyendo, pero conforme leía ahora hacía exclamaciones, silbaba, me carcajeaba, reptiendo, en voz alta, las palabras paternidad, reverendísima madre, etc.

«Yo, paternidad, con todo respeto y confianza le diría una cosa...», «¿Qué es lo que me diría?», «Como si me estuviera muriendo se lo diré a su paternidad», «Hable lo más corto y claro que pueda», «Pues yo creo que si sor María está conturbada es porque todos hemos sido o somos muy duros con ella, yo la primera...» «Explíquese, ¿de qué siente remordimientos?», «De mis dudas, de mi desconfianza, lo primero, y después, por no

haber avisado a su paternidad antes», «Deje, si puede, de llamarme paternidad», «¿Y cómo le voy a llamar?», «Simplemente don Ramiro, de usted, de tú, como quiera», «¿De tú ha dicho?, líbreme Dios», «Llámeme como le sea más fácil, para decir escuetamente con claridad lo que piensa y siente...»

Me contaba Ramiro que tuvo que hacer esfuerzos para no descubrir cierto tipo de repugnancia empalagosa que le producía la papada colgante de la abadesa, con unos pelos y hasta bigote que hacían resaltar mucho más la blanca toca. Su mano gorduzuela, pesada, trataba de taparse bajo el hábito. Ramiro se quedó, pues, mirando fijamente a aquella soberbia matrona que justamente cuando pronunciaba las palabras más sumisas era cuando se erguía más altiva. No era Ramiro vocación para locutorios, y acaso el obispo había hecho justamente tal nombramiento para probar sus impaciencias y su ímpetu renovador. Pero a Ramiro le parecía que, si el obispo lo había destinado a la capital, y a un cargo tan convencional como el de capellán de monjas, todo el mundo pensaría que se trataba de influencia de la familia, sobre todo de su madre que tenía fama de tener muchas agarraderas en el Palacio Episcopal, y no sólo por el obispo sino por el vicario general y los canónigos más poderosos, sobre todo el rector del seminario que era muy amigo de salirse siempre con la suya. Incluso el prestigio de su padre, unido a su celebridad como ateo, aunque no concretamente enemigo de la Iglesia, era un gran respaldo para Ramiro y esto le irritaba grandemente.

Nunca Ramiro se entendería con aquella orgullosa madre superiora. Se podía estar hablando con ella horas enteras de fiorituras, devociones, consejos, intrigas de la curia, incluido el

repasso total a la ciudad, pero tan pronto se salía del rito de las complacencias o de los castigos, se volvía impenetrable como un molusco. Estaba visto que mandaba y quería seguir mandando y sólo aceptaba advertencias y avisos en tanto en cuanto robustecían su autoridad y dominio sobre la comunidad. Recuerdo que Ramiro me había contado una de aquellas tardes de paseo por la Fuensanta un chiste que solía contar el profesor de pastoral: Una abadesa, en un momento de crisis de la disciplina en su convento, había reunido en capítulo a todas las monjas de la comunidad, y les planteó el siguiente dilema: «O soy abadesa o no lo soy, si soy abadesa me tenéis que obedecer, y si no lo soy..., ¡pero como lo soy!»

Ramiro con la mano apretada sobre el breviario, dijo: «Prosiga, madre, prosiga», «Rueño, pues le abriré mi corazón como si me estuviera muriendo», «No dramaticemos, madre, nadie se muere hasta que le llega la hora», «Pues como si fuera mi última hora, le diré que sor María está sufriendo mucho». «¿Otra vez?, todos sufrimos», «Usted, o su paternidad, le ha prohibido hablar», «De eso sí que le he prohibido hablar», «Pero es que le ha prohibido hablar con su superior a legítima, que soy yo, la que está puesta aquí por Dios por algo y para algo...», «Hasta con su superior a legítima, como dice, le he prohibido hablar de ese asunto», «Pero eso no obedece al espíritu de la orden», «Pero en este caso obedece al espíritu de Dios que está por encima de todas las órdenes posibles y existentes», «Las órdenes existen y existirán siempre porque el espíritu las ha inspirado y las mantiene puras en su servicio», «Tampoco yo estoy aquí por gusto ni capricho, Dios sabe que no...», «Ni yo tampoco estoy al frente del convento en estas circunstancias terribles por gusto y puede preguntarle a mis hijas una por una...»,

«Ni la madre ni las hijas importan nada cuando se está hablando de la voluntad del Padre celestial, que es lo único que interesa», «A mí no me interesa más que el sacrificio al que Jesús nos ha llamado», «Reverenda madre, ustedes debían de leer y meditar más a menudo lo que Santa Teresa dicta a sus hermanas y lo que San Ignacio ordena a su milicia, y vamos a terminar de una vez ya con su monja...», «No es mi monja, es mi hija y mis hijas son todas iguales para mí...», «Termine de una vez diciendo lo que quiera o sepa de sor María de la Santísima Trinidad, tengo ya remordimiento del tiempo que estoy perdiendo y haciéndole perder».

A mí personalmente este estólido diálogo me estaba levantando dolor de cabeza, seguramente el cura Fulgencio había urdido todo un tratado de soseras místicas para canonizar al cura Ramiro ante los compañeros, y Justo, de este modo, estaba de nuevo en turno en el catecumenado, a pesar de que el escrito era fatigoso, insoportable para mí, por infantil, convencional y mentirosamente beatífico, estaba encontrando ya como un placer deletéreo de seguir leyendo, como cuando uno se enfrasca en un juego de ajedrez estúpido que no va a ninguna parte y que continúa leyendo de modo mecánico y casi morboso, era risible que pudiera existir en el mundo gente con una verborrea tan grotescamente crédula y aberrante, y además, todo aquello, ¿por qué y para qué?

La abadesa, que probablemente había esperado este momento mucho tiempo, se mordía los labios, le temblaban la barbilla y las manos, y comenzaba a moverse del asiento, pero sin ceder. Varias veces hizo como que se levantaba presa de un extraño nerviosismo. Pero la abadesa se mantenía tiesa y no

descomponía su figura de gobernanta. Haciéndose violencia, dijo por fin: «El prelado nos ha dado a su paternidad para obedecerle y seguirle...» Ramiro estuvo a punto de dar un puñetazo sobre el marco de la reja pero se contuvo y reclamó: «¿Puedo ver, sí o no, a sor María?», «¡Claro que podrá verla!», «Entonces, avísele ahora mismo o me voy y no vuelvo más», «¿Podré yo estar presente en la conversación?», «Tengo necesidad de hablar a solas con ella, y tan pronto hayamos terminado, puede venir vuestra reverencia...».

Pero la abadesa no se movía. Ni se movía ni hablaba. Había cerrado los ojos y parecía inundarla una gran serenidad. Más que contrariada parecía traspuesta. Ramiro permaneció en silencio unos segundos que le parecieron muy largos, hasta que poniéndose a pasear por el locutorio, para dejar de ver a la superiora, quieta como una esfinge, repetía: «Pero no viene», «Vendrá tan pronto la llame por tercera vez», «¿Aquí las órdenes se dan por tres veces?», «Yo quería rogarle antes y se lo repito que puesto que el locutorio no es el confesonario y se trata de algo que puede afligir a la hermana más sensible y necesitada entre todas, me dejara estar presente cuando hablen, aun cuando yo no intervenga para nada...» Respiraba con dificultad pero no se alteraba en sus reclamaciones. Ramiro secamente dijo: «¿Otra vez estamos en lo mismo?», «Es una súplica», y entonces ya Ramiro, casi airado, con voz descompuesta, amenazando con el dedo, le dijo: «Aquí no hay nada qué hacer. Y una cosa es bien cierta para mi conciencia», «¿Cuál?», «¿Quiere saber cuál? Pues se lo diré: en este convento no sólo no reina la obediencia sino que quien impera y habita es Sata-nás...», y sin hacer caso de las manos juntas de la madre superiora que se había incorporado como una majestad herida,

descendió arrebatadamente a saltos las pocas escaleras, dejándola con los ojos en blanco y llorando a gritos... Ya Ramiro ni siquiera pudo escuchar el patético clamor de la campanilla.

La vieja mandadera del convento que estaba en el portalón, quiso decirle algo, pero Ramiro casi la atropelló y siguió adelante soltando una ristra de palabras confusas, entre las que podían distinguirse la de «abadesa», «brujas», «chaladas», «el demonio...». Iba Ramiro fuera de sí, prometiéndose ir cuanto antes al obispo y decirle que aquello era imposible para él. Cruzó las callecitas estrechas casi corriendo y viéndolo pasar por el puente se diría que iba a socorrer a un enfermo en el último trance. Iba hablando consigo mismo y fuerte y en más de una ocasión chocó con alguien, pero las palabras de disculpa las ofrecía aumentando el paso.

No había hecho más que quitarse los zapatos y el alzacuello cuando ya estaba sintiendo remordimientos, pero remordimientos, ¿de qué, de no servir para estos ministerios?

Sonó el timbre de la casa de manera angustiosa. Sus familiares discutían nerviosamente con la mandadera de las monjas. La mandadera le dijo que fuera al convento a toda prisa. Sor Encarnación del Espíritu Santo –que era como se llamaba la abadesa –se había desvanecido y la habían encontrado en el suelo del locutorio con la campanilla en la mano. La primera en verla había sido sor María de la Santísima Trinidad. «Un médico, un médico», decía Ramiro maquinalmente. Pensó en su padre pero rápidamente deshecho la idea, además de que su sanatorio estaba en la otra punta de la ciudad. Mientras la madre de Ramiro,

muy entrometida, comenzaba a llamar a los doctores más cercanos al convento y ella misma se disponía a vestirse para presentarse en el convento, Ramiro volvió sobre sus pasos, incomodado consigo mismo y con una gran resistencia a la escena que esperaba encontrarse. No quería discutir más, y emplearía una fórmula de compromiso hasta que hablara con toda claridad con el obispo.

–Esto es para descojonarse de risa –exclamé cogiendo el último folio leído y arrugándolo dentro de la mano hasta convertirlo en una pelota.

–¿Por dónde vas? –me dijo Susan, acercándoseme mimosa.
–Se murió la monja virago, seguramente de celos del curita. Susan, como si la casa fuera suya, limpiaba diligentemente cuadros, muebles y chucherías.

–Y este nido, ¿de quién es, si se puede saber?

–De una buena amiga.

–¿Lo alquila o qué?

Susan no contestó, de momento. Al cabo de un rato, dijo:

–Sigue leyendo, a mí el final me impresionó.

–¿Por qué?

–Porque no lo esperaba.

–Todo es puro teatro del cura ése que quiere hacer volver al

redil al Justo de nuestros pecados.

–Será de los suyos.

–Pero este cura convertidor, ¿qué es lo que piensa, llevar a Ramiro a los altares?

–Por mí que lo lleven.

–Yo sí que los llevaba a todos a un buen sitio...

Ramiro quedó consternado. Durante varios días se movía como una sombra. Estaba impresionado y deshecho. Dan pronto pudo –porque coincidió con un viaje del obispo a un balneario próximo–, se presentó todo afligido y medio acomplejado al obispo, diciéndole con toda humildad: «Bien, lo he aceptado por ser un mandato de mi pastor, pero los tristes hechos demuestran que no sirvo para esto», «En el sacerdocio –le respondió el obispo– hay que servir para todo».

Aquello le deprimió mucho, aunque procuró sacar reservas de fortaleza y consuelo orando intensamente. Coincidían por aquellos días las noticias más alarmantes y desafiantes sobre la situación del país. El anarquismo...

–Ahora sí que la liamos.

–¿Decías algo? –gritó Susan desde su pequeño secador de pelo.

–Nada, nada.

... estaba en las calles y se formaba en el aire una especie de moral de redentorismo, violencia tras violencia. Algún grupo intelectual apostólico, con tintes políticos, había propuesto a Ramiro como profesor de religión en la universidad, por ser hijo de quien era y por tener estudios y talla para ello. Aunque ya le había enviado una carta lo suficientemente explicativa de todo lo ocurrido, al llegar ante el obispo le dijo: «Estoy a la completa disposición de su excelencia reverendísima». El obispo, que siempre unió un paternalismo ostentoso a un protocolo más bien reticente, agregó: «Después de pensarlo mucho he dicho que no a esa bien intencionada proposición de la universidad, porque aunque le creo capacitado, acaso no es lo suyo, y acaso yo, pidiéndole un nuevo sacrificio –que a lo mejor dura poco– me gustaría que siguiera atendiendo a esa comunidad de monjas; es más, durante un poco de tiempo, yo le agradecería se encargara de sus vecinas», «¿Del otro convento?», «Sí, eso querría, y además en estos tiempos tan críticos las pobrecillas están muy solas», «¿A pesar de lo que pasó?», «A pesar de eso», «Pero, Dios mío, ¿qué hacer con “la visionaria’?», «Principalmente esa extraña criatura a mí me preocupa de un modo muy singular... ¿me comprende?», «Yo sinceramente creo que no sirvo», «Sí sirve, y cuanto menos hable del caso, incluso entre los compañeros, mejor para todos. ¿Verdad que sí?», «Con toda honestidad y acatamiento, yo le diría, señor obispo, que eso no es un convento, es mas bien un gallinero», «¡Un gallinero!, tiene gracia, las gallinitas del Señor, pero yo le preguntaría: ¿por qué, por qué...?». Ramiro se quedó cortado. Y sonrió como un recién cantamisano. Salió sudando del despacho suntuoso del obispo. Y pensó su plan...

–O sea –dije bufando– que ahora nos va a contar el místico

idilio con la antigua novia. ¿No?

–Pásate algo, hasta que entres en la salsa.

–Pero, ¿hay salsa picante?

–Sigue, y no preguntes tanto.

Ahora se daba cuenta de que la vocación no sólo suponía entregarse, sino un cierto modo extinguirse a la propia voluntad, eliminarse al propio arbitrio, hacerse mártir del espíritu, aceptando papeles ridículos que eran la gran pérdida de tiempo, cuando en la calle la Iglesia estaba en entredicho, por no presentar limpia y sin compromiso la hermosa cara del Evangelio. Pero no había más remedio que hacerse oblación y hasta sonreír al obispo cuya principal virtud era la tranquilidad, entendiéndose por esto comodidad y distanciamiento de los problemas.

Ramiro se desahogó cautamente con su padre, hablándole de la monja inestable y rara, que veía luces y escuchaba palabras misteriosas. Tuvo cuidado en no dar importancia al tema y si acudía a él era porque confiaba en que aquello pertenecía más a la ciencia médica, concretamente a la psiquiatría, que a la ascética y a la mística. El doctor sonreía benévola mente, poniéndose en padre comprensivo para su hijo, y olvidando un tanto al especialista de enfermedades nerviosas. «No te preocupes, todos estamos un poco tocados, y esa monjita pues estará cruzando una zona de penumbra o algo por el estilo, cosa sin importancia», «Lo peor es el tiempo que se pierde», «¿Qué edad tiene?», «No lo sé», «Más o menos», «No es de las viejas del convento, es más bien joven», «¿Y de qué se queja?», «Pero si no se queja», «¿Entonces, llora, araña, dice cosas incongruentes?»,

«De todo un poco, es una mezcla absurda de palabras, aunque es muy ensimismada...» «Nada, nada, tú tranquilo..., mañana vamos a verla como si tal cosa...» Era lo sensato. Su padre le allanaría la situación fácilmente, con pastillas, acaso sólo con hablarle, como en tantos casos de los que tanto había oído hablar.

Ramiro respiraba. La nueva abadesa –que había sido antes priora– ya no era una mujer para mandar sobre mujeres. Esto reconfortaba a Ramiro, aunque todo lo ocurrido le había dejado una señal profunda muy adentro. Ramiro pensaba que hay mujeres para mandar sobre mujeres, como hay hombres para mandar sobre hombres y también como hay mujeres para mandar de cierta manera sobre los hombres, que era el caso de su madre, muy cariñosa pero tremendamente despótica en ocasiones. Ramiro no entendía del todo a su padre y no sabía si admirar o criticar severamente el modo cómo su padre se había quitado de encima el yugo de la mujer. El escándalo ciertamente no había venido de parte de él, pero era como si a él el escándalo no le afectara. Ramiro a veces pensaba que el tono siempre medio bromista de su padre encubría algún hondo pesar, del mismo modo que todo el activismo religioso de la madre pudiera muy bien ser el refugio y la huida de algo, en cuanto a sus hermanas, ni se daban cuenta de nada, sólo atentas a las llamadas telefónicas, a las excursiones, a las citas con muchachos, a las reuniones del casino, que era el sitio más nefasto de Murcia. Ramiro cavilaba seriamente, porque ahora se daba cuenta de que la sinceridad total en la vida es muy difícil. ¿Había sido él acaso explícito con el obispo?

–Qué bueno es estar sin teléfono, alejado de todo, sin los

constantes boletines de las Naciones Unidas, sin la voz meliflua y mandona de Justo, sin las llamadas de ese cura visitante, que tiene algo de lobo... –dijo ella.

–¿De lobo?

–De cordero tiene poco.

–Lo que es, es un retrasado mental y esto lo prueba –dijo enarbolando el manuscrito.

Ya iban hacia el convento. Ramiro para ambientar y entretener a su padre, que siempre andaba con prisas, le dijo: «¡Con todo lo que está pasando en la nación y ahora estas cosas!», «Tú no te preocupes, la mayoría de estos casos se resuelven a bofetadas, unas oportunas y justas bofetadas», «Además dicen que es de una salud de porcelana», «Nada, nada, se pone a pan y agua y en seguida espabila», «Uno no sabe cómo reaccionará la nueva abadesa, con lo que pasó... con la otra, y luego el coro expectante de la comunidad...».

Ahora Ramiro sentía un poco de susto por la intervención de su padre que, por refractario a lo sobrenatural y enemigo de los misterios, siempre adoptaba una postura descarnada, descreída, casi irreverente. Se diría que en aquellos momentos, el padre de Ramiro estaba más preocupado por las vacilaciones de su hijo que por todas las monjas juntas.

Habían llegado al convento, un edificio de ladrillos rojos muy gruesos, ya desgastados por el tiempo, y una cal morena que hacía del edificio un extraño mazacote rústico muy a tono con

las palmeras y los cipreses que sobresalían sobre las tapias laterales donde se presentía el jardín conventual, la fuente, el cementerio, la fila de las novicias. Encima del portalón había una hornacina con un Niño Jesús, pastorcito tallado en piedra con el pelotón de las ovejas como harina que se ablanda.

La mandadera tocó la campana nerviosamente poniendo cara de tragedia. Ramiro se decía: «Me mira como si yo fuera culpable». Una voz presta, trémula y gangosa, respondió al otro lado del torno: «Ave María Purísima», dijo la mandadera muy excitada. «En seguida aviso a la reverenda madre», y dentro se escuchó un agitado rebullir de campanillas como cuando rompe una ola. Pasaron unos segundos de carreras y murmullos dentro, mientras Ramiro rezaba en silencio un Avemaría y su padre no cesaba de mirar el reloj y daba musicalmente con los nudillos en la vieja madera. La mandadera volvió a preguntar: «¿No vendrá nadie más?», «¿Quién más tenía que venir?», «A mí no me haga usted caso, pero me pareció oír algo así como que iba a venir el secretario del obispo», «Sí, lo que faltaba, que viniera el canciller», murmuró Ramiro. «El obispo debía de venir bajo palio», comentó el doctor mientras silbaba impaciente y dos o tres veces hizo ademán de extender el periódico como buscando algo que le interesaba. Precisamente desde que se había ordenado su hijo, los acontecimientos se precipitaban. No sólo los letreros en las paredes sino hasta las canciones de la calle. De todos modos al revolucionario doctor le parecía mejor que en aquella situación, el obispo en vez de mandarlo a un pueblo de mala muerte, que es lo que su hijo a lo mejor idealísticamente quería, lo hubiera dejado al menos en la capital, aunque fuera para entenderse con monjas que no se daban cuenta de la realidad y que estaban viviendo como tórtolas cuando ya la

pólvora de los cazadores se olía en el ambiente. Por fin se escucharon más ruidos misteriosos y bisbiseos detrás de la arcana puerta, seguramente el reglamento las autorizaba a tomar más precauciones en caso de levantar la clausura y estaban cumpliendo hasta el último detalle. Ramiro, ya impaciente, comentó: «¡Son más pesadas que el plomo!». El doctor no hizo ningún comentario, por lo que su hijo se creyó obligado a insistir: «No tienen nada que hacer más que dar la lata». Al doctor Jiménez le gustaba que su hijo no sintiera el atroz beaterío de otros curas.

La enorme puerta (no abierta seguramente durante años), se abrió crujiendo de un modo que infundía respeto mientras se escuchaban jaculatorias. Tan pronto apareció la primera sombra de monja –iban tres–, una de ellas entonó levemente el Magníficat y las antífonas se fueron extendiendo en un recitar soso y caído por los recoletos claustros.

Avanzaron siguiendo la mano de la abadesa que era la única que llevaba el rostro descubierto, pero al verlos sólo hizo una inclinación de cabeza como saludo. Ramiro notó, sin embargo, que aquella monja no era tan mandona como la muerta de infarto, y que su padre le había asegurado que estaba expuesta a morir en cualquier instante, sin que él hubiera sido causante de nada. Comenzaron a avanzar por el claustro bajo el ritmo de sus pasos y en dos o tres ocasiones Ramiro quiso notar que la mirada de la abadesa, que quería ser dulce, no por eso dejaba de ser acusadora. Las monjas que iban delante llevaban el rostro cubierto por un velo negro y una de ellas llevaba en la mano una campanilla que movía acompasadamente. Seguían rezando. Antes de llegar a un patio sombreado de verdor, con una fuente

en medio cuyo chorro caía como una querrela en el estanque, un grupo de monjas que paseaban en silencio una detrás de otra, desaparecieron por unas escaleras. En un rincón del patio había un templete de piedra cubierto de hiedra y flores. Aquello más bien parecía un extraño panteón. En un rincón había un pedestal con una Inmaculada de mármol rodeado de cruces negras de madera. Aunque una de las sepulturas se veía reciente, la abadesa, señalando el grueso del montón, dijo: «Fue cuando el cólera».

Ramiro se estaba imaginando aquel breve campillo sembrado de monjas muertas, como peras que caen del peral con el manotazo del viento. El doctor Jiménez, sin embargo, estaba viendo algo distinto y eran los rostros asustados, los ojos y las bocas Asombradas entre tocas negras, ojos y bocas contraídas, pálidas que aparecían un instante fugaz por los ventanillos, entre las columnas de arriba, al final de las escaleras y los pasillos, aquellas monjas, algunas de ellas muy jóvenes, se movían entre la curiosidad infantil y un histerismo que en cierto modo reflejaba terror, un terror incomprensible para el psiquiatra. El doctor Jiménez se repetía para sus adentros, igual que en la ordenación de su hijo: «No hay derecho, no hay derecho». Y hacía todo lo posible por deducir de la visión de aquellos semblantes algo tortuoso y macabro, pero no lo conseguía, porque en lo mortificante y lamentable de los rostros y de las manos había también una extraña hermosura. Conforme avanzaba y veía más monjas, Ramiro notó que todo aquello era para su padre como un muro lleno de signos indescifrables y también como la representación de un drama extrañamente doloroso. Miró repetidas veces el rostro severo de la abadesa y lo vio cargado de dominio, un dominio no de este mundo.

El claustro bajo se interrumpía en una pared blanca de la que pendía un Cristo de madera inocentemente pintarrajeado. En el rincón había una puertecilla minúscula que daba a un pasillo oscuro. Entraron por él y parecía no terminar nunca. El pasillo, por fin, moría en otro claustro mucho más soleado, y luminoso, sin apenas vegetación en el centro. Cantaban los pájaros entre los cipreses y el parral.

De nuevo comenzó el murmullo de otro nuevo Magnificat y volvieron a rebullir tocas y velos que se escondían por todas partes. Algunas se reían como niñas grandes que cometen una travesura, por lo que Ramiro no sabía si indignarse o reírse también puerilmente. Viendo la cara de su padre, Ramiro dijo: «Un gallinero, ya se lo dije al obispo, un auténtico gallinero». Quizás las mujeres eran igual en todas partes, aun siendo monjas, lo mismo daba que fueran profesas o novicias, aunque las profesas se estaban portando más seriamente. Pensó como en una ráfaga cuál sería la conducta de Margarita y se desanimó profundamente. Aquella mujer había sido una contradicción viviente y siempre había elegido la senda más tortuosa.

Ascendió la comitiva por unas escaleras anchas, desnudas, de piedra, cal y madera ennegrecida. En el rellano había una ornatina con una imagen de Santa Ana y la Virgen niña.

El doctor Jiménez se desabrochó un poco la camisa dejando floja la corbata. La abadesa, que medía las palabras, adelantó, «En seguida estaremos en la enfermería», «Pero ¿está en la enfermería?, ¿por qué, reverenda, en la enfermería?; ¿es que está realmente enferma?», solicitó el doctor. «Está allí tan sólo desde ayer», «¿Es que tiene algo de cuidado?», volvió a interesarse

Ramiro. «Es el mejor sitio para verla», y la abadesa adivinó el pensamiento del doctor Jiménez, que era partidario de hacerle a la sor todo el examen en la clínica psiquiátrica y añadió: «sor María de la Santísima Trinidad, como todas las almas elegidas, está probada por el dolor». Ramiro, queriendo a su vez dar ante su padre una impresión de humanidad y sentido moderno, dijo a la abadesa: «Supongo que la reverenda madre no le habrá permitido ninguna mortificación ni penitencia fuera de lo normal, yo al menos no lo he autorizado», «Nada extraordinario», respondió mecánicamente la reverenda madre. Ramiro insistió: «Es que yo lo he prohibido terminantemente...».

El grupo que había quedado atrás mientras las monjas acompañantes, que ahora eran ya siete, seguía avanzando con el velo caído y el sonido impasible de la campanilla. Cruzaban un amplio corredor de piso y techo de maderas viejas. Todavía el doctor Jiménez iba descubriendo en los sitios más inverosímiles blancos rostros de pómulos acerados, bocas exprimidas, ojos fulgurantes, expresiones que parecían de gozo candoroso pero que observadas atentamente eran como muecas de pesadilla. Ramiro, por romper el silencio penoso, quiso preguntar algo a la abadesa. «Ya son varios siglos los que lleva la comunidad aquí, ¿no?», «Estamos a punto de cumplir los cuatro siglos y Dios no nos ha abandonado nunca». «Malos tiempos se acercan», dijo el doctor, pero la abadesa, como ajena a todo, prosiguió: «Tenemos un proceso de beatificación que estaría ya concluido si no se hubiera muerto un capellán que tuvimos que era un santo, pero la Virgen de la que era muy devoto quiso llevárselo, en una peregrinación a Lourdes. Calculen, yendo a Lourdes lo pilló un tren. Era un poco sordo y dicen que tuvieron que recogerlo en un capazo...».

El convento era interminable, indescifrable. Se sucedían escaleras, corredores, pasadizos con altos y bajos imprevistos que aumentaban la sensación de laberinto. Dieron con una especie de terracita con celosías de madera y se detuvieron ante una puerta estrecha y baja. Todavía no se trataba de la enfermería. Pasaron a una sala grande, abovedada, tenebrosa y sólo a los pocos instantes Ramiro y su padre se dieron cuenta de que estaban en una capilla.

La abadesa y sus monjas tapadas se arrodillaron con una solemnidad casi cómica, habían cesado los rezos y el tintineo alertador de la campanilla, la abadesa arrodillada rezaba intensamente y su rostro mofletudo, algo sonrosado, de nariz respingona, estaba absorto en los santos y santas del copioso retablo. La abadesa se levantó diciendo con gran majestad: «He rezado principalmente por ustedes, para que no se hagan sordos y ciegos a los dones del Señor, y también por nosotras, porque sepamos conservar la humildad» y, sin esperar a más, se puso de nuevo delante, despidió con un gesto a un determinado número de monjas y avanzó decidida como si se entregara a un gran sacrificio.

Aparecieron en una especie de palomar, todo tapiado con viejas celosías. Había allí cuatro puertecillas iguales, cada una con un nombre de santa encima. Donde ponía «Santa Clara», la abadesa dio con los nudillos en la puerta medio cantando: «Ave María Purísima», «Sin pecado concebida», se escuchó detrás de la puerta en un susurro de voz quebrada, pero que produjo un efecto desgarradoramente vivo.

Entraron a la pequeña celda, toda blanca, de congelada virginidad, con un Cristo de madera en la pared como único asidero. Sor María de la Santísima Trinidad estaba en el centro sobre una rústica esterilla de esparto. Tenía un velo negro caído sobre el rostro, lo cual hacía más intensa su palidez. La abadesa, antes de que nadie pronunciara una palabra, dijo: «Sor María de la Santísima Trinidad: el señor obispo le envía a la vez al médico del alma y al médico del cuerpo. Tiene que estar muy agradecida a la divina voluntad». Sor María, asistió con la cabeza y cuando parecía que iba a decir algo, la abadesa, dijo: «Sor María, tiene permiso para descubrir el rostro, puesto que así lo quiere el Señor».

Susan estaba preparando un café, seguramente para elevar mi moral. Yo dije:

–Me estás tomando el pelo, nunca he visto tal sarta de sandeces.

–¡Qué pronto te aburres!

–Esto es una broma muy pesada.

–Eres un morbosos.

–¿No te habrá convertido también a ti Justo?

–Ni el cura Fulgencio tampoco –respondió ella agarrando los folios que yo había dejado a un lado.

Me puse a saborear el café, pero antes fui al cuarto vecino y abrí todas las ventanas. Y dije:

–Primero que se ventile esto y después pondremos la calefacción, si es que funciona.

–Funciona regularmente.

–¿Y unas gotas de licor al café, qué tal?

–Prontito, el señor estará servido –y se fue canturreando. La fragancia del campo entraba a empellones.

Luego seguí leyendo:

El rostro de sor María fue una revelación impresionante. Toda ella era ojos, unos ojos negros, profundos, entre cera de panal viejo y color verdoso de zarzal, harina y ortigas, leche y cardos. No era una criatura fácil de clasificar. En sus labios se diría que moría un fruto hermoso pero enfermo de algo que iba devorando el frescor de los sentidos. Infundía respeto, sobre todo por la actitud de las manos que tenía caídas a lo largo del cuerpo como blancas flores a punto de ajarse. Sus ojos hacían más grande la reducida celda y no sólo el capellán del convento sino su padre, el doctor Jiménez, sufrieron un choque, cada cual, a su modo, porque aquella extenuación acomplejaba al cura joven y en el especialista producía una especie de curiosidad no meramente profesional. Para el sacerdote no era aquella la estampa de una visionaria o iluminada al estilo antiguo, para el doctor, muy observador de pequeños detalles, podía tratarse de muchas cosas, de una criatura desnutrida, acaso alimentada cuando ya era tarde, pero también de un ser concentrado y fijo en algo no tangible, arrobado en un delirio incontrolable en su fase inicial o tal vez más avanzado, absorto ser que se hundía como en un espejo interior y hacia dentro donde veía y sobre todo creía ver

algo que los demás no pudieran contemplar. El doctor Jiménez, tan acostumbrado a visiones en pleno desconcierto, se quedó muy callado, lo cual no era su estilo. Había en sor María como un aspecto campesino o huertano, aunque con una pátina de inefable distancia. Era difícil encararse con ella porque huía la mirada aunque sin perder serenidad y podría decirse que todo su inmenso cansancio gravitaba en la atmósfera de la celda. Temblaban sus pómulos como tocados por la luna fría y la piel se le transparentaba como un vaso antiguo. ¿Qué edad tenía sor María? No era fácil saberlo, pero lo que se advertía plenamente era el sello de su consunción. Los dedos azuleaban un poco y su respiración era demasiado débil. Pero era imposible mirar a sor María sin detenerse en sus ojos, que eran como un ministro tremante aunque recubierto de ceniza consumida.

El primero en decir algo fue Ramiro: «¿Se encuentra bien, sor María?», «Muy bien», respondió ella con absoluta simplicidad.

El doctor Jiménez se acercó a ella, con los dedos volvió sus párpados, y luego, diciéndole una y otra vez: «No se preocupe, no se preocupe», los iluminó con una linternita que había sacado de la cartera. El doctor Jiménez estaba sorprendido de la habilidad inquisitiva de su hijo, mezcla de escepticismo, cordura y piedad. Ramiro por su parte se sentía seguro, cada vez más, porque su padre no había salido con las impertinencias y gansadas despistadas que eran habituales en su examen médico y tanto es así que una vez hecha la exploración sobre los ojos, se mantuvo distante, observador, sin aspereza alguna, sin las prisas que en él eran normales.

Un poco se había azorado sor María de la Santísima Trinidad

al ver que el doctor le tocaba los ojos que seguían fijos, reverentes, confiados en la reverenda madre. Pero indiferentes y ajenos a todo lo demás.

«Sor María –continuó Ramiro– cuéntenos con toda sencillez...», «Sí, como si estuviera ante el Divino Juez», añadió la abadesa, «...Cuéntenos de nuevo lo que dijo antes». «Esta mañana cuando tocó la campana para maitines, me incorporé como siempre y al hacer la señal de la cruz, todo el mundo se inundó de luz y de luces...», «Querrá decir su celda, ¿no?», agregó Ramiro, pero la monja continuó impasible: «Yo me asusté totalmente y vi que no sólo era la celda sino toda la ciudad, porque miré hacia afuera y no era la luz ni las luces de otras veces, como sabe, sino una inmensa luz roja, que casi me hacía saltar las lágrimas y por todas partes yo escuchaba un ruido sordo grande como el eco de un enorme trueno, estoy segura de que no lo debí de sentir yo sola pero nadie gritaba, estoy segura de que si hubiera llorado mis lágrimas serían de sangre». «Pero no lloró ni hubo sangre», «No, padre, hice todo lo posible por no llorar y no hubo sangre», «¿Cree que estamos chalaos?», y sobre Ramiro se volcaron al mismo tiempo las miradas de la abadesa y del doctor, la primera fijamente acusadora, la segunda reprochando, pero indulgente. «Vamos, vamos» dijo el doctor Jiménez y de nuevo se acercó a sor María y tendió la mano buscándole ahora el pulso. El pulso no parecía anormal por los gestos del doctor. Luego el doctor Jiménez se puso delante de ella y acercándola al ventanillo de nuevo revisó la cuenca humedecida de sus ojos. Eran unos ojos pardos tirando a negros con ese brillo desafiador y casi dañino que producen la castidad y la pureza. El doctor entonces la hizo cerrar repetidas veces los ojos y girar en redondo. Luego con los ojos tapados la

hizo marchar hacia adelante y hacia atrás, arrodillarse, sentarse, tumbarse en su camastro, pero una vez que la puso allí quieta, sosegadamente quieta, expectante, se escuchó un afligido suspiro de la abadesa, que más bien parecía un gemido atormentado, lo cual hizo que el doctor la mandara levantarse de nuevo. El doctor, calmoso, preguntó, pero pareció como dirigirse más que a sor María a la superiora: «¿Duerme bien?», «Me cuesta dormirme un poco –dijo sor María– pero luego comienzo a rezar Avemarías hasta que me duermo», «¿Cuando no duerme, en qué piensa?», «No pienso nada, sino que escucho voces...», «¿Voces, cómo?», «Voces en tumulto grande». El doctor Jiménez la puso de cara a la pared y produjo distintos ruidos en determinadas partes de la celda y sor María siempre acertaba, incluso cuando producía leves ruidos, con los dedos o susurrando quedas palabras. «¿Cuántas Avemarías llegará a rezar antes de dormirse?», volvió a preguntar el doctor. «Yo no creo que haya llegado nunca a las cien, pero cerca de cien», contestó sor María con toda placidez, «¿Y al despertarse, qué siente?», preguntó el doctor Jiménez, «Al levantarme estoy cansada, muy cansada, y me gustaría quedarme algún rato más, porque me cuesta moverme, pero como no es posible...», «¿Por qué?», saltó Ramiro, «Porque no es posible, ha sonado la campana...». Ya el doctor comenzaba a ponerse nervioso y a hacer algún gesto de impaciencia, como si estuviera cometiendo torpezas o deslices profesionales. Volvió a llevar Ramiro la iniciativa y preguntó a sor María un tanto inquisidor: «¿En qué momento preciso fue lo de las luces rojas esta mañana?», «No se trataba solamente de luces rojas, como dice, porque era como un gran resplandor que dejó la tierra como oro, y no es fácil explicarse así, porque todo fue como si el mundo pudiera destruirse todo, y todo ese rojo fulgor amarillento también era

algo pesado a la vez como una grandísima mancha de tela pesadísima que fuera cubriéndolo todo, y yo no podía liberarme de aquel estampido. Estuve a punto de ahogarme de susto...», «Repita otra vez eso mismo», insistió el sacerdote, «Hoy fueron por primera vez ese gran fuego de luces rojas y doradas en forma de gran mancha, como si el cielo goteara aceite hirviendo, un aceite espeso como el que gotean las prensas (que yo recuerdo del pueblo), pero esta inundación de luz y de fuego lo colmó todo y era también como cuando el vino se estruja y desparrama por el lagar. Todo era rojo y rojo cegador, como un gran charco que avanzara desde arriba abajo, como en una explosión...» Sor María se calló. «¿Y qué más, y qué más», apretó Ramiro, «Fue entonces –respondió sor María acrecentando su suavidad– cuando la voz dijo...», «¿Qué voz?», «Pero no habíamos quedado...», «Déjela hablar a su aire», cortó el doctor Jiménez, como dando a entender que lo que a su hijo le contrariaba y exasperaba, a él comenzaba en cierto modo a interesarle, aunque por otros motivos. Sor María, con su inalterable voz que se iba haciendo más fuertemente conmovedora, agregó: «Entonces la voz dijo...», «¿Dijo algo la voz?», «La voz dijo muy claramente: Lloverá sangre», «¿Está segura de que una voz habló?», «Algo o alguien habló en la celda pero no era voz que yo conociera...»

Ramiro se impacientó e hizo un gesto de desagrado. Aquello era demasiado. Pero no ocurría lo mismo con el doctor Jiménez, que se fue acercando hacia la monja, como tomando su turno, pero tratando de inspirarle confianza con palabras tranquilizadoras como «Vamos, vamos...» y haciendo gestos de comprensión: «¿Qué voz era ésa?, ¿era de hombre o de mujer?», y antes de que contestara sor María el sacerdote intervino diciendo: «¿Pero no habíamos quedado en que no había voces?», «¿Cómo

era esa voz, fuerte, delgada, potente, de niño?», insistió el doctor. «No sabría decirle», respondió ella, «Algo nos podrá decir de esa voz», «No sé, era una voz que no era voz», «No lo entiendo», y de nuevo se metió en medio Ramiro. El semblante de la abadesa era impenetrable, con los ojos bajos, casi endureciendo su silencio. «Siempre lo confunde y se contradice», afirmó en tono de enfado Ramiro, a lo que su padre replicó: «Déjala hablar, hombre», «La voz esa, ¿no tenía semejanza con alguna que conozca?», preguntó con toda llaneza: «La voz, que no era voz, de decir algo lo decía claramente, lo he dicho: lloverá sangre», «¿Y cómo desapareció la voz o lo que fuera?», volvió a preguntar el doctor Jiménez, «La voz estaba allí en la celda, y también estaba fuera, llenándolo todo, pero estaba ya dentro de mí y la voz sin ser una voz clara que pudiera conocer, la voz lo era todo vibrando en mis oídos, y yo creo que era la sangre y la luz como una inmensa naranja las que al caer y extenderse formaban la voz», «Todo eso no es más que confusión total y un mal de los sentidos», sentenció Ramiro, y sor María, sin hacer caso, prosiguió: «Sí, era como si fuera mi voz misma pero escuchada desde muy lejos, y también desde muy dentro, pero yo no sé cómo era...»

El doctor se estaba moviendo alrededor de la monja. Ahora le examinaba con toda atención, abstraído de todo lo demás. Y daba vueltas a su alrededor y se diría que la olfateaba, que la auscultaba el espíritu con la mirada, mientras la abadesa, agarrada a su rosario, pasaba trémulamente las cuentas muy de prisa y en tanto Ramiro daba vueltas por la celda, intentando desinteresarse de todo aquello, tratando de expresar cierta vergüenza por la escena y sobre todo con una tensión de despecho espiritual sobre aquel enmarañado juego de palabras. No estaba

dispuesto a que el interrogatorio continuara tan vigoroso, irreal y absurdo. La palabra sangre, dicha de manera tan insistente, tibia, clamante, misteriosa, acaso llevaría a su padre a deducciones francamente sarcásticas partiendo de Freud o de cualquiera de sus autores favoritos, nada propensos al fenómeno de lo sobrenatural. Por más que hacía, Ramiro no notaba allí, en aquella celda, ninguna presencia del espíritu, al menos del modo que es familiar en la Iglesia, y aquella visionaria de lo que más cerca estaba era del ridículo total, «Por qué le tendré tanta manía», se preguntaba por lo bajo. Incluso la seguridad y confianza que parecía irse tomando con sus rezos la abadesa, le molestaba positivamente. «Así no es posible», dijo en voz alta Ramiro, dando por terminada la investigación previa al dictamen canónico, pero su padre lo agarró del brazo, diciéndole: «Por favor, un poco de paciencia», «Pero, ¿no ves que esto es perder el tiempo?», los ojos de la superiora se clavaron en Ramiro como dardos y una lenta lágrima resbaló hasta el esparto desde la mejilla de sor María de la Santísima Trinidad.

Algo increíble y desconocido en el doctor Jiménez, ahora no tenía prisa...

–Total que el médico hereje se convierte –dije, buscando que Susan se explanara.

–No das ni una.

El médico, que despachaba y recibía a los enfermos silbando, tarareando, bromeando: «Arriba el telón», para mandar quitarse la ropa; «¿Sabes lo que es masturbarse?», para crear diálogo con adolescentes, «Deje de mentirme ya de una vez que

el saco está lleno», para parar los pies a los locos listos; «No, suicidarse no, que causa mucho ruido y trastorno», para los histéricos tragediantes; «Métase en política y se le acabará la depresión», para los enfermos de retórica sin acción, etcétera. Ahora el doctor Jiménez se acercó de nuevo a sor María y la hizo sentarse cómodamente en su silla artesana. Le dio en las rodillas golpes muy secos y duros con la mano en forma de hacha, después le palpó minuciosamente el cráneo y le hizo girar la cabeza en todas direcciones, incluso quitándose un alfiler del pico de la solapa le dio unos breves e inesperados pinchazos a los que sor María respondía con unos «ay, ay», pero con gran resistencia y dominio. Ramiro insistió: «La reverenda debe comprender que esto no es sólo una penitencia para ustedes sino que también para nosotros es un verdadero sacrificio».

Ya no podía más y estallé:

–Estas cosas no ocurren, no pueden ocurrir más que en España, es curioso.

Pero Susan ni contestó. Estaba adormilada como una gata sobre el bu tacón.

Entonces el doctor Jiménez hizo el gesto de querer quitar la toca a sor María, pero en vez de quitársela él o pedir a la monja que se la quitara, lo que hizo fue señalar la operación a la reverenda madre. La cara de la superiora se puso lívida. Pero más dramatismo aún acusaron los ojos y los labios de sor María, sobre todo los ojos, de por sí un poco almendrados, que se pusieron redondos, como hinchados y los labios le temblaron como si las palabras no pudieran brotarle. Sin embargo, no perdió la

paz y cuando la abadesa, después de decir: «Pero, ¿hasta esto hemos de llegar, Dios mío?», se puso a quitársela, sor María bajó los ojos y juntó las manos, «Hágase la voluntad del Señor», dijo, «Pero si no le va a pasar nada por esto», agregó familiarmente el doctor, a lo que ella, ajena a su operación, dijo: «Si ha llegado el momento de obedecer, sea», «No la van a matar, hermana», dijo Ramiro, y añadió: «Quien la está examinando, como sabrá, es de toda confianza», «Es su padre», dijo ella como inmersa en el secreto e inmediatamente ofreció la cabeza dulcemente como si fuera al verdugo. Con todo, no dejó de decir en voz muy baja, dialogando consigo misma: «Bien lo sabe Dios que el pelo está creciendo contra mi voluntad y sólo obedeciendo a la madre y porque su paternidad lo ha mandado...», y alzó los ojos sufrientes hacia Ramiro. «No está mal un poco de pelo largo al menos en estos tiempos en que no se sabe...» y sor María, sin dejarle terminar, aseguró con mucho énfasis: «Pero yo sé que este pelo no llegará a hacerse largo nunca», «¿Por qué dice eso?», gritó un poco fuera de sí Ramiro.

Quedó desnudamente desgajada y oscilante sobre un cuello imprevisiblemente delgado la cabeza de la monja, cabeza que pudo parecer la cabeza de un muchacho guapo de hospital, o de un preso macerado. El pelo que se rizaba en sus comienzos, un pelo negro, espeso, no podía decirse que fuera espléndido ni vulgar, pero más bien lo primero. Para Ramiro daba cierta pena mirarla, pena si se la miraba como loca inofensiva y solitaria, cierta alegría que costaba trabajo admitir si se consideraba que se trataba de una monja que había dejado de ser hembra. ¡Qué terriblemente hermoso o hermosamente terrible el poder del buen Jesús sobre sus esposas!

–Esto es para mearse hasta la perra –comenté en alta voz.

–Eres muy mal hablado –dijo ella.

El doctor Jiménez pasó la mano por la cabeza de la monja como se acaricia a una oveja, con más descuido que sentimiento, pero de todos modos tratando de apaciguar sus escalofríos. «¿Por qué tienes esa idea de que has de morir joven?», le preguntó directamente a ella, pero sor María se hizo silencio conmovedor. El doctor, con su tono ya más de chunga, continuó: «No se haga ilusiones ni se deje llevar por malos pensamientos, la sangre no llegará al río aunque yo les haya mandado tener preparados trajes de calle...». Sor María permanecía quieta y muda. «Usted, hermana, puede llegar muy bien a abadesa» y quien únicamente sonrió pero con cierto gesto de resignación fue la abadesa. «Con pelo o sin pelo esta cabecita –dijo el doctor Jiménez– puede llegar a abadesa, siempre que deje de darle vueltas a las cosas como si fuera un molinillo de café». Pero sor María que se estaba violentando interiormente, por no hablar, lo que se notaba, movía ahora las manos con nerviosismo. Poco a poco se iba desencajando. Ahora su rostro más que cera derretida, parecía cera que se endurece, cera petrificada en un rictus de desolación y amargura. Se sentía no sólo incomprendida, sino separada del mundo real, como hundida en un pozo. Hacía esfuerzos porque no le brotaran las lágrimas. La abadesa empezó a inquietarse y dijo: «Sor María, acéptelo todo gustosa, es una prueba de la predilección de Jesús por su alma...»

El doctor Jiménez buscaba el modo de encontrar alguna iniciativa orientadora. ¿Le diría que escribiera algo? ¿Le dictaría? No

era ese el camino. Estaba dispuesto a pedir que lo dejaran sólo con sor María, pero veía cómo crecía la tensión de la abadesa y empezaba a irritarse por dentro de la solicitud terca de su propio hijo. De nuevo, cobijó la cabeza de la sor entre sus manos, pensando en qué habría de hacer para llegar al fondo de aquel misterioso trastorno, cosa no difícil de dilucidar del todo, si bien era un caso fuera de su rutina habitual de alienados y paranoicos. Sor María temblaba como un tallo de cedro o como las hojas de la palmera. El caso es que en aquel estado de indecisión, como de pronto oyera sonar alguna campana en una parte remota del convento, le dijo con acento cálido que se cubriera, ayudándola él mismo desbaratadamente, y mirando de un modo convincente a la abadesa, le dijo: «Ya está bien por hoy, pero me gustaría hablar otro día más despacio con ella a solas para poder seguir examinándola, aunque no hay que tener cuidado y hasta que yo diga, que haga lo mismo que las demás monjas...», pero el doctor Jiménez se trabucó un poco y no sabía cómo continuar, diciéndose para sí mismo: «Sí, otro día, más despacio, quizá a solas, ya veremos...» y el gesto de Ramiro era de abatimiento, mal humor, confusión, porque acaso esperaba que su padre, con su expedita y resolutiva manera de actuar, iniciara en aquel instante el chequeo personal, sin intermediarios, ni él mismo siquiera. Distraídamente el doctor Jiménez se puso a repasar la celda: además del Cristo absolutamente dominador, en un rinconcito había un Niño Jesús pintado sobre una plancha de zinc, un lienzo diminuto sobre una linda divina pastora, con las diminutas ovejas en torno como si fueran copos de nieve. A pesar de ser aquello, como le habían dicho, «la enfermería», el camastro era penitencial y estaba cubierto por un paño de color crudo y desabrido. Algún libro había y con los ojos Ramiro pudo reconocer a Santa Teresa y

Santa Catalina de Siena y también un devocionario o libreta color negro de hule y que acaso recogía historias del convento o algún antiguo «diario», porque las hojas estaban muy sobadas. Ramiro no se atrevió a preguntar. Más bien lo que hizo fue asomarse cuanto pudo por el enrejado ventanillo y sólo adivinó un trozo de estanque debajo del muro y el intrincado jardincillo donde cantaban los pájaros.

La visita había terminado cuando el doctor se sentía más que arrepentido, desmoralizado. Él mismo no comprendía su indecisión ante la monja visionaria, y él mismo se creía como sometido a la superstición y a la superchería. Pero quien más confundido e incómodo salió de la «enfermería» fue Ramiro.

De nuevo al salir al claustro superior se encontraron, dispuesta y alineada la procesión de monjas, ahora más nutrida porque entraban monjas de todas las edades, aunque las más jóvenes marchaban intercaladas entre las mayores y aun las ancianas. Todas iban tapadas y de nuevo cantaban el Magnificat. La campanilla avisadora era como si fuera levantando la pajarería de un prado, pero en los sitios más inesperados, seguían apareciendo, alarmadas, tocas fugitivas tras las que brillaban ojos como carbones entre sal. El doctor pensó que las mujeres son más o menos iguales en todas partes, incluso en un convento de clausura rigurosa. Para dentro de sí mismo, como haciendo un chiste, calculó que su mujer, de estar allí dentro, sería seguramente la abadesa y una abadesa difícil de aguantar. Pero esto mismo le hizo odiar benévolamente al convento, porque por encima del rechazo que aquello le producía se interponía la piedad por los espíritus atrofiados o enfermos. Cuando detrás de ellos sonó por fin el tremendo cerrojo de la puerta principal casi

sintió malestar físico. Por eso, rápidamente, se arrimó a su hijo y como único comentario, dijo: «¡Qué pena, qué pena!». Pero Ramiro no sabía bien si se refería a sor María o al convento en sí. Su pensamiento giraba hacia la irrealidad del convento entero, desde la abadesa a la delirante de las luces y las voces, que en vez de pensar en lo que estaba ocurriendo ya en el país, quema de iglesias, asesinatos por las calles, lucha fratricida en ciernes, vivían allí adormiladas con sus rezos y reacias a todo lo que fuera estar atentas a las circunstancias, por más que él algo las había preparado.

Una vez en la calle médico y sacerdote, padre e hijo, caminaron en silencio cuando el doctor no hacía más que mirar el reloj insistentemente. Siempre Ramiro lo había conocido mirando el reloj o gastando alguna broma como para encubrir algo seguramente más profundo y quizá doloroso. Ninguno de los dos quería soltar prenda y emprendieron el camino hacia las calles de hervor urbano; muchos se quedaban mirándolos y hasta cuchicheaban por lo bajo.

Antes de separarse, Ramiro quiso ser algo más expansivo con su padre y le dijo: «¿Y qué se puede hacer en un caso así?», «Por lo pronto, esperar un poco», «Todo esto me tiene frito», «Yo no le daría gran importancia», «El caso es que ella sufre y tiene alterada a toda la comunidad en los peores momentos», «No te preocupes, ya pensaré yo algo», «Al principio veía luces, ahora hasta escucha voces», «Paciencia, paciencia, Ramiro, a lo mejor, quién sabe si no hay manera de sacarla una temporada, entonces todo sería distinto y podríamos llegar al fondo del asunto», «Se le podría decir, pero lo malo es que tal como están las cosas de la política, que están tan mal, ¿no?..», «No llegará

la sangre al río...», «Pues el obispo está invisible y se dice que está tratando de salvar algo...». Pero el doctor Jiménez volvió a lo de la monja, como evitando el tema de la República y la Iglesia. Y dijo: «Es una pena que a esta monja no la podamos tener, aunque sólo fueran quince días, en el sanatorio», «La clausura es la vida para ellas», «Sería lo aconsejable», «Se moriría del choque». Y Ramiro para alejarse de alguna revelación que su padre podría hacerle del sanatorio, algo que por fuerza tenía que resultarle ofensivo, volvió a sor María: «¿Ves que parece tan dulce y suavcita?», «No creo que lo parezca», «Pues es un carácter muy fuerte e intenso...», «Nunca será tanto –y por fin Ramiro tuvo que recibir el golpe– como esa fiera de Alfredo, ese vuestro Alfredo que es un desastre...». «¿Cómo está?», «¿Cómo quieres que esté?, todas las calamidades juntas», «Pero, ¿tiene curación?», «Curación, curación, lo que no sé es quién tuvo encerrada a esa criatura en el seminario hasta desencadenar esa barbarie...».

Ramiro calló. Hasta ahora todo habían sido preguntas y respuestas vagas, para salir del paso, ahora su padre apuntaba hacia causas y motivos que supondrían una explicación penosa. Desde que el propio Ramiro viera lo que había visto de Alfredo a través de la rejilla de su habitación de enfermo mental, se había limitado a lo que su padre le dijera, que siempre era sobre cosas que no querían ser acusación, tan sólo si el obispado pagaría al menos parte de la cuenta (ya que la familia era tan pobre), y si había conocido algún caso más de enajenación allí dentro. Pero su padre ahora se desvió del caso de Alfredo volviendo a sor María: «Yo te digo que una temporada en el sanatorio, aunque corta, sería suficiente para alejar de ella cualquier crisis imprevisible, y así comenzaríamos su curación», «Pero ¿tú crees

que sor María está enferma sin remedio también?», «¿Crees tú todo lo que ella dice?», «Hay tal acento de sinceridad en todo, aunque a mí me subleve», «Pero hay que dejarse las contemplaciones y las músicas celestiales aparte si de veras queremos sacarla de ese delirio permanente», «¿Tan mal la ves?», «No es eso, no es eso, sino que ella vive en su mundo, un mundo que hay que descubrir, acaso para destruirlo, si queremos curarla, un mundo místico, morboso, cuya eliminación no siempre resulta fácil», «La mística a veces puede ser un camino secreto...», «Si, todo lo secreto que tú quieras y ahí puede estar su mal, porque da más guerra que el sexo y todos los demás complejos juntos», y se calló como asqueado del asunto. Luego, dirigiéndose a Ramiro, en otro tono, le preguntó: «Me han dicho que te pasas días enteros por la Casa de los Curas..., ¿qué tal por allá?», «La Casa de los Sacerdotes es un buen sitio donde vivimos como compañeros, sobre todo los jóvenes, un mismo ideal», «¿Y qué se dice por allí?», «Están todos llenos de miedo, creen que la revolución se avecina a pasos agigantados», «¿Y tú no tienes temor a lo que pueda pasar?», «Yo creo que alguna reacción tiene que haber, y ya se nota, ante el caos imperante», «Bueno, bueno, que todo te vaya bien y a ver qué dicen en el obispado a lo de esta pobre muchacha...». No dijo monja.

Estaban parados en la Plaza de Santo Domingo, allí donde entraban y salían los coches no sólo de la huerta inminente sino de los pueblos más remotos del secano. Había pasajeros que se montaban en la baca de los autobuses rodeados de bultos y dando gritos a los de abajo. Había algo agitado en el ambiente y las expresiones eran desacostumbradas por irrespetuosas y hasta blasfemas. Ramiro una vez más se daba cuenta en aquellos días

de que algo indeteniblemente aciago, algo más real que las alarmas y las amenazas, se cernía sobre la ciudad. Hasta el toque de las campanas producía el presentimiento de algo funesto. No hacían mella en él las iras que se estrellaban contra sus sotanas, las bromas de injuria y hasta las maldiciones que se arremolinaban contra su persona. También lo sumían en profundo desconcierto las promesas de defensa y lucha, los conatos de patriotismo que escuchaba en la gente joven y algunos viejos.

Se acercó al doctor Jiménez un hombre gordo, sudoroso, abotargado, que extendió ante sus ojos un papel que no era ni telegrama ni periódico y que el hombre movía como una bandera retadora: «¿Y ahora qué, ha visto, ahora qué decimos?». Leyeron Ramiro y su padre consternados el primero, y un tanto indiferente el segundo. «Ya lo han matado y lo han matado los de arriba, y todo se sabrá y esto no podrá quedar así...» vociferaba el gordo casi satisfecho, dando con el pie en el suelo. El doctor se sentía molesto mientras el gordo seguía repitiendo de modo truculento: «No se puede ocultar ya el crimen y no hay derecho, no hay derecho». Ramiro quedó anonadado con la noticia de la muerte de Calvo Sotelo. Y el hombre gordo, queriendo complacer a Ramiro y poniendo en evidencia a su padre, insistía: «Y es seguro que la orden salió de la Dirección General de Seguridad, del propio ministro de la Gobernación y esto ha llegado al límite del oprobio y la ilegalidad», «Calma, calma», repetía el doctor Jiménez, mientras el gordo todo colorado y espumeante gritaba: «Pero esto es el principio del fin», «O el fin del principio», agregó el doctor de modo irónico, escapándose.

Se despidieron padre e hijo, queriendo dar a la despedida tranquilidad y expectación. Pero cada uno seguramente pensaba lo suyo. Para el doctor Jiménez no valía la pena el enfrentamiento y era una tontería desencadenante haber hecho un mártir en aquellos momentos. Para el sacerdote la sangre derramada aquel mismo día sería una arenga última para un enfrentamiento de sangre que ya estaba muy maduro. Era un dolor que no hubiera otra vía para la salvación de un pueblo. Ramiro examinaba atentamente a los muchachos en actitud de agresión y hubiera querido inspirarles motivaciones más arraigadas sobre todo desde el punto de vista religioso. Pero el desmande ya resultaba incontenible.

Ramiro hizo el propósito de presentarse al día siguiente en el Palacio Episcopal. Si no podía hablar con el obispo, tendría una entrevista con el vicario capitular o el secretario de cámara. ¿Por qué no habían de hacer caso a la recomendación de su padre?

–Y luego dicen que nos cargamos muchos en España. Mucho mayor debió de ser la limpieza. Ni simiente debimos de dejar. Un país de visiones y apariciones, vamos, la rehostia.

Susan se adormilaba blandamente.

Ramiro me había contado que a últimos de julio pensaba salir para Lourdes acompañando una peregrinación de la Adoración Nocturna, que le había insistido mucho. Después de las vacaciones, al comenzar el curso, daría una serie de pláticas a los alumnos del Seminario Menor. Tendría que preparar cumplidamente el contenido y proyección de estas pláticas. Quería hacerlo con responsabilidad y realismo. No quería sólo poner

unción sino una conciencia despertadora, para una orientación más auténtica a tono con los tiempos. El caso de Alfredo le escocía interiormente. Su padre había sido muy parco en sus comentarios sobre la verdadera situación del condiscípulo loco. No pudo ver al obispo y en palacio todo eran miedos y de vez en cuando cundía la esperanza salvadora del ejército.

La noticia de la sublevación militar, que es posible que se estuviera fraguando desde algún tiempo, cayó como una bomba de júbilo en la Casa de los Sacerdotes. Hubo una hora santa con el Santísimo expuesto y al final se cantó el tedeum entre nubes de incienso. Un optimismo radiante se apoderó de los viejos sacerdotes.

Todo esto a Ramiro no sólo le produjo desconcierto sino malhumor que contrastaba con la euforia en parte insensata del ambiente clerical que le rodeaba. La excitación y la confusión era grande y ya se figuraba lo que estaría ocurriendo en su propia casa, su madre y sus hermanas locas de alegría llamando por teléfono a todo el mundo y acaso el padre condenando agriamente el levantamiento en el casino. El curso de la violencia le preocupaba tanto que se reprochaba a sí mismo no sentirse acorde con el delirio exultante de los demás. ¿Adónde se podría llegar? Para unos la violencia era un derecho santísimo y había que alentarla como si sus ejecutores fueran ángeles vengadores. Desgraciadamente eran los más los que incitaban a la lucha. Seres hasta entonces considerados como llenos de odio eran aplaudidos como poseídos de una furia santa. El momento era de defensa a todo trance y en las sacristías entraron secretamente tipos que no tenían ninguna familiaridad con los sacramentos. Ramiro auscultaba la situación con ciertas

reservas. Examinándose por dentro existía la sospecha evidente de determinada conciencia de culpa en los ricos y hasta en los sacerdotes. ¿Se arreglaría la situación solamente con la imposición de las armas? Una refriega nacional, por corta que fuera, sacaría a la calle al egoísta disfrazado, al idealista fracasado, al pistolero comprado y vendido, al fanático explotado, al hipócrita resentido, al moralizador cínico, al soñador impaciente, al peleón sanguinario, y todos juntos, mala mezcla. ¿No era posible la vida en común ya, y todo habría que confiarlo al imperio de las pistolas? En la Casa de los Sacerdotes se hablaba con pasión teológica de la licitud y hasta legitimidad de matar al tirano, a los que usurpaban el poder contra el bien común. Nadie citaba las palabras «guerra civil», por supuesto, sino que se trataba tan sólo de unos días de terror para que se impusiera el orden sin el cual una sociedad cristiana y civilizada no puede subsistir. Pocos comprendían, ni siquiera entre los canónigos más sesudos, que para llegar al fragor de las armas es preciso haber agotado antes todos los medios justos, válidos y fraternos. Apelar vindicativamente al exterminio del enemigo ideológico era demostrar poca confianza y seguridad en la propia ideología.

Ramiro se sentía definitivamente pesimista, no obstante, el optimismo que recibía por las radios y las llamadas telefónicas.

Me puse a pasear como un león herido por la habitación, exacerbado por estas cochinas y tardías confesiones, conciencia de culpa que se quería tranquilizar a destiempo, el mismo truco de siempre. Seguro que, por aquellos días, heroicos para el pueblo español, todos estos fantasmas vividores de sangre, ardían en celo exterminador, poniendo por delante las palabras orden,

familia, religión, patria y demás mentiras.

El cura Fulgencio se podía meter el texto en el culo. Me serví un trago y después de escucharme a mí mismo diciendo: «Cerdos, sinvergüenzas, traidores», me puse a contemplar el gracioso mohín que ponía Susan durmiendo.

Volvería al texto infame, ya quedaba menos y alguna sorpresa encerraba aquello, porque si no, no hubiera insistido tanto Susan en que llegara al final.

Seguimos pendientes de lo que pasaba en el cuartel de artillería una vez conocida la sublevación de la Guardia Civil en Albacete, que no estaba clara. Comenzaban a salir camiones con milicias populares. La Casa del Pueblo se convertía en plaza de armas.

Me consta que Ramiro había tenido discusiones con superiores y compañeros. Había que salvar al pueblo y salvarse, pero quizá no todos los medios servían, porque algunos podrían resultar contraproducentes. La violencia siempre engendra violencia y para él lo de «a cris tazo limpio» era un pregón antievangélico. Si él había llegado al sacerdocio había sido con la urgencia de predicar algo nuevo, mejor dicho de predicar la eterna verdad con un estilo nuevo. A las finezas del cielo había que responder con mayores ternuras. A pesar del dramatismo de aquellas horas, su pensamiento volvía una y otra vez a la tensión de las infelices monjas del convento. Aunque él había puesto su más trémula delicadeza con las monjas, después de lo de la abadesa muerta con la campanilla en la mano y lo de la monja que seguía

con las voces y las luces, Ramiro comprobó que se estaba haciendo áspero, desabrido y preocupado. Una tristeza enorme le invadía. Aquello último de la bola roja de sangre o lo que fuera, aquellas veladas alusiones a la muerte, con tantas muertes como un gran manto que caían sobre el cielo de España, Ramiro había perdido su equilibrio. En cierto modo, la última conversación precipitada, tras el torno, había sido descorazonados, «Usted, hermana, está sugestionada –le había dicho– por esas ideas que corren de persecución. Confíe en Dios», y ella había respondido: «Yo por mí, ya sé lo que es y será, pero ahora lo que hago es pedir que a su paternidad no le pase nada», «Sor María, hágame caso, hay que vivir porque estamos aquí para dar un testimonio», «La muerte también es un testimonio», «No crea, sor María, no estamos ni siquiera maduros para el martirio y Dios, que es muy exigente, nos quiere aquí dando frutos de santidad», «Todo es secreto y está en manos del Altísimo», «¿Cómo sabe que es secreto?», «Su paternidad es un secreto de Cristo y yo soy un pequeño secreto del Divino Esposo». Nunca callaba, seguía siempre aquella monja soltando hilo interminablemente. Y todo estaba a un paso o dentro del escollo de la pedantería o del efluvio místico. Como una máquina de inefables e intransferibles secretos místicos, sor María era irreversible. No operaba ni hacia atrás ni hacia adelante, sino estática en su sueño de sueños inasibles. Ramiro le había hablado de la fecundidad de la sencillez, de la que eran ejemplo los misterios grandísimos pero tan normales de la casita de Nazaret. Allí había ocurrido lo más importante de la redención de los hombres y sin embargo todo había sido simple ofrenda de silencio, labor callada de paz, doméstica obediencia, delicada servidumbre, confiada entrega. Había que evitar los tentadores protagonismos. Ni una sola hoja caída del árbol lo es sin permiso del Padre Celestial. Como el trigo

solamente cuando es zarandeado llega a hacerse harina y hostia de sacrificio, del mismo modo estaba decretado que los hijos de la luz, sí, la luz, conocieran la tribulación y las tinieblas. Pero siempre la gran prueba consistía en abandonarse ciegamente en los brazos de la providencia. No había, pues, nada que temer porque la misma mano que vestía de lirios el campo y cuidaba de los pajarillos del cielo, estaba operando constantemente un gran milagro de amor en las almas de sus siervos. Confianza, gran confianza, ese era su consejo.

Al despedirse, casi severo, le dijo a sor María: «Si yo fuera la reverenda madre tapiaría el torno, el locutorio, todo. Nada de lo que sucede fuera de estas paredes les pertenece si no es para orar por ello». «Yo sé, por designio del cielo, que no abandonaré la clausura», «Pero tiene que estar dispuesta a salir tan pronto el obispo lo decida».

Persistía el alboroto en la Casa de los Sacerdotes en donde se pasaba momentáneamente del cántico triunfal al derrotismo más terrorífico. Los rumores eran lo más contrapuestos, aunque era cierto que el ejército se había alzado en Marruecos y dominaba bastantes capitales donde se había declarado el estado de guerra. Sin embargo, Madrid, Barcelona, Valencia seguían en manos de la República del Frente Popular que los clérigos consideraban obra del demonio, situación impía. Seguían las horas santas aunque muchos sacerdotes comenzaban a buscarse casas de parientes o deudos como posible escondite, ya que la chusma de los barrios y de la huerta se iban apoderando de la capital como una mancha de aceite. El momento no podía ser de más confusión y horror. Habían sido detenidos los oficiales del ejército o de la Guardia de Asalto.

Menos mal que las radios mantenían la esperanza. Por fin, el Señor de los ejércitos venía a cortar la racha de quema de templos, detenciones de sacerdotes, de los que decía que se quería librar el furor de las turbas, asesinatos, demostraciones de ateísmo, sacrilegios. Pero en pocas horas comenzaron los asaltos, los saqueos, las incautaciones, los controles puestos por las milicias del pueblo. Eran horas de mucho lío y tensión. Si la espada justiciera no se interponía en horas, el caos reinaría abiertamente sobre la ciudad. En el Seminario Mayor, donde se celebraba retiro espiritual, el vicerrector, muy lleno de ideas providencialistas y, sobre todo, pletórico de optimismo habló a los seminaristas de «cruzada», término que fue recogido con honda emoción.

Recuerdo que Ramiro fue muy prudente en su júbilo y que no parecía aprobar las palabras solemnes y sagradas y no por miedo precisamente. Yo mismo, aun siendo mayor que él pero estudiando un curso menos, me pasmo ahora mismo de la discreción con que Ramiro contemplaba aquella pleamar de tragedia nacional. Durante la comida hubo alguna polémica entre el profesor de ética y el de teología moral, hablando airadamente del mal menor y del bien común, el derecho a la rebelión cuando la autoridad se enajena o desvirtúa, cuando ex profeso desde arriba se degrada o corrompe la familia, cuando se subvierte el orden moral entero de una sociedad.

A la mierda, me dije y me fui efectivamente al water. Era como una droga estúpida, porque ahora con esto de la guerra, yo tenía cierto interés, sobre todo para constatar la perfidia y la mentira histórica, el manto de hipocresía con que siempre cubren hasta las cosas más obvias los eternos cínicos vividores de cualquier

situación con tal de pervivir. Menos mal que en el relato follonero todo comenzaba a ser un poco más delatador –siempre es bueno saber leer entre líneas– y lo que más rabia y risa me daban eran estos avisos o incisos de Fulgencio, diciendo siempre que él había sido un testigo fidedigno de los hechos y que para todo lo anterior había podido valerse de unas notas del propio Ramiro que él había respetado al máximo, aun cuando le había dado cierta forma narrativa, para que fundido todo pacientemente, tuviera un sello de unidad, y es que estos seres como el tal cura Fulgencio, que ponen por delante siempre, las notas de escrúpulo, seriedad, honestidad, son los peores y a mí siempre me han dado cien patadas.

Cosa notable, todo lo de la guerra civil que hubo un tiempo en que casi me daba colitis, ahora me estreñía atrocemente, y es que hay pocas cosas tan *contra natura*, donde se palpa el amañamiento, la doblez y la insinceridad, como la prosa eclesiástica, aunque esté condimentada por expertos de la camelancia de Fulgencio.

Fuera como fuera, yo iba a tener alguna pregunta directa que hacer un día sobre su antiguo compañero y al parecer actual patrono o guía, no había más remedio que un buen día destaparle el paquete.

Seguiría leyendo, porque ahora sí que estaba claro que habría que ir desbrozando dudas, para que el pez apareciera de una vez sin escamas, porque Justo, por supuesto, venga siempre a hablar de su espíritu de *protesta*, de la *protesta* que lleva dentro, y de repetir hasta la saciedad que, en vez de hacerse beneficiario de la catedral, porque el coro le aburre, había decidido ser

beneficiario del exilio, vamos, algo así como una sanguijuela de los que perdimos la guerra, pero algo me ayudaría a descubrir los subterfugios de Justo, toda esta pantomima de Fulgencio, que yo seguía leyendo, a pesar de mi repugnancia. Una especie de capitulillo se abría con las siguientes letras titulares: «*Final de un sacerdocio*».

A partir de este momento de indecisión de los nuestros y arrojo de los enemigos, todo fue vertiginoso y arrollador. Pasaban las horas y el cuartel, con su coronel, que era muy conocido como defensor del orden, esperaban órdenes de la Capitanía General o últimamente contactos con Cartagena. Pero las órdenes no llegaban. El tiempo lo era todo en aquellas horas críticas y la Casa del Pueblo, que por cierto no estaba muy lejos de las Anas y las Claras, y también de las Adoratrices –el Seminario sería muy pronto Cuartel General de la CNT y de la FAI y el Palacio Episcopal la Casa del Pueblo–, empezó a movilizar el proletariado de un modo rabioso, azuzando a la fiera escondida que hay en todo pueblo, incitándolo a la captura y muerte de todo lo que oliera a Ejército. Para ellos el fascismo era también los curas de aldea y las pobrecitas monjas. El lenguaje se había hecho violento, crudo, provocador, animador de todo lo que fuera derramamiento de sangre, cacheos, detenciones, carreras, denuncias, tiros sueltos. Pasó aquel día en una tensión insoportable y las calles hervían de populacho ávido de robos y muertes. La espera, el miedo, los gritos de la radio, los gritos de socorro de las víctimas acorraladas, las bocinas de los coches requisados dominaban Murcia. Toda Murcia era noticia contradictoria, ilusión para unos, terror para otros. Funcionaban altavoces lanzando llamadas de socorro, dando consignas a los sindicatos y en la calle se cantaba «La Internacional» por masas

delirantes y entusiastas. Conforme se recibían noticias de Madrid de que la situación era grave y delicada, en pocas horas hasta la Guardia Civil y la de Asalto tuvieron que presenciar impávidas y como complacidas las más vandálicas barbaridades de las turbas. De la espera se pasó al silencio y comenzó la angustiada búsqueda de refugio para sacerdotes, militares, al mismo tiempo que los que eran descubiertos por los porteros o vecinos eran sacados de las casas arrastrando. El silencio de Murcia, sin campanas ya, se había hecho más trágico. Ni fábricas ni talleres trabajaban y los huertanos se fueron volcando sobre la capital amedrentada con el mismo desorden que cuando se produce una riada del Segura. Se improvisaban letreros y comités por todas partes, se tomaron los periódicos y había colas hasta de muchachitos jóvenes para recibir un arma y salir para los puntos de peligro. Cuando no se encontraban fusiles, salían a relucir escopetas, revólveres antiguos, largos cuchillos.

Ramiro, después de varias llamadas telefónicas urgentes, dejó la Casa de los Sacerdotes y se instaló en su casa. No había nada que hacer. El cuartel, tras los titubeos e incertidumbres de la primera hora, fue asaltado y detenidos sus jefes, sin apenas disparar un tiro. Ahora ya las plazas, las iglesias, los palacios abandonados y saqueados se iban convirtiendo en improvisadas fortalezas y arsenales. Seguían saliendo caravanas de milicianos sin orden ni concierto hacia Albacete y en la estación se formaba una larga expedición militar con material de los cuarteles, al frente de la cual se amontonaban imprevistos y discutidores jefes militares que se nombraban a sí mismos comandantes o capitanes. Desde los balcones de Ramiro se veía un desfile ininterrumpido de puños cerrados en alto como señal de lucha.

Todavía, por los más confiados, se mantenía la esperanza de que tal espectáculo de abuso total y de horror, duraría lo más un par de días. No podía ser de otra manera. Pero Albacete cayó en poder de los rojos y a Murcia llegaron los pocos rehenes que quedaron y sólo para mostrarlos al populacho, cuando en realidad las calles de Albacete habían quedado cubiertas de cadáveres. Personas, coches, fachadas, hasta los niños, comenzaron a poblarse de insignias, se pedía la documentación en cada esquina y aparecieron los primeros paseados, que a veces no les daba tiempo ni a liquidarlos antes de llegar a las carreteras de las afueras, principalmente la del Palmar. Artilleros, aviadores, marinos, un diez por ciento o menos que se salvaban del primer empuje o de los tiros a placer, eran llevados a Murcia para exhibición pública como se llevan los animalejos al mercado, mientras las llamadas gentes de derecha se escondían cada vez más y no hacían más que rezar y reclamar un súbito milagro del Corazón de Jesús.

«¡Así se escribe la Historia, hijos de puta!», me dije lleno de rabia, tanto que Susan dio un salto en su butacón. Lamentablemente en la guerra civil nosotros habíamos llevado la peor parte, porque era imposible en poco tiempo corregir vicios tan antiguos y la sórdida moral que había echado raíces en nuestras gentes, hasta nuestros mismos combatientes fueron blandos, con su complejo de piedad y generosidad, que fue lo que nos llevaría a todos a la derrota, porque habría que haber sido implacables y a tanto júbilo externo por la revolución que comenzaba el pueblo, habría que haber añadido un sistema de eliminación metódico, inexorable, porque durante la guerra no hicimos otra cosa que ir dejando enemigos detrás de nuestras filas, y esta confianza fue nuestra perdición.

El día tercero del alzamiento, muy de mañana ya, porque no había podido dormir, Ramiro tenía la pretensión de decir la misa a puerta cerrada, en su convento, y gracias a Dios pudo decirla. Esperó que terminara la misa y no quiso ni siquiera comentar ni una palabra con la hermana sacristana que era locuaz como ella sola. Visto que el obispo había entregado el palacio el día antes por la mañana y había tenido la gran suerte de escapar en medio del gran tumulto, huyendo en un coche que le esperaba...

Lo dejamos escapar como unos señores, se le dijo correctamente que abandonara palacio y hasta se le dejó que se llevara consigo algunas maletas, donde iba naturalmente el dinero del pueblo, que eran bastantes millones, y que después le servirían para comprarse a precio internacional la fuga, dejando el muy cobarde abandonada eso que se llama la *grey*, nunca mejor dicho, el pueblo pudo abuchearlo, que era lo menos, pero no lo atacó, porque todos nuestros actos iniciales estuvieron llenos de dignidad, si lo sabré yo.

Una hora después acaso todo hubiera sido distinto para el obispo, pero los socialistas siempre han querido dar lecciones de humanidad y al lado de los anarquistas y comunistas eran al menos personas. El caso es que se dio una prueba contundente de juego limpio, que el doctor Jiménez comunicaría eufóricamente a su hijo. Después de esta última misa en el convento, Ramiro habló privadamente a solas con la abadesa y después a la comunidad, toda volcada sobre la reja y llorando y rezando a gritos. No hubo ninguna mención para sor María de la Santísima Trinidad, que continuaba en la enfermería. La orden de Ramiro, que era un consejo de su padre, fue que había que abandonar el convento. Lo dejarían de dos en dos las jóvenes y de una en una

las viejas. A media mañana vendrían al convento algunas familias piadosas que se encargarían de recogerlas y distribuirlas. La madre de Ramiro y sus hermanas se habían dedicado a hacer una lista de familias cristianas que no se negarían a tal acto de misericordia. Pero había que hacerlo todo con precaución, sin escándalo, dejándose llevar de la mano de Jesús que no las abandonaría en ningún momento. Era la hora de la fe y de la esperanza en Dios. Pero las monjas, al ver a don Ramiro, sin sotanas y con aquel tenso nerviosismo, elevaban sus voces al cielo sin ningún consuelo. Resultaba grotesco aquel Ramiro, vestido como de oficinista o tendero, que quería ser suave y tranquilizador.

Precipitadamente en las sepulturas del huerto y en otros lugares que se creían seguros, se habían escondido las reliquias, los objetos de plata, excepto las memorias del convento que las llevaría consigo la abadesa.

«Cristo nos manda perdonar y es la hora de rezar todos juntos por nuestros enemigos, que ciertamente no saben lo que hacen», dijo Ramiro y de nuevo estallaron los llantos y los lamentos. Ramiro les explicó brevemente que era el momento de la purificación total, porque todo ello había sobrevenido no sólo porque las mentes estaban ciegas sino porque los corazones estaban endurecidos y las pasiones habían quedado sueltas en manos del Demonio, pero de todos modos el Divino Esposo sabía muy bien por qué las sometía a este tormento que era indudablemente un incalculable argumento de amor. Quizás eran necesarias la dispersión, el abandono, la soledad. Lo único importante era saber si resultábamos merecedores del testimonio que Cristo nos exigía. No había que confiar tanto en los

hombres con sus poderes encontrados y tantos errores ya irreparables, en los que un poco de culpa nos cabía a todos. Los designios de Dios eran secretos. Podría decirse que era la hora de la ofrenda al Esposo, la hora de la fortaleza y de la unión inquebrantable con Dios. Estaba visto que no sólo estaba dividida la geografía del país, sino que lo estaba mucho más el corazón de sus habitantes.

Las monjas atronaban con sus quejidos el convento, buscando con aborrecimiento sus ropas y trajes del mundo, prendas raras prestadas como los residuos de una compañía teatral, y Ramiro se enternecía al ver a monjas ancianas que no habían salido del convento desde que entraron en la flor de su juventud, pasando aquel trance. Parecían almas en pena yendo de un sitio para otro. Algunas de ellas, llenas de celo santo y totalmente perturbadas, se agarraban a las rejas diciendo que no abandonarían vivas el convento, pero en esto Ramiro fue severo e invocó la santa obediencia. El caso es que al mediodía, lo más tarde, el convento debería quedar completamente libre. La abadesa se encargaría de que todo se hiciera en silencio y rápidamente. Ramiro les repitió: «Yo he de volver más tarde, para que todo quede bien hecho», «No se vaya, don Ramiro», gritaron las monjas a coro, mientras pedían su bendición. Él entonces les dijo que habían comulgado aquella mañana, que tenían al Señor consigo y que él las seguiría asistiendo, estuvieran donde estuvieran. Pero era preciso que él fuera al sanatorio de su padre donde encontraría una habitación para sor María de la Santísima Trinidad, que él mismo transportaría en una ambulancia.

Lo que Ramiro se encontró en la calle era un enloquecimiento

colectivo, la multiplicación de gritos y cánticos repletos de burlas y amenazas. Ardían por los alrededores algunas iglesias, estaban tirando los muebles de Acción Popular y sin que se supiera por qué ni de dónde las habían sacado, aquellas milicias armadas iban enseñando calaveras por las calles y arrastrando uniformes y sotanas. «Son los niños encontrados en los conventos», «mujeres encontradas en el sótano del seminario», «así eran las cárceles de la Inquisición». Algunos enseñaban armas diciendo que las habían encontrado en la parroquia de San Bartolomé o de San Pedro.

A veces aquello tenía algo de carnaval loco y parecía que no tuviera nada que ver con la realidad. Un señor extraño se acercó y le colocó en la solapa a Ramiro una insignia extrañísima y Ramiro lo dejó hacer, pero tan pronto se hubo ido, se la guardó. Seguramente alguien que conocía a su padre porque le dijo: «Esto te sirve de salvoconducto». Al llegar a la portería de su casa le dejó a la portera la chaqueta, y salió corriendo. Pero inmediatamente regresó. Su madre y sus hermanas estaban llamando por teléfono desde distintos sitios a las familias cristianas que deberían hacerse cargo de las monjas.

«Nada más lógico –me vine a decir–, que los cuervos crían cuervos.»

Al llegar a su casa, la madre y las hermanas se echaron premiosamente sobre él. «Ha llamado tu padre y dice que no salgas», «Ha llamado papá», dijeron las hermanas excitadas. La madre, como había comprobado que estaban haciendo registros y detenciones por las casas, le dijo que había hablado con el camisero de abajo y que tenía un almacén semivacío en el patio

donde sería fácil esconderse. Ramiro las atajó diciendo: «No pienso esconderme». Subió a la terraza y vio varias columnas de humo. La madre y las hermanas salieron hacia el convento a recoger monjas y ir colocándolas donde pudieran. Seguramente, por primera vez de un modo preocupante, por pensar en sor María de la Santísima Trinidad, vino también a pensar en sor Ángeles, la que ni a novia llegó, pero que ahora le producía inquietud.

Llamó a su padre por teléfono y le rogó con voz temblorosa que, por lo que más quisiera, se hiciera cargo de sor María como enferma. «No creas, hijo, que es nada fácil, porque hasta es posible que las monjas de aquí tengan que abandonar esto, un disparate mayúsculo. Te recomiendo prudencia y serenidad. No va a pasar nada». Ramiro expresamente no quería hablarle de Alfredo, pero fue su padre el que rompió el secreto con una revelación espantosa. Le dijo: «No sabes el gran disgusto de tu compañero, el de marras, que no hay quien lo sujete», «¿Por qué?», «Esto está muy revolucionado. A gritos dice que lo saquen que quiere irse a luchar por la República», «Pero eso no es posible», «No sé lo que pasará aquí», «Hay que tener en cuenta que está loco», «Sí, estará todo lo mal que se quiera, pero él está capitaneando la revuelta y quiere luchar y no hay quien lo contenga. Sus gritos me tienen alterado todo el sanatorio», «No habrá que dejarlo salir».

Ramiro se quedó helado. Como perros hambrientos, posiblemente entre unos y otros –también se daban casos de muchachos locos que habían salido a morir por las esquinas y que se habían refugiado en lugares sagrados, seguro que eran falangistas– y se mascaba una carnicería estúpida y execrable. Las

propias criadas de casa de Ramiro estaban asustadas porque por delante de la casa pasaban grupos de milicianos armados arrastrando a los que pillaban. El desánimo y la incertidumbre se fue apoderando de Ramiro y se encontraba indeciso, desmoralizado, sin saber qué hacer. Ahora, más que la suerte del obispo estaba obsesionado y crispado por la sensación de abandono casi culpable en que se encontraba aquel rebaño de sus ovejas, incluida la enigmática sor María, que al recibir los raros vestidos que le habían enviado las mujeres de los ferreteros, de los almacenistas, camiseros, confiteros, farmacéuticos, se sentían lanzadas desde el místico palomar al bosque sangriento de la jauría, y ellas se estarían moviendo en pleno día como fantasmas alados en medio del festín y de la orgía revolucionaria. Mirando a la calle desde el balcón, los rostros expresaban un odio inaudito.

La reiteración para que se metiera por lo menos unas horas en un cajón del ferretero –y allí tenía ya la llave del almacén– le pareció absurdo, inaceptable. Había una razón también providencial, aparte de la voluntad de Dios, que era el prestigio liberal de su padre. El sentido común se impondría. Las ferocidades serían cosa de unas horas de anarquía. Estaba tan contrariado, que todo lo que su madre y hermanas le habían dicho de brazaletes, consignas, reveses militares de los rojos republicanos, triunfos apoteósicos de las fuerzas del ejército, los falangistas, los requetés, le hería. Todo tenía algo de macabro, caricaturesco, abominable. La gente moría.

Quiero recordar aquí que Ramiro me envió un recado con su portera diciéndome, que si no me sentía seguro que no dudara en irme a su casa al atardecer. Mucho le agradecí este gesto a

Ramiro, pero no le dije que en aquel día ya había cambiado tres veces de escondite. Primero, los marqueses de S, que fiados de las noticias de la radio habían emprendido viaje hacia el sur a toda prisa, luego el exportador de frutas que se sentía vigilado por sus obreros y que yo noté que los comprometía y luego la casa de doña Catalina a la que le dio un ataque y yo, para quitarle la zozobra, me escapé. Y brevemente prosigo con mi fuga, aunque lo que aquí importa es la historia de Ramiro. Aunque pareciera una invención chistosa, cansado de recorrer calles, la salvación habría de encontrarla, cuando me sentía mirado con recelo y hubiera terminado por ser apresado, metiéndome en el cuartelillo de la Cruz Roja. Dije atemorizado lo que me ocurría y un médico –que por cierto conocía al doctor Jiménez y dos o tres veces repitió: «A ver qué dice ahora»– me dio un uniforme y un brazalete y me preguntó: «Pero a usted no le asustará la sangre», «Según, no sé...», le respondí. «No se separe de mí ni aun cuando esté haciendo una autopsia».

«Otro emboscado, que Dios los cría y ellos se juntan...»

Yo sólo diré que las casas de los católicos de renombre al principio se consideraban afortunadas y bendecidas por tener escondido a un sacerdote o un seminarista ya diácono, porque era como colocarse en el peldaño más alto de los méritos por el testimonio de la fe. A veces no se trataba de esas familias consideradas como beatas, sino de antiguos judíos que querían formar escalafón para el futuro ante la jerarquía eclesiástica. De todos modos, conforme pasaban los días, este sentimiento sufría mucha merma también. ¿Por qué no decirlo? A veces a sus escondidos los facturaban hacia otras familias más humildes que dependían de ellos. La primera misa dicha como en las

catacumbas en el comedor de la casa, la comunión de todos los familiares juntos, la imagen escondida que se convertía en un gran reto a las fuerzas del mal, todo esto era de gran emoción y los ancianos lloraban abundantemente enseñándoles a los niños el tremendo secreto. Pero a todo se acostumbra uno con facilidad y las cosas fueron cambiando hacia el egoísmo, la frialdad y el instinto de supervivencia.

Mi llamada telefónica con Ramiro, de todas maneras, me insufló mucho optimismo. No estábamos solos. Todo era cuestión de capear el temporal de las crueldades desatadas. Por lo que noté, estaba contento por saber cómo había reaccionado su padre, hasta el punto de que era posible que terminaría trasladándose al sanatorio. Pero lo que me dejó de una pieza fue la nueva aparición de Alfredo, que a todos nos tenía abochornados. Mejor si Ramiro estaba próximo a la tortura de Alfredo que a tono con los sucesos que acaecían a nuestro alrededor había sentido unos inconcebibles ataques de agresividad. Ya no se trataba de la batalla contra su cuerpo, tan vergonzosa, sino de un afán brutal de violencia peligrosa e incontrolable. Y no puedo olvidar que Ramiro en nuestra charla telefónica, en la que tomamos muchas cosas a broma me dijo: «Mi padre cree que Alfredo es menos de fiar que muchos de los que andan sueltos por las calles cometiendo barbaridades». O sea, que Alfredo estaba a punto de mostrarnos el revés de una personalidad inadmisibile en un recién ordenado aunque alienado temporalmente. Como complemento de nuestra llamada, comentamos que por la calle había sacerdotes jóvenes y hasta seminaristas mayores que sin que se supiera cómo, pero ayudados por vecinos, familiares, gente insospechada, circulaban por las calles con monos azules y hasta papeles de organizaciones rojas, papeles recién

acuñados pero que servían. Era también, dentro del drama, para reírse. Cuando yo le conté a Ramiro que las noticias que había tenido de Cosme es que había pasado una noche con gitanos debajo del puente y que después había huido con ellos en un carromato, estalló la risa, pero después percibí claramente que Ramiro se quedaba triste y callado. El caso de Cosme, Dios haya tenido piedad de él, fue muy desdichado y yo, por ahora, prefiero no hablar de él.

(Solamente diré –para que se vea que no rehuyo lo humillante y vergonzoso de la historia– que si todos somos pecadores, es más, si todos somos pecado, Cosme con su ambigua condición, muy pronto dio señales inequívocas de que el vicio incorregible había hecho presa en él, con escándalo para todos.)

«Todo, hay que ver, por no decir que era un maricón redomado, que es lo que se desprende, pero siempre la misma falsa caridad cuando se trata de lo propio y la mayor dureza de alma cuando se trata del vecino, y es que estos administradores de la justicia divina son la monda», y al borde del folio, escribí la palabra «mentira» varias veces.

Ramiro se había recluido en un cuarto junto a la terraza que estaba llena de trastos. Lo que estaba sucediendo superaba ya la preocupación inicial. Las monjas habían desalojado el convento pero no con la ligereza que él les recomendara. Según la mandadera, algunas, confiadas ya en sus trajes delatadores de «paisanas» recién desfiguradas, habían hecho varios viajes al convento para salvar recuerdos y objetos valiosos del culto. Todavía la abadesa permanecía allí esperando que la ambulancia del sanatorio llegara de un momento a otro.

De repente, en medio del silencio ahuyentador de la ciudad, un silencio plagado de voces amenazadoras y de disparos, hasta la casa del doctor Jiménez llegó el sonido de la campana de las monjas tocando arrebatadamente. Ramiro pudo distinguirla claramente y la reconoció al instante. Coincidió esto con el paso por las calles de una manifestación airada que era como la rotura de un dique incontenible de iras.

Pero la campana del convento no cesaba. Al principio podría creerse que se trataba de un juego de niños, pero Ramiro entendió que aquel volteo extraño era como una última súplica, una angustiosa llamada de socorro. No había duda, Ramiro conocía muy bien el sonido de aquella campana y podía distinguirla muy bien entre las veintitantas menudas de la catedral y casi el medio centenar de otras iglesias y conventos. Era concretamente su campana, con aquella ligereza musical de badajo leve pero penetrante. Por cierto, que al rato, el revuelo loco de la campana de su convento era coreado trágicamente por la del convento vecino, justamente el de sor Ángeles. Se llamaban y respondían los dos conventos, pero al cabo de un rato sólo quedó flotando el repique apresurado de su convento, de aquel que el obispo le había asignado especialmente, aunque más adelante también tendría como destino el que albergaba a sor Ángeles. El metal de la estremecedora campanita seguía vibrando y retumbando en el alma de Ramiro que se olvidó de todo, del obispo, de sus padres, de sus compañeros, de la revolución incluso. Era como si el bronce dolorido de la campana estuviera en peligro de ser acribillado o fundido por el fuego.

Al principio, Ramiro quiso creer que aquel voltear disparatado podría ser señal del dominio del convento por las masas, pero

poniendo toda atención llegó al convencimiento de que allí había una vibración febril, angustiosa. Entonces dio un salto. Aquella campana, que juntaba la transparencia mística del cristal con el vigor de un bronce pulido por los siglos, aquella campanita que a diario repicaba a ritmo de salmos pacíficos y que ahora convocaba a rebato y delirio, le llamaba particularmente a él, exclusivamente a él. Así lo entendió con toda lucidez y estaba claro que era un ruego que no admitía espera, un ruego que tenía más que el doblar de la desesperación, el recurso de la oración postrera, algo así como el latido sonoro entre la beatitud en peligro y el acoso de la jauría humana. Como siguiendo una inspiración del cielo, Ramiro, sin hacerse cargo de cómo iba vestido, salió corriendo, sin decir nada en su casa. Ni madre ni hermanas hubieran podido detenerlo. Tan pronto se vio en la calle corrió como una exhalación angélica hacia su convento. Por en medio de la calle desfilaba un cortejo silencioso, hosco, con una solemnidad siniestra. Un camarada había muerto –cualquiera sabía dónde y cómo– y cubierto con la bandera roja y negra ahora le hacían con los puños en alto el gran homenaje de despedida. Pero la campana seguía en su tremendo alarido. Ramiro tuvo que esperar unos instantes a que pasara aquel cortejo extraño; niños y niñas con correaes, armas de juguete y blusas rojas, precedían a los fusiles que rodeaban el féretro, que llevaba encima la hoz y el martillo y su gorro de miliciano. Todo era alrededor, sordo, compacto, espeso. Ramiro, viendo aquella muchedumbre más que temor sintió compasión. Tan distraído estaba que al pasar el cadáver casi estuvo a punto de santiguarse. De todos modos, rezó por lo bajo, rezó especialmente porque se acabaran las muertes todas, y tan pronto pasó la desencajada comitiva, que de vez en cuando soltaba algún viva o algún muera seco y rotundo, Ramiro

continuó avanzando a la carrera, porque la campanita de nuevo llenaba el aire y su reclamo podría decirse que se había hecho más patético aún. Ya tenía casi a la vista el convento de su tormento espiritual, pero antes pudo ver el de sor Ángeles dónde se apiñaba una gran muchedumbre. ¿Qué podía ser? ¿Estaba ya en manos de las turbas enfurecidas? El conjuro de la campanita tiró de él con una furia ciega.

En la fachada de su convento estaban pintando en rojo la palabra «incautado». Ramiro pensó que acaso la campana celebraba infantilmente la posesión del edificio, pero no parecía así. Es posible, se dijo, que fiados en que se guardaban allí tesoros de siglos estuvieran en pleno saqueo. Desde luego se trataba de una multitud rabiosa e irritada sobremanera. «El pueblo, el pueblo», gritaban y Ramiro de nuevo pensó que iban detrás de joyas y oro para pagar la guerra. Algo de eso decían los periódicos y las emisoras.

Ramiro se encontró entre mozalbetes gritadores, viejos curiosos y maliciosos (que iban a ver a «las madres», decían), y una desmelenada y grosera tropa de milicianas. Ellas eran las peores. «Que nos enseñen la tripa a ver lo que tienen dentro», porfiaban los milicianos sedientos, sudorosos, medio borrachos o borrachos del todo. Uno que hacía de cabecilla gritaba subido en el balconcillo de la puerta: «Cuidado, camaradas, que en la torre hay fascistas», «A por ellos, apiolarlos» fue la respuesta unánime. Y la campana seguía impávida en su soledad, dominando voces y risas.

La brutal oleada humana se estrellaba contra una fila de momias que estaban colocando en la puerta de la iglesia, momias

en actitud orante, macabras apariciones hechas ceniza volandera, hábitos carcomidos, gusanera, gestos de esqueletos que componían un frenesí burlesco. También en el suelo se alineaban algunos esqueletos de niños. Ramiro no sabía ni moverse y se preguntaba por qué la Providencia estaba consintiendo tamaño sacrilegio y una confusión tan grande. El obsceno manoseo de las momias desenterradas que traían en carretillas, las carcajadas, la profanación impúdica, hizo que Ramiro no sólo se aturdiere, sino que se sintió mareado. Cuando apareció el cadáver todavía a media descomposición de la abadesa, Ramiro tuvo que sostenerse contra la pared.

Pero la gran diversión, por lo visto, todavía no había comenzado y la campana seguía repicando hasta el punto de que era imposible que el incesante redoble no hubiera desprendido el badajo. Algunos milicianos, exagerando un peligro invisible, se apostaban en los portales y en los ventanales de las casas próximas. Temían disparos. Ahora vio a la mandadera que era llevada a empujones por las milicianas, que además de insultarla la escupían. Ramiro desfallecía sin saber qué hacer y estaba por irse, pero la campana no cesaba de resonar agónicamente.

Ramiro se coló como uno más entre la ululante multitud. Había que llegar a la torre cuanto antes y que la campana, que estaba demostrado que era un insistente modo de rezar, dejara de excitar los ánimos. Pero la campana enfurecía sobre todo a las mujeres desgredadas, algunas de ellas con pistola o fusil. Ramiro presintió en aquel momento que era sor María la que impelida por un miedo más fuerte que el de perder la vida, manejaba arrebatadamente la campana de su obediencia. Él había estado hacía solamente dos horas allí y era imposible aceptar lo que allí

se gritaba, que el campanario estaba cuajado de fascistas con el pretexto de defender el convento, ¿y si las monjas habían sido engañadas a última hora? Ramiro rezó con todo fervor y pidió valor incluso para hablar a aquellos equivocados y trastornados seres. Él era en cierto modo responsable de la verdad total del convento. Pero, Señor, ¿cómo podían estar tan engañados?

Tallas, cuadros, Niños Jesús en todas las actitudes, iban siendo arrojados a la pequeña plazoleta y el suelo estaba lleno de imágenes decapitadas, con agujeros en los senos maternos, y los hábitos de las monjas eran husmeados y olidos con deseo animal. El sexo formaba parte muy exacerbadora de aquel odio. Contrastaba aquel hervor salvaje con el revuelo cándido y asustado de las blancas palomas que se movían de la torre a los claustros y a los tejados.

Ramiro iba siendo arrastrado por aquel río frenético e ingobernable. Alguien o algunos no habían sabido respetar la intocabilidad del santuario. Había también gente de la derecha fanática, para los que la religión era un simple escudo o un pretexto. Ramiro llegó empujado y tambaleándose a la capillita en donde la abadesa había puesto de rodillas a sus monjas, antes de que él y su padre iniciaran el diálogo trunco con sor María de la Santísima Trinidad. Aquello fue lo peor, porque nada más entrar se encontró con un montón horrendo de cuerpos, hombres pocos y mujeres las más, que braceaban sañudamente con otro cuerpo que desaparecía en el suelo, aplastado sin voz ni quejido como un fardo. Todavía no comprendía del todo, pero lo cierto era que entre los jadeos asesinos un cuerpo se deshacía en estertores. «Y a la muy tal... (aquí una palabra infame) no la suelta», «La muy... (otra palabra más infame) le gusta que la

achuchen», «Apretadle de una vez el gaznate a esta bruja...»

Ramiro no veía, pero la realidad quedó bien pronto patente sin que Ramiro fuera capaz ni de pronunciar la palabra crimen ni sacrilegio. Se había quedado mudo, con un nudo en la garganta y cierto temblor en las rodillas. De pronto, aquellas bestias humanas se retiraron silenciosamente, manchados de sangre y lo que estaba inerte en el suelo, magullado, roto, torcido como un gran trapo ensangrentado, era el cuerpo de la abadesa.

Ramiro sentía vértigos y aun queriendo hablar, ni una palabra le hubiera brotado de los labios. Pero no era sor María, y lo que a la monja venerable le habían quitado, con la vida, era una arqueta pequeña, y lo que contenía no eran joyas sino un relicario, como un hueso de harina entre los cristales rotos. Ramiro se estremeció, y a pesar del horror de la carnicería –la habían pinchado con tijeras y bayonetas– a pesar del ultraje y las heridas (aunque la abadesa tenía las ropas levantadas pudo reconocer que llevaba una bata de su madre) la abadesa caída conservaba una majestad imponente, una majestad que hasta a él le imponía silencio. Y a Ramiro en vez de salirle un requiescat in pace recitaba para sus adentros con una terca y maravillosa comprensión total: «Gloria, victoria, Pax...» Pero, ¿por qué seguía allí, embobado de su propia irresolución? Muy pronto, seguiría adelante, llamándose a sí mismo imbécil, además de cobarde. Porque mientras contemplaba a la abadesa, ya muerta y triunfante, la campana no habla amortiguado sus acongojantes llamadas mientras se escuchaban por todas partes gritos perseguidores de «¡A la torre, a la torre!». Como cuando en un pueblo la chusma mata a una vaquilla en el centro de la plaza y sólo es feliz cuando está realmente machacada, la

chusma invasora quería más sangre y la gente se agolpó en los claustros de abajo y de arriba vociferando. Se rompían puertas, ventanas, armarios, seguían escarbando en el jardincillo, hurgaban en las celdas todos los rincones, y Ramiro iba de un lado para otro sin saber cuál sería el camino hacia la torre. Pero seguía andando como un autómata.

«Este tío es tonto y todo esto es una mamarrachada inventada y, además, un peligroso masoquista, y nunca sucedió esto, casi seguro, y esto está escrito para lelos y no sé cómo Justo...»

Alguien corría con unos calcetines de hombre encontrados en una celda y gritaba: «Terminaremos encontrando hasta calzoncillos», «Fregando los cuarteles deberían estar todas estas guarras», pero a nada de esto podía Ramiro hacer caso, porque la campana, sin compás ni tino, precipitó todavía más su repique y Ramiro la escuchaba clavado en el suelo. Sin embargo, pronto tuvo que darse cuenta de la operación, porque todas las miradas y el cañón de los fusiles y las pistolas se enfilaba hacia el palomar de la torrecilla del convento.

Sí, ciertamente era ella. Y no podía, además, ser otra. Sor María de la Santísima Trinidad seguramente se había escapado de la enfermería a la torre, o se había negado a salir, o había enloquecido totalmente. Pero, ¿por qué no la habían obligado a abandonar el convento, como todas? ¿Había sido también en cierto modo culpable de la muerte de la abadesa? Aquello no tenía remedio, terminarían quemándola viva, despedazándola, acribillándola. Acaso lo de la abadesa con ser tan cruel no sería nada con lo que harían con ella, por ser más joven, por aquel acto de rebeldía y casi suicida. Mucho tenía Ramiro almacenado

contra sor María por terca, insistente, impositiva con sus visiones, terca con sus luces. Pero ahora sentía por ella un ahogo de ternura insospechada, ya que efectivamente se trataba de una criatura abstraída, obsesionada, con un miedo cerval al mundo. Por dentro entonces deseó que ojalá los que se mantuvieran en la frágil torrecilla fueran hombres armados para la lucha, ángeles vengadores. No comprendían, no comprenderían nunca aquellos forajidos que era una muchacha indefensa, maniática, enajenada. Sin embargo, un temor le asaltó raudamente. Ella era la única preparada para el baño de sangre, la mancha roja, la bola roja goteante, el rojo resplandor, el rojo velo de novia de Cristo, todo aquello que habían sido sus visiones.

Los milicianos buscaban las balas más certeras desde los ángulos más infalibles. Pero, ¿cómo una niña débil había atrancado las puertas que no habían podido aún llegar hasta allá? ¿Y si había jóvenes combatientes en la torre? Ramiro sudaba de terror.

De repente, se sintió iluminado, resueltamente lúcido, celestialmente valiente. Y decidió tomar una determinación que podía ser costosa y arriesgada, pero que podría ser solucionadora. Sin pensar bien lo que hacía trepó por unas escalerillas con ese instinto misterioso que ahora le daba cierto conocimiento de los recovecos del convento. Y así se encontró con un grupo de milicianos que ya con ganchos y cuerdas, pero sin dejar por eso las armas –todo era una confusión y los de abajo ciertamente estaban desorbitando la alarma y el peligro de la monja– intentaban trepar hacia arriba. La habilidad de sor María de la Santísima Trinidad –porque ahora Ramiro estaba seguro de que no podía ser más que ella– había sido increíble,

porque con una maña o fuerza peregrina había volcado sobre el tejado la escalerilla que unía el descansillo con la torre del campanario y el palomar había quedado aislado y la escalera rota por dos o tres partes. Era asombroso y espeluznante, y sobre todo era temerario, pensar que arriba, con sus frenéticos tañidos de campana, que ahora eran más lentos y se interrumpían, sólo hubiera una monja enferma y asustada. Blasfemaban satánicamente los milicianos, escupían obscenidades, pero los más fieros aconsejaban: «Hay que poner fuego a la torre», «No, hay que cogernos vivos, puede haber fascistas». A ratos el toque de la campana se hacía crispador para los milicianos e insoportable para Ramiro.

Fue entonces el terrible y aciago instante en que Ramiro, fiando mucho de la protección divina y creyéndose poco menos que caballero en paso honroso, iluminado por un fervor indetenible, dirigiéndose a la avanzada de aquellos hombres y mujeres armados, dijo con gran dominio: «Un momento, un momento...» Pero nadie le hacía caso. «Callen, por favor, un instante», suplicó Ramiro al que ostentaba el papel de mandamás, y entonces de modo inesperado, el jefezo recomendó a todos silencio enérgicamente diciendo: «Aquí hay un compañero que tiene que decir algo», «Que hable», «Que diga pronto lo que sea», respondieron. Pero el ruido seguía y también el delirio de la campana solitaria. «Dejadlo hablar, camaradas...»

Nada más temerario, incomprensible y absurdo que lo que vino después, pero que siempre habrá que entenderlo como una corazonada generosa y bella. A mí mismo me costó mucho creer lo que sucedió, más que nada conociendo el palpito de recto juicio y soberano equilibrio que adornaban el alma de Ramiro. El

caso es que cuando después de muchos gritos se hizo el silencio, la campana también se apagó. Ramiro, invocando por dentro al Dios de los fuertes, se puso las dos palmas de la mano dobladas en torno a la boca formando bocina, y gritó enérgico pero al mismo tiempo tembloroso: «¡Sor María, sor María, sor María de la Santísima Trinidad!». Sonaron algunas carcajadas y algún cuchicheo, aclarando: «Seguramente la conoce y sabe lo que hay arriba», «Anda, la llama y mira hacia abajo, pero escondiendo la jeta». Ramiro estaba entregado a su idea salvadora y prosiguió: «¿Me oye, me está oyendo, sor María?» Pero la campana comenzó a vibrar desacompasadamente y cuando iba a parar, aumentaba su brío portentoso. «Sor María de la Santísima Trinidad, ¿me oye, me está oyendo?» Y la campana redoblaba su angustioso repique. Se prodigaban por un lado y por otro, las risas y las burlas y nadie reparaba en Ramiro, como si fuera un loco absurdo, pero, aun así, los milicianos, con el jefe a la cabeza, estaban un tanto perplejos por tan insólito diálogo. Ramiro, ajeno a todo, con voz más segura y fuerte, continuó: «Sor María, ¿no me oye bien? Soy don Ramiro y yo le ordeno...» Es posible que sor María no le oyera, porque el ruido en los claustros y sobre todo en la cocina donde comían y bebían lo que habían entrado, era enorme, pero la voz de Ramiro no hacía más que provocar más histerismo en los sueltos campanazos. Y ya desolado, como si su explicación pudiera ser convincente para aquel ejército de malvados (digo esto porque está bien claro que arriba no había ni podía haber militantes de nada), les dijo rebosando bondad: «No me oye, estoy seguro de que, si me oyera, pararía y tan pronto me oiga, ella dejará de tocar la campana...».

Había pasado el primer pasmo y asombro de los milicianos coléricos y violentos hasta el grado sumo. Si al principio habían

creído que se trataba de un tipo excéntrico y perturbado, después podían creer que se trataba de algún pariente leal a la causa y de los que predicaban legalidad, que también los había en las filas republicanas.

«Gracias, majo, gracias en nombre de todos los partidos que lucharon por el honor de una República sin mácula ni vilipendio.»

Todavía Ramiro era centro de la atención, porque era increíble que nadie en aquellas circunstancias se comprometiera hasta este punto.

No hubo más parlamento posible, porque uno de los milicianos, rompiendo por su cuenta aquella inconcebible tregua, apuntó con el revólver hacia el carcomido entarimado enrejado del campanario, allí mismo donde se adivinaba la sombra que daba calor a la campana. El disparo resonó inútilmente en claustros y patios. Sonaron inmediatamente varios tiros más y de aquel templete pacífico se desprendían nubecillas tenues de polvo. Ramiro gritaba, pero todo era inútil. Aquel tablero de maderas y tapias leves cruzadas que era el campanario fue cosido materialmente a tiros, pero la campana continuaba sonando de un modo convulsivo, precipitado, y que en el furor de los de abajo resultaba desafiante. Los milicianos estaban contrariados, pero además tenían sed de sangre. Ya algunos se preparaban para tirar desde el tejado, lo cual resultaba peligroso, una bomba de mano, y todo eran gritos a los de abajo. Entonces alguien vino con una lata de gasolina y se trató de unir la escalera con cuerdas y cuando Ramiro vio que ni la campana cesaba y que ellos iban directamente a la destrucción de todo lo que hubiera

en la torre, Ramiro le sujetó temblando la mano al jefe diciendo: «Por humanidad, por Dios, por lo que más quieran, se trata de una enferma». El jefe enmudeció y los demás se quedaron unos instantes paralizados y Ramiro, de nuevo, sacando todas las fuerzas de sus pulmones, pidiendo silencio, gritó: «Sor María, yo os mando... ¿Me habéis oído? Yo os ordeno...». La campana enmudeció. Todos los presentes se quedaron desconcertados o confusos y los fusiles suspendieron su fuego. Pero los que estaban trepando desde el tejado continuaban con el rugido de sus blasfemias como un coro infernal. «A la una, a las dos, a las tres» bramaban las aterradoras fieras y ahora el campanario todo fue cosido a balazos. Ramiro seguía estupefacto, queriendo hablar, pero sin que la voz le saliera de los labios. Despavorido vacilaba de su estúpida presencia en aquella tremenda caza. Efectivamente, aquel fuego cerrado había surtido efecto y todos lo celebraban como una partida de cazadores que se disputa una pieza y comprueban su derribo. Un golpetazo pesado se escuchó al hacerse el silencio sobre el enmaderado pavimento del palomar. Se diría que por propio impulso todavía la campana siguió vibrando en algunos toques inciertos, cada vez más pausados, más lentos, como los rebotes finales de un corazón. Por todas partes se escuchaban voces de triunfo y el estrépito era verdaderamente macabro. «Ya cayó la pájara», «O el pájaro», «Probablemente, llamaba a los facciosos», «Pues que vengan», «Pero había que haberlo cazado vivo...». El son de la campana se había extinguido definitivamente.

Fatalmente algo estaba pendiente de solución porque Ramiro, ajeno a su peligro, ignorante de su propia intromisión, convencido ya del término de su fracasada mediación, estaba apartado a un lado, repitiendo y susurrando lastimeramente: «Sor

María, sor María...». Y así estuvo unos segundos confusos hasta que un miliciano, colocado como de espía o mirón bajo la trampa suelta del campanario, se palpó en el cogote y mostró al resto su dedo mojado en roja sangre. Aquello fue motivo de chiste general y uno de aquellos milicianos, de voz atiplada, decía: «Ahora llevarás siempre encima la sangre de la... (aquí una palabra innombrable)», «A lo mejor tienes que curarte de... (y otra palabra más inmunda todavía)», «Anda, a lavarte, o no volverás a tocarme en la vida», gritaba una mujer peluda y desdentada.

Había terminado la gran cacería, pero algo quedaba en el aire por dilucidar y aquello era inesquivable, ya que todas las miradas se iban volviendo husmeantes y olfateadoras hacia Ramiro. El mismo Ramiro no comprendía cómo no lo habían hecho todavía y él se encontraba acorralado y casi culpable. Pero, ¿culpable de qué, Dios mío? Ya ardía la capilla del convento y el humo del convento vecino se elevaba al cielo entre un gran clamor de aplausos.

Fue entonces cuando se destacó un tipo insignificante pero malvado que había permanecido todo el tiempo con aire de hurón y echándose acusadoramente sobre Ramiro, lo encañonó con la pistola y le dijo como si fuera el gran líder de toda aquella mezcla de motín y asesinato organizado: «Eche palante», le dijo. Y esto fue suficiente, porque en seguida otros se tiraron a cachearlo exagerando su peligrosidad. Era como si ahora, de repente, tuvieran que desquitarse de los momentos cómicos, trágicamente cómicos, de aquella captura y muerte, y ellos mismos no comprendían cómo lo habían dejado gritar: «Sor María, sor María», y otro tipo, gordo, con nariz de gancho y un tatuaje

de bailarina en el pecho, se adelantó diciendo: «Lo que aquí pasa es que estamos rodeados de fascistas por todas partes».

A partir de este instante, Ramiro quedó completamente cercado como si fuera una alimaña y él mismo pareció estrecharse y encogerse para que lo registraran y zarandearan a sus anchas. Y para colmo, entonces apareció en su bolsillo del pantalón (¡oh! gran imprudencia, ligereza o ingenuidad en él, de la que no pudo percatarte al salir de su casa corriendo) un librito como una caja de cerillas escrito en latín con el título: «La imitación de Cristo», lo cual fue el gran jolgorio para todos mientras se lo pasaban unos a otros como si se tratara de un código de espionaje o un objeto manifiestamente antirrevolucionario. Había que sacarle todo el jugo a la situación y Ramiro se prestaba al asunto. Cuando todavía se olía a pólvora y seguía goteando la sangre desde la torrecilla, una batalla que había querido ser heroica y que había resultado la pueril y ridícula muerte de una monja enloquecida, aparecía la carnaza de un cura atrevido hasta mezclarse en sus filas. Ya nadie hacía caso a la casta paloma que había quedado en lo alto del palomar como cuando la perdiz se enreda con los perdigones en la rama de un árbol, y tampoco había producido una satisfacción total el estrujamiento de la vieja chocha aquella que se agarraba a unos huesos pulverizados como si fuera el gran tesoro. Estas decepciones habían, se puede decir, aumentado la ira y ahora se les ofrecía un cura entrometido y seguramente traidor. Como todos.

Después de aquella inoportuna aparición de «La Imitación de Cristo», Ramiro tomó conciencia del disparate de todo aquello, y cobró una gran serenidad. Él podría explicarse con palabras que pudieran entenderle y aunque no iba a negar su testimonio

sacerdotal, habría tiempo y razones para despertar un poco de comprensión. Quizás iba a tener la oportunidad de explicar, aunque el auditorio no fuera el más adecuado, lo que un sacerdote recién ordenado podría tener en el alma de cara a los pobres, los oprimidos, los explotados. Algo nuevo podrían escuchar de un sacerdote joven, algo que fuera como la revelación de un mundo mejor. Un breve interrogatorio, porque no sería necesario llegar a un juicio, dejaría su alma en paz consigo mismo e incluso podría explicar la infantil equivocación de sor María, que acaso era una obsesa por la inminencia de la revolución, nada más. Un pudor extraño le hacía no querer hablar de su padre cuando varias veces tuvo casi su nombre en la boca (es posible que esto hubiera cambiado el giro de los luctuosos acontecimientos) y es que acudir al prestigio de su padre, del que se decía que era hasta masón (yo no lo creo) era para Ramiro como una claudicación. Con el Evangelio en la mano se podía ir a todas partes y por mucha confusión que hubiera ya vendría el auxilio de lo alto, porque dicho está en el propio Evangelio.

Un pensamiento en cierto modo perturbador, pero a la postre también noble y puro, acaso le rondó por aquellos instantes y es la suerte que hubiera podido correr sor Ángeles, convento que también había sido asaltado y que elevaba su columna de humo, pero él descartó todo crimen porque ella tenía familia que habría madrugado seguramente y ella no habría convocado al peligro como sor María. Lo de sor María de la Santísima Trinidad había sido un destino expresamente amasado en sangre, algo así como si ella misma se hubiera hecho profecía del fin, y no sólo profecía sino verdugo inspirado de su propio martirio.

Ni siquiera se daba cuenta, Ramiro, de que con sus palabras cordiales, efusivas, llenas de caridad y amor al prójimo lo que estaba haciendo era provocar sobre sí a los asaltantes que insistían en su aire de conspirador, incluso a los milicianos y mujeres curiosas que decidían de su suerte con palabras que equivalían a una sentencia fulminante: «Hay que liquidarlo», «Se acaba con él y en paz», «Nos estaba espiando...».

Ahora veía claro que todo estaba como urdido y tramado desde antes de nacer y que todo habría de concluir así. Ahora comprendía que el orden de la Providencia, aunque duro y terrible era de una gran armonía. El jefe le soltó a bocajarro: «Usted es cura, no lo niegue», «Yo no niego que soy sacerdote...», «Tú estás con los facciosos», «Yo estoy con todos, me he ordenado para servir a todo el pueblo de Dios...», «Todo eso son mandangas», «Yo estoy al lado de los hombres sean cuales sean sus ideas», «Entonces estás con nosotros y verás bien todo lo que acabamos de hacer...». Ramiro calló y su silencio era una acusación. «Ha habido un error, una ceguera...» «Bien, bien», replicaba el jefe. A Ramiro no le dio tiempo a cobrar cierta altura moral que pudiera impresionar al coro que le escuchaba. Los de lejos y los de cerca colaban sus ojos, sus bocas, sus manos hasta Ramiro, que incluso llegó a creer seguramente que al verlo tan sinceramente rendido lo respetarían.

Habían llegado a empujones a la escalerilla oscura del convento y el jefe, con mucho protocolo y haciendo teatro, dijo a Ramiro: «Pase delante que tenemos que aclarar unas cosas abajo», Ramiro entró y notó cómo una mano pesada se le amarraba al hombro. La voz irónica del gordo tatuado, comentaba con una sonrisita, como una navaja. «Prometes que no te vas

a escapar, ¿verdad? Porque ustedes los curas son gente peligrosa...» Ramiro iba a contestar a los dos o tres que llevaba alrededor que él no pensaba escaparse, ni mucho menos, que podrían hablar despacio y conocerían su pensamiento no sólo de antes sino para el porvenir, que él condenaba las luchas fratricidas, que todavía había un modo de entenderse con buena voluntad, que sor María era una pobre enferma, o sabe Dios qué, pero aquí concluyó secamente todo su razonamiento interior, porque de golpe sintió como si lo levantaran en vilo y que los ojos de dentro se le inundaban de luz, y que las voces y todo lo demás crecía y se alejaba, y una nube o mancha roja como la que tanto describía, y tan bien, sor María de la Santísima Trinidad se le ponía entre los ojos, encima de la frente, dentro mismo del espíritu, que algo quería decir y no podía, y allí estaba con un tiro en la nuca, doblado en el descansillo de la escalera con la frente hecha una granada de amor. Y no había más que una explicación para los curiosos: «Era un espía de los fascistas, un cura...». «Y el muy (una palabra aquí impensada para el bueno de Ramiro) se conocía muy bien el rincón éste de las monjas», «Pero si las conocía hasta por sus nombres...», «Un cura menos».

Probablemente el dolor fue grande para Ramiro y quién sabe si apenas tuvo conciencia del disparo, porque como si le hubiesen separado los pies del cuerpo, sin poderse levantar cuando caminaba hacia abajo, quedó como si se hubiera cansado de descender escaleras y quisiera volar hacia arriba, aunque eso sí, intentó como agarrarse a la pared. No lo tocaron en un gran rato y cuando su padre se presentó con jefes importantes, y guardias y policía, un cortejo tardío y mudo, por el suelo cálido de las escalerillas que él había pisado no hacía tantas horas, que se podían contar con los dedos de la mano, corría una mancha roja

de sangre. Su padre se enfrentó a todos y dijo: «Esto es un crimen y no porque sea mi hijo, y así ni ganaremos la guerra ni nada. Esta criatura era más buena que el pan, no lo digo sólo como padre, y era incapaz de hacer daño a nadie. Él sólo había soñado hacer bien a los obreros...» y la voz se le quebró tan trágicamente que, encarándose a todos, dijo con toda solemnidad: «¿Y por qué no me matáis ahora mismo, aquí mismo a mí también...?».

Nada pudo escucharse de Ramiro ni siquiera una última palabra de perdón, que es seguro que las pronunció hacia el cielo, único testigo. Cayó como si un tajo inicuo hubiera segado de raíz las fuentes de todo, no sólo del oír, del ver, del oler, del tacto, de la saliva, de los latidos, sino principalmente la fuente del soñar y del amar, la ruta soñada de un sacerdocio hermoso y lleno de la libertad de Dios.

Todo había terminado en menos de una hora desde que saliera llamado por la campana de su predestinación.

Es curioso, pero cuando llegó el padre nadie se atrevía a acercarse al cadáver (y fue una gracia de Dios que les inspirara temor y respeto). Y tan pronto los responsables del crimen perpetrado se enteraron de que se trataba del hijo del doctor Jiménez, una notabilidad de la causa republicana, todos fueron desapareciendo.

Puedo contar todo esto porque mi oficio en aquellas horas de sanitario de la Cruz Roja me llevó al sitio y puedo dar testimonio de un detalle insólito y es que uno de sus zapatos no apareció por ningún sitio. Es cierto también que el gobernador dijo que se

castigaría a los culpables, pero los culpables ya estaban por las tabernas desfigurando la fechoría que habían cometido, confundiéndolo todo, diciendo que la monja de la campana había sido o era su novia, que en el convento se habían encontrado armas y críos de teta, y demás barbaridades. Cuando yo llegué con una ambulancia al convento la torre ardía y momentos después llegaron los bomberos, cuando estaban pintando en la fachada un gran letrero que decía: «Cuartel de Reclutamiento de las Juventudes Socialistas Unificadas».

En el comedor se apiñaba la gente, más bien gentuza del pueblo, comiendo huevos y patatas fritas, trozos de carne, jamón, cosas de lata y frutas del huerto. Allí, al parecer, no había pasado nada, tan sólo que se celebraba la toma del convento con una increíble comilona.

«Tomemos un vaso de vino», nos dijo el jefe de la ambulancia.

Iba a rehusar, pero acepté. Lo hice como si comulgara con la sangre del mismo Cristo recién consumado el sacrificio.

Por Buda, Mahoma, Cristo y demás que uno tiene paciencia y se tragó casi devotamente todo el panfleto del cura Fulgencio, un tipo ya clásico, por su fanatismo y astucia, de la apologética y de la catolicísima España.

Yo no voy a negar que existieron desmanes y abusos en nuestro lado, propios de un estado de conciencia que durante años y

años había sido mantenido en la ignorancia, el atropello legalizado, la injusticia y el cinismo de unos católicos cómodos y mostrencos, hipócritas y vengativos, y cuando un pueblo salta como saltó es por algo, y no se diga que se dio la orden de matar indiscriminadamente, que en toda muerte había siempre algo que aunque no la justificara en sí, podría ser entendida como resultado de una opresión inadmisibile, ¿fueron acaso las muertes a discreción del otro bando justas y rectas, y a pesar de todo la Iglesia calló?

Venía este documento ya muy a destiempo, pues todo el mundo sabe a qué atenerse sobre nuestra guerra y lo único que podía inquietarme de aquel hartazgo de mística era la intención verdaderamente enrevesada y perversa de Fulgencio, que con aquello quería poner un muro ante Justo, diciéndole poco más o menos: «¿Ves cómo eran y lo que hicieron aquellos a quienes te has entregado?, tu angelical compañero Ramiro, que tuvo una novia y la ofreció al altar y que se conturbó inefablemente con una monja tocada por el cielo, fue ejecutado de una manera vil, traidora e ignominiosa, y tu, qué haces jugando con el enemigo de siempre, de Dios y de los hombres?, así es como se escribe hasta el Martirologio».

Yo sólo puedo decir que me tragué el gran rollo fulgenciano y que ya estaba clareando cuando me acosté y que Susan estaba roncando y que como estaba roncando me creí obligado a hacerla roncar de otra manera, porque todo aquello de la guerra con monjas me había dado muchas ganas de joder, dicho sea en nuestro lenguaje, y ya después, aunque yo hubiera querido seguir comentando todo aquello con Susan no fue posible, porque ella se hizo un ovillo, esa forma de gusanillo dulzón que

tiene para dormirse y comenzó a roncar, ahora profundamente y no estaba para diálogos.

Sin embargo, yo, despierto mientras se hacía casi de día pensé que era muy digna de gratitud la obra que había querido poner en mis manos, que era como el hilo del ovillo final, al menos una parte del embrollo en que siempre termina todo cuando hay un cura por medio, sea disfrazado o sin disfrazar.

Y me reía yo en aquella cama desconocida, voluptuosa y un tanto cómplice de otras dormidas, no sé de quién ni de quiénes, si hembras o machos o combinados, pero en realidad estaba electrizado, que al parecer esto era lo que de la guerra habían sacado los curas, los sobrinos de curas, estos nuevos *partisanos*, traficantes de la revolución con bendición papal, el invento del siglo, una Iglesia que se renueva y quiere sobrevivir, leche fresca, porque lo que hace, ha hecho y hará siempre es acomodarse a las circunstancias y no a todas, sino siempre a la última, a la que está por imponerse de hoy para mañana.

Desde luego, con las cosas que habían pasado, estaban pasando y tenían que pasar en España, ponerse a contar la historia de Ramiro y la monja que soñaba probablemente menstruaciones, es cosa de tarados. Demos por cosa aceptable que hicimos alguna que otra escabechina improcedente pero la realidad es que fuimos buenos, acaso demasiado buenos en nuestra guerra.

Por eso para mí no hay ni habrá más que una senda segura y bienhechora, el anarquismo, un anarquismo destructor y creador al mismo tiempo, soñador y todo lo cuerdo posible, pero un

anarquismo de acción y sin tantos cantadores de flamenco con lágrimas en las bayonetas y, sobre todo, en las cuerdas de la guitarra.

Tengo muy presente aquel tibio y lento amanecer al lado de Susan. Mi propósito era terminante: hasta el suicidio esta vez, si era menester, pero antes, llevándome por delante todo lo que sobraba, apestaba, nos hundía, estaba tenso y no podía dormir, y ya muy tarde eché mano de las pastillas de dormir, y, en vez de tomar una, a pesar de que había estado bebiendo, tomé tres, esperando que viniera el sueño, que no sé cómo vino, pero cuando vino ya debía de ser la hora en que Susan se estaba levantando.

El desquite estaba en camino y no tenía más remedio que venir; de todos modos, yo en aquel momento hubiera dado cualquier cosa por saber cómo Justo había recibido este mensaje de Fulgencio y lo que le había dicho, porque por muy compañero ejemplar que fuera Ramiro, el asunto, todo él, se prestaba a las más diferentes interpretaciones, no hay que saber ni teología ni quiromancia para darse cuenta de algunos hechos evidentes: primero, Ramiro se metió en donde no le llamaban, y esto no sólo por presentarse en el convento, probablemente estaba de más entre los curas y algo de esto se nota, y no había que olvidar que todo lo de la monja es muy confuso, más bien es nebuloso, y lo que es cierto es que en el convento de al lado estaba su antigua novia, un amor remoto, se dice, algo superado se quiere dar a entender, pero, ¿quién sabe?; segundo, el obispo de la ciudad –eso me consta a mí– huyó con un maletín lleno de billetes y del asilo se fue a Alicante donde lo disfrazaron de marinero, pero lo cierto es que él, que después se dedicó a dar

conferencias por América sobre la barbarie roja, fue respetado y si hubiera tenido eso que llaman caridad apostólica se hubiera quedado con su clero y su Iglesia a dar testimonio; tercero, se habla como sobre ascuas, echando un tupido velo sobre el tal Cosme, que ya se ve que era pederasta de los pies a la cabeza, y sólo se dice que se escapó con unos gitanos y que tuvo mal fin, pero, ¿por qué no lo cuenta, ya que se entretiene en tantas sandeces?; y cuarto, se habla muy graciosamente del tal Alfredo, que está por la causa de los obreros y de los pobres y que quiere luchar como uno más, y se le da por loco y a otra cosa, o sea, todo muy hábilmente combinado, muy edificante, muy sensiblero, muy fanático en una palabra, como si el secuestrador de almas que es Fulgencio quisiera dar a su *historia* aspecto de milagro, santidad heroica o algo parecido, cuando todo ello, si es que fue como lo cuenta, que lo dudo, fue una memez absoluta.

Pero, qué días más buenos, como de leche y miel, fueron aquellos dos días y medio, casi tres, al lado de la gran Susan y de la pequeña Susan, un descubrimiento fabuloso de mujer, y mientras ella tejía con sus nerviosos y rápidos ganchillos aquella lana blanda para un minúsculo jersey para su blandísima poquita cosa de hijo mongólico, yo me puse en forma, sobre todo mentalmente, necesitaba sobreponerme a la urdimbre estúpida de los acontecimientos y mantener un dominio certero sobre el proyecto en marcha.

Fue muy bueno que Susan hubiera elegido aquel sitio, que no podía ser ni más solitario ni más sedante, la rosa de sus mejillas se hizo más intensa en su cutis de nieve y a ratos la luz verde y azulosa de sus ojos, de natural un poco fría y con chispas de desconfianza, se hizo caliente y tierna y a mí me entró un apetito enorme y tuvimos que repetir nuestras compras.

Ciertamente, ¿para qué negarlo?, nos amamos hasta destrozarnos, pero el tormento compensaba a ratos, probablemente este suavísimo esfuerzo lo debíamos de haber hecho antes y como llegábamos un poco tarde queríamos exprimirle todo su placer. El recuerdo más devorador y fiero lo tengo del baño donde cada acto de amor era deslizarse por una pendiente sin fin y sin secretos, nos podíamos permitir hasta el lujo de ser un tanto perversos con nosotros mismos, era como si acabáramos de descubrir el amor, y el amor lo llenó todo en aquel tiempo.

–¡Qué lástima que seas tan indeciso! –me dijo un día en el supremo cansancio de la refriega.

–¿Estás segura de que soy indeciso?

–Piensas, yo creo, demasiado en ti mismo.

–¿Tú crees? Es la primera vez que me dicen algo parecido. –Es como si a pesar de haber vivido y luchado tanto, no hubieras terminado de encontrarte a ti mismo.

–No tanto, querida.

–Sí, a veces, aun sabiendo muy bien que eres hombre de ideas

fijas, es como si no supieras lo que quieres.

–Sin embargo, yo te he encontrado a ti y sé muy bien lo que busco.

–Pero no te dejas llevar.

–¿Adonde tengo que dejarme llevar?

–A ninguna parte, tonto.

Pero la verdad es que llegábamos a muchas partes y hacíamos lo que nos gustaba en deseo y unión, aunque al final, cansado ya de tal carrera de enardecimiento y extenuación, entraba yo en una quietud paralizada, pensante, escudriñadora, que a ella le preocupaba mucho.

El resto del tiempo que permanecemos en aquel pequeño templo del amor, los papeles del pretencioso Fulgencio se morían de risa debajo de la cama, pero yo sabía que al llegar a Nueva York me tendría que entregar de lleno a dar la cara de una vez por todas, el balanceo sobre la cuerda floja tenía que terminarse y si había que enseñar a Justo a ser afirmativo, categórico, rotundo, se le enseñaría, por las buenas o por las malas.

Efectivamente, aquel fin de semana fue para mí serenador por un lado y convulsionador por el otro y allá que siguieran pen-

dientes de sus condecoraciones, todo el falso decoro de la carrera de toda la caterva diplomática, y que siguiera también en su túnel de ineptitudes y prórrogas Narciso y su misterioso estado mayor, porque si de alguien había que ocuparse hondamente, para captarlo y arrastrarlo a la acción –no sólo ya simbólica– era el elemento Crístides, del que yo no me había ocupado lo suficiente.

Aquel fin de semana fue un baño profundo en Susan, un sumergirse en aguas claras, aunque algo vidriosas, aunque todavía entre ella y yo quedaba como una última frontera no traspasada.

Usaría una táctica distinta con Justo, porque dejándolo con sus toques y retoques al proyecto «Z», un modo de escurrir el bulto y acaso dejarnos a todos con el culo al aire, ya definitivamente entraba en la nómina de los personajes siniestros, aquel comadreo asiduo y secreto con Fulgencio, el embaucador, lo confirmaba, pero estaba descubierto su juego maniobrero y puerco, aunque pusiera por delante el emblema místico, pues Susan me había dicho que manejaba dólares como un misionero cuáquero.

Si había que descornarse que nos descornáramos todos y que nuestro jefe se jugara el liderazgo de una vez; que no las tenía todas consigo se evidenciaba en que, cuando se sentía un poco vigilado, se ponía arisco como un mono, ya no estaba avisado y lanzado como cuando se lo jugó todo a una carta, como en el caso del cubano Navarrete, que supo llegar hasta el final implacablemente, pero ahora nos comía a todos la calma chicha,

el aroma disolvente de las NU, y yo tendría que hacerme imprevisible, juguetón e inesperado como lo es el colibrí en sus saltos y fugas, porque la operación tendría su plazo fijo y yo me encargaría de provocar su cumplimiento a nivel de hombres revolucionarios.

Aquel fin de semana había sido, con todo, un gran avance mío, sobre todo con Susan, que ya me pertenecía con posesión total o casi total, porque todo lo que en ella había de inabarcable reserva se había esfumado en grandísima parte y acaso no se había esfumado más porque yo seguía usando de alguna cautela.

–¿Tú crees en Justo absolutamente? –la interrogué mientras hacía su caprichoso maletín.

–Justo es un misterio difícil.

–¿Pero pondrías tu confianza total en él para algo arriesgado?

–¿Todavía estás en ésas? Ya te he dicho que es un tío raro y lo que no acabo de entender es esa pamema que os traéis.

–¿Y cómo hombre, qué te parece?

–No es fácil acostumbrarse a verlo como hombre sabiendo lo que es.

–Pero algo pensarás de él como hombre.

–Precisamente como hombre me da asco.

-Entonces, tú no te acostarías con él.

-Cuando te pones cínico, también me das un poco de asco.

-¿No te ha propuesto nunca nada...?

-No serás tan tontito que tengas ahora celos.

-¿Celos de Justo? Si acaso tendría celos de mí mismo.

-Huy, ¡qué interesante se está poniendo esto!

Aquella rabiosa inauguración del amor en serio, a ratos me producía verdadera rabia contra mí mismo, me consideraba ridículo yendo y viniendo cuando era llamado, siendo citado a capricho, acudiendo a cualquier instante, respondiendo cuando a ella se le ocurría, que era ya como si Susan me hubiera raptado, a veces también me sentía incómodo por el sentido meramente utilitario que tenía de toda ella, comenzando por su cuerpo que era remedio seguro, pero no siempre era la gata mimosa, y me hacía estar siempre en función de varón cumplidor enamorado y lo otro, y es que se había hecho imprescindible, y cierto despotismo emanaba de ella al mismo tiempo que era, como digo, incansable, y fue en estos dos días y medio de excursión cuando yo vislumbré que entre nosotros existía otro compromiso posible, además del coito, y que había que aprovecharlo al máximo.

Ella ya sabía de algún secreto en mi vida, y a veces yo procuraba exagerar el misterio y asustarla un poco, y pude notar que de veras se preocupaba por lo incierto de mi existencia, y era verdad que al temor unía la dicha cuando me encontraba, y, por

tanto, ella estaría conmigo, pasara lo que pasara, como está sucediendo, que ella es la única que viene, que escribe, que me envía, cosas, las que puede.

Nuestra aventura o proyecto se lo di a conocer, pero muy tergiversado y como quería considerarme como algo personal, me exigía seguridades e incluso me propuso que me desligara como pudiera lo antes posible, y yo le decía que eso era lo que estaba estudiando, y ella se emocionaba con la idea de mi libertad fuera de todo riesgo, y sin renunciar ni hacerme renunciar a mi ideal, me alentaba y mantenía, porque comprendía que no existe empresa de cierto heroísmo sin exposición y sin peligro.

–Pero, ¿cómo se te ha ocurrido meterte en nada donde esté Justo?

Y tenía razón y esto aumentaba mi odio y de nuevo mi aliado tenía que ser Crístides, y ahí se iba a demostrar mi capacidad de intriga y acción.

Dando las últimas vueltas por el chalecito de nuestra escapada, pregunté a Susan:

–¿Volveremos aquí más veces?

–Querido, eso depende de ti.

–Yo no tengo la llave.

–Como si te la hubieran dado. Pero, ¿te ha gustado el sitio?

–¿El sitio? ¡Qué cosas preguntas!

Entonces le di unos cariñosos azotes y eché mano de los últimos restos de trago de que disponíamos. En vez de servirme y servirla, lo eché todo en la batidora, puse hielo y bebimos los dos conjuntamente, y no me hice muchas ilusiones sobre nuevos encuentros en aquel rincón que sólo el genio de Susan había sido capaz de descubrir.

Sería injusto si no dijera algo de aquella nubecilla de carne que turbó nuestro refugio de paz y de amor y aunque no haya escrito palabra sobre el niño de Susan, es cierto que aquel pelotón de carne blanda, con su fijeza extraña, su lastimado silencio y su sonrisa vacía, aquella flojera hiriente, nos exasperaba con su ausencia tanto como podría haberlo hecho con su presencia, y aunque Susan no dijera nada, la soledad del crío resultaba acusadora, y a menudo la veía suspirar y alzarse como preguntándose, ¿cómo estará él, mi niño, en estos instantes?, y ni siquiera yo tuve valor para preguntarle dónde había dejado el fardo maternal.

Ella no había querido complicarme la vida con aquel montoncito de carne floja, pero yo estaba obsesionado a menudo con la idea de que fríamente lo hubiera abandonado.

Nunca se había explicado ella sobre la existencia de aquel ser y mucho menos sobre la ficha del hombre que había biselado su corazón dejándole tan ingrato recuerdo, ¿hablaría ella algún día?; en todo caso tendría que partir de ella, pero lo mejor sería que no existiera aquel niño.

El carácter de Susan quedó patente también en no hablar ni palabra de mi «guerra civil», como había hecho al principio de conocernos, no olvidando ya nunca la cara que puse, y es que me sabía orgullosamente «vencido» sin que esto supusiera una aureola convenida, un motivo más para quedarle agradecido, porque ella se percató desde el principio de que una moral de lucha mojada con tantos ríos de lágrimas, más que crear conciencia de derrota crea la susceptibilidad de una herida intocable, porque yo no era –y ella lo sabía por intuición o adivinación– de los que habían perdido *a dúo*, guerra y revolución, y yo no había hincado, como tantos, el pico; mientras hubiera algo por hacer no todo se había perdido, algo podía y debía hacerse todavía, aunque hubieran pasado tantos años, y en eso estábamos, o al menos estaba yo.

Decidí resueltamente que Susan era una buena aliada y así fue cómo de los espasmos o los éxtasis del amor, pasé a otra clase de entrega, Susan no era sólo una hembra, sino todo un carácter y había que confiar en ella hasta donde fuera aconsejable, sin olvidar por eso ciertas cautelas, pues siempre he creído que las mujeres, por una vez que ayudan eficazmente en las causas revolucionarias, mil veces las complican o las tuercen, y por cada media heroína que tuvimos en nuestra guerra, abundaron a cientos las liantas, las tergiversadoras, las tiranas de las multitudes.

Pero Susan, aunque no tenga castidad, tiene casta.

Estábamos ya disponiendo nuestro levísimo equipaje para meterlo en el coche que Susan había alquilado, cuando me atreví a decirle:

–¿Estarías dispuesta a hacerle una faena a Justo si yo te lo pidiera?

–No te entiendo.

–Quiero decir si serías capaz de poner una denuncia en determinado momento si yo te lo pidiera.

–Sigo sin entender.

–Digo si tendrías valor para dejarlo en la estacada total.

–Yo creo que si tú me lo pides será por algo justificado.

–¿Por qué crees que sacó esos billetes de avión para España?
–Ya estuvo el año pasado y ahora los había sacado antes, pero los anuló.

–Eso no me lo habías dicho.

–No creí que todo lo suyo te interesara tanto.

–La cosa es que, como te he dicho, estamos metidos en algo en común y cada día estoy más arrepentido.

–Tú deberías ir a lo tuyo, sin comprometerte tontamente, y dejarlo en paz.

–Cada vez entiendo menos lo de este viaje a España, no es que

crea que lo va a olfatear la policía, como me pasaría a mí, pero no debería ser cómodo tampoco para un cura exclaustado de esa manera moverse en un país de inquisición.

–¡Quién sabe! Por lo que dicen, las cosas han cambiado bastante en tu país.

–Sí, ha progresado mucho, sobre todo en el afeitado de los toros bravos.

–Lo que yo no comprendo es por qué tú tienes que complicarte la vida con curas.

–Justo dejó de serlo.

–Pero siempre yo me digo lo mismo: ¿un cura puede dejar de serlo?, yo creo que esto es imposible, y ya te lo dije una vez.

–Sí, quizás en eso tienes razón, un cura no puede dejar de serlo ni después de muerto, y yo que he visto tantos curas muertos en nuestra guerra, te digo que aunque murieran de «paisano», como ellos decían, se distinguían a la legua de todos los demás.

–¿Es que quedaban con las manos juntas como orando o en señal de bendecir?

–Algo raro ocurre con esos tipos, sean de la religión que sean.
–Susan, ¿tú crees que Justo sigue conservando, a pesar de todo, lo propio de los curas?

–A veces Justo me parece más cura que Fulgencio.

-Pero es Fulgencio el que trata de reconvertirlo ahora.

-Justo es un *carota*, pero el otro tiene su *intrínquilis*, vamos, su misterio.

-Es un lío para descornar al más pintado, Fulgencio quiere reconvertir a Justo y Justo, a su vez, quiere desconvertir a Fulgencio, para amolarlos a los dos, vamos.

-Por lo menos al que pierda la partida.

-Que les den por el culo a los dos, por invertidos, convertidos, pervertidos, subvertidos y toda la ristra...

-*Amén.*

-¿*Amén* has dicho? Yo creía que en América no se daba eso.
-América está llena de *amenas*.

-¡Condenada y estupenda Susan!

Nos despedimos de la casita perdida en medio del bosque con emoción y alegría, y al volver hacia Nueva York yo me sentía con una nueva moral, más duro, más personal. Ella supo encargarse muy bien de la devolución del coche, con su correspondiente renta, porque para todas esas cosas Susan es una maravilla, y atrás quedó la casita, por fin, cuyo jardín no llegamos a recorrer del todo, ni siquiera había podido repasar la reducida biblioteca, y aunque todo estaba un tanto abandonado y medio destartado, lo cierto es que tenía su encanto, y no dio tiempo tampoco a quitar la humedad, y todo, hasta las comidas, fueron a salto de mata e improvisadas, pero ricamente, y el bar

funcionó bien, y cuando yo una vez dije: «Buen rincón éste para tener una escopeta y un perro», ella se rió mucho porque desde luego la horizontal trabada había sido casi nuestra única línea en todas las horas, y sólo nos faltó una tormenta para que el relato del cura Fulgencio resultara más tremebundo.

El trayecto de regreso no fue del todo cómodo porque en las estaciones subían y bajaban soldados del Vietnam con todas las vestimentas imaginables y pertenecientes a todas las armas, y a pesar de que querían portarse como seres normales y querían sonreír y hasta entablar diálogo, lo cierto es que los desgraciados iban aparte como si llevaran su maldición encima y daban pena cuando algunos viajeros exageraban su acercamiento a ellos.

Conforme nos acercábamos a Nueva York se iba agudizando en mí el odio contra el repelente Justo, cuya destrucción había que buscar por el camino que fuera, daba igual, aunque probablemente el primero que sobraba era el siniestro Fulgencio; allá veríamos, porque quizás había pasado ya el tiempo para que me oyera Narciso en serio y lo que había que hacer era inventar un método rápido para el exterminio de esta banda de curas merodeadores y con moral de animales de presa; ¿es que a mí me tenían tan sólo como a un pobre palomino al que se puede sorprender impunemente en el nido?, más o menos yo ya sabía todo lo que tenía que saber de estos dos fantasmas del Vaticano, quién sabe si vinculados totalmente a la CIA.

Es una pena que se llegue a Nueva York siempre como sin sentirlo, porque la visión de esta urbe trastornadora realmente so-

brecoge, y produce cierta emoción. En tren se entra como clandestinamente, subterráneamente, y recuerdo que al llegar, como nos teníamos que separar, yo la llevé en taxi hasta la puerta de su casa, y después seguí y al quedarme solo me percaté de que comenzaba una nueva etapa, más bien airada, y esto me puso de mal humor y eso que ni sospechaba que llegaría a acabar en este *hotel* de mierda, el *Hilton* como le llamamos, y ahora mismo me acuerdo de que al despedirnos Susan y yo, ella me dio un gran beso y yo le dije:

–No abuses, porque un día te hago un hijo.

–No te creo tan decidido.

Y ahora me encuentro aquí, metido en el cepo, porque, aunque sabía con quién me jugaba los cuartos, nunca creí que se tratara de meros delatores, gente dispuesta a prestar ese servicio que en este país se paga como en ninguno o al menos como en pocos, y todavía me resuenan las palabras de despedida de Susan: –Lleva cuidado.

–Pero, ¿no te he dicho que hasta el representante del Vaticano me saluda en las Naciones Unidas...?

–Sin embargo, lleva cuidado...

Ojalá me hubiera ajustado antes al plan que me estaba forjando, yo solo, porque previsión no me faltó ni conocimiento de lo que cada cual puede dar de sí, porque yo veo un tipo con la manía de la última documentación sociológica dando vueltas por la biblioteca de las NU, y me digo seguro que el tal pinta para el *Intelligence Service*; aparece un parlanchín sudamericano con

la manía de la demografía, la emigración, los puertorriqueños, todo eso de la Alianza para el Progreso, el Che, las nacionalizaciones, la Democracia Cristiana, la ITT, la reforma agraria, el papel del ejército, la nueva narrativa hispánica, y uno puede olerse que anda la CIA de por medio, y nada digamos de los rusos, que desde Madrid y Valencia los conozco como si los hubiera parido, los huelo, esos no olvidan ni perdonan fácilmente, lo curioso y lo revisan todo, y nada me hubiera pasado a mí si yo mismo no me hubiera metido en la boca del lobo, o una vez dentro hubiera sabido salir, fue cosa de unos diez minutos nada más, acaso cinco minutos, y todo por el arte de confesonario de Justo, que tenía palabritas para cada uno, y a cada uno la que le convenía, un artista de la soplonería, corruptor y corrupto, que ya tuvo su merecido y es de lo único que me alegro aunque me cueste estar aquí hasta que maduren los higos, o quién sabe si habrá que esperar a otras cosechas, con lo bien que todo podía haber salido... Pero a quienes les gusta el pastel de la traición es justo que mueran con la miel en los labios y alguien tenía que hacerlo, y a veces el único dolor que he sentido aquí en esta caja de caudales es no haber sido yo el que le hubiera metido dentro el hisopo del cargador, para que otra vez te fíes de estos donjuanes con bozal, que tienen como única arma el chivateo, sea a un agente del FBI o a un negro polizonte en trance de ascenso, el caso es chincar al vecino, y no podía ser de otra manera, porque si cuando iba a España, era capaz de dejar a Berta y las niñas en el hotel y se iba al pueblo y decía misa y daba la comunión a medio pueblo, y hablaba desde el púlpito de las *bienaventuranzas*, y todo muy compungido, haciendo llorar a su madre de felicidad, un tipo así es capaz de todo y lo tiene bien merecido... por embustero, traidor y miserable.

Hoy esto está como un cementerio de vivos, mi vecino decidió suicidarse al nacer el día. Llevaba varios días bastante callado y esto que hizo ya había gritado que lo haría muchas veces, pero nadie lo creía, probablemente ni él mismo; total, que nos ha arruinado el rancho y no se ven más que rostros doblados mirando desde las rejas el humo, y de vez en cuando alguna paloma de Manhattan, pero nadie aquí sabe lo que es ver el vuelo de un avión desde estas rejas, y el trastorno que producen esas águilas o pajarracos altísimos que se meten por entre los rascacielos como buscando algo, no se sabe qué, pero nosotros no sabemos lo que es el río, ni un puente, ni las calles desbordantes, ni poder pararse en una esquina, ni poder entrar en un bar, ni montar en un autobús, ni bajar al metro o *subway*, ni pasear por el parque, ni tumbarse bajo un techo amigo; la celda, sólo la celda, que se parece mucho a la muerte en vida.

Ya hacía por lo menos cuatro meses que aquí no se mataba nadie y ahora ha tenido que ser este húngaro que había violado a un niño en Nueva Jersey, y rematando la faena con el estrangulamiento. El húngaro siempre que podía decía a todos que estaba muy arrepentido y que si lo dejaran salir lo primero iría a la casa de los padres del niño a pedir perdón de rodillas, pero yo no estoy tan seguro de que el húngaro quisiera ahorcarse del todo, sino que más bien quiso probarse y acaso probarnos que era posible hacerlo, pero a lo último le falló el experimento.

Con la manta hecha trencilla el húngaro hizo su cuerda, que resistió el peso muy bien, aunque para descolgarse desde la reja tuvo que hacer casi una operación de circo, y con este motivo nos han registrado las celdas y de lo que se han convencido es de que había determinados bichos repugnantes, y se han llevado todo para esterilizarlo, y menos mal que no se han llevado estas libretas donde escribo y el bolígrafo que tengo –por expresa autorización del director– y que me renuevan cuando se acaba, que más de una vez me han dejado con la tira a medias.

Esto de la desinfección me ha hecho recordar algo que nos pasó en el frente cuando estábamos por Nules para recibir y dar, que entrar en fuego era entrar en sangre, pero cuando todo se hacía con la inconsciencia de la juventud y uno se repetía, «suelta plomo, que si no te fundirán», «pincha, que si no te pincharán», era cuando todo se hacía a base de canciones, porque ellos también cantaban, y se cantaba lo mismo cuando se batía el cuero que cuando se estaba de cachondeo, y aquello de los piojos fue una aventura chocante, porque se presentó una comisión sanitaria con sus artefactos e instrumentos de desinfección, y la tropa se puso en fila, y nosotros también para dar ejemplo, y todo eran bulos y jolgorio sobre las enfermedades del pito, cuando el capitán médico, muy fino, le dijo al comandante Araujo, que era más bruto que un arado, por no decir que un buey:

–Ordene que se bajen los pantalones, todos.

Y todos los pantalones cayeron a tierra, unos de prisa, otros despacio, algunos queriéndose quedar a la mitad, mientras los sargentos y los oficiales iban repartiendo tortas como casas, y al

capitán médico no le bastó con la contemplación general de aquel campo de colgajos, sino que dijo algo a los oídos del comandante, y el comandante, con ser tan bárbaro, ordenó a sus oficiales algo que no entendían bien, o que no entraba en las ordenanzas y a muchos les daba risa, y después que se pusieron de acuerdo, el capitán se puso al frente de la brigada, aquel bosque de falos caídos, un platanar inmenso, y con voz de trueno gritó:

–Descapullen, descapullen todos.

Aquello fue el lío, la confusión, la vergüenza, la irrisión total, pero en medio del disparatado espectáculo vimos que el loco aquel de Utiel, tan obediente, disciplinado y tranquilo no sólo había descapullado como Dios manda, sino que se estaba haciendo una paja, hasta que llegó a él su sargento y le arreó una torta que de poco lo vuelca.

Nos quitaron toda la ropa por turno para ir la metiendo en aquellos camiones y nos iban dejando en pelotas, y cada cual buscaba un árbol, una sombra, unas piedras, pero la tal operación sanitaria fue un desastre total, porque prácticamente quemaron los uniformes de media brigada y los demás quedaron hechos unos pingajos y menos mal que no hacía frío, porque más de la mitad tuvieron que quedarse veinticuatro horas o más tal como su madre los echó al mundo, y era ridículo verlos con las manos puestas delante, sentaditos entre las piedras, escondidos entre los árboles, y el comandante, más bestia que nunca, iba con la vara dando en las nalgas y diciendo:

–Muévanse, muévanse –y los soldados corrían como

animalejos, a lo que el comandante comentaba—: qué cantidad de hijos de puta que hay sueltos por el mundo.

Pasó un avión, que se dijo que era fascista, y era grotesco ver a dos o tres compañías enteras correr en porretas vivas hacia la vertiente del río y se escondían en los sitios más raros, y allí los comisarios sacaron listas de los maricones de la brigada, que se destaparon totalmente con aquello de la falta de vestimenta, y para final del festejo, cuando ya todos iban como personas, con uniformes nuevos que habían traído de Valencia, apareció colgado, con los pies sólo a tres cuartas del suelo, el muchacho de Utiel, el que se la quería cascar delante de todos, y también en el desastre final del Ebro la barbarie llegó a límites insospechados con aquellos bestias aterrorizados, pero sobre todo ingobernables, que se tiraban en las barcas con armamento y todo, cayéndose por los bordes en racimo, y los más tercos y llenos de canguelo, braceando inútilmente, tragando agua sin chistar, y todo porque todos querían auparse de golpe y por el mismo sitio, y por más que gritáramos «paciencia», «serenidad», que si quieres arroz, Catalina, y siempre igual y lo mismo, como en la retirada de los Pirineos hacia Francia, aquella gran carrera de mierda, sin control, que aunque uno sea enemigo del férreo mando y espionaje de los bolcheviques, tiene que admitir alguna disciplina siempre en todo, pero allí venga a correr, confiando en los camaradas franceses, y allí hubo de todo como en botica, insultos a montón, y tener que entregar las armas para seguir pasando auténtica hambre, hay muchos cabrones en Francia aunque también hubo gente estupenda del pueblo, pero bien que nos la hicieron, que después muchas veces más de un compañero de los buenos se ha hartado de repetir que ojalá Hitler no hubiera dejado ni uno

de aquellos traidores, que se llamaban «fraternales camaradas» con mucho tono y la libertad quedó en una zarandaja más, qué poca vergüenza hay siempre en los políticos, y mientras tanto dentro de la patria envilecida salieron fascistas de debajo de las piedras, más fascistas que donde los hacían, dejando chicos a los faroleros italianos, unos fantoches, y nada digamos de los verdugos alemanes, los mismos que se quitaban las plumas y las cruces con más prisa que se despluma un pollo, cuando era pleno combate, unos por calientes y otros por fríos, y ya no quiero ni acordarme de todo aquello, lleno de vergüenza, de calumnia, de hipocresía, que fuimos no sólo blandos sino tontos, y esta es la verdad.

Ya estaba de nuevo en Nueva York como lo indicaban los papeles por el suelo, las hojas, las ramas secas, las latas vacías, el plástico pegado a los árboles, dentro de la enorme grillera de Nueva York, un cuerpo inmenso repleto de luces rojas como un gigante reventado de granos sanguinolentos, y cuando vi de nuevo las NU me entró una cierta irritación, una ira rabiosa contra el discretísimo Justo, el púdico inmoral suplantador, y allí también se escocía entre pus de miedoso el responsable Narciso, mejor dicho el irreponsable, y allí seguiría moviendo sus molas el cebado *monsignore*, el pez que tenía en los dedos de la mano tacto de ala de murciélago, el paquidermo de los pasitos cortos, pendiente de un asalto hecho con coraje, porque no era posible que yo me quedara embelesado en la fruta de Susan y de nuevo los túneles de ratas, los muros de cemento, las vigas

de hierro, los cables enfundados en pez y plomo, las alcantarillas humeantes concentraron mi odio para la acción.

Pero, aun siendo así, Nueva York me gustaba como deben de gustar las drogas a los adictos, quizás por el espanto que produce meterse en la caverna maravillosa y hostil, y desde luego Nueva York era mejor que la viscosa experiencia de Santo Domingo, con aquel caníbal pintado de rosa para disimular la infame negrura, mejor también que en Cuba con aquel espantajo de general estrellado de condecoraciones de papel de estaño y con alma de sádico orangután, y tampoco hay que olvidar aquella ratera urraca de Venezuela, que, como todos, llevaba a la vez la función de chupar la sangre y las arcas del tesoro nacional en papel moneda, todos a imitación de los patronos mangantes ladrones de oro en barras, y nada digamos del espectáculo de bochorno de un Puerto Rico donde todo se hace premeditadamente para que se pierda el honor de la propia identidad, gozándose en la peor de las esclavitudes, y es que por lo menos Nueva York te hace huir, te desconoce, te ignora, te deja circular como ciego adivinador entre barrios, estaciones, escaleras, ascensores, jardines, sótanos, ventanas, terrazas, este Nueva York que es como el escenario plantado por un loco, que te deja entrar, perderte, a veces salir, pero no te permite escapar del todo, que te maniata y te aherroja, que te expulsa como una cárcel que ardiera, que ojalá ésta comenzara a arder por los cuatro costados, y el que quedara que quedara, porque alguien siempre queda, y el fuego que fuese de corrida, como va la luz en Nueva York, saltando según los barrios, como van los olores y los vientos, y yo todas las noches sueño que tengo que estar parado en una nube, en lo alto, que no se mueve ni se puede mover, y otras veces en una cueva de la que no es posible salir,

porque es tan dura como blanda, y uno no acaba de comprender cómo USA es tan importante en el mundo, desde aquí no se entiende ni se explica, porque aquí todo se hace al paso, se come al paso, se bebe al paso, se jode al paso y entre el paso, se está en la cárcel de pasada, y como yo espero que saldré pronto de aquí, no sé cómo, pero yo tengo la confianza de que saldré, como tuve la desconfianza de que el proyecto «Z» no marcharía, o marcharía torcidamente y acerté, aunque no acerté en que todo habría de tener una salida tan estúpidamente violenta, si bien en lo de la violencia algo me aproximé, como ha podido comprobarse, y cuando yo digo que no fue de mi mano, no lo digo satisfecho del todo... En las acciones revolucionarias siempre hay un elemento de sorpresa con el que habrá que contar de ahora en adelante, y que a cada cual le cuelguen lo que le pertenece, no más.

Al día siguiente fui a esperar a Susan a las NU, y ella, cogiéndome del brazo, me dijo:

–A ver si ahora se te va a ver el pelo.

–Sabes que no soy libre del todo –le dije.

–Todo el mundo es todo lo libre que quiere serlo –replicó ella.

–Nadie es libre como quisiera –murmuré por lo bajo.

Y nos metimos en la gran leonera de la calle 42, no sé por qué

había tantos negros con zapatos brillantes (¿qué fiesta sería?), pantalones de colores muy estrechos y mujeres con muchos amarillos y rosas, y la calle estaba húmeda y ventosa, y el *New York Times*, con su olor a judío y con grandes titulares que decía «Los *hijackings* caminan hacia su fin», y a mí me dio por bufar y bufaba contra todo, contra los guardias que en las esquinas se tocaban el palo y la porra, que se reprimían por llevarse a las putillas decentes en sus coches blanco y verde, estos irlandeses altos y gordos, que dicen que son católicos, con su culo que casi rozaba la acera, y los turistas imbéciles de cualquier parte del mundo, en rebaño, que llegaban ansiosos de que les robaran la cartera y les sacaran el cuchillo, queriendo acaso quedarse sin personalidad definitivamente en estos cementerios neoyorquinos que son algo más que la supresión de la vida, porque son hasta la eliminación de todo posible recuerdo, una liquidación en la nada total. Y Susan y yo paseábamos como dos novios absurdos, hasta que ella me dijo:

–¿Quieres que nos vayamos a mi piso un rato a tomar un trago?

Yo le iba a preguntar si estaba allí el niño, y ella, dándose cuenta posiblemente, dijo:

–Estaremos solos.

¿Qué había hecho con el crío tarado, lamentable, amorfo, desde la planta de los pies a la punta de los labios?

Y nos fuimos como dos olas contra el acantilado.

Habíamos entrado en faena.

Como respondiendo a mis deseos, todo comenzó a ir más de prisa de lo imaginado, aquella misma noche había habido un aparatoso secuestro aéreo, y aunque no había partido de Nueva York, el Kennedy Airport había sido el escenario.

A Narciso lo encontré más animado que nunca, pero lo más extraño fue el entusiasmo de Justo, que a mí una vez más me desconcertó.

Crístides estaba radiante dentro de su torva sequedad y el estilo amenazante de la prensa sobre la piratería aérea, las llamadas de socorro de los pilotos, los cordones de la policía, la convocatoria de algunos Gobiernos para reuniones de altura que sirvieran de base para un acuerdo que hiciera posible el castigo fulminante de los culpables, todo esto en vez de amilanarlo lo enardecía y le producía una risa rara y una vehemencia temeraria. Cuando le enseñé todo aquello, me dijo:

–Es más el ruido que las nueces. A mí las leyes internacionales me producen hecatombes de placer.

Me creí en la obligación de aleccionarlo.

–No es lo mismo, Crístides, desviar el avión a Cuba o hasta Argelia, si se complican las cosas, que tener que aceptar sobre la marcha el parón interrogante sobre cualquier punto de escala, lo cual pudiera hacer fracasar el proyecto.

-Todo es cuestión de energía –y se dio unos golpes pictóricos en el pecho.

-Una cosa –le dije–. ¿Tú has tenido alguna vez contacto con la policía?

-¿Qué quieres decir?

-Digo si has sido fichado alguna vez.

-Yo, la única ficha que tengo debe de ser en el arzobispado de Nueva York.

-Tampoco eso es muy recomendable que digamos.

Crístides reía para adentro y todo lo tomaba a broma, y luego dándome unos golpecitos en el hombro, me preguntó:

-¿Y el *money*, estará listo?

-No fallará.

-Bien, bien –y pidió otro vodka.

Luego, como dos turistas nos fuimos a la terraza del aeropuerto Kennedy, observamos en silencio el ir y venir del complejo sin hacer comentarios, pues cada cual debería recoger sus impresiones para discutir las después.

-No eres un hacha conduciendo –le dije al regresar.

-¡Qué más da! Pero llego.

Al día siguiente, como si nada, aparecí por las NU y las encontré más muertas que un panteón de faraones. Las Naciones Unidas son como El Escorial pero en vertical y en futurista o como la Muralla China con vidrieras, por eso el lenguaje o parloteo de las NU tiene algo de falso, perorar escolástico frailuno y también del sibilino sermón de los mandarines orientales, pero sobre todo las NU tienen algo de gran sinagoga, con su candelabro de implorantes brazos, aunque yo siempre he dicho que a lo que más pudieran parecerse es a un gran circo de lujo en vacaciones, con funciones reservadas para iniciados.

Pero, a pesar de que todo parecía vacío y muerto por dentro, la procesión inacabable de delegados y expertos continuaba, el desfile de los zoquetes cursis, los petulantes fantoches, los nostálgicos de la heráldica, los librescos funcionarios, y los internacionalistas pedantes, los palabreros de la orgía pacífica, los cabalísticos diplomáticos y antidiplomáticos que repartían sonrisas campechanas y llevaban cables cifrados doblados entre los dedos, yo no digo que no hubiera algunos embajadores de cierta talla pero los que más atufaban el ambiente eran los perfectos caballeros de la memez, el camelo y la utopía, no era cosa de discriminar, algún arquitecto o constructor de mundos ideales se paseaba por los pasillos, pero los más eran tan sosos y rutinarios como camareros de gran hotel.

Sentía yo repugnancia en aquel antro pero no había más remedio que hacerse un poco el visible entre los invisibles, mejor

dicho inaudibles, sibaritas de la palabra y el discurso, los recopiladores de las propias memorias infladas con gas de oratoria, y como había que hacerse el conocido entre aquellos medio sepultureros y medio carceleros que eran los guardianes de la corte internacional, yo recibía cigarrillos, encendía cigarrillos, leía prensa a todo pasto, saludaba, me hacía el presentado y comía en solitario como inconfeso aspirante a bobo universal.

Como peces en el agua oscilaban, subían y bajaban, por las mecánicas escalerillas, los serviciales recaderos como Justo, técnicos que iban de comisión en comisión cargados con portafolios, y luego la fila de secretarias, sacerdotisas de la convivencia internacional, mientras los secretarios recién llegados caminaban del banco al bar o del comedor al pasillo de la prensa, buscando más papel.

Y la gente crédula seguía llegando en manadas, creyendo que allí residía el oráculo internacional, sin apercibirse de que lo único que allí se ventilaba era mercantilismo, interés convenido, retórica antibelicista al mismo tiempo que se facilitaba la compra de acciones en las fábricas de material de guerra, literatura decadente en manos de invertidos camuflados, oficinas de cambio y bolsa, papeleo, despachos, notas, carteras, telegramas, periódicos de todo el embusterío ecuménico, fotografías persuasivas o que querían serlo, modernísimas máquinas de copias, mecanógrafas aburridas pero siempre sonrientes, viajeros perpetuos cada cual con su temario, infinidad de cartas que caían a todas horas por las rampas metálicas tras el cristal, cartas de elogio, cartas de protesta, informes, muchos informes, diarios informes que no llegaban a ser leídos siquiera.

Bajo el título de las campañas o programas más inconmensurablemente altruistas las jugadas más abyectas son posibles aquí, como lo son la falacia de los compromisos y las zancadillas de pícaro, pero todo sin dejar de dar la mano, de felicitar con efusión, de homenajearse de una manera impertérrita y elegante, eso sí, siempre elegante y, si es posible, poner el mingo a la mujer africana que llega con túnicas y joyas hasta el suelo, o a la mujer viciosa del blanco rubio amigo de los misioneros y de la ginebra a palo seco, que todo da igual siempre que sirva para matar el gran fastidio que produce tanto ir y venir, tanto llamarse y reunirse inútilmente.

Por dentro (¿para qué callarme?) oquedad, chabacanería, pedantería, vulgaridad, pedestrismo, y por fuera (¿por qué no escribirlo?) altisonancia, rimbombancia, fastuosidad, prosopopeya, ditrambo, música celestial.

Aquello encabritaba mi repulsa y sentido de la agresión, una agresión purgadora, y uno no tenía más remedio que gozar, de todas maneras, viendo que tan altísima tribuna estuviera en manos de unos farsantes tan escogidos, y se podrá decir que todo esto lo escribe y pregona un anarquista desengañado de todo, un combatiente burlado, batido y abatido, una especie de escocido romántico escaldado en las calderas humeantes de los conflictos más sagrados y ruines a la vez, y no niego que puede haber soñadores dentro de esa plaza de toros de las NU pero por encima y por debajo de esta minoría de hombres idealistas y hasta honestos, un revolucionario como yo no puede ver más que trapisonda, comedia leguleya, comedia bufa, sainete dialéctico, charca de ranas parlantes, pináculo suntuoso de la esterilidad universal, en una palabra.

Y arriba, en su piso inviolado, en el despacho tabú, como un ángel con sueño, como un mártir del aburrimiento, tomando té y hierbecitas y dictando mensajes salutíferos para la paz mundial, estaría nuestra primera «víctima» (indultada), el pequeño y melancólico Secretario General U Thant, una lagartija entre cristales, un pez cándido e inofensivo en un acuario de espejos complacientes.

Y como por ningún sitio aparecía el *monsignore*, seguro que se encontraría en cualquier restaurante italiano de los alrededores atiborrándose de pasta y queso, el orondo curato, la «víctima» (sustituta) ya estaría sudando y chupándose los dedos. Pensado y hecho, por la escalera mecánica subió con la sudante digestión a cuestras buscando un sillón para la plácida siesta, seguramente, y al pasar junto a mí me extendió la mano como si me echara una bendición.

Convenía ir ultimando detalles, ya que el final se acercaba.

No subí a ver a Justo, seguro que estaba llamando a su angélica esposa, su divina y adorada Berta, con la musiquilla de siempre: «sí, querida», «lo que tú quieras, querida», «deseando llegar, Bertita», «claro que sí, cielo», «¿y las niñas, querida?», era estomagante y yo no podía odiarlo más.

Como un topo subía yo de la biblioteca al bar y del bar al pasillo de prensa madurando mi presencia, escuchando por todas partes palabras banales de demagogia ilusionista, humanitarista, redencionista, como si estuviéramos en un gran salón de espiritismo y magia blanca.

Desistí también de verme con Susan aquel día, aunque luego,

como se verá, tuve que cambiar de opinión.

Al llegar a mi apartamento –una especie de estudio barato en un edificio antiguo y céntrico, calle 38, Oeste–, al ir al buzón de correo, el puertorriqueño vago y lamentoso, me dijo: –Estuvieron dos hombres preguntando por usted.

–¿Que querían?

–No dijeron nada.

–¿No dijeron quiénes eran?

–Preguntaron y se fueron.

–¿Dijeron si volverían?

–Se fueron sin decir nada.

La pareja de hombres visitantes no me gustaba nada, pero de repente se me ocurrió que podían haber sido Justo y Crístides, aunque era una idea fácilmente descartable, sería la primera vez que Justo venía hasta mí, pero ¿y si hubieran sido Justo y Fulgencio?, deseché también la idea por absurda, y algo más imprevisto tenía que ser, a lo mejor el propio Narciso, muy raro, con algún acompañante de turno.

–¿Cómo eran? –insistí al portero.

-Pues dos hombres.

-¿Americanos?

-No llevaban nada escrito en la frente.

A veces los *hispanicos* de Nueva York son algo insolentes con los españoles y hay que tener siempre mucha paciencia, la misma que tengo que tener aquí con los presos que hablan nuestra lengua y que a veces dicen que tienen nuestra sangre, una sangre bastante negra y quemada. Volví a preguntar a Manolo: -¿Y qué edad tendrían?

-Como usted, más o menos.

-¿No dejaron ningún recado ni nada?

-Parecían profesores o algo así.

-Quién sabe -y por la cuenta que me tenía evité pronunciar la palabra *policía*, porque yo sé cómo son estos tipos de nuestra llamada estirpe, pero si hubieran sido detectives o algo así, lo hubiera notado el portero, porque para eso tienen olfato.

Al rato salí y desde un bar próximo llamé a Susan. Ella no le dio importancia a la cosa y me preguntó:

-¿Tienes en regla lo de las tasas?

-Yo creo que sí.

-¿Y lo de la emigración?

-Lo tengo prorrogado por otro año.

-¿No han dicho si volverían?

-Sólo dice que preguntaron por mí y se me ocurre pensar si habrá sido Justo.

-Esta tarde se fue muy pronto del despacho y no volvió.

-¿Se fue solo?

-No, hombre, deberías haber adivinado que Fulgencio vino por él.

-Maldito sea.

Por si acaso, aquella noche eché por el incinerador unos cuantos papeles inconvenientes y poco oportunos ante unos ojos curiosos y fisgones y también saqué la pistola de su escondite y me la eché al bolsillo. Mi conversación telefónica con Susan había concluido con un ruego de Susan:

-¿Por qué no te vienes para acá?

Y para allá me fui, a dormir con ella, como un zagal miedoso. Cada día podía menos pasar sin ella y no sólo por los diálogos mudos en la cama, yo trataba de resistirme, pero cada vez me entregaba más. Cuando estuve ya en su casa, me dijo:

-Tú sigue haciendo tu vida normal, como si nada. Será, ya lo verás, alguna tontería.

Miré por todas partes buscando y no estaba, tampoco esta

vez, el crío mongólico o lo que fuera. Ella no dijo ni pío.

Cuando llegué a las Naciones Unidas, el delegado español, tomando la cosa por lo simpático, no terminaba de convencerse ni a sí mismo de que la breva de Gibraltar estaba madura, es una breva singular, cuando ya parece estar un poco madura de nuevo se vuelve verde y rezuma leche, mala leche, esa leche amarga de los higos que levanta verrugones en las manos, y luego dicen que los ingleses son muy amigos de la península. Pues, toma amigos.

Otro tema de distracción favorita, interminable e inofensiva en el foro internacional de esta caja de grillos, es éste del Peñón donde la mayoría lo pasan bomba, por lo visto, los embajadores hispanófilos siguen haciendo cola ante la roca de las lamentaciones, pero los ingleses, sean laboristas o conservadores, siguen haciéndose los suecos.

Me fui a la biblioteca y muy disciplinado me pasé un largo rato copiando fichas, saqué fotocopia de un texto e hice unos borradores, que rompí, para dos cartas que había decidido cursar a Méjico, pero no estaba del todo convencido de la eficacia de tales cartas, confiaba ya poco en aquellos camaradas que podrían darme las noticias que deseaba, porque lo más seguro era que aquellos compañeros hubiesen entrado en la etapa durmiente de la casi adaptación al medio; sin embargo, no renuncié a la idea, porque me daba cuenta de que era necesario saber en concreto algo sobre Justo, dando por descontado que

era difícil dar con dicha información, «Ojalá lo hubiera hecho antes», me dije, y de nuevo me puse a la operación de las cartas.

Cuando ya me iba, haciéndose el encontradizo como un funcionario que se retira, tranquilo y feliz por haber cumplido exactamente su jornada, apareció Justo, con cara como de sueño o malhumor, y parecía que había adivinado mis pensamientos, y hasta me pregunto, ¿empleaba Justo aquellas gafas para ver más o para que no le vieran bien?

Sin más preámbulos, me invitó a cenar, pero yo le dije que no podía, y era cierto, porque la gran Susan me estaba preparando «tripas a la romana», que me chiflan, y es de lo que más puede uno quejarse por estar aquí, de no poder comer algo que le guste y no poder tampoco en un momento determinado echarse al colete un lingo tazo.

–Se ve que tienes plan –dijo resentido.

–Algo que se le parece –le contesté.

–Entre una gringa o yo, es lógica la elección.

Tuve que contenerme y disimular, luego me enseñó unos papeles que traía entre las manos, una revista de sociología donde acababa de publicar un artículo sobre «tiranía y libertad», seguro que aquella publicación con firmas de distintos países era pagada con fondos de la CIA o algo parecido, pero de nuestro proyecto no decía ni palabra. Miré el reloj.

–Se ve que se trata de una cita importante, alguna mujer de bandera...

-Te equivocas, es un maricón recién llegado de la península. Esta salida le afectó, hizo un gesto de conmiseración e indulgencia y comentó:

-Te noto algo nervioso.

-¿Yo?

-Algo impaciente.

-¿Y tú no?

-No hay que dar sensación de prisa ni nada de eso, hay que estar -y espació las palabras- como si uno no fuera a viajar.

-Pero, ¿es que vamos a viajar?

-Nunca estuvo la cosa tan bien como ahora, se está poniendo muy bien.

-Te felicito.

-Debes también felicitarte a ti mismo.

-Te sigo felicitando, tienes a Narciso en el bote.

-Jeremías -siempre en los instantes solemnes me sacaba el Jeremías- esto va en serio, pero ya sabes que Roma, ni siquiera San Pedro, se hizo en un día.

-De eso tú sabrás más que yo.

-Lo que cuenta es que la cosa marche y la cosa marcha.

-Vosotros sabréis.

-Tú estate preparado.

-Por mi parte no ha de quedar -le dije en tono seco, tratando de cortar.

-Es una pena que no puedas aceptar mi invitación.

-Otro día será.

-Estás siempre invitado.

-¿A misa también?

-Está visto que sigues con la perra de siempre, pero no creas que me enfado -dijo meloso, lo cual acentuó mucho más mi saña.

-Yo iría tan sólo, como comprenderás, como espectador, porque desde los once años o así esa función se terminó para mí, pero si algún día haces la ceremonia, no dejes de invitar a los buenos y leales camaradas.

Nunca había visto ni volvería a ver en el semblante de Justo una raya tan cruzada por la desesperación, seguramente todas las consagraciones falsas de su vida se le vinieron al rostro como la más vergonzosa de las bofetadas, era como si tuviera encima todas las albas y casullas que se había puesto en su vida y lo aplastaran hasta hacerlo sentirse un gusano.

-Tú, ¿a quién obedeces? -replicó retador.

–Yo no sé lo que es eso del voto de obediencia.

–A veces creo que eres algo más que un disidente que no acepta las normas de arriba y no estoy seguro de que no seas un agente provocador –y lo dijo con una sangre fría y un valor que yo mismo me pasmo ahora mismo, pues no comprendo cómo en aquel instante, aun estando donde estábamos, no le tapé la boca sacerdotal y mentirosa para siempre, pero me contenté con decir:

–Probablemente me dedico a provocar la conciencia de los que no la tienen.

–Es la chulería propia de los que llevan armas encima.

–¿Cómo lo sabes?

–Pocas veces me equivoco.

–Frío, frío... –e hice ademán de quitarme la chaqueta para que se convenciera. Pero como había marrado el golpe, su furor se hizo más enrevesado y dañino.

–Tu arma más peligrosa –dijo remachando las palabras, muy por lo bajo –es la locura.

–Oye, a ver si te parto el alma– le dije casi escupiéndole las palabras.

–Sí, la locura de una derrota no superada.

–Tú no tienes por qué mentarme eso nunca –y alcé un tanto

la voz, a pesar del sitio en que nos encontrábamos.

–El estar vencido por uno mismo es lo peor –dijo como te-
niéndome compasión, y esto me encendió la sangre.

–Dímelo en latín, hombre.

–¿Por qué me odias tanto?

–Porque me das asco.

–Pero es que odias todo lo que miras, todo lo que tocas.

–Busca en ti el odio, que has venido donde nadie te llamaba y
a lo que no te pertenece.

–Yo siempre lucharé por las causas nobles y soy libre.

–Como los lobos.

–Menos mal que entre vosotros no todos son como tú y esto
nos alienta.

–Afortunadamente no todos entre los míos son como yo, pero
todos los tuyos estáis cortados por el mismo patrón y sois se-
mejantes como una gota de sangre a otra gota de sangre...

Tuvimos que cesar en el encuentro dialéctico, que para mí es-
taba resultando impensado, porque teníamos al lado a un se-
gundón dicharachero de Méjico que venía por el pasillo echando
piropos al joven delegado cubano.

Nos separamos y me quedé pensativo, quizás yo me había

destapado demasiado, pero también él había soltado lo inesperado, pero mejor para aclarar la situación, y cuando yo ya me disponía a descender por las escaleras, Justo vino hacia mí y hablando en un tono entre conmovido y entusiasta, agarrándome del brazo, que yo trataba de soltar, me dijo:

–Me alegra que seas como eres y estoy arrepentido de lo que ha pasado, mejor dicho, no estoy arrepentido sino contento, porque vamos a ser muy buenos amigos –y yo fui tan sonso, como dice Susan, que medio apreté la mano que me tendía, y es más, que parado, con mucha ceremonia, como si se tratara de un paso caballeresco, añadió–: perdóname, estoy avergonzado, porque nosotros estamos hechos para entendernos...

Me fui desmoralizado, él era un provocador, y lo que más me dolía era que por el respeto a la causa más que al sitio, yo lo hubiera dejado mantenerse tieso, probablemente intentando nada menos que achicarme, y con toda certeza lo que habría que hacer, en vez de pasaportar al ridículo *monsignore* en un vuelo gratis a Cuba, para desencadenar una ola de aplausos y protestas en el mundo, era pasaportar al otro mundo, del que no se vuelve, el mundo de la nada, el mundo de la ceniza y de la tierra para siempre tierra, a este hijo de cura, el tipejo más misteriosamente enredador, trapacero y zascandil que me ha tocado tratar en la vida dentro y fuera de la actividad revolucionaria y eso que uno ha tratado con escorpiones, camaleones y alacranes de los más venenosos.

La reacción de Narciso fue enérgica y contundente, o me entendía con Justo o tendría que dejar la organización, pero posiblemente no por las buenas, o sea que era increíble, y aunque

parezca mentira, nos recomendó una comida de reconciliación o algo por el estilo y Justo estaba dispuesto, por lo visto, el muy maricón, porque lo suyo siempre fue o cerrarse en su soberbia despreciativa o arrastrarse como un bichejo y, si podía ser, las dos cosas juntas.

Acepté, pero con la condición de que el que invitaba fuese yo y ojalá hubiera sido a setas venenosas o a estricnina porque así me hubiera evitado todo lo demás, y cada vez creo más que siempre hay que seguir la vena de los presentimientos, y si una máquina no sirve para funcionar o se deja o se rompe, y se coge otra, porque yo había sido y sigo siendo partidario de la acción, de actuar, y tenía que serlo hasta el final con todas sus consecuencias.

Salimos esta vez también juntos, pero no de las NU sino de un bar de la Segunda Avenida y casi diría que tuve la sensación de que se repetía nuestra primera entrevista, hasta el taxista parecía el mismo.

Justo, a pesar de su mirada oblicua y sus retorcidos movimientos, quería parecer jovial, casi diría que dicharachero; acababa de pasar por las NU –me dijo– en visita de cortesía o algo parecido, un politicastro español acompañado de un financiero, y del político comentó:

–Parece que lleva corsé.

–¿Y el financiero famoso?

–Ése lleva minisuspensorios.

-¿Está castrado?

-Todos están castrados.

-Todos estamos castrados -le dije.

-Tú lo has dicho -y lo admitió como la cosa más natural del mundo.

Llegamos a un bar de exiliados españoles, allá por la noventa y tantos del West, restaurante que regentaba y usufructuaba un gallego listo, de esos que están de vuelta de todo, y que no contento con sacar a flote a su familia más cercana, se había ido trayendo parientes y más parientes, y todos se iban colocando bastante bien, pero todos también muy sumisos a la batuta del viejo.

-No sé si comeremos como tú estás acostumbrado -le dije a Justo- pero al final estoy seguro de que hasta podremos fumar un buen puro de los que llegan vía *Madre Patria* pero auténticos habanos, de esos que los americanos no dejan entrar.

-Es una buena idea y me gusta el sitio.

Pero en seguida comenzó la maraña, la red tupida, eso que no se rompe ni con los cuernos, porque Justo inmediatamente comenzó a enterarme de las gestiones que estaban llegando a las NU para que el Consejo de Seguridad viera la manera de tomar medidas contra el terrorismo aéreo y la piratería de las naves, cuando ya miles de pilotos comerciales buscaban protección contra los secuestros y amenazaban incluso con una huelga general, todo como si yo me hubiera caído de un nido.

–¿Y tú crees que todo eso podrá prosperar? –le pregunté.

–Por ahora no, pero es el momento de darse prisa. Efectivamente, aunque Justo parecía escéptico contra las medidas que se propugnaban –que eran nada menos que la negación de asilo o expatriación de los secuestradores junto con un bloqueo de los países amparadores o suspensión de vuelos con los cómplices, etc.–, se veía en todo que quería impresionarme, pero yo estaba en plan de aguantar todo lo que pudiera y con mucha calma le dije:

–Se ve que la operación ya no es recomendable, para ti.

–Qué va, todo lo contrario, es ahora cuando hay que hacerla, porque es el momento de mayor expectación, pero hay que perfilar los detalles para que se vea que el rapto no es obra de ningún delincuente aventurero ni de un desalmado social sino, de un contestatario religioso que quiere poner en evidencia la pasividad de Roma.

–Bueno, eso ya lo sabemos, que de lo que se trata es de ponerle una pica al Vaticano.

–Pero todo consiste en cómo se haga.

–¿Es que desconfías de Crístides?

–No me entiendes, Crístides es la persona ideal.

–Entonces, ¿a qué esperamos?

–Ahora es cuando yo digo que no hay que esperar más que lo

preciso.

De nuevo, Justo, su tortura, su fluidez, eran como una barrera de corcho blando, pero al mismo tiempo impenetrable en su resistencia. Intentando probar su flema, le dije:

–Con tu permiso he invitado a un compadre a café y copa.

–No has debido hacerlo.

–¿Por qué no?

–¿Lo sabe Narciso? ¿Quién es?

–Ya lo verás.

–Debes decírmelo antes.

–No es para preocuparte.

–Pero, ¿de quién se trata?

–Es un exiliado español como yo, y como tú...

–Pero de lo *nuestro* no sabrá nada, supongo.

–Ni palabra, él cree que tú eres un exiliado de los de la última hornada, y te digo que no tienes que preocuparte.

–Yo puedo preocuparme menos que otros –se le escapó.

–Nadie tiene por qué preocuparse –le solté.

Mientras comíamos nuestro cocido o lo que fuera, que ya no me acuerdo, Justo no cesaba de hablar y hablaba muy de prisa y todo eran teorías y mezcló hasta los vascos, y entonces dijo claramente que nada le daba tanta náusea como la ilusa confianza de los exiliados, porque era evidente que el pasado había que dejarlo atrás si se quería hacer algo positivo para el futuro y la suerte de nuestro país estaba en saber esperar para no errar el golpe. Me cansé del sermón y le corté diciendo:

–Quizás tengas razón, pero si me conoces bien sabes que yo soy enemigo de combinaciones y componendas fáciles.

–Estoy de acuerdo contigo.

Pero prosiguió perorando, evadiéndose sinuosamente por los costados, sumergiéndose en un líquido turbio, y afirmando que lo que lo ponía a morir era escuchar la cantinela de los exiliados que habían regresado y cómo llegaban luego contando sus éxitos entre antiguos correligionarios ya amansados por todas las heroicidades pasadas, dentro y fuera de España, y que él estaba contra esa droga del orgullo herido y que hacía falta una nueva moral.

–Los drogados por una ideología particular son nuestros peores enemigos, lo que hay que pretender es algo nuevo –concluyó muy satisfecho.

–Tú puedes decir lo que quieras –le corté– pero para mí no hay más que una solución y es la acción y la acción violenta, cualquier otra cosa es perder el tiempo y no sirve para nada. –Eso demuestra tu buena condición revolucionaria.

–Gracias.

Y Justo continuó encorajinado contra los exiliados que volvían a España y les daba por cantar, como poetas, no ya el purgatorio sufrido sino la nostalgia de Dios y otras sublimidades de la eternidad celestial habiendo perdido hasta el brío, el encono y la gran decepción de la muerte.

–Han descubierto en sus poemas el misterio del más allá.

–Para mí –dije levantando mi copa– lo que no está no es, y lo que no es, no está.

Durante un rato Justo masticó en silencio el cordero que vino detrás, y un tanto preocupado, de vez en cuando repetía: –¿Y el invitado ése?

–Paciencia, hombre.

No podía prever que mi invitado, porque así lo había determinado yo, no se presentaría, porque precisamente a pocos metros se mantenía observándolo y observándonos en un rincón, levantando de repente el *Daily News* con teatral voracidad, más voracidad de la que ponía en tragar su *cheeseburger* con *french potatoes*.

Había decidido interponer un testigo de mi entera confianza, porque siempre es bueno que haya un testigo fiel en toda clase de operaciones, y su misión era quedarse con la imagen de Justo y después localizarlo en el momento oportuno.

–Cuando pase *esto* tenemos que celebrarlo, pero en grande

–decía.

–Lo celebraremos –repetía yo.

–¿Por qué no hemos de celebrarlo? –y se reía con su barba negra y reluciente enseñando sus dientes de cachalote, respirando como un órgano viejo y cascado.

Mi invitado no llegaba y estábamos acabando y él, que no lo olvidaba, dijo:

–¿No viene tu camarada?

–Es muy raro, algo tiene que haberle pasado, porque es un tipo muy cumplidor.

Premeditadamente yo no aludía a nada del proyecto «Z» y como hiciera ademán de sacar la cartera para pagar, Justo se consideró en la obligación de avanzar algo en forma casi de telegrama.

–Narciso te dirá, seguro ya casi el viernes, y sabréis número de vuelo, hora y otros detalles...

Pero viendo mi cara de asombro, advirtió:

–Pero ya sabes que hay una palabra de honor de por medio.
–Ya sé, aunque la palabra de honor me asquea.

–Pero siempre hay un código en todo, y al *monsignore*, según nos comprometimos, en ningún caso deberá sucederle nada, sólo el susto y el arribo inesperado.

–En esto quedamos, pero a mí si al *monsignore* le dieran morcilla con orégano y perejil, tanto igual.

–Si yo me he hecho responsable del lanzamiento, tú lo eres de la acción de Crístides.

–Crístides dará el juego que se le pide.

–¿No te parece demasiado reconcentrado?

–El muchacho es fenómeno.

–Pero, ¿no será un temperamento que pueda dispararse hacia la agresividad?

Con el riego del vino, Justo, además de locuaz, se hizo el gracioso, después el patético, pero siempre dominante; en cierto modo, era como si entre nosotros no hubiera sucedido nada y nada pudiera suceder.

–Ni lo sospecho, y fuiste tú quien lo trajo como el elemento ideal para el caso.

–Pero si no me vuelvo atrás, es que quería conocer tu opinión y hasta saber tu conformidad para que, si él fallara por cualquier motivo, tú te encargaras rápidamente del asunto.

–¿Esto piensa también Narciso?

–Exactamente.

–Pues yo encantado, aunque te repito que, sin descartar mi servicio, yo creo de todas todas en Crístides.

–Pero, ¿te haría ilusión ser el ejecutor material del rapto? –Eso no se pregunta.

–De todos modos, será Crístides.

De nuevo estábamos en la deslizante curva y en el recoveco, en la proximidad al foso, pero yo había llegado a no irritarme y ponía siempre cara de dejarme arrastrar por su poder de convicción, una seducción que ciertamente existía pero que yo repelía como podía, entonces él me miraba más de frente que nunca, a los ojos, casi como un hombre, y dijo:

–¿Verdad que no tienes queja de cómo funcionó lo de la Oficina de Turismo y el Consulado? ¿Crees que puedes confiar en mí?

Yo estaba un poco sobrecogido pensando lo que mi especial invitado, que no acudía ni acudiría, estaría pensando al ver aquella escena amistosa, pero como yo confiaba en Rafael más que en Justo, por dentro me sentía contento.

Nos despedimos y Justo me insistió en que no iría en dos días a las Naciones Unidas, pero que tendría noticias tuyas, y antes de montarse en el taxi me estrechó la mano fuertemente. Absurdo, pero real.

Yo me quedé hablando con Rafael, pero con la mente muy lejos. Rafael sólo tuvo un único comentario:

–Ése es de los que hay que echarle pienso aparte.

Por la tarde, con un cosquilleo especial, entre animado y desmoralizado, acudí a las NU donde seguía, por el revuelo de árabes e hispánicos, todo enzarzado en la lata de Gibraltar, como si no hubiera, hasta dentro de España, otros Gibraltares, por ejemplo, las bases americanas, que el régimen debe de considerar el gran momio.

Nunca lo olvidaré, porque fue un inciso fabuloso en mi experiencia del antro de las NU, donde entre tantos tíos bastos y mequetrefes tenía que florecer algún pimpollo de canela en rama, y no lo callaré, aunque le produzca alguna rabieta a Susan, pero es que, aun siendo mucho Susan para mí en aquellas fechas, no era lo que es hoy, y sobre todo que a veces en la vida se presentan cosas repentinas, a las que uno no tiene más remedio que entregarse y no caben reflexiones, porque todo es ciego y marcado como de mucho tiempo atrás y así fue aquel descubrimiento, aquel encuentro, aquel premio de gozada. Y lo contaré:

Al ascender por la escalerilla hacia el piso de prensa choqué con una guía lindísima que podía ser italiana o griega –como hablan lo que se les pida...– o quién sabe si judía de cualquier parte del mundo, y no me equivoqué yo creo al considerarla una criatura tristemente aburrida de su oficio y yo le hice una mueca de lástima como comprendiendo su cansancio, esa soledad arrastrada de guía en medio de una recua de mulas o piara de cerdos, y una ringlera de niños, todos con sus *sandwiches*, sus cámaras fotográficas y sus enormes zapatones, debía de ser una comisión especialmente autorizada porque las visitas a las NU

siempre eran por la mañana, una mañana larga, pero éstos acaso iban a escuchar el discurso del español y del inglés, y luego del inglés y del español y ella, tan cercana por un lado y tan remota a la vez, me sonrió como diciendo «gracias», porque comprendía lo pesado que es esto de conducir hombres como fardos desde los paneles educativos a la Asamblea General vacía, que en un sitio se explica el progreso del hambre en los pueblos subdesarrollados, la campaña de alfabetización, el recurso de los medios marinos, la exploración espacial, los beneficios de la energía nuclear, etc., y en el otro las bocas se callan ante el silencio o la palabrería embriagadora, pero las guías saben cumplir su oficio y todo lo explican con lindo tono, amenidad y hasta chistes, y los visitantes aplauden y sonrían porque para eso han pagado sus dólares, pero aquella muchacha era realmente graciosa, sobre todo por el aire de descreimiento que expresaba toda su figura y también por su insoportable poso de tristeza.

Al poco rato, al descender, volvimos a encontrarnos y la escena se repitió, pero ahora la muchacha me pareció mucho más alegre y como más íntima, vamos, más incitadora, como si hubiéramos tenido alguna relación anterior, pues hizo un gesto con la mano que lo mismo podía indicar paciencia o que agradecía mi distante galantería, aun acostumbrada seguramente a otros galanteos, e incluso con un poco de ilusión aquel gesto podría indicar que la esperara o algo así, cualquiera entiende a las mujeres, y yo le dije «adiós, criatura» y ella entonces me sonrió tentadoramente.

Volví a subir al piso cuarto a ver los anuncios de apartamentos, la venta de coches y muebles, todo lo alquilable del mundo, y

luego me pasé un rato en el escaparate de prensa de todo el mundo, porque la servidora era muy simpática y yo estaba un poco salido y estuve preguntando precios de bolígrafos, tabaco y otras chucherías, mero pretexto, y era una pena que en las NU no vendieran flores o macetas diminutas, porque hubiera sido el modo de salir al encuentro de la guía, aunque me llamara loco, y yo hasta me sentí joven del todo pensando en aquel corazoncito piando amor, y si la hubiera sorprendido regalándole un clavel rojo se hubiera estremecido y seguro que le hubiera gustado mucho, y ojalá al atardecer hubiera sido posible ir al jardín de las NU a robar una rosa, cosa imposible con su uniforme, pero el destino me decía que ella tenía un beso para mí, y me puse nervioso y me asomé a la pasarela de la Comisión que continuaba con la tabarra de Gibraltar, y ahora estaban expresándose en un inglés chocolatero y pésimo unos gibraltareños menudos, pero me escapé en seguida porque yo tenía necesidad de volver a encontrarme con aquella criatura, medio soñadora medio juguetona, que era una atrevida ciertamente para sonreír de aquella manera y que juntaba infantilismo y malicia, un poco de sencillez y un bastante de descaro, cosas de la edad, pero yo mientras me preguntaba, «¿Y Susan?», seguía subiendo y bajando como un tiovivo mientras me respondía: «Ni Susan ni santa Susana, ni la casta Susana», pero probablemente todo había sido una falsa ilusión, ya que el relevo de las guías es frecuente y no daba con ella y era seguro que ya no había más visitas ni siquiera especiales y todo era inútil ya.

Sin embargo, sucedió, y en nuestro tercer encuentro –y confieso que fue casual, porque más bien ella dio conmigo que yo con ella– todo fue distinto, aparte de que el atractivo de la tal

guía me pareció superior, no expresó ni sonrisa burlona ni cara de aburrimiento como antes, sino que ahora ella parecía más bien seria y caminaba como si hubiera perdido algo, iba sola y yo, vacilante al principio, algo más confiado después, la fui siguiendo, y ella lo sabía y parecía como querer indicarme que la siguiera si bien alguna vez se paró y me miró muy extrañada, probablemente quería reírse de mí, eso parecía, pero yo iba cada vez más cerca de ella, aceptando aquella misteriosa tensión, emocionado incluso de pensar que ya tan talludo pudiera tener el valor de iniciar una conquista, pero las rodillas me temblaban, y es que yo estaba verdaderamente fuera de mí, y aunque naturalmente yo exagerara algo, iba cobrando valentía y estaba seguro de que la pararía en un momento determinado, aunque no me saliera una palabra, y no sabía ni cómo empezaría, si preguntándole de dónde era o dónde vivía, y yo debería tener una cara bien boba, porque yo no la había visto nunca y nunca tampoco ninguna de las guías había tenido tal comportamiento, que más bien huían como las tórtolas cuando sienten una pisada.

Pero ella continuaba como sin rumbo de un lado para otro, como buscando a una amiga o algún objeto extraviado, quién sabe si había perdido un pendiente o la pulsera, ella entraba, se asomaba a los salones y rápidamente salía, y al toparme de frente con ella una de las veces le dije o quise decirle: «¿Ha perdido algo?, ¿puedo ayudarla?», y ella no sé qué dijo, si sí o si no, o posiblemente me dijo que no comprendía aquello, pero yo la continué siguiendo y ella estaba como más desenvuelta y casi como metiéndome en un secreto, por las cosas raras que hacía, quién nos hubiera visto, porque aunque las hubiera frívolas o coquetas en el rebaño de las guías, esta cría era otra cosa, con

su triste seriedad y su aire de natural complicidad, que íbamos como imantados y cada vez íbamos más emocionadamente juntos y de repente de veras sentí que el corazón se me alteraba y que no podía hablar porque la voz me hubiera salido temblorosa, pero ella se movía como un fantasma y los sitios adonde íbamos cada vez los encontrábamos más vacíos y ella proseguía por los vacíos escenarios donde ya los guardias estaban de más y los funcionarios, la mayoría, ni pensaban que existían.

Y así fue como vinimos a encontrarnos solos, completamente solos y mudos, en aquel despacho seguro que para menesteres más solemnes, donde no había ningún papel sobre la mesita, tan cerca por otra parte del gran foro, aquella habitación mágica, sin alfombra, diván ni nada prácticamente, purísima antesala o más bien escondite de la gran burocracia, escondite ideal inventado para este encuentro, y podían sorprendernos pero también podía hundirse el techo, y allí, paso a paso, porque ella no me echaba de su lado sino que más bien me miraba con algo de miedo, pero también con curiosidad, y allí, en aquel lugar quizá destinado a entrevistas ultrarrápidas y secretas de altos personajes, donde tantas veces yo había querido entrar y siempre estaba cerrado, dimos el uno con el otro de frente y boca en boca, sin los remilgos propios de un beso estúpido inicial, y al apoyarme contra ella sobre la mesa la mesa rechinó y cedió un poco, pero ella que estaba rendida con toda su voluntad, según creo, todavía no sé por qué, quería escaparse, lo cual hacía más incitante la ocasión, y aunque había miedo por ambas partes a las palabras, yo le dije algo y la voz me salió ronca, como hacía años que yo no experimentaba, es más, me temblaban las piernas como si fueran lirios del campo, y todavía

hoy me pregunto cómo pudo suceder todo y tan hermoso y tan intenso en unos instantes, pues sucedió todo, hasta tomar su mano, colocarla debidamente, mirar dominadora y suplicantemente sus ojos, estrecharla que era imposible más, sujetarla sin posibilidad de escape, lograr el contacto total, levantarla en vilo, obligarla a una operación de difícil e inevitable comodidad y atravesarla al aire hasta que mi cuerpo se deshizo mortalmente contra el suyo como la ola gigante sobre la roca y hasta le arranqué unos quejidos quedando desfallecida en mis brazos, todo daba igual, pasara lo que pasara, pero ella me decía entre dientes algo así como «bruto-salvaje» en el instante supremo, pero aún así no había verdadero forcejeo y siguió algún momento más junto a mí hasta que vio que el acoso podía continuar y que estaba dispuesto a las mayores locuras, más locura si cabe que las de Susan, y era enloquecedor el respirar suyo en el silencio y mi vehemencia más indetenible aún, y sus miedos y mis prisas por no soltarme y recobrarme, y todo así, hasta la segunda ola más poderosa que la primera y más sufriente y más extenuadora y más plena, más hermosa, «bruto-salvaje» decía ella con unos labios que eran gloria y que yo mordí como una fruta, hasta que se arregló un poco y huyó, saliendo primero al salón para mirar y disimular, pero de nuevo pasó al vestíbulo y aligeró el paso por el pasillo hasta tomar una escalera.

Hay veces en que cosas así pueden dejar vergüenza y confusión, pero yo era feliz en mi absoluto desfallecimiento y era bueno haber acabado tan pronto, pero también era mejor que hubiera sido así, aunque hubiera estado dispuesto a todo por ella en aquel momento y estaba yo tan excitado como hacía tiempo que no me ocurría, a pesar del intenso fin de semana con

Susan y lo que hacía la cosa más lozana y vibrante es que nada me imponía en aquel instante el caserón de cristal de las NU, ese palacio de las tiranías administradas y de las esclavitudes agradecidas, un sitio ideal para montar a una cabra y a veinte cabras.

Ni siquiera sabía su nombre, aunque sé que era latina, que si hubiera sido sajona hubiera hecho lo mismo.

No había huellas, luego no había habido crimen.

Quizás alguna mancha, sin pecado concebida, que pisarían los rumbosos delegados mientras pedían calma y madurez a los tiernos recién estrenados del tercer mundo, la tercera pata de la paloma de la paz.

Pero esté donde esté aquella cabra maciza, pecosilla, delgada a la vez y menuda, espero que no haya olvidado, aunque cualquiera sabe, pero yo al menos no he olvidado y aún aquí, en esta jaula, si pudiera ponerla en los barrotes, de nuevo la atravesaría con mi lanza como ha sucedido en sueños más de una vez desde entonces, aunque va ya para siete meses que sucedió ello, y a lo mejor ella ya ni siquiera está en las NU y se ha casado como Dios manda, que es bien jodida de antemano, por si después le toca en suerte un jodido americano maniático de onanismo, que son más corrientes de lo que parece y no sólo aquí, en la cárcel.

Pero, ¿para qué volver a todo esto?, lo importante es nuestro tema, que es lo que me tiene aquí, porque aquí no me trajeron por beneficiarme a una guía cojonuda.

Narciso quiso darme él personalmente la orden:

-Viernes, 17, salida avión TWA, tres horas antes salón de juegos.

Debí de poner cara de bobo, porque Narciso agregó:

-Crístides deberá de llegar dos horas antes, cuando ya todo esté resuelto.

-No hay más que hablar -dije.

-Puedes preguntar lo que quieras... -se ofreció.

-¿Estará Justo también?

-También estará Justo.

Probablemente el desconfiado absurdo era yo y todo iba a ser como cosa de fábula, el caso es que me puse bastante nervioso y cuando me tocó conectar con Justo lo hice con cierta prevención, pero él estaba muy optimista, se sabía la lección de memoria y me dijo escuetamente:

-Estaré allí, entendido, pero ya de antemano sabiendo todos muy bien que mi función termina precisamente cuando comienza la vuestra y que yo no debo intervenir en nada más, pero antes nos veremos -agregó.

-Pero tú irás al aeropuerto -le pregunté.

-Claro, pero repito que yo me he encargado de lo que me he encargado y que una vez que la cosa esté en marcha es cosa vuestra y según lo convenido.

–Vamos, que tú te lavas las manos.

–En las funciones de otros sí, en las mías, haré lo que me pertenece –y recogiendo lo de las manos lavadas, me las puso delante como metiéndomelas por los ojos, y eran las manos de siempre, blancuzcas, blanduzcas, gordas, suaves, con hebras largas y sedosas de pelo, manos de las que se llaman pulcras, manos con blancura de muertos o de vivos que se hacen pasar por muertos o de muertos que son capaces de resucitar o de vivos podridos por dentro, y Justo se las frotaba con cierto ruidito repulsivo, y luego con el dedo extendido, admonitorio, amenazador, recalcando–: Pero lo pactado es que a *monsignore* no le debe pasar nada, absolutamente nada.

–¿Es muy nervioso? –pregunté.

–Eso nunca se sabe –respondió y dándome la sensación de intimidad, añadió–: El *monsignore* es muy tranquilo, hombre de humor, casi diríamos que cachazudo y a lo mejor hasta lo toma a broma y se divierte...

–Eso facilita mucho las cosas. Porque no creo yo que pueda salir con nada temerario para él.

–No creo.

–Hay flemáticos que dan sorpresas.

–También es verdad.

–Otra cosa: ¿va sólo?

-En principio, sí.

-No lo sabes con certeza.

-Pudiera ir acompañado.

-Es muy interesante saberlo. ¿Y será hombre o mujer su acompañante?

-Una monja, pero vestida corrientemente, podría ser su acompañante.

-Vaya, vaya... -murmuré sonriendo pero Justo estaba no sólo distante sino cortante. Y yo lo cerqué un poco más diciendo-: O sea que estamos a medias velas.

-Todo lo sabrás a tiempo.

-Interesa mucho lo del acompañante o la acompañanta.

-Hay que tener ojo, lo comprendo.

-Pero, ¿dónde poner el ojo si no estamos enterados del todo?

-En el culo -respondió entre chusco y mortificado, y siempre que se ponía así era porque algo le estaba pinchando, porque algo le preocupaba.

Nunca fue fácil vencerle en palabras y ése fue mi error desde el principio, dejarle hablar, posesionarse de las palabras, recomendar, dejarle de árbitro, y a Justo habría que haberle vencido desde el principio de otra manera, no con el duelo de las palabras que eran su cortina y su humo. Quise recuperar la

iniciativa y le dije muy seco:

–Tú avisarás en concreto – y me levanté de la cafetería de la Grand Station donde estábamos.

–Vosotros me respondéis del juego limpio en todo y yo os avisaré de todo, en eso hemos quedado.

–En eso estamos.

–Esto ya me aburre y a ver si terminamos de una vez.

–No sabes tú las ganas que yo tengo.

–Esto se hace interminable –dijo muy preocupado, y como solía en las ocasiones solemnes se llevó las manos a su despejada frente que brillaba abombada como un melón cubierto de piel de tambor y mirando el reloj dijo muy chistoso: –El tiempo es mierda.

Estaba muy desconocido, y ya se iba. Yo le dije:

–¿Y si nos necesitáramos antes?

–Entonces, mejor que venirme a las Naciones Unidas, llama dos o tres veces y sin hablar, eso querrá decir que nos veremos aquí a la hora del *lunch* –y Justo salió corriendo y mirando el reloj casi cómicamente.

Me quedé sólo pensando: ni la más ligera alusión a la bronca pasada, y se había desenvuelto rectilíneo y exacto como un funcionario riguroso y hasta había dejado a un lado las bromas

y la cordialidad pegajosas. Un motivo más para odiarlo hasta la última fibra de mi ser.

Si los días siguientes fueron locos, nebulosos, precipitados, las horas primeras después de la orden de puesta en marcha de la operación resultaron estrafalariamente caóticas. Crístides, que siempre estaba como un clavo en su sitio, parecía que se lo hubiera tragado la tierra, vaya nerviosismo, y además el cabrón de Justo haciéndose el importante y sin aparecer por la Grand Station para el *lunch* después de mis llamadas, y yo me pasaba las horas y los días medio borracho, soñando, divagando, disparatando, soltando tacos y blasfemias de las buenas, pensando siempre lo peor para acertar, aceptando lo mejor como un castigo, convocando a lo peor como una solución, rechazando el éxito como una martingala, dándome a mí mismo vueltas por dentro como una barrena por ver si entre el aserrín de la madera llegábamos a algún nudo donde mi acción personal se impusiera marcando de una vez el sello del ideal.

Fui a las NU y Justo no estaba, y Susan me confirmó que llevaba tres días ausente. Soñaba con Justo de día y de noche, unas veces como una bola de humo negro, otras como un bisonte con cuernos de marfil; calculaba yo que un cura que se equivoca es peor mil veces que un revolucionario que traiciona la causa y quiere engañar a los demás hasta el fin, pues a fin de cuentas, el destino de un cura es engañar y hasta engañar sin engañarse, y era bueno en cierto modo que Justo hubiera

querido liberarse del engaño, pero que quisiera continuar con los engaños y hacernos partícipes a los demás de sus dobles engaños era intolerable, si se equivocó, pues que se rascara la coronilla hasta que le saliera la sangre del cogote, si se equivocó, pues que se cortara los huevos y se los ofrendara a Santa Vagina.

Soñaba hasta despierto con *monsignores* relucientes y curas, curas con sotanas y sin sotanas, curas como toneles, curas como largos fideos amarillentos, y siempre los curas acababan siendo Justo, el Justo de cera y mármol, Justo que se me echaba encima como un espeso manto de espuma blanca o de esperma, me agarraba como un gran pulpo con tentáculos como los nudos del cíngulo, me aplastaba y no me dejaba respirar como una campana de bronce sobre el pecho, como una ballena sobre la espalda, y el final de todos los sueños era negro aguado, como la tinta de calamar corrupto que se hace oro falso y menos, para aumentar con agua el tintero de los niños, o como la tinta de calamar corrupto que se hace oro falso y plata venenosa, o como el humillo que despiden los muertos cuando se les traslada de fosa, y yo luchaba por quitarme de una vez de encima aquella mancha oscuramente negra, blancamente negra, no eso que es la negrura esencial sino el cúmulo de negros putrefactos que no sólo eran negro sino que olían a negro, a la descomposición de lo negro, a la pesadilla de lo negro, porque el negro es un color o no es ningún color, y Justo era esto precisamente, la niebla opaca del peor de los colores, una sensación de vacío, la afirmación de la nada, un soplo de muerte sobre el alma comida por negros gusanos en la negrura de la tierra.

O sea, que Justo sobraba y debía desaparecer de una escena que no era la suya, porque Justo era un intruso, y yo no le había

llamado a mi lado y él representaba todo lo que yo nunca tragaría ni muerto ni vivo, y era justo que él, con su sabor a paño negro, porque aunque no llevara sotanas todo él era una sotana luctuosa, cogitante rumiador que todo se hacía calva, bola de acero pálido y labios gomosos como esos jugos que rezuman la corteza de las plantas o los árboles bordes, todo aquello que era un andar rápido y suave a la vez como las fieras que nos esperan al acecho en la espesura, todo esto sobraba definitivamente, y a pesar de que Narciso dijera más o menos que había que congraciarse con él porque había prestado servicios, todo esto no iba conmigo, no tenía que haber ido nunca y ya había aguantado bastante y se hacía forzoso y obligado que desapareciera él o yo, sobre todo él, cuervo transeúnte, pájaro de mal agüero, pez de ciénaga profunda.

Lo peor de todo era que Narciso estaba feliz con aquella situación, como si estuviera montado en un guindo, tan felicísimo, y aun caminando, aquellos días también soñaba con Narciso tragándose higos negros sin parar, higos llenos de betún y harina, higos con rayitas blancas y una insinuación de carne roja y amarillenta, higos abiertos en canal tan grandes como una persona o un cura, higos goteando leche como una saliva de brujas, higos verdes también como melones y Narciso venga a tragar, aunque probablemente de lo que tenía verdaderamente hambre era de plomo, plomo blando y derretido, plomo fresco hecho nísperos heladores, plomo en bala. Narciso estaba en la inopia total, en la rama más alta de la higuera más copiosa donde los higos ya eran brevas.

Sentía yo por minutos una rabia destructora.

Menos mal que Susan es como si hubiera cobrado un extraño valor y sentido de las cosas y sin decirle nada comenzó a portarse más explícita y avisada, sin necesidad de decirle nada, probablemente adivinaba no sólo la acción, una acción, sino el peligro, pero no había sido así al principio y yo pensé que todo funcionaba bien porque la máquina estaba bien engrasada, pero por dentro me quedaba el rescaldo de que habíamos comenzado los dos como a hacernos imprescindibles el uno al otro y ya no sabía actuar sin haber estado con ella íntimamente, y así fue como de buenas a primeras Susan me aclaró que Justo ya tenía en perfecto orden sus papeles y el pasaporte y que, valiéndose de una especie de beca o comisión, un proyecto más en estudio de las NU –probablemente sobre el uso progresivo de la libertad en nuestro país– iba a recorrer varios países sudamericanos para recalar después en Italia, Francia y España.

–¿Estás segura de que va a España?

–Todo lo tiene preparado y él ha escrito algunas cartas a Madrid y Barcelona.

Cuando insistí, ella dijo que no era cosa de hablar por teléfono y que me esperaba, y naturalmente me esperaba en el lecho de las pocas confidencias pero decisivas, porque entre sábanas y por encima de las sábanas todo se veía más claro.

Haber venido a Nueva York para ser corneado por un cura tráfuga, experimentalista, mixtificador, era ya lo último. Más

que al seboso *monsignore* a quien habría que raptar, pero de esta vida a la otra, donde pudieran reconocerle los servicios prestados, era a Justo y habría que raptarlo si era menester, antes de que comenzara su gira por el mundo con la linda Berta, dejándonos a los demás quién sabe si dentro de la ratonera.

Estuve a punto de revelarle todo a Susan pero supe contenerme; de todas maneras ella estaba dispuesta a ser comunicativa conmigo en todo momento sobre cualquier anomalía que notara.

Lo que estaba claro era que Crístides tenía que ser no sólo el transbordador del *monsignore* sino mi aliado particular y era preciso ganarse su confianza total y tenerlo de mi mano, aunque se hundiera todo; quien debía de caer por su propio peso de siniestro y malvado era Justo.

Cité a Crístides en el hall del hotel Waldorf Astoria y le pregunté de sopetón:

–¿Tú te fías del todo, hasta la muerte, de Justo?

–¿Qué pasa con Justo?

–Me consta que se está preparando un viaje, del que no ha dicho nada, coincidiendo con la *operación*.

–¿Qué me dices?

–Sí, y lo extraño es que lo lleve tan en secreto.

–Él, que yo sepa, ha viajado por cuenta de las Naciones Unidas, a Barbados, a Grecia, a Honduras, a Angola, a Irlanda... –Pero ahora es un viaje como de recreo.

–Lo dirá, ya verás como me lo dice... –y a Crístides, no obstante, las pecas se le pusieron rojas.

–Ojalá te lo diga, y yo no hago más que avisarme y avisarte de algo que no está claro.

–Tú siempre le has tenido un poco de manía a Justo.

–Es posible, no lo niego.

–¿Por qué preocuparse de que viaje si siempre ha viajado desde que lo conozco y lo conozco antes que tú?

–Chico, perdona, pero a mí la cosa me ha parecido un poco rara, sobre todo que también vaya a España.

–¿Ah, sí? Eso sí que me escama. ¿Y lo sabes seguro?

–Seguro.

La moral de nuestro héroe, el temple de nuestro secuestrador parecía intacto, es más, se diría que no quería aceptar ninguna clase de dudas ni sombras sobre la empresa a realizar, y lo que era más visible es que el incienso atontador que emanaba de Justo a Crístides también lo tenía como drogado, no se atrevía a desconfiar de él, porque Justo tenía esta virtud confundidora, y

en vez de recelar de Justo, Crístides pareció adoptar conmigo cierta reserva, era lo que faltaba.

Pero su falta de credibilidad en mi sospecha tenía otro grave inconveniente y era que posiblemente Crístides en cualquier momento crítico se aliaría con mi peor enemigo y me haría perder la partida, so pena de entregarme como un novicio al dictado de Justo.

La cosa se había complicado, pero no podía volverme atrás y echando una gran baza en el carácter de Crístides, su romántica rebeldía, su alboroto interno, su vanidad, su rabiosa agresividad, le dije:

–Quien es sincero no engaña y yo no he querido ni despertar recelo ni indisponerte con Justo, sino soltar una inquietud que no me deja dormir ya dos o tres días, desde que lo supe.

–¿Cómo lo supiste?

–Eso es secreto.

–Puede ser una confusión y yo estoy completamente cierto de que Justo me dirá lo que haya sin que le pregunte siquiera.

–Bueno, pero tú no le preguntes, eso es lo que te pido.

El clavo iba penetrando, Crístides se había puesto nervioso y se retorció los dedos ansiosamente, y cambiando de actitud, y dándole un puñetazo cariñoso en la boca del estómago, le dije:

–El caso es que sólo faltan cinco días.

-Lo sé.

-Y que te veo en forma.

-¿Qué creías? ¿Que tendría calentura?

-El jueves te daré la cantidad asignada y el recibo del depósito hecho a tu nombre, como sabes.

-Espero que todo estará arreglado.

-¿Te parece poco lo convenido?

-No vamos ahora a discutir eso, yo lo único que he pedido es para defenderme algún tiempo en mi nueva situación de fuera.

-Es lo normal.

-¡Quién sabe lo que será de mi vida en adelante!

-Pero además todo está previsto para que en los sitios donde puedas ir encuentres más ayuda de la que te figuras, y quién sabe si cualquier día nos encontramos fuera.

-No estaría mal.

Siempre Crístides, desde el primer día, solía echarme o echar, a quien fuera, el humo de su tabaco de pipa a la cara, y había que recibirlo sin protestas, porque él era un tipo como mecanizado, un dispositivo que hace cosas o puede hacerlas prescindiendo del resto, una razón ardiente que se trueca en fuerza de la naturaleza. Volví al aliento práctico:

–Sólo queda, por última vez, repasar la situación del aeropuerto y demás detalles.

–Yo creo que todo está ya muy sabido.

–¿El pasaporte?

Me lo enseñó, todo estaba muy en regla, con los sellos de los últimos viajes a Méjico, Canadá y Puerto Rico como representante de una editorial y también las cartas para centros bibliotecarios y profesores.

–¿Y la pistola?

–No la llevo encima.

–Haces bien, pero tenemos que verla.

–¿No te parece que estamos ensayando ya más que en el teatro? –y dio con la mano en el respaldo del sillón.

Crístides era la negación de los titubeos y las dudas, todo en él estaba resuelto de antemano y era expedito y claro, aun así le dije:

–Justo me ha encargado mucho, y es orden de Narciso también, que la pistola deberá ir descargada.

–Eso es cosa mía.

–No, Crístides, no. Lo convenido es que *el romano* no debe sufrir ni el más leve daño.

-¿Ni el susto siquiera?

-Él deberá viajar como un bulto nada más.

-El arma es sólo persuasiva, lo sé.

-Me dejarás a mí la munición.

-Tampoco soy un forajido.

-Pero el pacto es el pacto.

Volver a la carga en este aspecto era como ponerle una pica y yo vi que el efecto causado por mi insistencia era positivo para desencadenar su voluntariosa reacción en contra, entonces lo dejé, porque todavía habría ocasión de exasperarlo un poco más.

Crístides siempre llevaba algún libro en la mano, por lo general muy sudado y medio roto, era de esos hombres que anotan cosas, que subrayan palabras, que meten papeles escritos dentro de las hojas. Me fijé en el libro que ahora estaba desencuadernando y era *El Anticristo* de Nietzsche.

Al despedirnos, le dije:

-En fin, que Justo te parece una joya.

-Ni joya ni no joya, un hombre como tantos, que se equivocó como yo me equivoqué, pero que ha evolucionado y tiene ideas claras.

-Vamos, un tipo superior.

-Superior sí, pero no contento del todo con su destino, es ambicioso y subirá mucho.

-Si no se estrella.

-Tú también puedes estrellarte -dijo con gran soltura, sin amilanarse, como imbuido de profecía.

Y ya en el disparadero, le rogué:

-¿Y de mí qué piensas, si se puede saber?

-Un líder con complejo de fracaso.

-Un *minilíder* entonces -y sonreí.

-No precisamente eso, sino un líder que piensa mucho y sobre todo habla más de lo requerido.

No se lo tomé a mal ni mucho menos, sino que estuvimos bromeando con lo de *minilider*. Crístides era admirable y hasta inefable en sus salidas y había que dejarlo y hasta tomarlo como era, no era nada rutinario ni hipócrita, seguramente nos veía a todos desde una ventana estratégica sólo que con los cristales al revés, es decir usando caprichosamente los de disminución o los de aumento, pero al menos Crístides no mentía, ni se detenía en fórmulas convencionales, ni perdía la fe en sí mismo, lo cual podría ser muy bueno para el éxito de la operación indudablemente, porque estos tipos fanáticos, automáticos, como ciegos, sin escrúpulos, resentidos -había salido del seminario como un perro apaleado- estos tipos contrariados cuando se meten en operaciones de terrorismo y demás,

siempre dan mucho juego.

A mí no me caía mal del todo, aunque no fuera mi ideal, acaso por el exceso de personalidad, y como ya era tarde para volverme atrás, le dije:

–Ya queda poco.

–Menos debía de quedar.

–En manos de Justo estamos, pues de él depende todo.

–Justo se portará bien y si no se porta, lo pagará.

No podía pedir más, por un lado, había pulsado los últimos botones de la operación –aunque todavía teníamos que tener alguna cita ultimadora– y por el otro le había levantado una ampolla en la carne viva.

Los informes captados sobre Crístides eran más consistentes y reveladores de lo que en un principio hubiera podido esperarse: temperamental en exceso, capaz de grandes irritaciones, voluntad insobornable, díscolo inadaptable, como dirían en el Teologado, aunque allí lo mimaron en exceso mientras fue posible conservarlo, siendo después implacables con su orgullo y rebeldía, y ahora, aunque muchos le alababan no se fiaban de él enteramente.

Era, en última instancia, uno de esos tipos que durante la guerra civil nuestra llamábamos un ácrata, un tipo sin ataduras de ninguna clase, hasta con su familia había perdido toda relación, aunque la familia echaba la culpa de su salida a los superiores del Seminario y así se lo escribieron al obispo. La familia procedía de Polonia.

A su escapada del Teologado de San José intentó en vano que lo colocaran de profesor en algún College, pero no despertaba confianza, aunque estuviera bien preparado o precisamente porque lo estaba, después había comenzado a hacer textos para algunas editoriales de prestigio y con eso se había equilibrado un poco, pero muy pronto se aburrió de esta tarea.

Parece ser que sus líos en el Seminario comenzaron con el choque con un superior italiano que lo espiaba constantemente, un cura de esos que son todo astucia y suavidad, que Crístides vio que no sólo le abría la correspondencia sino que le registraba hasta el colchón mientras estaba en la capilla, un vigilante intencionado que seguramente buscaba algo, libros prohibidos quizá, tabaco, que estaba prohibido, y acaso también periódico o revistas, y este superior-prefecto era un verdadero perro policía, se llamaba Benito y todo en él era afectación y mentira, y sólo con los seminaristas de cierta influencia, porque sus familias eran pudientes o estaban bien relacionadas, se portaba con gran liberalidad y dulzura, pues el prefecto creía poco menos que Crístides era comunista por el modo de comentar los textos de los santos evangelios y los santos padres, que todos son santos mientras expliquen lo que interesa que expliquen.

Aunque Crístides no parecía dar importancia al sexo, después

que salió del Seminario fue como un gran vendaval, había pasado por mujeres de la vida de una manera sistemática y terrible, como una enfermedad, como una tormenta de verano, se quería, por lo visto, desquitar, o desdecir experimentalmente el pasado, y aunque nunca se echó una novia ni tenía ideas de matrimonio, tenía un hijo de más de un año de una camarera alemana de cafetería, y de tarde en tarde visitaba al niño y le dejaba algún regalito, pero no había vuelto a acostarse con la camarera.

Vivía Crístides en un hotel multitudinario y estrambótico de la calle 23, donde había siempre una bohemia trashumante y pintoresca, y no me extrañaría nada que entre tantos escritores, pintores y gente de la farándula teatral se usara de las drogas a discreción, aunque nunca creí que Crístides pudiera darse a la droga porque él tenía temperamento de luchador y no necesitaba enajenarse, ni lo habría consentido, él más bien encontraba estímulo en buscarse la vida con dificultad y yo sé que había actuado de marchante de algunos de aquellos pintores aunque siempre usaba papel timbrado como agente de traducciones y de colaboraciones, y de vez en cuando había colado algún artículo en alguna revista y hasta de manera muy esporádica –cuando le conocí tenía una mala racha– había hecho algo para una cadena de televisión, pero Crístides no se hacía simpático fácilmente, sabía hacerse valer y hasta temer y desde luego llevaba encima el sello de la conspiración y éste fue el acierto que Justo pagaría caro, pero yo es cierto que adiviné desde el primer instante lo que otros no saben ver ni de cerca ni de lejos, pero hasta a distancia yo vi que Crístides era entrometido en todo, bastante enrevesado, había intentado por ejemplo leer dos o tres veces un artículo suyo sobre Marcuse y

no había logrado enterarme de nada, el artículo era polémico, lleno de saña, pero lo peor es que a mi juicio estaba lleno de contradicciones, aunque él nunca era más feliz que cuando podía ir enseñando prudentemente sus artículos, sobre todo si habían aparecido en publicaciones de cierto mérito.

Altote, desgarrado, pecoso-pálido pero que se ponía fácilmente rojo como un cangrejo, lo más sobresaliente en él era que sabía conservar la calma, y que era más duro que malvado y que si era capaz de todo por salvar su amor propio y su soberbia, no usaba métodos hipócritas.

Este era el hombre encargado de poner punto final al proyecto «Z», no fui yo quien lo eligió, porque si hubieran aceptado voluntarios, aunque yo tenía mucha más edad, lo hubiera sustituido con todo gusto, pero en esta vida cada cual tiene su destino y el suyo fue el que fue como el mío es estar encerrado aquí animalmente, oyendo cómo los refinados rateros, falsificadores, seductores, planean el próximo golpe, tan pronto salgan, felicitándose entretanto de que no los pillaran con las manos en la masa.

Todavía recuerdo cuando le dije: «Ya queda poco» y él respondió frotándose las manos: «Menos debía de quedar».

Pero ya todo era indetenible y no era yo el más indicado para poner pegas, ya que me movía entre dos sentimientos opuestos, lanzarlo como un bólido a la acción violenta y al mismo tiempo salvar la operación.

Aquel día, ya que tuve más presentimientos que nunca y aumentaron mis reservas, lo que nunca falla, debió de ser el día de dar la vuelta al pandero, pero esto de las sotanas, aunque vayan revestidas por fuera con jerseys deportivos o camisas a cuadros de proletarios, es un cebo que va contra la naturaleza y contra todo, porque quien lo ha sido –cuanto más lo repito más me convengo– no puede dejar de serlo, y de ahí el talento de Susan, y los que lo han sido sueñan con el altar y con el copón y el púlpito y el confesonario y no se los quitan de encima, y los llamados emancipados siguen viviendo la pesadilla, y comunican el morbo a todo lo que vive alrededor y por eso muchos de los nuestros cayeron en la trampa y al entregarse a ellos para redimirlos o redimirse a su manera, cometieron un doble engaño, porque no hay ni puede haber pacto ni tregua posible, porque ellos entienden por revolución algo muy distinto, porque siempre intentarán llevar el agua a su molino, porque ellos son en esencia la corrupción del invocado «amaos los unos a los otros», porque todo lo religioso institucionado es más juez que testigo, es más policía que sentenciado, más banco que estafado, más potro de inquisición que monte de bienaventuranzas, más cofradía de castrados que patio de pecadores, más sermón ininteligible que charla entre fraternos, más nómina burocrática que caridad providente, más sacristía que tribuna, más rollo indigesto de escolástica que natural conversar entre humanos, más tapujos, enredos y apaños de confesonario que sinceridad de parlamento abierto entre iguales, sobre todo, más que nada, más invocación constante al miedo y al temor que al amor y a la esperanza para que fenezca la libertad de los seres libres, y son así y siempre serán así y no

pueden ser de otra manera, ni se tomarán nunca en serio el trabajo de cambiar, porque no pueden cambiar, y por eso estarán y están siempre en pugna con el mundo y con el sueño de los hombres, y es que quien haya mamado el fraude de la moral, sea con los jesuitas o el llamado *Opus Dei*, siempre tiene que resultar mostrencamente inhábil y aún acérrimo enemigo de toda empresa de felicidad humana, y es inútil que vengan buscando una alianza imposible porque siempre se escapan por la puerta falsa intentando autojustificarse, porque interesa con esta moral de entronizar fracasados, formarse una conciencia que esté quieta en su pacificación falsa y por eso en todo encuentran motivos para evadirse de los compromisos con que tienen que enfrentarse los hombres, son poco hombres en una palabra, ponen el énfasis en lo moral y lo moral para ellos es el callejón de las puertas mágicas y secretas cuyas llaves guardan celosamente y todos son igual, cortados por el mismo patrón, y por eso, aquel día que lo tuve tan presente y casi decidido yo debí de cortar por lo sano y eliminar de nuestra guardia y de nuestras filas a Justo, y si lo hubiera hecho, aunque yo estuviera aquí, estaría de otro modo y con conciencia de un deber cumplido, y si hubiera hecho lo que tenía que haber hecho, no hubiera pasado lo que pasó después, que ya no tiene arreglo, y si lo siento de veras es por Crístides que ha demostrado ser un hombre de una pieza y me consuela algo haberle prevenido cuando era tiempo, pero fue una pena y una burla infame que todo tuviera que llegar a ese final, y ¿qué dirá ahora el fatuo y creído de Narciso?, ¡qué desdichado!, pero las pagará y se quedará bien pronto para simiente de rábanos.

He leído bien poco de religión y muy poco de Jesús, si es que existió, pero todo lo que he leído y deducido demuestra que ellos lo han leído demasiado, pero dándole la vuelta al revés y creándose un fondo administrativo de reparto discrecional, y es que donde no hay sinceridad todo es postizo, superpuesto, acomodado, añadido, requetecompuesto, falsificado en una palabra, no hay posibilidad de verdad ni aún de afecto leal entre esta clase de hombres, ni siquiera pueden ser humanos ni con la familia siquiera, ellos van a lo suyo, que es un egoísmo integral para sí e integrador de beneficio para los demás miembros del rebaño que ellos seleccionan y que llaman comunidad con gran desfachatez, y así los jesuitas tendrán su cerebro secreto en los del *cuarto voto* y los del Opus en lo que ellos llaman *estado mayor*, y los demás, obviamente, a parir, a luchar por el pan, a descornarse por la justicia, a producir, a producir lo que sea, calor, plasma sanguíneo, hielo, incluso música, poesía, pintura, todo lo que haga comfortable sus existencias de primera clase y privilegiadas, y en todo caso ellos estarán dispuestos a echar algunas bendiciones para que los demás mortales puedan sentirse tranquilos y satisfechos durmiendo la siesta del borrego.

Los jesuitas yo creo que hace ya mucho tiempo, ya en los comienzos, dejaron en la estacada al fundador que ciertamente al menos tenía más coraje aunque también tuviera su astucia, pero por lo que dicen, y también por lo que ellos mismos aceptan van a la deriva como un barco que hace agua, que a eso han conducido las monjigangas de los *Luises*, los *Estanislaos*, los *Eermans*, los *Koskas*, el ejército de los tristes impotentes y

enfermizos, y luego el invento del Corazón de Jesús, la ternura convencional, el sentimiento hecho artificio para intelectos poco desarrollados, pues en realidad los jesuitas siempre se han movido en ese blandísimo pantano del probabilismo y en esa nube flotante de las reservas y las restricciones mentales, una religión bien cómoda y para uso exclusivo de los monopolizadores, dejando para los demás los códigos y los castigos, porque la duda para ellos no es tormento ni sacrificio sino acomodación explotadora, seguridad usufructuados, porque ya se sabe que la entrega de un jesuita supone un seguro de eternidad y una renta vitalicia entretanto, sin conflictos ni dificultades, mientras el espanto está para los de afuera, pero unos se pisan a otros en la renta del Evangelio y ahora parece que a los jesuitas les han desbordado los del Opus, más técnicos y fríos, a su lado los jesuitas ya son unos cándidos palomos, porque el superpragmatismo llevado a la teología pastoral puede producir ángeles inefables con cuentas corrientes de millonarios, y para qué escandalizarse, la religión siempre ha sido puro miedo o positivismo rentable, y el Evangelio un mero pretexto para obtener sanos dividendos y la Iglesia una gran Compañía de Seguros en esta vida y por añadidura en la otra, y a vivir que la vida son cuatro días, y a vender gracia santificante en pastillas, en polvo, en tubos, ya que son el *consumatum*, y luego como moluscos inexpugnables, con sus cientos de ojos, con su inabordable caparazón y su sabrosa saca dentro, se cuelan y se recuestan en el fragor de nuestras vidas para meternos sus antenas y sus patas hasta el alma y chuparnos toda ilusión de libertad y todo movimiento espontáneo de la voluntad, y ellos permanecen en la dura roca inatacable siempre defendidos, y siempre devoradores.

A todos los puede la economía aunque hablen de ascética y de mística y los negocios están en el primer término de la espiritualidad, una aplicación del marxismo estimulante y halagador, una crucifixión a todo programa realmente liberador, porque los jesuitas disimulaban más o de otra manera y al final están resultando unos ingenuos, mientras que los del *Ópus* como vinieron con la lección bien aprendida de los mismos jesuitas ahora les han dado sopas con honda, y les han tomado la delantera en ambición y estrategia, sobre todo en cara dura y refinamiento, porque los del Opus ése, yo por lo que he oído, no son tan cándidos como para andar con Santa Margarita María de Alanoqué, y más que prácticos son practicistas y eso del apostolado incluso es una filfa y van a la mesa de los intereses, la fila de los que comen del maná celestial, y son un nuevo clero aunque se vistan de tenistas y aunque ellos no se crean ni serpientes ni palomas, ojalá fueran algo de esto, porque sin fe en nada, sin pensar ni en la vida ni en la muerte, viven en la horrenda y perpetua simonía, fanáticos ideólogos o mercantilistas vestidos a lo inglés y que todo lo hacen anónimo, con una terminología del mundo pero con odio cuando no dominan a éste o aquél, gente que fichan como los de Rusia, y éstos, en contra de los jesuitas, no tienen que hacer siquiera distinguos de probabilistas y de todo eso de las reservas mentales, sino que han superado la barrera del sonido en el engaño teológico, no se fatigan moralmente, todo vale, todo sirve, mientras aguante el tipo la capacidad de hipocresía, porque éstos quieren y buscan poder y van desenfrenadamente por él y para ellos no existe ningún precepto de fraternidad, porque son la discriminación, el espionaje, la negación de todo lo cálido del corazón y a mí me ha bastado con ver alguno por las NU y por lo que me han dicho y he leído que lo que buscan es brillo, dinero,

mucho dinero, y son capaces de robarlo de la manera más organizada y también lo que buscan es acallar seguramente la exquisita tortura de sus conciencias, si es que tienen algo de esto, y no se explica cómo España que produjo al menos cosas religiosas de celo quemante y de fiereza total en desprendimiento místico, ahora produzca estos especímenes mentales cautelosos, despreciativos, mentirosos, principalmente mentirosos, es decir, los jesuitas aunque especulativamente creen más y quieren creer más que nadie, por lo menos más que los del *Opus*, que no creen más que en el título, en la villa de recreo, en los bancos, en la eutrapelia escamoteadora, los jesuitas, digo, deben de estar muy dolidos porque en cierto modo los han suplantado y de ahí la desmoralización de la llamada Compañía, los otros son más bien SA, porque la competencia que les ha salido es un ejército bien planchado y encorbatado que va al utilitarismo sin concesiones ni miramientos menores ni mayores, colocando el propio *almario* en el dominio absoluto del poder, pero por lo que dicen las noticias que nos llegan, también la ambición ha desfasado a esta turba de aspirantes a personajillos con vocación de prohombres, y esto les ha venido bien por lo que parece a los jesuitas mientras ellos seguían dedicándose a las viudas ricas, a señores cuentacorrentistas de conciencia turbia y a los muchachitos tiernos con miedo al sexo, estos novísimos cazadores de almas no tienen por qué tener teólogos de concilio ni filósofos de aula, porque ya con los políticos oportunistas y los economistas al copo tienen bastante, hasta el punto de que si pudieran dar lástima la darían y muy grande, y más bien lo que dan es risa, aunque más pena y más risa dan los curas gordos de misa y olla, ya tan remotos y vulgares si se los compara con esta última secta refinada, pero, quién sabe, acaso tal técnica del dominio y el

monopolio religioso algún día tendrá que ser desmontada y reducida por la Roma del Papado si no quiere desangrarse con la voracidad de estos vitales vampiros de lo sobrenatural, pero quizá de momento no lo hará, porque allí están contentos del festejo del gran banquete y todos caben encima del machito, a mí particularmente me tiene sin cuidado si una secta desplaza a la otra, aunque las dos tienen cierto desprecio por el llamado cura de aldea y a la larga de los obispos, pero Roma necesita aliados de esta índole, más que aliados inventores de nuevas y cada vez más estrechas alianzas, pero entre unos y otros han dejado al cura de pueblo más solo que al Cristo de mi pueblo, al que sólo llevan en andas ya los propios curas a falta de hombros de paisanos tontos, y es que evidentemente, Cristo ha sido siempre el pretexto, la gran mentira interpuesta, pobre Cristo, y es lógico que de ser posible que el Cristo desmitificado pudiera circular por el mundo de seguro que no podría aparecer ni vivir ni en Manresa ni en Loyola ni en Pamplona, y desde cualquiera de las residencias-palacios de los del Opus sería defenestrado como un ser insoportable y molesto, y yo digo que si estuviera en manos de los jesuitas o los del *Opus* resucitar a Cristo, nunca lo harían o lo harían para volverlo a crucificar, los únicos que lo resucitarían, si acaso, serían los curas de pueblo, aunque se valieran de algún truco barato, esos que por miedo se confiesan con la guardia civil, pero es que curas sencillos amantes del pueblo quedan si acaso para contarlos con los dedos de la mano, según se dice, y no se diga que por nuestra escabechina, que no fue tanta como dicen, y que al menos se puede decir que la mayoría no recibió más que lo que se merecía, como en el fusilamiento del obispo que he contado y en el cura que nos despachamos por bocazas, pero yo no sé para qué vuelvo a esto y estoy dándole vueltas al tornillo, porque a mí, a fin de cuentas,

todo esto me la deja colgante como la cera de los grandes cirios y para decirlo claro ni siquiera he sentido dolor ni arrepentimiento por aquellos que nos llevamos por delante, y estoy convencido de que algunos no murieron como quien va al encuentro del Dios de los premios y por conservar la piel hubieran hecho cualquier cosa, y aunque ahora se diga que murieron como santos yo podría contar otras cosas, y cómo los pillamos y lo que dijeron, porque dado el caso que yo hubiera sentido alguna clase de remordimiento con el tiempo, justamente se presenta ahora el tal Justo, cura evolucionado y revolucionario pero que lleva dentro el toque de la perfidia y de la doblez, pero lo que yo digo ahora es que allá ellos, con su pan se lo coman y con su vino se lo beban, pero de Cristo que no hablen porque de Cristo han dejado poco, y por eso lo que se ha recibido es un producto combinado y la vida de esto que llaman la Iglesia militante es como unos usurpan y otros escapan, unos apostatan y otros fingen, pero principalmente como muchos se aprovechan y Cristo sin enterarse, y yo no hablaría de esto seriamente con ninguno de ellos, ni con los románticos exaltados, ni con los románticos tibios, ni con los románticos fríos, porque vengan criticadores, avergonzados, pesarosos, decepcionados, aunque no prediquen, que se callen, que nos dejen en paz, que se las compongan como puedan, y si no creen ni en el cielo ni en el infierno ni el purgatorio, allá ellos, que nosotros, o por lo menos yo, ya sabemos lo que tenemos que creer o no creer, y todo eso ya huele, a mí qué me va ni qué me viene con todo esto, nada, nada de nada, y no sé por qué me he liado hoy con toda esta meningítica retahíla, si el cura en vez de acostarse con el ama, con la presidenta de las hijas de María o de Acción Católica, ha ensanchado el área y quiere a las hijas de los burgueses, pues todo quedará entre ellos, al menos ya la

gente no cree tanta angelical camelancia ni tiene tantas ganas de dejarse engañar, que es como torear sin toro o ganas de pescar truchas a bragas enjutas, día llegará en que si no los cuelgan a todos ellos los dejarán solitarios como a gente apestada, ahora ya se les ha visto el plumero demasiado y los mismos que hasta estuvieron a punto de creer que fueron unos heroicos mártires, están convencidos de que siempre han sido unos déspotas embaucadores, fanáticos de la comodidad y explotadores de la ignorancia de la gente sencilla, en fin que no hay manera de acabar...

Fue el propio Justo el que me citó para el *lunch* en la Grand Station y vino como un manso cordero.

–Todo marcha como un reloj y las horas están contadas –dijo.
–Enhorabuena –repliqué.

–¿Tienes el pasaporte en regla? –me preguntó.

–¿Pero, es que hay cambio?

–No, era sólo por saberlo.

–¿Y tu pasaporte? –me atreví a preguntarle y él se hizo el loco y ni se inmutó replicando muy sutilmente:

–Nosotros el pasaporte siempre lo tenemos a punto. –Y pasando a otra cosa, dijo–: ¿Y Crístides, qué tal?

-Él ha encajado muy bien su papel.

-Muy bien, a ti nada hay que decirte porque lo tuyo lo harás muy bien sirviendo como de carnaza -y se rió.

-Hombre, carnaza...

-Ya me entiendes.

Y como hay veces que las provocaciones en vez de exasperarnos lo que hacen es aflojarnos los muelles y relajarnos, hacernos sonreír por dentro y producirnos algo así como una calma chicha, yo me quedé increíblemente tranquilo y le pregunté: -¿Eso era todo?

-Nos hemos visto y estamos conformes en todo. ¿Te parece poco?

Mostré indiferencia total y una frialdad que le hería.

Tremendo y gracioso chasco, los dos seres extraños que habían estado buscándome en mi apartamento aparecieron de golpe y eran dos viejos camaradas celtibéricos, lo que son las cosas, uno muy liado con la venta de zapatos y el otro también con zapatos pero del otro pie, y fue un rato estupendo, aunque yo estaba desdoblado y pensando en lo otro y ellos decían a la vez:

–Pero, ¿qué te pasa?

–Estás lo mismo, pero demasiado serio.

Los invité y los acompañé, pero yo iba ido y ellos lo notaban y yo sufría doblemente porque no les podía ni debía decir lo que tenía sobre los hombros.

Cuántas ganas de preguntarles cosas y estar sobre ascuas y sin poderles decir, a mi vez, lo que estábamos cocinando pero, era muy difícil de explicar y quién sabe si nos llevaba a un enfrentamiento, probablemente por muy camaradas que hubieran sido, y habían sido de los buenos, les habían cambiado la mente y a lo mejor cualquier acto terrorista que tiene valor de enseñanza lo tomaban como algo vandálico y criminal, cuando era cierto que no había voluntad de sangre de por medio, posiblemente también habían evolucionado y estaban por acatar el orden bárbaramente constituido y condenaban la violencia que crea conciencia, aunque sea conmoviendo los cimientos del respeto al orden social, un orden social que muchas veces es sólo aparente.

Nada se les podía decir y el encuentro, por tanto, resultó híbrido, frío, por más que yo hacía por estar simpático, se había roto, en parte, el cordón que nos unía, una mente eficaz para responder a las injusticias, las provocaciones y las mentiras, y era como si quisiéramos poner de acuerdo nuestro lenguaje, pues mientras ellos me hablaban de organización –siempre la maldita organización por medio– yo les decía que seguía creyendo en el valor del testimonio directo y personal, pero aun esto no lo podía decir con todo ardor, porque lo nuestro

también tenía como el tufo de un pacto inadmisibile, y el recuerdo de Justo estaba sobre mí como una losa.

Tampoco lo que ellos confusamente me contaban de nuestro desgraciado país prendía en mí ni podía arrebatarme, empleaban demasiado las palabras prudencia, espera, oportunidad... o sea, que aunque estábamos sellados y juramentados por un mismo baño de sangre, algo nos separaba en la actualidad y no sólo las palabras.

Menos mal que pude orientarlos un poco –ellos no se movían mal– y hasta ponerlos en contacto con alguien en quien no habían caído –pero en realidad repito que estábamos como despegados y a mí mismo me hubiera dado vergüenza decirles que estaba embarcado en la tentativa de secuestrar a un ensotano medio obispo cuando ellos me hablaban de reuniones clandestinas y de bombas caseras, de cotizaciones e infiltraciones en la organización sindical y, por supuesto, ellos pudieron contarme con presencia de verdadera hazaña sus palizas y sus cárceles.

Sin poderlo evitar, mi malhumor aumentaba y llegó la despedida que uno no sabía si precipitar o retardar.

Ellos, Raimundo y Manolo, iban hacia Méjico pero quedamos en que todavía nos veríamos más despacio, probablemente se quedaron con la idea de que yo era poco menos que un enchufado de las Naciones Unidas y que había renunciado a todo, entonces, para desquitarme, les dije:

–Pronto sabréis cosas concretas mías.

-Algo te traes entre manos.

-Seguro que tramabas algo.

-La próxima vez que nos veamos seguramente os daré un mensaje de cuidado... -les anuncié.

-Lo que quieras.

-Lo que digas -dijeron como a coro.

Los dejé en un taxi y me subí a mi apartamento bastante deprimido y descontento.

Tuve una buena ocurrencia y llamé a Susan y como le dijera que estaba malhumorado y aburrido, tuvo la iniciativa de decir que la esperara en la esquina dentro de media hora que pasaría a recogerme.

Pero tardó casi una hora. Venía con un maletín y su idea era pasar la noche en un hotel de la calle Lexington, muy cerca del «Waldorf Astoria». Sin que yo le preguntara nada, me dijo que el crío se lo había dejado a una amiga.

-Menuda papeleta -comenté.

Ella dijo que no, que el crío no daba más guerra que los naturales berridos, y añadió como explicación:

–Ella es muy buena y lo entiende muy bien.

Se hizo como había propuesto y yo era feliz sin preguntar más de lo que a mí me interesaba, pero en seguida se olvidó el asunto y una vez más nos liamos, y tiene esta modosa mosquita muerta de Susan un modo de atenazarte con las piernas por detrás, de encogerse, de estirarse, que de verdad se llega al fondo, un fondo siempre nuevo como en las cuevas que hay en la serranía de mi pueblo, pero eso sí que enajena, y una vez más cohabitando, como dicen los puritanos, llegaríamos a la playa del interrogatorio oportuno.

–¿Es ya seguro el viaje?

–El trece, el viernes próximo.

–Pero eso aquí trae mala suerte –le dije.

–No seas supersticioso.

–¿A qué hora?

–A última hora de la tarde, ya después de las nueve.

–¿Va solo?

–No, van todos.

–O sea, con la fémina, las niñas, todos. Es como si levantara el campo.

–No me parece.

-¿Por qué crees tú que no?

-Por todo, conserva el apartamento, y le han encargado de alguna misión del piso 38, con lo cual el viaje le va a salir casi gratis. El coche lo mandarán mañana o pasado por barco.

-¿Adonde van primero?

-A Puerto Rico y de allí a París.

-Irás a París a hacer otro hijo, a ver si viene el varoncito, y tenemos un nuevo estafador de la conciencia humana.

-Cuánto te afecta todo esto de Justo...

Me quedé quieto en la cama, con los ojos cerrados, como dormido, pero con el pensamiento fijo en qué podía significar la estratagema de Justo y el sólo sospechar que pudiera engañarme me hacía combinar por dentro planes muy concretos de venganza.

Por lo que parecía, Justo pensaba salir inmediatamente después de que se hubiera efectuado el pasaporte impuesto hacia Cuba, lo cual parecía indicar a su vez que quería desaparecer de la escena, una vez puesto en marcha el secuestro, sin dar tiempo a ninguna clase de averiguaciones, pero ¿hasta qué punto estaba Justo embalado que se atrevía a jugarse el destino de las NU por las cuales iba en cierto modo comisionado? Todo era muy raro y ya lo había sido desde el principio.

Era como si Justo se hubiera preparado una huida o más bien una retirada, aunque él para aumentar su barriga siempre había

dicho que necesitaba unos cuantos años más de NU, o sería que por fin había aceptado el puesto de la Unesco, aun así, todo era extrañísimo, pero de las confianzas de Susan no se podía dudar, yo le daba vueltas a las cosas y permanecía estirado y tieso pero con gran tensión interior, el injusto justísimo Justo iba a resultar que lo hacía todo justísimamente, pensando sobre todo en la seguridad que se debía a sí mismo, y quién sabe si no nos había metido, como siempre había intuido, en la trampa, a los demás y si la labor del cabrito de Fulgencio, con todo aquel relato de la proeza hagiográfica de Ramiro no había llegado a afectarle, aun siendo hombre que daba la sensación de no impresionarse por nada, en todo caso, Justo estaba claro que tenía en sus manos alguna coartada y que cuando se viera en peligro pediría la extremaunción y se iría a su cielo de España como un angelito después de habernos jodido a todos como un marrano. Era el momento ya, aunque quizás un poco tarde, de pronunciar la palabra *espía* claramente, pero aun así resultaban inexplicables otros oficios e intervenciones que ciertamente lo comprometían y que eran como el gran precedente para ganar la confianza de todos nosotros.

En cada sitio extraño era obligado el estreno del amor y mientras Susan dormía, yo proseguía tratando de formar un puzzle aceptable y temía la segunda sesión de amor, hablando en lenguaje académico, porque mis nervios estaban tirantes, por eso, cuando tuve un leve o extraño movimiento y ella sintió moverse mis manos, creyó que comenzaba el segundo acto y la verdad, por muy mimosa que se pusiera, hay cosas que no son tan fáciles y a veces ni posibles.

Susan se movía como la serpiente pero también como la

tórtola, sabía enrollarse con la idea de nido, buscando algo más que calor, se le alargaban las aletas de la nariz, olfateaba de un modo raro, y se abría como una extraña concha marina.

Pero yo estaba en plan de atar todos los cabos de una vez y después de hablar de bobadas, quise llevar mi sondeo hasta lo más hondo, elemental y defintivo.

-¿Y qué dice Justo de la Iglesia?

-No suele hablar de nada de eso, pero alguna vez ha dicho que no sólo está perdida sino acabada.

-¿Y del Papa y del Vaticano?

-Dice que aquello es un panteón de fantasmas vivientes.

-¿Habla alguna vez de los católicos españoles o algo así?

-Echa pestes.

-¿Y de la política de allá?

-Dice que no quiere hablar porque vomitaría, pero todo esto son cosas no dichas a nosotros directamente sino que han salido de pasada, ya sabes que es muy despreciativo.

-¿Y no tiene alguna correspondencia rara?

-Tiene un maletín siempre con llave.

-¿Podríamos hacernos con una llave?

-No es fácil. Al principio era más confiado y alguna vez habló repetidas veces de un obispo o cardenal, que él decía que era sucesor de Cisneros.

-¿Y por qué no me has dicho nada de todo esto?

-Pero si cuando empezaba a decirte algo eras tú mismo el que decías: «Déjame en paz de tonterías de esas». Recuérdalo.

-Antes era distinto. Y el Fulgencio ése del diablo, ¿no se va por fin?

-Que va, se ha comprado un coche.

-Un coche americano, seguro, de los llamativos.

-No, un coche europeo, de segunda mano.

-Joé, qué gente.

-Sé que suele irse de vez en cuando a una finca de las afueras de Nueva York y desde allí ha llamado a Justo; es como una residencia de alguna institución o colegio, pero donde tienen tenis, piscina, biblioteca y todo.

-No me digas.

-Allí, por lo que creo, se reúnen gentes diversas, financieros, abogados, diplomáticos, médicos...

-Será un club republicano de Nixon, que están de moda.

-Es posible, pero a mí me da la impresión de que son en gran

parte extranjeros.

–Qué cosas.

–Pero algo religioso tienen en común.

Susan se levantó a hacer pis con casi pudor de novia recién casada tapándose mucho, a veces tenía estas cosas, porque lo normal es que saltara en pelotas.

Salimos a desayunarnos a un «Zum–zum» cercano, ella con su maletín como una representante de cosmética, y yo hecho un lío hasta el punto de que no sabía adonde dirigirme. Sin embargo, por dentro latía la violencia.

Crístides estaba a punto, era hombre de ideas fijas y le daba un gran valor a sus resoluciones.

Efectivamente, la pistola era convincente, pero yo le recordé seriamente:

–Pero descargada, ¿eh?

–Está descargada.

–Ya sabes que Justo ha sido implacable en esto y para que el acto resulte más impune, como no se trata de un acto de represalia sino de un acto de efecto propagandístico, no tiene que derivarse, de todo ello, daño para nadie y menos todavía

para el gran curato.

–Ya sé.

–Por mí el *monsignore* y hasta el propio Justo podrían irse a pudrir berzas, pero el plan es el plan y nuestro código en este caso es así. Así se lo he prometido a Narciso.

A Crístides la desesperación interior lo hacía mucho más desconfiado, ¿qué había pasado con la juventud de este muchacho?, la pistola era impresionante y él le había construido una funda de lona plastificada con cinta aislante para sujetarla.

–Ni en caso de extremo peligro sería conveniente llevar munición, porque en caso de cualquier percance esto sería un eximente total.

–¿Total?

–Casi total.

–O sea, se trata de un arma indisparable.

–Ya te he dicho que no lleva balas.

–Y como hay que pensar en todo, no hay que descartar la posibilidad de que el dichoso *monsignore* se presente acompañado

–¿De quién?

–De quien sea, de una amiga, de un amiguito, lo cual quiere decir que también el que fuera vendría a resultar ser un rehén

más.

Él no veía dificultades, todo lo veía claro y además estaba decidido; en teoría parecía perfecto, y tomando la iniciativa, me soltó:

–Oye, tampoco tú tienes que fallar.

–Lo haré lo mejor que pueda para que tú no tengas problemas y lleves adelante la cosa.

–Oye, Narciso me dijo que últimamente estabas un poco excitadillo y nervioso.

–¿Eso te dijo el muy majadero? Yo no sé qué puede más en Narciso si el miedo o la vanidad; puede que sean las dos cosas juntas.

–Parece que lo consideras inútil como jefe.

–Él está más gastado que el culo de una mona y aun reconociendo que se la jugó en un tiempo, hoy por hoy vive sólo de las rentas.

–¿Se lo dirías a él como me lo estás diciendo a mí?

–Hace tiempo que me tiene muy frito.

–Yo creo que quien más te irrita es Justo.

–Ése me tiene hartito y me produce bascas.

–No sé entonces por qué no te has separado del proyecto.

–Considero que ahora lo que me importa es lo que tenemos delante y yo soy hombre de palabra, pero más adelante hablaremos.

–Lo personal no importa, no debe importar en estas operaciones –dijo muy sentencioso y aconsejador. Y yo, dando muestras de que a ello me atenía, le dije:

–Lo sé, y por eso estoy aquí y estoy en ello.

Estábamos en Palisades, bastante en solitario y sólo se veían parejas en coches parados, alguna familia con niños, y de vez en cuando nos quedábamos mirando alguna barcaza de las que cruzan el río, los árboles amarilleaban ya como la piel de los enfermos sentenciados y Nueva York a lo lejos era más que una realidad una quimera, pero quimera de una realidad inexorable, allí había que volver y todo allí obedecía a un engranaje indetenible.

Crístides tenía una memoria enorme y ni en un instante vacilaba ante ningún nombre y dirección de la gente a la que tendría que acudir en Cuba, Argelia o Méjico.

Crístides había sido vigilado convenientemente y ahora no hacía más que mirar el reloj, por fin, cogimos su desvencijado Ford y volvimos hacia Nueva York cruzando el puente alucinante.

–¿Dónde te dejo?

–¿Te viene bien en la calle 42?

–Vale.

Naturalmente Crístides se pasó aquella noche con su Doria, una fondona que le llevaba varios años, y después de tomar unas consumiciones en los bares de siempre, se metieron en el hotelito de ocasión.

Doria era conocida porque siempre se la veía en las llamadas marchas pacíficas contra la guerra del Vietnam, antes se la había visto como una loca dirigente en la campaña de McCarthy y también luego en actos de protesta a favor de Angela Davis, en todo momento, claro, se había mostrado partidaria de la liberación de la mujer, acaso pensando que la mejor liberación de la mujer consiste en la facultad de poder alternar hombres y mujeres en la cama. Altiva, intelectualoide, robusta de caderas y labios gruesos, debía de ser una fiera que estaba exprimiendo a Crístides, desde hacía por lo menos un mes, y por lo que se sabía y podía sacarse en consecuencia a ella lo mismo le daba rábano o seta, nabo o coliflor, nalgas que lengua, ombligo que pezón, oreja que clítoris, culo que sexo, ella era un sexo en continuo remojo, y eso que siempre iba con libros, poemas, y a veces hasta se metía los *sandwiches* en el bolso y comía en los parques, vestía de lo más absurdo y cuando se ponía una cinta azul o verde en el pelo, se colocaba también un montón de largos collares y sus vestidos siempre eran túnicas largas, como una gran sacerdotisa del amor; naturalmente, Doria no iba solamente con Crístides pero algo raro encontraba en él porque, aunque tuviera a la vista lo que se llama un plan productivo, si él aparecía lo dejaba todo.

Con Doria al lado, Crístides cambiaba un poco, porque se volvía atolondrado, un tanto loco, bastaba verlo de lejos para darse cuenta de que toda su reconcentrada melancolía se trocaba en cómica desenvoltura.

Doria era una puta pero no un peligro, al menos para nuestro proyecto en marcha, y tan pronto yo me convencí de que Doria no entorpecería su misión, me dije, «que le aproveche».

El proyecto «Z» suponía no sólo el cambio de ruta de un avión sino el secuestro de determinada persona hacia cierto sitio, operación que se haría en pleno vuelo. No se trataba de una aventura improvisada sino de algo perfectamente cronometrado, ya que a los veinte minutos justos de ruta, Crístides se alzaría desde un punto del interior exigiendo el desvío, se habían estudiado detenidamente más de cincuenta secuestros y se habían tenido en cuenta los factores positivos y negativos para el éxito; el mismo Crístides había viajado repetidas veces creándose conciencia y ciencia del mejor sitio, momento y otros detalles de interés.

Yo ya tenía redactado el mensaje que esa misma tarde, cuando todo estuviera en marcha, haría llegar a todos los medios de comunicación de Nueva York, hablando del viajero raptado a bordo, puesto que como tantas veces he indicado, de lo que se trataba era de poner en evidencia el papel de indiferencia, cobardía y culpabilidad que el Vaticano, por medio de su representante en las NU, estaba mostrando en los casos más flagrantes de injusticia internacional, bombardeos masivos del Vietnam, ayuda de armas estratégicas a Israel, armas contra la oposición entregadas a montón lo mismo a España que a

Portugal y Grecia, etc., armas que era seguro que serían usadas contra el pueblo, y aun contra la misma Iglesia, que en algunos países como el nuestro, ya tardíamente, y un poco al estilo farisaico, ensayaba tímidamente un enfrentamiento meramente convencional contra los Gobiernos opresores.

En la función que a mí me correspondía, de la que no he hablado en concreto, pero de la que hablaré más adelante con toda exactitud, había matices que no sólo dependían de la sangre fría y del valor sino de la suerte.

Por el hecho de tratarse de un repudio a la conducta del Papado, a pesar de la propaganda destapada sobre el Vaticano II, esos concilios oportunistas que la Iglesia se saca de la manga, mi proclama, a la que Justo no había querido poner muchas pegas –porque su estilo se remontaba demasiado a sutiles consideraciones teológicas y se quería un impacto más popular, más «grosero» como él se atrevió a decir –debería poner en solfa todo el contrasentido de Roma a escala mundial, el juego de Paulo VI aceptando al mameluco de Cabot Lodge como enviado especial del presidente Nixon, mientras en Rodesia eran asesinados a mansalva los negros, también en Haití existían campos de exterminio y en todas partes, lo mismo en Chile que en Bolivia el papel de la Iglesia no era meramente pasivo sino que con frecuencia alentaba o permanecía en graciosa comandita con los dictadores, en tanto que en ninguna parte del mundo de los llamados países subdesarrollados la Iglesia se ponía enteramente al lado de los pobres, sino siempre formando una especie de bloque compacto con los explotadores y beneficiarios de tanta hambre y abandono, y por todo ello la presencia callada, consentidora y casi bendecidora de un

representante del romano Pontífice en las Naciones Unidas era una desvergüenza a escala universal, y todos los pueblos y los hombres deberían tomar nota, con el secuestro de este hombre vendido a los autores de crímenes contra la humanidad, de que desviarlo hacia Cuba no era tan sólo hacerle presenciar una revolución de cerca sino alejarlo de un puesto donde no serviría a lo que desde Roma se llamaba la convivencia y el orden internacional.

El proyecto «Z» era y tenía que ser ante todo obra de españoles, porque si bien la Iglesia española parecía haber reaccionado tarde y hasta en muchos casos mal, a la evolución que pregona Roma, esto no era más que una muestra parcial del gran martirio de los miles de presos que aún quedaban encerrados de un modo o de otro después de la guerra civil, y cuyo testimonio más elocuente estaba en los cientos de sacerdotes detenidos en el país, principalmente en el país vasco y catalán, y el Vaticano parecía desentenderse totalmente del conflicto, tratando complacientemente con el régimen, y mientras tanto no sólo el pueblo había desertado de la Iglesia sino que las vocaciones habían decrecido y los seminarios estaban desiertos y las gentes todas habían perdido la confianza en los obispos y todo respeto a los sacerdotes por la falta de asistencia moral de Roma y sólo la Policía, la Guardia Civil y el Ejército equipado por USA, especialmente para la represión, con el beneplácito de Washington, imponían un poder omnímodo en la península ibérica; consecuentemente, por si todo esto seguía mereciendo la bendición de Su Santidad, era justo que el emisario de la Santa Sede en las Naciones Unidas diera una explicación pública no sólo de su rapto sino del estado de cosas antes dichas y él mismo, si quería pasar por un hombre libre y amante de la democracia,

como había dicho en las Naciones Unidas, declarara las razones morales que justificaban su secuestro, a pesar del buen trato recibido, y yo recuerdo que aquella ensalada de cosas que yo había amontonado como contenido del mensaje, resultaba un tanto caótico pero persuasivo y tenía un hondo acento popular y era evidente que causaría desconcierto y asombro entre los mismos católicos, sobre todo fuera de España, y serviría para exaltar nuestros ideales libertarios y por eso mismo no estaba mal que en el fondo se viera latente el desengaño de los mismos católicos, la turbación de algunos que aun siendo muy liberales y hasta anarquistas conservaban algún residuo cristiano y el modo de tratar al *monsignore* demostraría que no teníamos un odio especial contra este títere romano que en las NU se estaba forjando los capisayos de obispo, sino una profunda decepción ante la misión de Roma de cara a los regímenes totalitarios, que no permitían la libre asociación, la huelga, la libertad de prensa, todo lo cual quedaba reflejado en España a guisa de ejemplo. Mi panfleto –del que no conservo ejemplar y lo recuerdo todo revuelto y mezclado pero que no estaba del todo mal– tendría además la virtud de quitarles la iniciativa a los comunistas en un acto cargado de simbolismo y audacia, y el hecho de que se hiciera alguna mención al trato de Rusia con judíos, escritores, etc., le daba más amplitud y simpatía al mensaje.

De todos modos, a mí siempre me quedó la impresión de que allí faltaba o fallaba algo, pero como Narciso y el propio Justo lo habían aprobado después de un repaso atosigante y minucioso –en el que el cura tachó unas cosas y puso encima otras– me quitó esos escrúpulos que quedan siempre sobre todo al siguiente día de haber hecho todas las copias definitivas y de estar ya metidas en los sobres con sus destinatarios.

Acciones menos preparadas nos habían dado un resultado del ciento por ciento y quizás el proyecto «Z», si pecaba de algo era de haber sido demasiado pensado y premioso, que se había dilatado demasiado y ya se hablaba de detectores y toda la puñeta, aunque por fortuna había Gobiernos, los que interesaban, que se negaban a las consultas sobre extradición y demás.

Hoy, sin saber por qué, me han cambiado de celda, o sea me han subido un piso más arriba, más cerca de la luz y de los humos que nos rodean, más en contacto con las estrellas del horizonte, y desde aquí veré antes el amanecer y estaré contemplando el fuego del atardecer un rato más; por regla general, las celdas de más castigo y vigilancia no son las más altas sino las que están más a ras de tierra, más cerca de la humedad, más cerca del olor a rata, más en proximidad con los condenados a penas duras y largas.

Entre esta turba de presos esto del intento de secuestro, con lo que supone de complot ideológico, tiene cierto ascendente, porque este tipo de protagonismo seduce un poco, acaso por lo que tiene de gesto romántico y de osadía; en cambio el robo, la violación, el estupro, incluso las drogas, tienen una consideración y un trato mucho más severo.

La celda es más amplia, y cuando me preguntaron si prefería estar solo o compartirla, como si estuviera en un hotelito de recreo, vamos, yo dije que prefería solo siempre y que lo que

más agradecería era poder leer libros y periódicos.

–Se estudiará –me dijeron.

Un detalle para mí más soportable es que el lavabo y el water, aquí, en la nueva celda, se acercan un poco, aunque muy remotamente, a lo que se merece cualquier persona humana.

Al lado tengo una especie de maniático loco que sueña despierto y en voz alta con *nafta* y *matches*, está detenido por intento de incendio de unos almacenes en el barrio de Queens y lo peor es que no fue por odio al capitalismo ni por haber sido despedido de la empresa sino porque dice que los escaparates están expresamente montados para ser quemados; ya tuvo varias sesiones con el psiquiatra de la prisión, pero sus obsesiones no desaparecen.

En virtud de los desórdenes sangrientos de otra prisión, el rancho ha mejorado bastante también.

Cuando comenzó nuestra «cuenta atrás», como en Cabo Cañaveral, a partir de las setenta y dos horas, todo lo que había sido pesadez, divagación y tiras y aflojas se hizo vértigo y tensión, pasaban velozmente las horas y todo se hacía indetenible, aunque uno encontraba que había zonas oscuras y reacciones sin esclarecer del todo, pero todo era preferible a parar el carro.

Nunca he necesitado –y sigo necesitando– tanto a Susan como

en aquellas horas de incertidumbre y concentración de moral, porque aunque no se tratara de jugarse el pellejo a tiros como en el frente, o con la guardia civil en nuestra famosa incursión, había que poner toda la carne en el asador, y a ratos, sin saber por qué, me sentía pesimista, sin que pueda explicarlo enteramente, y yo creo que era por no haber destapado todo mi secreto a Susan, que no creo que hubiera sido ni mucho menos capaz de detenerme ni delatarme, sino que me habría sido probablemente muy útil, y si yo la hubiera tenido o querido tener a ella en el aeropuerto no se habría arredrado y a mí me hubiera facilitado la operación total, al menos la escapada. Pero sucedió lo más extraño del mundo y para mí lo más desmoralizador e incomprensible. Susan no estaba en las NU ni en su casa ni en ninguno de los sitios acostumbrados y yo no podía estar en mi apartamento y cuando salía por las calles me maldecía a voz en grito, no podía sospechar de ella, porque ella no estaba en el fondo del asunto, pero resultaba inexplicable aquella desaparición.

Era cuando más falta me hacía Susan, «me sobras, me sobras», me repetía yo, y cuando ya comenzaba a enredarme y urdir conjeturas mortificantes y despechadas, llegó su llamada, y comenzó a hablar y yo permanecía en silencio; noté que su voz estaba muy quebrada y que incluso hablaba más bajo de lo normal, se diría que estaba a punto de llorar, dijo:

–He tenido un gran contratiempo con el niño.

Yo seguía callado y ella se desmoronó mucho más y añadió:
–Ha sido horrible.

Aunque podría haberme puesto sobre ascuas, sin saber lo que le contestaba, le dije:

-Lo siento.

-Ya te contaré, estoy muerta...

Era lo que faltaba, complicaciones con el niño mongólico, pero me daba miedo y hasta cierta repugnancia averiguar la verdad de lo sucedido, ¿por qué no me había llamado antes?, seguía sintiendo rabia contra ella, por encima del niño, ya se aclararía lo que fuera, pero que fuera después de lo que tenía que ocurrir:

-Ni siquiera he podido ir por allí. Los dos amigotes comieron hoy en un *buffet* recoleto, ni en el restaurante ni en la cafetería, lo que llamamos minicomedor y estuvieron repasando papeles, y ése de Roma, sé que ha estado despidiéndose para unas vacaciones...

Por ahí debía haber empezado, pero ahora rompió a llorar incontinentemente, algo extraño había pasado con el niño pero yo me resistía a la revelación.

Desde el restaurante italiano de enfrente mismo de las NU vi salir al *monsignore* y me dije: «La última vez que te veo tan orondo, tan panzón, tan culón...» ya salía con su voz de flauta, pasándose las manos por las mamas, hablando con los secreta-

rios y con algún periodista, esa voz de bronce colado y esos me-
neos del cuerpo que hacía como si las rodillas fueran de goma y
seguía accionando con sus manazas como ubres de cabra y le
temblaba la barriga como las tetonas de la vaca, y como debía
de gastar mucho fósforo en su discurso, constantemente se pa-
saba el pañuelo por la frente y también por el cuello como si
sudara, y de vez en cuando se paraba, cerrando un poco los oji-
llos como aceitunas arrugadas, como un buda oriental cagado
por toda clase de aves, seguro que los estaba adoctrinando con
su preocupación pacifista, y contaban de él que un día en
público y hablando en su español chapurreado, había dicho con
mucho énfasis que era un *tesorero* de la paz, y cuando le
corrigieron porque era obvio que había querido decir *tesonero*,
él rió a mandíbula batiente, y yo no sé cómo los que estaban
escuchándole no se iban un poco más lejos, porque yo recorda-
ba que las pocas veces que lo había tenido cerca, él tiraba a
echarse encima pero no era esto lo peor sino que escupía al
hablar una salivilla menuda, y cuando los delegados lo veían de
malhumor como una tormenta ciega, algunos, puesto que no
sólo aceptaba bromas sino que las gastaba bien socarronas, le
preguntaban, ¿es que no le ha llegado el cheque del Banco del
Espíritu Santo?, y por eso lo nuestro tendría que caer bien hasta
en la mayoría de los delegados y al mismo U Thant, quién sabe,
y visto así como un tonel repartidor de chirigotas no era
presumible pensar que tuviera reacciones violentas sino que
aceptaría la orden como un lechón cebadito camino del ma-
tadero, juntando las manos y pidiendo piedad, lástima de mártir
y de página sublime en el Martirologio, a lo mejor el muy cerdo
se caga en los pantalones, que yo lo que le daba al gran comilón
éste era rancho de *aquí* hasta el resto de sus días y ya era
castigo, sí, rancho carcelero, esta mierda de engrudo de pasta o

pasta de engrudo, que lo mismo fragua como el cemento que da cagueta.

Se metió en un taxi y después de bandearse como un barco, quedó perceptiblemente inclinado hacia un lado; desde la ventanilla movía la mano saludando y era como si repartiera bendiciones.

El *cacharro* mío estaba preparado, no era presumible que no funcionara y tenía que funcionar, estaba perfectamente envuelto, como un regalo exquisito y pegado con tiritas de cello. El papel que lo envolvía era de «Aleixander» así como la bolsa en que lo portaría.

Yo era casi un turista que se preparaba a viajar pero que no viajaría, llevaba el atuendo de un viaje corto y rápido, sólo llevaría en la mano uno de esos maletines-cartera de ejecutivo, tan usuales aquí, pero no era de los flamantes sino de los medianos y llevaría dentro una muda, un pijama, unos calcetines, el estuche de aseo con la máquina de afeitar, un libro de los prestados en las NU con folios escritos y fichas, erudición histórica sin asomo de programa ideológico, y dentro de la bolsa de «Aleixander» un impermeable ligerísimo, el último número de *The New Republic*, el *Dailly News* del día, todo muy estudiado como equipaje inofensivo.

El artefacto llevaba encima una tarjeta inocente como si se tratara de un regalo para entregar a un inocente destinatario.

Sólo llevaría encima cuarenta dólares en moneda y cuatrocientos en *traveller's checks* aunque tanto Crístides como yo, sobre todo él, contaba con otros recursos no declarados, que podrían surtir efecto en los sitios de arribo.

La despedida de Narciso fue rotunda:

-Punto final y adelante.

Pero la de Justo siguió siendo evasiva, despistadora:

-Desde este momento ya no nos veremos.

-Quizás, pero no creo, de todos modos en seguida nos veremos.

-¿Tomas vacaciones?

-¡Qué más quisiera yo! Si salgo será una rápida comisión de servicio.

-¿Y vas solo?

-Todavía no sé si voy ni cuándo.

-Ya nos veremos, supongo.

-Tú sabes muy bien, que a pesar de mis manías y las tuyas, aprecio como nadie tus condiciones y si *esto* sale como saldrá, tú lo habrás hecho.

-Algo de eso dijo también Narciso.

-Es lo justo.

-El Justo eres tú.

-No te hagas el Jeremías.

-Pero si no lloro.

-Ya verás como más adelante somos buenos amigos. Mezclaba al profeta, al juez, al brujo, al verdugo, al cura en una palabra, todo junto, pero yo disimulé y le dije:

-Feliz viaje.

-Hasta la vista, aunque yo de salir será más adelante...

Fue la última vez que nos vimos, y quién le iba a decir y me iba a decir todo lo que vino después, pero como creo haber dicho, de nada estoy arrepentido, pues hasta cierto punto cada uno tiene lo que se merece sin necesidad de apelar a la justicia divina y entre hombres también hay alguna manera de resolver las cosas, aunque a veces se resuelven solas.

Crístides llevaría muchos catálogos y fotos y una máquina de escribir, pajarita de color, sombrero de paja con cinta de colores y llevaría hasta unos mil pavos en *traveller's checks* y quinientos en moneda.

Lo más delicado, la pistola, iba perfectamente embuchada en un libro hábilmente vaciado y con una encuadernación que era un prodigio de arte o al menos de artesanía.

Por fin Susan dio señales de vida y estuvo más explícita que lo había estado el día anterior, por lo visto el dichoso crío había fallecido en un hospital y ella andaba de embrollos con un abogado, y aunque yo le dije si quería que fuera, acaso presintiendo que a mí, que tampoco soy un bárbaro, me parecía que lo mejor que podía ocurrirle a aquella masa pálida y berreante era que se extinguiera, como se había extinguido, ella me dijo que quería enterarme, pero que nada podía hacer yo ante su sufrimiento y todo el lío infame, dijo infame, que le había venido después, encima de todo, y del que esperaba que todo se aclarara.

–¿Quieres que vaya? –volví a preguntarle, pero sin entusiasmo, sobre todo porque aquello descabalaría mis planes.

–No, mañana o pasado –dijo convencida– nos veremos. ' Yo no estaba tan seguro, pero le mentí diciéndole:

–¿Y por qué no este fin de semana?

–Muy bien, pudiera ser.

Pero ella notó algo raro en mí, porque Susan es muy lista, quién sabe si demasiado lista, y respondió:

–Encima de lo que tengo te encuentro muy extraño.

Yo desde aquí ahora le pido disculpas, ya que veo que si ahora

mismo yo no la tuviera a ella estaría más solo y cabreado aún que cuando la tenía a ella y no me tenía a mí mismo, porque yo fui engañado o me dejé engañar o me engañé a mí mismo, como quiera entenderse, y aunque la intuición primera es la que vale, ni me dejé llevar del todo por mi instinto, y lo siento, ni acaso tuve la expansión total que hubiera cambiado las cosas, y la lección es clara, porque está visto que andar a medias tintas siempre es un falso proceder, pero hay tipos en la vida que obligan, que marcan esta ruta indeterminada y vacilante y Justo era de éstos, y su presencia y su compañía eran nefastas y yo no supe imponerme a tiempo, y eso que no soy de los que han salido peor parados en el proyecto «Z». Después, cuando me enteré a medias, porque del todo nunca lo he sabido, de lo que ocurrió con aquel zagal desgraciado en todo, me quedé como una piedra, pero una piedra que ahora se resquebraja en pura piedad.

Antes de lanzarme a la aventura tuve el chispazo de hacer por eliminar, desenmascarar y exterminar, si era posible, al cabrón de Justo y ni corto ni perezoso fui al hotel «Plaza» y los encontré, cuando pensaba no dar con ellos, y simplemente para dejarles dos cartas que tenían su clave y que para mí serían al menos, antes de meterme en harina, una especie de revancha; se trataba de conseguir datos y tomar medidas contra Justo y su marchante Fulgencio, porque no había nada claro en el negocio en que estaban metidos, y ya de palabra, les pude explicar lo fraudulento y peligroso de los dos, aunque lo que más

importaba era seguir la pista de Justo al llegar a España, y que ellos atarían cabos y decidirían pero yo se lo pedía como el mejor bien que podían hacer a la garantía y eficacia de nuestra causa.

Quedaron muy intrigados, porque ellos sabían muy bien que yo no movía un dedo sino cuando la cosa merecía la pena.

–Puedes confiar plenamente en nosotros –dijeron a dúo y no era fácil que se despistaran, porque había datos suficientes.

–No se trata de una sospecha en un asunto grave sino de una denuncia formal y si no la hiciera no dormiría nunca tranquilo, ahora respiro al dejarlo en vuestras manos.

Rompieron las cartas y apuntaron señas, sitios y demás, todo lo que yo había captado por Susan.

Cuando salí del hotel y me despedí de ellos después de tomar unos whiskies, hubo un instante en que casi tuve remordimiento, pero al llegar a mi apartamento me quedé completamente serenado, en ningún caso rectificaría, que ellos se encargaran de seguirle los pasos, juntos o por separado y ya verían cómo daban con un misterio típico de los tiempos de camuflaje, arribismo y acaso espionaje que estábamos viviendo.

A lo hecho, pecho y que el diablo de Justo se pudriera en su propia trampa y en su propio infierno.

Ni que decir tiene que en Raimundo y Manolo podía confiar hasta la muerte, y ahora me arrepentía de no haber estado más efusivo y comunicativo con ellos, pero mi misma reserva les indicó que yo andaba implicado en un servicio de interés, y tanto

fue así que ellos entonces me dijeron cosas de sus pasos dentro y fuera de España que tenían un gran atractivo, sobre todo sus operaciones en Portugal.

El caso es que yo dormí aquel día como un bendito, y de lo que más contento estaba era de que ellos en sus planes no hubieran tenido ningún contacto con Narciso.

Yo dormí bien, aunque estoy arrepentido de no haber empleado aquella noche con Susan, no lo comprendo yo mismo, y el viernes trece apareció un día muy bonito, aunque algo frío, de mañana, y yo miraba desde mi ventana esta escala de humos sin aroma sobre el cemento húmedo, el follaje muerto y la espada del sol sobre las altas torres, y miraba se diría que entusiasmado a este Nueva York que aquella misma noche me tendría atrapado como en un cepo después de todo lo que pasó.

Mirando el cielo por encima de las grotescas moles, más que alegría yo sentía una serenidad loca, una calma insólita, nada parecía atarme a los sucesos inminentes, había pensado y soñado tanto seguramente en la acción del secuestro del *monsignore* que, por el momento, era como si ya hubiera acaecido, y estaba lleno de una paz tan grande que ni siquiera pensaba en Justo, ya no me afectaba ni su posible traición ni sus posibles méritos y ascenso. Me bañé tranquilamente y lo fui ordenando todo con cuidado y hasta con esmero como si fuera a recibir una visita de postín. Después eché una de las grandes meadas de mi vida, transparente, casi diríamos que angelical. No

había más que esperar, sencillamente esperar.

Y yo estaba como un gorrión, en la vida todo es embalsarse si uno no quiere llevar vida de loro parlador o de rata domesticada, porque de vez en cuando esta vida, que es de una sosez de pingüinos de corcho, necesita el salto de jugársela uno sobre el vacío, a ver qué pasa, rompiendo la monotonía articulada de los muñecos del corrupto guiñol del orden establecido y, pasara lo que pasara, ya estaba bien de aguantar perritos calientes, coca-cola atontadora, escandalosos fraudes y componendas, declaraciones estúpidas, números de la seguridad social, pactos odiosos, triunfo perpetuo de los mangantes; un poco de luz, de fuerza, de energía, un boquete desnudo a la verdad, una provocación sacudidora, una broma irrisoria contra el falso respeto entronizado, una bofetada universal al oportunismo y a la hipocresía.

El lenguaje de Narciso desde una cabina fue breve y de confirmación definitiva: no había contraorden y Crístides estaba en su sitio.

De vez en cuando me acordaba de lo de martes y trece en España y viernes y trece en USA, y me echaba a reír.

Ya era hora, ya no había retroceso posible, a no ser que fallara el *monsignore*, esta vez el eslabón estaba bien atado y el disparadero a punto de saltar, porque también Justo estuvo callado como un puto, pero ya se le sacaría algo en magnetófono al *monsignore* y lo demás vendría, como dicen, por añadidura.

A las once bajé a la cafetería, me tomé un par de huevos a la plancha con jamón virginiano –el de serrano en USA está

prohibido porque puede infectar al país aséptico por excelencia- y tomé también un té doble, fruta, tarta, compré cigarrillos en abundancia y puritos con boquilla, vamos, como si fueran las segundas nupcias de Justo, y cuando subí a mi apartamento me puse a leer una novela de Agatha Christie, una aburrición, no pude con ella, seguramente porque mis sentidos estaban en otro sitio, y conforme avanzaba el tiempo me puse a pasear por la habitación, y dos o tres veces estuve a punto de bajar de nuevo a la cabina de la esquina y llamar a Susan, pero me detuve con una sensación rara, como cuando íbamos a comenzar en nuestra guerra la batalla de Brunete, y todo era silencio, espera, ansiedad, contención, por un lado la loca fiebre de entrar en acción y por otro la posibilidad de entrar en tromba, y uno veía acercarse los tanques italianos y avanzar como Perico por su casa y esperaba, esperaba hasta tenerlos cerca, más cerca, o como cuando la aviación de los mismos cabronazos alemanes nos perseguía en la carretera y metidos los de mi compañía por esos tunelillos por donde pasa el agua de parte a parte cuando hay lluvias torrenciales y allí esperábamos, esperábamos formando una pollada de espanto, tan pollada que no cabíamos, y los que estaban a la orilla al descubierto gritaban como condenados, «hijos de puta, meteros más adentro», «más adentro, en el culo de tu madre», no teníamos más remedio que gritar.

A la una no pude resistir más y cogí el teléfono para llamar a Susan pero lo volví a dejar diciéndome que estaría haciendo el *lunch*, como ella dice, pero a las dos sí que bajé hasta la cabina, no la de mi calle sino de dos calles más arriba, y la llamé, que no estaba en las NU pero afortunada o desafortunadamente estaba en su casa, nada menos que bañándose, y me la figuraba

contestándome dentro de su corto camisoncito, como yo le llamo, que es enteramente una prenda de Radio City, y yo creo que conozco todas sus prendas y ahora mismo las veo flotar por esta celda como globos mágicos.

–Pero, ¿no has ido a la pecera? –le pregunté como indignado.
–Tú no sabes, todavía sigue coleando lo del niño. ¿Vienes por fin?

–Esta tarde no será posible.

–Vente ahora mismo.

–No puede ser –le dije– y lo siento –y tanto lo sentía que me estaba poniendo cachondo.

–No seas pelma y vente. No hay derecho, me dejas sola en el peor momento.

–Todos tenemos momentos malos.

–¿Qué te pasa?

–Nada, mañana nos veremos, mañana o pasado seguro, seguramente este fin de semana.

–Nunca me has hecho tanta falta como ahora.

–Y tú a mí.

–Cada vez estás más raro.

Uno que tantas veces ha sido como el pedernal, se aflojó: –Es

posible que haga un viaje de veinticuatro horas.

–¿Adonde, si se puede saber?

–A la mierda, querida.

–No te metas en ningún lío, querido.

–Para líos estoy yo –exclamé fingiendo indiferencia total. Era gustoso hablar con ella, de todos modos.

–No harás tonterías, mi lindo –era muy dulce cuando me llamaba así.

–Estáte tranquila... A lo mejor nos vemos esta misma noche.
–No te metas en nada, Jer –y este Jer abreviado, dicho por ella, era como el corazón de la pera con pepitas y todo.

–No me voy a meter más que en ti, mi linda –y colgué como quien deja caer la cuchilla de la guillotina.

Porque ya sólo la he visto a través de los barrotes y esta escolta paseante de los vagos guardianes, sementales protegidos, y nada da más asco que verlos circular por el canalillo central, como espantando moscas y eso que conmigo nunca se pasaron de la raya, pero a ella cada vez la veo más delgada, y todavía no me ha contado lo del niño, aunque me figuro muchas cosas, y cuando vino la primera vez con el abogado en aquel salón lleno de mesitas vigiladas, sólo pude coger sus manos, pero veía alzarse sus senos y comprobaba el temblor de sus rodillas, ¡oh, Susan querida, me hace falta tu agresiva dulzura, tu encantado cansancio, el amargo deleite de nuestra soledad acompañada de

siempre lo mismo y nunca igual.

Todos los secuestros aéreos, uno por uno, todos juntos, acudían a mi mente y los fallidos y los afortunados, cada cual me enseñaba el bastón de su interrogante, y allá los exhibicionistas, y allá los que ponían precio al proyecto y allá el propio diablo que contagia derrota y fracaso, pero por encima de los oportunistas, hay de vez en cuando algún arrebatado netamente quijotesco, capaz de desesperación auténticamente revolucionaria, y Crístides pertenecía a esta suerte de hombres, del mismo modo que a Justo todo se le iría en odio que era puro amor propio, y de ahora para siempre, si uno tuviera algo que hacer sólo se movería con tipos arraigados en una idea motriz capaz de sacudir los principios de libertad de los humanos oprimidos y dejaría al margen toda convivencia y connivencia con los que son capaces de lucro, los que tan fácilmente se prestan al soborno de turno, no y mil veces no, siempre habrá que distinguir, y de todo esto algo me consolaba la tira de cartas al efecto que yo arrojaría al buzón *special delivery* antes de salir para el aeropuerto, porque de eso sí respondía yo, y todos los destinatarios de los llamados medios de comunicación quedarían al menos enterados del porqué y para qué del rapto del emisario vaticanista, y si un comando español se achacaba la función era para poner al descubierto la cobardía de la Iglesia que bendecía al tirano y a su corte de sátrapas y abusadores, pero para qué seguir, que esto ya huele de tanto tocarlo...

Me tumbé y me quedé como medio adormilado un rato, no más de media hora, pero en tan poco tiempo lo curioso es que tuve una pesadilla molesta y absurda, de la que no sacaba nada en claro, dejándome un mal sabor de boca que no se me quitó ni con un buen trago de whisky, y era algo así como si me hubieran casado a la fuerza, porque se trataba del matrimonio, o de algo parecido, y yo trataba por todos los medios de ocultarlo, y me obligaban a coger del bracete nada menos que a la hija de una portera de Alicante, una morenaza de aire provocativo, que se pintaba los labios con un carmín más rojo que la sangre de toro, carmín que se derretía y es como si oliera a embutido y además se pintaba los labios en forma de corazón pero un corazón grandísimo, y a mí, que me había costado tanto besarla, tenía que aspirar su perfume barato y su olor de cocina interior, y allí estaba, yo de la mano con ella, y no sé si se llamaba Purita o algo así, y era la representación del mal gusto ya entonces cuando existió, porque ciertamente había existido, y yo había ido con ella al cine con ganas de meterle mano, pero me había equivocado y si se dejaba a medias yo también me atrevía a medias, y lo que ella quería era una estupidez, o sea un tormento, ayer y en el sueño, que apareció gorda, sudante, malencarada, exigente, para matarla, con palabras vulgares y en la cara unos ojos morados y la boca maloliente, y había venido hasta Nueva York en un barco de gentes que hablaban *valencia*, lo que faltaba, y con papeles y con los puños, me reclamaban gentes vestidas de militar o en sotanas que me casara de una vez, y que tenía que cumplir lo que había prometido y allí estaban los papeles encima de la mesa, y me ponían como una película en que salía yo mismo en el portal de su caserón, casa grande y rica, pero ella en la portería recoveca y pútrida, y nos caía en la cinta la lluvia por la frente y estábamos medio

abrazados en el jardincillo de enfrente, y también cómo yo maniobraba suciamente en un palco de cine de barrio, y ahora ella, ella misma con el bulto tambaleante y ojeroso de su madre, llegaba llorando y su amarillento olor o color me daba bascas, y todos los testigos aquellos hablaban a gritos exponiendo quejas, pero era evidente que era mucho reclamar después de tantísimos años y yo no tenía culpa de su tripa, porque nunca la había penetrado, y toda esta conjura tenía muy buena audiencia, increíble, en las autoridades americanas y por lo que parecía ahora era cuando, después de no sé cuántos años ya de paz y de exilio, yo tenía que consumir el llamado matrimonio pero consumarlo en público, sobre un rincón de aquel barco que parecía una falla, ¡oh Valencia de mis éxtasis marineros y de aroma de azahar!, y había un jesuita pisoteando el traje de mi niñez, blanco y azul, y los marineros borrachos se carcajeaban, y aunque me obligaban yo no la besaba ni la besaría y gritaba: «Prefiero la tortura» y a través de la lluvia y del azahar yo suspiraba por una melena rubia entre cipreses, y ella, la hija de la portera, acompañada de un gordo pálido con ojos de chino decía que la menstruación se le había interrumpido hacía ya treinta años justos, y yo estaba como en un pozo, y hasta allí bajaban desfilando todas las que habían sido novias mías y a las que besé o no besé y a las que escribí cartas ardientes o ridículas, todas aquellas que mi madre iba eliminando con odio implacable o a las que yo mismo dejé un poco y un mucho aburrido, con un olvido que ahora mismo no comprendía, porque cualquiera de ellas, sí que hubiera merecido que nos obligaran al lecho, porque con algunas había gozado y llorado ciertamente llamándolas «virgen mía», «madrecita mía» o «mártir mía», y hasta «esposa mía», y más frases que me producían ahora rabia y vergüenza, y ojalá vinieran ellas como

fueron, pero no deformadas por el tiempo, y aunque fueran actualmente cancerosas, tísicas, locas, o incluso prostitutas, las preferiría siempre a aquella insufrible y horrorosa gorda que ahora me imponían con espadas y con hisopos, y con una llave inmensa de portero...

Me desperté dispuesto a gritar o gritando, irritado, iracundo, pero, ¿contra quién?, hasta la camisa empapada tuve que cambiarme, y, cosa que no me había sucedido antes, al ver la foto de Susan, sentí en aquel momento malestar y como acusación y puse música a toda potencia y con el furor de la música fue pasando un poco el extraño malhumor, pero a pesar de las trompetas del jazz, yo seguía preguntándome qué habría sido de ésta y de la otra, de todas mis antiguas novias, de aquella loca fantástica de la que el médico aseguró que mis cartas y los breves y silenciosos paseos le servían de medicina porque había querido matarse, y aquella a la que enviaba cartas desde los sitios más inverosímiles, y valiéndome de terceros, siempre entre el misterio y la esperanza, y de aquella otra con la que hablaba días enteros de todo, que no sé de qué podíamos hablar tanto y que la acompañaba a todo sin que nunca ocurriera nada, y la burguesita cariñosa que estaba preparando la boda y yo con creciente ilusión hasta que un día desaparecí como si me hubiera tragado la tierra, y aquella hija de un militar que llevé a un hotel y que salió y salí como había entrado, total un alivio, mi alivio, por no decir mi venganza, quién sabe si mi piedad, y siempre la total solución habían sido cartas, muchas cartas, cartas a ésta, a la otra, a veces casi la misma carta, cambiando algo, a menudo también cartas nada fáciles porque había que trastocar muchas cosas, cartas y más cartas, al mismo tiempo que asistía a reuniones o dictaba panfletos, y para las cartas la

dulzura y para las octavillas la ira, y todo esto, removido por el sueño inmundo, me hacía casi sentirme verdugo de Susan, y entonces hice lo que nunca debí hacer y sabía muy bien que no debía hacerlo y no lo había hecho nunca al entrar en acción, y es beber, porque no quería sobre mí aquel aluvión fangoso de recuerdos que de persistir me llegarían a la memoria con nombres y hasta con sus caras, y yo no quería acordarme de ninguna, tercamente las había olvidado o había querido olvidarlas, y ni quería acordarme de nada, y cuando creí que ya había soplado más de la cuenta (no debí beber), me puse la cafetera para un café bien cargado, eso me despejaría de aquel sueño pesado y pegajoso, abochornantes siempre estos recuerdos, pon que mirar hacia atrás pensando en las mujeres cascadas era insoportable, a la mierda todas, en cadena, incluida en aquel instante Susan, y ella me entenderá, pero hay momentos en que uno tiene que renunciar a todo, y las tentaciones del pasado mezcladas con el presente son más nefastas que cuando ya en el presente estás gozando falsamente el porvenir. Había conseguido tranquilizarme con el café, pero el reloj funcionaba y seguía funcionando, y desde este instante el tiempo comenzó a galopar a brincos y sus manecillas llevaban una carrera loca, indetenible, y cuando me asustaba lo de prisa que se venía todo encima, se me echaba encima de golpe la sensación de que todo iba insoportablemente despacio, hasta sacudir el reloj para comprobar que las manillas se movían, y por eso se imponía la acción, cuanto antes la acción, son los locos los que no actúan por haber perdido el ritmo del tiempo, y al perder el ritmo del tiempo pierden la escala del espacio, de dónde están y quiénes están contra ellos o con ellos, porque la inacción es fatal, y una vez convencidos de una idea hay que entregarse, tenazmente, fieramente, animalmente, si

se quiere, mira lo que hizo el llamado loco Alfredo, el cura loco, el tal capitán de milicias Alfredo que en el momento de mayor peligro parece ser que no se dedicó a buscar la hipotenusa ni las coordenadas del cerro del Pingarrón, sino que tiró *palante*, llevándose por medio a los cobardes y parando en seco a los requetés comecristos, pero ya se sabe que la acción está reñida con el mucho pensar, y que pensar mucho nunca es bueno, no había que pensar, no había que pensar en nada, no había que recordar nada, no había ni qué soñar...

De repente, tuve un chasquido de luz, y consulté el reloj del artefacto, trabajaba y trabajaría, tan pronto se pusiera en marcha el contacto, yo estaba familiarizado con el instrumento, pero convenía darle el último repaso, y en ello estaba, cuando contra todo lo que se nos había ordenado y sabíamos, sonó el teléfono y pude escuchar más untuosa, más sibilina, más brujeril que nunca la voz de Justo y una vez más recomendaba serenidad, y sobre todo cordura, suma prudencia en usar medios no recomendables –él estaba hablando en el supuesto tratamiento de una enfermedad– y yo me harté tanto que de manera tajante lo paré diciendo: «¿Está bien ya?», «Está bien», dijo muy calmado y añadió: «Es lo mismo que le acabo de decir al doctor» (el doctor era Crístides), pero no pudiendo ya contenerme con su intromisión en mi terreno, le dije: «Vete al infierno de una vez», pero él, imperturbable, prosiguió muy altivo: «La cosa es seria y no pueden mezclarse tonterías, tú lo sabes mejor que nadie», «Al diablo» le dije y colgué el teléfono, porque hasta el último minuto el gran bastardo, lobo y cordero estaba penetrando en mi pensamiento, porque en realidad yo estaba dándole vueltas al asunto de cargar con la pistola en la última arrancada, y no con mente ya de ejecutor sino de juez, y de

nuevo sonó el teléfono y lo dejé hablar lo que quisiera, que el doctor (Crístides) era un buen chico y dirigiéndose a mí sacó el más suave acento de todo su registro de pastor frustrado, pero por dentro se olfateaba al perro rabioso, y me dijo para despedirse: «Hagamos las cosas bien, con la cabeza» y yo le respondí: «Y con el culo» y él se rió fingiendo bonachonamente y dijo «suerte» o «hasta la vista» o algo parecido y aquella insistencia me excitó más de lo que estaba y bajé hasta el *drugstore* para llamar a Narciso, pero Narciso no estaba ni había nadie que diera señales de vida, y ahora sí que comencé a dudar en serio sobre cargar el arma y mientras la repasaba tuve un diálogo interior más duro que nunca contra el cochino mandón de Justo, porque lo que pasa, Justo de la mierda, es que estás cagado, eso que vosotros llamáis arrepentido como yo suponía y veremos la que preparas, pero te puede salir el tiro por la culata, y por qué no se quedó contigo tu arzobispo y te llevó al Concilio para que te nombraran administrador apostólico, y acaso muy pronto te arrepentirás de tu Bertita y de las niñas, porque tú siempre has estado arrepentido de todo y de lo que más arrepentido deberías estar es de haber nacido, porque tú eres mezcla de orgullo y mansedumbre, soberbia y desprecio íntimos, eres un escándalo, eres un trauma viviente y circulante, aunque llenes los papeles de las NU con retórica pacifista y en el fondo eres, eso es lo que eres, un monstruo politicón fracasado y más que odiar envidias, y más que envidiar lames, y tanto como lames muerdes, y seguí durante un buen rato persiguiéndolo por las paredes, lanzándole reproches, escupiendo en los sitios donde me lo figuraba, y seguí diciéndole, tienes podre eclesiástica, estás inundado de anatemas y condenaciones, y tú das risa, y ya veremos quién es el que ríe el último, aunque el culpable de todo sea Narciso, y

con los puños apretados de rabia, sólo en mi habitación, confieso que también reía, no sólo escupía, y reía como si el ex cura me acabara de echar un maléfico exorcismo encima, un exorcismo al revés, algo que me había endemoniado, perdido para siempre, porque es cierto que algún secreto no revelado escondía el teólogo altanero y quizá monseñor en ciernes, y puede ser que lo que más me había ofendido era el tono de conmiseración con que había hablado de Crístides, quién sabe también si el *monsignore* no estaba enterado de todo y no le había prometido algo, y algún día si no yo, alguien, en nuestra tierra, se lo arrancaría de raíz (ahora me alegraba de la denuncia puesta en marcha con los cama- radas visitantes), y sentí una gran felicidad por haberlos puesto en alerta, y todo quedaría saldado y que se pronunciaran después los obispos jóvenes de la siempre inquisitorial Iglesia, los que habían inventado para sí mismos el juego de profetas sin tener en cuenta el de redentores, y yo por lo menos no era una cándida paloma y que la paloma iluminara a Crístides, porque Justo se delataba sólo como la serpiente se denuncia por su silbido embaucador, y aunque yo fuera arrastrado y perdiera la partida en la operación «Z», alguien respondería de él y no le dejarían ponerse las sotanas cuando llegara a España y fuera a cantar la misa del gallo, aquí en las NU poniendo verde al episcopado, y luego allí misas, venga misas, del alba, de doce, los ojos arriba, los ojos abajo, golpes en el pecho, pasar la hostia y el vinillo con los ojos en blanco, con los ojos en negro, como a la puerta de un paraíso falso o más bien infierno, con las manos como aspas del molino que no tritura más que teatro, y esa pretendida inefable sonrisa que parece querer subir tramposamente a la sandalia de los llamados ángeles, claro que estas misas negras, para el pueblo que lo cree misionero suceden de largo en largo, pero suceden y

mientras él oficia y la madre llora, quién sabe si adivinando todo el horror de su hijo, Berta es posible que lo espere en el hotel de la capital de provincia, pero a mí qué se me daba con esto de las llamadas misas, si pasara lo que pasara, Justo iba a quedar desenmascarado, y esto era un gran consuelo antes de partir hacia el aeropuerto, y aunque funcionara como un reloj, que no se sabía, algún día podrían hacerlo mártir y apóstata a la par, porque cada cual en la vida tiene su trampa, y yo seguí acariciando la pistola, que lo mismo me la colocaba a modo que la escondía, que lo mismo le llenaba el peine que le sacaba las balas, una pistola sin estrenar, que era una gloria, pero algún día tendría que estrenarse, y repito que no sabía qué hacer, lo mismo lo escribiría si hubiera pensado usarla de veras indefectiblemente, aunque también digo que lo pensé en serio, pero insisto que a última hora decidí que no, no sé por qué, y fue que no, porque hay veces en que hasta las ganas justificadas de matar que nos acosan, como en el caso de Justo, ante monstruos como él, chocan diametralmente con las ganas de vivir esta vida absurda como una mosca sin alas, y en aquel instante Susan llamó de nuevo y seguramente, como si la vigilaran, con la voz baja como si le apretaran el cuello dijo únicamente: «Se va, se van...» y yo ni pregunté más y hasta hice el paripé de responder: «Pues que se vaya, que se vayan todos al infierno», y se cortó hasta el hilo y seguí inmóvil tumbado como una piedra cóncava, y acaso en aquel momento o antes o un poco después, ya los agentes del cuerpo especial de policía de las NU estaban haciendo lo que vulgarmente se llaman diligencias, y ella continuaba en la inopia mientras él iba y venía con papeles despidiéndose de los funcionarios cofrades, y acaso ella que es tan lista no se dio cuenta de que estaba vigilada, aunque no lo creo, porque según me ha dicho ni la interrogaron

después, sólo como a todas, o quizás al que sí vigilaban estrechamente era a Justo, aunque tampoco lo creo, sino que más bien lo que hacía era continuar su comedia, y nunca sabré cuándo él les hizo caer del burro, si antes de salir o en el mismo aeropuerto, pero un poco antes al menos tuvo que ser, y ella me ha dicho que al despedirse Justo «le cruzó una mirada muy extraña» y hasta me ha contado que estuvo a punto de hacer una última llamada diciéndome: «Algo pasa», porque de algún modo ella notó algo, y es mejor, pienso ahora, que no me avisara, aunque ya fue bastante con lo que me dijo del mismo modo que estoy conforme con no haberla enterado, porque lo que tiene que ser ocurre hasta en sueños, y lo que tenía que ocurrir ocurrió sin resquicio posible, y ahora se ve que todo lo ocurrido es como si hubiera estado programado hasta el milímetro desde mucho antes y no cabe rebelarse, pero alguien siempre es víctima de su estratagema o de su miedo particular, y Justo tuvo lo propio, pero nadie hubiera presentido lo de Crístides, que puestos a calcular siempre hubiera sido muy distinto, mas, somos meros peones de la fatalidad que tiene siempre sus favoritos como los tiene la lotería, y no hay que darle vueltas, más vueltas ya, y pasemos a los hechos.

Recuerdo que conforme se echaba el tiempo encima, me iba como despidiendo de la habitación y lo repasaba todo muy atenta y detalladamente, incluso tuve cuidado de romper algunos papeles y entre ellos alguna carta de Susan y sobre todo la libretita con los teléfonos y direcciones que cayó entre el

chisporroteo lejano del incinerador.

Allí estaba y quedaba mi estantería de libros, que poco a poco se había transmutado porque si antes tuve novelas y alguna literatura social, ahora todo era ciencia-ficción, biografías y principalmente novela del Oeste o policíacas y yo me pregunto si tal cantidad de aventuras me habrá ido imposibilitando un tanto para el vértigo de la verdadera acción, lo que había sido siempre mi pasión y mi vida auténtica, pues ahora miraba por encima de los libros amontonados y no comprendía cómo con algunos me había pasado embebido hasta las tantas de la madrugada, realmente los hombres somos unos bichos bastante extraños.

Tampoco mis dibujos apilados y recopilados durante años sobre el tema erótico eran capaces de arrancarme en aquel instante ni siquiera una leve sonrisa sino más bien cansancio y aburrimiento, les di un recorrido con la vista y todos –se salvaban solamente dos o tres y dudando– me parecieron infantiles cuando no vulgares.

No quería beber más y me tumbé de nuevo aunque con el despertador al lado, ya que la cama a mí, en uno u otro sentido, me ha servido de red disparadora como al buen trapequista o al buen guerrillero que tumbado ante la operación pendiente encuentra la medida proporcionada a su energía, y ahora mismo, si yo puedo resistir esta cámara sin resquicios, creo que es por el valor que saco del camastro, este camastro donde se puede pensar todo lo pensable y soñar todo lo soñable, y hasta esta lata estúpida, desordenada de escribir sale del camastro, y escribir viene a ser como meneársela con daños a terceros,

porque si uno escribiera para sí mismo, sería el onanista perfecto, pero como no sólo Susan sino su abogado y mío, dice que esto de escribirlo todo puede traerme algún beneficio, no sé cuál, yo sigo escribiendo y el beneficio lo tengo ya en el tercer dedo de la mano derecha –que ahora mismo no sé cómo se llama ni puedo mirar un diccionario y me da vergüenza preguntarlo a estos miserables hispánicos que me rodean– pero donde ya me asoma un callo, aunque el callo lo debería de tener en el dedo de al lado por haber disparado a tiempo, y no una vez sino alguna más, porque lo de Justo debió ser cosa mía...

Bueno, pero a lo que íbamos, aunque parezca increíble yo me desperté justamente unos minutos antes de que sonara el despertador para el gafado proyecto «Z», aunque la letra Z para mí en la vida alguna vez había sido una letra mágica y hasta cachonda –y baste decir la palabra Zoraida sin añadir nada más– pero el proyecto «Z» debiera haberse llamado desde un principio el proyecto «M», eme de mierda o de muerte estúpida, al menos una, y aún así Susan dice que yo, por ser Cáncer, soy un tío de suerte con todos los astros y los hados en la punta del capullo, al menos para esta clase de acciones, y sin tenerla lisa en nuestra guerra es cierto que las cosas me vinieron chupadas dentro del desastre general.

Pues a lo que íbamos, que ya estamos en la recta hasta el punto final, porque esto de escribir y escribir es una lata, y si no fuera porque tengo que contar lo que tengo que contar y que sin esto todo lo anterior sería inútil, y con la misma rapidez con que los matarifes castran a los cerdos, lo dejaría todo, pero por lo visto no es posible.

El caso es que como Justo me había llamado a mí contra toda orden, no estaba del todo mal que yo, tratando de saber un detalle no aclarado, y era si viajaba sólo el *monsignore*, ni corto ni perezoso, me bajé al bar de las rubias gordas alemanas y desde allí marqué mientras sonaba un disco tremebundo, pero el barullo en casa de Justo era total y seguramente levantó el teléfono alguna de las niñas que se escapó al mismo tiempo a otra cosa, el caso es que Berta discutía con los de una agencia que estaban haciéndose cargo del equipaje, y ella decía «a mí me da un ataque de nervios», y entonces yo colgué suavemente sin decir ni pío, cuando Justo repetía desgañitándose, «¿diga, diga, digaaaa?».

Me quedaba una hora larga para agarrar el taxi –y el taxi no nos era ajeno– aunque a mí me pareció que el tiempo se volatilizaba y que algo importante se me quedaba por hacer, pero no sabía lo que era, y de repente me ponía a repasar de memoria todos los teléfonos que me tenía super aprendidos y en esto la máquina funcionaba perfectamente –hasta dormido me salían –y pasito a paso, como quien tiene recetado un paseo a media tarde, me fui hasta el bar de los húngaros, los sucios, bigotudos y simpáticos húngaros, pero como presentí al meter las monedas, Narciso no estaba audible y quién sabe si el personalista y autoritario jefe, que siempre tuvo cierto tufo del Partido, no estaba ya camino de Méjico a presenciar desde allá los toros y pulsar los comentarios de la operación «Z», que si estos hombres se ocuparan de imponer sus criterios todavía serían tolerables, pero es que todo lo hacen en función del clamor y del público y es como si no tuvieran conciencia.

Por eso, si uno está medio satisfecho del final de Justo, no lo

puede estar ni podrá estar nunca con el de Narciso, el implacable e irreductible dogmático de su atrofia para entender el verdadero sentido de una insurrección, sea del tipo que sea.

Ahora ya el tiempo caía como un hacha sobre los hechos y se habían terminado las consultas y las probaturas, y al subir a mi apartamento, abrí el maletín y comprobé que no me habían robado en mi ausencia *la mercancía*, hasta tal punto mi desconfianza iba en aumento.

Al llegar a la portería y verme con el maletín, el perezoso y lánguido puertorriqueño quiso pararme un taxi, pero yo le dije que no hacía falta, que iba andando hasta el *subway*, pero no dejé de darle la correspondiente propina.

En realidad también produce cierto entusiasmo o gozo contenido el estar metido en un gran embrollo y caminar entre la gente burguesa como un oficinista más, sin misterio aparente, prisionero de la computadora, pero pensando por dentro en el desquite inminente, ese tipo de pronunciamiento que tenemos nosotros, que en contra de lo que puedan pensar los del Buró no somos felices en la rebeldía sino que la rebeldía nos cuesta –lo que ahora mismo me está costando a mí– pero que tampoco queremos ser funcionarios tabulados de la revolución, y cuando uno va caminando solo y lleva dentro la voluntad indomable de hacer algo que va a despertar la conciencia dormida de los demás se siente hombre y hombre libre y esa sensación que mantiene la personalidad entera es la que me hacía avanzar casi invencible con el maletín en la mano, y sin ese extremismo de la acción heroica no hay revolución posible, ¿qué importan o pueden importar, cuando uno está decidido a todo, los espías,

los agentes provocadores, los delatores, los organizadores cautos, observadores y conservadores?, nada, al menos para mí, y lo maravilloso es que conforme avanzaba me imaginaba avanzando en la misma dirección que Crístides y lo veía caminar fijo, dueño de su misión, y hasta me hacía la ilusión de que yo había llegado a incendiarlo interiormente con mi sinceridad y que si alguna duda portaba en su *libro* camuflado era la de que Justo fuera algo más que el confidente o soplón previsto, un agente refinadamente enmascarado, pero ya lo descubriría por su cuenta más adelante, aunque ahora lo creyera un teórico genial de la guerrilla, y siempre la teoría estará de más cuando se trate de prender la mecha del estampido destructor, y no solamente destructor, porque hay cosas que parecen demoledoras y son creadoras, ya que como he repetido más de una vez en estas anárquicas «memorias» –nunca mejor dicho– el proyecto «Z» con el secuestro del *monsignore* fue planeado con vistas al eco que la acción produciría en los medios de difusión, y no hay por qué en estos momentos referirse para nada a otras acciones y cometidos que no hacen al caso, pero que se callen de una vez todos los medios de publicidad que incluso han llegado a decir que se pensaba en crucificarlo, que es cosa para reír y no acabar, demasiado gordo el tal *monsignore* para ponerlo en una cruz, y aquí es donde ha entrado esa propaganda infame de los reaccionarios, los católicos ultraderechistas y los beatos del mundo entero que seguramente gozan con los martirios, las persecuciones y otras mentiras.

Pero continuaré: yo iba caminando con mi maletín de mano, muy sereno y confiado hacia la boca del *subway* y en una esquina tuve, y lo recuerdo muy bien, un pequeño incidente, para

que se vea lo que son y pueden ser las cosas, y es que un tío delgado, mayor, bastante nervioso, se dio con la rodilla en el maletín y comenzó a soltar palabrotas, a lo que yo respondí soltando otras tantas y siguiendo adelante, y cuando lo perdí de vista, yo mismo me reí, aunque también aquello podría haber sido una señal de gafismo, pero en seguida tuve que olvidarme de lo acaecido porque el taxi convenido tenía a su hombre sometiéndolo a una rutinaria observación con el *capot* levantado, y todo se hizo entonces de la manera más natural del mundo, y salimos pitando.

Había que tomarlo con paciencia porque era la hora mala para enfilarse hacia el Kennedy Airport, pero mi taxista fumaba tranquilamente y yo tarareaba por lo bajo.

Qué verdad es que el mundo deja de ser excitante en cuanto no hay peligro y cesa la emoción del riesgo; en realidad los momentos de mayor intensidad de una existencia son aquellos críticos instantes en que los dados del juego peligroso están saltando sobre el tablero.

–Hoy parece que pincha todo el mundo –comentó el taxista al ver dos coches detenidos muy seguidamente al borde de la pista.

Pero yo iba con mi música interior, pensando que de la acción de uno o de un grupo puede provocarse en cadena una sucesión de hechos denunciadores de la inaguantable farsa, pensando sobre todo que cuando una idea se impone tozudamente sobre la comodidad, el miedo, la estupidez, llega a hacer un agujero taladrador de los convencionalismos asfixiantes, porque cuando

uno, tentado incluso por la posibilidad de traición, se lanza a una acción encubierta, resulta invencible, y yo necesitaba de esta fortaleza, porque hacía tiempo ya que me consumía en la inacción desmoralizante y frustradora, por eso, no llevaba nada de miedo y estaba seguro de que iría derecho a mi objetivo.

Mi objetivo consistía principalmente en actuar de gancho descolocador de los agentes del aeropuerto, sembrando una alarma tan cierta que tendría como confirmación una explosión, que no tenía propósito destructivo, aunque la impresión que debía producir era la de que alguien acosado suelta el paquete en el primer sitio más incontrolado que encuentra, y prácticamente mis llamadas y el detonante posterior ayudarían a levantar la liebre policíaca y conducir a los lobos o perros hacia falsas pistas, bulo, alarma, desconcierto, golpe, despiste, secuestro, consumación en el aire... todo lo contrario de lo que podría suponerse, porque siempre las alarmas no habían sido más que alarmas y llamadas de perturbados, pero ahora simplemente se trataba de que Crístides no tuviera problemas, por tanto, lo mío consistía tanto en tener calma y sangre fría, como en demostrar gran habilidad y candor incluso en mis movimientos, todo debería ser como un juego, pero un juego calculado con un ritmo más pueril que otra cosa, que pudiera incluso hacer pensar en un loco o maniático pero nunca en una realidad implacablemente estudiada.

El taxista era una maravilla, sabía su papel y ni siquiera miró con indiscreción mi maletín ni una sola vez, era de los que responden y saben hacer las cosas y al entrar en la recta del Queen Boulevard, sólo se le ocurrió decir:

-Suerte.

-Gracias, amigo -le contesté.

¿Habría llegado ya Crístides?, no lo creía, porque no era hombre de azoramientos y arrebatos sino un enardecido que sabía dominarse y que no se sentía protagonista, o disimulaba muy bien, y mi confianza en Crístides había ido en aumento, sobre todo por lo poco zalamero que era, y por eso era el personaje ideal, porque no era posible que tuviera ficha ni que hubiera la más leve sospecha sobre él, lo único que me molestaba era que el descubrimiento de este tipo lo hubiera hecho Justo, que era exactamente su antítesis, un redomado cuco y un acumulador de personalidad, a costa de lo que fuera.

De repente, percibimos que la circulación se espesaba hasta detenerse y cuando ya comenzaba a preocuparme, los motoristas arreglaron la cuestión, tres o cuatro coches se habían dañado, pero ninguno era el taxi de Crístides.

Estos atardeceres de Nueva York son como vino sobre el mantel, como zumo de moras, hogueras aisladas y volanderas, como estallido vivido para la enajenación y a mí siempre me han encantado y aquella tarde recuerdo que era furiosa y salvaje en rojos resplandores.

De una manera se diría que rítmica ascendían por un lado y bajaban por otro los aviones y todo tenía el mismo aire rutinario

de las grandes ferias cuando se visitan muchas veces, quiero decir que todo era tan normal que yo mismo, en algún instante, pude olvidarme de mi compromiso y creer que realmente iba de viaje o a esperar a alguien, ¿y llegará un día en que yo pueda coger billete para mi tierra?, me pregunto ahora mismo mientras miro a través de las rejas esas nubes que los aviones trasmontan como quien salta sobre el lomo de un pobre burrillo.

Hablar del atardecer en Nueva York, ahora que estoy con el rancho botándome en lo alto del estómago como un surtidor de vomitonas imposibles, porque ya eché lo que tenía que echar, que era todo, no deja de tener gracia, cada cual se consuela como puede, y el rancho no era ni mejor ni peor que otros días, pero al ponerme a comer vi en el dobladillo de la manga de mi uniforme un piojo, un piojo gordo, medio amarillo medio rojo, una bandera española desvaída, y yo que no había tenido piojos en la guerra, bueno, sí tuve, pero era la guerra, y esto es peor que la guerra cien veces, y éste es el país del DDT y de la mierda, de los jabones de baño y de las pústulas recubiertas de polvos coloreados, de la pasta dentífrica y del peor aliento del planeta, el caso es que era esta hora más o menos, aunque en otoño, cuando me dirigía al aeropuerto con mi regalito de ruido en el maletín y consciente de que aquella misma noche probablemente ya en la mayoría de las agencias y periódicos habría noticia de lo nuestro, ya que sin propagación expansiva no tendríamos operación efectiva, los canales de televisión, las ediciones de los periódicos, las emisoras se encargarían de amplificar el contenido y misión de nuestro proyecto y desde ese momento tendría alcance internacional, ya que una vez puesta la información en los buzones todo consistía en que se completara con lo que era su soporte, el secuestro, o sea, que

para mí el secuestro ya era una realidad, aunque sólo dependía de ciertas circunstancias que dependían de Crístides si Justo había estratégicamente dejado el campo limpio o al menos despejado, porque un nudo se ataba al otro pero en medio de los nudos siempre estaba el cingulo de Justo, su cuerda blanca por fuera y negra por dentro.

Todo lo del aeropuerto era muy sabido para mí y podría moverme con cierta soltura entre la llegada de los aviones y las salidas.

Ya estábamos entrando en el recinto sacro, vamos a llamarlo así, ahora que tanto se habla de lo sacro, aunque para mí todo lo sacro termina en «las Sacramentales», esos cementerios de Madrid donde el muerto todavía pudo sentirse un poco, no del todo, seguro, y era, por tanto, el momento de pensar sin pensar, de pararme sin dejar de moverme, de observar y circular, de palpar y contenerme, y es curioso que al dejar el taxi no me entró ningún nerviosismo extraño sino una sensación de relajación total y comencé a esperar, mirando vagamente hacia los taxis que seguían llegando, sin preocuparme del reloj, aunque por dentro era como un tiovivo colocado encima de la cuerda de los saltos.

Ya habíamos llegado al punto clave de la operación y yo mismo me asustaba de que no sintiera ninguna clase de hormiguillo en la planta de los pies y de que las manos no temblasen con el cigarrillo.

Hice una pregunta desorientadora y despistante a los mozos

de la puerta de la PANAM y rápidamente, siguiendo sus consejos, pillé un autobús, mi mapa mental funcionaba y no sólo estaba pendiente de mis movimientos sino de todo lo que sucedía alrededor, que era monótono y no por monótono menos aturdidor, luego otro autobús dentro del aeropuerto hasta parar en las proximidades de la TWA.

Había que moverse con pies de plomo, pero moverse con agilidad y todo fue saliendo muy bien, el fastuoso antro era como el pórtico de un sueño de fábula y lo mejor que se podía hacer era seguir a la gente y dejarse seguir, oh, la mansedumbre y la gloria del rebaño, una voz que grita, un signo en el aire, y las patas obedientes y paradas que siguen, se detienen, continúan, se ponen en marcha acelerada, este mundo en rotación que tanto gusta a americanos y a rusos y a muchos más contagiados del sistema, pero algunos llevamos y llevaremos en la sangre otro trote que no es impuesto, y que brota como la sangre Ubérrimamente y es el nuestro, y bendito el momento en que uno es uno entero y está en una ancha explanada con carriles de coches, unos que van y otros que vienen, y el inmenso estanque de coches parados de todos los colores brillando como una plancha fosforescente, y sin que en las casitas menudas, casi campestres, que rodean dilatadamente el aeropuerto ni en la invisible llanura entre los ríos se sepa que existe Nueva York, y allí uno mismo, yo, ajeno a todo, pero metido en lo mío, calibrando más que los peligros el acierto pleno, y allá las manías teologales de Justo, y su pasado y su presente, lo que interesaba era que el *Monsignore* fuera encajonado como los toros, y eso es lo que estaba por ver, pero pronto se sabría, muy pronto, era cuestión de una hora y treinta y cinco minutos, y menudo lío se iba a armar con las comunicaciones a la prensa, con la confusión

buscada, por un lado anarquistas ibéricos, por el otro palestinos, el caso era enfolonar la cuestión hasta que viniera la segunda parte, una aclaración rotunda, y allí estábamos oteando el horizonte en calma, hasta que me subí al bar y pedí un *Manhattan* con mi medio aceptable inglés, que en esto habíamos avanzado mucho, y me lo tomé con mucha parsimonia, como correspondía, y aunque de vez en cuando, mirando al maletín, surgiera una especie de vértigo interior, yo leía distraídamente el *Daily News*, y el mundo seguía girando y me aguantaba las ganas y cuando miraba el reloj lo hacía como un aburrido jefe de relaciones públicas, pero los minutos seguían contando...

Todos los que entraban o salían del colosal recinto podían ser tan inocentes y tan peligrosos como yo, pero como entraban tantos, uno adquiriría cierta abstracción de la propia identidad, y desde allí el desfile podía ser observado con autonomía y minuciosidad incluso, y de pronto algo me hizo reír y era la cantidad de curas y monjas que viajaban, les había llegado por lo visto la hora de beberse los vientos de los cuatro puntos cardinales, y seguro que dirían que misionando, aunque yo lo que pensaba era de dónde sacaban tanta pasta, y ojalá con el *Monsignore* viajaran muchos curas y muchas monjas, fueran de la religión que fueran, porque así en La Habana, o en último caso en Méjico, tendrían que improvisar un Congreso Eucarístico o Mariano y el Papa tendría que mandar su bendición y quién sabe si un delegado pontificio para consolar al *monsignore*, y hay que decir que viendo la pantalla de entradas y salidas de aviones, de

vez en cuanto, todo continuaba su ritmo normal.

Me sirvieron otro *manhattan*.

Albricias, albricias, que apareció el chulo de la jornada, un diablo estirado, con el cuello tenso, con su bolsa de mano, su maquinita portátil de escribir y el negro al lado con la maleta de las múltiples etiquetas, y Crístides, casi deportivo, mascando goma, pero no solo, vaya castaña, porque hablaba con una rubia que también cargaba sus bolsos y su negro con equipaje, una coincidencia o un loco albedrío, porque estaba determinado que viajaría solo, y yo viendo todo aquel atuendo cuasi veraniego en pleno otoño y, sin dejar de verlos ni de mirarlos, me tapé con la sábana del periódico y entré en trance, estaría bueno que viajaran todos, hasta el *monsignore* por supuesto, y que el único que se quedara en tierra fuera yo, pero me concentré en la expresión de Crístides que sonreía como dueño de la situación, qué felicidad, y que no ofrecía peligrosidad, lo cual me tranquilizaba.

Observé los movimientos que él y ella hicieron hacia la cola de la Compañía, y, quién sabe, como al tal Crístides se le daba bien esto de hacer saltar el botón de la bragueta, quién sabe, si aquello funcionaba bien como gancho o al menos como nube de carne para disimular, y si era un ligue efectivo, pues que le aprovechara, siempre que funcionara después de que el gran *preste* hubiera ascendido y aterrizado, ¡lástima que no ascendiera a los cielos!, y el tal Crístides, yendo de un lado para

otro, tenía algo de siniestro y al mismo tiempo de cómico visto desde mi observatorio, pero todo ello, para quien estuviera en el secreto del asunto, daba la idea de un artista que estaba representando consumadamente su papel de viajero simpaticón y cargante, despreocupado y pelma, esos tipos que son la plaga de todo viaje.

Crístides se dejaba el bolso o la gabardina en el mostrador, nada menos que el bolso, daba patadas a la maleta o a la máquina mientras le ponían en regla el billete, gastaba bromas a las aeromozas e incluso se dejaba a un lado a su rubia y se enrollaba con un señor con barba y pipa.

Evidentemente Crístides no me había divisado, aunque yo había notado que él me buscaba juguetonamente, y yo me alegraba de que se las gobernara tan bien, acaso exagerando un poco o al menos teatralizando su angelical infantilismo, sin embargo, como digo, yo que estaba muy pendiente de todo, en algún instante lo vi preocupado, replegado en sí mismo. Los demás viajeros que iban llegando tampoco presentaban ninguna novedad digna de tener en cuenta, excepto un personaje gordito, más bien ordinario, que traía muy poco equipaje, y que lo mismo podía ser un marido de vacaciones picaras que uno de esos peligrosos que se cuelan en los aviones a última hora con un papelito rosa y que se sientan en el sitio estratégico. Pero no lo parecía y la prueba estaba en que Crístides también pegó hebra con él rápidamente.

Yo seguía observando, ahora ya más pendiente del reloj y con el pie presto para ponerlo en el palenque lanzador, y dando un discreto rodeo me fui al WC, que también esto era oportuno

tenerlo resuelto, porque en determinados momentos las ganas de mear pueden echar abajo hasta una batalla.

Crístides seguía prudentemente buscándome con los ojos pero no era el momento de hacerse el visto y todavía yo tenía un cuarto de hora largo para ver si la computadora marchaba con el programa previsto, que por ahora marchaba.

Y todo esto, por un prelado doméstico o sin domesticar, por un pancista de la ecumenicidad, por un pastor sin almas, por un funcionario de la curia romana, por un sanchopancesco de la democracia cristiana, por un vividor de marca pontificia, pues no se merecía el tal *monsignore* tantos desvelos e inquietudes.

La cosa funcionaba, porque al volver yo a mi observatorio y atravesando el largo y rojo pasillo me topé con Crístides y su rubia, y él me vio y yo lo vi, lo cual era suficiente, y también era suficiente su sonrisa de orgullo y de presteza, pero en seguida tuve que aplicarme a lo que se echaba encima y era el *monsignore* que se decía que llegaba en procesión, que siempre a los curas les gusta mucho esto del cortejo de pompa semilitúrgica, vanidad de la clericalla opulenta, aspiraciones de diplomático endiosado, pues allí había damas oferentes, secretarios un tanto mariquitones de las NU, algún prelado del arzobispado, de esos de segunda categoría, y hasta algún funcionario de embajada, era todo lo que le gustaba al *monsignore*, ir de peregrinación a Jerusalén o a Acapulco, la Meca del placer, y llevando al lado alguna cordera celestial, que no había aparecido pero que podría aparecer todavía si teníamos que fiarnos en Justo, pero lo irritante y portentoso era que al *monsignore* se le veía feliz con los dos grandes bulbos colorados

en sus mejillas y sus grandes manazas flotando en el aire como dos grandes flores mojadas, sí, no se cansaba de poner sus gordezuelas y redondas manos en unos y en otros, como quien saca un pastel del horno y lo coloca cuidadosamente en una bandeja, se movía a la redonda repartiendo sonrisas y a veces carcajadas, también algún teatral gesto de reproche, y todo el grupo estallaba y volvía a estallar como un destello fatuo de sonrosadas pompas de jabón, todo parecía dichoso y el grupo se iba deslizando a su lado grave y lentamente, mientras que una azafata, como secretaria particular, iba y venía hasta él y le contaba algo, seguramente le daba parabienes por volar por la TWA y él estaba visto que no tenía que llevar papeles en las manos, ni billetes ni pasaporte, y hasta hubo un instante en que resplandecieron los chispazos del *flash* y el *monsignore* seguía sonriendo magnífico, fabuloso, fantástico.

Todavía faltaba casi una hora para que llamaran a los pasajeros y todo marchaba normal, por tanto, no había que precipitarse, y yo mismo estaba asustado de la tranquilidad que me invadía, lo importante era que Crístides me había visto con suma imperturbabilidad y que había seguido en lo suyo muy desenvuelto.

Pero no habían pasado unos minutos y lo vi moverse al lado de un tipo alto, delgado, pálido, encorvado de hombros y luciendo una dentadura muy blanca, en cierto modo tenía aspecto de enfermo y caminaba deteniéndose y respirando mal, Crístides era un caso en esto de hacer amistades sobre la marcha, cosa que a mí en este momento me parecía peligrosa, pero el esquelético acompañante se reía con Crístides como si fueran amigos de toda la vida, con lo arisco que parecía Crístides

y tenía un gancho que era la monda, yo llegué a pensar si no se estaba moviendo y charlando demasiado, y no es que lo creyera loco pero acaso la emoción lo estaba sacando de sus casillas y hasta quizás el exceso de nerviosismo lo estaba llevando a improvisar, cosa peligrosa.

A mí en realidad lo único que me preocupaba seriamente era la reacción de Crístides al divisar al *monsignore* y tengo que confesar que fue excelente, porque no se inmutó lo más mínimo y dio unas vueltas como de circo, sin dejar de mascar chicle, fenómeno nuevo en él que lo hacía casi pintoresco a mis ojos.

El tipo medio desenterrado y enclenque que lo acompañaba noté que no estaba dispuesto a dejarlo libre y esto me contrariaba, porque a ratos el tal polilla tenía cierto aire de sabueso.

De todos modos, cuando Crístides divisó al *monsignore* con su séquito, el acompañante estafermo desapareció con gran alegría por mi parte; el *monsignore* seguro que seguía repartiéndole palabras como la crema, lo que correspondía al oficio de líder religioso que estaba por encima del puño cerrado, de la hoz y el martillo, contra los pijamas azules del enjambre de Ho Chi Min, contra la píldora, contra el plástico de los petardos, con su barriga eructante, amigo de los generalitos con espuelas y de la espada de la paz, adhesivo a los diplomáticos gomosos, satisfecho, con el orondo respirar de quien sólo está preocupado de si marcha bien la tripita del perro de lujo o de si el cocinero,

además de preparar unos platos de virguería, tiene un color rozagante.

Bien, mejor que mejor, ahora se incorporaba a la función una buena recua de muchachas y muchachos, más ellas que ellos, vestidos con pellizas de cordero, extrañas capas y muy asistidos de guitarras, luciendo sus pacíficos emblemas y besándose en la nuca, de las barbas para abajo, pasándose gorros y bolsas, era lo ideal para un avión que terminaría en Cuba, y de no ser posible en Méjico, aquellos culos estrechos y apretados, las pelirrojas melenas, los *sweters* ceñidos, aquella ensalada mixta de maricones, lesbianas, muchachitos en edad de estrenarse junto con tiarrones amoratados, todo aquello era una buena corte y cuando yo vi lo fríamente, lo metódicamente, lo inteligentemente que Crístides miraba al grupo me di cuenta de que había comprendido perfectamente que también aquello facilitaba su tarea, su sonrisa era todo un poema, y qué suerte la suya, pensaba yo, por pensar algo, ya en cierto modo lo envidiaba, porque aquel iba a ser el avión de la juerga, el cachondeo y el ruido: daría que hablar, que es de lo que se trataba.

Pero, Cristo de los fariseos, menudo soponcio el mío al ver aparecer a Justo buscando con los ojos a alguien, no a Crístides, que lo huyó, sino al *monsignore*, al que se dirigió oscilando como una hostia para darle después el apretón y el besucón en medio de todos, ¿no era éste el gesto de Judas?

Me quedé de una pieza, una pieza no de mármol ni de bronce sino de carne, porque efectivamente aquello indicaba que estaba dispuesto a la traición, y esto que debía haberme producido

hemorragias de placer, me hizo sentir un raro hervor en la sangre, una rabia enorme contra mí mismo incluso por formar parte de una tropa tan despreciable.

«No debía de haberme dejado la pistola», me dije para mí mismo.

Él siguió un rato allí, pendular y un tanto saltarín, saludando, lo propio de un eclesiástico que se mueve entre la perfidia y la tontería, entre el propio orgullo y la ilusión de ser una pieza maestra en el arte de la superchería.

Sin embargo, como Justo siempre quiso hacerse guía –hasta de nosotros, que hemos mamado la más espontánea de las rebeldías–, la repulsión que me produjo todo aquello, me hizo preguntarme: «¿Y no será éste un traidor, un Judas, por vía doble?», porque acaso Judas también pensó que en un momento determinado podría engañar a los sumos sacerdotes a los que aparentemente se había entregado. El *monsignore* palmeaba a Justo como a un amigo de toda la vida y el grupo se deshacía en memeces.

A mí sólo me interesaba fijarme en la cara de Crístides cuando presencié el encuentro y se retiró con su bolso en la mano buscando un sitio de servicios, y por sus pasos conocí la perplejidad que le embargaba, que podría desencadenarse en irritación total o en habilidosa espera de los acontecimientos, y al verlo salir del *Men* noté que se había propuesto seguir la corriente a todo, hasta que se comprobara visiblemente que la visita de Justo no había sido más que una artimaña para eliminar sospechas, pero aún así, Justo era la reoca, porque no se estaba

quieto, sino que andaba moviéndose como el caimán taimado, como el alacrán alevoso, pero aparentemente como un baboso caracol, rodeando al grupo del *monsignore* y mirando, de vez en cuando, para descubrir a Crístides, que hasta el último momento probablemente quería quedarse allí, pero en un instante en que me dediqué a prestar atención a Crístides, había desaparecido como por encanto.

Mientras tanto parecía que alrededor del *monsignore* iban a comenzar a danzar todos al corro ancho de la patata cuando apareció una morena estirada y rítmica con atuendo de viajera, y todos la saludaron con discreción y con ese tipo de corrección que podría dar a entender que allí había gata encerrada, lo que faltaba para la fiesta.

Crístides también tomó nota mentalmente de aquella presencia, incluso sonreía viendo la felicidad con que el *monsignore* repartía no sé qué, no creo que fueran medallitas o estampas, y también entre sus bromas entraba el dar pellizquitos con los que tenía más confianza, mientras la morenaza, que le llevaba un palmo, se movía ondulante alrededor del diplomático *pater*, menudo tiburón canónico, y en realidad no sentía uno ningún escrúpulo con lanzarlo al azar aéreo, haciéndoselas pasar canutas.

Había llegado mi hora, el momento preciso para tomar posiciones y actuar, pero estaba visto que sobre las alarmas normales, tendrían que sobrevenir otras sorpresas desconcertantes

y así fue cómo al escabullirme yo de mi escondite vi de nuevo a Justo, pero ahora acompañado de un moscón como de relaciones públicas de las NU, que también tenía fama de tocón, un medio secretario pequeñajo que más bien se podría suponer que estaba ligado a la CIA, y que todo lo que tenía de corto en estatura lo tenía de malas entrañas, que ya lo conocía yo, y cuando aparecía por la oficina de prensa, todos instintivamente callaban, y ahora Justo estaba con él en la cola de la oficina de la compañía aérea.

Aquello me olió mal, pero nada podía ya hacer y menos mal que aquello estaba de bote en bote y era fácil subdividirse por distintas idas y venidas, aunque dejando siempre en el centro al barril melifluo del *monsignore* que oscilaba como una piedra del dulce moler en medio de aquel rombo romboide o círculo, afortunadamente compacto, de la estación de salida y yo volví al lío tan nutrido de la *de par ture*, porque acaso era imbécil no haberse dado cuenta de que Justo estaba dando demasiadas facilidades.

¿Es que había decidido viajar en el mismo avión que el *monsignore*? Esto no parecía probable, pero él en la cola de los billetes y con los suyos en la mano, los suyos o los que presentaba el botarate de aquel secretario segundón, iba a viajar o consultaba algo, quién sabe si él no se prometía un viaje beatífico, somnoliento y conmovedor mientras los demás nos descornábamos.

Supe llegar sin escollos hasta donde estaba Crístides y al verlo me puse las dos manos sobre la cabeza y él se percató enteramente del gesto, no era nada pero era mucho, y él entendió que

las complicaciones no eran más sino del Justo de las ignominias, probablemente él ya lo había advertido también.

Para intervenir y meterse en acción hay que tener la conciencia hasta cierto punto tranquila.

Luego estaba que Crístides era un ligón de marca, porque cuando me escapé del recinto ya estaba flirteando con una azafata.

Lo recuerdo todo como un reloj, más y mejor que lo que se ve en una pantalla.

La señal afirmativa de Crístides para mí valió más que tres *Manhattan* juntos. Iría con él hasta el final.

Era fenomenal aquel revuelo de *hippies* domesticados, y aquello mismo era como una droga que invitaba a la acción.

Ya estábamos puestos en la devanadera, no había modo de volver atrás. Y para mejor suerte era formidable que fueran dos los aviones que iban a salir, lo digo desde mi punto de vista.

Otra vez tuve ganas de hacer *pis*, lo recuerdo muy bien, y lo hice con todas las ganas, probablemente a los condenados a muerte que los llevan al garrote o a la silla, en mi país o en éste, les entran estas ganas de hacer *pis*, pero, ¿qué más daba, digo yo, hacer *pis*, el último *pis*, o guardarse algo para el amanecer?

Cosa rarísima, como un sueño despierto, un larguirucho de cara rosada, con unas azulosas venas transparentes, me detuvo, a la salida del edificio, y me preguntó muy calmoso si yo sabía algo sobre los seguros de viajes aéreos, que él quería llenar una póliza, lo más fuerte posible, e insistía como un enfermo, pero también era como si quisiera entretenerme adrede, y me preguntaba qué edad tenía yo, si estaba casado, si tenía hijos, si tenía abuela, una retahíla infecta de curiosidades, pero el hecho es que se ponía delante y no me dejaba avanzar, y no era fácil darle de lado o esquivarlo, porque me seguía, y era como pesadilla, y seguro que era un loco de los que tantos hay en Nueva York, o acaso algo más, y yo le decía cosas reales pero que resultaban incongruentes, que la póliza se la haría una máquina, al final del largo pasillo, y que le enviarían copia a sus familiares, que no, que no pasara cuidado, que alguien cobraría, si había algo que cobrar, Dios no lo quisiera, pero él se agarraba a mis brazos como un beodo y me daba las gracias casi con lágrimas en los ojos, hasta que yo en un arranque, casi lo tiro al suelo, y me lancé a un autobús en marcha.

Lo que me hizo sudar aquel tío loco.

Había suerte y respiré tranquilo, aquel aire fresco que con la menuda lluvia me había dado en pleno rostro mientras el loco me hablaba de su seguro, me reconfortó y a la segunda parada me bajé sin ninguna precipitación y me puse en marcha hacia el edificio de la PANAM. Al entrar lo primero que hice fue comprar

el *Daily News*, última edición.

Ni siquiera me acordaba de Justo en aquellos instantes, pero lo más insólito fue que allí mismo, en un asiento corrido, con bolsos y carteras de mano, estaban Berta y sus niñas esperando, lo cual me hizo perder un poco los estribos, el cura, efectivamente, se iba, lo había combinado todo para ayudar al golpe y quemar las naves, pero, ¿no se trataría de otra faceta de su personal estrategia?

Lo primero era lo primero, y que le dieran a Justo y los suyos hostias como ruedas de aviones, yo me salí un poco al fresco a reconsiderar el asunto y surgió en mí lo que se llama la técnica del contragolpe y poco a poco lo fui viendo claro, y pensé cambiar de plan sobre la marcha, Narciso me importaba ya un pito, pero había que dejar pasar por lo menos un cuarto de hora.

Sin embargo, mi presencia en la PANAM era incómoda, porque Justo era seguro que aparecería por allí de un momento a otro, y procurando conservar la frialdad precisa, la verdad que haber hecho una guerra, para ahora estar pendiente de estas majaderías, me parecía insoportable.

Bailando, bailando casi, penetré en la terminal de la PANAM. Bebí agua en un alado surtidor de picha infantil y me tomé la pastillita, era pronto para percibir ningún efecto, pero el hecho de tomarla, más que serenidad me dio luz, una luz diría que verdosa y tan pronto seguí caminando tuve que dominar las ganas de reír, se pisaba bien en aquella alfombra y hasta se diría que sentía seguridad.

La pastilla estaba bien, pero yo hubiera preferido un aguardiente puro, aquello con lo que uno hacía gárgaras para ir a la primera línea en nuestra guerra.

Volví a pensar en Susan, pero era estúpido en aquellos momentos volver al eterno coñazo, aunque también es verdad que ahora cuando pensaba en Susan, con todo lo de su hijito, un misterio, sentía cierta ternura.

Cuanto menos conocido fuera, la cosa marcharía más conforme y por eso evité ir al bar y me planté unos instantes ante la pantalla, ¿en cuál de aquellos aviones volaría Justo y su idílica familia?

Ya era hora. Entré en los lavabos y me encerré como un estreñido o como un político y allí me entró un soberano sosiego, abrí cuidadosamente el maletín, saqué el tubo del milagro escandalizador –repito siempre que se trataba de producir ruido sin daño y se intentaba por todos los medios no producir víctimas– y lo examiné despacio, todo estaba a punto y sólo se requería conectar con el maravilloso relojito, darle su tiempo, y tener confianza y suerte para que el prodigioso despertador hiciera sonar su explosión en el minuto señalado, prácticamente se trataba de un delicado artefacto como hecho por japoneses, de ningún modo parecía peligroso, y con su resguardo de plástico, casi como un estuche de caramelos, tuvo un invisible y perfecto acoplamiento en el lugar escogido una vez metido dentro de su estuche de plástico, una monería.

Lo puse exactamente para los veinte minutos a partir de cero y la carambola fue perfecta, porque nadie pegó en la puerta

mientras yo estaba dentro y al salir el horizonte estaba despejado como el camino del cementerio de mi pueblo, total, que tanto darle vueltas a la cosa pensando y repensando y luego todo iba a salir como la seda, por lo menos hasta este punto, que era el punto inicial y más importante, daban ganas de gritar y hasta de correr, pero me mantuve comedido, no era cosa de irse brincando, pero tampoco podía quedarme hecho una estatua ni de sal ni de azúcar, y en vez de salir escurrido como un gato, lo que hice fue entrar calmoso, bueno, regular de calmoso, hacia las interiores salitas de espera, echando un vistazo rápido como buscando a alguien y lanzarme luego a la *rue*, no sin antes pararme un momentín en el puesto de periódicos, revistas y tabacos, todo muy impersonal. El exactísimo reloj seguiría moviendo su leve pulso hacia el clamoroso estallido y era de esperar y de desear que nadie se encontrara en apuros en aquel crítico momento como no fuera el propio Justo con su pompis de dueña o abadesa, y si tal ocurría, sería cosa de postrarse de rodillas en la explanada del aeropuerto, frente a la capilla y entonar un tedeum en toda regla.

El aire era fresco y había aumentado el viento, y seguían rampando de punta los jumbos y seguían planeando para caer a tierra como domésticos bólicos los jumbos, yo, sin correr, me iba alejando un poco alarmado ahora de lo lento que era el tiempo desde el momento en que puse el cacharro en contacto. Bien.

Una perrita blanca y lanuda andaba perdida y se me vino a los pies, probablemente se había escapado de algún coche y alguna loca vieja, que la llevaba en un cesto, la había dejado caer, la perrita me seguía como si yo tuviera que darle de mamar, pero

tampoco era prudente darle un puntapié, así que crucé la acera a ver si un coche de los que pasaban la hacía salchichas y la perrita, por fin, se perdió. Y yo también.

De lo que se trataba era del aguante y de la eficacia de Crístides, que era quien tenía que alzarse con el santón barrigudo, a lo mío, ésta es la verdad, yo le daba poca importancia, y todo consistía en tener un poco de resistencia, en los nervios se sobrentiende, y actuar con plena conciencia, sin impresionarme por nada.

Había pasado el leve chaparrón y el cielo era del color de las moras, de las moras machacadas, no había ni asomo de un aumento en la vigilancia de la policía, todo era corriente, aburrido, con el mismo tumulto de viajeros de siempre y con los mismos codazos, pisotones y carreras, hasta podría decirse que el tráfico era un poco más copioso de lo normal, mejor, cuanto más barullo, mejor.

En el apartado o reducto de los coches oficiales vi al pasar por lo menos dos coches diplomáticos, pero no me detuve ni me di por aludido, ahora era el reloj el que contaba y sólo me quedaban doce minutos, no había que precipitarse y seguí caminando, cruzando andenes hacia las cabinas telefónicas, tenía que usar la previamente elegida, no otra, y no cabía enredarse en palabras sino ser conciso, terminante. La cabina preferida seguía siendo la más discreta y oportuna, pero no debía olvidarme de que alguna vez, de vez en cuando, estas cabinas no funcionan, al menos alguna, y en este caso, me iría y para ello volvería a cruzar los andenes y me colocaría puntualmente en la que estaba un poco más cerca del guardia de tráfico.

Seguían aterrizando por un lado y despegando por otro los aviones puntualmente. Y la pantalla no había señalado en ningún momento retraso en las horas de salida, una vez más me pedí serenidad, prudencia, si algo me había alterado era la visión de Berta y las niñas en plan viajero, lo cual me hacía sentir sobre Justo más rabia que nunca, pero ya darían cuenta de él, como fuera, allá Justo y los suyos, allá *monsignore* y los suyos, allá Narciso y los suyos, que, para mayor sarcasmo, éramos nosotros, pero a mí sólo me preocupaba y me ataba en aquellos minutos el trabajo de Crístides, del que no dudaba a decir verdad, y al que había visto en forma, pero que era también por donde se podría cortar el nudo de la acción.

Había llegado el minuto crítico, ya el *monsignore* prácticamente habría subido la escalerilla y el avión estaría poniéndose en la pista, era lo correcto, pero al levantar el auricular, me dije lo que siempre yo había mantenido y es que sobre este cálculo tendría que añadir por lo menos diez minutos más. Aquello me sirvió para comprobar que el aparato funcionaba y me salí a la explanada, mirando atentamente a los coches como esperando a uno en particular; en realidad estaba bastante tranquilo, es más, iba a añadir a la cuenta algunos minutos más, cuando me acerqué a la cabina, descolgué y rápidamente, marcando el teléfono clave de la PANAM solté de un tirón la retahíla:

«En el vuelo que va a Roma, hay un hombre con revólver y con

intenciones de secuestro... Pudiera también ser el de París...»

Varias veces sonó el «diga, diga, diga...» pero yo lo único que hice fue repetir el mensaje y colgar, seguidamente me dirigí a las paradas de los taxis, y me puse a fumar, con el maletín entre las piernas. Nada se notó en los primeros cinco minutos, sino que seguían llegando viajeros y que las colas dentro eran respetables.

Mi taxi, que debería estar dando unas vueltas, no terminaba de aparecer, había cierto embotellamiento, pero no más que lo normal, finalmente hasta estaba pensando en agarrar otro, pero aquello era romper el plan, y como un invento del diablo apareció, lo tenía ya al alcance de la nariz, bastante cerca, pero como el taxista personal temió que lo lanzaran lejos, había inventado una avería que lo hacía esconderse bajo el capot y yo no lo veía.

Por fin, monté y sin que le dijera nada, se enfiló hacia La Guardia.

Estábamos alejándonos del sitio de peligro ciertamente cuando por el movimiento de las sirenas noté que la alarma había dado sus resultados, todos se dirigían hacia la PANAM y allí se detenían, sin acercarse a la TWA, o sea, que todo estaba funcionando bien.

Mi optimismo era creciente, tanto que canturreaba y el

taxista, cuando yo se lo indiqué, puso la radio, sin embargo, era muy pronto para que dieran ninguna información.

Miré el reloj repetidas veces, estaba a punto de producirse la segunda noticia, la confirmación de que la primera alarma no era un camelo, todavía uno no podía sentirse ufano ni era para cantar victoria, pero en aquel instante lo que tuviera que producirse ya se estaba produciendo, el avión de la TWA habría despegado impertérrito mientras toda la provocación se centraría en la PANAM y allí que Justo se las entendiera, cada cual puede hacer algunas modificaciones sobre el plan y la mía había sido mínima, la fuerza de las circunstancias a veces obligan, y cuántas veces en nuestra guerra alguien que al parecer hizo casi un capricho fue auténticamente un héroe y cuántas veces también una orden impuesta a rajatabla nos puso en la boca del desastre, uno no es un provocador y la prueba está en que yo pude limpiamente llevarme a Justo por delante, pero la sola repugnancia no era motivo, siempre el traidor nos obliga a esperar, lo malo es que a veces se espera demasiado por comprobar hasta dónde puede llegar la traición y a veces llega a ser tarde, pero también a la pasión legítima se opone interponiéndose una curiosidad también genuina y al final lo que ocurre es que hay que echar por la calle de en medio si no te han pasado por encima los caballos.

Los traidores van creando en el caldero del pensamiento posos infectos donde por encima de la cobertura de la sangre, salen las burbujas del veneno y lo que podría parecer aceite o vaselina es pus o mala leche, y esto no lo remedia nadie, en ningún caso, y al final lo que tiene que flotar, flota y lo que flota es sangre, negra sangre, como el negror aceitoso de las sotanas.

Todavía vi salir algunos aviones, pero desde mi observatorio circulante pude comprobar que la racha se había como interrumpido, pero como de vez en cuando se veía algún hacha cortando el espacio se disipaba mi temor, ¿estaba ya el de la TWA volando y en su interior iba a ocurrir, estaba comenzando a ocurrir, había ocurrido ya lo que tenía que ocurrir?

Algo por lo menos ocurría abajo y es que sonaban sirenas y hasta pasaron trepidando los bomberos, cosa extraña, y entre ambulancias se metían los coches de policía, y todo eso que yo había presenciado tantas veces casi rutinariamente, en aquellos momentos tenía una tensión podríamos decir que supererótica, pero mientras el follón fuera en la PANAM y todo lo de la TWA hubiera seguido su curso, puesto que ya estaba en marcha cuando el petardo estalló –si es que estalló, aunque todo parecía indicarlo, porque no era posible que una sola llamada telefónica movilizara tanta alarma en movimiento– había casi que comenzar a cantar victoria, y feliz viaje para Justo, su consorte, y sus angelicales hijas de puta o de puto, y felices vacaciones, que en España lo esperaban, y por lo menos un susto recibiría como para no volver nunca jamás.

La cosa iría resolviéndose por sus propios medios, pero yo aún tenía que hacer algo para que llegáramos al final soñado, estaba llegando al aeropuerto de La Guardia, y al bajar pagué (simbólicamente, claro) al taxista.

Allí mismo en la entrada cuando me dirigía a mi cola me topé con unas hispanoamericanas flojitas, dulces, pesadas, que no sé por qué adivinaron que hablaba español, acaso iba hablando

solo, y me preguntaron de todo, también ellas iban a Washington, y naturalmente, atándome a aquella manada, haciéndome el flojo, el dulce, el pesado, el hispánico hablador, algo podría salir ganando como Crístides había hecho con la rubia, con el enclenque acompañante y todos los que se le ponían a tiro, o sea que creo que estaban locas por haber encontrado a un *intérprete* mágico, pacienzudo, algo cachondo y respetuoso, un aburrido consumidor de bromas entre vacuas y levemente picantes.

En realidad, eran incansables, pegajosas, inocentes, un poco de selva y otro poco de plástico, río y hierba, ciénaga y pureza del aire, uñas que blanquean entre la piel, párpados que se caen como violetas, venas que se intuyen, música pajaril en la rama y andar cauteloso de criaturas de aldea próxima al bosque.

Quién sabe, a lo mejor hasta me salía un planecito, porque había una de ellas, la más putanga y confiada, y seguramente la más corrida, que era la que hacía de jefa del grupo, que no estaba mal, pero por lo pronto yo tenía que ser el caballero español y me preocupé de todo lo suyo, y ellas estaban locas de contento, como si me hubieran conocido desde hacía tiempo. –Lo primero, no perder nada –les dije.

–No tenemos nada que perder –dijo la más menuda.

–Cuidado –advertí– que en Washington se pierden siempre muchas cosas... aunque no quiero asustaros.

Y las mayores, sobre todo la potranca más bruta, creo que era la mayor, rió y me enseñó unos dientes que daban frío, era de esas mujeres que te condenan a amarlas sin remedio, pero, por

lo pronto yo me hacía el padrazo de todas y nunca mejor ocasión de demostrar una celosa paternidad, porque muchas de aquellas criaturas efectivamente provenían no sólo de la cruel lujuria de nuestros antepasados sino de un amor incontenible y desbordante, aquellas criaturas en cierto modo tenían algo nuestro, y sus miradas lo pregonaban.

La mayor y yo ligamos rápidamente y yo creía que su compañía, aparte de lo que cayera, me traería suerte, porque hay muchas hispánicas un poco brujas; ella quiso llamar por teléfono y yo la acompañé, y en aquellos instantes había olvidado hasta lo que estaría ocurriendo en el avión de la TWA y lo que estaría pasando en la terminal de la PANAM, pero para remachar el clavo, y ahora llamando en un descuido a la sección de equipajes de la PANAM, muy lacónico pero confirmativo, noticié que un artefacto iba a estallar allí dentro y corté secamente mientras el insistente aparato repetía: «repita, repita...» que repita tu madre, me dije, y me alejé más conforme, porque siempre un avión se puede retrasar algo y si el de la TWA se había demorado, convenía alejarlo de toda sospecha definitivamente, puesto que el sitio de vigilancia y la alarma estarían concentrados en la PANAM, que está, como se sabe, a una distancia bastante regular, y ahora ya tenían en que entretenerse y que templara sus nervios el serenísimo Justo, el justísimo puñetero Justo, mientras el trémulo, bamboleante y ceremonioso *monsignore* repartía bendiciones desde el aire rumbo a un país donde no le esperaba gente precisamente en cola para recibir indulgencias plenarias.

Rápidamente, un poco de circo, un poco de tablado, volví al

grupo femenino sudamericano, y por lo bajini, reunidas en torno, les canté aquello:

*El vino que bebe Asunción
no es blanco ni tinto
ni tiene color...
Asunción*

Y ellas aplaudieron como locas. Ya estábamos casi en puertas para el próximo avión, cosa de tan sólo cinco minutos o diez y nadie extraño con mirada pesquisidora daba vueltas por allí, o sea, libre por el momento, un poco libre al menos.

Estábamos en el momento incierto y temerario, pero peor sería para Crístides, ya que había llegado su hora, y yo empezaba a considerar a Crístides autor de una hazaña personal admirable y hasta sentía envidia de su coraje, sobre todo de su juventud.

En mi maletín de mano iban muy ordenadas y dispuestas las cartas que aquella misma noche serían depositadas en Washington y como iban metidas entre revistas y folletos inocuos no era fácil que nadie viera en los papeles motivos de precaución; la cosa marchaba y al menos si yo había corrido algún peligro en Kennedy Airport ya casi se podía decir que estaba fuera de órbita.

Agarré y apreté fuertemente la mano a la campeona de aquella excursión, de cuya jarana tampoco es que me hiciera muchas ilusiones porque hay veces que las cosas que se presentan fáciles luego se ponen de lo más aburridas y fastidiosas, pero ellas seguían canturreando:

El vino que tiene Asunción...

–Yo creo que es que *bebe* no que *tiene*, a no ser que entendáis o que queráis decir otra cosa...

Y ellas seguían con su algarabía como pájaros de la selva, y por fin salimos al ventarrón refrescante para subir las escalerillas del avión.

Estupendo, colosal, maravilloso, porque tomamos aquel avión como si estuviéramos en un piso de vecindad dispuestos a celebrar una juerga honesta en la que siempre cabe algún sabroso desliz, o sea un viaje como la seda, porque yo me coloqué al lado de la que probablemente más aguantaba, y juntamos las rodillas en el asiento y le puse el codo en el pecho, duro por cierto y alzado, y todo iba sobre ruedas, mejor dicho sin ruedas y por los aires, y quizás en Washington ya sería fácil enterarse de algo, porque la televisión lo diría o algún parte informativo, y más adelante ya veríamos, que a mí no me verían en otra junto al Judas miserable de Justo, aunque Narciso me rogara o me hiciera chantaje, cada cual en lo suyo, que habría que elegir de nuevo seguramente otro camino más mío y sin intermediarios.

Un hombre bajito, con una barriga complaciente y temblorosa y el pelo ya escaso y ensortijado, me miraba de vez en cuando, como diciendo: «Qué bien lo estás pasando, compadre», y yo me sonreía, y él seguía mirándome y sonriendo, con los ojos un poco enrojecidos por los bordes, los labios un poco amoratados, más bien caído el de abajo, lo cual formaba combinación con su nariz como una bola aplastada. «Qué gente más rara circula por el mundo», pensé, y me seguí dedicando a mi compañera y todo

lo ocurrido, el paso por las rampas y los túneles, todo me parecía cosa muy remota, como si lo hubiera leído y no hubiera sido yo mismo en plena función, que para sentir el ser, el ser uno mismo, hay que estar en movimiento y por eso, aunque quería distraerme, no me olvidaba de mi acción, porque en mi acción estaba mi personalidad que era de lucha, los últimos restos de una lucha a la que no he renunciado ni aun *aquí*, pero en el trayecto de Nueva York a Washington, aparte de que yo fuera magreando discretamente a la peruana en cuestión, también me di cuenta de las cosas que pueden suceder en una hora, y de vez en cuando miraba por la ventanilla y veía grandes juegos geométricos de luces, pero no terminábamos de aterrizar, unas nubes densas y rápidas nos hacían dar vueltas y más vueltas buscando el agujero por el que colarnos y cuando ya teníamos casi a la mano el rebullir de las avenidas y los alrededores, de nuevo el telón de fondo y la lluvia que daba en la ventanilla, hasta que por fin, entre filas

de coches y luces rojas y monumentos iluminados, caímos sobre el campo y bien pronto tocamos la pista y las muchachas aplaudieron como cabras excitadas.

Era pronto, ¿estarían ya surtiendo efecto los mensajes dejados en los buzones de Nueva York? Había que esperar un poco más, pero cuanto antes explotara el *impacto*, mejor para todos, hasta para el propio *monsignore*–, ahora no se trataba de pedir dinero sino de producir un sacudimiento moral, aunque parece ser que esta palabra nos está vedada a los revolucionarios, que los que pueden hablar de moral, por lo sabido, son los devora–dores de almas y cuerpos, que se pasan sus comidas de día y de noche, después de la bendición de la mesa, hablando de la paz, la

reconciliación, la hermandad, una especie de salsa y juego de palabras para que no se les indigesten las injusticias, los crímenes, las maldades que cometen, que el regodeo del triunfo sobre el débil, indefectiblemente debe provocar en esta gente una buena digestión, y no vomitan, nunca vomitan, y siguen escupiendo alabanzas sobre el orden, la familia, la convivencia, la seguridad, la explotación, esa explotación ordenada, que bien administrada es la felicidad universal.

Para eso estaba yo, para el desmayo, la languidez, «aquí la Esther está desmayadita», las carreras, «Verónica ha perdido el bolso», la pandilla de circo con sus absurdas piruetas de las muchachitas que repetían que si los negros eran tan peligrosos, «menos mal que te tenemos a ti», y la heladora indiferencia del chicle mascado, y el palitroque del guardia como un falo engrasado, y la cansina diligencia de los mozos, y más sudor, y preguntas estúpidas y zalameras respuestas, y maldiciones, y locos sueltos, y gente que empujaba, y más muchachas arracimadas como gallinas, y un niño perdido que llora, y los tiesos diplomáticos sin contaminación posible por su fila, y un río pródigo de personajes rodeados de periodistas block en mano, ¡oh, país de la libertad!, capital de la mierda negra, de la mierda blanca, de la mierda total, que para mí no era el terreno del toro sino el burladero, pero mi encargo era mi encargo, y por lo pronto, muy caballero y cortés, muy gentil como dicen ellas, tenía que deshacerme de la *troupe*, pero como macho me citarían con ellas para después, puesto que la noche no había comenzado, y antes, como un entrompado, tendría que dar unos paseos estúpidos, rápidos, certeros por la ciudad hasta cumplir mi misión, porque la disciplina es la disciplina aun entre nosotros, y son los que siempre están invocando la disciplina del

partido los que la cumplen a su beneficio y antojo, y como Washington para mí no era la boca del lobo, lo importante era quedarme libre, por lo menos dos horas, lo suficiente.

Las acompañé hasta la riada de taxis y me consideré feliz cuando supe a qué hotel tenía que dirigirlas y dónde las vería una hora más tarde, una hora o algo más, según, porque tenía que visitar a alguien, les dije, y por lo menos el gordito de sonrosadas y leves mandíbulas colgantes, con labios como manchados de tinta y gestos de detective privado, había desaparecido, aunque para mi entender no era tipo peligroso, y más bien lo tomé como un curiosón rijoso, tipo pijotero que siempre los hay, y allá íbamos en rebaño bajando y acomodándonos y yo el caporal, naturalmente, y esa frialdad tenebrosa de Washington, mármol, piedra, verde, cemento, madera quemada, cristales a prueba de balas, luces rojas y amarillas y verdes y diríamos que luces negras cayendo sobre el asfalto, sobre los árboles, sobre el agua, era el Washington inconcebible como capital del mundo, basura, miradas torvas, hambre negra, negro odio, lágrima negra en medio del impoluto funcionario y del peripuesto diplomático, viejas como grandes piojos pintados, jovencitas como pulgas desnudas, niños como trapos sucios, blasfemia de ciudad contra la tierra, lonja de contrata para la paz o la guerra del mundo, que lo mismo da.

Lo primero era colocar a aquel ganado y como un custodio de tetas en sazón las fui metiendo en los taxis y diciéndoles dónde iban y por supuesto quedándome con las señas del hotel –que era el «Metropolitan» o el «Metropol», ahora mismo no me acuerdo– y asegurándoles que dentro de una hora y media, yo me pasaría por el *hall*, por si querían dar una vuelta, al menos

alguna de ellas, por el Washington nocturno, cosa poco recomendable ciertamente, pero mi idea era comportarme como flamante caballero español del medioevo, por decir algo, que acaso eran tan truhanes como los de ahora, pero para mí las muchachas más que una diversión indudablemente eran como una coartada.

Bien, bien, requetebién, me quedé libre, no como los pájaros de Washington que a esas horas debían de ser más negros que nunca, y tomé un taxi a un sitio anodino pero en el centro, y lo primero que hice muy decidido fue entrar en el Press Center con mis papelorios y no hubo ninguna dificultad, porque en menos de diez minutos había recorrido tres pisos y había dejado bajo las puertas los mensajes en cuestión, metidos en su sobre y dirigidos a personas concretas, y aquello fue «la purga de Benito». Al salir me compré unos puritos en el *drugstore* y hasta estuve buscando una novela de suspense para aquella noche, aunque por dentro calculaba que el mejor suspense sería la entrega a aquella yegua limeña –ahora dudo de si era limeña exactamente– si las cosas venían como parecían venir, aunque en esto, como en los toros, siempre hay sorpresas, y húbolas, sorpresivamente.

No era agradable dirigirse por un Washington revuelto, lluvioso, ventolero, hacia el ITT, pero también la soledad, la tenebrosidad, el peligro en suma, incitan y obligan y todo era rápido, desfigurado, un tanto fantasmal, pero al mismo tiempo

de una facilidad casi angélica, y era seguro que ya no había nadie que pudiera detener la comunicación, sobres que caían en los buzones, mensajes que serían lo que tuvieran que ser, pero que en cualquier caso producirían el trueno, o al menos el eco o la resonancia de los truenos.

Dos o tres veces desde las cabinas tuve la tentación de meter monedas y llamar a Susan pero no la llamé, y yo creo que acerté porque lo único que faltaba era que yo le hubiera complicado la vida en aquellos días en que ella estaba metida en su propio lío, algo que no me había dicho claramente, y que desde luego era tan doloroso y cruel seguramente como secuestrar a un *monsignore* pancista y vividor.

Siempre alivia en estas situaciones andar solo por la calle, dar buenos zancazos, hablar fuerte con uno mismo, lanzar lejos una pelota de papel, quedarse parado en una esquina como si uno no supiera ni de dónde viene ni a dónde va, preguntar a cualquier despistado transeúnte una dirección absurda, y mientras tanto seguir por dentro la marcha de la acción, contando los minutos, sintiéndose burlador impune, machacando con los dientes a los lejanos o cercanos enemigos habituados siempre a triunfar a base de farsa y mentira, y en este sentido, aquella noche en Washington tenía mucho de juego o pantomima, al menos en mi papel, y hasta que yo no viera el noticiario de las diez en la televisión, no sabría de todos modos a qué carta quedarme.

Me fui al hotel «Excelsior» y tomé una habitación como un caballero, dejando allí mi maletín, después de comprobar que no quedaba ni rastro de la operación «mensajes».

Tomé en la cafetería un plato combinado, para resistir lo que se presentara, y me lancé de nuevo a la hosca calle, solitaria por cierto, pero yo creo que con el mismo temor o recelo que yo miraba a los merodeadores de la noche, ellos me mirarían a mí, y en paz, y era una suerte también tener a las muchachitas hispanoamantes aburridas en el hotel, porque no creía que en una noche como aquella anduvieran sueltas por el Washington monumental, que siempre es algo así como un teatro vacío pero con todos los decorados iluminados y a punto. Y en aquellos momentos yo no me sentía perseguido sino más bien muy dueño y libre, paladeando un gran secreto, que pronto dejaría de serlo, y en las desiertas y solitarias calles, bajo el esqueleto del ramaje de los árboles, avanzaba yo como una sombra que parecía imponente.

Ojo, otro medio agitador que se hacía el pánfilo o el espía y que andaba por las calles detrás de mí, parándose, rascándose el cogote, pisando blando, y yo ya empezaba a arrepentirme de no haber cargado con la pistola, porque eso siempre infunde cierta confianza, y la eficacia sólo es real cuando se emplea pero en realidad se emplea poco, es verdad, yo he empleado en mi vida la pistola más en broma que en serio, contra un bote de tomate, contra una cometa remontándose, contra un sombrero viejo, contra el pico de una chimenea, contra las orejas de un burro, contra una farola pintada de azul violeta, contra un gorro colgado de la rama de un árbol, un gorro de requeté por cierto, es decir tiros sueltos sin otra justificación que dar en el blanco,

pero, no voy a negarlo, también otros tiros, no tanto como se diga, claro está, fueron certeros, porque iban a donde tenían que ir, pero siempre en lucha, algún modo de lucha, un modo no sólo de destruir algo que estorba sino el único procedimiento para imponer el sueño del progreso, y alguien tiene que ser siempre quien con una fortaleza radical elimine impedimentos y trabas que se oponen al triunfo de las ideas no sólo de los más fuertes sino de los más buenos, y esto hay que decirlo con toda sinceridad, sin jactancia, porque los anarquistas puros siempre hemos luchado por lo mejor, y no hay mayor orgullo tampoco que no tener que arrepentirse de haber interpuesto algo innoble o sucio entre mi voluntad y el ideal, y los que cayeron en el camino cayeron por el propio peso de su maldad o su hipocresía más que por el de las balas.

De todos modos –me pierdo en extrañas filosofías, de las que no hay que hacer caso –yo vi o creí ver que alguien me seguía, pero también podía ser algún maricón incorregible, que en Washington dicen que hay cientos y la madre, comenzando por la Casa Blanca, el Departamento de Estado y demás industrias afines, y yo comencé a activar los pasos y a repentizar unas maniobras locas y el perseguidor se esfumó entre la neblina de donde había salido.

Pero, coñazo de tío, cuando ya lo creía definitivamente evaporado, pude verlo de frente casi, aunque se coló rápidamente en un garaje o algo así que a mí me pareció un sótano de coches, claro que no había que dramatizar, sino tomar la cosa con humor, sobre todo porque lo menos oportuno hubiera sido correr o sentirme efectivamente perseguido, no era para tanto, ya que USA está repleta de tíos raros, anormales, absurdos, pero

tampoco ahora tenía la completa seguridad de que fuera el mismo, porque podía tratarse de una coincidencia o de mi obsesión, por lo mismo la próxima vez que creyera verlo me detendría hasta enfrentarme con él de manera lo suficientemente directa para evitar dudas, eso sería lo mejor, y seguí mi ruta, ahora un poco incoherente y divagatoria, porque si llegaba al hotel y las muchachas se habían ido a la cama, pues ya inventaríamos algo o yo mismo me metía en la cama, también a leer un rato y a levantarme temprano para estar en Nueva York a las diez de la mañana como una rosa, mejor dicho como un capullo.

Sí, sí, como un capullo machacado en un mortero.

Afortunadamente, al llegar al hotel las más menudas de las excursionistas sudamericanas se habían acostado o estaban reunidas en las habitaciones dándole a la lengua, y abajo, frente al televisor y cerca del bar estaban las dos mayores y seguía llevando la voz cantante la «jefe», que había sido desde el primer instante mi preferida. Ya eran mayorcitas y sabían muy bien lo que querían y podían hacer. Yo las invité a un «cuba libre».

Más o menos se podía pensar que, aunque estudiantes ya maduras, eran hijas de papás con cafetales, bananeras o pozos de algo, porque las joyas que llevaban eran buenas y además del inglés hablaban perfectamente el francés, *oh, la, la*, pero allí sobraba una, como tantas veces pasa, y la que sobraba no quería

darse cuenta, o se daba cuenta y era la otra la que le había impuesto su presencia hasta ver por dónde iban las cosas, que a muchas mujeres les gusta llegar al límite de la experiencia, pero yo entonces lo que hice fue dedicar más atención a la llamada intermediaria o lo que fuera, es decir, a la que menos me importaba, aunque en cualquier caso, todo vale.

Pero siempre hay sorpresas y la sorpresa fue que uno de los aburridos de la barra, al oírnos hablar español, se vino con el vaso a nuestra mesa, por las buenas, un gordo, sonrosado, grandote, con cara de pastel de carne y muy borrachuzo por las apariencias.

–Estás triste y pachucha –le dije a la guía, para pinchar.

–Oh, no me conoces, ha sido el viaje, un viaje del que si pudiera le pediría cuentas a la agencia que nos lo ha hecho. Invitó el extraño personaje a un «Washington», un trago que él había inventado, según dijo, y que tenía prohibido a los barmans decir la fórmula, y las muchachas aceptaron. Él mismo nos lo sirvió y era un derrochador de optimismo, hablaba de cosas inconexas, de negocios, de sitios fantásticos para bailar un rato sin extraños peligros, y sobre todo hablaba de su salud, de que él era un tío en forma, y a mí no me molestaba del todo y acaso favorecía mis planes.

Todo era confuso, multitudinario, mixtificado, caótico, en la entrada del hotel donde se amontonaban los matrimonios con tarjetones de varios colores en las solapas, esta manía de los congresos a los que se acude en rebaño, pero también a veces el barullo enajena e inspira cierta confianza y yo, en resumidas

cuentas, lo que necesitaba era algo así como una frivolidad organizada y hasta estaba pensando si el *ligue* con la hispánica que algo tendría también de celtibérica, y parecía tenerlo, bien podría ser el amarre casual pero prodigioso de unas horas, y por eso me alegré cuando ella me preguntó, curiosa, entrometida y algo zalamera:

–¿Y cuántos días vas a estar aquí?

Yo hice como que pensaba la cuestión, o que la supeditaba a algo, que podía ser ella misma, y algo vago, pero dando a entender que según como vinieran las cosas, le respondí:

–Eso depende.

–Los negocios, claro –insistió.

–Los negocios y otras cosas –me insinué mientras el gordinflón me daba una palmada confianzuda en la pierna como si nos conociéramos de toda la vida.

Todo me resultaba muy extraño en aquellos momentos y yo mismo me encontraba flotando, aéreo, sin preocupaciones casi, y para mis adentros me decía que si en aquella hora llevara la pistola a la altura del corazón, acaso no hubiera dejado huir de mi mente, aunque fuera momentáneamente, los nombres de Narciso y de Justo, el uno mandamás encanallado y el otro encanallado mandaménos, pero es que ni siquiera quería pensar en el *monsignore*, y si en algún instante alguien me venía a la memoria era Crístides a quien quería figurarme como a un vengador justiciero cumpliendo simplemente su oficio de manera implacable y hasta invencible, y aquello me relajaba y me traía

ganas de bromear, ya sé que nunca se es del todo invicto en la acción, pero yo quería ver que Crístides no era sólo la chispa o el relámpago fugaz sino una fuerza indetenible de la naturaleza, porque en mi encuentro con él, el último, aunque sólo fuera con los ojos, me percaté cumplidamente de que Crístides no sólo tenía conciencia sino voluntad de llegar al final, y el final ya se estaría produciendo plenamente, es más, prácticamente ya se habría cumplido, aunque yo no sabía ni podía saber nada todavía.

El caso es que yo estoy aquí, en este piso alto, cada vez más arriba, junto a los luceros casi, como dirían los falangistas, y menos mal, porque todo lo de los pisos bajos era más desmoralizante, porque aunque están los tiempos como están, los que están abajo, en los sótanos del cianuro, son la leche con sus gritos, con sus malditas confidencias, con sus denuncias, con sus confesiones e insultos, y la proximidad del cianuro, tengo que confesar que al principio me alteró un poco los nervios, sobre todo cuando se pasaban las horas con sus explicaciones de cómo actúa, cuánto tarda, cómo será aquello de entrar y saber que uno se va a dormir de repente para no despertar.

Dialécticos en nuestro mundo sobran y yo nunca más me asociaré a esta clase de planificadores, a la mierda los dialécticos de la revolución y lo mejor será siempre hacer la revolución por libre, con el propio instinto, aunque se fracase.

Lo peor que tiene este sitio es no saber cómo me rodarán las

cosas, aunque los peligros graves se han ido alejando, quién me iba a decir que la guerra española, que ha sido en parte mi castigo y mi fracaso, también iba a ser mi expiación y el comienzo de mi liberación, pues alguna redención debíamos tener por esto y mejor si nos llaman locos, enajenados, traumatizados, como dijo un día el abogado con mucha solemnidad y como después se ha ido repitiendo a coro, y que el idealismo truncado siempre produce estas iras de acción incoherente porque en realidad, nosotros somos, el abogado insistió mucho en ello, una especie de *apátridas* por culpa de un desastre histórico.

No hay nada más infame que una cárcel de USA y uno nunca ha sido carcelero, pero no es sólo por la bazofia del rancho y otras menudencias, que a fin de cuentas se aguantan, pero uno preferiría incluso la saña, los golpes y el odio, a este experimento que mata sin golpear y donde todo es tan mecánico, que a veces hasta los guardianes parecen más prisioneros que nadie, porque no saben lo que está pasando en el Vietnam ni en Chile, lo que ha pasado en Cuba, lo que sigue pasando en España, y creen que todo nuestro drama consiste en no mantener el sexo erguido y no poder atizarse un buen lingotazo de whisky o babear cerveza, y de lo único que se lamentan es de que no podamos ver televisión a todo pasto y a mí me produce una gran pena también que al señalarme a mí hablan de «pirata aéreo», ¿yo «pirata aéreo?», como podían decir «pirata de alcantarilla» o podían llamarme filibustero, bucanero, corsario y no sé por qué no llamarme sacamantecas, vampiro, antropófago, por nombres que no quede, que lo único que yo pretendía era que el *monsignore* viajara gratis a la Cuba de Fidel dando la ocasión de irse una temporada a la zafra y entender la pasión y la tragedia de un pueblo, y todo esto lo digo por decir, porque incluso la

revolución cubana para mi conciencia revolucionaria ha tenido unos fallos tremendos.

Hoy, por cuestiones de insomnio, desequilibrio vegetativo y una especie de furia ciega y sorda que se ha apoderado de mí, después de la última visita del abogado acompañado de Susan, me han llevado al médico, y creo que voy a comenzar a tener un trato nuevo y ascendente, que es ya notorio y visible desde las primeras semanas en este infierno donde hasta los delincuentes a veces tienen más razón que sus custodios, sus perros guardianes, porque está claro que no quería decir ángeles custodios, y si tienen algo de ángeles custodios será por lo de pederastas que son algunos de ellos y a las pruebas vecinales pudiera remitirme, aunque ya sé que esto no haría más que complicarme la estancia en un hotel de invitados de honor, como somos algunos, al menos los que estamos por razones políticas que somos, podría decirse, los distinguidos, dentro de este matadero de carne de presidio, aunque los americanos, aun los presos, se enfadan mucho con palabras como ésta y prefieren que se diga que estamos en un balneario seco.

Pero la prisión obliga a pensar y a conocerse uno a sí mismo y a conocer a los demás, y cuando salga –y tengo confianza en que saldré pronto y Susan no me engaña– creo que lo que voy a hacer es dejarme de mandangas en USA y volver a España, y si puede ser con Susan y eso será una nueva vida sin que yo deje de ser quien soy, ni mucho menos, sino que en España, la España que araña y que revienta, una España en la que es tan fácil morir cumpliendo uno el oficio de lo que sueña y en dónde parece ser que ha brotado la retama amarga y salvadora.

Ir al pueblo, si me dejan entrar, entrar sobre la tierra calcárea y la piedra de blando puñal o de puñal mellado, y las paredes de cal como ropa blanca apretujada sobre la pila y las fachadas azules, verdes, rosa extendidas como pañolones colgados hasta el suelo, y luego las calles con su miaja de panza donde el polvo forma hoguera, calles todas iguales casi anchas en el mantel horizontal y estrechas en el pico las que tiran al monte, y sol y sombra en ángulos dramáticos, y lutos y colores encendidos en procesión o en disputa de actitudes ante la vida, y las torres de las iglesias, demasiadas por supuesto, y los niños sentados en los portales de las casas tragando pan con vino y sorbiéndose los mocos, y las bestias que se espantan de la moto o el coche, y el cartero que avanza por la calle como un ser mítico sorteando las casas, recibiendo preguntas de las viejas, y no menos preguntas de las muchachas, y los curas con su paso cansino de bueyes sin arado, y la fila amansada, hosca, domesticada, pero irritada, de los obreros que salen de las fábricas y las tabernas solitarias con los viejos que no se quitan la gorra y que ya ni se espantan las moscas, y las llamadas hermanitas de los pobres que aparecen por todos los sitios, y los llamados guardias civiles, y el pueblo extendido como un gran lagarto adormilado, viejo lagarto al que los niños pinchan con cañas, lagarto viejo que está a lo suyo y que ya ni hace caso de bautizos ni de entierros, sí ir al pueblo, si se puede, y no sé si para morir en él o matarme por su muerte resignada y estúpida, llegar a la plaza de losetas y escupir lo mismo sobre los triunfantes que sobre los derrotados sin memoria, por igual sobre los eufóricos que sobre los doblegados, esa masa que, según me cuentan por cartas, son más infelices y desdichados que yo mismo, yo al menos vivo con mi consigna a cuestas, y ellos lo perdieron todo, hasta la moral de lucha, eso que nuestro pueblo nunca debió ceder ni a los

señoritos envalentonados ni a los parias sin coraje, y sobre todo mi pueblo, con aquel frenesí que dio tipos fabulosos de dimensión totalmente heroica, y si fuera al pueblo, aunque me he jurado mil veces que no iría, me metería por los senderillos de los huertos, donde corren algunas venas de agua de vez en cuando, frutas que se robaban caídas y si podía ser sobre la rama, y también me entraría solitario por las barranqueras con cuevas y lagunillas pútridas, donde alguna vez vimos el salto loco del conejo y el revolverse de la serpiente, y hasta es posible que subiera al santuario donde la Virgen nueva que hicieron después de la guerra se dobla más por el peso de las joyas que le cargan todos aquellos que tratan seguramente de aliviar con oro su conciencia culpable, y yo no sé bien, porque dicen que han construido medio pueblo nuevo, si seguirá subsistiendo el antiguo bajo tierra, en el subsuelo, en las catacumbas de la pobreza, y hasta bajaría a la horizontal pudridera del cementerio, donde algunos muertos tienen su foto de soldado o de primera comunión, pero donde hay enterrados tantos y tantos sin lápida siquiera, y acaso de vuelta entrara en alguna de esas tabernas donde las borracheras y las discusiones pertenecen al mundo de los milagros del vino de la tierra, grados de alcohol que fulguran en delirios de sueños y en rachas de autocolgamiento, con una técnica ancestral, sí ir al pueblo, de donde uno salió, ver las caras, ver las fachadas, ver las luces, oler los callejones, respirar el viento furibundo, presenciar el paso de un entierro, oír los gritos de los jugadores del dominó, escuchar la conversación de unos niños en un postigo, grandes picardías en gente tan menuda y al parecer tan ignorante, y luego la sempiterna cantinela del cotilleo, curiosidad malsana de las beatas lamentosas, runruneadoras, cadaverinas, aflictivas y afligidas, y conflictivas como se dice ahora, aunque todo su conflicto siempre es la

murmuración, viejas agrias, venenosas, de escapulario pegado a la carne, de medallas entre las monedas, miserables brujas de este pueblo mío que era el más católico del país, según ellos, y que luego vino a demostrarme que era el más revolucionario, y que lo que hizo lo hizo por justicia simplemente, harto de limosnas, mentiras y consolaciones.

Una de las cosas que más gracia me hacía en mi pueblo era el despertador de piedras, ya que todo el que quería despertarse temprano, muy temprano, ponía a la puerta de su casa tres o cuatro o cinco piedras, según quisiera que lo despertaran a las tres, las cuatro o las cinco, y el sereno, implacablemente, iba contando piedras y dando porrazos en las puertas hasta que veía encenderse alguna luz, no sé si seguirán con este método primitivo que a tantas bromas se prestaba, porque bastaba colocar piedras en la puerta de quien no tenía por qué levantarse temprano o quitárselas a quien tenía que agarrar el coche de línea o el antiguo trenecillo para que surgiera el drama, pero el drama en mi pueblo siempre iba acompañado con el desfile rápido de Feliciano, acompañado de los camilleros que apenas podían seguirle, Feliciano era un «as» en eso de oler muertos dentro de las casas, ancianos que morían en soledad, y en descolgar ahorcados y sacar ahogados de las charcas y cuando uno veía correr a Feliciano, se decía, «malo, malo...» y nunca se equivocaba, pero durante la guerra Feliciano dejó de ser protagonista y entonces se murió de repente, creo que de aburrimiento...

Pero el carro se me está yendo por el pedregal –a qué vienen ahora todas estas minucias de mi pueblo– tengo que continuar con las cabras locas del hotel en donde las dos venusinas hacían un discreto campeonato para mostrar cuál de ellas era más femenina, aunque las dos me parecían un poco machorras, y allí estaba el hispánico dicharachero osado poniendo las manos, de entrada, donde le daba la gana, lo que hacía que yo me mostrara frío, prudente y distante.

En realidad, pensaba en lo que tenía que pensar, esto es, en el avión secuestrado, con el cuasi purpurado *monsignore*, cuyo arribo a lo mejor ponía en carril las relaciones de la Santísima Sede con el gobierno de Fidel.

Pronto tendríamos, así lo esperaba yo, en los cables la biografía de Crístides que para mí que creía más en Cristo que el *monsignore*, y por supuesto muchísimo más que Justo, y le colgarían el sambenito de terrorista, cuando su terror, como el mío, es el de la inmolación por la causa.

No sabía tampoco nada de Narciso, aunque era natural, pero a tiempo lo sabría todo. Conocí a muchos Narcisos fantasmas de las revoluciones, y los hay en cantidad en todas las organizaciones, como hay chulos de puta, robadores de peras, revendedores de pescado, donantes de sangre, de parroquias y escuelas, y yo ya he conocido muchos Narcisos, repito, que visitaban los frentes con pellizas de lobo o de conejo y presidían desfiles o entierros con el puño muy cerrado y siempre pidiendo,

eso sí, mucha disciplina, aunque la suavidad de Justo ahora había puesto sobre Narciso una especie de capa de plástico, ternura que tienen los curas cuando van a acompañar a los presos de las cárceles hasta el patio de la ejecución, melosidad que tienen los prestes cuando los padres les entregan un hijo degenerado y los nombran preceptores, indiferencia de embalsamadores, pericia de brujos, susurro de confidentes de la policía, porque siempre habrá un Justo tomando chocolate con hostias y protegiendo a una pobre viuda solitaria, y con la misma miel actúan de componedores de matrimonios rotos, y acompañan al ricachón en el lecho de muerte hasta que llega el notario, y ahora seguramente ya Justo, el encanallado Justo, estaría a bordo pidiendo un batido de fresa para Berta y un zumo de naranja para las niñas como ángeles rubios, y menos mal que no teníamos que vernos en algún tiempo...

Seguíamos en el *hall* del hotel mientras a mí se me iba reventando la bolsa de la bilis y decía cosas mortificantes para las dos muchachas que querían resistir la prueba del fuego, aunque debían de estar ya muy pasadas por las armas, pero qué más daba, yo no las había buscado, ellas se habían pegado como lapas, y sólo sucedería lo que tuviera que suceder, que no podía ser tampoco mucho, porque uno ya está curado de esa euforia tonta, y ellas también jugaban y se resistían y a lo mejor esperaban lo peor y temían lo mejor para sus adentros, pero el tiempo no contaba y el hispánico se iba poniendo impertinente y yo callaba, pero esperaba, esperaba...

Fue idea del gracioso heredero de los incas, que saliéramos a dar una vuelta y ver los monumentos de Washington de noche, un espectáculo inolvidable, repetía; no estaba mal la cosa,

siempre que el reparto de parejas fuera el justo, quiero decir el que a mí me convenía y así fue, porque yo la agarré del brazo como se toma posesión de una vaca, y aquello empezó a funcionar.

Estaba claro que ellas se fiaban de nosotros, sobre todo de mí, y así fue como saltamos hacia un taxi en la puerta del hotel, pero nada más entrar al taxi el indito suave y previsor sacó una hermosa petaca de whisky del bolsillo, ellas, al principio, no querían tomar, pero nosotros sí lo hicimos y ellas, sin remilgos ya, lo probaron. Aquello no iba mal.

Había que dejar al indito de guía, puesto que oportunamente se había colocado al lado del taxista, en un alarde de familiaridad y concesión extraordinaria.

–Viva la tortilla –gritaba el indito como un descosido canallita, y ellas reían.

Como éste no era mi sistema yo achuchaba como podía en silencio a la ojerosa, también indita, hasta cierto punto, quién sabe si con algunas gotas de sangre negra, pero para mí no hay barreras en la piel, ni dentro, ni fuera, ni en ninguna parte. Washington tenía algo de escenario vacío en aquella noche de bruma, con focos teatrales y las estatuas era como si estuvieran en la representación muda de un gran «Tenorio»; algunos coches de policía, algunos solitarios paseantes, acaso no maleantes ni maricones, quién sabe si también algún lírico sentimental que componía un poema a Abraham Lincoln, pero también había estudiantes *hippies* al arrimo de los árboles y muchos coches parados, con las luces apagadas se

amontonaban o retorcían de modo inverosímil, y el indito de nuevo se alzaba como un pelele y gritaba cada vez más tronado:

–Y viva la tortilla.

Era un pelma, de esos que además se las dan de ocurrentes y a los que dan ganas de ponerle un tapón de damajuana en la boca.

Por fin nos detuvimos en la escalera del gran templo de la democracia. Era para tirarse un pedo.

El indito era un seductor en toda regla porque se perdía como un gato montés entre columnas y estatuas, y lo mismo echaba a correr con su pareja de la mano internándose por la jardinería que se quedaba en actitud orante.

–Un buen ganso –le dije a mi compañera.

–Tú eres más serio, ¿no? –comentó ella, pero en su voz había cierta ironía porque yo también, aunque más suavemente, la iba llevando a lo oscuro y apartado.

Estas mujeres que se entregan y se resisten dan fiebre y Diana era de éstas, sólo que más caliente y también algo más pérfida, no había que confiarse, que tampoco yo había ido a Washington en plan de cadete enamoradizo, y por eso mismo urgía, pero sin bromas, cuando ya el indito se apagaba como una vela en un

rincón del monumento.

A mí no me gustaban ni las escaleras ni los bancos por lecho sino que aspiraba a la pura y verde hierba, aunque no fuera tan pura, y todo era cosa de tumbarla por las buenas y las tentativas fallaban pero yo sabía que aquello terminaría resultando, y por fin lo conseguí, pero ahora es cuando viene la maldición de las maldiciones, el impropio fenomenal, porque en lo mejor y en lo peor de la situación, un coche de la policía que se paró y la sangre, que se me quedó helada y entonces fue lo de tratar de respetar a la dama y portarse como un caballero y mostrar la identificación, pero de una manera convencional miraron el pasaporte y de allí salimos con viento fresco, mohínos, afrentados, pero el indito no perdía el humor y en medio de la arboleda dio otro salto de mono y gritó:

–Viva la tortilla.

Me entró una rabia extraña contra él porque efectivamente había sido un gafe, al menos para mí, y cuando regresamos al hotel, cansados como burros de molinero, aunque él propuso unas libaciones (dijo libaciones) en el bar, yo estaba por otra cosa y no sabía qué hacer si proponerle a Diana que se viniera conmigo al hotel mío, lo más expuesto, o subirme con ella a su habitación, pero aquello tenía un inconveniente y era la compañera del indito, pues a beber se ha dicho, para hacer tiempo, hasta que yo le robé la llave a Diana y me fui al ascensor, y ojalá lo hubiera hecho antes, porque Diana me siguió como una cordera, pero las cosas que no tienen que salir no salen o salen mal, porque todo fue como no debía haber sido, tan rápido y estúpido, que yo mismo me avergüenzo de ello y sería cosa

increíble para Susan, con toda seguridad, porque sabe que yo no suelo comportarme así, y pudo terminar mal.

Y ninguna mujer, por delicada y tierna que sea, por apasionada y ardiente que quiera mostrarse, por perdida que lo sea en el fondo, es como tú, la Susan de siempre, porque tú, Susan, ciertamente eres la suficiente, la imprescindible, la insustituible, y si yo cuento esto ahora, es porque Susan se merece un homenaje ya que tan pocas palabras le digo en tales momentos, siempre ella, solo ella, Susan, lo escribo desde aquí, es algo más que una hembra, es un pozo que no se acaba, el manantial que corre, la nube que gira, el monte impenetrable, y no sé decir más, querida Susan, que desde aquí te pinto en la pared con los dedos mojados en saliva, tal como te recuerdo, filón inagotable, hambre perpetua, noche eternamente inefable.

Pero cuando descendí al vestíbulo comenzó lo mío, porque yo pensaba irme escapando de todo, pero allí fue la revelación súbita de lo que ahora estoy purgando y pagando, y probablemente el indito había calculado mal el tiempo y allí lo vi, lo tuve que ver, chachareando muy amigable y confidencial con el tío perseguidor, con el tío pequeñajo de la papada, los mofletes, el del círculo morado alrededor de los ojos, aquel gordito del avión, del aeropuerto, de no sé dónde más, pero el caso es que sentí miedo, un miedo extraño, porque aquel tipo mollejo y levitado, por algo estaba allí, saltando sobre el portal de gusto al escuchar al indito, y él, tan mirón, hizo como que no me veía,

o no me vio, y seguía dando palmaditas en el hombro al indito hablador, y yo diría que tenía los mofletes más colorados que nunca, pero nada de ebrio aunque seguía dando saltitos, y hasta se reía como un travieso hurón que había llegado al fondo del agujero, y mi miedo, que nunca me ha engañado, tenía su razón obviamente, porque su sonrisa era o podía ser mi atrapamiento.

Mi instinto nunca me ha fallado y al escaparme del hotel comprendí que tenía la mosca, sin percibirlo claramente, no en la oreja sino dentro de la oreja y más aún, dentro ya de la mollera y quizás no hubiera servido de nada, pero pude actuar de otro modo y lo que hice fue irme a mi hotel muy despacio, casi solemne, y al indito que le dieran por atrás, que era su punto, o su puntazo, porque a base de vaselina todo se hace no sólo más suave sino más grande.

Aquella noche me arrepentí de no haber cargado con la pistola porque quién sabe para quién podía haber sido la *píldora* primera, si para el arrullador de los mofletes colorados o para el indito pálido y ojeroso, aunque ahora me alegro de no haber llevado el instrumento resolutivo encima, pero la cosa no vino mal, porque cuando ellos hablaban de mí, lo sé, y miraban hacia dentro, yo pude meterme entre una patulea de turistas borregos y me encontré en la calle lanzando venablos y otra vez la mano negra quemada de Washington me iba haciendo sombras o claridad, quién sabe, en las esquinas, y yo seguía avanzando, como un anarquista invertebrado y perseguido, avanzando a saltos como los gallos, arrastrándome infantilizado bajo los semáforos, corriendo bajo la bruma lechosa y húmeda, y ya con ganas de llegar al hotel para ver la TV o escuchar las noticias,

algo que me atara a mi carro, a mi exaltación, porque también la exaltación necesita exaltación, aunque sea en cierto modo irracional, pero casi siempre es muy racional en mi caso, porque yo pienso lo que quiero, hasta el final, y hay que reírse de las nieblas y de las rosas que perduraron en un otoño largo, y también de las margaritas que parecerían otoñales de puro nuevas, y allá aquellas americanas del Sur, más vulgares que las alcachofas, más irritantes que la cebolla, más frescas que la lechuga.

Uno se cura mucho hablando consigo mismo y yo vivo en la cárcel todavía entero porque soy una máquina de hablar y ojalá escribiera, supiera escribir, todo lo que me hablo a mí mismo, pero recuerdo que yendo hacia el hotel yo peroraba como un magistrado y me decía dónde estaban los puntos flacos y los puntos fuertes y quiénes eran los débiles, los desamparados, los maltratados, los abandonados y sabía muy bien qué lugar ocupaban los fuertes, los hábiles, los débiles y los malsanos...

Y cuál no sería mi sorpresa cuando al entrar en el *hall* del hotel me encontré sentado en un butacón al espión de los mofletes color de rábano, que los pies casi no le llegaban al suelo, y estaba como alejado, indiferente, como si llegara de un viaje aburrido y largo, y en vez de huir el bulto, me dirigí hacia él y lo saludé como a un antiguo compañero, diciéndole: –¿Qué tal, que tal la noche de Washington?

–Perfecta, perfectísima –respondió con aire ceremonioso, y

condescendiendo un tanto me dijo–: ¿Quiere tomar algo en el bar?

–Huy, con lo cansado que estoy.

–Ha debido de ser un día de mucho trabajo.

–No mucho, no crea.

–Cuando se pasa bien, no se siente lo demás –dijo.

–¿Y usted, por lo visto, ha venido a Washington por mucho tiempo?

–Yo no hago más que viajes de ida y vuelta.

–Negocios.

–Más bien complicaciones.

–No hay que complicarse la vida.

–Lo malo es cuando a uno se la complican los demás.

–Hay que prescindir siempre de los demás.

–¿Quiere usted que salgamos a dar una vueltecita?

–Oh, estoy rendido.

–Lo comprendo perfectamente, hay días que se hacen jornadas extraordinarias –y aunque lo decía como un funcionario, dijo todas estas palabras despacio y fue como un

aguijón para mí.

Hay tíos pesados y él era uno de esos incansables folloneros que se pegan a una persona y no la sueltan, yo no veía más que las dos rosas de sus mejillas y las manos pequeñas y gorditas que se acariciaban la una a la otra blandamente, pero en el sillón de al lado tenía los periódicos de Washington hechos un cucurucho, y tuve la tentación de mirarlos, pero me reprimí a tiempo, ahora veía claro que todo lo del gordete sonrosado era un cebo, él mismo era un cebo expresamente preparado para mí, aunque yo no quería que él se percatara de que yo estaba sobreaviso.

La situación no podía ser más absurda y tanta rabia como sentía contra el siniestro personajillo la sentía también contra mí mismo, por haber caído en la trampa de entablar diálogo con él. Todo aquello era inadmisibile y precisamente porque el tal vejete me husmeaba tan activo y provocador, yo lo tenía que haber ignorado desde el momento en que me di cuenta de que, de cierta manera, me venía persiguiendo, y lo que más me perturbaba era que el viejo no se hacía el enterado de nada, pero aparecía en todas partes donde yo iba, como si fuera mi sombra, como un fantasma que tuviera el don de traspasar las paredes, de trasladarse por arte de magia y aparecerse en cualquier lugar. Si no era un espía era alguien de otro mundo, y lo digo por decir, porque a mí que me echen fantasmas, y tampoco podía ser un fantasma con los labios tan amoratados y los ojos tan rodeados con aquel halo morado, que lo que era seguramente era un putero trasnochador, aunque ya se veía que no estaba para nada.

En aquel momento yo no podía contener mi rencor y mi rabia

y le dije:

–Creí que estaba usted en el otro hotel.

–Estaba...

–¿No será que me sigue a mí?

El viejo rió y señalándome otra vez con el dedo, dijo:

–¿Y si yo le dijera que usted me sigue a mí? Porque lo único que ocurre es que vamos coincidiendo, inevitablemente vamos coincidiendo desde el aeropuerto, ¿no?

Se escurría y el anzuelo estaba en el aire, pero tampoco me iba a dejar sorprender tontamente, así es que me largué a recoger la llave a conserjería diciéndole con mayor ceremonial posible:

–Buenas noches y hasta mañana.

–Hasta mañana –dijo agregando después muy paternal–: Que descanse usted, que seguramente lo necesita.

Me subí pataleando en el ascensor como un oso achuchado, y una vez en mi habitación puse la televisión y, oh rayo de la suerte o de la mala suerte, en aquel mismo instante comenzaba un noticiario de última hora y allí brotaron como chispas las palabras *secuestro aéreo* en Nueva York, pero había que esperar a la información completa y me movía por la habitación como un león enjaulado y cerré los puños estrangulando la impaciencia, ¿por qué no daban detalles?

Más tarde, sólo quince minutos después, vino la revelación pero tan extraña y parcial que ojalá no hubieran dicho nada, porque nada se desprendía que fuera éxito de la operación «Z», se hablaba de un perturbado que había tenido que ser muerto a tiros por la policía después que él disparara sobre un alto funcionario de las Naciones Unidas, sin que se especificara nada más.

Llamé por teléfono para que del bar me subieran un whisky doble y una botella de agua mineral.

Había que seguir esperando; pasé a otras cadenas, pero donde no había una película de cama, la había de guerra, y volví a la estación de las noticias.

¿Había caído Crístides en el mismo aeropuerto?, ¿se había llevado por delante al *monsignore*? no decían que hubiera muerto, probablemente la tensión había hecho enloquecer a Crístides y había decidido aplicar el castigo total al gran preboste, ¿o bien lo habían descubierto todo y al no haber posibilidad de secuestro, había intentado cargarse al eclesiástico romano?, no decían nada ni yo podía saber nada.

Y seguí esperando, y lo—que añadieron a los pocos minutos era para reírse, el perturbado que había intentado raptar el avión la TWA, había colocado previamente un artefacto explosivo en uno de los lavabos de la Compañía, qué tío el tal Crístides.

Pero ahora Justo quedaría para declarar todo lo declarable, y el que estaría temblando sería Narciso, el gran jefazo.

¿Y si en vez de confiar la misión a otros yo salía inmediatamente detrás de Justo?, de perdidos, al río, y antes de que comenzaran a desenredar la madeja, pero para eso tendría que hablar con Susan y dispuesto estuve a marcar su teléfono, pero colgué, cuando desde abajo decían, «diga, diga...»; lo mejor sería salir hacia Nueva York inmediatamente, aunque fuera expuesto y precisamente porque lo era, ¿no había sido Crístides un tipazo fenomenal, un anarquista feroz, total?, se desprendía que estaba harto de hipocresías, y quizás en la guerra española podría haber hecho un papel tan macho como el llamado «cura loco» Alfredo, que siempre a los tipos de vena y temperamento terminan llamándoles «perturbados».

No era oportuno llamar por teléfono para nada, todo estaba seguramente controlado por el viejo chivato de abajo y había que dar una sensación perfecta de normalidad.

Pero no me acosté y me mantuve vestido, estirado en la cama y con la luz apagada, sobre todo procurando pensar en frío el primer paso que tenía que dar, que no podía ser en falso porque costaría la vida al artista, y yo no estaba para muchos ni para pocos saltos sobre el vacío.

Examiné primero la salida arrebatada hacia Méjico, aunque de aquello tenía unos recuerdos poco amables y casi agresivos con la pandilla de majaderos líderes del exilio, total, que era una salida pero no me convencía, aunque allí siempre encontraría más defensa y menos posibilidades de represalia.

Pero había que esperar a saber algo más, ya que todo parecía tan confuso en los detalles, por ejemplo, culpando a Crístides de la explosión en el lavabo, ¿y a quién culparían de las llamadas telefónicas?

No me podía alejar del teatro de operaciones sin saber el papel que en los últimos momentos jugó Justo y conocer su paradero, porque si había salido para Italia y Francia primero, antes de acercarse a España, todavía podía recibir su merecido. Sin un contacto directo con Nueva York ciertamente estaba a ciegas sobre el giro de los acontecimientos, ¿qué sería mejor, que hubiera muerto el *monsignore* o que no hubiera muerto?; seguramente lo mejor sería que se hubiera ido sin decir' nada y así, quizás habría algún procedimiento de echar todo el peso de la culpa sobre Justo, y para esto yo tenía mi secreto personal y al propio Narciso, por propia conveniencia, lo forzaría a ello, aunque a Narciso lo que más le interesaba era no saber nada y callar.

Toda mi rabia se centraba una vez más violentamente contra Justo, era imposible que a su lado nada nunca hubiera podido salir bien, siempre llevaría encima el halo fatídico de su interna contradicción, el escándalo amañado de su vida, la broma pesadísima de su renuncio, la infame secuela de su condenada consagración.

Como puestas de acuerdo, las emisiones no daban noticias del secuestro, como si aquel asunto se lo hubiera tragado la tierra, la televisión tampoco decía nada –la tenía puesta casi sin voz– y la radio hablaba de todo, hasta del Sahara y de la salud de Franco, menos de lo que había ocurrido en el aeropuerto

Kennedy. Era desesperante.

Vi amanecer sobre Washington lentamente como quien levanta una sábana mojada sobre un cadáver putrefacto y yo seguía tumbado en la cama con los ojos fijos en el ventanal corrido.

De repente –eran las seis y media– me levanté de golpe porque me pareció oír unos pasos quedos por el pasillo, estuve un rato parado detrás de la puerta, tratando de escuchar, pero nada se oía sino de vez en cuando el ruido del ascensor, y sin darme cuenta apenas me estaba lavando y disponiendo mis cosas, pocas por cierto, dentro del maletín–cartera, no podría aguantar más en aquella habitación, como gato pillado en la gatera, lo primero que tenía que hacer era leer la prensa de la mañana y por la calle ya desfilaban los primeros madrugadores.

No sé si llegaban más turistas o se iban otros, pero por el pasillo comenzó a haber cierto movimiento y revuelo, era el momento ideal para el escape, hay que responder siempre al instinto y a ese azogue que penetra en la sangre y nos hace lanzarnos a la aventura, aun a pique de caer sobre el vacío y ese mandato de la sangre yo nunca he podido sortearlo ni estoy arrepentido de este fatalismo de mi naturaleza.

Bajé despacio, por las escaleras y me dirigí a la ventanilla a pagar mi cuenta:

-¿Se va?

-Quizá regrese este fin de semana, el hotel me ha gustado.

-¿Tiene coche en el garaje?

El tío me había dado una idea, alquilar un coche y presentarme en Nueva York por carretera; el viaje me daría tiempo a pensar y acaso una llamada a Susan, desde el camino, me pondría en ruta, pero no, no era prudente llamar a Susan, si acaso iría directamente a su casa una vez terminada la jornada de trabajo, en que ya se sabría lo suficiente en su misma oficina o la citarían en el bar de la esquina con un papelito echado por debajo de la puerta; adonde no volvería derecho sería a mi residencia, llamémosla así.

-Entonces, ¿no guarda coche en el garaje?

-No. Tengo que conectar con un avión para Nueva Orleans
-improvisé.

Me preparó la nota, pero quise notar yo que el empleado entraba al cuarto de dentro y llamaba por teléfono, pero no le respondían, que después, cuando supe lo que supe, até yo todos estos cabos.

Ya estaba en la calle y sin que hubiera aparecido el pelma del veje te mirón, preguntón, y mierda.

Una cosa era fácil de probar, que era imposible que ya en su primera aparición estuviera enterado de mi conexión con lo que estaba sucediendo en el aeropuerto Kennedy, aunque bien

examinadas las cosas, quién sabía desde cuándo lo llevaba pegado a mi espalda; de todos modos, ahora lo despistaría, al menos por un buen rato, y también era posible que los dedos se me hubieran hecho huéspedes y no era la primera vez en la vida que metía la pata por aprensivo, sugestionado y excesivamente susceptible, porque hay veces que me importa todo un carajo y me lo juego todo al alimón, pero otras veces me reconcome cualquier palabra, cualquier sonrisa, una insinuación de gesto, y salto como un canguro sobre la posible presa.

Había niebla a mantas, lo cual me daba una mayor sensación de seguridad y era necesario casi pararse en las esquinas antes de seguir adelante, pero yo quería perder de vista el hotel y su habitante, que algo de algún modo tenía que ver con la policía o con algún servicio detectivesco, porque en USA hay de todo, y hay, sobre todo, gente para todo. Era muy temprano para que la ciudad hubiera comenzado a sacudirse las pulgas y estaba dispuesto hasta a meterme en una iglesia, pero tampoco las iglesias madrugan mucho en Washington y no encontré ninguna abierta.

Era conveniente que me vieran o haber sido visto, por si acaso, en el aeropuerto y allí me fui en un taxi procurando pasearme más de la cuenta, preguntando combinaciones hacia Nueva Orleans y Miami, lo cual tampoco era una tontería, porque, quién sabe, si con la reserva de mis dólares y mis pequeños ahorros no podía tapar el agujero de una huida discreta, y menos mal que en todas partes contaba, más o menos, con algún viejo amigo o camarada, aunque uno ya se ha llevado grandes chascos en la vida.

El caso es que no me dominaba ningún canguelo ni tampoco me sentía culpable de la sangre derramada, y si me oprimía alguna pesadilla sobre el final de Crístides, quién sabe si por una cólera instantánea, por sentirse descubierto o por pipiolo en esta clase de operaciones, a pesar de su energía y temperamento, pero al menos no había resultado traidor, traidor no había más que uno, el de siempre.

Llegó la prensa y al ver el titular y la foto me entró un sudor frío y lo que hice fue sentarme lo más calmado que pude y tratar de digerir el petardo.

Nada más comenzar la información decíase, como quien no quiere la cosa, que se buscaban conexiones con el frustrado secuestro aéreo que había costado la vida a su ejecutor, Crístides Flaherty, y a un funcionario de las NU, Justo Romero Sánchez, y aquello fue como si me hubiera tocado la lotería, pero temiera que la noticia pudiera causarme el infarto, y de nuevo leí, no había fallo, y proseguí con el relato, que no estaba claro, porque la cosa sucedió ya en la escalerilla del avión, prácticamente en el momento de embarcar y de despedir a un emisario de la Santa Sede en las Naciones Unidas, y sólo al final ponían el nombre del *monsignore* y su función en Nueva York, pero había otro dato preocupante en extremo y es que una bomba había estallado en los lavabos de la Compañía TWA, justamente en el instante en que ocurrían los hechos en la pista de embarque y la policía añadía que no era posible que el pirata

aéreo fracasado fuera el que había colocado la bomba porque se habían recibido también algunas llamadas telefónicas desconcertantes que por fuerza tenían que haber procedido de un cómplice.

Fue un baño matutino para mí que me puso tirante como el rabo de un toro, pero había una realidad feliz que desbordaba el terror y el miedo, y es que Justo había sido eliminado del mapa, cosa que me habría de hacer hasta tolerable esta estancia prolongada en la cárcel, pues esto de la cárcel es feo, muy feo, y a nadie se lo deseo, pero cuando me atraparon, por fin, me pareció casi un premio por haber contribuido en cierto modo, aunque yo nunca pude imaginarme lo que ocurrió, a eliminar a ese ser antípoda, reaccionario–revolucionario y revolucionario–reaccionario que era Justo, peste burguesa limosnera, servidora, y claudicante, escalador, trepador, arribista, ex cura tentador... por no decir demoníaco.

Lo que no podía comprender aún era el arrebató de Crístides, si lo que se trataba de conseguir era el rapto del *monsignore*, algo debió de ocurrir que lo obligó a abortar todo el plan con su propio sacrificio, porque Crístides no se había andado por las ramas y ya el hecho de llevar cargada la pistola había sido de su propia responsabilidad, algo que podría haber presentado yo, pero nunca la acción directa y repentina, y si la policía había disparado sobre Crístides porque Crístides había disparado sobre Justo, ¿qué estaba haciendo Justo en ese preciso instante?, el hecho de que la última réplica la hubiera dado la policía, indicaba que Justo estaba cerca o en contacto con ella y que al descubrirlo Crístides de manera palmaria, prescindió de momento del *monsignore* y quiso suprimir de raíz el gran

estorbo que era y siempre había sido el tal Justo, pero todo esto se me confirmaría más tarde.

La información de los dos diarios que tenía delante no decía si el *monsignore* había continuado viaje, aunque lo más probable y lo que se sacaba en consecuencia es que no, aunque se decía también que el avión tardó tres horas en salir con destino a Méjico.

O sea que ahora comenzarían las llamadas diligencias, las pistas sobre todo lo que pudiera haber detrás, una serie de pesquisas e interrogatorios, que no tendrían más remedio que afectarme, tarde o temprano, más bien temprano.

Pero algo positivo, dentro del desastre de la operación «Z», había acaecido, y es que nunca más habría ya diálogo con Justo, ni sería posible ningún careo, ni volvería a verlo ni siquiera en la cárcel y esto, como digo, me reanimaba un poco dentro de mi perplejidad y confusión. Sentado en el aeropuerto, releí varias veces la noticia, ahora ya del *New York Times*, donde se decía ya abiertamente que el propósito del pirata aéreo era raptar el avión en pleno vuelo, aunque al verse descubierto había disparado sobre un posible cómplice o, según otra versión, un confidente de la policía y delator, sólo faltaba ahora que Justo quedara como un mártir y que las NU hasta le concedieran una indemnización o paga extraordinaria a la viuda, porque aunque hablaban de Berta y de las niñas, que se encontraban en el aeropuerto, por ningún lado aparecía que Justo hubiera sido cura, un renegado, un sapo charlatán, un brujo endemoniado, un apóstata repulsivo.

Sin embargo, aunque no decían tampoco claramente que Crístides fuera un perturbado o demente, sí agregaban que había recibido tratamiento psiquiátrico no hacía más de un año y que se le conocía por ciertos escritos de carácter revolucionario, iconoclasta, de matices anarquistas.

Bien miradas las cosas, mi situación era comprometida pero no desesperada, sin embargo, tenía que hacer algo y pronto, pero yo seguía sentado, como hundido en un baño de plomo, sin escuchar altavoces con números de vuelos y otros avisos, y hasta que no escuchara mi nombre creía que no debía levantarme y a veces sentía arcadas pero como no tenía nada en el estómago todo se me iba en bascas y sudores.

No tenía en el pensamiento más que a Susan y su número de teléfono me rondaba delante de los ojos, como una mosca latosa, persistente, pero dudaba en llamarla, no sólo porque podría despertar sospechas y acelerar mi detención sino infinidad de molestias sobre la pobre Susan y de nuevo me llegaba la consigna de «resistir» pero ya no añadía la de «vencer».

De golpe, me pareció ver al vejete antipático y perseguidor zigzagueando por el amplio vestíbulo y me fui derecho hacia él. Pero no era, estaba obsesionado y lo veía en todas partes, y ahora estaba seguro de que me espiaba.

Seguían llegando, clamorosos unos y fúnebres otros, los con-

sabidos sacristanes de la tecnología, los hombres de la gabardina azul y el portafolios inflado de números y papeles, los parias de las grandes empresas, carne de contrato, almas de esclavos, grises funcionarios, preocupados por el papel fino de sonarse los mocos y las vitaminas de colores, los cenicientos diplomáticos de la triste cortesía, inútiles propagantes de la injusta democracia del mundo, «a sus pies señora», «beso a usted el culo», en fin, todo ese mundo que ahora mismo circula por las oficinas, los salones, los congresos, incluso las aulas, mientras yo cuento tediosas horas, invariables días, monótonas semanas, insoportables meses. Pero yo permanecía, seguía permaneciendo, sentado en aquel aburridor taburete del aeropuerto, indiferente a todas las prisas, sumido como en un pozo ciego.

Por fin, me levanté y en el bar tomé un té con limón y poco a poco me fui yendo hacia la explanada y agarré un taxi, era la hora de alquilar un coche, porque así el tiempo y acaso la libertad se me hacían más largos que si me metía en un avión.

Y todo fue fácil con mi tarjeta de crédito. –Alguna mala noticia –dijo el empleado. –¿Por qué? –pregunté bobamente.

–Se le nota en la cara.

–A todos nos llega nuestra hora –respondí cariacontecido y añadí–: En esto del cáncer nunca hay sorpresa, pero yo creía que duraría más –y firmé donde me dijo, adelantando un cheque.

El volante me dio cierta idea de independencia y seguridad, y pronto salí de la bostezante ciudad, capital del mundo, aquel río de chocolate negro y de chatarra vieja, aquel río de vertederos

junto a los juncos como los piojos sobre una camisa almidonada, y la asepsia planchada urbana como un vicio secreto y vergonzoso bajo el aroma superpuesto de una púdica poetisa recién salida de un colegio de monjas. Washington para mí siempre ha sido chusma que se contenta con untar de mantequilla el pan y clero inmenso, no sólo el de las capillas, que alterna política con policía, negocios sucios con diplomacia, y en medio de la selva refinada hambre, negra hambre, y en los grandes santuarios de la cultura o de la diplomacia los más delicados maricones o drogadictos, y también en las iglesias y en los bancos y en las escuelas...

El sol luchaba por deshacer la maraña de la niebla pero apenas podía y el coche avanzaba con su ruido de chatarra por la soberbia carretera mientras a los lados quedaban terrenos cercados, naturalmente campos militares de la poderosísima USA, y los camiones como trenes, y el ajetreo incesante de los americanos que no se saben estar quietos y viva la prosperidad a costa de quien sea y de lo que sea, y hay que ver el beneficio que produce el vender armas a troche y moche, y mi pulso que se sentía firme a más de cien millas, a ratos, y la policía que iba y venía buscando negros peligrosos y fichados, y el temor de no saber, y saber que todo podía concluir en cualquier momento, pero yo sentía la atracción de Nueva York, mi gran cueva y mi refugio, sobre todo porque allí por lo menos tenía a Susan, que estaría pasmada de lo que había pasado, y el pasado y el presente y el futuro rodando conmigo como un triquitraque descompuesto pero en marcha, y si alguien podría salvarse, una vez más, sería yo, porque de cinismo a cinismo, oh, estrategia de la policía, yo había avisado del peligro y todo lo mío había sido alertar, sembrar la alarma, porque yo no tenía nada que ver con

Justo y ojalá pudiera hablar Crístides y hasta la propia Susan era testigo, pero en cualquier caso mi acción sólo tendía a establecer cierta clarificación en la conducta de la Santa Sede sobre todo en relación con España, sabiendo que era la Iglesia de mi país la que estaba permitiendo, aun dándose golpes de pecho, millares de presos en las cárceles, principalmente obreros e incluso muchísimas mujeres y últimamente hasta curas...

Paré casi a mitad de camino en una especie de estación-parador, que tenía su leyenda, al menos su iglesita, su negocio de restaurante y sus tiendas, y tomé tres cafés, y dos o tres veces quise llamar por teléfono a Susan, que ya estaría en las NU, pero me abstuve, y creo que mi única obsesión en esta parada y durante todo el viaje, era el vejete de los pómulos sonrosados y el andar tieso, el ambiguo espión, o quién sabe si era un vejestorio pederasta al cual yo le había caído bien, pero su imagen me circundaba como un fraile pedigüeño, como un gitano de mercado, como un polizone bien pagado.

Era cosa de seguir y el día continuaba en su glauca blancura tibia donde era casi imposible creer en nada violento, amargo o desdichado, porque hasta el frío era un frío agradable, acogedor, hospitalario, y de nuevo me metí en el coche y me puse el cinturón, lo cual quería decir que pensaba correr un poco.

Estaba feliz por haberme resistido a llamar a Susan pero al mismo tiempo pesaroso a rachas. ¿Tan importante en mi vida, en la vida de un combatiente de la resistencia de última hora, podía ser una mujer? Probablemente es que yo adivinaba que Susan era más radical y sincera en su liberación de todo que yo

mismo, y aunque parecía insegura y tímida en ocasiones era en resumidas cuentas una anarquista veraz, aunque sin programa. ¿Por qué no le había contado las cosas? Si se las hubiera contado al menos ahora al llegar todo estaría no sólo explicado sino acaso dispuesto y listo. Siempre algo fallaba en mí o de entrada o de salida.

Ya no me metería en más líos que no tuvieran envidia y nunca más en la vida Narciso me encontraría; es más, acaso yo le saliera al encuentro con una operación en que él tuviera que achantarse, y, sobre todo, nunca jamás cosas con gente que ha chupado leche de monjas.

La pista era una brutalidad y si la gente de mi pueblo hubiera visto lo que era aquella corriente compacta de coches devorando kilómetros, si la gente de mi pueblo, repito, viera esta locura seguro que dirían, «¿y para qué tanto correr?», «en el cementerio nos veremos», pero todo lo de mi pueblo pillaba muy lejos, tan lejos que probablemente no era ya mi pueblo, pero sería bueno poder volver, y saltar todos estos montones de ladrillos y cemento, y los recortados bosquecillos y los trepidantes puentes, y los sucios ríos, y las inhumanas fábricas y las encantadoras fincas (oh, qué recuerdos con Susan), y tantas aglomeraciones de todo y de nada, gente, pelaje de gente hasta sin pelo, algún tren inverosímil, algún barco más inverosímil todavía, como metido dentro de los montones de runa y de las charcas enormes, y avionetas dando vueltas locamente entre la algarabía de las aves acuáticas, y barrios pobres, y barrios ricos, y pequeñas zonas de gente invisible de puro ricachona, la tira de mundos cerrados entre setos y pinos, cipreses y abedules, y de vez en cuando casas abandonadas con las ventanas tapiadas o

abiertas de par en par, sin cristales, seguro que entre tanto edificio extraño, habría un buen escondite, pero Nueva York también podía ser un buen escondite para mí, vaya si lo podía ser, y sobre todo que aún había tiempo para improvisar algo, siempre después de hablar con Susan.

Si en la ruta de Washington a Nueva York hubiera habido o yo hubiera conocido algún *bebetorio* hubiera parado un rato, pero conducía en seco a mil leches y en cierta forma se diría que locamente, porque no sabía por qué tenía tanta prisa en llegar a Nueva York y desde luego no era para ir a la ópera aquella noche ni tampoco para irme a un club privado a jugar al póquer, pero lo importante era realmente saber qué había pasado, porque nada estaba claro, del todo claro, ni mucho menos.

Entrar en Nueva York siempre produce cierta emoción, pero en aquellos momentos mucho más, se empieza a penetrar en Nueva York y no se acaba, y todo es tensión por acertar y no pasarse y colarse por el sitio indicado, y Nueva York crepitaba, ardía, refulgía, se esfumaba, se diluía y poco a poco se iba petrificando, congelando, y entre las moles grises surgían picos morados, torres rojas y verdes, y largas terrazas, túneles dorados, ennegrecidas calles.

Nada más entrar en Nueva York, pude parar en una estación de servicio y compré la prensa.

Algo nuevo sobre el secuestro se había filtrado por fin y era el

mensaje que yo había dejado en los medios de comunicación, periódicos, radio y estaciones de televisión, según se decía, menos mal, parte de mi empresa estaba cumplida y ahí se veía el tono de cada periódico y su matiz ideológico, se hablaba en unos de la impunidad, o mejor dicho la inmunidad diplomática y también de los procedimientos antidemocráticos e ilegales, pero también se decía en otros que esto no significaba más que una llamada a la Roma del imperio espiritual para que tuviera en cuenta las razones de los perseguidos y de los débiles, bien, bien; también el periódico de la tarde más sensacionalista se refería alusivamente a la España actual, con lo cual no se había perdido la paternidad ni el efecto del acto terrorista, que no había sido pensado como operación de castigo, y si había resultado así, se haría evidente que no había sido por culpa de los organizadores, al menos en este caso, porque evidentemente cuando había que llevarse a alguien por delante que estorbaba, las cosas se planificaban y ejecutaban de otro modo.

Me tomé una hamburguesa gigante con una cerveza.

Al cruzar el túnel, yo iba tarareando con aire militar, el *tararí tarará* de la retreta, pero en seguida se me planteó la cuestión de adonde ir.

Desde luego no a las NU.

Tampoco a mi casa directamente.

A la casa del camarada León sólo en última instancia.

La solución que diera Susan, confesándolo todo.

Ir a casa de León suponía jugárselo todo, cambiar de identidad y viajar hacia Méjico, quién sabe si vía Puerto Rico, con el consiguiente riesgo; de todos modos, algún contacto debería de tener con León porque así conocería la situación y el consejo de Narciso, mal rayo te parta.

Pero se imponía o me imponía yo a mí mismo la solución por medio de Susan. La vida ya estaba más complicada que un ovillo en las uñas de un gato salvaje, y cierto que había otros círculos, otros amigos y compañeros que coleaban de la guerra española, pero, ¿cómo reaccionarían?, el asunto se había hecho sin contar con ellos.

Nueva York era lo mismo que siempre, un río con semáforos, un lago de piedra y hombres entre las corrientes infectas de agua, una torre de torres incontables cada una en pugna con la otra, una cueva continua de ramificaciones electrificadas, una pleamar loca de afanosos viandantes que andan a la carrera chocando, metiendo el brazo, la pierna, el culo, piafando como percherones, saltando como cebras, arrastrándose como cerdos, curioseando como hurones, pavoneándose como pavos, escapándose hacia el metro o los autobuses como ratones colorados, zambulléndose en los portales devoradores como peces en un cesto, holgazaneándose entre cristales de bares sucios y oficinas horripilantes, drogándose en iglesias frías con muchas velas, saliendo a bocanadas de los almacenes, de todos los almacenes, con grandes bolsas de papel con letras rojas y

azules, y más bolsas y cada cual con su bolsa o sus dos bolsas, la felicidad perfecta, la felicidad de las bolsas porque hay otras felicidades infelices en otros países, felicidades incompletas, deficitarias, inservibles, que esto es el reino de este mundo y no existe otro comparable ni remotamente y cuando exista en el espacio será la bienaventuranza de USA, con su Congreso, su Senado, su Casa Blanca, su Pentágono, su CIA, su mierda perfectísima y rotunda como la que van dejando sobre todo el globo terráqueo.

Iba avanzando lentamente, sin prisas, parando más de la cuenta en los pasos de peatones y dando vueltas tontas adrede, porque necesitaba tiempo para pensar, porque ahora me convencía de que probablemente había metido la pata viniéndome a Nueva York, cuando realmente lo de Miami podía haber sido mejor solución, pero no siempre hace uno lo que debe, y ya nada tenía remedio y no había más que apechugar no sólo con los dos muertos sino con los vivos que quedaban para hacerme la puñeta, lógicamente.

Y lo primero que tendría que hacer era dejar el coche a la Compañía, que aun esto me parecía expuesto.

Pero en lugar de entregar el coche seguí dando tumbos inciertos, rodeos, vueltas, y así fue cómo pasé dos veces por enfrente de mi portal y tres o cuatro por la puerta de Susan, por si, por casualidad, daba con ella sin necesidad de usar el teléfono, pero se estaba haciendo de noche y ya estaba cansado y aburrido.

Aparqué como pude y afortunadamente bastante cerca de la salida de las NU y desde la ventana del bar–restaurante de enfrente me puse un rato a ver salir la interminable fila de funcionarios y secretarias. Pero de Susan ni rastro.

Aquello comenzó a preocuparme seriamente, pero no debía de precipitarme, sobre todo teniendo en cuenta que podría comprometerla a ella sin beberlo ni catarlo, porque sólo inconscientemente Susan me había dado los detalles complementarios de la operación «Z», sin saber de qué iba la cosa, pero, ¿es que sólo en mi vida existía o podía existir Susan?, ¿quién era Susan para mí?, y sobre todo, ¿qué era, y por qué era lo que era?

Hubo un momento en que sentí un frío tremendo y fue cuando súbitamente me pregunté si no habría podido ser ella la delatora total del asunto, sabiendo lo mío en parte y sabiendo algo también por Justo; ya muchas veces en la vida había sabido de cosas así, pero nunca podía sospechar que yo llegara a caer en estas redes a cuento del coño, que siempre prácticamente había sido el nudo de todo enredo y hasta de todo desenredo, y ahora que me vino a la memoria aquel mal pensamiento mío, quiero también aquí, en esta página, pedirle perdón a Susan, mil veces perdón.

Bebí y bebí, y ya no sabía si mi reacción era producto del alcohol o si en el alcohol encontraba la luz que encandila y que a fuerza de encandilar hace que surja la chispa, pero sentía fiereza y odio, porque era la primera vez y la última que yo actuaba de pardillo y no quedaría nunca de pardillo, pero ya todo daba igual.

Posiblemente, casi ciertamente Susan había intervenido de algún modo en el asunto para que todo fuera pan comido, aunque tampoco esta solución me satisfacía, estaba bien la eliminación de Justo, al que aborrecía, pero tampoco quería admitir que alguien tendría que cargárselo, que no fuera yo.

En conclusión, que todo el mundo, de un modo u otro, parecía estar comprado o vendido, y yo seguía almacenando ira, despecho, una fiebre loca de destrucción, porque hay un momento en que lo mejor es desaparecer, pero no era aún el momento, que yo siempre había creído que tenía que ser dejando un rastro y un signo bien definido, y allá todos, y allá yo mismo, porque el cúmulo de decepciones y fracasos da arranque para la acción final y lo más grande de una vida, aunque sea pequeña, complicada, implicada, es que termine al menos bien, quiero decir dignamente, y la dignidad es algo que se lleva dentro, tan dentro que ni se huele a veces, que no es como la sangre azul de los aristócratas, que apesta a sífilis, almorranas, colitis líquida y bilis.

Me importaba no tanto quedar bien ante los demás como permanecer ante mí mismo como un hombre consecuente, que habrá podido ser vapuleado por el destino, pero que nunca cejó.

¿Podría Susan haber hecho leña de mi persona?, me resistía a creerlo, era imposible que Susan me hubiera hecho traición y ya veríamos cómo reaccionaba cuando nos encontráramos, porque era cierto que nos tendríamos que encontrar antes de que cayeran sobre mí.

De todos modos, repensando todo esto, en mi boca se

amasaba una especie de barro bilioso y amargo como las tueras, y aunque tuviera que subir a su casa, tan pronto cambiaran de portero, y en vez del mico cubano sudado se pusiera el hirsuto y estirado ruso blanco, que a todo parecía decir que sí con el gesto, todo se aclararía, y yo sabría de una vez para siempre quién era ella.

Desde mi asiento, a través del vidrio húmedo, viendo la fachada brillante azulosa y la ronda funcional de los guardias entre el verde vegetal mimado, seguía de cerca el desfile de prohombres con pechera por un lado, los que venían de soltar su rollo, y por el otro los de pantalón raído y arrugado y en medio la procesión interminable de señoritas de todos los países, hartas de escribir discursos, previa revisión de los secretarios presuntuosos que se pasaban horas enteras ante una frase o un simple adjetivo que invariablemente había pasado por el inglés y el francés, antes de pasar a nuestro idioma.

Distinguí perfectamente a algún compañero y a las amigas de Susan que discutían en corrillo a pesar del frío del ambiente, pero ella no aparecía. Durante varios minutos, siguió el río confuso de europeos, africanos, amarillos, iberoamericanos, americanos, más mujeres que hombres, todos como uniformados por el sello de la ONU, una semejanza que en cierto modo sirve para alinearlos y distinguirlos y les da cierto carácter de instrumentos ciegos y borreguiles, y de nuevo volvía a preguntarme, ¿dónde estará Susan?, y me preocupaba más de ella que del *monsignore*, que después del susto probablemente había suspendido el viaje de vacaciones.

A todo esto, yo apenas si me había fijado en lo que me rodeaba

en el bar–restaurante italiano, enclave próximo para el diplomático en busca de planes y para funcionarios en ascenso.

Al fondo, de nuevo creí distinguir la presencia del vejete gordinflón con su rosa de sangre en cada mejilla y el temblor amariconado de sus manos, y en vez de escabullirme, me dirigí de un modo espontáneo y decidido a su observatorio, pero al acercarme vi que no era, pero era casi como un hermano gemelo sólo algo más calvo y más alto y no sé por qué al verme pasar a su lado, sonrió patriarcalmente mientras chupaba la pipa.

Entré a mear, lo que hice largamente, sin que supiera cuando podía parar e inmediatamente después pedí la nota, dispuesto a largarme a la calle de una vez.

Había que aquilatar todos los pasos. No siempre sucede lo que lógicamente tiene que suceder y lo del aeropuerto era una muestra irrefutable, no había que dejarse impresionar bobamente, a veces todo se ha calculado y va sobre ruedas, liso como la seda, hasta que un detalle insignificante, estúpido, interrumpe la acción y hace fallar el conjunto de la operación.

Si me detenían que me detuvieran, pero que fuera después de haber agotado la confesión con Susan.

No había cosa peor que llenarse de fatalismo, que nunca trae buena suerte y es cuando los peores trances se toman un poco a broma cuando el destino parece que se complace en darle a

uno facilidad, a veces en la guerra tomando a cachondeo los peores encuentros –como sucedió en la refriega con los comunistas de Madrid– las cosas resultan bien y cuando la propia seguridad incluso se toma con demasiada seriedad, las cautelas, el cortejo del miedo, la importancia del acto, lo echan todo a perder, ¿qué es lo que le había pasado a Crístides?, ¿por qué se había destapado? El celo excesivo también puede ser un error funesto, hay que dejar que la nuez se casque sola y reconocer al mismo tiempo que la masturbación muchas veces no es más que la precipitación, un acto innecesario o por lo menos sustitutivo de la única solución recomendable.

De nuevo fui al coche y dudándolo mucho pero entregándome a la inconsciencia, me puse a dar vueltas por enfrente de mi casa y por enfrente de la de Susan, porque ahora yo podría ver si había luz en su apartamento y entonces sería el momento de decidir. Afortunadamente era temprano todavía.

Tenía coche hasta el día siguiente y había gasolina, otros habían perdido más que yo, porque al mismo tiempo que funciona en la cabeza la operación temeraria funciona también la coartada.

A la tercera, dicen, va la vencida y a la tercera vuelta sobre el bloque de Susan la luz brilló, primero en el saloncito y después en la ventanilla de los servicios...

Susan, pues, estaba en su casa y era ahora cuando no había

que meter la pata, aquella luz era para mí una salvación, sobre todo porque Susan conocía a mucha gente de embajadas y yo lo primero que iba a necesitar era un buen abogado y por nada del mundo acudiría a Narciso en este sentido, ya que probablemente se había largado o el que iba a necesitar el abogado era él, por memo.

Estaba impaciente, pero me costó encontrar un aparcadero más de media hora, una desesperación, por fin cuando lo encontré lo primero que hice fue agarrarme al teléfono con suficientes monedas, pero dispuesto a emplear cuantas menos, mejor.

–¿Qué tal, querida?

–¿Dónde estás? –y su voz anunció el peligro extremo.

–Aquí... –pero no le dije dónde.

–Necesito verte.

–Y yo también.

Ciertos eran los toros y ella estaba metida de algún modo en el embrollo.

–¿Estarás en el hotel dentro de media hora? –dijo.

–No creo.

–Te llamé varias veces.

–Hiciste bien y mal, las dos cosas, pero mal, sobre todo. Yo te estuve esperando.

-¿Allí? No estás enterado de nada.

-Por lo visto, de muy poco.

-No sabes qué día llevo.

-¿Y por qué no nos vemos?

-¿Dónde?

-Aquí, *aquí* mismo.

-¿Vas a subir?

-No, he dicho *aquí*... -y la dejé que pensara y como es tan fina de oído como de inteligencia, agregó:

-Creo que te entiendo.

-¿Puede ser?

-Dentro de diez minutos, lo más tarde -dijo como una máquina de sentir y entender.

Se me llenaron los ojos de lágrimas, lo confieso, porque estando solo, solísimo como sólo se puede estar en Nueva York, aquella mujer, con la dulzura en los labios, con el cerco ceñido de su talle que se abre como una gran esperanza, con su cabecita siempre acertando, estaba conmigo y quién sabe si por mí no

había sufrido o estaba sufriendo o sufriría algún trastorno.

Oh, maravillosa Susan, flor única ineludible, regato secreto, río de las prisas, pantano, o mejor dicho, lago de la confianza, de la serenidad, de la dulzura, nunca escurriría el bulto porque era más valerosa en todo instante, y lo sigue siendo, que todas las clásicas heroínas, incluidas las de la Biblia, por supuesto.

Un hombre tiene que tener siempre al lado a una mujer, pero no a cualquier mujer, y yo era un afortunado, asistido por los dioses, un pedazo de piedra herida por la metralla pero cobijada entre dos senos de amor.

Yo te dedicaría de ahora en adelante, adorable Susan, mi vida entera, y juntos, juntísimos, por cándida al mismo tiempo que sensual, como una nave hecha para todo evento, la Susan vehementemente erótica pero también crítica y casi angélica, tremendamente altiva y sencilla a la vez, extenuadora en la cama pero idílica bajo un manzano, Susan evasiva y sincera, indefinible Susan, irónica, casi hasta el cinismo pero la más desnuda de las mujeres en sus pensamientos, experta en no sé qué, ni interesa, pero memorable en su sencillez...

Y yo repetía allí esperando durante aquellos minutos el nombre consolador, inconfundible, simbólica Susan, nostálgica Susan, romántica Susan, mujer irreal de puro sexo expresivo, virtud hecha culpabilidad (siempre para mí y aun ahora es un secreto la desaparición del niño atrofiado), vicio coronado de gozo más arriba, mucho más arriba del coito... Susan, casi virgen...

Pero la mujer de acero y de vidrio, de mármol y de nieve, de

bronce y de fuego, de esfera y de viento, de luna y de rocío, de canción y de semen, de sentidos enervados y de alma imprecisa y divagatoria, Susan de la revelación y reveladora, esta mujer que tanta falta me hacía en aquellos momentos, no llegaba. Y pasaba de los veinte minutos.

Llegó por último y me llamó desde la puerta, y era mala señal, porque ella siempre había sido muy discreta, menos cuando todo le importó un pito, y por eso en las NU nunca me dejó cogerle una mano ni darle un beso.

Tuve que salir a la carrera casi y, nada más besarme, dijo:
–Aquí no.

–¿Dónde?

–En cualquier otro sitio... –y ella misma, ya de la mano, cruzó la acera en medio del tráfico, y tiró de mí dos cuerdas diciéndome–: Pero, ¿en qué lío te has metido?

–No preguntes.

–Si confiabas un poco en mí, podías haberme enterado de algo;

–Tú no sabes las cosas.

–Y no habría ocurrido seguramente lo que ha ocurrido.

-No me siento responsable de nada.

- ¡Qué niño grande eres!

-¿Qué dices?

-Que hay que saber con quién se juega uno la plata.

-Los cuartos, querrás decir.

-¿Qué estás diciendo?

-Que así es como lo dicen en mi pueblo.

-No estamos para bromas. Que la cosa no ha podido ser más disparatada.

-Si sigues así -le dije parándome- me voy.

-Eres muy tontito -dijo ella dulcificándose y agregó-: Tienes mucho orgullo pero ahora no hay más remedio que apechugar con lo que tenemos delante.

-Pero, ¿a ti te han preguntado algo?

- ¡Que si me han preguntado!

-¿Quién?

-Un viejo meloso que ha actuado como una barrena.

-¿Uno pequeño, con barriguita, pómulos colorados como si fuera un actor de teatro?

-El mismo.

-¿Y cuándo?

-Esta tarde, a primera hora en las Naciones Unidas, hasta que me salí descompuesta.

-¿Y qué dijo?

-Lo que quería es que yo dijera y Se ha despedido diciendo, «hasta otro ratito».

-El mismo -repetí, sin saber lo que decía.

Pero me había quedado de una pieza. El viejo sabueso había llegado a Nueva York quizás antes que yo, aunque hubiera salido después, quien sabría, seguramente se quería ganar una recompensa antes de la jubilación si es que no esperaba ascender a mi costa.

Al dar la vuelta a la esquina de la tienda de licores había un bar oscuro, confuso y solitario, con unas gordas bebedoras y algún borrachuzo siniestro, y nos sentamos enfrentados en unos asientos como de vehículo arcaico, pero teniendo dominada la luna que enfoca la calle y la puerta.

-¿Y qué has dicho? -le pregunté.

-Lo menos, lo menos, puedes creerme. Nada comprometedor.

-Pero, ¿te preguntó por mí?

-Fue lo primero.

-¿Y qué dijiste?

-Que sólo te conocía como amigo.

-¿Y qué más?

-Que nuestro conocimiento era íntimo como mujer y hombre, la verdad.

-¿Te enseñó algún papel?

-Sólo me dijo que era agente y venía acompañado de un secretario de allí.

-¿Y de Justo, qué te dijo?

-Sólo me preguntó si yo era su secretaria y si sabía lo de su viaje.

-Y dijiste que sí. ¿Y del curato romano qué dijo?

-Cuando comenzó a preguntar más, dije que necesitaba tener al lado a mi abogado.

-Muy bien.

-¿Y has hablado ya con un abogado?

-Claro que sí, el mismo que lleva lo del niño.

Me quedé paralizado, porque el niño siempre era entre nosotros como una piedra enorme que nos separaba y los inmovilizaba un poco.

–¿Qué piensas hacer? –me preguntó ella viéndome tan meditabundo y pensativo, y en seguida añadió–: Deberías hablar con mi abogado tú también.

–¿Y qué le voy a decir?

–Lo que haya que decir. Ellos saben.

–Pero ellos también cobran... –dije con acento cansado.

Ella me agarró la mano, se la llevó a los labios y dijo:

–No te preocupes, a mí me han suspendido el puesto, de momento, en las Naciones Unidas y, sin embargo, aquí me tienes...

Nos quedamos un rato en silencio, sin ira, sin miedo, sin espanto, sin palabras, pero con las manos cogidas, y yo de veras que durante unos minutos me sentí alejado, desligado de todo, agarrándome al brazo de Susan como a algo remoto y casi desvaído, de repente había entrado en una penumbra desleída, vagarosidad que me hacía alejarme de la vida, confundirlo todo como en un absurdo imposible, navegando la mente hacia lejos, hacia abajo, en una pendiente sin ruidos ni colores, sólo una sensación de inanidad total. Me estaba mareando, yéndome, entregándome al vacío, sin voluntad. Aquella pesadilla duró poco pero Susan se dio cuenta y dijo:

-¿Te sientes mal?

-No es nada.

-Te he visto así, un poco raro.

-¿Cómo?

-Muy distante.

Pero yo estaba mirando hacia el ventanal, y todo me parecía remoto y extrañísimo y en mis propios latidos percibía una indiferencia total; Susan me hablaba, suponía que yo no me había metido de fondo en el asunto y al parecer el que había matado a Justo, lo había hecho en el preciso momento en que él lo denunciaba a la policía y lo estaba señalando, eso al menos habían dicho los funcionarios que habían ido a despedir al prelado doméstico, monseñor Leoni, que ahora me enteraba de su apellido, y si no hubiera sido por las llamadas telefónicas ni siquiera hubieran sospechado de mi intervención, porque la bomba se la habían aplicado algunas fuentes al secuestrador frustrado Crístides, y Susan me preguntaba que dónde había pasado la noche y yo seguía alejado y perdido en mi bruma interior, y ella me había llamado y había esperado mi llamada, aunque era casi probable, más que probable, que el teléfono estaba interceptado porque hacía un ruidito muy raro...

Insensiblemente se me escapó:

-¡Y si pillara un avión...!

-No te lo aconsejo, ni me lo aconsejo.

-Pero, ¿tú qué tienes que ver en todo esto?

-Casi nada o nada, pero aún así levantaría sospechas que aumentarían los cargos contra ti.

-¿Por qué?

-Por nada y por todo. -Y poniéndose un poco lamentosa, agregó-: Ahora que estaba a punto de que me dieran la ciudadanía americana.

-Ni regalada la quiero, es más, tú eres libre, tú no estás implicada en nada, tú debes dejarme correr mi suerte, que por esta vez ha sido mala suerte, pero no hay que desesperar del todo, porque nada de la vida tiene sentido... y todo da igual.

-Ah, ah, no te me pongas trágico, no ha sucedido lo peor, al menos para ti y más bien yo creo que tú eres de los de buena suerte.

Volvimos a la mudez y aunque no lo quisiéramos, no sólo el lugar sino nuestra propia atmósfera física y espiritual, era de pavor, pero un pavor para mí posesivo, que me quitaba las ganas de correr y de huir, probablemente en esta reacción entraba el hecho de que, liquidado Justo, me había quedado relajado, inundado de una pasividad casi insensible, total, que me aplanaba.

¿Qué más daba todo?, todo daba ya igual y no había nada que hacer, por lo menos por el momento. Algo se me ocurriría o se nos ocurriría.

Y las palabras de Susan seguían llegándome como a través de una tapia:

–Me figuro que no llevarás encima nada que pueda comprometerte malamente.

–¿Te refieres a una pistola?

–A eso y algo más, algún papel, algo...

–Los papeles están todos distribuidos –dije de un modo casi inconsciente e involuntario.

–Bien, bien –susurró ella.

–Por cierto, que habría que comprar la prensa, voy un momento por ella.

–¡No! –cortó muy dispuesta–; yo misma voy por ella a la esquina– y efectivamente salió a la carrera.

Me quedé solo mirando a la puerta y pensando en soluciones posibles, le daba mil vueltas a las cosas, ¿desaparecer instantáneamente, sin despedirme de Susan y tratar de colarme en Méjico?, ¿irme a Atlanta donde tenía un buen camarada?, ¿salir hacia Canadá donde contaba con compañeros que se dejarían la piel por mí?; efectivamente, Susan tardaba más de la cuenta, varias veces me levanté y fui hasta la puerta pero Susan no aparecía por ningún lado.

De nuevo me llegaron en tropel nebuloso las sospechas más

injustas contra Susan, me resistía a ellas, pero mi propia indefensión me daba pie para culpar a alguien próximo y querido, habían pasado más de veinte minutos y era demasiado para acercarse a por los periódicos de última hora; lo que hice entonces fue pagar a la camarera y asomar la jeta a la calle, pero en seguida me arrepentí, Susan estaba entre dos hombres, el uno muy alto, que me recordaba a un policía secreta de servicio en las NU y el otro, al que no podía ver, me pareció el vejete del viaje fatal. De primer impulso me metí hacia adentro, aunque ya había pagado, y una vez dentro creí que aquello era una ratonera infame y maldije a Susan y a Cristo mil veces en una, pero uno en la vida siempre tiene que tener confianza en alguien y yo, por lo visto, había fracasado por partida doble.

Acaso era el momento, sin cuidarme para nada del coche aparcado, de irme a mi casa y desenterrar la pistola; a fin de cuentas, también Crístides tenía algo de ejemplo imitable. Salí en dirección opuesta por el callejón donde había varios aparcaderos de coches, fui a mi coche, agarré el maletín y salí pitando, allá ella, allá yo, allá todos, adiós, adiós, yo había salido muchas veces sin dormir, marchando al amanecer, corriendo como un galgo, arropándome en un ático junto a las palomas, escondido en un sótano de mercancías dentro de un cajón grande llegado de Tarrasa, pero aquí en Nueva York todo era circuito cerrado, la bofetada sobre la propia mejilla, la masturbación como liberación en solitario, la soledad como redención quimérica, la aglomeración como fusión despojadora, reprimidos, cornudos, pederastas, delatores, mierdas...

Otro taxi y hacia mi casa directamente, pasara lo que pasara. De un modo hay que terminar y yo no había terminado.

Estaba abriendo la puerta de mi apartamento y el teléfono sonaba y sonaba. Temía llegar tarde. Era Susan:

–Vete de ahí rápidamente y vuelve a casa.

–¿Por qué?

–Al menos nos detendrán juntos, más tarde, y tendremos tiempo de pensar algo.

–No hables.

De nuevo, no sólo la piedad sino la confianza, de nuevo la fe y la dulzura se apoderaban de mí, pero yo luchaba contra aquello y contra mí mismo y quería enajenarme a toda costa hacia mi libertad total, sin Susan de por medio y no sólo Susan sino todo lo que oliera a *Narciso and Company, Inc.*

Hice un nuevo repaso del apartamento, nada había que pudiera relacionarme con Crístides ni con Justo, aunque no faltaría algún chivato que demostrara habernos visto juntos en algún sitio, aunque también era posible que no, pero no había que confiarse lo más mínimo, dejé la maletita en lo alto del armario y me quité de encima todos los papeles comprometedores, principalmente los de Washington. La pistola, tan lindamente envuelta, seguía en el fondo de la maceta.

Me puse a esperar, lo lógico era que se acercaran por mí, pero

en la portería, como yo insistiera si había algún recado o habían preguntado por mí, repitieron el portero y el *superintendent*, que nada de nada.

De nuevo sonó el teléfono, era otra vez Susan:

-Te estoy esperando.

-No quiero complicarte la vida.

-Pues no vengas aquí si no quieres, pero yo tengo ya todo dispuesto, y te espero en el rincón de siempre.

-¿Tú crees?

-Allí hablamos y a ti te queda muy cerca.

-Pero es que yo...

-No discutas, salgo para allá inmediatamente -y colgó.

Me puse de pie como un soldado tras el toque de la corneta; sí, quizá fuera lo mejor, nunca había tenido tanta necesidad de hablar con alguien, toda la soledad inhumana de Nueva York se me echaba encima como un tonel lleno de vinagre y azufre, tinta y pez, alquitrán blando y humeante.

De todos modos, Nueva York era mi cárcel amistosa, no ésta, de palotes de hierro y olor a orines y a otros espermas, porque Nueva York aún era una plataforma y no un dique seco de virilidad varada entre cemento y hierro, y ni siquiera sabía si era una suerte o una desgracia haber conocido a Susan, la

insustituible hasta el final, la necesaria Susan, esta mujer resistente como el acero, débil como la tierna caña, y fui hacia ella no como el ciervo sino como el lobo herido, y la encontré en el *hall* del hotel con su maletín de circunstancias.

Una vez en la habitación no fuimos derechos a la cama, como siempre, sino que nos quedamos sentados en las dos sillas disponibles, frente a frente. ¿Éramos amantes o enemigos?

–¿Qué buscas de mí? –le dije, y me callé que la había visto con los dos tipos cerca de la esquina.

Ella estaba muy seria y no respondió.

–No me entregarás como un cordero maniatado.

Tampoco respondió pero, aún conteniéndose, le brotaron unas lentísimas lágrimas, aunque como ofendida de llorar, se mordió los labios y dijo:

–Yo creía que me conocías un poco...

–Nadie conoce a nadie.

–Yo sí te conozco a ti.

–¿Estás segura?

–Creo que sí.

–Entonces sabrás que pienso que es justísimo destruir activa e implacablemente a quienes lo merecen, por ejemplo, Justo.

-¿Por qué odiabas tanto a Justo?

-Era el símbolo consumado de la traición.

-Es posible, pero a mí me parece que tú no olvidas, que tienes atravesada tu guerra civil y nunca olvidarás.

-Yo olvido todo menos el engaño, la mentira, la traición. De nuevo se hizo el silencio y noté que estaba sudando, eché la culpa a la calefacción del cuarto, pero era otra cosa, tampoco quería desnudarme, y por primera vez, ella tampoco se había ido a esperarme en la cama, permanecíamos sentados, como esperando algo de fuera, algo que lógicamente no debería llegar, pero que fatalmente podía venir y vendría.

Por el resquicio de la ventana entraba el resplandor de los próximos rascacielos y a veces no se veía el final, envuelto en una corona de bruma. El cielo a veces cobraba un tono rojizo intenso como de aéreo río de sangre que corría por encima de la ciudad.

Dos o tres veces sonaron las sirenas de la policía y las de los bomberos, pero nosotros no nos movimos de nuestro asiento, esas cosas siempre son para otros, pensaba yo, pero alguna vez puede tocarle a uno, pensaba seguramente ella.

Probablemente había todavía tiempo y lugar para muchas soluciones, pero yo creo que le había contagiado a Susan mi inercia

y pasividad.

Dos o tres veces tuve intención de hablarle de aquella casita de campo donde habíamos pasado un fin de semana, un refugio ideal inventado por Susan para el amor, pero que podía servir para algo más, por lo menos hasta que se viera luz por algún sitio, y sin embargo, tampoco me atreví a pronunciar el nombre del lugar, es posible que ella estuviera pensando lo mismo que yo, pero también callaba.

Lo único que pesaba sobre mí no era ya el ser detenido sino el tener que contestar a tantas preguntas y todas con el nombre infame y repulsivo de Justo de por medio, a quien ahora quién sabe si querrían hacer héroe y concederle alguna condecoración póstuma.

Al cabo de un rato de silencio, Susan, adivinando, como yo suponía, mi pensamiento, dijo:

–¿Quieres que nos vayamos a primera hora *allí*?

–¿Tú crees que vale la pena?

–La llave la tengo yo, mírala –y me la enseñó sacándola del bolso.

–El sitio es solitario y perdido.

–Lo que tú digas.

–Desde luego nadie sabe de aquello. No sé lo que te diga.

-De ti depende.

-Yo sé por experiencia que no hay peor cosa que huir.

Pero ella cambió en seguida de tono y dijo:

-Mañana mismo habrá que ver lo primero al abogado.

-¿Tú confías en él?

-Es el tipo ideal para un caso así.

-¿Tú lo crees así?

-Entiende muy bien estos asuntos.

-Mañana lo veremos.

-Podía llamarlo ahora mismo y lo veríamos en el bar del hotel.

-¿No sería expuesto?

-¿Quién puede suponer que llamamos desde aquí y a un nombre que recibe continuamente llamadas?

-Tú verás.

-¿Lo llamo o no lo llamo?

-Haz lo que quieras.

A través de la ventana del hotel se notaban las fluctuaciones rojas y verdes de los grandes anuncios que a todas las alturas

sumían la ciudad en un pleamar de sofocos y gelideces.

Está visto que no me han de dejar terminar esto en paz; ahora resulta que el cubano Montes, que venía quejándose de que respiraba mal, murió esta madrugada de un ataque al corazón y lo encontraron más frío que un pájaro. Cuando lo pasaron frente a mí sólo pude ver algo del rostro, su color amarillento de cera vieja y los dientes afilados como si hubiera muerto quejándose o protestando de esta vida desde la garganta hasta los talones.

Es lo que siempre me ha dado a mí más desazón en esta cárcel, y todos los trastornos que aquí he tenido, creo que han sido de miedo a morir, de horror a morir, y sobre todo a ser enterrado aquí no sólo en este subpatio infame perdido a través de una puertecilla siniestra, sino en este país donde los muertos deben de ser una ficha y ni siquiera un nombre, un número en el archivo, nada más.

Yo no he comprendido nunca la muerte, y la hubiera abrazado mil veces en un combate, en una pelea que valiera la pena, pero esto de cerrar los ojos o dejarlos abiertos para nada y con los oídos cerrados como el agujero de una cerradura rota, esto de ser envuelto, frío, en un trapo viejo o sábana de cuartel, esto de no poder dar ni pedir explicación de nada, es un disparate, una broma, la gran faena macabra de la vida.

Conforme pasaba Montes por el pasillo interminable, sólo se escuchaba, como un coro perverso y un tanto regocijado:

-Se acabó.

-Todo ha terminado.

-Se terminaron las preocupaciones.

-Ahí se las den todas.

Ni la santa causa, ni el calor de Susan, ni el poder pisar de nuevo la tierra de uno, ni el poder trasegar sabrosamente la espuma de una cerveza, nada, nada de nada, un montón de carne amarillenta pronta para explotar en gusanera, ni escuchar música, ni poder soltar una palabrota, nada, nada de nada.

¿Y para esto ha luchado, ha comido, ha amado?, es una solución, pero una solución tirana, despótica, inhumana, cruel, y de nada sirven los enigmas, los misterios ni las dudas, porque hasta eso concluye en un azar sin azar, en una horrenda y feroz destrucción.

Nada extraño que hoy el rancho se haya quedado sin tocar, aunque esta tarde siento un hambre aniquiladora, una sed de todo, de beber aire, de masticar carne, de tocar las piedras frías de las esquinas, de pisar un charco, con un ansia infinita de vida, estremecido de tener tan frías ya las palmas de las manos.

Si no fuera porque todavía hay un aliento de libertad y una esperanza de hacer algo, hasta el suicidio sería solución, enmendar la plana, destruir el artificio engañoso, este corazón que sigue latiendo como un reloj sin objetivo, como un caballo metido en un cepo de fuego abrasador.

Pero yo espero vivir, y no me conformo con eso de resucitar, porque tal como está hecha esta vida, si resucitáramos, nos encontraríamos, seguro, con los mismos atropellos, injusticias, abusos.

La vida es muy cabrona, y si hay alguien capaz de arreglarla en el cielo o en la tierra que lo diga, y que lo entendamos de una vez, porque esto no lo entiende nadie, por eso, contra el disparate, el desorden, la arbitrariedad, el absurdo, no hay más solución que la anarquía universal y total.

Si no queda nada, que quede al menos un poco del recuerdo de alguien que no aceptó el pastel de la vida y que lo vomitó antes de dar el viva final al festín, un festín de mentira, de engaño y de mierda.

Bajamos al bar, pero no era suficiente con unas patatas fritas y unos miserables cucos, y nos fuimos a un restaurante alemán que hay enfrente, en donde sirven unas camareras rubias y grandotas vestidas con trajes regionales. Hay buena carne allí siempre y una buenísima cerveza.

Comimos casi en silencio como dos desposados y yo por dentro no hacía más que sacar cuenta de mi dinero disponible, juntándolo todo y ella de nuevo parece que penetrara en mi inquietud y dijo, muy maternal la pobrecilla.

–No tienes que preocuparte de nada.

Yo le apreté la mano fuertemente y seguí tragando, pero a pesar de que todo estaba tan bueno, y que tenía mucha hambre, no lograba pasar los bocados, era como si ya pesara sobre mi conciencia todo lo que estaba casi a punto de ocurrir, las palabras nos salían lentas como las gotas que caen de la lluvia al parral, y tenían un sonido como de parche de tambor rajado. Terminado con un brindis de vino italiano nuestro último convivio juntos nos subimos a la habitación, la celda de amor de la última noche y entonces mis puños cerrados se abrieron como palmas e inundados casi nos ahogamos de amor, de ese amor que es gozo supremo y llanto infinito, amor de Susan, la criatura que había acunado a un niño bobo entre sus brazos, como la niña a la que se le rompe la muñeca, la mujer que se lo había jugado todo a una carta en blanco, sin letras ni figuras, y sus labios eran espuma de un mar sin orillas y su corazón era carne caliente y su sexo era el tormento de mi prisión, mi liberación también.

Oh, noche iluminada y sin luz, noche sin palabras inútiles y sin caricias vanas, de su recuerdo vivo en esta prisión viscosa, verdosa, friolenta, irrespirable, maldita, y vivo porque ella viene y ella se va y con ella huyo, y con ella me quedo, y tengo la esperanza de que volveremos a estar juntos, porque ella es lista y su abogado sabe lo que se lleva entre manos y él apuesta 90 contra 100 a que saldré absuelto dentro de tres meses, aunque a veces desconfío, porque es grande el odio que aquí se tiene a los españoles, pero mucho más a los nuestros, porque nunca nos hemos plegado a la todopoderosa calcomanía de este país mandón y soberbio, que si yo hubiera sido y me hubiera comportado como un soplón, creo que ya estaría fuera, casi

seguro, pero el único modo de que hasta aquí mismo me respeten, ha sido decir solamente lo mínimo y allá Narciso si volvemos a encontrarnos en Nueva York o en otro sitio, pero lo que sí digo es que Narciso no entrará nunca en España como un triunfador y no le arriendo tampoco la ganancia al cura Fulgencio si se presenta por allá y los míos lo huelen, que no puede haber perdón para los embaucadores de siempre.

Ya teníamos nuestros planes hechos y mientras desayunábamos ultimaríamos los detalles, pero al abrir la puerta del ascensor, enfrente mismo, sentado, con una tremenda cara de testigo rabioso, estaba el vejete de la jornada fatal e interminable, aunque sus mofletes parecían un poco más morados y en vez de temblequearle las manos y los labios se mantenía tieso como un estoque entre dos bárbaros policías, y era seguro que lo eran, como era seguro que me esperaban a mí, y estaban muy convencidos de que bajaría con Susan de la mano y de nuevo sentí en mí como el punzón de la desconfianza, pero cuando apreté la mano de Susan, ella apretó la mía hasta hacerme daño, y yo no quería hablar, ni quise escuchar lo que me decía el vejete que parecía conmovido, muy de circunstancias, y todos los de conserjería y caja seguían muy interesados en la cosa, y era como si estuviéramos filmando una película, sólo que Susan al oído primero y después casi a gritos me repetía y repetía: –Tú no hables, no digas nada, tú no sabes nada, tú callas...

Y todo el odio contra el vejete había desaparecido en mí, y yo era ya como una pelota pinchada y todo me daba igual y lo mismo, pero Susan dijo que había que esperar al abogado y ellos dijeron que estaba bien, pero que era necesario desalojar aquel lugar donde todos preguntaban y miraban y pasamos entonces a la estancia de los bultos, todo lleno de maletas y yo ni miraba la cara del vejete odioso, que tenía ahora palabras afectuosamente humanas, nada de prisas, nada de amenazas, y Susan estaba encrespada como una fiera diciendo que no había derecho, que otros serían los responsables, que tenía que haber una equivocación y Susan llamaba y llamaba a teléfonos hasta que, por fin, dio con alguien que reclamaba al parecer media hora o así de tiempo y el vejete discutía con los otros dos, porque yo expresamente no contestaba en inglés sino en español y no contestaba nada diciendo que yo era un ser libre y honrado y yo no sé si pasaba mucho tiempo o poco y dije que estaba mareado y necesitaba tomar algo y me trajo Susan un café muy caliente y yo pedí agua y ellos al cachearme no me encontraron nada más que papeles, y Susan se negaba a ser registrada tozudamente, y uno de los agentes pidió la llave y subió a la habitación que habíamos ocupado y bajó sin nada, y ellos daban prisas y más prisas, pero no se portaban mal y tenían mucho miramiento conmigo, casi incomprensible, y cuando montábamos en un coche –no de la policía porque el de la policía estaba detrás– llegó el abogado de Susan se tiró a él y el abogado montó a mi lado, pero yo pedí que Susan no se separara de nosotros y también montó en el coche de la policía, y el vejete a mí me hablaba de cosas sabidas, pero yo no respondía nada, y el abogado sólo decía:

–Ya habrá tiempo para todo.

Y la ciudad conocida, no sólo conocida sino repudiada, me parecía extraña y no tocaban la sirena ni hacían ningún alarde de urgencia, y fuimos un rato al borde del río por donde se tiraban en picado las gaviotas, y unos deportistas jugaban al tenis y otros corrían por entre la hierba verde y fresca, y mi impresión era que nada más llegar me encontraría con Narciso al que tendría que insultar, aun sin querer, mansurrón con casta de funcionario, y por nada del mundo quería verme frente a frente con el *monsignore*, cabestro litúrgico, Epulón de la diplomacia, y qué lástima, digo, que las balas de Crístides no fueran más y mejor distribuidas para suspenderle definitivamente al *monsignore* esas vacaciones con secretaria, aunque yo siempre había pensado que dado su timbre de voz, su pancita, su modo de conmovearse y de chistar, su secretario fuera más bien un efebo diácono, pero no una diaconisa pasada por el matasellos de varias Embajadas, sobre todo de la francesa, que es donde hasta ahora se han visto las cosas más raras, y he dicho todo esto del *monsignore*, pero quién sabe si con quien se entendía en realidad no era con ese perro absurdo que lleva en brazos en ocasiones... y digo lleva y debía decir llevaba, porque a resultas de todo lo que sucedió lo llamaron desde Roma y ahora, quién sabe, debe ser el administrador de la guardia suiza del Vaticano, o, quién sabe si el consolador de monjas viudas.

Una vez metidos en aquel «matadero», un edificio plano, de cemento húmedo y hierros oxidados y de recorrer pasillos y escaleras, que no era una estación de policía, o comisaría, sino otra cosa, porque allí se olía a esos ácidos que le echan a los cadáveres para conservarlos, cera que no se derrite, y el olor-cilio denso a flor agria, y la falsa asepsia de los autoclaves, en las esquinas de los pasillos y alguna bata blanca que aparecía para

desaparecer, y los policías, uno en cada puerta de las que daban a las escaleras o a las salidas, y el tufillo cada vez más denso (un tufillo que yo conozco muy bien, porque lo he conocido al lado de la trinchera y en otros sitios), y todo el ceremonial, «no hable, si no quiere, pero si habla se le tomará en cuenta», o no era así, pero me armaba el gran lío, y cuando iba a decir algo, el abogado decía: «Él no dice nada», o cuando no decía nada, me decía: «Él dirá todo lo que pueda favorecer a la ley», o cosas por el estilo, la jerga que se traen entre abogados y policías, «él dice», «él no va a decir», «él ya ha dicho todo lo que puede decir», y mientras tanto yo en realidad decía muy poco y callaba y hasta me atreví a protestar, pero me dieron un empujón contra la pared, y el abogado bastante hizo con pedir que la cosa no se repitiera, pero procurando alejarse, y siguió el acojonante peloteo en una sala, hasta que echamos a andar y en la puerta de la gran confitería de *fiambres*, carne, pescado y toda la miel y nata que se quiera, allí tenía que ser el pasmo frío y la fría evidencia, cuando al tirar el vejete meticulosamente de la manta, pude ver muy juntos, casi inseparables, al fofo de Justo y al nervudo Crístides, el primero con las grasas sanguinolentas de las mamas fuera, y el segundo con un agujero enorme en el ojo derecho, por el que parecían verse los sesos, y todo estaba allí en una aturdidora distancia, sin réplica posible, tan afirmativamente muertos que era estúpido disimular nada y aunque tuviera para Justo la palabra traidor en los labios y para Crístides la de insensato incontenible, no dije nada más que afirmar que sí, que eran ellos, que los había conocido y los reconocía plenamente, pero el único comentario que se me escapó fue por qué no los habían enterrado todavía, a lo que respondió el vejete que para eso siempre había tiempo y que estaban esperando precisamente mi interrogatorio, si me decidía a ayudar a la

justicia, pues claro que sí, con la ayuda de mi abogado naturalmente, porque siempre se buscan culpables y pagan los inocentes, y Susan me había traído un café muy caliente en un vasito de cartón y luego habría que ir a cumplir otra formalidad, un registro en mi domicilio, si es que quería cooperar, naturalmente que sí, nadie más interesado que yo, pero yo pedía la presencia de mi abogado, y yo repetía y repetía:

–Pero si ya he dicho todo lo que tenía que decir.

–Algo más puede añadir si tiene memoria... –dijo el vejete.
–No va a sacar más de mí.

–Eso nunca se sabe –remachó el personajillo trivial, que iba haciéndose importante por horas.

Yo recuerdo que principalmente insistí en que mi indirecta relación con los hechos sólo trataba de producir un acto de declaración política por parte del *monsignore* en su momentánea detención o secuestro, pero que yo juraba que nunca había estado en mi intención ningún tipo de violencia física y menos derramamiento de sangre de nadie y que justamente mis avisos...

–Las notas a los periódicos, emisoras y estaciones fueron llevadas por su mano.

–Por eso mismo, por prevenir y también para que la operación no perdiera su carácter de mera manifestación política.

–¿Y usted creía que Crístides era el hombre idóneo?

-No comprendo nunca cómo pudo salirse de sus casillas. Algo anormal debió de notar para decidirse a eso.

-¿Tenía simpatía o más bien animadversión usted hacia Justo?

-Más bien me repugnaba.

-¿Acaso porque lo creía capaz de abortar su plan?

-No era mi plan como ha sucedido sino de otro modo y yo lo que quería es ayudar a una causa como perseguido político que soy y lo soy injustamente...

Los breves minutos, acaso una media hora en que mi abogado y yo habíamos hablado, nos había permitido una sincronización bastante perfecta y es que Susan es una fiera en habilidad y recursos evasivos, sobre todo es osada y valiente.

Pero todo este interrogatorio y otras escaramuzas eran nada para lo que me esperaba, porque quien sólo conoce el aparato policial y de justicia por las películas, está más allá de Babia, y no todo iba a ser tan sencillo, porque las cosas se pusieron serias poco a poco y cuando sonó por fin la palabra artefacto, aquello dio una temperatura máxima, lo malo fue que ya Susan no estaba a mi lado, pero pensando y sintiendo como ella se habría portado en su interrogatorio, me mantenía todo lo erguido que podía, sacando un tipo de elocuencia que yo creía que tenía que convencerlos.

Pero el vejete mosquita muerta y zorro me tendió una red o una trampa porque siempre que hablaba del artefacto daba a entender que éste había sido colocado por Crístides y yo lo

dejaba suponerlo, creyendo que la cosa iba a pasar, el muerto al hoyo, y efectivamente yo dije que lo vi entrar a los *servicios* o vulgarmente retretes, que es una palabra hermosa, pero entonces apareció un malasombra rubio pecoso que me dijo: –Pero usted seguramente entró después a ese sitio.

–Entré –dije– sólo para lavarme las manos, refrescarme...

–Está usted fresco. Entró con su maletín y salió con el mismo maletín, ¿está seguro de que no le habían colocado nada dentro, que usted dejó olvidado, seguramente?

Confieso que me quedé muy pegado y tuve una especie de desmayo y yo seguía ya como la mosca en la piel, con dedos por todas partes unos queriéndome señalar y acusar y el abogado queriendo levantarme, hasta el punto de que hubo que suspender la sesión, y digo sesión por decir algo, pero el vejete no tenía prisa.

El abogado hablaba de mi estado físico, que yo exageraba aunque estaba jodido, y el vejete estaba dispuesto a dar tiempo y más tiempo y una vez hasta añadió a su concesión:

–Es un buen muchacho, me ha caído simpático, es decir, me cayó bien desde el primer momento, y le va a ir bien, lógicamente, si de ahora en adelante se porta un poco mejor...

Pero también intervino otro agente gordo, sudoroso, maleducado, al que no conocía ni de vista, y que venía con un papelito doblado con nombres de determinadas personas de las NU y que si yo no tenía inconveniente en un careo, claro que no,

y agregó que sería muy oportuno que presentara voluntariamente, que ya había registrado mi apartamento, las fichas y las citas o cuartillas de los libros que había consultado en la biblioteca de la Organización Mundial, no faltaba más, no tenía reparo alguno que hacer, y estaba claro que yo lo que había estudiado y estaba estudiando era el proceso de convergencia guerra-revolución en la historia contemporánea de mi desgraciado país, y ojalá encontrara no sólo comprensión sino editor, y el vejete entonces añadió:

–Sí, ya lo he dicho, es un gran muchacho sólo que contrariado por el exilio y demás frustraciones...

Hubo durante todo el día dentro del rito legal, mucho de caos, contradicciones y tiempo perdido, al mismo tiempo que yo me insuflaba de una especie de arrebatado de sinceridad camuflada, mezclando mi pasado y mi presente, hablando de un modo apasionado y luego resultó que la bibliotecaria dijo que yo era una gran persona, igual que dijeron los porteros y vecinos de mi apartamento, y sobre todo que mi libreta de trabajo en las NU estaba repleta de altos conceptos históricos mezclados con las heridas de un patriotismo despojado, y por allí no se iba a ningún sitio, pero lo más gordo y lo más brillante fue el careo con la propia Susan, porque ella estuvo colosal como una gran artista y además diciendo la verdad, que era lo más chocante y de nuevo yo volví a la humanidad clamando por la libertad de mi pueblo en un discurso delirante y enérgico a la vez, lo cual le sonaba a los americanos a música celestial, pero a la postre yo tuve que confesar de manera heroica y abnegada que si yo había dejado el artefacto había sido como podía demostrarse, con la puerta cerrada, para evitar daños para nadie y que sólo

intentaba, quizás equivocadamente pero como último reducto de un combatiente perseguido y maltratado, despertar la conciencia mundial sobre una injusticia notoria, y en esto tuve suerte porque la delegación española en las NU no quiso darse por aludida y hacía todo lo posible por desprenderse del caso, y otro tanto sucedía con la representación, no oficial sino semioficial, de la Santa Sede, que había llamado a Roma al *monsignore* con toda urgencia.

–Pero yo no he intervenido lo más mínimo en eso –insistía yo de manera tajante y casi airada hasta que el gordo sudoroso me dio un empujón que de poco me estrella contra los ficheros y cuando redactaron una declaración de primera mano, yo me negué con mi abogado a algunas suposiciones y vuelta a empezar, pero el vejete también me iba cayendo a mí más simpático, aunque temía su fingida protección y no las tenía todas conmigo, ni mucho menos, pero aunque la orden de detención estaba extendida, según me hizo notar el abogado se iban salvando las acusaciones de primer grado y la cosa no marchaba del todo mal, porque todo iba recayendo sobre el pobre Crístides por irresponsable, violento y enajenado, aunque había que saber qué faena última era la que le había preparado el odioso y odiado Justo, de quien Susan había hecho una estampa siniestra que coincidía bastante con la de otras secretarias y personajes de las NU, que lo calificaban de tipo extraño, mixtificado y raro, tanto que incluso algunas veces ellas habían tenido que reaccionar ante sus licencias y calculados intentos de abuso, asunto feo que hizo que el muerto perdiera algo de su intocable fama de funcionario ejemplar.

Con todo, como del sumario era imposible librarme, yo hasta

estaba deseando estar en la cárcel quieto a tener que seguir horas y horas en aquel interrogatorio que por parte de algún agente no quedó tan sólo en zarandeo sino en algo más ultrajante, que no le perdonaré nunca al gordinflón grandote y sudoroso.

Y cuando se hartaron de diligencias previas con que llenar mi atestado, ya llevaban más de cincuenta páginas escritas a máquina, antecedentes, consigüentes y la leche que los parió, por no nombrar la madre, sin poder despedirme de Susan, a la que el vejete había mirado desde el principio con cierta ironía, seguramente teniendo en la memoria la noche de Washington, pues me trajeron aquí como un bulto y cuando me despedía de Nueva York por aquel camino junto a las gabarras cargadas de cemento y arena, entre los gritos alborotados de las gaviotas, de veras que me sentí como si me arrancaran la piel del cuerpo, porque nada hay en el mundo como la libertad, y aquí me metieron como en un túnel oscuro y no es que hubieran terminado las preguntas y más preguntas y las tercas respuestas, las mismas casi siempre, ya que cuando se vacilaba en una palabra, todo comenzaba de nuevo.

Hasta que me dejaron en paz. Pero era una paz que me vaciaba el ser hasta el punto de que hubo unos días en que creí volverme loco en mi soledad y otras veces temí apagarme y morir como un candil, acabar en una cárcel neoyorquina es una pesadilla que no le deseo a nadie, porque aquí se terminaba todo el deseo de vivir y el sueño de haber hecho algo que me valiera el paredón dentro de mi tierra, pero aquí todo era estúpido, incomprensible, absurdo.

Menos mal que pasada esta crisis de obsesión de locura (más de una vez me rondó en serio la idea de quitarme de en medio y me pasaba las horas pensando el modo de hacerlo), me dieron unas pastillas con la comida y poco a poco me fui serenando y entrando en una región de niebla y sueños, casi felices, días enteros en un delirio incierto, lejano y postrador, de confusión de todo, de instantes de vacío absoluto y de divagaciones a veces increíblemente dichosas, en las que tenía que agarrarme a la pared y allí para saber que vivía, con el dedo mojado en saliva, alguna vez en semen, intentaba pintar la silueta de Susan con sus senos alzados, su nariz respingoncilla y esas orejillas de gata o de coneja... ay, lo que he perdido y espero, ay, lo que busco y no encuentro, y menos mal que me fueron suavizando el trato y el techo y de los sótanos donde se huele a sentenciado y todas las bromas son sobre el cianuro, me ascendieron a jaulas más joviales, el silencio de las jaulas de los sótanos era horrendo, y los mismos guardianes son ya otra cosa, y todo ello ha hecho que se me vaya aquella fiebre loca que se apoderó de mí, probablemente de ver aquellos rostros de pupilas interrogantes y manos angustiadas, desencajadas voces contando el chiste macabro, cadáveres aullantes tras los barrotes, sombras vivientes blancas como el papel o el yeso, desesperados seres que a ratos reían a carcajadas, carcajadas que hacen llorar, desfile silencioso hacia las celdas solitarias y de castigo, y luego el turno interminablemente fijo de los guardianes cebados y gordos por falta de ejercicio, con su indiferente mal humor, mirándonos y tratándonos por igual como si todos fuéramos asesinos, y la eterna bazofia y la anhelada espera del día de visita con las sorpresas de los paquetes... Y, sobre todo, esa bombilla inatacable de la larga noche larga, insoportable.

Cuando el jueves último vino Susan, más o menos le di a entender que aquí dentro algo se está cocinando, algo se prepara, y sigo pensando lo mismo, aquí algo se trama y se huele, y uno, que es perro viejo, lo sabe, y pronto se sabrá.

Cuando hoy le insistí a medias palabras a Susan, me dijo:

–No seas Quijote, una vez más, no te metas en nada.

–Pero si no me he metido en nada.

–En otros sitios como éste ya ha habido jaleo y la cosa para algunos terminó mal, muy mal, ya me entiendes...

El abogado creía que se trataba de cosas íntimas nuestras y nos había dejado un poco solos y peroraba confianzudamente con el guardián, pero de vez en cuando se acercaba mirando el reloj.

Susan se había quedado con mi presentimiento y como ella se sentía triste y abatida, le dije:

–Por mí no tengas cuidado.

En la punta de los dedos tanto como en la nariz tenía yo el convencimiento de que algo corría por las galerías de cuyo secreto yo no participaba, pero estaba seguro de que a mí también me llegaría la onda, aunque algunos probablemente lo

discutían.

Yo creo que Susan también captó que algo podía suceder en la prisión y cuando los vi irse juntos, al abogado y a Susan, tuve como un tirón en la piel y es que Susan por bien mío, podría acaso decirle algo al abogado.

Hasta ahora conmigo no hablan o es que sólo piensan contar conmigo al final, y calculan mal estos desesperados, porque quizá yo esté más desesperado que ellos, pero no pronunciaré nunca palabras comprometedoras a través de los barrotes, la desnudez de la celda ha hecho como un refugio de mi soledad, no pediré noticias ni información, yo estoy aquí y aunque a veces tengo remordimientos de haber confiado a Susan el aura fatídica de revuelta que sobre la prisión se cierne, yo me aguantaré, y si no queréis nada conmigo, y si no confiáis en mí, mejor o peor para vosotros, pero yo prosigo agazapado sobre mi libreta escribiendo sobre lo que pasó, que ya, con la inminencia de una nueva complicación, se diría que ha perdido sentido.

Ya no quiero escribir ni una palabra más sobre el Justo de la infamia ni sobre el Crístides de la expiación ni sobre el *monsignore* de cartón y barriga, y me adhiero al rincón angosto de mi agujero viendo a lo lejos las nubes, el azul, y tratando de descifrar los ruidos de la ciudad, todos, sirenas o desfiles.

Aquí hay como una separación entre los que se mancharon las manos de sangre y los demás, pero ninguno de ellos sabe nada

de lo que es ardor y valor, Ja cosa debe haber nacido en la segunda galería, porque los de la primera están más incomunicados, y a mí me deben de considerar un cándido palomo, probablemente la angustia y el miedo los va a hacer cometer una tontería. Luego pagaremos todos.

Cuando considero que hubo días inacabables en que creía que lo mejor era suicidarse, me río de mí mismo. Todavía hay vida por delante, efectivamente, algo me han soplado ya, pero de modo vago, no me consideran digno de confianza, pero cuentan conmigo, al fin.

Da rabia tanta puerilidad, la idea de huir va volviendo locos a los tontos y hace sentirse héroes casi invencibles a los locos. Prácticamente todos vibran, están vibrando por saltar y yo demuestro también mi parte de frenesí, aunque dije y repetí varias veces que toda la prudencia era poca, entonces se confiaron algo más y me hicieron saber la parte inicial del plan.

No oculté mis recelos y entonces se me insultó, siempre la palabra «cobarde» es la más pronta en labios de los chulos insensatos, y yo insisto en que toda la prudencia que recomendé a mis vecinos, y mucha más me la recomendé a mí mismo, será poca porque es iluso caer en la trampa, y ellos pueden caer los primeros, por mi parte me reservaré, y menos mal que aquí ya no hacen caso de mis libretas. Los guardianes cuando hacen la ronda de inspección las tiran de un lado para otro diciendo: -El escritor se va a arruinar comprando cuadernos.

-Cada cual se consuela como puede.

-Otras cosas peores podría hacer.

He terminado por ser el soñador inofensivo, el embarcado inocentón en el secuestro de un *monsignore* romano, ¿sabrán los bellacos lo que es acción revolucionaria en marcha?

Todavía puedo darles a estos débiles mentales una lección.

Hoy Susan sólo estuvo atenta a este tema, pues aun cuando yo no le había dicho con sinceridad nada serio sobre el plan que medio le insinué, pero sin concretar nada, ella lo cazó al vuelo, y al verme hoy evitar el tema, la vi muy preocupada, tanto que me dio rabia y me porté mal con ella, estuve duro, displicente, un tanto sarcástico, luego cuando entró el abogado tampoco estuve demasiado correcto con él, preguntando y preguntando como si él tuviera la culpa de que lo mío esté estancado, pero al mismo tiempo creo que me sentí, sobre todo al final, bastante avergonzado de mi conducta.

Susan volvió a decirme:

–¿Está todo en calma?

Yo hice un gesto que no quería decir nada y lo quería decir todo. Y ella agregó:

–Habría que impedir cualquier disparate suicida.

–Tú no te metas en esto –le dije.

-Supongo que no estarás conforme –agregó.

-No te preocupes.

-Tengo derecho a preocuparme –machacó.

El caso es que cuando los vi cruzar el umbral de la puerta muy en diálogo, me quedé preocupado e inquieto, sobre todo cuando ella se volvió antes de desaparecer del todo, y oí que gritaba:

-Cuídate.

Desaparecieron hacia la libertad y al subir a mi celda me sentí casi tan triste como el primer día que me trajeron.

Algo ha pasado, porque tan pronto me había despertado, muy temprano, antes de que aquí comience a rebullir la prisión, vinieron por mí para llevarme a la Dirección y por el pasillo recibí saludos, como siempre, para todos los gustos.

El director parecía radiante y dijo nada más entrar: –Bien, bien, bien...

Me puse mosca, porque hasta el comportamiento de los guardianes ha sido distinto a otras veces y el director prosiguió diciendo:

-Creo que su asunto va bien y en prueba de su buena conducta

–estas palabras las subrayó– lo vamos a cambiar a un sitio mucho más cómodo, donde podrá trabajar más a gusto el tiempo que le quede, yo pienso que poco...

Pero cuando fueron a llevarme a mi nuevo sitio con todas mis cosas, y vi el nuevo jergón, casi nuevo, y un espejo, y un lavabo casi normal, me sentí confundido, tan confundido como cuando al recorrer las galerías pude comprobar que algo negro y fatal flotaba en el ambiente, algo raro se palpaba allí, porque en vez de los comentarios de siempre, tan contradictorios, ahora imperaba un gran silencio.

Me quedé un rato en la ventana donde llegaba la luz directamente y desde donde podía ver unas masas de árboles grandes, verdes al fondo y un cielo que a pesar de ser azul me traspasaba una saludable humedad.

Ahora me entero de que estoy al borde mismo del río Hudson. Pero sobre la prisión entera se amontonaba algo así como una extraña angustia, como el hálito informe de una monstruosa desgracia, una enorme pesadumbre, un macizo silencio que a mí me levantó del jergón.

Desde luego ahora estaba en un sitio que se podía llamar preferente pero no me encuentro a gusto, me siento lejos, separado de todos, diría que más cerca de todo el aparato de la Dirección y la Administración.

No sé si estoy aquí para bien o para mal, el caso es que estoy desconectado del resto, tengo una jarra limpia y hasta un vaso, cosa increíble, pero yo quisiera hacer algo para ayudar a la revuelta que se prepara, otras veces pienso que debería hacer

algo para impedirla, hablar, pero es muy difícil, por no decir imposible, que yo baje con un guardián, y hable con los demás, esto es ridículo.

Y a ratos pienso si habrá intervenido mi abogado en mi favor, empujado por Susan, y algo quiero comprender que me acerca un poco más a mi libertad, pero por el momento me han apartado de la proximidad de mis compañeros en desgracia, y no todos son carne de presidio, como tampoco lo soy yo, aunque lo parezca.

También la comida, ya este mediodía, ha sido mejor, mucho mejor.

¿Me quieren comprar o me han vendido?

Yo debo correr la suerte de todos, aunque debería, querría poder gritarles ahora mismo a estos anormales reunidos que su proyecto es no sólo temerario sino desdichado, pero que yo estoy con ellos como un preso debe estar con otro preso, porque todos queremos la libertad, pero sobre todo deseamos para todos un trato humano para la persona, aunque haya infringido las tales leyes, que también esta sociedad, como todas, se defienden como gato panza arriba contra toda clase de contestarlos, y si no protestas no sólo te comen sino que te matan impunemente.

Aunque estoy lejos, no sé si muy lejos o más cerca de lo que parece –las salidas al patio al parecer se han suspendido– creo que falta tan sólo la chispa que haga arder el fulminante y la ocasión se presentará, aunque yo creo que fracasará, y por eso no me he puesto al frente, como ellos esperaban, aunque no sé

por qué tampoco me dieron la oportunidad, ni por qué no han confiado en mí plenamente.

La verdad es que también el recuerdo, la emoción, la súplica de Susan pesa sobre mí y en cierta manera me atenaza, algún soplo ha habido porque las autoridades de la prisión han anticipado ciertas concesiones y mi caso es sólo probablemente un detalle, aunque yo estoy muy escamado con la sonrisa paternalista del director e incluso con la reacción de mis compañeros.

Esta noche no dormí ni un pelo, comienzan las excitaciones ya sabidas y la cuesta abajo hacia las temibles depresiones, esto no puede seguir así, de madrugada me he masturbado como un colegial reprimido, cosa que no sucedía desde la época fatal. Deben de ser los nervios.

¿Por qué estaré separado del resto?, me pregunto y compruebo que no estoy tan lejos como parece, ya que al gritar una y otra vez: «Oíd, estoy aquí», siempre he encontrado el mismo eco macabro: «Cállate, traidor».

¿Traidor yo?; ¿a quién he traicionado yo nunca? Si acaso siempre me he traicionado a mí mismo, por idealista, por anarquista consecuente y responsable, por combatiente sin tacha.

El runrún continúa en la prisión, a veces parecen como borrachos, cantando, juntos o desperdigados; desde las galerías de

abajo, resuena todo como un coro infernal. Y yo aislado, aunque más cuidado que nunca.

¿Tendré visita esta semana? Estoy deseando ver a Susan, para pedirle perdón y también para pedirle explicaciones al abogado quien, por lo visto, esto lo ha tomado con calma, «paciencia, un poco de paciencia», es lo que me pide. ¿Más paciencia? Algo se prepara y yo voy a estar ajeno como un apestado, sin que estos malditos sepan ni siquiera quién soy yo, ni de dónde vengo ni qué es lo que quiero, y esto va en serio, lo huelo, lo percibo, lo veo venir, hay una euforia, y a ratos un silencio entre los presos de abajo que da miedo, pero los guardianes van y vienen, suben y bajan tan tranquilos, ¡idiotas!, les he querido hablar y ni siquiera me han dejado, creen que de nuevo voy a pedir pasar a la enfermería.

Me llegó por permiso especial; un paquetito de Susan con frutas, mermeladas, libros, tabaco, jabón y agua de colonia. Si fuera otra clase de colonia, me la bebería, pero la he probado y me revuelve las tripas hasta morir, y dentro del paquetito, también unas letras que casi me han hecho llorar, a lo último, uno se vuelve sentimental y no sé cómo esta naricita respingona y este cutis de melocotón temprano han podido ablandarme, pero es así.

Susan me escribe, entre otras cosas:

«Prontito vamos a estar juntos. Todo va muy bien. ¿No te lo dije? Tu abogado es de los mejores y su intervención no podría pagarse con todos los dólares del mundo, pero tú le has caído bien. Tú distráete escribiendo y leyendo (te envío lo que he

encontrado de Pío Baroja, que tú me pedías) y deja en paz las complicaciones y los líos. No existimos más que nosotros (por cierto que me va muy bien en el nuevo trabajo, no te preocupes por nada) y ya sabes que yo te espero siempre con todo amor y no te lo digo con lágrimas sino con toda alegría: te espero. Besos.

Susan.»

Y me añade como posdata:

«Mr. Sponde está muy optimista y hasta contento por tu buen comportamiento, que dice que es muy importante. Hasta el jueves. Más besos. S.»

A mí, Mr. Sponde, este abogado, será todo lo bueno que dice Susan pero no me hace gracia, no termina de gustarme, aunque veo que lleva bien mi asunto, pero a veces cuando lo veo irse con Susan siendo cierta rabia, no sé si son celos o qué, tiene a Susan un poco encandilada, y quizás ella no se da cuenta o lo hace todo por mí, el caso es que en las tripas se me revuelven mil diablos.

Es raro que un tipo, por mero romanticismo y ayuda a la causa de un revolucionario español, se tome tantas molestias y más si Mr. Sponde es judío como parece, hay cosas que uno no entiende, y menos cuando él me habla de una suscripción secreta que va funcionando bastante bien.

Al carajo todo, y además ahora el consejo de que sea buenecito y no me mueva, y no me vaya de juerga por ahí, y que aguante todo lo que haya que aguantar.

No quiero pensar más en esto, ni en Susan tampoco.

Ya se ha movido el gran follón. No tenía más remedio que estallar... y ha estallado; dejo los papeles y me pongo a gritar, pero nadie me oye ni se acuerdan de mí, ni siquiera los guardianes corren por esta galería...

NOTA DEL ABOGADO SPONDE A SUSAN

Nadie siente y lamenta como yo todo lo ocurrido. Tú sabes que todo estaba dispuesto y a punto para que tu gran amigo y mi patrocinado, Jeremías, alcanzara una rápida condonación y que estábamos en vísperas de su libertad provisional (sin entrega de fianza), partiendo de la buena conducta y confianza que últimamente había demostrado. Es más, yo veía venir el juicio en las mejores condiciones, pero duele insistir en lo mismo, y es que todo fue fatalmente roto por esta descabellada y absurda revuelta, que ha sido de las más duras y sangrientas de este país, que se ha llevado por delante a veintiocho entre guardianes y policías, más los doce rehenes entre los que tuvo que encontrarse insospechada y desdichadamente nuestro buen Jeremías, porque aunque fuera un tanto desequilibrado e impulsivo, era buena persona y por eso yo me encargué de su caso sin miras económicas y en gran parte por aliviarte a ti.

No se sabe a ciencia cierta lo que ocurrió dentro de la prisión –cuyo malestar se veía venir, como sabes– pero tan pronto yo disponga de datos y detalles te haré un informe completo. Se ha abierto un sumario que sigue un juez especial y algo saldrá de todo ello y tú podrás disponer de una comunicación objetiva. ¿Quién pudo ponerlo en la siniestra lista de los rehenes? ¿Es que

se opuso de algún modo al levantamiento? ¿Por qué se cebaron contra él, ya que fue de los primeros rehenes eliminados y a la vista de los demás, como se sabe? Se sabe que la monstruosa revuelta estuvo promovida por «panteras negras» y que al lado de Jeremías se encontraron los cadáveres de varios puertorriqueños (concretamente siete) ya que el resto de los liquidados creo más bien que se debe a un ajuste de cuentas entre ellos. ¿Tú recuerdas como él en cierto modo nos previno de lo que podía pasar? De manera muy discreta yo se lo hice saber al director de la prisión, pero todo ha sido inútil e irremediable.

Te tendré al corriente de todo y este fin de semana espero conversar contigo. Procura recobrar el ánimo y cuenta con mi asistencia total.

John

CARTA DE SUSAN ROBERTS AL EDITOR

Han pasado tres meses largos y por fin me atrevo a sacar de la maleta donde están, todas las cosas de Jeremías Rodríguez, sus cuadernos de la cárcel. Me da tanta pena todo y es tan cruel que no sé si lo mejor sería quemarlos como yo estoy quemada y hecha ceniza por dentro.

Quise a Jeremías desde el primer momento, aunque al principio me daba un poco de miedo su impenetrable mundo. No estoy arrepentida de haberlo querido y maldigo este destino ciego que se lleva a los mejores y nos deja en esta orfandad, porque yo efectivamente me siento como una niña pequeña y sola.

Cuando me llamó Mr. Sponde y me dijo que había habido una revuelta en la prisión neoyorquina, yo me fui lo más cerca posible pero no dejaban pasar a nadie. Es más, cuando las fuerzas de seguridad se acercaron para asaltar la prisión me mandaron muy lejos con mis gritos y mis súplicas. Sólo sé que las ambulancias recogieron allí mismo varios policías muertos.

Yo temía –lo digo sinceramente– que Jeremías estuviera a la cabeza de los amotinados, pero no podía suponer que era uno de los rehenes y que había de ser su víctima.

Vino Mr. Sponde cuando todavía estaban en negociaciones las autoridades con los rebeldes, pero nada se podía hacer, porque hasta la prensa tuvo que resignarse a los hechos. Los amotinados exigían determinadas reformas administrativas que, según la radio y los canales de TV, las autoridades les concedían, aunque no estaban dispuestas a concederles la amnistía total que pedían, ya que entre ellos no había sólo detenidos políticos considerados peligrosos sino presos de delitos comunes muy sangrientos y graves.

Jeremías era un perseguido político y un reformador visionario para su pueblo, pero nunca un hombre malo ni de intenciones malvadas. Lo he conocido mejor que nadie y no sé cómo los amotinados pudieron ponerle entre los rehenes y menos matarlo a cuchillo como a los demás. Hay cosas en este mundo que no se comprenden.

Quizás el ser blanco y que la revuelta fuera toda dirigida por cabecillas de color, lo hicieron ser elegido para un fin que no era el suyo y yo protesto de que entre más de mil quinientos presos y casi sólo entre los guardianes fuera secuestrado Jeremías, un alma soñadora por un mundo nuevo y mejor.

Me pasé dos días seguidos frente al gran cuadrilátero amurallado de la cárcel con sus siniestras torretas y sin poder acercarme.

Mr. Sponde, que habló varias veces con los de la prensa, me dijo que la rebelión comenzó en las galerías de abajo, que eran las más custodiadas y después, conforme se apoderaron de los guardianes, fue subiendo a las restantes. No se explica uno tanta

falta de protección y cuidado, pues yo misma ya sabía, y justamente por Jeremías, el mal ambiente que había dentro de este odioso establecimiento penitenciario que debería avergonzar al gobierno, porque algunas cosas de las que pidieron los presos, mejor alimentación, eliminación de la censura de la correspondencia y otras consideraciones sociales, eran de humanidad.

Nadie sabe lo que fueron para mí aquel viernes y sábado, y más todavía cuando el jueves no había podido verlo, a pesar de los esfuerzos de Mr. Sponde.

Por Mr. Sponde he podido recoger sus cartas y sus cuadernos, pero todo esto es más cruel e inhumano. Tampoco quisiera que el sincero Jeremías quedara ante los demás, sobre todo ante su pueblo, como un ser turbio y mezclado en cosas que no eran de su inquietud, una inquietud sana y llena de humanidad. Jeremías tuvo mala suerte y no se merecía nada de lo que le ha tocado vivir y menos esa muerte infame.

Yo no sé si sus originales valen, pero ustedes sabrán si tienen valor o no, y conste que yo misma, al ver que alguna vez sale mi nombre, no sé si lo mejor no sería romperlos.

De todo me tenía enterada y tengo alguna dirección en su patria adonde escribiré más despacio, pero por ahora sólo quiero que se respete su nombre y también que se me respete a mí, porque ya es demasiado lo que he sufrido, y no sé lo que hubiera sido de mí, después del despido de las Naciones Unidas, sin la asistencia y el apoyo de Mr. Sponde, a quien yo he delegado para que se entienda con los asesores de la editorial y que se arregle

todo lo que haya que arreglar, porque yo no busco derechos ni cosas de esas sino dejar el nombre de Jeremías en su lugar, lo que le pertenece en justicia, porque aun siendo un luchador por la libertad no era un perturbador y mucho menos un desalmado.

Yo lo he conocido muy bien y quisiera que por lo menos en su pueblo estuvieran orgullosos de él. Es la única herencia que me ha quedado, su recuerdo, su nombre, su confianza, su entrega. No se sentía ni un prohombre ni un pobre hombre sino un ser lleno de vida y con la vida el ideal. E indomable, eso siempre.

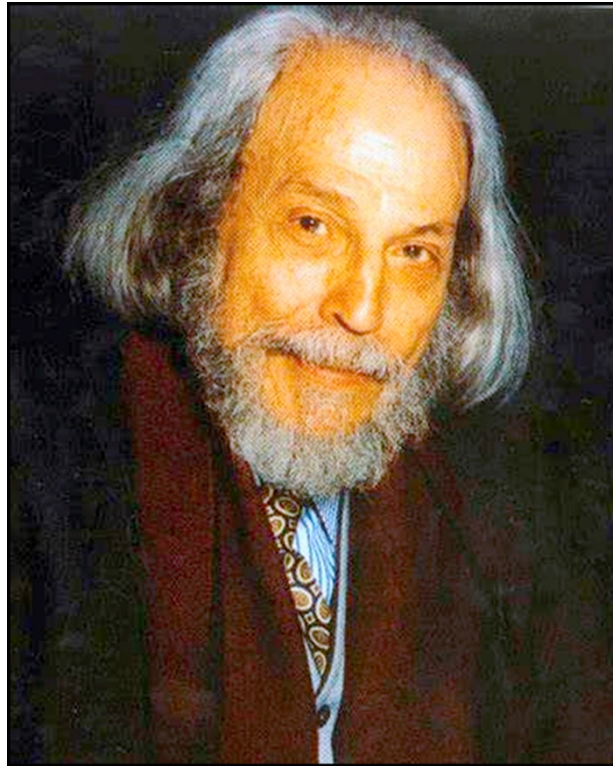
Yo no sé si esta confesión suya tiene mérito, pero lo que sí sé es que es verdadera y que él era así y no ha ocultado nada ni aun todo aquello que yo le hubiera pedido que callara. Yo, pase lo que pase con mi vida, bendeciré siempre su memoria, y su vacío con nada puede ser llenado y lo digo con orgullo, maldiciendo la crueldad del destino. Porque no sólo yo era lo único que Jeremías tenía en la vida sino que era feliz conmigo y yo con él.

Ahora sólo me queda visitar su tumba cuando pueda y dejar sobre la piedra unas flores, porque lo tremendo es que como él era exiliado y sin pasaporte de su país, tampoco en el consulado he encontrado facilidades para localizar a algún pariente, si los tenía. Me había dejado las señas de algunos correligionarios, o lo que fueran, en uno de los cuadernos y cuando haya una ocasión propicia, ya les haré llegar su misiva, pues en todo quiero cumplir su voluntad aunque hay poca voluntad que cumplir, ya que su única voluntad era vivir y eso no lo ha podido conseguir por mala voluntad de los hombres.

Susan

Firmado en

Nueva York, 1974.



ACERCA DEL AUTOR

JOSÉ LUIS CASTILLO-PUCHE Y MORENO (Yecla, Murcia, 4 de julio de 1919-Madrid, 2 de febrero de 2004) fue un escritor español. Destacó como escritor de novelas, de cuentos y ensayos, pero fue también periodista, biógrafo, editor, viajero y profesor de periodismo.

Nacido en 1919 en una familia muy tradicional y religiosa, con varios tíos jesuitas y otros parientes sacerdotes y una tía abadesa, a los cinco años quedó huérfano de padre, un carpintero de origen albaceteño, y llevó luto hasta los diez. Tenía

dos hermanos y una hermana y su madre se empeñó en que los tres varones fueran sacerdotes, pero los dos mayores no pudieron soportar el seminario y la madre puso toda su esperanza en José Luis. Con ese plan entró con una beca en 1929 en el Seminario de San Fulgencio de Murcia, donde leyó a Vicente Medina, a José Selgas y a José Ballester. Allí empezó a escribir cuentos y obtuvo sus primeros premios. Cuando su vocación hizo crisis, obtuvo apoyo en el ambiente universitario de Murcia. Colabora en las revistas *Ecclesia* y *Catolicismo* y en los periódicos murcianos *La Verdad* y *Línea*.

Durante la Guerra civil se afilió a la CNT no por ideología, sino para proteger a su familia dentro del bando republicano, aunque no llegó a combatir, ya que trabajaba en la Cruz Roja Internacional gracias a la mediación de un tío suyo, el doctor José Puche Álvarez, que era rector de la Universidad de Valencia y había sido nombrado general por la República. Un hermano suyo era falangista, pero fue detenido por la República y apaleado en la cárcel y al concluir la contienda no vivió mucho tiempo. El otro era republicano y terminó en el exilio francés, pero su hermano consiguió repatriarlo sin consecuencias.

Acabada la contienda regresa a sus estudios eclesiásticos en la Universidad Pontificia de Comillas hasta 1943, pero había perdido la vocación y leía libros prohibidos de Pío Baroja, José Ortega y Gasset y Azorín; en ese año deja la carrera sacerdotal para estudiar periodismo y obtiene el título en 1944. Murieron su hermana y su madre de tuberculosis e incluso el marido de su hermana dejándole la custodia de su sobrina, Francisca Ruiz Castillo, que Castillo-Puche y su esposa Julia Filgueira educarán como a una hija y que permanecería con ellos hasta el

matrimonio de esta. Por entonces tiene serios encontronazos con las fuerzas reaccionarias de Yecla cuando se impone la tarea de fundar un instituto nacional de segunda enseñanza en la localidad, algo que era considerado subversivo.

Comenzó su carrera literaria con novelas cortas publicadas en diarios. Tiene sus primeros problemas con la censura: en 1949 intenta publicar su novela *Sin camino*, pero se la prohíben y tiene que esconderla en poder de un notario para que no se la quemaran; al fin logra publicarla en la editorial Emecé de Buenos Aires en 1956 gracias a la mediación de su amigo Pío Baroja. En 1952 Joaquín Ruiz-Giménez lo nombra Jefe de Prensa del Ministerio de Educación, puesto que conserva hasta 1956. Como periodista obtiene el Premio Nacional de Periodismo por su artículo *España, escándalo y locura* en 1952, y en 1954 consigue el Premio Nacional de Novela con su obra *Con la muerte al hombro* y contrae matrimonio con la profesora (ayudante de Dámaso Alonso en su cátedra de Lingüística) y escritora Julia Figueira. Por entonces amista con Ernest Hemingway. En 1956 aborda el tema de los deseos de venganza tras la Guerra civil en la novela *El vengador*. Fue primero secretario de redacción y luego director de *Mundo Hispánico*, colaboró con los pseudónimos Juan de Loaysa y Gracián Loaysa en *Correo Literario* y dirigió Editora Nacional en los años ochenta, además de ser asesor del Director General de RTVE y profesor de redacción periodística de la facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid, lo que alternaba con la escritura de artículos para la *Hoja del Lunes*. Entre 1967 y 1971 se instaló como corresponsal del diario *Informaciones* en Nueva York y aprovecha para impartir varias conferencias en universidades de aquel país.

Sus novelas destacan por la fuerza con que aborda hondos conflictos humanos, existenciales y religiosos. Como su buen amigo Ernest Hemingway, se muestra preocupado por la muerte y la opresión que el miedo ejerce en las personas, temas que seguirán estando presentes en sus novelas *Paralelo 40* de 1963, sobre las bases norteamericanas en España, y *Como ovejas al matadero* de 1971, y en otras muchas. Forman una trilogía *El libro de las visiones y apariciones* (1977), *El amargo sabor de la retama* (1979) y *Conocerás el poso de la nada* (1982, Premio Nacional de Literatura); fue la primera vez que el escritor pudo publicar sin la presión de la censura que tanto había padecido. Otras son *Los murciélagos no son pájaros* y *Jeremías el anarquista*. También cultivó el relato corto en *El leproso y otras narraciones* de 1981. El duro y reaccionario ambiente de su ciudad natal, Yecla, aparece en varias novelas bajo el nombre de "Hécula".

Cultivó además la biografía (*Lozano: una mística del paisaje*, 1980) y el libro de viajes: *América de cabo a rabo* (1959), *Misión a Estambul*, *El Congo estrena libertad* (1961), *Guía de la Costa Blanca y Costa de la Luz*, *Tierra de Campos, más bien mares de tierra* y *Roma, ramera y romera*.

En 2006 se constituyó la fundación que lleva su nombre y contiene todo su legado bibliográfico y edita la revista *Hécula*. Existe, además, un certamen de novela corta que lleva su nombre.